



Todo por
sus
Ojos

CONTI CONSTANZO

Tres
Deseos
LIBROS EDITORA

Tras cuatro años de dejar su vida atrás, Josefina vuelve a la casa de su padre para celebrar su cumpleaños número sesenta. Nunca imaginó que el volver traería su pasado a su presente, y que un contrato le obligaría a quedarse durante un año, atada al hombre que más amó y que también la traicionó. Pero Jose ya no es la misma, debe proteger su más grande y preciado secreto de todo y de todos. Durante 365 días deberá ser capaz de soportar las mentiras, el remordimiento, la sed de venganza, y sobre todo el amor de dos hombres que intentarán penetrar su duro corazón llenándola de dudas y confusión.

Todo por sus ojos es una historia diferente, donde el egoísmo, el engaño y las apariencias, muchas veces pesan más que la verdad. Josefina tendrá que luchar, no solo contra sus sentimientos, sino contra lo que cree que es lo correcto... y lo correcto está oculto en unos dulces ojos color miel.

Contenido

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

Después de cuatro largos años, donde mi vida ha tenido un vuelco de ciento ochenta grados, me encuentro nuevamente parada frente a la puerta de roble que la insensata de mi madrastra ha mandado pintar de blanco, ¡de blanco! haciendo que perdiera automáticamente su encanto.

Mi corazón no ha dejado de latir desbocado dentro de mi pecho desde hace ya dos minutos. No sé por qué, pero siento miedo al estar acá de nuevo, ¡qué idiota soy! Yo salí con la frente en alto y no cometí ningún pecado... al menos yo no, cosa que no puedo decir del resto de los integrantes de esta casa.

He vuelto a regañadientes para celebrar el cumpleaños de mi padre, con el que tengo una relación un poco distante. No por falta de amor, porque lo amo con locura, sino porque sé que cada vez que me ve, recuerda a mi pobre madre que está internada en un lindo psiquiátrico cortesía de Susana, mi querida madrastra. Mi padre es un hombre relativamente mayor y es como el vino, mientras más viejo mejor se conserva. Se dedica a los negocios, no tengo tan claro a qué exactamente, sé que tiene que ver con inmobiliarias, compra y vende terrenos, por eso acá en la región es tan conocido y respetado. Yo no pregunto mucho, no porque no me crea capaz de entender, si no que así él no se mete en mi vida y yo puedo seguir adelante con ella como hasta ahora, ocultando mi pequeño y dulce secreto. *¡Y qué secreto!*

Acá todos creen que soy estudiante de Derecho cuando en realidad lo dejé hace ya dos años. No por falta de interés, todo lo contrario, amo el derecho y las leyes, pero no podía seguir en lo que estaba, debía trabajar para sustentar en algo mi casa. Terminé usando el dinero de la mensualidad para vivir y en tanto, trabajo en un café muy agradable en el centro del pueblo donde vivo. Me desocupo temprano y tengo un maravilloso horario para mí.

—¿Qué haces parada fuera de la casa sin entrar? —habló una ronca mujer con un traje muy ceñido al cuerpo que la hacía verse absolutamente escultural.

«Esa mujer sí que no envejecía. Seguro que tiene un pacto con el diablo», pensé al verla.

—Susana, buenas noches —contesté de mal modo.

—Lo serán para ti, que has llegado únicamente a la celebración y no has ayudado en nada. No sé cómo tienes cara para presentarte con esa facha. Menos mal que te conozco y me imaginé que no vendrías bien presentada. En tu

habitación hay un vestido para que lo uses mañana en el cumpleaños de tu padre y así no lo dejas en ridículo una vez más.

—Jamás lo he dejado en ridículo —le respondí entre dientes. Esa mujer me fastidiaba hasta por lo que no había hecho.

—Si crees que salir arrancando un día antes de tu matrimonio no es dejarlo en ridículo déjame decirte, *niñita*, que eres una descerebrada. Pero bueno, ¿qué más se podría esperar? Eres igual que la loca de tu madre.

—¡Con mi madre no te metas, Susana! Tú menos que nadie tiene derecho a hablar de ella.

—Claro que lo tengo querida, sé más de ella que tú misma. Esa mujer es una desquiciada, de otro modo no estaría donde está. ¿O acaso crees que está en el psiquiátrico por ser una persona cuerda?

—¡Cállate! —chillé—. ¡No quiero volver a escucharte!

—Cállate tú, insolente. Esta es mi casa y no te permito...

—¿Qué no le permites, Susana? —pregunta Óscar, mi padre, que seguro al escuchar nuestra conversación se acercó hasta la puerta para ver qué sucedía.

—¡Papá!

—Mi princesa, te he extrañado tanto, qué feliz me haces, mi niña, al venir. Estás tan linda, tan grande...

—Papá, yo también te he extrañado muchísimo.

—¿Y si lo has hecho por qué no has venido? Hace más de cuatro años que no has aparecido por acá. ¿O se te olvidó que tu padre sufre del corazón?

—No se me olvida y que no venga no significa que no nos hayamos visto. Estuve con mi papá...

—Hace seis meses princesa, cuento los días, pero no te preocupes. Sé que con el estudio no tienes tiempo para nada. Eso y claro, me imagino que tendrás algún noviecito por ahí.

—No papá. Eso no me interesa y, por favor, cambiemos de tema.

—¿Por qué? —preguntó altiva Susana—. Ya deberías pensar en eso, en matrimonio, sino, ¿cómo pretendes vivir?

—No todas las mujeres necesitamos un hombre para vivir, hacemos algo que se llama *trabajar*.

—¡Ja!, deja que me ría por favor, si tú en tu vida has trabajado, únicamente estudias y quizás qué más haces. Trabajo, querida, es lo que yo hago en esta casa para mantenerla así y que todos disfruten de ella, sobre todo tu padre, ¿verdad mi amor? —le preguntó melosa besándole la mejilla.

—Susanita, por favor, manejemos esto en paz y entremos, que Gladis está con la cena lista.

—Sí, mi amor, como tú ordenes, voy a disponer todo para la cena. Acabo de hablar con Andrés y está por llegar. La familia pródiga se reunirá después de mucho tiempo hoy —acotó con burla en cada una de sus palabras.

—Jose, mi niña, estás tan distinta. Te veo y no te reconozco.

—Pero papá, qué exagerado eres, soy la misma solo un poco mayor y un poco más gorda.

—¿Gorda hija?, pero si yo creo que esos kilitos de más, como tú dices, te quedan de maravilla. Estás cada día más parecida a tu madre y tu madre, hija, era una mujer hermosa. No le sobraba ni le faltaba nada —expresó suspirando con nostalgia al acordarse.

—Lo es papá, no está muerta —le recordé con altanería.

—Lo sé, princesa. Vamos, ve a dejar tus cosas que ya estoy un poco cansado.

—¿Te sientes bien? —pregunté verdaderamente preocupada. Mi padre poseía unas ojeras oscuras bajo sus ojos que solo tenía cuando estaba enfermo o preocupado.

—Sí, princesa, relájate, no es nada y, antes que me preguntes, sí estoy tomando mis medicamentos. Susanita se preocupa muy bien de mí.

—Sí, claro, me imagino, tanto como lo hacía con mi madre —le solté de pronto.

—Josefina, basta, no quiero volver a escucharte decir un comentario de esa índole. Susana es mi mujer y debes entenderlo de una vez por todas. Todos lo han aceptado, incluso Andrés y Sebastián la estiman, ¿y tú, hija?

—Mira papá, no quiero faltarte el respeto, pero no me pidas que la quiera, ella era la enfermera de mi madre y lo único que hizo fue...

—Josefina, se acabó, sube a tu habitación y cuando estés calmada regresas para la cena. El tema ya está cerrado. Cuando bajes lo harás con tu mejor cara, ¿estamos de acuerdo?

—Sí papá —murmuré.

Esa era una de las grandes razones por las que no me gustaba venir a esta casa. El día que mi madre salió de acá, ya no fue más mi hogar. Mi padre veneraba a Susana sobre todas las cosas del mundo. Yo incluso antes la quise, hasta que supe que ella estaba con mi padre y con...

Bueno, mejor dejo de pensar. Al entrar en mi antigua habitación me transporté al pasado. Todo estaba igual. Fui tan feliz en estas cuatro paredes y tan desdichada a la vez. Salté sobre la cama y, al igual como lo hacía antes, la sensación me encantó. Era tan lindo el cuarto, las paredes eran de color azul y todo el mobiliario blanco; lo que más extrañaba era el escritorio antiguo que tenía. Era del año treinta, estaba lleno de pequeños cajones y puertas que para mí eran secretas y se cerraba como en un acordeón circular. Cuando traté de llevármelo Susana no me lo permitió y, como siempre, convenció a mi padre para que tampoco me autorizara.

Recordando estaba cuando, como un torbellino, entró mi adorado hermano Andrés, tirándose literalmente sobre mí.

—¡Zancudo!

—Ya deja de llamarme zancudo, me molesta, además ahora ya no me parezco a ese insecto —contesté enojada pero, ¿a quién quería engañar?, con

Andrés eso nunca me dio resultado y, ante la mirada de sorpresa de él por mi comentario un poco parco, le hablé: —Zancudito para ti y la boca te queda donde mismo, delante de los dientes.

—¡Esa es mi zancudo! Hermana, tanto tiempo, ¿cómo estás?

—¿Qué te parece a ti? —respondí parándome y girando para que me viera.

—Muy guapa Jose, creo que cada día te pareces más a mamá, si no fuera por ese horrible aro que usas en la nariz...

—¿No te gusta? A mí me parece hermoso, es más, déjame mostrarte algo que te va a dejar helado, hermanito.

Me di la vuelta lentamente y me desabroché el pantalón para mostrarle mi lindo tatuaje de *caballitos de mar* que tenía donde comenzaba la espalda, justo sobre el coxis.

—¿Qué hiciste? Cuando lo vea papá no le va a parecer nada... —exclamó un poco fuerte.

—¿Y por qué tendría que decirme algo o verlo? Déjame recordarte que ya hace cuatro años que no vivo aquí.

Mi hermano me puso los ojos en blanco, su típico gesto antes de cambiar de tema.

—¿Por qué dos *caballitos*? ¿Estás con alguien? —me interrogó con esos lindos ojos verdes iguales a los míos.

—Con alguien así como de pareja no, pero significa algo muy importante para mí y, por favor, no comentes nada. Estaré acá tres días y quiero que sean lo más relajado posible.

—¡Tres días! ¡Pero cómo tan poco! No me digas que estás estudiando porque estamos en enero y las universidades están cerradas. Dime, quiero saber de inmediato, ¿quién es el caballero que revoluciona tus hormonas?

Andrés tenía tres años más que yo y me conocía perfectamente bien. A él me costaba más mentirle y sobre todo ocultarle las cosas, así que rápidamente decidí contarle una verdad a medias.

—Es un hombre que tiene unos ojos color miel que me tienen endulzada, pero por favor, guárdame el secreto, que ya tuve mi primer encuentro con tu adorada madrastra y quiero seguir en paz.

—Jose. ¿Cuándo le vas a perdonar lo que te...?

—Nunca —le corté de pronto y con decisión—. Que agradezca que le he guardado el secreto, pero jamás se lo voy a perdonar, ¡a ninguno de los dos! —contesté con una extraña sensación en mi corazón. Hacía mucho que no sentía nada, pero el haber vuelto a esta casa me estaba trayendo demasiados recuerdos a la memoria, unos buenos y otros no tanto.

—Cámbiate, la cena está servida, te espero abajo.

—No me voy a cambiar, me siento bien y por lo demás ya no tengo diez años. Puedo cenar con la misma ropa con la que me vestí en la mañana. Es más, te

informo que hace mucho estamos en la modernidad, Andrés, esas costumbres son medievales.

—¿Te hacen algún daño, Josefina?

—No.

—Entonces, ¿por qué te cuesta tanto seguir las? Y así de paso le quitas un disgusto a papá que, por supuesto, terminará discutiendo por ti frente a Susana. Si ya la conoces y sabes cómo es, ¿qué te cuesta cambiarte la ropa?

—Me cuesta porque siento que es una costumbre arcaica y además impuesta por ella. Está bien si fuéramos pequeños, pero tengo veintitrés años, Andrés, y tú veintiséis. Por favor, ¿es qué no te das cuenta que todos acá en esta casa hacen lo que ella quiere?

—No hacemos lo que ella quiere, pero son normas y tú las aceptaste siempre hasta que...

—Hasta que me di cuenta de cómo eran las cosas en realidad y de lo equivocada que estaba, punto y se acabó. Ahora sal porque, si no, no me puedo cambiar —espeté ahora realmente molesta.

—¿Sabes qué, Jose?

—¿Qué?

—De todo lo que pasó antes de tu matrimonio, lo que más me duele y no le perdonaré jamás a Susana, es que te hayas ido para siempre. Cambiaste hermanita, ya no eres la misma, antes siempre le sonreías a la vida, eras la alegría de esta casa, si hasta Sebastián te extraña.

—Yo también los extraño, pero la vida cambió, todos lo hicimos, eso hace la gente para vivir.

—Jose, no te mientas a ti misma, tú no cambiaste, tú huiste y lo sigues haciendo, el problema es que nadie sabe por qué.

«Tengo una razón, hermanito, pero nadie debe saberla, al menos, no por ahora».

—No huyo, no digas sandeces que para eso está Sebastián, seguro algo me dirá. Debí llegar ayer y me retrasé.

—Sí, es cierto, ¿qué sucedió?

—Nada, nada, cosas que tenía que hacer. Ya vete de una vez por todas —protesté empujándolo suavemente.

—Está bien, zancudo, te espero afuera para escoltarte hasta el comedor y, por favor, cuando entremos solo sonrío, si es así, prometo sacarte a dar una vuelta esta noche y nos vamos a bailar por ahí.

Cuando mi hermano cerró la puerta, yo cerré los ojos. Muchas de las cosas que él había dicho eran ciertas. Yo hui, pero tenía una razón poderosa, es más, la tengo. En esa casa había demasiados secretos y yo era parte de ellos.

Todavía debía enfrentarme a Sebastián, mi hermano mayor. Él siempre reprochaba todo lo que hacía, daba igual si era bueno o malo, nada le gustaba. Desde que mi madre cayó en ese cuadro depresivo él ya no volvió jamás a ser el

mismo, se convirtió en un ogro y cargaba con todos los que lo contradecían. Yo, la primera siempre en hacerlo.

Bueno, como ya conocía las sagradas costumbres y esta ya no era mi casa, debía respetar las normas. Me cambié la ropa cómoda que llevaba por unos aburridos pantalones negros de tela y una linda camisa azul con ribetes negros; me encantaría verles las caras si supieran que esa ropa era mi uniforme de trabajo en el café, pero bueno, eso no sucedería porque yo jamás se lo diría.

Tuve que morderme la lengua al entrar al comedor, no por las ganas que tenía de salir de fiesta con Andrés, sino porque en realidad me había quedado sin palabras. Esa bruja de Susana había acabado con todo el mobiliario de madera de caoba que mi madre con tanto gusto había decorado. Ahora todo era de vidrio, una gran mesa rectangular y sillas de cuero negro, muy moderno, pero no tenían nada que ver con la forma de mi casa. Mi ex casa era hermosa, pero de estilo colonial, donde la madera era la reina del lugar, no el vidrio, que si bien era hermoso, no tenía nada que ver con el entorno.

—¿Qué te parece la decoración de Susana, hija? ¿No crees que le da un toque de modernidad?

Mi padre estaba tan feliz al comentarme lo del comedor que no pude ser sincera y decirle la verdad, me estaba convirtiendo en una mentirosa profesional.

—Precioso papá, se ve realmente hermoso.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi hermana? —escuché una voz que me hablaba desde atrás.

—Sebastián, lindo, qué tarde llegas. Ya todos estamos sentados a punto de comenzar a cenar.

—Disculpa Susana, unos pendientes en la oficina me demoraron. Y tú, Josefina, ¿no tendrías que haber llegado ayer?, que nada puedas cumplir como corresponde.

—¡Ese sí es mi hermano! Estoy bien, Sebastián, gracias por preguntar.

—No seas ridícula y contéstame la pregunta, ¿o te la escribo?

—Tenía cosas que hacer, tú no eres el único que trabaja para vivir.

—¿Ah no? Que yo sepa tú no trabajas, solo estudias, ¿o acaso me he perdido algo?

Conté hasta diez, hasta veinte, hasta que logré tranquilizarme y con mi mejor sonrisa pude responder:

—No, Sebastián, no te has perdido nada, tenía cosas que hacer. Pero ya estoy acá y no te preocupes que no me quedará mucho tiempo.

—¿Por qué no, princesa? Yo esperaba que te quedaras unos días con nosotros.

—No papá, lo siento, no puedo, solo vine por tu fiesta. El domingo regreso al pueblo.

—¿Qué pueblo? —me interroga de inmediato el inquisidor de Sebastián.

—Eh, bueno, es que como para ti cualquier región es un pueblo, por eso contesté eso. —«Definitivo, ya era una mentirosa profesional».

—No se trata de eso, pero claramente, existe una sola capital en cada país y tú no vives precisamente en una.

—Por suerte vivo a miles de kilómetros de distancia. ¡Gracias, Dios! —solté sin pensar.

Después de mi última salida de madre Gladis sirvió la cena y, como siempre en esa casa, por lo que yo recordaba, toda la velada transcurrió hablando de negocios. Yo no escuchaba mucho, solo pensaba en esos dulces ojos color miel que me tenían endulzada desde hace más de tres años.

Pinchando el último pedazo de carne estaba cuando creí morir, bajar al infierno y quemarme en él.

—Maximiliano llamó. Dijo que ya estaba todo listo para la fusión, papá, así que mañana tienes otro motivo más para celebrar.

—Bendito sea Maximiliano, no sé cómo dejaste pasar esa oportunidad hija, ese es un hombre como pocos.

Tosí un par de veces porque sentí que la carne se me quedaba atragantada antes de contestar, era eso o ahogarme y no quería morir tan lejos de mi verdadero hogar.

—No creo que sea ni bendito ni bueno. ¡Ah no, perdón! Si en esta familia tener dinero es una bendición él, claro, es el santo pontífice.

—Y bien que tener dinero te da de comer y te paga los estudios. Josefina, siempre reniegas de lo que se te entrega y todos nosotros tenemos que escuchar tus desagradables comentarios. Por lo demás, Maximiliano es un muy buen amigo de la familia, crece de una vez y asume tus errores.

—¡Ah no, Sebastián, eso sí que no te lo voy a permitir! —manifesté parándome de la mesa rápidamente, con tan mala suerte que al hacerlo se me cayó la copa de vino al suelo que, al chocar con el piso, se destrozó en mil pedacitos—. Mi padre solo me paga los estudios. Desde hace mucho me mantengo sola y, yo no cometí ningún error y si son tan buenos amigos, ¿por qué no le preguntas qué fue lo que sucedió realmente? —Sabía que estaba hablando de más, pero no me podía contener y, sin pensar, terminé de cavar mi propia tumba—. ¿Por qué no eres tan gentil y aclaras las cosas, Susanita?

Susana se limpió lentamente los labios y muy calmada, pero fulminándome con la mirada, contestó:

—Sebastián, si tu querida hermana no quiere hablar del tema es mejor que respetemos su decisión. Era tan joven que creo que lo mejor que pudo hacer fue no casarse. Claro, no comparto el método ni la forma, pero ella sabía perfectamente lo que estaba haciendo y seguro sus motivos tenía, ¿no es verdad, Josefina?

—¿Y por qué no eres valiente de una vez por todas y me lo recuerdas? —le dije tratando de guardar la compostura. Tenía tan apretadas las manos, que mis propias uñas me estaban haciendo daño. En ese momento no me importaba nada,

ya no quería seguir siendo juzgada y sentenciada por todos. ¿Por qué todos creían que Maximiliano era un santo y yo el mismísimo diablo? La realidad era totalmente diferente.

—Está bien, Josefina, lo haremos a mi modo. Lástima que mi querido Clemente salga perjudicado por sandeces como esta.

En ese momento y al escuchar ese nombre, mi sangre dejó de circular por mi cuerpo, mi corazón se paralizó y, como una auténtica muñeca de trapo, me dejé caer en la silla. Vi en la cara de todos desconcierto y yo ya no tenía palabras para decir. Mi mente estaba nublada, mis neuronas dejaron de funcionar, tanto sacrificio se iría por la borda y todo porque yo no pude mantener la boca cerrada y aguantar un poco más.

—¿Quién es Clemente, hija?

Mi padre me hablaba, yo lo miraba y no sabía qué decirle y como una bofetada invisible, y de las más dolorosas, cada palabra escuchada se estrellaba contra mí.

—Clemente es un hombre maravilloso, por decirlo de algún modo —explicó Susana—. Es un tanto pecoso para mi gusto, pero su pelo colorín lo hace una hermosa criatura. Es el hombre en la vida de tu hija, mi amor, por eso ya no la ves tan a menudo, querido, él ocupa todo su tiempo. ¿No es verdad, Josefina?

Al escuchar eso, supe de inmediato que no podía jugar a su juego, ella siempre llevaría la delantera. Supe además que estaba en sus manos, para bien o para mal. Ella sabía mi gran secreto y por alguna extraña razón lo estaba protegiendo. Como pude articulé una respuesta y me retiré del lugar, me sentía tan ahogada, no podía seguir ahí. Susana, *la arpía*, amablemente me autorizó y calmó los ánimos. Mi padre y Sebastián comenzaron a hacer preguntas y ella fue la que a su manera tan particular las aclaró. En tanto yo sentía cómo me transportaba por la escalera hasta la que era mi habitación. Entré al baño, cerré la puerta y comencé a llorar.

Tanto tiempo que no derramaba lágrimas. Mi vida estaba a merced de Susana otra vez. Sabía que esta me la iba a cobrar más temprano que tarde, ya lo había hecho una vez cuando la descubrí. Me amenazó con dejar de pagar la clínica de mi madre si yo hablaba. La conocía tan bien que sabía sería así y cuando vio que mi respuesta no fue inmediata y me acerqué para hablar con mi padre, este me comunicó que estaba pensando seriamente en trasladar a mi madre a un hospital público. Salí de la oficina a venderle mi alma al diablo y ella, por supuesto con su terrorífica sonrisa, entró de nuevo en la oficina de mi padre y mágicamente mi madre siguió en el psiquiátrico particular donde la cuidaban como a una verdadera reina.

Me fui de la casa con un secreto a las espaldas y una linda mochila. Todas mis ilusiones habían desaparecido. La vida feliz que llevaba cambió y apareció una nueva realidad, que en un principio no supe cómo enfrentar. En menos de cuarenta y ocho horas la vida tranquila y cómoda que llevaba cambió para siempre, aprendí con un golpe y de los más duros que se puede tener en esta vida.

Todo esto sucedió cuando estaba a un día del gran acontecimiento, la que sería la boda del siglo. A mis diecinueve años estaba decidida a casarme, no había nadie más enamorada que yo. Cambiaría mi vida y además yo, ilusa, pensaba ese día darle una maravillosa noticia al *bendito* de Maximiliano, como lo llamaban ahora, solo que a él no le bastaba con una sola mujer, quería más o deseaba más, a estas alturas ya ni me lo cuestiono. Solo sé que no fui suficiente para él.

Unos golpecitos en la puerta me despertaron de mi recuerdo.

—Sí —balbuceé.

—Es tiempo de hablar Jose, sal del baño y salgamos de acá. Te espero en el auto, y más vale que te apresures antes de que Sebastián o papá quieran venir a preguntarte qué fue lo que sucedió en el comedor.

En tiempo récord me sequé las lágrimas que no cesaban de caer, me cambié la blusa porque, aunque mi familia fuera boba y no se dieran cuenta, yo parecía mesera de café. No me dio tiempo a cambiarme el pantalón así que únicamente me puse una camiseta, que hacía que todo en conjunto se viera bastante bien.

Al llegar al auto de mi hermano, un cálido abrazo me reconfortó. El camino lo hicimos en completo silencio hasta que llegamos a un bar, muy de moda y concurrido.

Andrés me presentó como su hermana y casi me pusieron una alfombra roja al entrar. El ruido era ensordecedor, cosa que agradecí, ya que eso significaba que no habrían muchas posibilidades de hablar, ¡qué equivocada estaba! Rodeamos la pista de baile y subimos por una oscura escalera que llegaba directo hasta una puerta. Andrés la abrió y, al cerrarla, quedé absolutamente asombrada al no escuchar ningún sonido. La oficina tenía una pared de cristal que daba justo a la pista de baile. Era como estar contemplándolo todo y tras un gran escritorio negro, unas pantallas donde se podían observar los distintos ambientes del lugar. Uno me llamó la atención, solo había hombres y unas mesas de juego.

—¿Qué es todo esto? —quise saber asombrada por lo que veía.

—¿Quieres beber algo, o prefieres una bebida? —me preguntó evadiendo mi curiosidad.

—Una bebida.

Andrés apretó un botón y apareció una chica estupenda que lucía unos pantaloncitos negros de látex y una tanga con dibujos de naipes sobre unas plataformas que debían tener más de veinte centímetros.

—Hola, *póker*, te extrañamos en el juego. ¿Traes a otro jugador para esta noche?

—No, nada de eso —contestó mi hermano sintiéndose un poco incómodo, eso lo pude notar al ver cómo se movía acomodándose en su sillón—. Tráeme a mí lo de siempre y a ella una bebida con hielo y algo para comer.

—Enseguida —respondió la chica dándole un beso en la comisura de los labios a mi hermano quien, al darse la vuelta, le dio una palmada en el trasero.

Yo levanté las cejas y con una media sonrisa salida del alma pregunté:

—¿Póker?

Sin darme más tiempo Andrés contraatacó con la más directa de las preguntas.

—¿Quién es Clemente?

—Ya escuchaste a Susana, no me preguntes más, por favor —pedí.

—Jose, te lo voy a preguntar por última vez. No soy estúpido, y espero que me lo digas tú, no soy Sebastián ni mi padre, pero sé contar y sacar deducciones.

—Ya te lo dije, un novio, en serio, créeme.

—Bien señorita, así es como quiere jugar. Pues bien, escuche, para empezar, usted no tiene ningún idiota por hermano y la conozco más de lo que se pueda imaginar.

—Lo sé, no quise ofenderte —respondí moviendo mis manos bajo el escritorio. Estaba realmente nerviosa, Andrés me estaba mirando con esa cara que podía ver hasta el fondo de mi alma. Él siempre sabía cosas de mí sin que yo se las tuviera que decir.

—¿Qué edad tiene?

—¿Quién?

—Clemente.

—¿Eh...? —Saqué cuentas mentalmente y solté—.Treinta.

—Ah..., perfecto, tiene los ojos color miel y lo llevas tatuado en la espalda, es muy importante en tu vida, sin decir además que prácticamente vives con él —dedujo sin dejar de mirarme ni un solo segundo.

—Se podría decir que sí. —Eso era casi del todo verdad, había mentido solo en la edad.

—Te lo preguntaré de nuevo zancudo, ¿qué edad tiene?

—Ya te dije, por Dios, deja el interrogatorio —espeté parándome rápidamente para dirigirme al cristal. Si mi hermano veía mi cara sabría que estaba mintiendo.

—Te lo pregunto por última vez —me dijo impasible en sus palabras.

—Treinta —suspiré cerrando los ojos en tanto apoyaba la frente en el cristal.

—Sabes que juego al póker, ¿verdad zancudo?

—Sí, siempre te ha gustado, es más, creo que eras muy bueno.

—Lo soy, Jose. Trabajo en este club, organizo torneos, y así pago una deuda millonaria que tengo con el dueño de este lugar, claro, ni mi padre ni Sebastián y mucho menos Susana lo saben.

—¡Vaya!, sí que me sorprendiste —expresé dándome la vuelta. Estaba feliz por él. Yo no lo iba a juzgar y menos interrogar, porque tenía por norma de vida no juzgar para no ser juzgada.

—Gracias zancudo, sabía que en ti podía confiar. Ahora quiero que lo hagas tú.

—Vamos, otra vez con lo mismo. Te juro que si me caso serás el primero en saberlo, te traeré la invitación yo misma.

—Difícil que te cases —me dijo con mofa.

—¿Ah sí, por qué? ¿Crees que nadie me va a aguantar? —reproché en un tono más juguetón. Tenía que quitarle seriedad al asunto, mi estómago ya me había comenzado a doler.

—No, no creo eso, pero dudo que te cases con Clemente, porque nadie en su sano juicio se casa con su hijo...

—¿Qué?! —chillé histérica—. ¿Qué..., qué estás diciendo? —tartamudeé tratando de salir de enfrente de su acusadora mirada, cosa que fue imposible. Andrés tomó mis brazos y no me permitió salir de ahí.

—Lo que escuchaste, Josefina, y por tu reacción no has hecho otra cosa más que confirmármelo y claro, no voy a preguntar quién es el padre porque me imagino que es Maximiliano.

Ya no podía seguir negándolo, no había más conclusiones que sacar, Andrés me conocía muy bien y yo no podía seguir mintiendo.

—Sí... —Agaché la cabeza, no sé si por vergüenza o por temor—. Tiene tres años, es el niño más lindo del mundo y, antes que me preguntes, dejé de estudiar en cuanto nació Clemente. Uso el dinero para vivir y trabajo en una cafetería. Me he juntado contigo en el centro de Santiago porque ni siquiera vivo allí, vivo en un pueblo a un par de horas. Cuando me fui la única que lo sabía era Margarita, por eso dejó de trabajar en la casa con mi padre, se fue conmigo y vivimos juntas. Ella está ahora con Clemente, pero por favor, Andrés, por lo que más quieras no se lo cuentes a nadie, yo no quiero que nadie sepa.

—Pero no entiendo, Jose, ahora sí que no entiendo —decía pasándose las manos por el pelo, cosa que lo hacía parecerse a un loco desquiciado.

—¿Qué no entiendes?

—Por qué callaste y no le dijiste a Maximiliano.

—¡Claro que le iba a decir! Para eso fui a su casa esa noche, ¡para contarle! Ese fue el día que los vi a él y a Susana, ¿qué querías?, ¿qué les diera la noticia ahí a la futura abuela y al padre? No, Andrés, las cosas no son así. Lo mejor que pude hacer fue salir y darle a mi hijo una mejor vida: sana, limpia, no con tanto secreto. En esa casa se ocultan cosas, lo sé, no me digas que no, yo no quiero eso para Clemente, quiero que sea feliz con lo que yo le pueda dar y, por lo demás, él no será ni el primero ni el último niño sin padre en la vida.

—Sí, lo sé, pero Maximiliano no te lo va a permitir. Tú mejor que nadie sabe cómo es él.

—Error hermano, yo no sé cómo es. De haberlo sabido todo sería muy distinto. No me hubiese enamorado ni quedado embarazada por jugar a ser grande cuando no era más que una niña. Ahora pago las consecuencias.

—No puedes hablar así, Jose.

—¡Claro que puedo, Andrés! Es la verdad, la cruda realidad; tenía dieciséis años cuando comencé una relación con Maximiliano, conocí el mundo y me hice mujer con él, jugué a ser grande, me enamoré entregándole todo..., y bueno las consecuencias ya las conoces.

—Por Dios, Jose, estás hablando como si estuvieras pagando un pecado.

—No, para nada. Andrés, solo te digo que asumí las consecuencias y esa se llama Clemente. Así son las cosas y es mejor asumirlas desde un principio para no vivir de un pasado que ya no existe ni volverá a existir nunca más.

—Pero hablas como si él fuera un santo y lo hubieses embaucado, ya era un hombre. Maximiliano tenía ¿no sé, veinte? Es al revés, Jose.

—No Andrés, acá nadie embaucó a nadie, yo sabía lo que hacía y no me cuidé, eso es todo. No le quito la responsabilidad a Maximiliano, pero ya está, no quiero que se haga cargo, ¿sabes lo qué hubiese pasado si mi padre se hubiera enterado? Me hubiese obligado a casarme de todas formas y Maximiliano no se hubiera quedado tranquilo. Tú lo conoces, sabes cómo es, ¿y qué habría pasado conmigo? Hubiese aceptado todo. Me casaba enamorada y con el sueño de una familia, pero ¿qué sucedió?, él estaba con Susana en la cama, eso no se lo podía permitir. El destino me ayudó en eso y Susana no era la única, lo sé y ella se encargó de demostrármelo. Ya está, da igual, yo tengo una vida lejos, soy feliz y Clemente es normal.

—Pero ¿por qué no hablaste antes conmigo?

—¿Y para qué, si tú ni siquiera estabas en Chile? Estabas terminando tus estudios en Inglaterra, ¿qué querías?, ¿qué te llamara? No, hermano, cada uno tiene su vida, así es, si no aceptas tu destino sufres demasiado. Además, por favor, yo ya era una mujer, tenía casi veinte años, ya no era una niña, así que cambia la cara y no te permito que sientas lástima ni culpa por mí.

—Jose, perdóname, no te apoyé, ni siquiera estuve ahí para ti, estaba en lo mío.

—¡Hey!, qué dices, no seas tonto, ¿qué podías hacer? Nada, hermano, ya está, no me he muerto y estoy con Margarita, que te adora por cierto, ella ha sido mi pilar en todos estos años.

—Sí, pero Susana...

—Susana nada. Con el dolor de mi alma mi padre la ama y jamás voy a hacer nada en contra de él, además ahora está enfermo y yo no seré la causante de un ataque al corazón, me culparía toda la vida y ninguno de ustedes me lo perdonaría jamás.

—Pero no es justo para ti, ¿qué vas a hacer cuando a fin de año te deje de pagar la universidad? ¿Cómo vas a vivir?

—Bueno, hasta ahora no me he muerto de hambre y tengo una linda casita, no como la tuya, pero mía. He ahorrado todo este tiempo. En marzo estudiaré de noche, ya estoy matriculada y bueno, después de un par de años, exactamente cuatro, me titularé como abogada y listo.

—¿Por qué visto así es tan fácil, Jose?

—Porque lo es, hermano, solo debes dejar tu linda boquita cerrada.

—Jose, ¿por qué viniste justo ahora y no los años anteriores?

—Porque necesitaba verlos y porque necesito hablar de mamá con papá. No se han pagado las mensualidades de la clínica y, si no se cancelan, la

trasladarán a un hospital público y esa sería su perdición —le conté ocultándole una parte, para qué lo iba a amargar más.

—Jose, Jose, no puedes hacerte cargo de todo, mujer, no eres superhéroe.

—¡Ah no! Y yo que me creo súper chica. Me has dado un golpe a la moral.

—Sabes a lo que me refiero.

En ese momento se abrió la puerta y entró un hombre muy guapo de todo mi gusto, a decir verdad del gusto de cualquiera. Si parece salido de un comercial de perfume, alto, moreno, con unos penetrantes ojos negros, quien saludó a mi hermano con un efusivo abrazo.

—¡Póker!, qué gusto verte, ¿vienes por la revancha?, ¿o trajiste a esta preciosidad para impresionarla?

—Nada Greg, ni lo uno ni lo otro, ella es Josefina, mi hermana.

Después de unos segundos chilló:

—¡Zancudo! ¡Qué gusto conocerte al fin!

Yo levanté las cejas sin entender nada. Este tipo me ubicaba a la perfección y yo ni siquiera sabía de su existencia... ¿o sí? Su acento era extranjero al igual que su nombre, comencé rápidamente a hurgar por mi mente a ver si lo recordaba hasta que, por fin, se encendió mi ampolleta particular.

—¿Gregory?

—Sí, zancudo, el mismo —apostilló mi hermano.

Gregory había sido compañero de mi hermano en Inglaterra. Había hablado muchas veces con él cuando llamaba a Andrés y él no se encontraba, es más, hubo un tiempo en que charlaba más con Gregory que con mi propio hermano.

—Créeme que si hubiera sabido que tu zancudo era tan guapa, te habría exigido conocerla antes. Ven acá, zancudo, y dame un abrazo como corresponde.

Este inglés era muy efusivo. No es que conociera muchos, de hecho solo este, pero de verdad era afectuoso. Me acerqué a él y nos dimos un fraternal abrazo y como era la costumbre, según él, dos besos, uno en cada mejilla.

—¿Y por qué están tan encerrados acá? Vamos abajo a bailar.

—¿Pero qué haces tú acá? —pregunté asombrada. Cada vez entendía menos.

—Esto es mío, zancudo, tu hermano trabaja para mí. Me vine hace un par de años a probar suerte a tu país y créeme que no me quejo y bueno, sin mi amigo esto no sería posible. Además, ustedes los latinos son muy tentados, no les gusta perder y eso hace que dejen su dinero en las arcas de este pobre inglés.

—¿Pobre? —se mofó mi hermano.

En ese momento se volvió a abrir la puerta y esta vez era la chica *látex* con la bandeja y nuestros vasos. Saludó a Greg de la misma forma que lo había hecho con mi hermano y nuevamente mi lengua me traicionó.

—¿Acá es requisito que *miss látex* salude a los hombres con un beso en la boca?

Ambos se miraron y comenzaron a carcajearse frente a mí y, sorprendentemente, Greg se acercó, y bajó su cara a la altura de mis labios.

—¿Qué..., qué haces? —quise saber, moviendo mi cabeza un poco más atrás.

—¿Cómo? ¿No te dijo *Andy* que ese era un requisito para las mujeres que entran a este cuarto? Y que yo sepa me lo debes.

—¡Ah no, inglés!, por mí esperarás sentado, me da igual tu requisito. Eso en mi país se llama atrevimiento y ustedes dos son un par de frescos, compadezco a *miss látex*.

—Insisto, *Andy*. Si me hubieras presentado antes a zancudo, no me deberías nada.

—¡Alto ahí! Primero que nada, los dos dejaran de decirme zancudo, y segundo, dejen de hablar de juego. Yo apenas entiendo el *póker*.

—Toda la razón zancu... Josefina. Ahora salgamos de acá y bajemos a bailar que, según tu hermano, eres una diosa bailando.

—Vaya que me quieres hermanito, tanto, que divulgas mi vida a todo el mundo.

—No, zancudo, no soy todo el mundo. Soy su amigo y compañero y lo sé porque él me contó que lo obligabas a mirarte mientras bailabas, para ver cómo te quedaban las coreografías.

—Es cierto, tienes razón, a veces te torturaba con eso.

—Exacto hermanita, así que me debes una disculpa.

—¡Ah no!, nada de disculpas, igual vas contando mi vida por ahí —refunfuñé. No me agradaba saber que hablaban de mí a mis espaldas, aunque fuera mi hermano.

—Bueno, vamos a bailar, hoy hay un DJ nuevo y dicen que es el mejor de Chile. Vamos a ver qué tal mi nueva contratación.

—Te sigo, *brother*, además hoy me voy a emborrachar. Tengo motivos para celebrar.

Miré a mi hermano fulminándolo con la mirada. No quería que dijera nada más y, como presintiendo la batalla de verde contra verde, él llegó rápidamente hasta mí y me dio un sonoro beso en la mejilla, para luego tomarme por la cintura y hacerme rodar por los aires como si fuera nuevamente una niña pequeña.

—Soy una tumba, Jose, no lo dudes. Cambia esa carita tuya y vamos a bailar, que estaré encantado de ver tus coreografías y creo que Greg igual lo estará.

—¿Sabes hace cuánto que no salgo a bailar? —pregunté.

—Hace más de cuatro años. Te conozco zancudo, más de lo que crees.

—Ya basta, deja de hablar y bajemos antes de que me arrepienta.

Capítulo 2

Mi mente estaba saturada de tantos pensamientos y mis pobres neuronas estaban a punto de colapsar. Tal vez bailar era lo que me faltaba, olvidarme un poco de quien era y vivir la vida como lo haría una chica de veintitrés años, sin ataduras y sin compromisos, así como diría Ricky: *Living' la vida loca*, aunque fuera solo por esta noche.

La música estaba realmente entretenida y el lugar colapsaba de personas, cada una en su mundo. Andrés tomó mi mano y al son de la música me llevó hasta la pista. La primera canción que comencé a bailar fue una totalmente desconocida para mí. Me dio igual, cerré los ojos y empecé a moverme, después de unos minutos ya me daba lo mismo la melodía, únicamente bailaba... reía... y cantaba.

Al rato de estar prácticamente como una loca se nos unió Greg, que cambió su gesto serio por uno más agradable. Sin saber por qué, le tomé la mano y lo lleve a bailar. Hasta el momento no había bebido ni una sola gota, solo estaba alegre. Estuvimos así un par de minutos hasta que llegó mi lindo hermano con unas copas y una botella de champaña. Según él, debíamos celebrar.

—¡Vamos a brindar por la vida y por las sorpresas que nos da! —gritó muy alto para que todos lo pudiésemos escuchar.

—No, *brother*, yo brindaré por zancudo y por el placer de haberla conocido.

—¡Ah bueno!, entonces caballeros, yo brindaré por ustedes y su *antro de la perdición*.

—¿*Antro de la perdición*? —me preguntó Greg sin entender mi sarcasmo—. Yo te puedo mostrar lo que es la perdición preciosa, nada más tienes que pedirlo.

—No, nada de eso *brother*, con mi hermana menor sí que no.

—¡Epa, par de machotes!, relájense que yo solita me sé cuidar, venga, vamos a bailar.

Y esas fueron mis últimas palabras antes de salir los tres como locos desatados a la pista. Por fin escuché una canción que conocía y, como si tuviera cinco años menos, comencé a bailar como si fuera la mismísima Shakira. La cara de Greg era un poema, no entendía ninguno de mis movimientos. Lo veía en sus ojos, esos lindos ojos negros que me comían con la mirada. Andrés comenzó a aplaudir en cada movimiento de caderas que les regalaba y al terminar la canción los tres, agotados por el esfuerzo, nos fuimos hasta unas mesas más alejadas; era el lugar VIP, para los importantes. Obvio a mis chicos todos los veneraban y, como ya había sucedido anteriormente, las chicas *látex* les saludaban con piquitos en los labios.

—Vaya con ustedes, cómo les suben el ánimo las chicas *látex* —manifesté divertida por la situación.

—Zancudo, cuando quieras te dejo subirme el ánimo. Es más, como dicen ustedes los latinos, estoy *depre*.

—¡Ah bueno!, entonces inglés, deja que te llame a *miss látex* para que te ayude.

—¿Y por qué no me ayudas tú? —me dijo tomándome desprevenida por la cintura. Hacía tanto que no sentía unas manos masculinas alrededor de mi cuerpo que me estremecí al contacto. Greg me miró y como un caballero que era no dijo nada, y de corazón, en silencio, se lo agradecí.

—Saca tus manos de mi hermana, Greg, para ti ella es hombre y uno muy feo, y por si aún no te queda claro, gay —espetó un poco molesto Andrés.

—Bueno, entonces no me importa convertirme en gay.

La cara de Andrés lo decía todo, no hacía falta ser adivino para saber que estaba molesto, y no pude evitar sentirme culpable por eso. Claramente Greg estaba jugando y yo también un poco. No pensaba tener ningún contacto distinto al que ya habíamos tenido, el amigo de mi hermano era mi amigo, nada más. Conocía esos ojos verdes tan bien como los míos, así que preferí hacer algo coherente y enfriar el asunto.

—Andrés, yo sé cuidarme solita, no te preocupes que con Greg solo estamos jugando ¿verdad?

—No.

—¿Cómo qué no? ¿Qué dices? —le pregunté pestañeando un par de veces más de lo normal, me estaba confundiendo.

—Dije que no, yo no estoy jugando. Pero relájate *brother*, entiendo lo que sientes e intentaré ser más prudente. Ahora si quieres se lo dejamos a la suerte y nos la jugamos en una partida de *póker*.

Yo no sabía si era broma o realidad. Preferí no preguntar y sacarle tensión a sus desafortunados comentarios, pues no es que mi hermano se lo estuviera pensando...creo., Pero yo en esas caras no podía descifrar nada, bueno, por algo eran expertos jugadores.

—Vayan a apostar a su *antro*, lo que es yo, caballeros, me retiro. Vine a bailar y eso haré y antes que ustedes tan gentilmente se ofrezcan a acompañarme, les aviso que lo haré solita. Hay varios guapos a los que me gustaría ir a moverle las caderas.

Dicho esto y sin dejarlos reaccionar, me di media vuelta y arranqué rápidamente hacia la pista. Antes de llegar me encontré con un par de caras conocidas.

—¡Javiera!

—¡Jose!, no lo puedo creer —exclamó mientras se acercaba hacia mí y nos dábamos un fuerte abrazo. No era que fuésemos grandes amigas, pero habíamos sido compañeras de colegio durante toda la vida—, ¿tantos años?

—¡Uf!, sí, muchísimos.

—Nos estamos poniendo viejas —me dijo sin soltarme aún.

—¡Ah sí!, pero como el vino —le respondí, y al ver que no entendía continúe—, mientras más viejas, más ricas.

Al segundo ella entendió la broma y comenzamos a reír como antes. Yo siempre había sido bromista y el alma de la fiesta. Como era la más pequeña de mis hermanos siempre trataba de sobresalir, y lo hacía de la única forma que aprendí, con alegría. Así que siempre me esforzaba por sacar una risa de los labios de las personas que más quería, sobre todo de mi padre, al que había visto sufrir en silencio cuando mi madre, al igual que una llama, comenzó a apagarse, se marchitaba un poco cada día. Eso fue muy duro... para todos.

—Qué bueno verte. He sabido por Andrés que estás estudiando leyes y que, por cierto, te va muy bien.

—Eh... sí, claro. ¿Y tú qué haces? ¿Qué ha sido de tu vida?

—¿Te acuerdas de Eduardo, nuestro compañero de colegio?

—¿Edu?, el que usaba lentes y...

—Ese mismo, Jose. Bueno somos pareja hace más de siete años.

—No... ¿pero cómo?, yo nunca me di cuenta —reaccioné realmente sorprendida, jamás siquiera me lo imaginé.

—Es que lo teníamos bien guardado. Además, tú eras de las populares y yo pertenecía a las *nerds*.

—No digas eso, yo jamás te discriminé.

—Lo sé, pero no puedo decir lo mismo de tus amigas. ¿Cómo están ellas?

—La verdad no lo sé. Cuando me fui de acá preferí cortar contacto con todas. Además, cada una ya estaba en lo suyo, el colegio no es lo mismo que la vida real. Hay que crecer y dar vuelta a la página alguna vez ¿no crees?

—Eso es cierto. Es tan raro escucharte hablar así.

—¿Por qué? —quise saber realmente interesada.

—Porque siempre pensé que te casarías con ese novio tuyo y te convertirías en una descerebrada más de esta ciudad.

—¿Sabes que no me casé verdad?

—¡Jose! Todo el mundo lo sabe, perdona que sea tan honesta, pero fue todo un acontecimiento aquí. Además ya no faltaba nada, ¿puedo preguntar qué pasó?

—Nada Javiera, solo que me di cuenta que era un error y rectifiqué justo a tiempo —mentí, no podía decirle: no mira, lo que pasa es que estaba acostado con mi madrastra. Los descubrí justo cuando iba a contarle que estaba embarazada.

Justo cuando estábamos hablando apareció el novio. Eduardo estaba igual como lo recordaba, el mismo chico de lentes, solo que ahora no tan chico y sin lentes.

—¡Josefina, qué sorpresa!

—Hola Eduardo, lo mismo digo. Ya me he enterado de que son pareja. Los felicito, me parece maravillosa la idea, a estas alturas ya se ultra conocen.

—Sí, así es, ¿y qué haces por acá?, hace mucho que no te veíamos.

—Vine por el cumpleaños de mi padre, me voy pasado mañana. Debo volver a mi vida, ya no pertenezco a esta ciudad.

—¿Pero cómo? Yo siempre pensé que terminarías trabajando en la empresa familiar.

—Uf, esos eran otros tiempos, créeme que lo último que quiero hacer es volver.

—¿Tan poca cosa encuentras la región?

—No, no es eso, no me malinterpretes, es que ya hice mi vida fuera y no quiero volver.

—Ya, no seas pesado, Eduardo, no todos son como tú, que lo único que quieren es quedarse acá y echar raíces.

—Pero tú también quieres, mi vida, ¿o no?

Me consideraba tan fuera de lugar... ellos me conocían de siempre y yo sentía que no pertenecía a nada, es más, los sentía como dos adolescentes jugando a ser grandes, los veía estancados. A estas alturas seguían visitando clubes para ir a bailar. Moví la cabeza para sacarme esa idea, ellos estaban bien. Yo había madurado y era la distinta, claro que no encajaba en el lugar. Cerraba los ojos y veía los ojitos miel de mi osito pecoso y me lo imaginaba acostado en mi cama, durmiendo.

—Chicos los dejo, fue un gusto volver a verlos.

—¡Ah, no, no te puedes ir aún!, ven estamos con Christian y Alejandra.

—¡No...! ¡Casi es una junta de curso! —expresé del alma.

Pasaron unos instantes y ya todos nos estábamos abrazando de nuevo, recordando buenos tiempos. Yo tenía recuerdos felices con todos. No eran mis amigos, pero tampoco eran desconocidos para mí. Es más, ese grupo siempre había estado unido, siempre juntos. En cambio el mío, al salir del colegio se separó. Claro, yo seguí con mis planes y mi mejor amiga Laura decidió apoyar a Maximiliano y darme la espalda a mí. Sospecho que siempre estuvo enamorada de él, pero jamás me lo dijo y yo jamás se lo pregunté.

—Vamos a bailar, le diré al DJ que ponga algunos temas del recuerdo —nos comunicó Eduardo.

Los cinco estábamos nuevamente en la pista. Yo era la única que no tenía pareja, pero no importaba, ellos me acogieron cariñosamente. La música que sonaba por los parlantes era de nuestra época, no es que fuéramos tan mayores, pero vaya que había cambios desde el colegio. Tras varias canciones, donde todos cantábamos y nos divertíamos de lo lindo, sentí que alguien ponía unas enormes manos en mis caderas. Rápidamente me giré, pensando, ilusamente, que era Andrés quien venía en mi búsqueda, pero al ver que era un grandulón de pelo castaño y una sonrisa que daba miedo, más por lo que significaba que por su tamaño me asusté, solté sus manos y le espeté:

—¿Quién te ha dicho que puedes venir y tocarme así?

—¿Y por qué no? ¿Te molesta?

—Claro que me molesta, si ni siquiera nos conocemos.

—Mi nombre es Lucas ¿y el tuyo?

—Me llamo: *qué te importa* —le dije fríamente poniendo cara de molestia—. Y mi apellido es: *déjame en paz*.

—Ah, te gusta hacerte la difícil. Pero no parecía eso en la pista mientras te movías al ritmo de la música —me dijo el grandulón, tomándome por la cintura, sin dejar que me moviera.

—Suéltame te he dicho.

—Vamos colorina. Muévete para mí, encanto —me exige acercándose demasiado, cosa que hizo que me estremeciera en segundos con su proximidad. Realmente este tipo me estaba intimidando y no pensaba permitirselo a él ni a nadie.

—¿O me sueltas o...?

—¿O qué, lindura?

—O esto *imbécil* —bufé subiendo mi rodilla lo más fuerte posible, pero con tan mala suerte que, en vez de darle donde quería, solo alcancé a golpearle en lo alto de su muslo. Él reaccionó de inmediato y de la peor manera. Bueno, no sé si de la peor, solo que en defensa propia y bastante enojado.

—Yo te voy a enseñar a comportarte como lo hace una dama de verdad.

—¿Y quién te dijo que soy una dama de verdad? —gruñí tratando de zafarme ahora más desesperada.

El tipo resopló y entrecerró los ojos al ver mi actitud, pero antes de que pudiese siquiera reaccionar, vi cómo una mano se ponía sobre su hombro y le volteaba bruscamente, haciendo que sacara las manos de mi cuerpo... por fin.

—¿No escuchaste a la señorita, *imbécil*?

—¿Señorita? Pero si de eso no tiene nada.

De un empujón, Greg acalló al grandulón antes de que siguiera hablando y a mí me tomó fuertemente la mano apegándome hacia él.

En silencio caminamos hasta que de nuevo arremetió el grandulón, esquivando a la multitud, poniéndose justo en frente de nosotros.

Greg no parecía contento mientras le ponía mala cara al hombre que nos impedía seguir caminando, y a mí me indicaba con la mirada que siguiera avanzando cosa que, por supuesto, no hice. ¿Quién era él para darme órdenes o para decirme qué hacer? Yo sola me las estaba arreglando muy bien, así que decidí omitir su ordenanza.

Sin decir ni media palabra vi como *la mole*, alias *el grandulón*, le daba un certero empujón a Greg. Este ni se movió de su sitio, pero en respuesta empuñó su mano, lo tomó del cuello y muy cerca de la cara de asombro de *la mole* siseó entre dientes:

—Tienes dos minutos para salir de aquí, antes de que pateé tu culo y te saque yo mismo.

—¡Ja! Tú y cuántos más, americano de mierda —se jactó.

—¡Ya basta! —chillé asustada. No me gustaba la violencia, ni menos ser artífice de ella.

—No te metas, Josefina. Sal de aquí, espérame en la oficina —me ordenó con cara de pocos amigos y con una mirada tan intensa que me llegué a sentir intimidada ante sus palabras, pero me rehusaba a obedecer, siempre había hecho lo que quería y esta no sería la excepción.

—Así que *la damita mueve-culos* es tu mujercita, americano.

En ese momento toda la compostura de Greg se fue por la borda. Vi de reojo, porque no fui capaz de girarme completamente, como de un solo derecho lo tiraba al suelo, pero ágilmente antes de caer lo tomaba por la camisa y le espetaba:

—Primero que todo, *imbécil*, la damita no es mi mujercita ni nada de lo que dijiste, y para que te enteres, no soy americano, soy inglés —bufó. En ese momento lo soltó, dejándolo caer violentamente al suelo. Luego hizo un gesto con la mano y se acercaron dos guardias. Solo con la mirada los hombres entendieron qué debían hacer y, en cuanto a mí, me volvió a tomar de la mano y me sacó a grandes zancadas del lugar.

Mientras caminábamos, vi como mis amigos miraban el espectáculo sin decir nada. Javiera me hizo una seña con la mano para despedirse y eso fue todo lo que pude ver, ya que en ese momento entrábamos a la oficina viendo como Greg se pasaba una y otra vez las manos por su oscura cabellera.

—Yo estaba manejando la situación bastante bien, no necesitaba ayuda.

—No estabas manejando nada, Josefina. Menos mal que te observé por los monitores. Ese cerdo estaba sobre ti y lo próximo que pensaba hacer era poner las manos en tu cuerpo. —Me lanzó una mirada fulminante, la mandíbula apretada, pero extrañamente muy calmado en sus palabras.

—Aun así creo que me las arreglé bien yo solita.

Greg, en ese instante, cogió mi cara y me observó detenidamente como esperando mi reacción. Vi en sus ojos claras intenciones de besarme y como una cobarde cerré los ojos implorando que se apartara. Mi corazón llevaba sin latir por mucho tiempo y no pretendía que cambiara, al menos no por ahora y menos con el mejor amigo de mi hermano.

Justo en ese momento, y gracias a no sé quién, entró *miss látex*, interrumpiendo aquel vergonzoso momento, cosa que agradecí enormemente.

—¿Qué quieres, Amber? —protestó Greg como un niño enfadado.

—Te solicitan en el salón. Es urgente.

—Tú —bufó aún con la cara descompuesta—, espérame aquí.

—No, no te preocupes —balbuceé nerviosa por nuestro incidente—, buscaré a Andrés y le pediré que me lleve.

—Andrés no está en condiciones de manejar. Ha bebido y no creo que sea lo mejor.

Necesitaba salir de ahí. Mi mente ni siquiera estaba funcionando correctamente. Estaba volviendo a sentirme como una niña y no como la mujer que era y que había decidido ser. Así que lo mejor que pude gesticulé una respuesta positiva.

Greg salió y me dejó completamente sola. En ese instante supe lo que haría, salir rápidamente del lugar.

Al llegar afuera tomé un taxi en tanto le mandaba un rápido mensaje a mi hermano diciéndole que me iba a la casa que había sido mi hogar. Ya no quería pensar nada más. Ese día había vivido muchas emociones y revelado más de lo que pensé en mi vida.

Menos mal que aún recordaba viejas técnicas para entrar a casa. Llegué directo a mi habitación, besé la foto de mi dulce amor y, con el corazón apretado por extrañarlo, me dormí.

Estaba absolutamente dormida cuando sentí que la puerta de mi dormitorio se abrió y cerraba despacio. Abro medio ojo y alcanzo a ver en la mesita de junto el reloj que marca las once y veinte minutos. No quiero despertar aún. Vuelvo a cerrar el ojo.

—¡Zancudo!

—No me hables que se me parte la cabeza. Hace mucho que no bebía tanto, sin contar todo lo que bailé —contesté con los ojos cerrados.

—Quiero escuchar la voz de mi sobrino, deseo oírlo. Llámalo, porfa, porfa...

Maldigo en silencio, no quería llamarlo desde ahí. Además no podía decirle nada a Clemente, ese sería un secreto que guardaría hasta la tumba, pero también sabía que Andrés no claudicaría hasta conseguir su objetivo. Con una sonrisa fingida que no tardó en descubrir, comencé a marcar el teléfono de mi casa.

—¡Mi niña!, ¿cómo estás? Estaba tan preocupada por ti. ¿Cómo va todo por allá? ¿Cómo te han tratado?

—Margarita, yo también te extraño. Acá está todo igual y tú sabes que a mí no me entran balas —mentí para no preocuparla. Margarita prácticamente me había criado y era la única persona que siempre me había apoyado y acompañado durante todos los procesos de mi vida.

—Mi niña, ¿viste a mi adorado hombrecito? —me preguntó refiriéndose a mi hermano Andrés.

Le cerré un ojo a mi hermano y con la mirada le supliqué prudencia. Margarita no estaba preparada aún para saber que ya en parte había revelado mi secreto.

—Sí, Margarita, está bien, igual que siempre y antes que preguntes, Sebastián sigue igual de insoportable, la indeseable cada día se cree más joven y bueno... papá tan embobado como siempre, yo no sé qué le da esa...

—Josefina, hija —me cortó antes de terminar—, no hables así, ya lo hemos conversado muchas veces. Debes perdonar, mi amor, de nada sirve el rencor.

Preferí morderme la lengua antes de contestarle. Yo sabía que ella jamás me entendería y, por otro lado, yo tampoco podría perdonar, menos ahora que ella había vuelto a amenazarme.

—Está bien, Margarita *culebrita*, ¿me das con mi precioso osito dulce?

—Espérame hija —dijo mientras yo escuchaba cómo le gritaba al niño más lindo del mundo para que hablara.

—¿Sí...?

—¿Cómo está mi príncipe y el dulce más rico del mundo?

—¡Mamiii! —chilló feliz—. Te quiero ver, ¿cuándo llegas?

Se me apretó el corazón al escucharlo. Jamás nos habíamos separado y, además, lo había hecho diciéndole una mentira a mi pequeño.

—Dos días, precioso, y prometo regalarte mucho, mucho. Además iremos a esos juegos que tanto te gustan y nos compraremos una manzana confitada y unas palomitas de maíz.

—¡Yupi mami! Y también quiero ir a los juegos.

—Lo que tú quieras, mi bebé.

—Mami.

—Dime, cielo.

—Ya no soy tu bebé. Tú me dijiste que era el hombre de la casa.

—Perdón mi... hombrecito.

Así estuvimos largo rato conversando. A pesar de la corta edad de Clemente, él era un niño muy vivaz e inteligente, siempre quería saber y, por supuesto, exigía respuestas. Miraba a mi hermano y lo veía realmente emocionado. Cuando estábamos en lo mejor, según yo, de la conversación escuché:

—Chao, mami, te dejo, voy a ver a *Kick Buttowski*. Ya empezó y no me lo quiero perder.

—Chao, mi niño —me despedí mandándole un millar de besos, hasta que escuché la voz dulce de mi Margarita y nos despedimos.

—Ese niño es igual a ti, zancudo, tiene la misma lengua afilada que tú.

Asentí con la cabeza y sin que él me viera me limpié una lágrima que se me escapó.

Después de regalinear un rato con Andrés, él decidió que ya era la hora de levantarse. Rápidamente tiró las sábanas hacia atrás y prácticamente me obligó a levantarme. Bajamos a tomar el desayuno. Gracias a Dios que no estaba la innumerable. Ella estaba preocupada de todas las cosas de la noche, la gran noche, el cumpleaños número sesenta de mi padre y se llevó a Andrés para que la ayudara también.

El calor era insoportable. Yo no pretendía mover un dedo ayudando ese día, si estaba ahí era prácticamente obligada. Mi adorado hermano Sebastián me había comunicado que debía asistir y, si no lo hacía, mi remuneración se vería mermada, eso yo no lo podía permitir. Tuve que tragarme el orgullo una vez más y regresar a esta casa.

El sol me daba directo sobre la espalda. Hacía mucho que no tenía vacaciones y estos días de tranquilidad obligada había decidido tomarlos como tal.

En el limbo estaba cuando sentí cómo caía algo pesado sobre mi espalda, para a continuación escuchar:

—Cúbrete esa atrocidad que llevas en la espalda antes de que termines matando definitivamente a mi padre de un infarto cardíaco. Claro, así me imagino que serías tremendamente feliz.

—Hola Sebastián. Dormí fantástico, gracias por preguntar y no soy yo precisamente la que matará a *nuestro* —dije cargando esa palabra— padre. Acabo de llegar y las ojeras que vi en él no son precisamente de ayer cuando llegué.

—¿Y tú crees que es muy bonito que deba amenazarte para que nos ilumines con tu presencia?

—¿Sabes qué, Sebastián? Prefiero no responderte y seguir disfrutando de este maravilloso día. ¿Por qué no corres y vas a ayudar a Susanita? La pobre se está esmerando tanto para que salga todo maravilloso esta noche... —me mofé, volteándome para dejar de mirarlo y, quitándome la toalla de la espalda con brusquedad, seguí en lo que estaba.

Sentí cómo Sebastián murmuraba algo y maldecía, pero me daba lo mismo, al menos ya se había ido y yo volvía a tomar el sol pensando en todo lo que haría con mi osito cuando llegara. Lo primero que pensaba hacer era comérmelo a besos... como siempre.

Me volví a quedar dormida profundamente. No me importaba que el sol me llegara a la cara. Para mí todo era oscuridad, y una muy placentera.

Al despertar moría de calor, y decidí tirarme un piquero y nadar un poco. Ya eran cerca de las dos de la tarde y me sentía igual que un condenado esperando su ejecución. En este caso, para mí era la llamada del almuerzo.

—Princesa, ¿hasta qué hora piensas estar en la piscina? —escuché a mi padre que me decía.

Dejé de nadar y rápidamente me di la vuelta para que no viera el par de *caballitos de mar* que tenía en mi espalda.

—Papá, lo siento, es que hace tanto que no disfrutaba de esto...

—Princesa, esta es tu casa, tú sabes que puedes volver cuando quieras, yo sería el hombre más feliz si eso sucediera. Debes dar vuelta a la página. Lo de Maximiliano ya sucedió y, por lo demás, tú tomaste la decisión. Yo vi cómo sufría ese pobre hombre.

«Pobre hombre, por favor, papá, si estaba revolcándose con tu mujer en su propia casa, y ella estaba feliz, sin contar que me amenazó con dejar de pagarle el psiquiátrico a mamá», pensé, pero como la actriz que era, respondí con mi ya tan patentada falsa sonrisa—. Por favor no hablemos de eso, es tiempo pasado y yo ya he comenzado una nueva vida.

—Él no princesa, yo creo que aún siente algo. Varias veces me ha preguntado por ti. Es más, no debería decírtelo, pero se alegró mucho al saber que tú estarías esta noche.

—¿Qué?! —exclamé sin ocultar mi asombro—. ¿Qué quieres decir con eso?, ¿vendrá?

—Claro que vendrá, ¿no escuchaste que Sebastián contó que él nos ayudará a salvar la empresa? Si no fuera por él estaría metido en grandes problemas y, por favor, no quiero escuchar comentarios al respecto. La vida es una cosa y el trabajo otra —me habló con decisión en su mirada, esa que era imposible de rebatir.

Guardé mis pensamientos para mí, pero sabía que desde ese momento mi día sería una verdadera tortura. Ya estaba en el patíbulo y esperaba de todo corazón que el encuentro que yo había aplazado durante tanto tiempo no me afectara y me dejara poner mi mejor semblante.

—Princesa, tengo una sorpresa para ti. Vístete, creo que te agradará.

—¿Ahora?

—Sí, date prisa, te espero en el auto —me ordenó amablemente.

Me calcé unos pantalones de tela y una camiseta de los Rolling Stones, una cola alta en el pelo mojado y salí al encuentro con mi padre.

Me llevé una de las sorpresas más agradables cuando vi que nos dirigíamos hasta la clínica psiquiátrica. Hace mucho que no íbamos juntos a ver a mi madre, exactamente cuatro años, la habíamos visitado justo antes de mi partida. Él no sabía que yo viajaba una vez al mes a verla, aunque solo fuera por el día y a escondidas para que nadie me viera. A estas alturas ya me había hecho amiga de las enfermeras, y sabía siempre cuándo la visitaba algún familiar y eso era cada vez menos.

Mi madre estaba en los hermosos jardines sentada en su silla de ruedas, mirando el horizonte con una linda muñeca en la mano. Era la misma que yo le había regalado hace un tiempo.

Me crucé con una enfermera amiga y le hice un gesto para que no dijera nada y, como ella ya estaba enterada de mi situación, hicimos como que no nos conocíamos.

Al ver a mi madre corrí literalmente a abrazarla y besarla como siempre hacía. Me puse de rodillas y acerqué mi cabeza para que ella me tocara el pelo. Con ese simple gesto yo me sentía la hija más amada del mundo. Vi la cara de asombro de mi padre, pero como lo conocía, sabía que él no se preguntaría nada, es más, si mi memoria no fallaba, hacía más de seis meses que no aparecía por el lugar.

Pasamos un largo rato con ella. Me extrañó ver a mi padre comunicarle que hoy era su cumpleaños y que le hubiera encantado celebrarlo con ella, y me asombré aún más cuando vi que una enfermera se acercaba con un pedazo de pastel para que él soplara las velas junto a ella.

No pude evitar sentirme feliz y creer que mi padre era un buen hombre y, como siempre hacía, terminaba perdonándole todos sus defectos. No sé si él lo hacía a propósito o no, pero yo necesitaba sentir cariño y lo tomaba como fuese, perdonando a veces más de lo normal.

La vuelta fue muy alegre, pasamos a comer algo en el camino. El lugar estaba alejado de la ciudad, en total de ida y vuelta mi padre había manejado más

de tres horas. Sabía que Susana pondría el grito en el cielo, pero esta vez quería ver su expresión cuando supiera en qué andábamos. Era una pequeña puñalada que estaba dispuesta a disfrutar.

Tal como lo había pensado, al poner el primer pie dentro de la casa de mi padre, ella se acercó hasta nosotros con el ceño fruncido y las manos en las caderas.

—¿Se puede saber dónde han estado todo el santo día?

La furia que vi en su mirada y la fuerza de sus palabras me hizo mirar hacia otro lado. Yo no tenía que darle ninguna explicación, y creo que tampoco estaba en posición para hacerlo. Esa mujer era peligrosa, al menos para mí.

—Tranquila Susana, ya estamos acá, únicamente estaba terminando unos pendientes con Josefina, no te preocupes estoy para lo que necesites.

Esas eran las actitudes de mi padre que me desconcertaban. Resoplé en silencio por su respuesta, ¿por qué no le contaba la verdad?

Mi padre siempre había sido un cobarde con respecto a ella, por eso finalmente siempre se salía con la suya.

—Josefina, ¿viste el vestido que dejé en tu armario para esta noche? Me tomé la libertad de comprarlo porque me imaginé que tú no traerías nada adecuado para la cena y no estoy dispuesta a que nos dejes nuevamente en ridículo.

Conté hasta treinta y con la mejor de las sonrisas contesté:

—No Susana, no lo he visto pero me imagino que con tu buen gusto será una preciosidad. Te lo agradezco, no sabes cuánto.

—No me lo agradezcas tanto. En cuanto te vi ayer no supe si te quedaría bien, creo que tienes un par de tallas más desde la última vez que te vi, no sé por qué tantos cambios en tu cuerpo, ni que hubieses tenido un hijo.

Esa mujer lo único que quería era desestabilizarme. Me imaginé en esa fracción de segundos acercándome a ella y dándole una sonora cachetada. Saqué rápidamente la idea de mi cabeza cuando escuché a mi padre.

—¿Qué dices Susana? Por Dios, no digas tonteras. Un hijo, mujer, qué ridiculeces piensa esa linda cabecita. Mi hija menos que nadie podría ocultar una cosa así.

—¿Ah no? ¿Por qué? —inquirió la innombrable.

—Porque si fuera así estaría casada como corresponde y no viviendo una vida de mujer libertina como lo ha hecho hasta ahora.

—¡Papá! —Fue todo lo que pude exclamar. Libertina ¿yo?, no es que lo otro no me importara. Pero tampoco quería que mi padre tuviera un concepto errado de lo que yo era.

—Sí, Jose, libertina. Según lo que me ha dicho Susanita casi vives con un hombre, y ese no debe ser nada bueno si aún no lo has presentado y si prefieres mantenerlo en la clandestinidad, quizás por qué será, ¿o no Susanita?

—Josefina ya es grande amor, ella sabe perfectamente lo que hace, no es tonta, y me imagino que se sabe cuidar.

—Por favor, ¿pueden dejar de hablar de mi vida como si yo no estuviera? Subiré a la habitación para arreglarme, para que así ustedes no tengan la más mínima posibilidad de pasar vergüenza. Permiso.

Me di la vuelta y subí a mi habitación. Ni siquiera tenía ganas de mirar el armario, quizás qué vestido se encontraría en él. Solo debía aguantar un día más y todo volvería a la normalidad. No me podía permitir más salidas fuera de control y sabía perfectamente que eso era lo que esperaba *la arpía*, estaba en sus manos... como siempre últimamente.

A las siete de la tarde tocaron a mi puerta y, al abrirla, vi a un joven encantador con una gran maleta.

—Buenas tardes, la señora Susana me ha mandado para peinar te.

—¡Ah!, pero no te preocupes, no es necesario, me haré una cola de caballo.

—No, lindura, nadie le dice *no* a *miss* Susana y yo no seré el primero. Sé una buena chica y déjame hacer mi trabajo.

Me dijo el joven entrando a mi habitación con propiedad. Yo lo miré sin comprender nada y fue él quien nuevamente habló.

—Muéstrame el vestido.

En ese momento entendí a lo que se refería. Lo saqué del armario colgador y se lo entregué, antes de ver cómo era. Vi la expresión de su rostro. Supe de inmediato que era buena, por el *wow* que se le escapó de su boca.

Me acerqué hasta él y lo vi, realmente era una preciosidad. Un largo vestido rojo de satén sin tirantes que, a juzgar por su corte, era muy ceñido al cuerpo. Pero la sorpresa fue aún mayor al ver la espalda, ¡no tenía! ¿Cómo se suponía que esa cosa se iba a sustentar en mí?

Mi cara de asombro debió ser tal que el joven amable fue quien contestó todas mis dudas.

—¿No vas a muchas fiestas de gala verdad?

—No, ni siquiera sé si seré capaz de caber en ese vestido.

—Lo harás, Josefina, si lo eligió Susana, seguro te quedará divino.

«Lo dudo», pensé.

—Pero no sé cómo afirmármelo.

El joven aún sin nombre para mí resopló, y con un gesto me hizo acercarme y ver la solución a mi pregunta.

Que ignorante me sentía, pero aun así no estaba segura del todo.

Me dio exactamente cinco minutos para ducharme mientras él preparaba todo sobre mi precioso escritorio. Movié sin ningún pudor las cosas que estaban sobre él para disponer un montón de utensilios, como si fuera un arsenalero y estuviera a punto de operar.

Salí envuelta en la toalla. Comprendí desde el primer momento que él no se iría, y por lo demás no corría ningún problema, el chico era absolutamente gay.

—Listo *Jo*, ponte solo las medias y ven acá.

—¿Cómo que solo las medias? ¿Querrás decir las medias y las bragas verdad?

—¡Estás loca! Las bragas se te marcarían, únicamente las medias, por Dios mujer ni que fuera la primera vez —se mofó en mi cara.

—Es la primera vez, no suelo ir por la vida así... sin bragas.

—Pues será la primera vez. Date prisa, que quiero verte para pensar en qué te haré. Rápido niña por Dios.

Hice lo que me pidió y él me calzó el vestido sin abrocharlo, lo mantuvo unos segundos en los que me observó con el ceño fruncido sin decir nada hasta que me pidió que me lo quitara y me sentara. Todo era a la orden de *ya*.

Tomó mi cabello y con manos de ángel comenzó a peinármelo. Jugó durante un rato con mis mechones, ya no era tan colorina como cuando pequeña, ahora tenía el pelo más oscuro y solo en verano se me aclaraba bastante.

Después de un rato, el que se me hizo eterno, terminó con el pelo y siguió con el maquillaje. Eso sí le agradecí, yo en eso era un cero a la izquierda. Antes mi amiga Laura me acicalaba, ella sí era una experta. Yo en la vida diaria únicamente utilizaba un brillo labial y máscara para las pestañas. Esa la utilizaba porque mis pestañas eran tan claras que me molestaba la luz si no lo hacía.

Después me puso el ceñido vestido que, para mi sorpresa, me quedó perfecto, un poco apretado en la parte alta, pero se veía bien y resaltaba más lo que ya la madre naturaleza me había dado.

Me miré al espejo y quedé gratamente sorprendida con lo que vi. El vestido era hermoso, la parte superior era de una tela un poco más gruesa, se apegaba a mi cuerpo como un corsé abrochado en la parte de atrás sin ningún tirante, dejaba mis hombros y mi espalda descubierta, la parte de abajo caía libremente por mi piel. Hacía que pareciera una modelo, claro, si hubiera sido alta, cosa que no era, yo tenía un trasero del que no me libraría ni por mucho ejercicio que hiciera, cosa que además no hacía, y unos senos que habían aumentado considerablemente después de nacer Clemente, como yo me decía siempre: “Lo bueno siempre viene en frasco chico, como los perfumes y...el veneno”.

Realmente me veía bien, pero el maquillaje era otra cosa. Esa sí que no era yo, nada tenía que ver conmigo la mujer de mirada penetrante que me observaba desde el espejo. Esa se veía como una mujer segura de sí misma, los ojos estaban perfectamente delineados de color negro por todo el alrededor y la máscara que me habían aplicado alargaba mis pestañas de forma considerable, mis rasgos naturales se acentuaban por sí solos. Lo que más me agradó fueron mis labios, no eran carnosos sino todo lo contrario, eran bien formados pero delgados, ahora estaban muy brillantes de un color malva, pero muy bien delineados. Y el pelo era otro experimento. Era su creación como decía *Willy*, porque al fin supe su nombre, en realidad se llamaba Guillermo, pero lo odiaba, así que todos lo llamaban por su nombre artístico.

«*Willy*, como la ballena», pensé yo, pero no dije nada; el pelo lo tenía completamente recogido en un moño alto, como bailarina, solo que de este salían

algunos mechones haciendo que se viera desordenado y casual, cosa que después de tanto trabajo no era.

—¡Fantástico el resultado! —aplaudió como un crío—. He realizado toda una obra de arte —me dijo tomándome la mano para que girara—, estás de cuento de hadas querida.

—Exacto —respondí—. Mi vida gira entre Blancanieves, con madrastra incluida, y Cenicienta. Pero este cuento se acabará para mí a las doce, con la diferencia que en mi vida no existe ningún príncipe azul, o si, uno que fue azul y se convirtió en rata, la peor de ellas —le conté suspirando. No sé por qué le hice esa analogía a un desconocido y, además, suponía que aliado de *la arpía*.

—Los cuentos, linda, son para vivirlos y si ya sabes la historia, solo está en ti cambiarles el final. Haz de esta noche tu propio cuento de hadas, ya mañana será calabaza, calabaza, cada uno para su casa —dijo terminando de ordenar sus cosas para retirarse.

Que ciertas eran algunas de esas palabras. *Willy* tenía razón, esta noche la disfrutaría y mañana volvería con mi osito dulce. Lo llamé para darle las buenas noches y comunicarle que al otro día nos veríamos. Ambos estábamos felices y esa había sido la última cosa que necesitaba para cargar mis motores y comenzar la farsa.

Me calcé los zapatos que la adorable madrastra me había dejado y justo en ese momento sin tocar la puerta ni nada, entró Sebastián, que seguro venía a apresurarme. Ya eran más de las ocho y la celebración estaba por empezar. Me quedé quieta al igual que él cuando me vio.

—Jose estás tan linda. Te ves...

—Igual que mamá —terminó la frase Andrés, que venía detrás.

Yo me acerqué hasta ellos y, contra todo pronóstico, los besaba intermitentemente y me dejaba rodear por esos dos hombres. Éramos simplemente tres hermanos que se abrazaban con verdadero cariño.

—Ya basta, se acabó, si seguimos así la lindura que ven delante de sus ojos se convertirá en calabaza, porque como me sigan cayendo lágrimas, se me arruinará el maquillaje y la bruja se las cargará conmigo.

—Jose —me regañó cariñosamente Sebastián.

—Ya, ya, perdón, salgamos de acá y no hagamos esperar más al agasajado.

Bajamos los tres juntos la escalera. Mis hermanos se veían tan lindos... Andrés era otro con smoking, se veía un hombre serio, cosa que no era y claro, Sebastián tenía un porte de príncipe, era alto y fornido, con lo que se pusiera se veía bien, sobre todo ahora, era la primera vez que lo veía con su pajarita negra, se había sacado los anteojos y lucía sus lindos ojos color miel, esos que eran igualitos a los de mi Clemente. Mi padre estaba a los pies de la escalera, lindo, precioso, con su pelo cano peinado cuidadosamente hacia atrás. Lo veía un poco nervioso, no sabía bien por qué y yo necesitaba quitarle seriedad al asunto, así que como siempre hacía espeté:

—No lo puedo creer papá, estas igualito a Sean Connery, solo que tú mucho, mucho más guapo.

—Hija, tú estás...

—Si papá, lo sé, mis hermanos ya me lo dijeron.

—Ven —dijo mi padre tomándome de la mano, llevándome directamente hasta su escritorio sacando de su cajón una cajita, me la entregó y pude ver sus ojos brillantes.

—¿Y esto? —pregunté abriendo la caja. Dentro de ella había dos pendientes en forma de lágrimas verdes.

—Eran de tu madre, Josefina, quiero que los lleves tú.

—Pero yo...

—Nada princesa, ella estaría orgullosa de que los tuvieras, aunque sea por esta vez no digas nada y acéptalos en silencio.

—Solo te iba a agradecer papá, están hermosos, ¿me los puedo poner?

—Nada me haría más feliz, hija.

Me acerqué a mi padre y lo abracé, ¡qué espanto!, otra vez se me escapaba una lágrima, parecía una perita de agua. Mis hormonas me jugaban a cada rato malas pasadas.

Salimos y hasta allí me llegó la felicidad. Junto a mis hermanos y con su ya tan característico ceño fruncido, estaba ella. Hermosa, eso no se podía negar. Lucía un vestido negro que la hacía verse realmente joven y estupenda. Ese cuerpo se lo quisiera cualquiera aunque no me guste reconocerlo.

—Vamos, es tarde —nos dijo sin sacar los ojos de mi nuevo regalo.

Los cinco salimos hacia el patio como la familia feliz que no éramos. Agradecí que Andrés tomara mi mano, ya me había puesto nerviosa, sabía que inevitablemente me encontraría con Maximiliano y esperaba estar preparada.

Capítulo 3

Los invitados comenzaron a llegar. Notaba la felicidad en la cara de mi padre. Odié cuando nos pidió que debíamos estar parados junto con él para recibirlos, esto realmente era de otra época, parecíamos la familia “Von Trapp”. Todos eran muy amables y escuché innumerables veces como me decían lo bien que estaba y, por supuesto, algunos me interrogaban con preguntas tales como: ¿Cuándo volviste? ¿Cómo te ha ido? ¿Qué estás haciendo? ¿Tienes novio? ¿Estás mejor? La sonrisa de la cara ya de verdad me dolía, no sabía cuánto tiempo más la podría tener. Solo pensaba en cosas alegres mientras cargaba mi peso de un pie a otro. Llevábamos más de cuarenta y cinco minutos recibiendo a la gente y, a pesar de ver a mi padre feliz, sabía que estaba nervioso. Tenía la misma mala costumbre que yo, nos retorcíamos las manos o las empuñábamos.

Estaba en un caluroso abrazo con una tía postiza, que por supuesto me estaba pellizcando los cachetes, que ya por cierto no eran tan prominentes como antes, cuando escuché cómo a mi padre le cambiaba la voz y saludaba con alegría.

—¡Maximiliano!

Dios mío, esto si no lo esperaba. Mi corazón comenzó a latir como si quisiera huir de mi pecho, al igual como quería hacerlo yo. Sentí cómo me ruborizaba por lo acelerado de mi pulso, intenté disimular lo mejor posible mirando al suelo, comencé a respirar para tranquilizarme, pero mierda, no podía conseguirlo. Andrés apretó mi mano porque, sin duda, sintió cómo mi cuerpo comenzaba a temblar.

No pensaba mirarlo y creía que él tampoco lo haría, pero qué equivocada estaba cuando sentí su aterciopelada voz, que tantas veces me había seducido, decir:

—Que gusto, Óscar, veo que hoy cuentas con toda la familia, incluida la presencia ilustre de tu hija Josefina.

Sentí que mis piernas flaqueaban. Aún no lo veía, pero sabía que él sí lo estaba haciendo. Se saltó el saludo de Susana y de Sebastián para ponerse directamente frente a mí.

Tomé aire sin que lo notara poniendo mi mejor sonrisa, como si nada me importara y lo miré.

—No soy ilustre y me alegra verte tan bien acompañado por Laura, por favor, dejen de perder tiempo con nosotros y pasen, sean bienvenidos a esta fiesta. Laura —dije mirándola directamente a los ojos—, pasa por favor, me alegro verte tan bien acompañada. Me hacen muy feliz.

Sentí cómo Maximiliano cambiaba la respiración, mis palabras lo estaban molestando. Eso era lo que necesitaba, que se fuera, que desapareciera de mi

vista, pero qué errada estaba. Se acercó más a mí tomándome un brazo sin importar quien estuviera presente o mirando.

—Tú y yo tenemos que hablar, Josefina, me lo debes —sentenció fulminándome con esos ojos azules que estaban oscurecidos por la rabia. Mi cuerpo me traicionó al instante y un escalofrío me recorrió. Yo debía huir, ahora, ya.

Soltándome como pude de su mano espeté lo más calmada posible:

—No tenemos nada de qué hablar y menos aún te debo algo, no seas...

—Josefina —me regañó mi padre. En ese instante toda la atención se centró en él y yo aproveché rápidamente para escabullirme entre la multitud. Creo que corrí por entre la gente, los esquivé para dirigirme a la puerta de la casa y, justo en ese momento, recordé que la innombrable la había cerrado, según ella para que nadie entrara. Maldije y seguí caminando, me fui al embarcadero y, para mi mala suerte, este también estaba cerrado. Me quedé en la oscuridad del muelle un largo rato maldiciendo para mis adentros.

¿Por qué tenía que ser tan cobarde? ¿Por qué me afectaba tanto la presencia de Maximiliano? ¿Acaso me había mentido todo este tiempo y no lo había olvidado?

Eso no podía ser. Como tan imbécil, ese hombre había despedazado todas mis ilusiones y destrozado mi vida. Definitivo, yo era realmente idiota, una masoquista de tomo y lomo. Traté de concentrarme en qué era lo que había sentido y me tranquilicé un poco. No habían sido mariposas ni nada, era miedo. ¿Pero a qué? ¿A enfrentarlo? ¿O a que descubriera a Clemente? Si era así, me dije a mi misma «eres muy idiota, no llevas en la frente un cartel que dice que tienes un hijo».

En ese momento sentí unos pasos que se dirigían a mí, me volteé lentamente con los ojos cerrados, ¡qué valiente me había puesto en estos dos días!

—Sabía que te encontraría acá, zancudo. ¿Estás bien?

—Sí, necesitaba aire —mentí.

—Mentirosa, ven acá y dale un abrazo a tu hermano.

Me acerqué a él pero no le dije nada, todo lo que yo pensaba era solo para mí.

—Volvamos adentro antes de que papá se preocupe.

—Eso no sucederá, ya llegó el bendito y eso le cambió la cara.

—Escucha, Jose, entremos. Yo me ocuparé de que Max no vuelva a acercarse.

—¿Cómo?

—Te lo demostraré.

Ambos tomados de la mano entramos y de verdad, de corazón, me alegré al ver que nos dirigíamos a la mesa donde estaban sentados un par de rostros conocidos.

Antes de llegar, él, haciendo gala de su caballerosidad inglesa se levantó y me corrió la silla para que me sentara.

—¿Qué ven mis ojos? Estás realmente hermosa, mujer.

—Gracias —respondí un poco avergonzada. Que todos me dijeran que me veía bien me daba igual, pero ese hombre, que parecía que con su mirada me examinaba, me había cohibido demasiado.

—No me las des. Yo debería dártelas a ti, pecosa, por tan maravilloso espectáculo.

—Así que ahora soy pecosa —contesté para quitarle importancia a sus palabras.

—Sí... definitivo, me gusta más que zancudo, tienes unas pecas muy tentadoras en tus hombros y me gustaría comprobar si están en tu espalda.

Dios mío, todo lo que decía ese hombre para mí tenía un doble sentido. ¿Tan necesitada de sexo estaba? ¿O era que en realidad hacía alusión a esas cosas?

—Por favor... —pedí.

Nos sentamos y no me dijo nada por mi abrupta huida de la noche anterior, cosa que yo agradecí. Me di cuenta que mi hermano saludaba con un caluroso beso a *miss látex*, que dicho sea de paso se veía muy normal. Era linda la muchacha, es más, con aquel vestido color gris yo diría que hasta se veía menor.

Todos los comensales de la mesa eran muy amenos. Me integré rápidamente a la conversación, no sabía si era idea mía o realidad, pero sentía que Greg me miraba demasiado. No lo puedo asegurar, pues nunca lo atrapé haciéndolo, solo lo sentí.

Después de la deliciosa cena llegó mi parte favorita, los postres. Eran alternados y de verdad esperaba que me tocara uno de chocolate que se veía de lo más apetecible. Pero obvio, como iba mi suerte, a mí me entregaron uno que parecía de lúcumas, una presentación apoteósica, un dibujo de caramelo digno de premio. En cambio, yo quería el *mousse* de chocolate con una hoja verde de mazapán.

—Apuesto a que te mueres por cambiarme el postre, zancudo —afirmó mi hermano.

Solo le hice un mohín, sabía que a él también le gustaba y solo por fastidiarme no lo haría, pero sucedió algo que me dejó sin palabras. Greg tomó una cucharada de su postre, que también era de chocolate, y antes de que mi boca pudiera pronunciar palabra, él la introdujo con cuidado en ella.

El sabor suave del *mousse* entró en mi lengua y al paladar haciéndome gemir al degustarlo. Greg abrió sus ojos y pude notar cómo me miraba con esos ojos negros llenos de algo más. Vi también cómo se acomodaba en su silla, todo esto sin dejar de observarme. En cuanto tragué sentí que mis mejillas se encendían.

—Te gusta.

—Sí —murmuré, no me salía el habla, ni siquiera veía a la gente que nos rodeaba.

Dicho esto, y ante el asombro de todos, introdujo la cuchara vacía en su boca y la saboreó como si tuviera el mejor de los manjares en su paladar.

—Maravilloso, dulce igual que tú.

Volvió a introducirla al postre y la metió en mi boca. Esta vez no hice ningún sonido, me los aguanté, estaba nerviosa, y por lo demás mi hermano me miraba con no muy buena cara.

En ese momento se acabó nuestro sugerente juego, cortesía de Andrés, que acaparó toda la atención del inglés, cosa que agradecí. No sabía por qué me estaba comportando así, no sentía cosas, mi corazón no latía por él, no lo hacía por nadie, pero me desenfrenaba a su lado y sabía que yo para él tampoco era algo serio, era solo un juego para poner nervioso a mi hermano, al menos eso era lo que yo creía. ¿O no?

La música comenzó a sonar y Amber, más conocida como *miss látex*, pidió a mi hermano que la sacara a bailar. Él, embobado por aquella, se paró rápidamente cerrándome un ojo. Al pararse ellos me dieron una vista panorámica al salón. Agradecí no ver a Maximiliano, eso me tranquilizó por un momento, hasta que lo vi, estaba en la mesa con mi padre. Nosotros seguimos conversando con los demás integrantes de la mesa, no era nada importante, solo de la región y ahí yo sí que tenía mucho que aportar, sobre todo con los lugares, eso era lo que más me gustaba. A veces tomaba la lancha y recorría todos sus alrededores en busca de lugares mágicos, según yo, esos que me inspiraban. De eso estábamos hablando cuando de pronto la música se detuvo y todos comenzaron a aplaudir. Mi padre, estoico, caminó hacia el escenario y comenzó a agradecer a todos los presentes por acompañarlo, pero lo que me llamó la atención fue cuando dijo:

—Amigos, espero en unos minutos poder hacerles un anuncio que cambiará la forma de dirigir mi empresa, de la cual estoy muy orgulloso. Lo único que les puedo pedir es que, por favor, le demos un fuerte aplauso a Maximiliano Von Kryler.

Todos comenzaron a vitorearlo, menos Andrés y yo. Él, arrogante, se levantó de la mesa y vociferó:

—Exclusivamente dependerán de ti los cambios, ya lo verás.

Eso no me gustó nada. Conocía a Maximiliano y esas palabras escondían algo en su enunciado, no sabía qué, pero no me fiaba de ellas.

La música volvió a sonar y esta vez sacándome de mi ensoñación Greg me sacó a bailar, cosa que acepté feliz. Salimos a la pista comenzando a movernos al ritmo de la música. Comencé a relajarme por primera vez en la noche. Él era un gran bailarín, se sabía todos los ritmos y a mí me encantaba ver la gracia que ponía en cada uno de ellos. Nos gritábamos para hablar, pues la música estaba demasiado alta. De pronto comenzó a sonar una canción más lenta, hice el ademán de retirarme de nuevo a mi mesa pero unas fuertes manos me lo impidieron.

—No, pecosa, no me perderé por nada del mundo el placer de tenerte entre mis brazos... otra vez.

—¿Otra vez?

—Sí, anoche, antes de que te escaparas.

—No escapé, es solo que...

—Shhh, pasado es pasado, pecosa.

Comenzamos a bailar y apoyé mi cabeza en su pecho, de verdad quería sentir algo, era un hombre guapo, pero no me pasaba nada. ¿Sería frígida?, me pregunté a mí misma, pero rápidamente saqué la idea de mi cabeza, no era frígida, era idiota, cosas muy distintas. Me reí de mis pensamientos, hasta que de pronto sentí cómo se cargaba el ambiente y alguien se dirigía hacia mí a paso veloz. No dejaba de observarme fijamente, sus labios eran una delgada línea. Esta vez no cerré los ojos, creo que hice algo peor, miré a mi acompañante y me puse de puntillas moviéndolo un poco para que Maximiliano viera lo que yo quería mostrarle. Tomé la cara de Greg con mis dos manos y aproximé deliberadamente mi boca a la de él. Esperaba un poco de ayuda, pero al ver que no la recibía, cerré los ojos y pegué mis labios a los del inglés. Sus labios eran suaves y carnosos, en comparación con los míos, se acoplaron perfectamente. De pronto sentí cómo introducía su lengua aterciopelada en mi boca y se encontraba directamente con la mía. Esta se empezó a mover como si tuviera vida propia y no quería abandonar aquella húmeda cavidad. Sentí cómo sus cálidas manos comenzaron a recorrer mi espalda. Estaba pendiente de cada movimiento, incluso cuando él apegó mi cuerpo al suyo y pude sentir su erección. Eso era, estaba segurísima, me sentí fatal. Yo solo quería alejar a Maximiliano y lo había hecho de la peor forma, jugando con alguien que estaba poniendo algo más que su linda carita. Traté de separarme lentamente, pero antes de hacerlo sujetó mi cara y pasó su lengua por mis delgados labios, luego atrapó el inferior y me dijo:

—La próxima vez que me quieras utilizar, me avisas para estar preparado.

Corrí mi cara aún con mi labio atrapado. Me dolió un poco, pero era justo que sintiera dolor para pagar en parte mi pecado.

—Yo no...

—No digas nada, no vale la pena, pecosa, ¿tú estás bien?

«No, me siento fatal, soy imbécil, pero gracias a tu beso alejé a Maximiliano», pensé.

—Sí, gracias.

La fiesta se acabó para mí. Hice lo único que me salía bien, hui. Me fui hasta mi cuarto, pasé por entre medio de los cocineros y casi choqué con uno que me estaba tapando la salida, llegué hasta mi habitación y di un portazo con tanta fuerza que mis oídos retumbaron, me saqué con rabia el vestido, me metí en la tina y largué el agua. Quería perderme en ella, volver a ser yo, quitarme el maquillaje, ser simple y normal.

Al terminar me introduje en la cama con el pelo mojado y me dormí profundamente, sin pensar en nada ni en nadie, solo me daba fuerzas el pensar que al despertar sería el último día en aquella casa y vería de nuevo a mi pequeño osito y a sus dulces ojitos que sí me hacían suspirar.

En la mañana y sin siquiera tocar la puerta escuché que alguien me gritaba:

—Estarás contenta ahora, Josefina.

—¿Qué? ¿De qué hablas, Sebastián?

No sabía qué sucedía, mi hermano irrumpió en mi habitación encolerizado, no entendía qué le pasaba, solo veía furia en su mirada y oía rabia en sus palabras.

—Levántate, papá te espera en su despacho, tienes quince minutos, Josefina, y esta vez, por el amor de Dios, ten algo de consideración y respeto.

—¿De qué me estás hablando? No entiendo.

—Ese es tu problema, ¡nunca entiendes nada! —exclamó gritando mientras salía de la habitación.

Entré rápidamente al baño, me lavé la cara y los dientes, en quince minutos no podía hacer nada más, me recogí el pelo en una cola alta para verme lo mejor posible, me calcé los pantalones negros y una camiseta blanca con un arcoíris que decía: “Un buen comienzo para un nuevo día”.

Al llegar al despacho de mi padre toqué la puerta con cautela y él contestó:

—Adelante, Josefina.

—¿Qué sucede? Sebastián me dijo que querías verme.

—Así es, siéntate —me dijo en tanto me entregaba diferentes carpetas—. Quiero que las veas y me digas que significan.

Me puse muy nerviosa al tener al frente tantos documentos. Si mi padre me estaba pidiendo una asesoría legal estaba literalmente perdida, yo solo había estudiado un año en la universidad y claro, estudiaba los libros, pero no podía hacer una asesoría. Comencé a hojear los papeles pensando una buena excusa para decirle, pero me sorprendió al ver que podía entenderlo todo, o casi todo. Lo que leía eran papeles con muchos números, no había que ser genio para darse cuenta que todos estaban en rojo, todo era pérdidas, hasta que llegué al que más me llamó la atención. Frente a mí tenía un embargo de todos los bienes de mi padre, como su casa y su empresa, más todo lo que estas contenían en su interior, no había que ser Einstein para saber que él estaba quebrado y tenía una demanda *ad portas*, perdería todo, incluso pagaría con cárcel si es que la parte demandante así lo pedía. Mi padre estaba metido en serios problemas, levanté la vista y lo miré sin entender nada.

—Eso que acabas de leer, Josefina, es mi situación económica, sin contar con que no te he mostrado las facturas impagas del psiquiátrico de tu madre —suspiró—. Estoy literalmente quebrado, en la ruina.

—¿Y cómo hiciste la fiesta anoche? —quise saber intrigada.

—Susanita vendió unas joyas y su auto. Era realmente necesaria la fiesta, hija, créeme.

—¿Cómo iba a ser necesaria, papá? No entiendo, hay otras prioridades en la vida.

—Josefina escucha, Maximiliano estaba decidido a comprar la empresa. Esa era la verdadera razón de la celebración de anoche, no mi cumpleaños.

—¿Y...?

—Bueno, algo sucedió, y cuando tu hermano Sebastián le preguntó a qué hora firmábamos nos hizo esperar, después tuvo un imprevisto al parecer y se marchó. Luego nos llamó diciéndonos que quería reunirse con nosotros a las doce del día de hoy.

Yo sabía perfectamente lo que había pasado y por qué se había ido, claro que no lo iba a decir, pero aun así no entendía.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto?

—Que nos ha pedido expresamente que estés presente, no sé qué sucedió anoche. ¿Tú sabes algo, Jose?

—No, papá, cómo crees, yo ni siquiera hablé con él.

—Seguro que por eso estamos en este lío, anoche yo escuché cuando te dijo que tenían que hablar pero tú como siempre, hermana, haces lo que quieres.

—No me culpes a mí, yo no soy la culpable acá de nada, recién acabo de llegar, Sebastián, por Dios y... y la fusión como dijiste tú ya estaba casi lista.

En ese momento tocaron la puerta y al abrirse apareció mi peor pesadilla... y en forma doble. Susana y Maximiliano venían entrando juntos. Esta vez no me sonrojé, creo que todo lo contrario, el color abandonó mi piel, eso lo sé porque un frío recorrió mi cuerpo, esa sensación no era nueva para mí, era la misma que había sentido cuando hacía ya varios años atrás los había encontrado juntos. No fui capaz de mirarlos más tiempo, bajé la mirada y la clavé en el suelo.

—Buenos días Óscar, Sebastián —saludó refiriéndose a los presentes, por un momento pensé que no me había visto, que ilusa era siempre yo—. Josefina, que gusto verte esta mañana, en realidad era a la única persona que deseaba ver.

Tragué saliva, creo que todos lo escucharon porque todas las miradas se dirigieron hacia mí, pero mi lengua se adelantó como siempre para defenderme.

—Qué curioso, a mí no me sucede lo mismo.

—Por favor, Josefina, compórtate —pidió mi padre para seguir dirigiéndose con pinzas a Maximiliano—. Estamos acá reunidos tal cual lo solicitaste. ¿Qué sucede?

—Bueno, comencemos entonces, no les haré perder más tiempo, así no aburro a la señorita acá presente.

Un mohín escapó de mi boca llevándome una mirada de reproche de mi padre. Esta sí me la merecía.

¿Por qué no me podía quedar quieta y callada? No, esa no sería yo.

—Estoy dispuesto a comprar tu empresa y pagar tus deudas, tal como lo había indicado anteriormente.

—Gracias Max —habló mi padre seguido por Sebastián.

—No sabes lo que esto significa para nosotros, te estaremos agradecidos eternamente.

—No canten victoria todavía, aún tengo una última cláusula y la más importante de todas —comentó esto mirándome directamente.

—Dinos Max, por favor, lo que sea.

«Lo que sea», pensé con temor. No sé por qué, pero temía verdaderamente a la última cláusula. Me sentía aterrada, él no dejaba de mirarme y no precisamente con amor, sino todo lo contrario, esa mirada tenía rabia, ira, desdén y lo más escalofriante... odio y rencor.

—Deseo casarme con Josefina.

—¿Qué! ¿Pero tú eres *imbécil?*, crees que puedes venir acá con aires de grandeza y decir *quiero casarme*, ¿qué desayunaste *imbécil?* Yo no soy un activo, soy una persona y una que tiene decencia, no como...

—Cállate, Josefina. ¡Basta! —me gritó mi padre. Yo estaba fuera de mí, lo acepto, pero quién se creía Maximiliano que era.

—¿Qué dices, Maximiliano? —preguntó mi padre mucho más calmado que yo.

—Lo que escuchaste, Óscar, quiero a Josefina y esta es mi única condición, ¿la toman o la dejan? No volveré a repetirla.

Justo cuando iba a hablar de nuevo, en realidad a gritar, mi padre se paró junto a mí y puso la mano en mi hombro para que me sentara, no sé por qué, pero le obedecí. Acá estaba mi defensor y quería escuchar como lo mandaba a volar.

—¿Por cuánto tiempo quieres estar con Josefina? Porque sabrás que un *para siempre* no es viable.

—¿¡Qué!?

—¡Cállate! —me gritaron al unísono Susana, Sebastián y mi padre dejándome sin poder decir nada, a mí, a la más afectada en toda la situación, no lo creía, pensaba que estaba soñando.

—Dos años Óscar, es un tiempo razonable.

—Uno, Maximiliano.

—Esto no es una negociación, quiero dos o el trato se acaba acá y ahora y tú, amigo mío, serás el más perjudicado.

—¿Estás consciente de lo que pides, Maximiliano? Estás hablando de una persona.

—Dieciocho meses, ni un día menos.

Iba a protestar, pero la mirada de Susana me lo impidió. Todo pasaba frente a mí como en cámara lenta, como si estuviera viendo una película en que yo era la protagonista, o peor aún como si no estuviera presente y no estuvieran hablando de una persona de carne y hueso.

—Por favor, déjenme un minuto a solas con mi hija —pidió mi padre a todos los presentes. Esto era irreal, no lo creía.

Todos se levantaron y, aunque maldiciendo, Maximiliano aceptó.

—Josefina, sé que crees que soy un monstruo por lo que estoy haciendo, no te puedo obligar a hacer nada que tú no quieras, viste los papeles y sabes perfectamente la situación financiera en que me encuentro. Si Maximiliano no nos

presta el dinero, la clínica no aguantará más tiempo las facturas impagas y terminarán trasladando a tu madre. Hija, sé que es espantoso lo que te estoy diciendo, pero tú amaste a ese hombre, no es un desconocido para ti, únicamente será un tiempo, quién sabe si lo puedes volver a querer. Por lo demás estaremos más cerca, podrás visitarnos a nosotros, a tu madre, tantas veces como quieras...

—¿Te das cuenta lo que me estás pidiendo? —Comencé a hablar interrumpiéndolo con un tono muy calmado, tanto que ni yo misma me reconocía—, ¿crees qué es fácil para mí?, tú no sabes lo que pasó...

En ese momento y sin tocar se abrió abruptamente la puerta del despacho. Ambos miramos en esa dirección y supe que comenzaría mi verdadera pesadilla.

—Querido, déjame un momento a solas con Josefina, hablaremos de mujer a mujer, de madre a hija.

Suplicué con la mirada a mi padre, pero este no entendió mis ruegos. Se levantó de mi lado y cerró la puerta por fuera. Susana, sin ningún tino, no esperó y arremetió contra mí.

—Esto es muy simple, a mí me da igual lo que te suceda o lo que sientas, lo siento por tu padre, porque lo veo suplicar, ni siquiera apelaré misericordia por su libertad, no querida. Esto simplemente es así, si no aceptas saldré por esa puerta y le contaré toda la verdad a Maximiliano, le diré que huiste y le has ocultado al bastardo ese que tienes por hijo durante todo este tiempo. Como lo conozco, cegado por la ira más mi gentil ayuda, te lo quitará, te quedarás sola... así como siempre debiste estar.

—Si tú haces eso, yo le contaré a mi padre lo que existe entre tú y él.

Susana comenzó a reír de tal manera que temí en cada una de sus carcajadas. Cuando dejó de hacerlo me miró fulminándome con sus ojos.

—Anda, cuéntale, no tienes pruebas y te aseguro que Maximiliano jamás lo reconocerá, y tu padre, querida, además de saber que es abuelo morirá de un infarto al saber que su dulce mujer lo ha engañado con su casi yerno. ¿No te parece esto supera a la ficción, *hija*?

—¡Yo no soy tu hija! —grité desesperada. Todo lo que ella había dicho era cierto, no tenía salida, no por mi padre, si no por mi hijo, esa era la única razón, no importaba nada, y el sacrificio, mi sacrificio por él valdría la pena. Si a esta mujer le gustaba jugar así, yo también lo haría.

—Susana, si yo acepto, tú jamás me volverás a amenazar en esta vida y guardarás mi secreto para siempre.

—Lo que digas, querida. Me imagino que después de dieciocho meses tú te perderás y lo único que querrás es estar con tu pequeño bastardo, así que no hay problema —habló levantándose para salir. Antes que llegara a la puerta le pedí que llamara a Maximiliano. Ella, con una terrorífica sonrisa, se marchó.

—Siéntate —le ordené.

Mirándome fijamente lo hizo. No quería estar frente a él, así que me senté en el puesto de mi padre cruzando las manos, no quería que me viera nerviosa, ¿cómo no hacerlo? lo estaba, me temblaba todo, hasta el alma.

—Aceptarás mi propuesta, pequeña.

—Primero, no soy ni volveré a ser tu pequeña, a esa la perdiste el día que decidiste encamarte con Susana, ahora lo único que quiero saber es por qué.

—Porque te he extrañado desde el día en que me dejaste.

¡Y a la mierda mi compostura!, lo sabía, esa no era yo, nada de tranquilidad, necesitaba explotar.

—¡Entiende de una vez por todas! ¡Acá la culpable no fui yo! Tú estabas acostado con Susana un día antes de nuestro matrimonio, yo te amaba, me entregué a ti, hice todo por ti, *imbécil*, tú solo jugaste conmigo. Crecí por ti, me hice mujer contigo y tú lo único que hiciste fue jugar conmigo, claro, si acá la ilusa fui yo, ¿que podías ver en una niña como yo? ¿Sabes cómo se llama eso en términos legales? —Sabía que estaba sacando toda la rabia que tenía guardada y se estaba juntando con la que tenía ahora.

—Lo sé, Josefina, claro que lo que sé.

—¡Entonces por la mierda! Déjame seguir con mi vida, no me obligues a hacer algo que no quiero, tú me destruiste y lo vas a volver a hacer —estaba rogando, no, suplicando.

—Perdóname, Josefina, no puedo, no hice nada para buscarte pero al verte acá, tú... despertaste todos los sentimientos que tenía guardados, que creía olvidados.

—¡Estás loco! ¿Qué me estás diciendo, Maximiliano? Por Dios, escúchate hombre, mira a tu alrededor, me estás obligando. Yo no soy una acción ni un activo, me estás comprando, eso es lo que estás haciendo. Te quieres casar, ¿qué significa eso? Dime, ¡habla! ¡Sé hombre aunque sea por esta vez!

—Quiero estar contigo, punto y final. Y sí, para mí eres un activo, afróntalo, esa es mi condición.

Tenía frente a mí a otro hombre, el que me había hablado de corazón segundos anteriores y al que pensaba apelar a la sensatez ya no estaba. Este era otro, uno con la misma rabia que había visto anteriormente, todo estaba perdido. Lo comprendí en ese momento, pero no me rendiría sin luchar.

—Trescientos sesenta y cinco días, ni un día más Maximiliano.

—¡No!

—Entonces no hay trato. —Esperaba con eso bajar mi condena.

—Está bien, pequeña, tú ganas.

—No estoy ganando nada, *imbécil* —bufé entre dientes.

—Deja de insultarme.

—Entonces deja de hacerme sentir como una puta. —Me estremecí al decir esa palabra, claro, eso era, y aún no había pensado en lo más importante, que conllevaba la palabra *casarse*.

—No lo eres y jamás lo serás, no seas tonta, Josefina, por Dios, ¿qué dices?

—¿Qué quieres de mí? Toma, ponlo por escrito ahora —le ordené. Esperaba que fuera lo suficientemente idiota y no especificara nada, esa sería mi

estrategia, por eso necesitaba que lo hiciera ahora mientras volvía a ser un hombre cuerdo.

Me devolvió el papel firmado por su puño y letra y no pude evitar dejar escapar una sonrisa triunfal, aunque fuese pequeño, el papel decía:

Te quiero a ti.

—¿Estás seguro de que esto es todo? —quise saber. El papel era una hoja tamaño oficio y solo decía esas cuatro palabras, más su firma y fecha.

—Eso es todo, Josefina, creo que podremos aclarar nuestras diferencias con... el tiempo.

—Perfecto, le diré a mi padre que entre para que firme los papeles —le hablé con mucha tranquilidad. Tenía una pequeña esperanza y de eso me iba a aprovechar.

Entraron todos, yo creo que esperaban ver sangre porque se asombraron al verme tan calmada.

—¿Todo bien? —preguntó Sebastián.

—Por supuesto —respondió soberbio volviendo a ser el de antes—. Estaré acá a las seis de la tarde, estos son los papeles que ustedes deben revisar. Vendré con mi abogado y finiquitaremos la transacción, lo demás lo veré directamente con Josefina esta misma noche.

Tragué saliva, esperaba que no se diera cuenta de nada aún, por lo menos hasta firmar. Salió erguido por la puerta y antes de que mi familia me hablara, les solté:

—Estarán felices ahora, han hecho la mejor transacción de su vida. Vuelves a tener tu empresa, Óscar y tú —dije con desdén mirando a Susana—, la posición que tanto te gusta tener.

—Josefina, no faltes al respeto, no te lo permito —me atacó mi hermano.

—Tú a mí no me hables, esto se acabó acá, tú ya no eres mi padre y tú jamás volverás a ser mi hermano. ¿O qué creen? ¿Qué esto es lo que hace una familia normal? Vender a su hija para salir de sus problemas, no señores, están equivocados, eso sucedía quizás en la Edad Media, pero no en pleno siglo xxi. Hasta los animales protegen más a sus hijos que tú, Óscar.

—Me duelen tus palabras, hija.

—Y a mí tu actuar, pero no te preocupes, no te decepcionaré otra vez.

—Pero, hija, yo sé que tú lo amas, si no jamás hubieras aceptado, sé que habrá una esperanza —me decía mi padre para justificar su aberración, pero yo no me ablandé ni un poco, claro, no podía decirle el verdadero motivo y nuevamente estaba entre la espada y la pared y todo gracias a la arpía de Susana.

—Piensa lo que quieras. Ahora necesito salir de acá, respirar, porque puedo ¿verdad? Hasta un preso tiene ese beneficio antes de ser sacrificado y yo me sacrificaré por todos ustedes a las seis de la tarde.

Dicho esto, salí de la oficina dejando a todos con ganas de hablar. No me importaba nada, solo quería salir del lugar. Choqué con Gladis y le pedí disculpas, ella no tenía la culpa de nada, subí a mi habitación y cogí el bolso junto con el teléfono, salí a la calle rápidamente para tomar un taxi y encontrar a Andrés. Necesitaba hablarle, contarle, me sentía ahogada, así que me dirigí al único lugar que, creía, estaría.

En el trayecto llamé a Margarita. No le podía contar nada aún, no al menos hasta que yo lo tuviera claro, había salvado la situación momentáneamente, no sabía bien qué pasaría ahora. Solo me restaba esperar exactamente cuatro horas más, las peores en toda mi vida.

—Margarita.

—Mi niña, hola, te he llamado tanto.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —le pregunté, estaba preocupándome realmente por su tono de voz.

—Boris, el hermano de Susana, ha estado afuera en la puerta de nuestra casa desde la mañana.

—Maldita perra desgraciada, se está asegurando de todo la muy zorra, cómo me conoce la imbécil.

—Josefina Zarmientos, ese vocabulario es inaceptable —me regañó Margarita, le había recitado un rosario completo de improperios y no me había guardado ninguno.

—Disculpa, Margarita, dime, ¿Clemente está bien?, ¿lo vio?

—No hija. ¿Qué pasa? ¿Por qué está él acá?

—Larga historia Margarita, pero no pasa nada, te llamaré en la noche así hablaremos más tranquilas, ¿me das con Clemente? —Necesitaba escucharlo para saber que todo valía la pena.

—Está durmiendo mi niña.

—Margarita por favor, lo necesito, no te lo pediría si no fuera importante —supliqué intentando parecer normal, la voz ya se me había quebrado.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada, es solo que lo extraño demasiado.

—¿Segura?

—Ajá. —Eso fue lo único que le dije. Si no me pillaría de inmediato y para hablar con ella necesitaba tener las cosas claras, no la nebulosa que sentía en ese momento.

—Llama más tarde hija, no lo despertaré. Él tiene el mismo genio que tú y ahora no lo puedo compensar saliendo a tomar helados, no mientras esté rondando Boris.

—Está bien —bufé de mala gana, ella tenía toda la razón como siempre, me despedí y quedé en llamarla en la noche.

Marqué el número de casa y pedí hablar con Susana. Esa se me había atravesado y, aunque Margarita me regañara, juro que la quería matar con mis propias manos. Cuando me respondió solté:

—Dile al inútil de tu hermano que se aleje ahora mismo de mi casa.

—Lo hará querida, una vez que hayas firmado. Es mi seguro y pasaporte a la buena vida de la cual nunca debería alejarme.

Le corté el teléfono, ¡cómo odiaba a esa mujer! Hablando sola, mejor dicho maldiciendo, estaba cuando el taxi me indicó que ya habíamos llegado.

Toqué como desaforada la puerta del club. La gente que pasaba me miraba bastante mal, me daba lo mismo, yo quería ahora encontrar a Andrés. Por fin abrieron y yo, sin darme cuenta, tenía lágrimas en los ojos.

—¿Pecosa, estás bien? —me preguntó Greg tomándome de inmediato las manos, estaban rojísimas de tanta fuerza que había utilizado.

—Necesito encontrar a Andrés.

Fue todo lo que conseguí decir antes de ver todo negro y sentir cómo mi cuerpo pesaba toneladas, tantas que no las podía sostener.

Capítulo 4

Sentí que alguien me removía. Era una voz conocida, pero no lograba descubrir bien de quién, hasta que lentamente abrí los ojos, frente a mí, tenía un rostro amable mirándome con preocupación. Traté en vano de levantarme, pues él puso sus cálidas manos sobre mí y me volvió a dejar en la posición en la que estaba originalmente.

—Pecosa, ¿te sientes mejor?

—Necesito ver a Andrés por favor.

—Pero respóndeme primero, si no, no te moverás.

—Sí, estoy bien.

Claramente no fui muy convincente, porque no me dejó ni me soltó hasta que ya se hubo normalizado mi respiración, cosa que yo ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Me contarás lo que sucedió?

—Nada, una discusión familiar, eso es todo, por eso necesito ubicar a mi hermano, es urgente. ¿Sabes dónde está?

—Sí, supongo que estará en casa de Amber, te traeré algo de comer y luego te llevo.

No podía comer nada, pero sabía que si no lo hacía, Greg no se movería. Él era un hombre con decisión, lo que decía lo hacía, eso lo notaba en su mirada.

—¿Qué haces acá? —le pregunté para cambiar de tema, necesitaba distraerme... con lo que fuera, y de paso saciar mi curiosidad.

—Hoy en la noche habrá un torneo de *póker*, estoy preparando todo en *el antro de la perdición* como dices tú y además será la fiesta *Black and White*. Podrías venir, serías mi invitada especial.

—En la noche —suspiré—, estaré en el patíbulo, pero gracias de todas maneras.

—Pecosa, presiento que nos veremos.

«Lástima que tus premoniciones estén erradas», pensé.

—Ojalá... —Fue todo lo que dije.

Eran las cuatro de la tarde y yo todavía no veía a Andrés, volví a insistir y esta vez Greg me llevó hasta él. Paramos en una pequeña casita frente al lago, muy bonita por cierto, era típica del sur de nuestro país. Tocamos y nadie salió hasta que, después de unos fuertes golpes de Greg, apareció una asustada Amber, que al vernos se impresionó.

—¿Dónde está *Andy*, Amber? ¿Está contigo?

—Sí, sí Greg, pero no sé si...

Greg tomó mi mano para entrar. Me llevó directo hasta donde él creía que estaba Andrés y no se equivocó. Ahí acostado de frente a la cama con la mejilla pegada al colchón y una botella de vodka, estaba mi adorado hermano. Corrí hasta él, parecía muerto, abrió los ojos y comprendí todo, no estaba muerto, era peor que eso, estaba drogado hasta las trancas, con suerte sabía quién era yo. Miré desesperada a Greg como pidiendo ayuda, pero ya no había nada que hacer, no al menos con mi hermano quizás en qué planeta. Entraría a mi ejecución sola, ni siquiera podría contar con Andrés.

—Amber, ¿por qué no me avisaste que Andrés volvió a recaer?

—Greg, te juro que hace mucho que no consumía nada, pero anoche cuando llegamos estaba ebrio, dijo algo así como que no había estado en el momento adecuado para ayudar a su hermana y bueno, tú sabes que cuando consume no hay quien lo pare..., lo siento de verdad lo intenté, pero arreglaré todo para esta noche, cuenta conmigo.

Greg la regañó, no con violencia ni nada, solo con duras palabras. Le indicó algo que tenía que hacer y luego se refirió a mí.

—Josefina, lo siento, no puedo dejar a tu hermano así, debo ayudarlo, llévate mi auto. Lo pasaré a buscar a tu casa esta noche, pero debes irte ahora, lo que vendrá a continuación no será agradable.

—Pero... ¿Andrés está bien? No puedo dejarlo así, no sabía que consumía.

—Estará bien, lo ayudaré, esta no será la primera vez que lo hago. Vamos, ahora vete, sé lo que tengo que hacer. Él no querría que lo vieras en este estado, créeme solo sería peor para él —me habló mirándome muy serio con sus lindos ojos negros—. ¿Confías en mí?

—No te conozco —solté de pronto sin saber por qué. Era tan impulsiva a veces...

—Qué te dicta tu corazón, pecosa, eso es lo único que importa.

—Que sí, disculpa, yo...

—Shhh, toma, estas son las llaves, creo que te será más útil a ti que a mí en este momento. Rompe, paga —acotó quitándole tensión a la situación, seguro mi cara era de verdadero espanto y él quería hacerme sentir mejor, cosa que aunque quisiera sería imposible, no en la situación que me encontraba.

—Gracias.

—No me las des, así tendré un motivo más para verte, regrésame el auto en la noche.

—No lo sé, no...

—Adiós, pecosa —dijo cerrándome un ojo al momento que me dejaba fuera de la habitación y se iba con mi hermano.

Salí de esa casita con más confusión que antes, ahora me enteraba de algo nuevo, mi hermano era consumidor de drogas. ¿Cómo no lo pensé antes? Claro, todo calzaba, él era asiduo a los juegos de azar y debía mucho dinero, ¿para qué quería tanto sino para comprar drogas y jugar? ¡Dios! Eso era algo más en la vida que tenía que averiguar y, por supuesto, ayudarlo. Sentí una puntada en mi

corazón al recordar que Amber había dicho algo de que se sintió culpable por no estar para mí. Así que ahora yo no lo podía agobiar con mis problemas, no en el momento que estaba pasando.

Llegué a la casa en completo silencio, tenía mucho que pensar, sabía más o menos lo que haría. Lo primero sería ver mi condición dentro de este supuesto matrimonio, esperaba que solo fuera de palabra, luego vería la posibilidad de compatibilizar esta nueva vida con la de Clemente. Si algo tenía claro era que no podía estar alejada de él por muchos días. La hora avanzaba y ya no podía seguir retrasando lo inevitable, pasaban de las cinco aunque para mí los minutos avanzaban muy lento. Cerré los ojos para relajarme, pero era peor, mi corazón comenzaba a latir demasiado rápido ahogándome.

De pronto, Gladis tocó la puerta y me avisó que unos caballeros me esperaban en el escritorio. Hecho, la hora de mi ejecución ya había llegado. Ni siquiera me molesté en cambiarme de ropa, lo que pensara mi familia me daba lo mismo, bajé y vi la cara de sorpresa de mi padre al verme así tan mal vestida, pero esta vez de verdad no me importó.

Maximiliano estaba junto a un hombre de unos cincuenta años que arriscó la nariz en cuanto me vio aparecer, en cambio, el muy desgraciado dibujó una media sonrisa atreviéndose a saludarme de lo más amoroso.

—Te ves preciosa, pequeña.

—Creo que te dejé muy claro que no soy tu pequeña. ¿O también lo quieres por escrito?

Todos me miraron, y yo con descaro pasé por entre medio de ellos hasta llegar al despacho, que ya no parecía tal. Lo habían transformado, ahora había varias sillas, una para cada uno de nosotros.

—¿Revisaste los papeles, Óscar?, ¿está todo en regla? —preguntó Maximiliano en su tono habitual.

—Sí, en lo que respecta a la empresa todo está según lo convenido, pero no entiendo muy bien en lo concerniente a Josefina.

—De eso me encargo yo, será un contrato aparte, así que por favor firma si estás de acuerdo con todo y con las cláusulas.

Mi padre me miró y vi en él un deje de tristeza en su mirada. Yo quería ser fuerte, que no me importara, pero mi corazón me traicionó como siempre y mis piernas hicieron lo suyo, me acerqué hasta él y le susurré:

—Yo estaré bien, papá, siempre y cuando tú lo estés también.

Mi padre me abrazó pidiéndome perdón delante de todos, cosa que me desarmó completamente, no quería flaquear así que rápidamente me aparté. Maldición, Maximiliano en ningún momento dejaba de mirarme, eso me estaba poniendo demasiado nerviosa.

—Señorita Zarmientos ¿podría firmar acá, por favor? —me solicitó el abogado.

Leí atentamente todo lo que decía, como este no era un procedimiento legal no había incisos ni nada por el estilo, era una especie de comunicado, claro y conciso que decía:

Yo, Josefina Zarmientos, acepto ser parte de la vida de Maximiliano Von Kryler por un período establecido entre las partes, que constará de trescientos sesenta y cinco días comenzando a partir del jueves quince de enero (vaya, me está regalando unos días. Bien, así me da tiempo para organizarme). Las condiciones establecidas serán de exclusivo conocimiento de las partes y confidencial, el cual ya se ha firmado en un documento visado que se encuentra adjunto. El matrimonio se realizará dentro de siete días a contar de esta fecha y dejará de ser válido pasado exactamente un año. Todos los gastos del divorcio serán pagados por el entonces exmarido.

—Qué considerado —solté en voz alta.

Además, por perjuicios de vida, la señorita Josefina recibirá una renta mensual que será el triple de lo que ella percibe mensualmente, para que sea utilizada en lo que ella estime conveniente.

«O sea, además de todo me pagará y así quiere que no me sienta puta».

—Josefina, sé lo que estás pensando, pero por favor lee con altura de mira. El dinero es para que puedas seguir pagando tus cosas y no tiene nada que ver con la renta que recibirás mensualmente por nuestro acuerdo.

«Ahora me lee la mente».

—No me interesa recibir más dinero Maximiliano, me basta con lo que gano y es difícil no sentirse así ¿sabes?, si dentro de todo, recuerda que me estás comprando.

—Josefina —manifestó mi padre con voz severa.

—Eso es papá, no le cambiemos los nombres, no me caso por amor y eso quiero que le quede bien claro a todos en esta habitación.

Terminé de leer y, con una sonrisa triunfal porque no había cambiado nada, firmé y amablemente les pedí a los presentes que me dejaran para aclarar algunos puntos. Todos me hicieron caso y vi extrañeza en la cara de Maximiliano, ese hombre sí qué me conocía, sabía que algo tramaba.

—¿Qué sucede Josefina? ¿Qué quieres aclarar?

—Esto —anuncié mostrándole nuestro anexo—, no eres tan inteligente *queridito*, yo ya he firmado lo que me has pedido, pero quiero aclararte ahora una cosita no menos importante.

—Qué —espetó molesto, lo veía en sus ojos, dos piscinas azules que ahora parecían pozos negros llenos de incertidumbre y molestia.

—La frase "*Te quiero a ti*" es lo que dice. Me quieres a mí, en persona, no significa que me tendrás en tu cama o en tus brazos, no expusiste nada en la relación por escrito y ya está firmada, olvídate de la sola posibilidad de tocarme, *imbécil*, viviré contigo y nada más —sentencié con una verdadera sonrisa de triunfo, no la podía ocultar.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que escuchaste, Maximiliano. Yo estaré contigo como ordenaste, pero no especificaste nada en concreto, así que puedes decirle a Susanita que te siga calentando la cama. ¡Ah!, y por cierto, como no hablaba de exclusividad yo podré hacerlo con quien quiera y cuando quiera, y como tuve un buen maestro, déjame informarte que ninguno de mis hombres ha tenido quejas. Creo que eso fue lo único que aprendí bien.

Maximiliano se acercó hasta mí furioso y me arrinconó contra la pared. Levantó mi mentón con sus dedos, pero asombrosamente, no le temí, sino incluso fui capaz de mirarlo a los ojos.

—No te librarás tan fácil, Josefina, tú serás mi mujer ante la ley y eso...

—Eso es lo que dice, querido, esa ley tampoco especifica sexo. Léela y, si encuentras algo que diga que marido y mujer deben tener sexo, seré la primera en quitarme la ropa.

—Lo dice, Josefina, en la parte de la procreación —siseó aún más enajenado.

—¡Exacto! ¡Bingo! Tienes razón, pero en el matrimonio religioso y tú, *imbécil* —siseé con rabia—, solo estipulaste matrimonio civil. Ahora déjame que tengo que arreglarme para una fiesta a la que, por supuesto, tú no estarás invitado —gruñí mientras salía del lugar, nerviosa. Ni siquiera sabía bien lo que decía, solo esperaba que mis palabras no me traicionaran. Cuando iba subiendo por la escalera sentí cómo un sonido gutural me detenía haciéndome temblar.

—¡Esta me las pagas, Josefina!, desde el jueves comenzará mi tiempo y créeme que pagarás cada...

—Es domingo querido, ¡tengo tres días para hacer con mi cuerpo lo que quiera y ni tú ni nadie me lo va impedir! —grité envalentonada.

Subí rápidamente la escalera. Ya no podía estar más ahí, tampoco podía desquiciarlo porque necesitaba poder ser libre. El contrato no decía nada de no dejarme salir, pero tampoco podía tentar a mi suerte. Mi plan era básico, me imaginaba que viviría de nuevo acá en la región, haría que Margarita se trasladara, estaría con Clemente durante el día y en la noche volvería a lo que sería mi hogar. O sea, mi trabajo sería estar con mi hijo todo el día y, como ya tenía aclarado el tema del sexo, estaba tranquila, solo pedía al cielo poder aguantar.

Todo lo que le había gritado era mentira, yo no me había acostado con ningún hombre, ni tenía amantes. Él había sido el único en mi vida, aunque esperaba cambiarlo esa misma noche. Me sacaría todos mis prejuicios en la bendita fiesta y me probaría a mí misma que él no sería el único hombre en mi vida.

No sabía cuánto tiempo pasaría sin tocarme. Lo conocía, o al menos creía que lo conocía y él no era un hombre de solo besos y abrazos, sabía que no me forzaría a nada, era un desgraciado pero no un violador y como era yo la que no me fiaba de nada ni de mí misma, no quería que Maximiliano fuera el único

hombre en mi vida, no ahora que además viviríamos juntos, no señor, tenía que probarme a mí misma que ya no sentía nada por él.

Llamé a Margarita explicándole que al día siguiente a primera hora tomaría un bus, estaría de vuelta y le contaría todo, le pedí también hablar con Clemente, necesitaba escuchar un dulce *mami* antes de salir, pero no pude, había despertado cansado y de tanto jugar se había vuelto a dormir. No me extrañó, porque mi osito era uno muy dormilón, cosa que yo agradecía, a mí también me encantaba dormir, en eso éramos muy parecidos.

Revisé en mis cajones a ver si tenía algo que ponerme para la fiesta *Black and White*. No me quedaban muchas cosas, pero me sorprendí al ver un vestido blanco casi en perfectas condiciones, un poco amarillo por el tiempo que llevaba en la cajonera pero me dio lo mismo, en la noche todos los gatos son negros.

Con el tema de la ropa solucionado fui al baño para darme un largo y relajante baño en la tina. Esa noche quería borrarme y olvidar, bebería hasta quedar sin sentido o, en su defecto, pudiera tener la suficiente valentía para poder encontrar un hombre y que este quisiera acostarse conmigo. Esperaba que no me costara tanto y menos con aquel vestido que estaba segura que me quedaría apretadísimo, pues debía tener al menos dos tallas menos cuando me lo compré. No quería pensar más o todo mi valor se iría lejos de mí, así que me puse a cantar hasta que...

—¿Por qué siempre tienes que arruinar las cosas, Josefina? ¿Qué le hiciste a Maximiliano?

—¿No sabes tocar? Que esta sea tu casa no te da derecho a entrar así en mi habitación y menos al baño mientras me estoy bañando —agregué tapándome con la poca espuma que tenía.

—¿Por qué no pudiste seguir la orden?

—¿Qué orden? ¿De qué me hablas? Querían que me vendiera y lo hice, deberías estar feliz. No me acostaré con Maximiliano, así que podrás seguir haciéndolo tú, te puedes revolcar con él cuantas veces quieras, es más, si quieres te lo puedo mandar bañadito y perfumado por las mañanas.

—No sabes lo que dices, Josefina, estás jugando con fuego.

—¿Y de cuándo acá te interesa lo que me pase? Sal del baño y no te preocupes por mí que yo sé hacerlo muy bien.

—Si lo cabreas se vengará de nosotros, ¡por tu culpa!

—¡Y a mí qué me importa!, ya tienen la empresa ¡ahora déjenme en paz!

Solo un portazo escuché en tanto Susana salió del baño. No entendía a qué se refería, si yo después de todo le estaba haciendo un favor. Debería incluso agradecermelo, pensé.

Tal como lo había pensado el vestido blanco me quedaba apretadísimo. Si antes no se me apegaba al cuerpo, ahora el pobre parecía aferrarse con todo, de hecho no pude subir la cremallera completamente, solo hasta la mitad y para disimularlo me puse un cinturón azul muy ancho que encontré al fondo del cajón. En su conjunto se veía perfecto según yo, me miraba al espejo y me gustaba, me

dejé el pelo suelto y alborotado, porque sabía que eso era sexy. No porque a mí me gustara, a mí me gustaba lejos de mi cara, siempre en un moño o en una cola, jamás libre, pero a los hombres no sé por qué les gustaban las mujeres con pelo largo y suelto. Usé muy poco maquillaje, tampoco quería llegar a mi casa pareciendo un koala con el delineador corrido por tanto sudor que esperaba que me diera el buen sexo que me iba a regalar, me sentía realmente decidida.

Eran recién las nueve de la noche. Nadie salía de fiesta a esa hora, así que decidí pasar a ver cómo se encontraba mi hermano. Fui hasta la casa de Amber, que muy amablemente me hizo pasar. Me habló maravillas de Greg, de cómo había desintoxicado a mi hermano, incluso lo había bañado. También me contó que no era la primera vez que él lo hacía, de hecho, cuando Andrés estuviera bien, se le vendría una reprimenda por parte de su mejor amigo. No me asombré cuando me contó que ellos eran pareja, ya lo había notado y, como si yo fuera la hermana mayor y cuerda de la familia, le di consejos de cómo cuidarse, no solo de los hijos, sino que también de infecciones. Me escuchaba como una madre protegiendo a sus polluelos, me gustaba esa sensación. Así esperaba hacerlo algún día con Clemente, claro cuando él fuera muy adulto y yo muy viejita. Me reí por lo que pensaba.

Me despedí de Amber, me preguntó si iba a la fiesta y, al decirle que sí, me hizo esperarla un momento y al regresar venía con una máscara entre sus manos.

—Toma, la fiesta es de máscaras, yo tengo la noche libre y no la usaré.

—¿En serio? Gracias —le dije realmente agradecida por su gesto, no estaba acostumbrada a eso y menos de desconocidos. Le pedí que cuidara a mi hermano y me despedí con un abrazo, el que sentí realmente afectuoso por su parte. Me reproché por haberla juzgado mal al principio, ella era encantadora y lo mejor, quería a *póker* como ella decía, lo estaba cuidando. Eso era lo importante para mí al menos.

Pasé por fuera del club que estaba atestado de gente. La hilera de gente era enorme, rodeaba la cuadra y daba la vuelta. No tenía ganas de hacer la fila, no por descarada, era simplemente que me sentía un poco atrevida con el vestido y más aún parada en la calle; la máscara me ayudaría mucho en mi cometido. Como venía conduciendo el auto del gran jefe, al pasar por delante de la puerta toqué la bocina y así hice que el guardia me mirara y se acercara. Le conté que traía el auto y que no sabía dónde estacionarlo, me cerró el ojo y me dijo que lo dejara ahí. En ese momento llegó otro chico y me abrió la puerta en tanto el guardia corría la cinta y me dejaba pasar sin hacer la fila.

La música estaba muy alta. Me dirigí directa a la barra y pedí lo más fuerte que tuviera. Mientras me lo preparaban me acomodé la máscara y, como si fuera agua, me bebí el trago blanco con limón que me entregaron. Sentí cómo me quemaba la garganta y, al pasar por el esófago también me ardió, haciendo que mi cuerpo se estremeciera completamente a causa del alcohol, Dios ¿qué era eso? Ahora necesitaba algo dulce, seguía queriendo estar alegre. Luego comencé a mirar para ver quién sería mi víctima, o yo la de él. Casi todos estaban en pareja y

los que no, bueno, algunos me daban miedo, Quería un hombre al que yo pudiera controlar por si me arrepentía, no uno que me controlara a mí, era loca pero no idiota, al menos eso pensaba. Solo quería olvidar la tarde que había pasado y los documentos que había firmado, no era tanto lo que pedía. La música que comenzó a sonar era precisa para mí, *Livin' la vida loca* de Ricky. Debía bailarla, ese era mi lema esa noche. Salí a la pista, cerré los ojos y comencé a bailar como si no existiera nadie más que yo en ese lugar. Tarareé toda la canción y el DJ siguió en la misma tonalidad, pero esta vez con una canción que era ya todo un himno en el mundo. Con una canción de la cubana Celia Cruz comencé a mover las caderas al ritmo de los timbales, sobresaltándome cuando sentí a alguien poner sus manos sobre mí con mucho respeto. Seguí moviéndome, porque al fin y al cabo eso era lo que yo quería, bailar con alguien para después... Me di la vuelta lentamente para ver a mi acompañante y...

—¿Greg?

—¡Pecosa! Sabía que ibas a venir, te lo dije.

—¿Cómo supiste que era yo?

—Te observé bailar y supe de inmediato que eras tú, solo que me entretuve observándote por el monitor. Gracias por traerme el auto sano y salvo.

—De nada. Te estoy obedeciendo, vine a pasarlo bien, así que si no es molestia para ti, ¿me dejas bailar sola?, con un hombre tan guapo como tú nadie se querrá acercarse a mí.

—¿Y por qué quieres que se acerquen? —me preguntó sin atisbo de la linda sonrisa que tenía segundos antes, hasta me atrevería a decir que un tanto molesto.

—Ah..., eres curioso, pero la curiosidad mató al gato y no quiero que mueras tan pronto. —Oh Dios, le estaba coqueteando, ¿por qué siempre hacía eso con él?

—No me importaría morir con tal de saber tu secreto.

—Está bien, te lo cuento y te vas.

—Te escucho.

—Te parecerá ridículo y seguro pensarás que soy una descerebrada pero vine acá hoy para... pasarlo bien, tú me entiendes, ¿verdad?

—Define pasarlo bien, Josefina —me dijo muy cerca de mis labios. Hubiera sido tan fácil besarlo en ese momento y seguro una cosa llevaría a la otra, pero Greg era un buen amigo y no se merecía ser utilizado.

—Lo mismo que hacen ustedes los hombres cuando ven a una mujer facilita, se la llevan a la cama y al otro día si te he visto no me acuerdo.

—¿Eso quieres?

—Exactamente, pero tú, inglés, lo estás impidiendo, así que por favor, ve a que alguna *miss látex* te suba el ánimo en tanto yo encuentro a un...

No me dejó terminar la frase y me rodeó con sus brazos acercando sus labios a los míos.

—No tienes que buscar pecosa, encantado te ayudo.

—Pero tú dijiste...

—Sé perfectamente lo que te dije, pero tú claramente no entendiste, ustedes las mujeres solo oyen lo que quieren escuchar.

Me dio un beso en la frente, el que sentí cargado de emociones, Dios, solo era en la frente y mis vellos ya estaban de punta. Luego me tomó la mano para guiarme por entremedio de la multitud hasta llegar a la escalera que conducía hacia su oficina, y antes de entrar pidió a una *miss látex* que nadie lo molestara. Ella le cerró un ojo, cosa que me molestó, ¿pero a quién engaño? Yo quería ser diversión de una noche y eso era lo que conseguiría, ¿por qué me molestaba? Si él estaba haciendo exactamente lo que yo pedía.

Ninguno de los dos dijo nada al entrar, nos miramos y eso bastó para que Greg me mirara con auténtico deseo. Era un hombre que apenas conocía, pero ahí estaba, por mí y para mí...

Rápidamente me volvió a rodear con sus brazos llevándome directamente hacia la pared. Su respiración era acelerada y todo su cuerpo reclamaba al mío. Yo no podía dejar de pensar en quién era él y tontamente estaba analizando la situación, ¿por qué se me hacía tan difícil poder entregarme? Lo necesitaba, lo ansiaba, en eso estaba pensando cuando la boca de Greg se puso sobre la mía exigiendo entrar. En ese momento cerré los ojos y separé mis labios para permitirle la entrada a su aterciopelada lengua que, en cosa de milésimas de segundo, hizo lo suyo mientras bajaba los brazos y me levantaba.

—Envuelve tus piernas alrededor de mi cintura, pecosa —dijo tomándome con fuerza por el trasero. Di un salto a tan íntimo contacto. Dios, apenas habíamos comenzado y yo ya quería huir.

Hice lo que me pidió, tampoco tenía más opciones. A mi espalda estaba la pared y por lo menos sentía que no iba a caer, pero ¿a quién quiero engañar?, eso no era verdad. Greg estaba tomando posesión de mi cuerpo y yo se lo estaba permitiendo, estaba completamente abierta para él. Mi vestido había facilitado mucho el trabajo, lo tenía casi en la cintura. Podía sentir perfectamente la hebilla de su cinturón y la erección que se estaba formando debajo de su pantalón.

Creo que Greg era un experto en las artes amatorias, pues yo jamás pensé en esta posición en la que me encontraba de espaldas a la pared. Creo que vio algo en mí, pues comenzó a besarme con lujuria pasando sus manos por mi espalda suavemente, pero a la vez con decisión. Sentía como a cada momento crecía su excitación, yo no era de piedra pero no estaba igual. Tenía tantas ideas en la cabeza que no me abandonaban, era como si apagara uno a uno los *switches* de mi mente hasta quedar completamente a oscuras y dejar de pensar. Finalmente me rendí ante él y me permití confiar, comencé a besarlo ahora con pasión y, cada vez que sentía su cálida lengua, me entregaba un poco más. La barba que tenía alrededor de su boca en forma de candado hizo estragos en mi piel. Cuando comenzó a besar mi cuello sentí cómo mi cuerpo se estremecía bajo sus caricias, oyendo un sonido gutural creo de satisfacción. No había que ser genio para saber que yo no estaba dando todo de mí, pero de a poco este inglés lo estaba

consiguiendo y de pronto agradecí dejar de pensar en cómo me estaba comportando. No me importó nada, ni en la embarazosa posición en que me encontraba y susurré:

—Tócame, por favor.

¡Qué hombre más obediente!, bajó la mano y por debajo del vestido alcanzó mi braga. No dudó ni un instante en rodearla y llegar a ese lugar que había tenido oculto por tanto tiempo. No sé cómo pero rasgó la tela haciéndome temblar con ese particular sonido, sabía perfectamente lo que venía a continuación y quería sentirlo.

—¿Estás segura, pecosa? ¿Quieres continuar?

Dios mío, eso era lo que menos necesitaba, no quería un caballero, necesitaba un troglodita y lo necesitaba ¡ya!

—Sí, sí, por favor.

No pude articular ninguna palabra más desde ese momento. Necesitaba su contacto para seguir adelante, me acerqué a su boca y comencé a devorarlo con auténtica pasión. Puse mis manos en su cabeza y como una loca desatada empecé a devorarlo. Esos labios, esa lengua, me estaban trastornando por fin. Estaba tan necesitada de sentir sus dedos dentro de mí que contaba los segundos hasta que por fin... me tocó, me sentí en el cielo. Esa sensación era maravillosa, no sé si había perdido la memoria, pero no la recordaba. Era tan suave, tan sublime que me estaba proporcionando una indescriptible sensación. Aún no estaba dentro, me estaba acariciando solo con sus dedos. Mis labios vaginales eran recorridos en toda su extensión con una suavidad que me estaba volviendo loca, no sabía cuánto más podía esperar cuando de pronto se detuvo durante unos segundos. Abrí los ojos y lo miré con odio, me estaba quitando algo realmente placentero.

—Mírame y entrégate —me pidió sin siquiera aclararse la voz. Estaba ardiendo al igual que yo, solo que él estaba controlando la situación. Asentí con la cabeza, mis palabras no salían. Lo miré estimulada por el momento y lo besé nuevamente, pero esta vez no dejé de mirarlo y así pude notar cómo sus ojos estaban completamente oscuros. No se distinguía la pupila de su iris, de hecho creí poder verme a mí misma en esos oscuros ojos negros que parecían un pozo sin fondo. Su seguridad me traspasaba relajándome. Mi cuerpo estaba completamente a su merced y quería más..., pedía más.

Me agarró con fuerza por el trasero y por fin introdujo uno de sus deliciosos dedos en mi interior... luego dos, comenzó con placenteras estocadas, sin sacar jamás uno de sus dedos de mi clítoris. Lo sentía completamente, sus embestidas eran absolutamente sanadoras para mí, era lo que yo buscaba. Imaginaba lo placentero que sería sentirlo a él dentro. Eso era lo que quería a continuación, quería sentirlo dentro de mí, de hecho comencé a imaginármelo mientras él me miraba fijamente como leyéndome la mente.

—Greg —gemí desde lo más profundo de mí ser. Él me estaba poseyendo en su oficina y yo ya me había entregado. Sus dedos me tenían completamente inundada, él estaba siendo dueño de mi cuerpo.

Seguí mirándolo, incluso cuando sentía que ya no podría aguantar mucho más. Todo era tan íntimo, tan nuevo, que aunque hubiese querido parar ya era tarde para mí.

—¿Por qué haces esto, Josefina? —me preguntó lanzándome una mirada neutral, pero no se notaba que estuviera molesto.

—No quiero que seas un caballero justo ahora, por favor, esto es solo sexo, no preguntes nada Greg, no me hagas esto —respondí tragando saliva, apenas podía hablar o pensar.

—Pecosa, dímelo —me apresuró mientras movía aún más rápido sus dedos. Sabía lo que estaba haciendo, lo veía en sus labios, en sus ojos y por supuesto en su mirada. Antes de comenzar a hablar un placentero orgasmo empezó a recorrer mi cuerpo y cuando iba a responderle me besó, y ese beso terminó por hacerme explotar. Mi cuerpo se estremeció delante de él, no fui capaz de controlar mis temblores y él no me ayudó aminorando sus caricias sino todo lo contrario, comenzó más rápido sacando todo de mí. Ya no controlaba nada, mi cuerpo tenía vida propia aunque me doliera aceptarlo. Luego, él acercó sus labios a mi oído y aun cuando yo estaba en el éxtasis, me preguntó:

—Dímelo, quiero saber.

—¡Porque tengo miedo! —grité en medio de mi orgasmo. Ya no podía soportar más y Greg lo sabía. Se apiadó de mí reduciendo el ritmo de sus caricias, sacó uno de sus dedos de mi abultado clítoris y me dejó respirar en paz como el caballero que era. Me miró y besó cada uno de mis hombros pecosos como decía él.

Antes de bajarme me preguntó:

—¿Estás bien, pecosa?

No sé por qué, pero una lágrima rodó por mi mejilla. Él había desnudado mi alma y yo se lo había permitido, besó cada uno de mis ojos y me abrazó. Yo aún no bajaba mis piernas, simplemente me estaba dejando querer sin pensar en nadie más que en mí.

En ese mágico momento, unos golpes en la puerta nos sacaron de nuestra ensoñación. Vi rabia en la mirada de Greg y, como una niña, curvé mis labios en una traviesa sonrisa. Quería saber cómo se zafaba de la situación y, en respuesta a mi osadía, él me apretó el trasero haciendo que mis labios se curvaran en la dirección contraria. Antes de acariciarme mi dolorido trasero tomó mi mano y la besó.

—¿Qué?!

—Lo siento Greg, pero es que acá insisten en hablar contigo.

—Dile que estoy ocupado, Pamela.

—¡Da la cara, *imbécil*, a ver si eres hombre!

Al escuchar esas palabras me tensé. El hombre que gritaba tras la puerta era nada más y nada menos que... ¡Dios mío! Pero ¿qué diablos hacía ahí y gritando de esa manera?

—No, no abras, por favor, es Maximiliano —imploré.

—¿Quién? ¿Qué pasa? —me exigió saber. Ya su mirada no tenía ningún otro sentimiento que no fuera desconcierto, y nada quedaba de su voz masculina y sexual. Ahora ni siquiera podía interpretarlo.

—Prometo que te lo voy a explicar, pero no abras por favor —rogué tratando de bajarme, pero no me lo permitía. Yo estaba muy nerviosa, no quería que Maximiliano me viera ahí y con Greg, todo se me podía ir al carajo antes de comenzar.

—No tengo que esconderme de nadie, Josefina, soy un hombre libre.

—¡Pero yo no! —le grité de golpe en un susurro, consciente de que con eso me estaba desenmascarando completamente. En respuesta él me miró con su cara de *póker*, pero aun así pude descifrar la decepción en su mirada.

Rápidamente me dejó bajar las piernas y me llevó hasta una habitación contigua. Esta estaba llena de cables y de monitores de todo el club, era el CCTV (closed circuit television).

—Me debes una explicación y una muy buena, no hagas ruido y quédate acá, Josefina —me ordenó cerrando la puerta.

Sentí cómo bufaba y resoplaba un par de veces hasta que abrió la puerta. No veía nada, hasta que agudicé mi oído y escuché:

—¿Dónde está Josefina? Sé que está aquí.

—Perdón, ¿quién eres tú?

—Maximiliano Von Kryler, su novio y no te hagas el imbécil, sé que está aquí.

—Primero, no te conozco y no sé de qué estás hablando.

—¿Crees que soy imbécil?, te vi anoche con ella.

—Y si es tu novia, ¿me podrías explicar qué hacía conmigo anoche como dices tú?

«No por favor, no te vayas por ese camino Greg, tú no sabes quién es Maximiliano», pensé.

—Eso a ti no te interesa y te advierto una cosa, si te vuelvo a ver con ella te vas a arrepentir, *yankee* de mierda. No sabes con quién estás hablando.

—Ah no, claro que lo sé, tú eres Maximiliano algo —ironizó ninguneándolo—, seguro algún cretino que no sabe controlar a su noviecita o no es capaz de hacerla feliz.

En ese momento escuché cómo se movían las sillas. No podía ver nada con la puerta cerrada pero sí imaginármelo. Apreté los ojos, pues ya sentía que se trezaban a golpes en cualquier momento, pero no sentí nada y, aunque no estaba mirando, supuse que solo se estarían mirando, azul contra negro. No apostaba por ninguno, no quería más problemas de los que ya sabía que iba a tener, hasta que por fin volví a escuchar:

—Estás advertido, *imbécil*.

—¡Hey!, Maximiliano, en mi país dicen que cuando un hombre no sabe dónde está su mujer es porque no tiene los pantalones bien puestos, y al parecer tú no usas cinturón.

Apreté más los ojos, conocía el genio de Maximiliano y, aunque me cueste reconocerlo, Greg lo estaba cabreando, estaba jugando con fuego, pero me tranquilicé al oír de pronto una nueva voz interrumpirlos.

—¿Algún problema, señor?

—No, ninguno. Mauricio, ¿serías tan amable de mostrarle la salida a tan ilustre caballero?, ya se va. ¡Ah!, y si ves a tu noviecita, le das mis saludos. Ahora si la veo primero, se los daré en persona.

Un portazo fue todo lo que sentí y me relajé. No me sentía capaz de abrir la puerta, no quería ni podía mirar a Greg a la cara, no me sentía capaz. Ahora tendría muchas cosas que explicar, y una de las cláusulas del contrato era absoluta confidencialidad.

Esperé por unos segundos, que se me hicieron eternos, hasta que abrió. Greg estaba en el umbral de la puerta con las manos en los bolsillos del pantalón. Al verlo ahí parado frente a mí con tanta seguridad me sentí tan inferior..., no solo en porte sino como persona. Me miró impasible, luego me dio un beso en la frente y me dejó absolutamente desconcertada para después mirarme con una sonrisa de hombre satisfecho. Yo no le dije nada mientras me tomaba la mano y me sacaba de la pequeña habitación, en tanto solo me observaba como si estuviera analizando mi próxima jugada. Me llevó hasta el escritorio, deslizó la silla y me dio a entender que lo próximo que debía hacer era sentarme, Dios, me sentía como una niña que estaba a punto de ser regañada. No pude aguantar más la tensión y como siempre mi lengua habló por mí.

—Ya dime. ¿Qué quieres saber?

—Hace un momento te pregunté por qué hacías esto Josefina y tu respuesta, si no oí mal, fue “por miedo”.

Sabía que me estaba sonrojando, no por lo que me estaba preguntando, si no por lo que minutos antes habíamos hecho en la misma pared que él estaba mirando ahora.

—Sí... —balbuceé.

—Entonces, Josefina, explícamelo correctamente.

—¡Deja de decirme, Josefina! —exclamé. Me estaba poniendo nerviosa, utilizaba un acento diferente en la pronunciación de mi nombre.

—Así te llamas —me respondió cambiando de posición. Sus ojos me escrutaban en cada momento.

—Sí, pero tú jamás me llamas así. Me dices pecosa, zancudo, qué sé yo...

—Pecosa y zancudo es una sola mujer, la misma con quien estuve hace unos segundos justo en esa pared —me comentó pasándose la mano por el pelo sin dejar de mirar por encima de mi hombro, como si estuviera recordándolo todo—, en la que vi pasión y entrega en su mirada. Pero tú, Josefina, no sé quién eres realmente.

—Greg, por favor, no me juzgues —le pedí nerviosa—. Tú... tú dijiste que no te importaba nada, yo te dije lo que quería, no me hagas sentir peor por favor.

—Ese es el punto, Josefina, no pregunté, por eso asumo las consecuencias, no te estoy juzgando, pero ahora quiero saber. ¿Por qué Maximiliano Von Kryler vino a buscarte justo acá? —me dijo en un tono muy tranquilo y con voz elegante.

—No lo sé, no lo planeé así, ¿qué quieres que te diga Greg?

—Así que no lo planeaste —susurró echándose hacia adelante sin mover ni un músculo de su rostro—. ¿Cómo lo planeaste, Josefina?

Eso sí había sonado mal, muy mal.

—¡Ya basta, se acabó! Me voy, disculpa si te hice sentir mal, no era mi intención, créeme, y sí, ya está, me caso el domingo. Toma esto como si fuera una despedida de soltera, ¿estás contento ahora? —Cada palabra que decía era peor. Qué manera de enredar las cosas, pero eso era lo mejor, no tenía ni una opción de contarle la verdad. Mejor que creyera que era una loca buscando pasarlo bien antes de su matrimonio.

—Josefina —me habló justo antes de abrir la puerta. Fui tan cobarde que ni siquiera volteé a mirarlo—, acá estaré la próxima vez que quieras quitarte las ganas, solo que en esa ocasión sé más inteligente y procura que no te descubran. Hasta la próxima.

¿Eso sonó a reproche o a esperanza? Sacudí mi cabeza para quitarme la idea de la mente, era mejor dejar todo atrás. Salí casi corriendo del lugar y, cuando estaba a punto de bajar, me acordé de mi bolso. ¿Cómo hacía ahora para pedírselo? No, no podía, pero mis documentos estaban en él. Me acerqué a *miss látex* y, con la mejor cara que pude poner, le pedí el gran favor. Ella con una auténtica sonrisa subió a buscarlo, pero como era todo en mi vida, nada podía salir fácil. Greg, en todo su esplendor, lo traía en su mano. A cada paso que daba yo sentía que me hundía un poco más, maldije por el olvido y por la torpeza hasta que llegó frente a mí.

—Creo que esto es tuyo —dijo pasándome el bolso pero sin soltarlo. Ambos teníamos tomado un costado y nos estábamos observando como dos titanes. Yo por la vergüenza bajé la vista al suelo y sentí cómo mis mejillas se encendieron otra vez.

Greg me quedó mirando fijamente por un momento hasta que por fin soltó el bolso y este se apegó a mi cuerpo como una lapa.

—Gra... gracias —respondí con la voz entrecortada. Mi corazón estaba latiendo a toda velocidad, necesitaba huir, perderme, salir de ese lugar, sentía que me estaba quemando al solo contacto de su mirada.

—Deberías salir por atrás, por si tu novio te está esperando en la salida principal —me dice con una sonrisa, pero esta no ilumina en nada su rostro ni hace que sus oscuros ojos brillen como antes.

—Tienes razón, disculpa por las molestias —murmuré avergonzada.

—No me agradezcas a mí, Pamela será quien te guiará a la salida.

Al terminar la frase se fue. Lo vi subir la escalera sin mirar atrás ni una sola vez. Yo en ese momento sentí decepción, Dios, me estaba volviendo loca. Antes quería sentir y ahora que lo hacía quería dejar de hacerlo. ¿Quién me

entiende?, no lo hago ni yo, sigo siendo una niña jugando a ser grande, solo que ahora no lo soy, me estoy engañando a mí misma y esto aún no ha comenzado.

Capítulo 5

Camino a casa mi subconsciente comenzó a cuestionar mi actuar y sobre todo mi actitud. Sabía que eso me sucedería, es más, estaba dispuesta a aceptarlo, pero no contaba con que las cosas se salieran de control, ni siquiera esperaba sentir como lo hice y menos con quien lo hice, pero me consolaba pensando en que él se había ofrecido y yo no lo había obligado.

Sí había omitido algunas cosas tal vez relevantes, pero no venía al caso comentar, tampoco esperaba que Maximiliano apareciera y montara un escándalo, pero nuevamente me estaba mintiendo, no había que ser adivino para saber dónde estaría si yo misma le había dado motivos besando delante de sus propios ojos a Greg. ¿Por qué seguía haciendo todo mal? ¿Por qué no podía comportarme como una persona normal?

En ese momento, un escalofrío recorrió mi cuerpo al encontrar la respuesta. Provenía desde el fondo de mi ser, ¡mi vida no era normal!, en cuatro días estaría viviendo con Maximiliano y todo por una maldita transacción, y lo que era peor aún, había salido en la noche para tener relaciones sexuales con un desconocido, porque ni siquiera sabía si me podría resistir a Maximiliano. Al verlo en la fiesta mi corazón había vuelto a latir, no con tanta fuerza, pero algo había sucedido, si no jamás hubiera reaccionado de esa manera besando a Greg.

Ni siquiera fui consciente de cuánto tiempo transcurrió hasta que el taxista me indicó que ya estaba en mi destino. Al bajar del auto me sentí observada, miré en todas direcciones pero no había nadie, solo la brisa corría, eso era normal, además la casa estaba a orillas del lago y el viento siempre era más fuerte.

Maldición, la reja estaba cerrada con llave, la única forma de entrar era saltar la barda y yo con tacos y falda, lindo espectáculo el que daría.

«¿Qué más castigo tengo que aguantar señor?, tampoco es que sea la reencarnación de Cleopatra», pensé hasta que de pronto me sobresalté.

—¿Qué crees que vas a hacer? —Sentí que alguien gruñía detrás de mí y sabía perfectamente de quién era esa voz.

Me estaba esperando. Eso me molestó a más no poder, necesitaba tranquilizarme y responder de la mejor manera, mi lengua ya había cometido demasiados errores por una noche.

—Maximiliano, te recuerdo que no es jueves. Y en referencia a tu pregunta, intento entrar porque, si mal no recuerdo, es acá donde me alojo.

—No te hagas la inocente, sabes a lo que me refiero. ¿De dónde vienes? ¿Con quién estabas? Dime. —Sonaba muy tranquilo, pero sabía que no lo estaba.

Bastaba verlo respirar y notar cómo se dilataban las aletas de su nariz para saber que debía contestar con sutileza.

—Vengo de casa de Amber, la novia de Andrés. Él está enfermo. ¿Tienes algún problema con eso? —Qué manera de mentir, menos mal que me amparaba la oscuridad, sentía cómo tiritaba y no era precisamente de frío, estaba realmente nerviosa.

—¿Estás segura, Josefina Zarmientos? —preguntó recalcando mi nombre y apellido.

—Qué manía esa de llamarme por mi nombre completo esta noche. —Se me escapó sin poder controlar mis palabras. Me mordí la lengua y recé en silencio para que no preguntara nada.

—Así te llamas, al menos por ahora.

—¿Cómo qué por ahora? —quise saber, eso sí que no lo había entendido y solo me había bebido un trago en toda la noche.

—Después usarás mi apellido, Josefina.

—Estás demente, estamos en el siglo xxi, eso es arcaico y jamás sucederá, olvídalo, ni que estuviéramos en la Edad Media.

—Pero antes sí lo querías.

—Eso era antes, Maximiliano, cuando tú eras alguien importante para mí. Ahora solo serás mi dueño, me compraste, ¡ah no!, perdón, soy una cláusula... Así me puedes llamar: Josefina cláusula, ese puede ser mi apellido.

—No has cambiado nada, Jose, ese humor es el que siempre me ha encantado en ti, siempre tienes la palabra perfecta en el momento justo.

—¿Sabes qué?, estoy realmente agotada, me duelen los pies y quiero dormir. Gracias a ti, tengo cuatro días para cambiar mi vida y realizar todo lo mejor posible. Tengo una vida por si no te has enterado, no soy solo una cláusula.

—Mi cláusula —murmuró bajito, casi únicamente para él.

—Adiós, Maximiliano.

—¿Cómo vas a entrar? —se mofó, eso me molestó. Tenía razón, pero me negaba a aceptarlo.

—Tocando el timbre, *idiota*, ¡no te necesito a ti ni a nadie! —grité.

Exactamente eso fue lo que hice. Él no se movió hasta que la reja se abrió y entré, lo sabía, no necesitaba mirarlo, sus ardientes ojos azules estaban sobre mi espalda. Gladis me abrió la puerta y eso evitó que me llevara algún regaño. Esa noche no dormí nada, la situación se me estaba saliendo de control.

Apenas amaneció me fui, no me despedí de nadie y realmente me relajé cuando me subí al bus. Viajé envuelta en un placentero sueño donde solo existía Clemente, nadie más que él. Desperté cuando mis tripas comenzaron a rugir de hambre, había dormido más de seis horas seguidas, realmente estaba cansada. Al bajar y llegar a mi pueblo me sentí en casa, todo allí era conocido, la gente era realmente amable. Don Juan, el suplementero, fue el primero en saludarme con afecto y aprovechar para entregarme la última revista de moda, cosa que yo agradecí porque así me sentía un poco más urbana. Caminé hasta que me detuve

justo en frente de mi casa. Vi por la ventana cómo mi osito dulce jugaba con sus autos, lo observé durante un buen rato olvidando todo, solo estábamos él y yo en el mundo; rodeé la casa para entrar por la cocina. Margarita estaba preparando algo y sé por sus ojos que casi la maté de un infarto, pero le pedí silencio y ella como siempre me entendió.

En completo silencio caminé hasta el salón y me agaché atrás del sillón. Tiré una pelota que estaba junto a mí y logré llamar la atención de mi niño. Sin dudar lo caminé hacia mí y fue en el momento en que me vio que ambos corrimos a encontrarnos, nos abrazamos y besamos por mucho, mucho tiempo, hasta que él fue el primero en aburrirse.

—Ya. Mami, no más besos que me estás mojando.

—Te adoro, mi bebé —le dije oliendo su pelo y besando su cabecita, aún estábamos en el suelo.

—Yo también, mami, pero ya no soy tu bebé, no me digas así.

—Perdón, perdón, se me olvida que eres el hombre de la casa.

Clemente me miró con sus ojitos color miel que me hipnotizaban y me llevó de la mano hasta el sillón. Yo callada le obedecí, sabía que estaba esperando un regalo, lo conocía, además le había prometido la salida a los juegos y pensaba cumplírsela.

—¿Qué me trajiste mami?

—Muchos, muchos besos —le respondí—, ¡ahora soy el monstruo de los besos!

Mi pequeño gritó y comenzó a correr por toda la casa. Ese era nuestro juego, él corría y yo lo atrapaba, mi premio era comérmelo a besos. Margarita nos miraba desde el umbral de la puerta y se reía de nuestra tan particular locura. Yo siempre me ponía el pelo en la cara para perseguirlo, como siempre lo atrapaba y le hacía cosquillas; toda la tarde estuvimos así, lo necesitaba para saber que todo estaría bien y para reafirmar la decisión que Susana me había obligado a tomar. Pero no me importaba, por él, por sus ojos, todo valía la pena, Clemente era y sería siempre mío y solo mío.

Después del baño, que duró mucho más de lo normal, mi osito se durmió profundamente. Margarita me esperaba y quería un reporte completo, me conocía demasiado y sabía perfectamente que algo me pasaba. Al salir de mi habitación y dejar a Clemente profundamente dormido me dirigí a la cocina, ella ya estaba sentada esperándome con una taza de té.

—Ya, mi niña, comienza a hablar —me dijo apenas me había sentado.

Suspiré, no sabía por dónde comenzar, y preferí hacerlo de una sola vez. Le contaría el problema y la solución, y con eso sabía que tendría que responder a todas sus preguntas que seguro no serían pocas.

—La empresa de Óscar está quebrada, él está en serios problemas financieros.

—De tu padre, hija, no seas insolente —me regañó cariñosamente.

—Margarita, no sabes lo que dices, ¿sabes cuál es la solución a los problemas de *mi padre*?

—No, hija, si no me has contado.

—Pues bueno, respira, que aquí va: el bendito de Maximiliano, porque así lo llaman, pagará todas las deudas. Eso impedirá que mi padre pague con cárcel y así ellos podrán seguir teniendo la maravillosa vida de lujos que han tenido hasta ahora.

—Pero eso es bueno, mi amor, no entiendo por qué no te agrada la idea, el rencor no sirve, hija, cuántas veces te lo he dicho.

—Porque la condición de ese... de Maximiliano, perdón, ya sé, no me mires así, fue que me case con él y vivamos juntos un año.

—¡Pero ese niño es tonto de la cabeza! ¿Quién se ha creído que es? No puede obligarte a nada, ¿cómo don Óscar lo permitió? No puedes, hija, te lo prohíbo. —Nunca había visto a Margarita de esa forma. Esa mujer era solo paz y dulzura, es más, creo que era la primera vez en su vida que decía un insulto, para ella su lema era: “perdona y ama al prójimo”. Era su dogma.

—Calma, Margarita, ya está hecho, y no lo hago por mi padre, no es que no me duela, pero el punto es que la imbécil de Susana me amenazó con contarle todo a Maximiliano. Ella sabe de Clemente, y eso no lo podemos permitir.

—Esa zorra...

—Margarita, nunca te había escuchado así, debería lavarte la boca con jabón, así me dices tú.

—Lo siento hija, es que no está bien, no...

—Sé lo que piensas, pero lo tengo todo solucionado. —«Creo», pensé—. No sucederá nada entre nosotros como pareja. Maximiliano quiere demostrar que yo volví por él y así recuperar su orgullo herido. Dejamos todo por escrito, soy tonta solo hasta medio día.

—Pero tu corazón, hija, a él no lo puedes engañar, te conozco, has estado sola todo este tiempo.

—Margarita no sentí nada, te lo prometo, ni odio. —Si fuera Pinocho mi nariz mediría más de dos metros, pero no le podía contar nada, aunque creo que no fue necesario, ella me miró con su mirada cansada, sabía que le estaba mintiendo, pero omitió comentarios y yo se lo agradecí.

—Ojalá, corazón.

—Creo que lo mejor será que se vayan conmigo, así yo podré estar de día con ustedes y de noche, bueno ya sabes.

—¡No...! ¡Estás loca, hija! ¿Cómo vas a arriesgar así a Clemente? Llevarlo es exponerlo demasiado. No va a faltar la persona que te vea y le cuente, la región no es gigante y tú eres conocida, eres la hija de Óscar Zarmientos, el dueño de la mayor inmobiliaria y, por si fuera poco, te estás casando con el dueño de la mayoría de las salmoneras. No, hija, eso es imposible.

—¿Pero qué hago entonces? ¿Cómo los voy a ver?, no podré verlos a diario, Margarita, no voy a aguantar así, será imposible.

—A ver, Josefina, tú eres inteligente, piensa hija, ¿quieres llevar a tu hijo a la boca del lobo?

—No.

—¿Entonces?

—Así no voy a poder, Margarita, ¿qué le digo a Clemente? —Me estaba desesperando verdaderamente, ella tenía razón, yo solo estaba pensando en mí, no podía arriesgar a mi hijo, sobre todo si lo quería proteger.

—Clemente estará conmigo, le diremos que tienes un nuevo trabajo, se lo haremos lo más normal posible. Hija, él no debe verte triste jamás y tú vendrás tan seguido como sea posible. Yo lo llevaré cada cierto tiempo, nos podemos quedar un día máximo pero no nos arriesgaremos, Josefina, y después de un año veremos qué hacemos, no podemos seguir así. Susana siempre buscará sacar algún provecho. Ahora, mi vida, debemos estar pendientes, tú sobre todo.

Ya no aguantaba más, me lancé a sus brazos y como si volviera a ser una niña pequeña lloré. Me dejé llevar por las lágrimas maldiciendo en silencio, yo no dimensioné la envergadura del problema. Era cierto que tampoco tenía más opciones, pero una vez más en mi vida había actuado precipitadamente, si quería conseguir algo con Maximiliano debía ser por la vía del entendimiento. Finalmente Susana tenía razón en sus palabras, al recordarlas me dio más rabia, estaba jugando con fuego. Le había dicho a la cara que me acostaría con muchos hombres y que él no era dueño de mí, y en cierta forma eso hice, estuve en los brazos de Greg. Me estremecí de solo recordarlo, a él también lo había manipulado, claro, no me aproveché, pero al ocultarle cosas lo estaba dañando y no negaría que no fue únicamente placer carnal lo que sentí con él. Pero eso no importaba, mis sentimientos debían seguir enterrados, así todo sería más fácil para mí.

Después de sollozar por un largo rato me fui a acostar, me acurruqué junto a mi osito. Estaba tan calentito, se veía tan tranquilo que su paz me invadió de la mejor manera.

Lamentablemente los días pasaron demasiado rápido, tenía que volver. Se me partía el alma y el corazón dejarlo, le habíamos dicho que sería por unos días y que lo llamaría a diario, que iría a trabajar, pero que nos veríamos siempre. Al principio mi hijo lloró, no quería dejarme ni yo a él, eso hacía todo mucho más difícil para mí. No lo quería dejar, pero debía ser fuerte por y para él; no derramé ninguna lágrima al despedirme pero mi cuerpo se rasgó por dentro, dejaba un pedazo de mi alma en ese lugar. Margarita, muy sabia, me acompañó con Clemente hasta el bus. Vi como la manito de mi hijo se despedía, su carita no estaba triste y eso me facilitó las cosas. Al partir el bus sentí el peso del aire en mis pulmones, aspiré una bocanada, no podía respirar, no sentía mi corazón y puse la mano sobre mi pecho, latía muy lento pero ahí estaba. Traté de tranquilizarme, apenas lo conseguía. No quería girar a verlo, no podía, esa era la separación más terrible de toda mi vida. De pronto algo de aire comenzó a circular y comencé a respirar con dificultad, me asusté, mis manos temblaban y

mi visión se estaba tornando borrosa, exhalé e inhalé por mucho tiempo. No sé cuánto hasta que lentamente volví a la normalidad, me di cuenta que sentía un dolor físico tremendo, tenía las manos empuñadas de tal forma que un hilo de sangre corría entre mis palmas. Las solté y de inmediato comenzaron a arder. Tenía cuatro llagas en cada una de mis manos y ni siquiera ese dolor me importaba. Lloré durante las ocho horas que duró el viaje, agradeciendo en silencio que nadie fuera en el asiento de junto.

Cuando llegué, la sangre ya estaba seca y yo residía de nuevo en la ciudad que me había visto crecer. Era media tarde, nadie me esperaba, tenía un compromiso y lo estaba cumpliendo tal como lo había dicho, era jueves y estaba ahí. Me dirigí a la casa de mi padre, me imaginaba que allí me buscaría Maximiliano. Como no quería llegar caminé, el trayecto a pie me demoró más de una hora. Estaba congelada a pesar de la fecha, la sangre en mis venas corría lento, muy lento, era como si fuera un muerto en vida, un zombi. No podía llegar así, pues no debía levantar sospechas, “ser amable y dominar mi lengua” era mi nuevo mantra si quería negociar con Maximiliano y de corazón esperaba que él aceptara mis términos. No estaba en condiciones de exigir, pero suplicaría si fuera necesario.

Eran las ocho de la noche cuando toqué la puerta blanca horrorosa y Gladis, como siempre, fue la que abrió. Me saludó con un caluroso abrazo que yo ni siquiera sentí, subí como una autómatas hasta mi habitación y al entrar me encontré de golpe con la cruda verdad. Sobre la cama había un vestido verde, lo encontré horroroso aunque en realidad no lo era, sobre él una nota que decía:

Pequeña, a las nueve paso por ti, comienza mi tiempo..., te quiero a ti.

Maldije, ya ni siquiera tenía ganas de rabiar, no podía y no servía de nada. Me fui al baño y al mirarme al espejo vi mis ojos rojísimos e hinchados. No había forma de ocultar que había llorado, cualquiera hasta sin conocerme lo notaría. Suspiré para calmarme, ya las cartas estaban tiradas, me hubiera servido estar con Andrés pero no había sabido nada de él desde el sábado. Me relajé un poco bajo el agua tibia y limpié mis manos. No era una mujer creyente pero esa noche recé e imploré, no por mí sino por mi lengua, la necesitaba quieta, eso era demasiado, no sería yo.

Estaba lista, con vestido y todo. Mi aspecto había mejorado un poco, me recogí el pelo en una cola alta y bajé. Mi padre al verme se puso a mi lado.

—Hija, estuviste llorando, tranquila, todo saldrá bien, Max me lo prometió.

—No estuve llorando, si me conocieras un poco sabrías que es la alergia —le respondí sin mirarlo, estaba tan sensible que seguro si lo hacía me pondría a llorar de nuevo y antes de eso empuñé mis manos y recordé que gracias a ellos estaba en esa dolorosa situación.

Susana me miró con desprecio, eso sí que no lo entendí, si al fin y al cabo estaba haciendo lo que ella me había pedido, bueno, me importaba poco y nada lo que esa pensara.

Me sentía idiota parada en la puerta, era como esperar al caballero de mis sueños a que me viniera a rescatar, cuando en realidad era el de mis pesadillas y solo me venía a buscar para regalarme un lindo infierno.

A las nueve en punto tocó la puerta y claro, Susana le abrió encantada, en ese momento sí se puso feliz, incluso creo haber escuchado una palabra amable de su parte.

Maximiliano lamentablemente se veía demasiado bien, el traje azul oscuro que llevaba le hacía perfecta combinación con sus ojos, que tenían un brillo diferente, claro, cómo no, me dije, si venía por su *cláusula*. La sonrisa que tenía rápidamente cambió y eso me asustó, ahora me observaba detenidamente como analizando mis pensamientos, noté cómo apretaba la mandíbula y sin detenerse a saludar a nadie se acercó rápidamente hasta mí.

—¿Por qué lloraste, Josefina?

¡Dios, por qué me tenía que conocer tanto!

—No he llorado imbe... Maximiliano, es alergia, no soy una niña asustada.
—«Mentira, sí lo soy», grité desde mi interior.

Él se acercó a mi oído y me susurró:

—Estamos en enero, las alergias, pequeña, son en septiembre.

¿Por qué insistía en llamarme pequeña? Sentí ganas de agarrarlo del cuello y rectificarlo, pero sabía que eso no me ayudaría a mi futura negociación.

—Bueno, pero a mí me dan en enero, debe ser el lugar, o las pocas ganas que tengo de estar en él.

—Bueno, siendo así, despídete, nos vamos —me ordenó.

—¿Ya? —Como soy rara, ahora no me quería ir.

—Sí. No tienes nada más que hacer acá y yo no deseo esperar, tú sabes que odio la espera.

—Yo no sé nada, ya ni siquiera te conozco.

—Mentirosa.

Salimos y me despedí de mi padre, no con un abrazo, simplemente con un adiós y con la mano hice lo mismo con Susana. A la única que le lancé un beso fue a Gladis, que de verdad se veía complicada la pobre, yo también la quería, pero no era lo mismo que Margarita para mí.

Maximiliano puso su mano en mi espalda guiándome hasta su precioso auto. Ni siquiera me fijé en su marca, solo me llamó la atención en que fuera auto y no un todoterreno, por su trabajo, dudaba si este le serviría, pues claramente era bajo y no llegaría a las salmoneras, pero qué más daba, podía tener diez iguales y darme lo mismo.

En el trayecto solo hubo silencio sepulcral. Me había dicho que iríamos a cenar antes de dirigirnos a casa. No sabía si agradecer o no, puesto que eso retardaba más la llegada de mi verdadera pesadilla, tenía la boca seca y sentía

cómo me miraba de soslayo de vez en cuando. Me atreví a subir la radio, no quería escuchar nada, ni pensar y en ese momento la radio sería una buena compañera. Pasé por varias estaciones, muchas canciones me gustaban, pero casi todas eran románticas y esas serían, por supuesto, las que no escucharía, hasta que por fin sintonicé algo movidito, The Black Eyed Peas, no sé cuál era, pero la dejé. Vi como Maximiliano me miró de reojo, de hecho había olvidado que a él no le gustaba ese tipo de música. Bien, un punto para mí, verde 15, azul 0, esperaba terminar la noche con el set ganando.

Al llegar se bajó rápidamente a abrirme la puerta, estirando incluso su mano para ayudarme. Dudé si corresponderle, pero en pos de lo que vendría, accedí. Al cerrar la puerta, cambió de posición su mano y me apretó.

—¡Auch! —me quejé desde lo profundo de mi alma, mis heridas estaban recientes y aún me dolían.

Sin decirme nada se apresuró hasta llegar a la puerta y levantó mi mano para observarla a la luz, traté de esconderla, pero fue imposible.

—¿Qué te hiciste, Josefina? —siseó entre dientes.

Retiré mi mano lo más rápido posible y como una niña asustada la escondí en mi espalda.

—Nada, déjame, fue un accidente... doméstico, eso es todo —le dije sin mirarlo. Sabía que me conocía, no por nada compartimos cuatro años de nuestras vidas juntos.

Cerró los ojos un momento. Yo esperaba que el remordimiento lo carcomiera, era lo bastante inteligente para saber que eso era debido a él.

—¿Estás bien, pequeña? —Su voz no decía nada, y su cara carecía de expresión—, esto es un medio para un fin —murmuró e igual como lo había hecho muchas veces antes me abrazó para dos segundos después sentir cómo sus dedos recorrían mi pelo. Respiraba sobre él, yo no era capaz de moverme, el estar así de nuevo con ese hombre al que tanto amé, que me destruyó por completo y, que si se lo permitía lo volvería a hacer, me paralizaba. Traté de zafarme, pero fue inútil, él seguía con su cara en mi cabeza y ahora la estaba besando, me aprisionó más contra su pecho y sentí su corazón. ¡Oh Dios!, tanto rogué por esto, ya no recordaba su olor, ese que inundaba mi ser y que me llegaba hasta el alma, pero rápidamente recordé todo lo que había sufrido por él y el solo de verlo con Susana lo odié de nuevo, pero ahora tenía nuevas razones, tomé una bocanada de aire y con todas mis fuerzas logré separarme.

—Suéltame, no vuelvas a acercarte, recuerda que soy solo una cláusula y esto es por conveniencia, por *tu* conveniencia, no quieras confundir las cosas y hacerte el bueno de la situación, Maximiliano. Acá tú y solo tú eres el culpable de todo —manifesté comenzando a caminar muy rápido. Sabía que me seguiría, estaba desconcertado, lo vi en sus ojos, y eso estaba bien.

Me senté tan bruscamente que creo reboté, no dije nada y tomé la carta, pero a quién engañaba, no podía comer nada, el apetito me había abandonado y mi estómago estaba absolutamente revuelto.

—¿Qué deseas cenar, Josefina? —me preguntó amablemente.

—Ensalada.

—Te traigo al mejor restorán de carnes ¿y únicamente quieres ensalada?

—Estaba perdiendo la paciencia, lo notaba en sus palabras.

—¡Ah!, bueno, no sabía que también dirigirías lo que debo comer, porque si es así, ¿serías tan amable de darme una lista?, algo así como un menú para la semana —le indiqué con sarcasmo.

Su expresión era de temer, sus ojos eran una sola línea y sus labios estaban apretados, para qué decir su mandíbula, podía ver absolutamente todos sus músculos. Esa no era buena señal y seguro me jugaría en contra, así que cambié rápidamente de estrategia, sería lo mejor.

—Está bien, comeré lo mismo que tú. ¿Estás contento ahora?

—Feliz, pequeña.

—Deja de decirme pequeña, ya te lo dije, me llamo Josefina por si no lo recuerdas.

—Jamás te he olvidado.

Todo lo que decía tenía una doble lectura, ya no lo podía soportar, todo era algo más e implicaba palabras y disculpas ocultas, yo no quería eso, no en ese momento porque no estaba preparada para escuchar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras, siempre ha sido así... Josefina.

—¿Cómo trabajan tus empleados en la salmonera? —Esa pregunta lo sorprendió, lo sé, lo noté en sus ojos, él esperaba otra cosa. Incluso creo que hasta estaba resignado, pero yo tenía un objetivo y estaba dispuesta a cumplirlo.

—Por turnos —murmuró despacio tratando de analizar la pregunta.

—¿Cómo así? —pregunté suavemente, moviéndome en la silla. Yo estaba nerviosa y necesitaba saber su respuesta.

—Los obreros básicamente trabajan veinte días y descansan diez, ¿sabes lo que significa?

Asentí con la cabeza, era perfecto para mí.

—Entonces yo quiero estar contigo siete/tres.

—¿Qué dices?! —Ya había perdido la paciencia, entendió perfectamente la pregunta, se pasó la mano por el pelo dejándoselo revuelto y yo no pude reprimir una sonrisa de triunfo.

—Lo que escuchaste, al ser parte de una *cláusula* y como literalmente pagaste... por mí, soy como un activo, claro, uno con un corazón y creo que es justo recibir un trato como el de tus empleados. Siete días en tu casa y tres en la mía.

—Olvídalo, no voy a transar, Josefina, que te quede claro, tú para mí no eres un activo.

—Max, por favor, necesito viajar a mi casa, solo son tres días, no te estoy pidiendo nada más. He aceptado todas tus condiciones, estoy contigo ahora, haré lo que quieras, pero déjame. —«Oh, oh, oh, esa última frase no sonó muy bien»,

me recriminó mi conciencia y él lo supo de inmediato. Crucé los dedos por debajo de la mesa como si eso sirviera de algo, ahora venía su inminente respuesta.

—Así que para pedir soy Max, y para todo lo demás Maximiliano.

—Disculpa si te molestó, se me salió, pero por favor, piénsalo, lo necesito.

—¿Y tú sabes lo que yo necesito, Josefina?

No quería preguntar, no me atrevía, intuía la respuesta y yo no era capaz de dárselo, no de nuevo. No había que ser genio para saberla, solo bastaba ver cómo me miraba.

—¿No me respondes?, precisamente tú que siempre dices la última palabra.

Ahora su mirada era impasible, se había reclinado en la silla y me observaba en todo su esplendor. Su pasividad era abismante, sabía que estaba calibrando la situación.

—No, Maximiliano, no sé lo que necesitas —respondí al fin sin mirarlo.

—Mírame —me ordenó y yo obedecí, como...antes—. Te necesito a ti, Josefina.

Solté el aire que tenía contenido y que ni siquiera sospechaba que aguantaba.

—A mí ya me tienes y lo sabes, trescientos sesenta y cinco días, ni uno más —le recordé.

—Quiero recuperarte, te necesito en mi cama, en mis brazos, te quiero a ti, en toda su extensión —me respondió, mientras observé cómo pasaba su lengua por sus labios. Sexy muy sexy, pero eso fue el detonante que necesitaba... y exploté.

—¡A mí ya me perdiste! Fue tu culpa y me importa una mierda lo que quieras, yo no volveré a estar en tu cama ni en tus brazos nunca, métetelo bien en la cabeza. ¿O quieres convertirme en puta también ahora? —Dios, eso había sonado demasiado fuerte. La gente se había volteado a mirar el escándalo. Mis mejillas se encendieron al instante, ni cuenta me di en qué minuto me había parado. Miré a mi alrededor y me senté, Maximiliano estaba disfrutando con mi vergüenza, lo sé, pero también sabía que lo que le dije le afectó. Nuevamente estaba tenso, tenía los músculos de la mandíbula apretados y su mirada era fulminante. Esperé a que me calmara, no le importó la gente y jamás dejó de mirarme.

—¿Te tranquilizaste ya? ¿O seguirás humillándote? —murmuró hacia mí en desaprobación a mis palabras.

—No me estoy humillando, *imbécil*, todo lo que te dije es verdad.

—¿Así es como quieres negociar, pequeña?

—¡Deja de llamarme por ese absurdo sobrenombre, por lo demás ya no lo soy! —exclamé de nuevo más alto de lo debido.

—Responde —me ordenó acercándose, en un rápido movimiento atrapó mi mano y me habló mirándome directamente a los ojos.

Era inútil moverla, estaba atrapada.

—Ya te dije lo que quería y tú me dijiste lo que tú necesitabas, estamos en punto muerto, yo no voy a transar, así que dime. ¿Te parece bien siete/tres?

—Esa es una de las cosas que me encantan de ti, eres tenaz y...

No lo dejé terminar, ya sabía lo que seguía, esos ojos azules ardían por sí solos

—Responde ¿aceptas o no?

Justo cuando iba a responder, llegó el camarero con nuestros platos. Ya no tenía hambre, no podía comer, llevaba más de media hora conversando y no había sacado nada en claro.

—Dime exactamente por qué es tan importante ir a tu casa.

¡Perfecto!, sería la mejor actriz.

—¿Recuerdas a Margarita? —Él asintió y sé que estaba confundido—. Bueno, ella vive conmigo. Cuando me fui, por razones que tú bien conoces, —Bien, eso le dolió—, se fue conmigo para cuidarme. Ella está vieja y enferma, como es mayor no la puedo abandonar de un día para otro. Te prometo, por lo más sagrado que tengo, que le imploré que se viniera. —Eso si era cierto, al menos podía jurar—. Pero te odia a ti y a Susana. Me dijo que no, por eso es importante para mí, no la puedo abandonar de un día para otro simplemente por el capricho de un hombre, esa es toda la verdad.

Estaba sopesando mis palabras. Tenía la mano en el mentón, eso significaba que lo estaba pensando.

—Ocho/dos.

Salté de alegría y sin saber cómo tomé su mano que aún estaba junto a la mía y se la besé. Él no supo qué hacer, solo me observó.

—Lo siento, es que realmente me hace muy feliz.

—Eso no es todo, Josefina, tengo condiciones.

Mi ánimo descendió en picada y mi lengua se adelantó por mí.

—No voy a tener sexo contigo, Maximiliano.

—Antes no te quejabas, recuerdo que lo disfrutabas, pequeña.

Ya estamos otra vez.

—Deja que te aclare las cosas y escucha bien, porque será la única vez que te diré. Sí, Maximiliano, vaya que lo disfrutaba, no puedo negarlo, te amé más que a nada en la vida. Nos íbamos a casar, confié en ti, me entregué en cuerpo y alma, crecí contigo y tú lo único que hiciste fue hundirme. Cuando te vi con Susana, rompiste la magia y me despertaste a la realidad, ahora que lo pienso, creo que fue mi castigo, quise ser algo que no era y aunque te duela, tú tampoco me cuidaste, pero ya está, las cosas son como son, yo soy solo un capricho en tu vida, eso está claro. Si no, hubieras firmado sin ninguna cláusula. No quiero tus explicaciones, ahora no me valen, ya todo está aclarado, yo viajaré mis dos días y listo, no creas que voy a salir de tu casa y me encamaré con el primero que se me cruce en el camino... yo no soy así. Tú me conoces y disculpa por lo que te dije el otro día, tenía rabia, aún la tengo, pero no te odio y, por favor, no hagas que lo sienta.

—Jose... —susurró bajito—, te extraño y no hay día en que no me arrepienta. ¿Me perdonarás algún día?

No quería responder, prefería callar, no había forma de decirlo sin gritarle, jamás lo perdonaría y menos ahora que estaba obligada a estar a su lado, pero la contestación salió de mi alma.

—Déjame ir.

—No puedo..., lo siento.

Me apreté las uñas contra el puño para no decirle lo que realmente se merecía.

—Me quiero ir, estoy cansada.

Sin más nada que decir, ambos salimos en silencio después de que pidiera la cuenta. Luego empezó a conducir como si nada hubiera pasado mientras a mí me hervía la sangre, y como si eso fuera poco, el silencio me irritaba, así que decidí mirar por la ventana. La noche estaba oscura al igual que mi corazón, ni la luna alumbraba con su belleza, hasta el lago estaba negro, las estrellas no brillaban, todo estaba en perfecta conjunción con mi estado de ánimo.

Diez minutos después no tenía ni la menor idea de dónde íbamos. Ese no era el camino que yo recordaba a su casa, pero tampoco pretendía preguntar. A lo lejos se veía una casa muy iluminada, a orillas del lago. Apretó un botón del control y la reja se abrió.

—Llegamos a tu casa, pequeña.

—No soy tu pequeña, ni esta es mi casa —le corté de una.

—Lo será por un año, acostúmbrate —me dijo hosco.

El jardín era precioso, no lo podía negar, la entrada apoteósica, la casa era de madera en su entrada, una puerta doble de roble, era como una casa de cuentos de hadas, solo que allí no vivía el príncipe ni yo sería princesa.

Al entrar me quedé sorprendida, es más, creo que pasmada por unos minutos. Todos los muebles eran conocidos, todo estaba como nuevo, me giré lentamente y al ver la expresión de Maximiliano lo comprendí.

—Eres un psicópata, ¿sabías?

—¿Por qué? ¿No te gusta lo que ves?

—No.

—Todo esto lo elegiste tú —me recordó.

—Eso era antes... cuando era niña idiota y creía en el amor, ahora no me gusta y punto.

«Qué mentira, era soñado, lo habíamos escogido juntos, todo, hasta el más mínimo detalle».

—Entonces no te preocupes, pediré que lo saquen mañana y tú verás qué haces.

—Estoy cansada, ¿dónde dormiré?

—Ven —me indicó en tanto me llevaba al segundo piso. Cuando subimos me impresioné aún más. Poseía una alfombra blanca de pelo largo que pedía a gritos ser tocada descalza, ya me imaginaba removiendo mis dedos. Solo tenía dos

habitaciones, una al frente de la otra, en medio un espacio grande con un gran sofá, un televisor gigante de plasma y un equipo de sonido, todo delante de la ventana. Y se podía ver el lago.

Entré a la habitación y al encender la luz, creí morir. Era maravillosa, una cama con dosel, siempre soñé con eso, me mordí el labio para que no se me escapara una sonrisa y un suspiro. Todo era blanco, la habitación poseía un baño propio, un escritorio y nada más, y por supuesto, la misma alfombra que ya me pedía a gritos que la tocara.

—¿Te gusta? —me preguntó realmente interesado.

No le iba a dar el gusto y mis sentimientos de alegría se convirtieron en pura rabia y dolor al recordarlo con la innumerable. Fruncí el ceño antes de que me diera cuenta de que mi lengua ya se estaba defendiendo por mí.

—No está mal, pero no soy una niña.

Lo escuché resoplar y maldecir, pero me daba igual, no se lo pondría fácil, no se lo merecía, en realidad no se merecía nada de mí.

—¿Quieres ver mi habitación? Es la que está enfrente.

—No me interesa y no hay que ser genio para saber que es la de enfrente. Sé amable y déjame dormir, estoy agotada, mañana hablamos.

—¿No quieres ver el resto de la casa? —preguntó avanzando un poco más.

—¿Para qué? —ironicé retrocediendo, esto de su cercanía verdaderamente me estaba incomodando—. Estaré en esta cárcel durante mucho tiempo, ya podré recorrerla.

—A las nueve desayunamos mañana.

—No me levanto a esa hora —mentí, a esa hora yo ya estaba trabajando y, por lo demás, mi osito se tomaba la leche a las ocho de la mañana.

—A las nueve, Josefina, o te sacaré yo mismo de aquí. Esther, la empleada, llega a las ocho y se va a las cinco, puedes pedirle lo que quieras mientras ella esté trabajando.

Salió de la habitación dejándome sola, por fin, ya no lo quería ver, pero en la soledad de mi nuevo cuarto, con la situación tan intensa, me atacaron los recuerdos y la pena invadió mi corazón. Ya no quería llorar más, además sentía que no tenía más lágrimas que derramar.

Fui a la cajonera, saqué lo que sería mi pijama ya que no tenía nada de ropa extra que ponerme. Eso era algo que tenía que solucionar, él no me había dejado traer nada, menos mal que tuvo el buen tino de dejarme algo normal, una camisola gris y la delicadeza de acompañarla con una bata a juego.

Capítulo 6

Había dormido poco o nada. Maximiliano me desconcertaba, en un momento era gentil, amable, tierno y al otro era alguien al que no conocía de nada. Sé que no colaboraba mucho, pero es que no me podía quitar la imagen de él y de Susana acostados juntos y me dolía más de lo que quería aceptar, ¿y todo por qué?, porque Maximiliano otra vez me comenzaba a importar. Y demasiado.

Estaba viviendo hoy lo que debí vivir hace cuatro años atrás. Todo en esta casa me recordaba al pasado, se suponía que faltaban dos días y me casaría con el hombre que amaba con todo mi ser, ¿y qué pasó?, todo se fue a la mierda gracias a él, aún me costaba creerlo.

Preferí dejar de pensar y mirar hacia afuera, la vista al lago era tan relajante que sentí cómo lentamente me invadía el letargo, el sol comenzaba a aparecer y por fin sentía que Morfeo venía a por mí acompañado de esos dulces ojitos color miel.

Recién en el primer sueño estaba cuando comencé a sentirme incómoda, no quería abrir los ojos pero algo había, lentamente me di la vuelta y me asusté, mi primera reacción fue coger las sábanas y llevarlas hasta mi cuello; parado frente a mí estaba Maximiliano vestido con unos *jeans* claros y una camisa blanca abrochada hasta el cuarto botón, dejando a la vista más de lo que yo quería ver.

—¿Qué haces? Esta es mi habitación y tú no tienes derecho a entrar.

—Te dije que el desayuno se servía a las nueve de la mañana y ya pasa de esa hora —me reprendió con el ceño fruncido y sus manos cruzadas a la altura del pecho.

—Me da igual, yo voy a dormir —respondí dándome la vuelta.

En ese momento sentí cómo Maximiliano tiraba las sábanas y el cubrecama hacia atrás para luego tomarme en brazos y llevarme hasta el baño.

—Apresúrate, te espero en cinco minutos abajo, si no te veo, subiré por ti.

Maldije y pataleé, sabía que él era capaz de eso y más. Me vi al espejo y mi aspecto era fatal, además de los ojos hinchados de tanto llorar, ahora la falta de sueño me había regalado un par de ojeras oscuras.

«Mejor así», pensé, al menos se podría sentir culpable por mi aspecto, porque si no sabía que era por su culpa, Maximiliano estaba muy mal.

Me lavé rápido y me puse la bata, y comencé a bajar por la escalera. Al hacerlo me detuve un segundo, la luz que entraba por los ventanales daba una visión preciosa de la casa. Me quedé un momento en la escalera observando, las tonalidades de la madera y la rusticidad del lugar me hicieron suspirar, me gustaba demasiado, era un sueño para cualquiera, esto no era una mansión ni nada, era como una cabaña grande, con un gran salón, muy comfortable. La vista al

lago con el sol sobre él era de postal. El único sonido que se escuchaba venía del equipo de música, no sé quién tocaba, la melodía era clásica y muy *ad hoc* al amanecer, pero eso hizo que mi mente funcionara, me dirigí al equipo y cambié la sintonía, creo que era rock lo que tocaban. Yo tampoco conocía esa melodía, ni me gustaba, pero eso cabrearía a Maximiliano. Esperé que dijera algo, pero no lo hizo, llegué a la mesa y me senté a su lado, me hubiera sentado en la otra esquina, pero ahí no había puesto para mí.

—En el futuro procura ser puntual, no me gusta llegar tarde a trabajar.

—Entonces no me esperes, yo no te lo pedí —respondí de inmediato.

—Toma —me dijo pasándome un sobre tamaño oficio café—. Encontrarás algunas cosas que seguro necesitarás.

Al abrirlo, sin decir nada, vi que contenía una tarjeta de crédito y unas llaves.

—¿Y esto?

—Las llaves son del auto que está en el estacionamiento y con esa tarjeta podrás comprar lo que te haga falta. A las doce vendrán a retirar los muebles, así que de eso te tendrás que encargar tú, ve que pondrás, a mí me da igual.

—¿Por qué se van a llevar los muebles? —Eso sí que no lo entendía y tampoco me acordaba del motivo.

Maximiliano me miró y dejó de comer, levantó las cejas y respondió:

—Ayer dijiste que no los querías, perfecto.

—¿Pero qué vas a hacer con ellos? —casi chillé en vez de preguntar.

—Ese no es tu problema.

—¡Claro que lo es! —dije exaltada, definitivo, la locura se estaba apoderando de mí, o peor aún, ya vivía dentro de mí.

—A ver, Josefina, deja de actuar como una niña, que según tú no lo eres, ya que ni cuando lo eras te comportabas de esta forma, sé lo que pretendes —suspiró dejando la servilleta perfectamente doblada sobre la mesa y me miró intensamente para continuar—, pero te diré que no me importa. Si quieres convertir tu vida en un infierno mientras estés acá es cosa tuya, ya que no es muy maduro por tu parte poner esta música para desayunar. Ahora, si pretendes que me enfade será peor.

—¿Ah sí? ¿Por qué? —pregunté altiva. Él tenía razón, me estaba comportando de lo peor y sin despegar la vista de mi cuerpo murmuró bajito, solo para que yo lo escuchara.

—Porque la próxima vez tomaré el desayuno en tu cama, contigo acostado, desde ahí no escucharé esta, tu música infernal.

Tragué saliva asustándome, esas palabras significaban demasiado. Además ya no me miraba a los ojos, me recorría entera sin amilanarse ni un poquito, me sentí incómoda, me crucé la bata y Maximiliano se rio en mi propia cara por mi actitud.

—Me da igual lo que te cubre la bata, sé perfectamente lo que escondes debajo de ella, todo lo que está ahí lo conozco, pequeña.

—Degenerado —le solté, aunque sabía que tenía toda la razón.

Maximiliano comenzó a reírse de mí, luego se levantó.

—Esther está en la cocina, pequeña. Puedes hacer lo que quieras en el día pero debes estar en la casa a las siete, a esa hora estaré de vuelta. Cualquier cosa te aviso al celular que, por cierto, dejé cargando sobre tu cajonera.

—O sea soy libre hasta las siete, después comienza mi reclusión.

—Llámallo como quieras. El domingo a las once nos casamos, te aviso con anticipación para que te puedas organizar, ya hablé con tu padre y Sebastián, me imagino que querrás avisarle a Andrés. Solo vendrá tu familia y mis padres, si quieres invitar a alguien más por mí no hay problema.

Eso me desconcertó y por supuesto respondí una estupidez.

—Y yo que pensé que querías un matrimonio con muchos invitados, para que todo el mundo supiera que yo volví arrastrándome arrepentida por ti.

—Josefina, me da exactamente igual lo que piense la gente, no me caso por ellos, me caso por motivos personales, ahora si tú quieres una boda a lo grande, con cientos de invitados tal cual como la quisiste antes —puntualizó—, estás en tu derecho, claro que solo tendrás dos días para organizarla. Podrías decirle a Margarita que viniera.

—¿Para que vea cómo me cago la vida yo solita? No, gracias, ella tiene cosas realmente importantes que hacer.

¡Qué bruta soy!, debería ser muda, todo sería más fácil. Maximiliano me miró y no dijo nada, se retiró en silencio y me dejó.

Ahora sí que no entendía nada, yo pensé que lo del matrimonio era para sanear su orgullo. No podía creer que sus motivos personales fueran por amor, no en él, eso no era posible.

En cierto modo todo lo que él me había dicho era verdad, me estaba comportando de lo peor. Me comí unos trozos de fruta y me bebí el jugo. No tenía nada que hacer, así que cuando terminé empecé a recoger las cosas de la mesa. ¡Algo tenía que hacer o me volvería loca!

«Más loca aún», me habló mi conciencia.

Al entrar a la cocina vi a Esther, estaba preparando algo, vestía con una falda verde larga y una blusa blanca. Al sentirme se dio la vuelta y me miró amablemente.

—Josefina, por fin la conozco, Max me ha hablado mucho de usted.

«¿Max? ¿No, don Maximiliano o, señor Von Kryler?», pensé.

Pero... ¿por qué me afanaba en pintarlo como algo que no era? «No respondas», le pedí a mi conciencia, si no seguro la respuesta no me agradaría y sería favorable para él.

—Hola Esther, él también me habló de ti, me dijo que te irías a las cinco.

—Sí, pero si usted necesita algo me puedo quedar hasta más tarde. Solo déjeme avisarle a mi marido y listo.

—¡Ah no!, no te preocupes, solo quería saber, yo voy a salir y llegaré para la cena.

—¿Quiere que le deje todo preparado? ¿O lo hará usted cuando llegue?
«Qué buena pregunta. ¿Qué sabía yo? ¿Cómo iba a quedar todo preparado desde las cinco?», pensé.

—¿Cómo lo haces siempre? —quise saber.

—Le dejo todo listo a Max, él se lo prepara solo.

—Hazlo así entonces, yo me ocuparé.

Subí de nuevo y la curiosidad pudo conmigo, me dirigí a su habitación y justo cuando abría la puerta sonó un celular. ¡Ah!, ese debía ser mi nuevo aparato. No tenía deseos de contestar, sabía que no podía ser nadie más que Maximiliano, pero como no dejaba de repiquetear contesté:

—¿Qué quieres? No ha pasado ni media hora y ya me estás controlando.

—Pero que buen saludo, zancudo.

—¡Andrés! —chillé, esa sí era una voz agradable—. ¿Cómo obtuviste este número?

—Me lo dio papá. Jose, tenemos que hablar.

—Sí, lo sé, ¿dónde estás?

—Estoy en casa de Amber, anota, te doy la dirección.

¿Cómo? Él no sabía que yo ya había estado ahí. Me imaginé que Greg no se lo había contado ni Amber tampoco, así que omití comentario.

—Dámela, nos vemos en un rato.

Lo siguiente que hice fue llamar a Margarita y hablar con mi osito, eso me alegró el alma. Después de una hora en que ninguno de los dos quería cortar, finalmente los dibujos animados pudieron con él y me dejó.

Salí antes del mediodía de la casa. El auto que estaba en el estacionamiento tal cual me había dicho, era el que habíamos ocupado la noche anterior. Me aseguré de que los documentos estuvieran en su sitio y me sorprendí al ver que el auto estaba a mi nombre. Eso me dio una rabia gigante, yo no quería ser comprada pero lo solucionaría esa misma noche. Primero debía solucionar el tema de la ropa, estaba con el mismo vestido verde del día anterior. Fui a una tienda donde encontré de todo, me entretuve eligiendo algunas cosas y no pude evitar ver ropa para Clemente. Hace tanto que no compraba sin preocuparme del precio, pero no era idiota, no le podía comprar nada con esa tarjeta, no sabía si Maximiliano la revisaría. Salí con varias bolsas y, al llegar a casa de Amber, luego de darle un abrazo, no lo dejé hablar y entré al baño a cambiarme. El calor era demasiado, me puse una cómoda falda corta de color negro y una camiseta roja con lentejuelas. Me encantaban los brillos y me sentía mucho más yo.

—¡Esta sí que es mi hermana! Sobre todo sin el horroroso aro de la nariz —me dijo Andrés pidiéndome una vueltecita, que yo encantada le di.

—Hermano, tenemos que hablar de lo que pasó el domingo.

—Jose, perdóname por fallarte de nuevo. Yo debí estar contigo, hacer algo.

—¡Epa!, yo no estoy hablando de eso, estoy hablando de lo que pasó el sábado... contigo.

Mi hermano no me estaba mirando. Se sentía avergonzado, lo noté en su mirada, yo tomé su cara y con cariño le obligué a mirarme.

—Jose, hace mucho que no me pasaba. Te lo prometo.

—Andrés, eso es una adicción, si no te tratas podría ser peor, tenemos que buscar ayuda. Yo te vi el domingo, estabas mal.

—¿Cómo que me viste? Voy a matar a Greg.

—Estás loco, deberías agradecerle, él te cuidó junto con Amber.

—Jose... ¿me perdonas por todo?, no quiero ser un problema más en tu vida, quiero ser un apoyo para ti.

—Tú no eres un problema, *tontito*, eres mi único apoyo, no tengo a nadie aquí ahora, te necesito para poder sobrellevar esto y no sé si podré hacerlo sola.

—Jose, ¿cómo aceptaste? No entiendo, ¿o es que todavía amas a Maximiliano?

—¡Nooo! ¿Pero qué dices? No tenía otra opción.

—¡Claro que la tenías!

En ese momento comprendí que debía contarle todo, no ocultarle nada y así comencé. A cada palabra que decía veía cómo su cara se transformaba expresando rabia, maldijo a Susana durante un buen rato hasta que logré calmarlo, ya no se podía hacer nada. Solo esperaba apoyo, que me entendiera y así lo hizo.

—Jose, si Maximiliano te llega a tocar...

—Shhh, Andrés, eso no va a pasar. Por mucho que lo odie, lo conocemos, no es un depravado. Sé que es rara la forma de actuar que está teniendo ahora, pero de ahí a otra cosa...

—Sí, tienes razón como siempre —me dijo tomándose las manos y al hacerlo se fijó en mis llagas—. ¿Qué te hiciste en las manos?

A mí ya casi se me había olvidado. Le mentí, pero no me creyó, solo me abrazó. Después de un rato me pidió que lo acompañara a buscar a Amber, se había ido apenas yo había llegado, trabajaba de día en un café a la orilla del lago.

Encantados nos fuimos. Me hizo un par de bromas al ver el auto, cosa que no me agradó, pero decidí tomarlas con humor, ya nada se podía hacer.

Llegamos a la costanera. El día estaba tan lindo que decidimos esperar en la arena. Andrés parecía un niño tirándole una pelota a un perro, que muy obediente se la devolvía. Yo imaginé a Clemente jugando junto a nosotros y sé que para sacarme de la ensoñación, mi hermano me lanzó la pelota a mí para que jugara también. Así estuvimos por un largo rato. El perro era un encanto, seguro tenía dueño, era un perro de raza pero no se veía por ningún lado.

De repente Andrés corrió hacia mí, supe en ese momento lo que pretendía. Antes siempre me hacía lo mismo solo que esta vez el lago estaba lleno de gente, era época veraniega y los turistas aprovechaban sus vacaciones. Después el lugar era muy tranquilo, así en realidad me gustaba más a mí. Relajado.

—Ni se te ocurra, Andrés —le advertí mientras apuraba el paso. Él no dejaba de mirarme con una sonrisa pícaro en la cara como diciéndome que no

perdiera fuerzas en escapar, que el final sería el mismo, ante esa expresión comencé a correr, pero en dos segundos me alcanzó, me tomó en brazos y corrió al lago poniéndome sobre sus hombros como si fuera un saco.

—¡Andrés! —chillé—. ¡Bájame que se me ve todo!

—No seas exagerada, que parecerá traje de baño.

—No, no, por favor bájame, no me quiero mojar —rogaba. Al chillar, el perro comenzó a ladrar y de pronto se puso a correr hacia su dueño, que salió a ver qué sucedía. Yo seguía de cabeza, Andrés ya casi estaba en el agua, no sé por qué seguí con la vista al perro, hasta que lo vi... parado fuera del café con unas gafas de aviador estaba Greg, se me secó la boca cuando lo vi. Su mirada atravesó el espacio que nos separaba clavándose en mí, la sentí tan intensa que tuve que dejar de mirarlo. Él no era un hombre fornido, pero había comprobado que era musculoso y alto, me sobrepasaba por varios centímetros; ahora ya no estaba disfrutando con Andrés, me sentía acechada y Greg lo sabía, pues no había dejado de observarme. ¡No!, ¡Dios, ahora no!, él, con las manos en los bolsillos venía caminando como si nada hacia nosotros.

—Bájame, Andrés, por favor, ya no más —rogué un tanto desesperada al mismo tiempo que mi corazón se aceleraba.

—¿Y tú que me das, Jose?

—Lo que quieras, te doy lo que quieras —grité, pero ya era muy, muy tarde.

—Si te ayudo yo, ¿qué me das, pecosa? —me preguntó Greg, mientras yo aún estaba de cabeza.

Solo lo miré. Sus palabras siempre sonaban sexuales, con un doble sentido en mis oídos y la última vez que nos habíamos visto no fue precisamente para tomar té.

—Andrés o me bajas o...

—¿O qué, zancudo? No estás en condiciones de amenazar, hermanita. ¿Cuándo aprenderás a controlar tu lengua?

—Ya, está bien, perdón, pero bájame, ya no es cómico que me tengas así —supliqué. Gracias al cielo, Andrés se apiadó y me bajó. Al hacerlo y sentir el suelo, de pronto, me mareé. Y fue el propio Greg que con su mano me sostuvo para no caer. Se inclinó sobre mí y pegó sus labios a mi frente, pero sin tocarme.

—Me alegraste la tarde, pecosa.

—Así que ahora te hago de payaso —respondí, pero luego me arrepentí y atenué la ironía con una pequeña sonrisa.

—Pecosa. Ni te imaginas las cosas que muero porque me hagas y no precisamente de payaso —me confesó subiéndose los lentes, sus ojos me atravesaron sin ningún pudor dejando que viera como con descaro me recorría con la mirada. Al final fui yo la que miré hacia otro lado, no podía con tanta intensidad, sentía que me quemaba.

Busqué a mi hermano, pero este ya estaba lejos, caminaba en dirección a Amber. Dejé pasar el comentario y traté de respirar con normalidad, el color de mi rostro se mezcló con la vergüenza del momento y creo que pasé desapercibida.

—Vamos, pecosa, te invito a un café, debes salir del sol, tu linda carita está muy colorada y no logro descubrir por qué.

—No puedo, me tengo que ir, es tarde.

—¿Por qué? ¿Tu novio te está esperando? Espero que no sepa dónde estás o sino lo tendré tocando la puerta en el café también.

—*Imbécil*. —Fue lo único que conseguí decirle porque comencé a caminar más rápido para dejarlo atrás, claro que no sirvió de mucho, dos grandes pasos de Greg y ya estaba a mi lado.

—¡Hey!, zancudo, disculpa si te incomodó mi comentario.

—¿Sabes qué, Greg? No estoy para tus juegos, de verdad no te entiendo.

—Lo sé —respondió, tomando mi mano—, por eso te pido disculpas, no quiero que te enfades conmigo.

—Entonces compórtate como corresponde y deja de decirme cosas raras.

—¿Raras? —preguntó como si la palabra le fuera totalmente desconocida.

—Sí, ya sabes a lo que me refiero, a lo que pasó en tu oficina. Eso es pasado, te dije lo que fue y punto, no hay más ni se volverá a repetir jamás.

—No lo creo, pecosa, no vi eso en tu mirada.

—¿Qué dices?, cállate por favor, no quiero tener más problemas.

—¿Tuviste problemas el domingo?

—Eso ya no importa. Discúlpame si te ofendí, no era mi intención hacerlo.

—Pecosa... —me volvió a decir, ahora poniéndose frente a mí. Yo estaba nerviosa, me sentía haciendo algo incorrecto y el lugar además era público, me metería en grandes problemas si Maximiliano lo sabía—, a mí me gustó lo que sucedió la otra noche y sé que a ti también.

—Basta, Greg, entiéndeme...

Fue lo único que le respondí, luego grité a mi hermano un poco fuerte, creo, porque de inmediato se giró hacia mí.

—Me voy, es tarde, nos hablamos mañana.

Prácticamente hui del lugar, llegué al auto y me relajé. Eran las seis de la tarde, al menos me quedaba una hora para volver a casa y ver a Maximiliano. Miré para todos lados y agradecí no ver a ningún conocido, me sentía perseguida. Aunque no lo quisiera reconocer Greg causaba algo en mí y no quería averiguarlo, no me sentía capaz, al menos por ahora.

Al llegar, el silencio de la casa me abordó, todo estaba listo y no tenía nada que hacer, era todo tan distinto a mi vida cotidiana. Pensé en Clemente, a esta ahora lo estaría bañando para luego darle la comida; salí al jardín, quería sentir el aire, no deseaba llorar, debía ser fuerte. Caminé hacia el muelle, me senté en el borde y con los pies en el agua comencé a salpicar. Estaba muy concentrada en ese simple acto sin saber ni la hora ni nada hasta que me sobresalté.

—Te estaba buscando, pequeña —me habló Maximiliano, que venía hacia mí con cara de preocupación.

—Disculpa, se me quedó el teléfono dentro de casa —le respondí con desgana.

Maximiliano me observó y se sentó junto a mí arremangándose los pantalones e hizo exactamente lo mismo que yo, metió los pies al agua y los movió.

—Esto está congelado, ¿cuánto rato llevas acá?

—No seas exagerado. Está helada, pero siempre ha sido así —le respondí muy tranquila, me sentía extrañamente relajada.

—¿Qué hiciste hoy?

Me encogí de hombros y respondí:

—Nada muy interesaste, estuve con Andrés y fui con él a buscar a Amber, la chica que lo acompañó en la fiesta —omití todo el resto, era como si mi mente lo estuviera bloqueando. Lo recordaba, pero no lo sentía.

—¿Qué quieres hacer, pequeña? —me preguntó de improviso.

—Lo que quieras —solté de pronto. Pensé que se refería a la comida, pero al ver sus ojos supe que me había equivocado y mi respuesta había sonado mal, muy mal.

—Yo sé lo que quiero, pequeña, pero no sé lo que quieres tú.

—Yo me estaba refiriendo a la comida —le contesté apresuradamente para rectificar mi error.

—Yo también, pequeña, qué mente la tuya. —Sonrió con esa maldita sonrisa que hacía que mi mundo dejara de girar, ¡Dios, qué patética soy!

Luego de unos segundos en que me recompuse, no sé por qué, lo salpiqué de agua. Él no lo dejó pasar y antes de que pudiera reaccionar ya me estaba devolviendo el gesto, así nos quedamos por un buen rato jugando, mojándonos, hasta que sin aviso se me cruzó la imagen de Susana y todo se acabó.

Me paré de pronto viendo en los ojos de Maximiliano incertidumbre e inseguridad, no entendió nada de lo que me pasaba, pero como buen caballero no dijo nada, solo caminó detrás de mí hasta llegar a la casa. Cenamos en el mismo silencio en que estábamos, el aire se podía cortar con cincel, la situación era demasiado incómoda hasta que cuando terminamos, él no se aguantó más y habló:

—¿No me hablarás nunca más?

—Es que no tengo nada que decirte, para hablar estupideces mejor no digo nada.

—Me gustan tus estupideces, pequeña.

«No, por favor, Max, no pongas esa cara ni me hables así», pensé.

—No me digas pequeña, te lo he repetido muchas veces.

—Disculpa, es la costumbre. Tengo que trabajar un rato, ¿te importa?

—¿Por qué me va a importar? Me da igual, puedes hacer con tu vida lo que quieras.

Maximiliano se levantó enojado, lo sé, en tanto yo recogí las cosas de la mesa. Subí, entré en mi habitación y, asegurándome que nadie me oyera, llamé a mi osito, le di las buenas noches, sus besos me dieron ánimos para seguir, ya quedaba menos para verlo. Luego me fui al sillón a ver televisión. Nada me parecía interesante hasta que de pronto encontré una de mis películas favoritas, hasta el nombre hacía alusión a mi vida. ¡Qué irónica podía ser la vida a veces! Me quedé pegada viendo a Julia Roberts y a Richard Gere en *Novia fugitiva*. Así estaba hasta que el sueño pudo conmigo y me fui a dormir, no sin antes asegurarme de cerrar la puerta, pues no tentaría a mi suerte. Me puse el cómodo pijama de blusa y pantalón que me había comprado y me dormí.

El sábado la luz del sol se coló por mi ventana, despertándome muy temprano. Aún no eran las nueve, bajé y me sorprendí al ver a Maximiliano leyendo el periódico en la terraza. No estaba Esther, claro, era sábado, pero todo estaba listo y dispuesto para comer, me imaginé que lo había hecho él y me agradó.

—¿Todos los días tomaremos el desayuno a las nueve? ¿Hasta los domingos? —pregunté saliendo a la terraza, desperezándome.

—Los domingos puedes hacerlo tú a la hora que quieras y te parezca, pero mañana será diferente.

—Sí sé, no necesitas recordármelo, mañana firmo sentencia.

—Pues yo me caso —me respondió sarcástico.

Solo le hice un mohín y me apresuré a tomar la taza, no me di cuenta que tenía el agua hirviendo y por atarantada me quemé justo la mano que tenía más herida.

—¡Mierda! —chillé como niña y comencé a soplarme. Maximiliano al verme así rápidamente tomó mi mano e imitó lo que yo estaba haciendo, con la diferencia que cuando dejó de soplar acercó mi mano a su boca y la besó. Ese pequeño contacto me estremeció por completo, lo sentí en todo el cuerpo y retumbó fuerte en mi corazón, alejé mi mano rápidamente e hice como si no me importara, pero sabía que se había dado cuenta, su sonrisa lo decía todo, y lo odié.

—¿Te duele? —quiso saber.

—¿Qué crees, chico listo?

Su expresión cambió a la seria de siempre, eso sí estaba mejor, así nada revoloteaba en mi interior.

—En la noche cenaremos con mis padres y los tuyos.

Eso me cayó fatal, los míos significaban la innombrable.

—Si tanto quieres ver a Susana, no es necesario que inventes excusas, por mí puedes hacerlo cuando quieras, pero no pretendo ser tu espectadora, *imbécil* —siseé entre dientes.

—No me insultes, Josefina —bufó.

—No lo hago, te digo la verdad. Ahora si te sientes insultado, por algo será.

—Josefina...

—Josefina nada. No tengo ningún problema en cenar con tus padres, porque son un amor de personas, lástima que no puedo decir lo mismo de su hijo —solté enojada.

—Pues te aguantas, esta noche cenamos todos, te guste o no. Y por si acaso, mis padres no saben nada.

—Qué lindo —me mofé ironizando—, no solo a mí me ocultas cosas, ¡ah perdón!, se me olvidaba que eras el rey de las mentiras, el premio al cinismo te deberían dar —bufé fulminándolo con la mirada—. ¿Y qué se supone que les tengo que decir? ¿Que te amo con locura y que por eso he vuelto rendida a tus brazos suplicando perdón?, yo no soy como tú, no miento.

«Mentirosa», me recriminó mi subconsciente de inmediato, eso se me clavó con fuego en el corazón.

—No digas nada, no preguntarán. Ahora voy a salir, voy al aeropuerto y...

—No me interesa —le corté—, ¡ah! y si ves a mi querida madrastra mándale mis saludos y dile que ya tomaste el desayuno, así no pierden el tiempo en nimiedades —espeté.

Maximiliano pronunció palabras de grueso calibre, ninguna para mí directamente, ¿pero qué esperaba? ¿Que fuera feliz con todo lo que él hacía o con lo que pretendía hacer? Si era así estaba muy equivocado.

Además de estar molesta con el bendito, lo estaba conmigo. No llevaba nada con él y ya mi corazón se estaba ablandando. Realmente yo no aprendía, o sí, pero de las peores formas, con las lecciones más duras. Yo creo que por eso era tan imperioso perderme en otros brazos y olvidar, eso solo lo podría hacer con Greg. Y lo peor es que sería tan cínica como Maximiliano si no reconocía que ese hombre me atraía. ¿Pero sentiría algo más? ¡Oh Dios, qué estoy diciendo! Sueno a desesperada por sexo, pero es que desde que volví a sentir..., desperté esa tan placentera sensación.

«¡Ah no!, Josefina, compórtate», me dije a mí misma, agua fría para la rabia y para la calentura es lo que necesito, subí a ponerme el traje de baño y una polera. Un baño en el lago seguro me relajaría, pero sobre todo me enfriaría.

Comencé a nadar lo más adentro que me permitían mis brazos. Cuando ya estuve muy cansada floté, eso sí que me gustaba, la sensación en los oídos, ese silencio acuático era alucinante para mí, podría ser sirena y vivir bajo el agua, ¡ah no!, seguro terminaría viviendo encerrada con Úrsula, la bruja mala de *La Sirenita*. Así como era mi suerte, no habría más opciones.

Al volver, todo seguía en paz, no había nadie. Subí a llamar por teléfono a mi osito, después hablé con Andrés y a pesar de estar completamente sola en esa casa me sentía ahogada, prisionera, tenía que salir. Dentro de las cosas que debía hacer era ver un vestido para el matrimonio. De mala gana fui hasta una tienda y compré uno muy sencillo, pero bonito, ya que tenía que hacer el ridículo por lo menos lo haría dignamente.

Deambulé por el lago casi toda la tarde, estaba tan confundida con todo lo que me estaba pasando que el tiempo en soledad se me pasaba demasiado rápido,

cosa que agradecía. En la noche al llegar encontré a Maximiliano, obvio enojado. Se me había quedado el celular que me había asignado.

—Te he llamado toda la tarde. ¿Dónde estabas?

El tono y su mirada reprobatoria fue lo que me molestó.

—¿Y a ti qué te importa?, ahora estoy aquí. ¿No?

—Date prisa, es tarde, nos esperan para cenar.

—Pero son las siete de la tarde, es una cena o...

No alcancé a terminar porque me interrumpió.

—Los alemanes cenan temprano.

—Pero yo no lo soy.

—Pero te recuerdo que tus suegros sí.

—Pero tu mamá no —respondí sin más, creo que tenía ganas de discutir, si esa era la única forma que encontraba para no sentir nada a su lado, esa sería mi nueva arma. Sé que solo empeoraría las cosas, pero preferiría eso a volver a sentir.

Maximiliano no me contestó nada, se dio la vuelta y caminó hasta el bar. Me imaginaba que a beber, pero ya me daba lo mismo. Subí a cambiarme rápidamente porque los padres de él no me habían hecho nada, incluso siempre habían sido muy agradables conmigo, la señora Clara incluso había ido hasta mi casa para hablar conmigo después de lo sucedido hacía ya tantos años. Ella solo quería saber cómo estaba, en ningún momento me juzgó o preguntó algo, así que en honor a ese respeto, me apresuré y me puse un vestido color damasco con pequeñas florecitas blancas, me calcé unas sandalias de tacón para no verme tan pequeña, más un moño y quedé perfecta.

Nos dirigimos al restorán sin decirnos ni media palabra, él ni siquiera me miró cuando, por supuesto, cambié la música. Esta vez traté de comportarme correctamente y puse algo agradable para los dos, suave pero con ritmo.

Al llegar, divisé de inmediato a sus padres. El señor Alfred era bastante alto y su pelo cano se distinguía desde lejos, Maximiliano tenía los mismos ojos azul cielo que él. En cambio su madre era bajita, no le alcanzaba a llegar al hombro, su pelo era negro como el azabache y sus ojos eran del mismo color, ella era preciosa, una belleza distinta a la común, su tez blanca resaltaba cada color de su cuerpo y su mirada era siempre amable.

—Josefina, hija que gusto volver a verte —me dijo apenas nos vio entrar, se acercó rápidamente hasta nosotros y me dio un caluroso abrazo de bienvenida. En tanto Maximiliano saludaba con un apretón de mano a su padre.

—Lo mismo digo, Clara —le respondí con sinceridad, para a continuación saludar a mi futuro suegro que me miraba de soslayo—. Alfred, buenas noches.

—Buenas noches, Josefina. —Fue lo único que dijo, en tanto me observaba detenidamente como tratando de averiguar algo más. En ese momento recordé que la mala de la película acá había sido yo y no Maximiliano, después de todo, para todo el mundo fui yo quien lo abandonó.

Me extrañó no ver a mi padre pero luego sentí su voz. Junto con eso me imaginé también a la innombrable, eso comenzaba a incomodarme.

—Disculpen la tardanza. Es que mi mujer se sintió mal a último momento, les pido excusas por ella.

No sé por qué no agradecí esa supuesta enfermedad de Susana. Eso era lo que yo deseaba, no verla, pero algo en mí funcionaba más rápido y se fraguaba en mi interior.

Llegamos todos hasta la mesa que estaba dispuesta para nosotros, como ya todos se conocían, la conversación fluyó rápidamente. Pero yo no estaba ahí. Mi mente deambulaba por otros rumbos, por otros lugares.

—Josefina —me interrumpió de mis pensamientos Clara—, Maximiliano me comentó que estabas estudiando, ¿tienes todo listo para tu transferencia?

Volvería a ser Pinocho, menos mal que mi nariz no crecía.

—Sí, pero ya no seguiré con los estudios al menos por un tiempo, no sé si seré capaz de sobrellevar tantas cosas a la vez, ser esposa y estudiante no debe ser nada fácil y además no quiero descuidar a Maximiliano. Uno nunca sabe lo que pueda suceder frente a sus narices.

Maximiliano me miró con los ojos encendidos por la ira y, como estaba a mi lado, cogió mi mano de improvisto. Al hacerlo salté, aún me dolía un poco. Él lo supo y me soltó.

—No quiero que dejes de estudiar, Josefina, eso no lo voy a permitir.

«Ahora te preocupo *imbécil*», pensé.

—Lo siento, Maximiliano, ya está decidido, es que como todo ha sucedido tan rápido no tuve tiempo de comentártelo —le respondí mimosa, subiendo mi mano para tocarle la mejilla, con eso sabía que lo estaba desestabilizando, mis expresiones eran de lo más tiernas y fingidas. Solo él lo podía notar, el premio de la academia de actuación era completamente mío. *The winner is...*

Mi padre cambió de tema y todos giraron en torno a él, no sé si lo hizo a propósito pero lo agradecí, la cena estaba saliendo bastante bien con normalidad hasta que...

—Maximiliano, dejaste todo coordinado con Susanita hoy. Si no hubiera sido por la reunión que tenía en la oficina, encantado me hubiera quedado a ayudarlos.

Esas palabras de mi padre me llegaron al alma. Me imaginé todo tipo de cosas y los recuerdos se estrellaron en mi mente, clavándose como dagas ardientes en mi corazón. Definitivo, mi padre era ciego, yo no podía sacarle la venda, la rabia se apoderó de mí, no haría un escándalo, esas personas no se lo merecían. Me acerqué a Maximiliano, lo abracé para que se aproximara y cuando mis labios estuvieron pegados a su oído susurré:

—¿Tan cansada dejaste a la zorra de Susana, que por eso no fue capaz de levantarse? Eres un verdadero infeliz, Maximiliano.

Se quedó paralizado, no esperaba ni mi contacto ni mis palabras, después de un momento en que tardó en recuperarse trató de hablarme, pero ya era tarde.

Yo conversaba con su madre y él no nos interrumpiría, aunque si trató, no se lo permití. El resto de la cena estuvo inquieto y como no, si yo lo había descubierto otra vez, ya tendría tiempo de hablar, seguro en el auto de vuelta a casa no me libraría, pero ahora no quería ni mirarle a los ojos, la verdad es que no podía.

Al terminar la cena vi la salida perfecta, prácticamente obligué a Maximiliano para que llevara a sus padres al hotel, en tanto yo le pedí a mi padre que me llevara a casa. Él, encantado, aceptó. Era lo mínimo que podía hacer, después de todo me debía más que un simple acercamiento.

Antes de despedirnos en la salida, Maximiliano se acercó raudo hasta mí.

—En la casa hablamos, Josefina.

Me encogí de hombros y con chulería delante de todos espeté:

—Cariño, las cosas que dices, lo siento, esta noche dormiremos separados.

Es más, sería maravilloso que durmieras en el hotel con tus padres. ¿No te parece romántico?

Dios, cómo me estaba pasando y cómo lo disfrutaba, la cara de Maximiliano destellaba rabia. Solo había que conocerlo para saberlo. Su mandíbula estaba tan apretada que podía sentir el rechinar de sus dientes, o al menos eso creí.

Una vez en mi casa me despedí de mi padre y como veía preocupación en su mirada, lo tranquilicé diciéndole que estaba bien y que no se preocupara. Él me abrazó y nuevamente me pidió perdón, pero eso no me servía de nada, ya era tarde y por lo demás yo estaba obligada, no por él si no por su mujer.

Subí directo a mi habitación. Sabía que Maximiliano llegaría enojado, así que se me ocurrió la genial idea de cerrar con llave la puerta por si se le ocurría entrar sin tocar.

No alcancé a meterme en la cama cuando sentí como estacionaba y daba un portazo a la puerta de entrada. Las zancadas de la subida de la escalera las sentía como si estuviera mirándolo, el silencio de la noche aumentaba todos los sonidos. Yo, en respuesta, me tapé completamente.

Maximiliano llegó hasta mi puerta para abrirla, pero al encontrarla cerrada habló:

—Abre la puerta Josefina, tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, vete, déjame dormir.

—Abre ahora —repitió comenzando a golpear la puerta. Estaba desesperado, yo nunca lo había visto así, no me asusté... tanto, y por supuesto no abrí, hasta que se cansó y se fue.

Al otro día desperté muy temprano. Había dormido pésimo, cosa que ya se me estaba haciendo costumbre. Mi ánimo estaba como el día, absolutamente gris, mi mente reprochaba mi actuar, y tenía una disputa interna con mi corazón que claramente trataba de latir... otra vez.

Hablar con la gente que amaba me reconfortó y me dio la fuerza que necesitaba para seguir adelante. Eso y saber que ya solo me quedaban cuatro días

para verlos. Bajé a tomar el desayuno y vi a varios hombres trabajando en el jardín, estaban acomodando todo para el matrimonio, me quedé un momento observando, todo se veía tan bonito. Pero yo no lo quería, no ahora y no así.

Había deseado más que nada en la vida haberme casado enamorada del hombre que amaba, así habría sido todo y hoy Clemente jugaría por el jardín, pero no, todo se había arruinado, mi vida había cambiado, y hasta mis sueños estaban truncados por culpa de Maximiliano y de... ella, eso no debía olvidarlo nunca jamás.

—Josefina, tu actitud anoche...

—Mi actitud anoche nada Maximiliano. —Me volteé y no lo dejé terminar—. ¿Qué esperabas?, ¿qué te aplaudiera o qué te esperara con la cama abierta? ¡Ah, no!, si para eso tienes a Susana, disculpa, pero ¿sabes qué? No me interesa y deja que te aclare una cosa. Mi reacción no es de mujer celosa, te lo aclaro para que tu cabecita no piense cosas erradas, es la actitud de una persona cuerda y que cada vez entiende menos. No sé para qué haces todo esto, este teatro. —Hice un gran aspaviento con las manos—. Si quieres estar con ella, ¿para qué me tienes que obligar a mí a participar? ¿Por qué no eres hombre y asumes de una vez por todas que lo que deseas en realidad es estar con Susana? Sean honestos y hablen con mi padre, ¡váyanse!, ¡qué sé yo!, pero no involucren a más gente en su maldito idilio.

—No sabes lo que dices, Josefina. —Fue lo único que habló, no negó ni afirmó nada, tampoco pude descifrar lo que pensaba, él solo me miraba mientras yo recitaba tranquilamente todo lo que ya le había dicho. Creo que lo prefería cuando estaba sulfurado, al menos así sabía lo que estaba pensando, pero esa mirada y ese silencio lo único que conseguía era desconcertarme. Subí con un café en las manos y me volví a acostar, aún faltaba para las once y la espera se me estaba haciendo eterna.

Faltaban veinte minutos exactos para que apareciera el juez de paz y todos los invitados ya habían comenzado a llegar; podía verlos desde mi ventana, excepto al novio. Ojalá se arrepintiera, pensaba, pero sabía que eso sería un sueño. De pronto tocaron la puerta y al sentir la dulce voz de Andrés, corrí para abrirla, me lancé literalmente a sus brazos para cobijarme.

—Yo también te extraño, zancudo, me gusta este recibimiento.

—Gracias por venir, creo que si sigo aquí terminaré por hacerle un hoyo al piso de tanto que he dado vueltas.

—No te dejaría sola, hermanita, menos ahora. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Andrés, ya todo está firmado, esto es solo una condición más, no tiene importancia... pero aún me podré casar de blanco y de verdad, por lo menos eso me lo concedió el desgraciado.

—¡¡Jose!! —me regañó cariñosamente mi hermano.

—¿Te estás cambiando de bando? —lo increpé alejándome de su alcance.

—No, pero no quiero que hables así. No te hace bien.

Solo suspiré y terminé de arreglarme. Mi vestido era muy simple y creo que eso lo hacía tan lindo, era de color beige y combinaba perfecto con una chaqueta a juego en un tono más oscuro, el pelo lo llevaría suelto y mi maquillaje sería sutil, pero en conjunto todo se veía elegante. La innombrable ya me había mandado un mensaje recordándome que debía estar presentable y no avergonzarlos. Pensé en mandarle una linda respuesta, pero me contuve, no quería represalias y sobre todo si tenían que ver con mi osito.

Mi padre tocó la puerta y al verme se entristeció, lo vi en su mirada, lo abracé para quitarle tensión al momento e hice lo que mejor sabía hacer: bromear.

—Ya, si no es tan trágico, cambia la cara papá, que la condena es mía. Pero ya me quedan solo cincuenta y tres semanas y seré libre.

Mi papá asintió con la cabeza y me desarmó cuando me dijo:

—Te llevarás una grata sorpresa, princesita, Max te quiere de verdad.

«Vieras, papá, por eso ayer se revolcó con tu mujer, igual cómo lo hizo antes», pensé, pero callé mordiéndome la lengua. Hasta pude sentir el sabor metalizado de mi propia sangre.

Bajamos en silencio. A lo lejos divisé a Maximiliano, lamentablemente feliz, la sonrisa le iluminaba el rostro y lo hacía verse condenadamente guapo... increíble. Estaba con un traje negro impecable, camisa blanca y corbata negra.

Al salir, sentí una fuerte brisa de viento. La agradecí, pues mis mejillas estaban demasiado encendidas, mi corazón latía rápido desde que se había subido el telón y se abrió para comenzar el *show*. Al dar los primeros pasos, mi vista se fue directamente a una mujer vestida de blanco. Era una enfermera, sentí cómo mi corazón se detenía de golpe, al lado de ella estaba mi madre, ¡Dios mío, qué maravilla! Mi mamá estaba aquí conmigo justo hoy, se veía preciosa, estaba tan tranquila en su silla de ruedas, parecía tan normal, ni siquiera estaba con su mirada perdida. Sentí que me veía a mí y solo a mí, apresuré el paso pero mi padre me pidió calma. Le obedecí, pero antes de llegar junto a Maximiliano me volví hacia mi madre y la besé. No me importó nada que la gente me mirara. Yo debía agacharme, ponerme de rodillas ante ella y ella hizo lo más maravilloso que podía hacer... puso su mano sobre mi cabello y lo acarició, eso era todo lo que yo siempre quería de ella, con eso me aseguraba que ella sabía quién era yo, era nuestro propio código.

Todos se extrañaron, menos la enfermera y yo. Ya nos conocíamos bien y siempre ambas reaccionábamos así. Después de unos minutos me reanimé, me levanté, la besé en el pelo y volví con mi padre.

—Esta sorpresa fue idea de Maximiliano, por eso estuvo ayer en casa. Debía firmarle la autorización, princesa.

La información fue un balde de agua fría para mí, así lo sentí, pero no quería pensar, debía sacarme la idea de la cabeza, de verdad quería creer en la

idea preconcebida que ya tenía en mi mente, eso era más fácil. Por lo demás, me estaba casando en ese preciso momento y obligada.

Maximiliano extendió su mano, su expresión al mirarme era de asombro y al tenerme cerca me besó el cabello.

Escuché como autómatas todo el discurso del juez de paz. Desperté en cuanto oí a Maximiliano decir:

—Sí, acepto.

—Josefina Zarmientos, ¿acepta por esposo a Maximiliano Von Kryler para amarlo y respetarlo por el resto de sus vidas?

En ese momento, y al escuchar esas palabras con las que tanto soñé, sentí cómo mis ojos se nublaban, mis lágrimas comenzaban a correr incontinentemente por mis mejillas.

—No. Por favor, no llores, pequeña —murmuró Maximiliano angustiado en su voz en tanto me limpiaba, creo que era la primera vez en su vida que me veía llorar—. No lo hagas, por mí.

—Déjame ir, Max, por favor —rogué despacio, solo él y el juez pudieron oírme.

—No puedo. Lo siento.

Esas palabras explotaron en mi interior y me hicieron reaccionar al momento y al lugar, a Maximiliano solo le importaba él y nada más que él.

—Acepto —contesté terminando de limpiar mis lágrimas con la palma de mi mano.

—Ahora puede besar a la novia —escuché.

Antes de que pudiera girar la cara puso sus manos a cada lado de mi cabeza, me miró un par de segundos, y me besó. Apasionadamente. Cuando traté de reclamar, él aprovechó para introducir su lengua y recorrer mi boca como solo él sabía hacerlo. Mi lengua acarició tímidamente la suya y, al tocarla, su roce comenzó una danza erótica que me permitió sentir, miles de emociones me recorrían, sé que me estremecí entre sus manos, no existía nada más que él y yo en ese momento... hasta que los recuerdos me golpearon. Rápidamente me separé en un movimiento brusco y nada sutil. Maximiliano me observó con sorpresa, no esperaba esa reacción y antes de que pudiera decir algo, nuestros familiares comenzaron a aplaudir acercándose para abrazarnos. Mi padre, el primero.

—Josefina, me alegro tanto hija.

—¿De qué te alegras, papá? Todo lo que viste es un teatro, los padres de Maximiliano no saben nada y no tienen por qué saberlo —espeté, sabía a lo que mi padre se refería.

Andrés se aproximó hasta mí y antes de que pudiera decir algo, le advertí:

—Ni una palabra y deja de mirarme así.

—Jose, yo creo que...

—Nada, ni una palabra te dije. —Dios, esto se me había salido de control, yo lo hice, lo besé y me gustó, «idiota», me grité, la única satisfacción fue ver la cara de Susana.

Después de los abrazos, besos y parabienes de todos, con Andrés nos acercamos a mi madre. Ella ya tenía que marcharse y lo sentí en el alma, pero ahora me sería más fácil visitarla. La acompañé junto a la enferma y me quedé parada hasta que la vi perderse en la carretera.

Me uní a la celebración tratando de estar lo más alejada de Maximiliano. No quería verlo, no ahora por lo menos y menos después de aquel beso, creía que esta vez no me libraría de sus preguntas, había que ser idiota para no darse cuenta de que el beso escondía algo más y lamentablemente él no lo era. Pero sabía, o al menos creía, cómo poder zafarme.

La tarde pasó y todos terminaron por retirarse. Cuando el último de nuestros invitados se fue, nos quedamos solos, la tarde ya había caído sobre nosotros y la luna comenzaba a asomarse. Linda, iluminaba todo el lago, esa noche desde mi ventana tendría una preciosa postal que esperaba me hiciera dormir en paz.

Subí a mi habitación, pero antes de llegar, Maximiliano se puso en frente.

—Quiero brindar, señora Von Kryler. Por nosotros.

—Nosotros no existe. Esto es un requisito más, tu cláusula, recuérdalo y no, ese no es mi apellido.

—Te mientes a ti misma, Josefina, y lo sabes, a mí no me engañas y tu cuerpo tampoco —sentenció muy suelto, como disfrutando de lo que decía.

—Si lo dices por el beso, permíteme sacarte de tu error, eso no significa nada para mí. *Beso* es lo que me di con Greg en el cumpleaños de mi padre. Porque lo viste ¿verdad? El nuestro es una mera actuación, siento decepcionarte.

Nada más salió de esos labios. Él se quedó en silencio, la rabia se le notaba, era imposible disimular y en ese momento aproveché para salir de su alcance. Para huir.

Capítulo 7

Mi nueva rutina nocturna era pésima. Dormía sobresaltada toda la noche y más aún esta, cada vez que cerraba los ojos, me perdía en el beso de Maximiliano. Lo disfrutaba, eso era lo peor, me regañaba a mí misma, pero no me podía engañar... Ni siquiera había podido estar con Greg, creo que no porque no quisiera, sino porque hasta eso Maximiliano había impedido. Me levanté a tomar el desayuno y milagrosamente no había nadie.

—Maximiliano desayunó temprano hoy, se fue hace un rato y me pidió que te avisara que regresaría tarde, que no lo esperaras —me dijo como si tuviera que justificarlo.

—Gracias, Esther —le respondí amablemente.

Seguro Maximiliano se iría a pasar la noche de bodas con alguien que precisamente no sería yo. ¡Pero, por Dios! ¿Por qué me importaba tanto? ¿Me estaré volviendo una idiota masoquista? Debía botar energías y lo mejor sería salir a correr. No lo hacía muy habitualmente, no porque no me gustara, pero rara vez tenía tanto tiempo libre como ahora.

Salí a correr esa mañana. Esta vez quería evitar problemas, por eso me llevé los dos teléfonos. Llamé a mi casa y quedé feliz, ya faltaban solo tres días y estaría con ellos... por fin.

La mañana estaba fresca, justa para correr, si algo bueno tenía el nuevo teléfono, era la calidad de la música que podía escuchar. Corrí al ritmo de Rihanna, llevaba más de una hora corriendo y la música se apagó de pronto por culpa de una llamada entrante.

—¡Qué milagro que contestes tan rápido!

No había sabido nada de mi flamante esposo y lo primero que oía era un regaño.

—Buenos días para ti también. ¿Qué quieres? —pregunté entre jadeos, comencé a reducir el ritmo porque ya me estaba cansando.

—¿Por qué estás tan cansada? ¿Qué estás haciendo? —me exigió saber, en tono apático.

«Sabía por qué me estaba preguntando. Ese hombre sí que era mal pensado, pero como no, si el que roba, cree que todos son ladrones», pensé.

—Hago lo que las mujeres y los hombres hacen para botar energías. —Me reí de solo imaginar su cara.

—¡Por la mierda, Josefina! ¿Dónde estás? —gruñó tan fuerte que preferí evitar problemas y responder con la verdad.

—Estoy a orillas del lago, en la costanera...

—¿Con quién estás? —Ahora, además de no dejarme terminar, me interrogaba. ¿Pero quién se creía que era? «Tu marido», me respondió mi conciencia.

—Estoy corriendo, yo no soy como tú, *imbécil* —respondí molesta.

—¿Correr?

¡Vaya, parecía sorprendido!

—El día que esté haciendo lo que tú creíste que hacía, ten por seguro que no te contestaré el teléfono. No soy idiota... y además sé poner pestillo. Por delicadeza digo yo.

Silencio y su respiración acelerada fue lo que se escuchó. Sabía que eso le tendría que haber dolido, sobre todo por lo del pestillo en la puerta, por lo menos a mí sí me dolía recordar aquella imagen, es más, estaba segura que jamás se me iba a olvidar.

—¿Estás ahí? —quise saber.

—Llegaré tarde, no me esperes —me anunció y luego cortó.

Qué más da, yo seguí en lo mío, no sé por qué, llegué hasta el café de Greg, o sea, la costanera es una, me respondí, pero eso no era verdad. Cuando estaba con él, sentía algunas cosas. ¿O me las imaginaba?

Me senté afuera y esperé pacientemente que alguien viniera a atenderme. Esperaba que fuera Amber, deseaba conversar con ella, era muy amable.

Yo estaba en muy mal estado, sudaba completamente y mi pelo estaba pegado a mi cara. Sin contar, claro, que estaba coloradísima.

—Hola, Jose —me saludó Amber.

—Ni te acerques, que huelo como el demonio —le respondí.

Juntas nos pusimos a reír por mi comentario.

—¿Vienes a buscar a Greg?

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? —mentí—, estaba corriendo y como ya no doy más, pasé por acá. ¿Tendrás algún juguito natural o algo heladito para mí?

—Sí, la especialidad de la casa, o de Greg mejor dicho, es un té helado *frappé*.

«Inglés tenía ser, si hasta en eso es inteligente el hombre», pensé.

—Eso tomaré, gracias.

En ese momento la vi. Laura venía caminando directamente hacia mí, altiva y con su típica mirada, esa que menospreciaba a todo el mundo. Nunca me gustó, pero tampoco me quejé, estar con Laura en el colegio era ser popular y eso a mí me agradaba.

—Josefina, que sorpresa encontrarte, pensé que te habrías ido de luna de miel.

—Hola, Laura, siento decepcionarte, querida, pero me extraña que no lo supieras. ¿Cómo Max no te lo informó?

—¿A qué volviste, Josefina? ¿Por qué tenías que arruinar las cosas?

¡Epa! ¿De qué me estaba enterando?

—Perdón, ¿qué se supone que arruiné, Laurita?

—No te hagas la tonta, tú abandonaste a Max y ahora vuelves y te casas, ¿qué nunca te vas a cansar de arruinarle la vida a las personas?

—¿Pero qué te pasa?, tú mejor que nadie sabes por qué me fui.

—Exacto, te fuiste. No debiste volver.

—Eso a ti no te importa.

—Claro que me importa, tú siempre supiste que a mí me gustaba Maximiliano y, como lo viste conmigo en el cumpleaños de tu padre, decidiste quitármelo. Por eso volviste.

No creía lo que me decía, estaba mirando a una niña de quince años haciendo un berrinche.

—¿Me estás hablando en serio? —pregunté realmente con incredulidad. No éramos tan mayores, pero sí mujeres hechas y derechas. Al menos yo.

—Por supuesto que sí, por fin nos estábamos dando una oportunidad Maximiliano y yo. Yo estuve siempre para él mientras tú quizás qué estabas haciendo, yo me lo he bancado todo este tiempo.

«Cuidando a mi hijo», le gritó mi conciencia. Era la primera vez que estábamos de acuerdo en algo. Quería gritarle la verdad, pero sabía que no podía, esta vez tenía que mentir y para peor, para protegerlo a él y a mí.

—Bueno, gracias por cuidarlo, cuando me aburra lo podrás volver a consolar o bueno, quizás sepas hacerlo como antes, ya que lo conoces tanto.

—A eso viniste, a jugar con sus sentimientos, eres mala, Josefina. ¿No te cansas de jugar con los hombres? ¿Eso es lo que te gusta verdad? Ser el centro de atención, un día con uno y al otro día con otro, todos te vimos en la fiesta y ahora, casada la linda. Pobre Maximiliano, lo compadezco.

—¡Qué pobre ni que nada! —Ya había perdido la compostura y mi voz sonaba alta y exaltada—. Tú no sabes nada, Laura, no te metas.

—Te conozco, Josefina, te encanta moverle el culo a los hombres y vanagloriarte de ellos, por eso escogiste a Max. Me alegro por todo lo que te pasó, ¡te lo merecías!

Eso sí que me dolió en el alma. Ella había visto mi sufrimiento y sabía cuánto lo quería, pero la euforia me tenía poseída.

—¡El culo es mío y se lo muevo a quien quiero! —grité y por supuesto la gente de mi alrededor se volvió a mirarme. Trágame tierra y escúpeme lejos de aquí, yo estaba más que colorada. Laura, al ver que me ponía de pie, comenzó a caminar. Pero esa mujer sí que era tonta. ¿Acaso pensaba que la iba a golpear? ¿¡Por Dios, qué tenía en la cabeza!?

Greg no podía haber escogido mejor momento para aparecer con mi copón de té helado en la mano.

—¿Qué debo hacer yo para que tú me muevas el culito, pecosa? —quiso saber. La manera en que se refirió a mi trasero en su boca sonaba demasiado sexy y provocadora.

—¿Es...cuchaste? —pregunté avergonzada.

—Yo y todos los clientes, es más, creo que varios esperarán a que te levantes para ver si es tan cierto lo que gritabas —se mofó en mi cara.

—Disculpa, no fue mi intención traerte problemas.

—Me agradan los problemas que me ocasionas, pecosa, no te disculpes, ese es un gran error. Dejarás de disculparte cuando asumas tus errores y aprendas de ellos.

—¿Por qué lo que me estás diciendo me suena a lección, Greg?

—Te equivocas, yo no doy lecciones. —Y pasándose la lengua por sus carnosos labios continuó—. Al menos no de este tipo.

—¿Ah sí?, ¿y de qué tipo si se puede saber? —inquirí. Nada que hacer, con ese hombre yo no era la de siempre.

—Del tipo que tú ya probaste, pecosa. ¿Recuerdas?

Yo y mi bocota. Sentí cómo volvía a sonrojarme y esta vez ni la culpa ni el cansancio tenían que ver.

—Me gusta cuando te sonrojas, tus ojos verde esmeralda sacan chispa, pecosa.

Dios, todo lo que ese hombre pronunciaba sonaba a sexo lujurioso. ¿Será eso lo que yo necesito? «No, idiota», me respondió mi conciencia. «Necesitas alejarte».

—Por favor, no sigas diciendo más, ahora soy una señora —contesté levantando mi mano para que viera el anillo y, sin querer, se me escapó un suspiro.

—Sé que eres una señora, me lo contó *Andy* anoche. Pero eso no quiere decir mucho, al menos en tu caso.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes tú? —lo interrogué. Me estaba poniendo nerviosa, sobre todo por la forma en que siempre me miraba.

—No mucho, pecosa, de hecho me gustaría entenderte, pero eres un verdadero enigma para mí, serías perfecta jugando al *póker*.

—Es complicado, Greg, pero quiero que sepas que no voy moviendo nada a nadie y lo que pasó entre nosotros fue ilógico. Yo no me comporto así.

—Tengo tiempo, ¿qué te parece si entramos y me lo cuentas?

—No, no puedo, en serio.

—Ven, puedes confiar en mí, soy una tumba, créeme, nadie sabe guardar secretos como yo.

Sopesé durante un rato la situación y sí, por un lado, él sería una tumba y estaba claro que debía saber guardar secretos, pero por otro lado estaba Maximiliano y su famoso acuerdo de confidencialidad.

—No, de verdad no puedo, gracias y es mejor que me vaya, prefiero evitar problemas.

—Pecosa —me dijo tomando mi mano—, siempre estaré si me necesitas.

¿Por qué no podía lanzarme a sus brazos y olvidar? Sería tan fácil...

—Adiós, Greg, seguro nos veremos, este es un pueblo chico y tú por alguna razón eres como la miel. —Me mordí la lengua... otra vez.

—¿Te gusta la miel, pecosa?

No respondí. Terminé de beber el té, que estaba delicioso, y me volví, esta vez caminando. Al llegar a casa vi un camión saliendo. Me extrañó, no estaba informada de nada, pero bueno, tampoco tenía por qué saberlo, al entrar entendí todo.

—¡Esther! —grité, mientras caminaba por el salón. Ahora vacío.

—Dígame, Josefina.

—¿Qué sucede?

—¿Con qué?

—¿Cómo que con qué? Con los muebles, Esther.

—Maximiliano dijo que usted no los quería, que no le habían gustado y él me los dio. Tenía que venir el viernes a buscarlos pero mi marido no podía estar en casa para recibirlos, por eso vino hoy el camión —me respondió titubeando, la pobre se sentía culpable y de eso yo estaba siendo responsable.

Maximiliano había sacado todos los muebles, había cumplido su promesa. ¿Qué le decía yo ahora a Esther? Nada, esa mujer no tenía la culpa de nada, yo y mi bocota éramos las culpables.

—No, no se preocupe Esther, está bien, es que no pensé que sería hoy.

—Si está arrepentida, dígame, yo no tengo ningún problema, no quiero causarle problemas a Maximiliano.

—No, ¿cómo se le ocurre?, es cierto, a mí no me gustaron, no se preocupe. Maximiliano me lo comentó, usted tranquila, voy a subir a cambiarme y almorzaré en la cocina con usted.

—Yo ya almorcé, Josefina, lo siento, es que como no sabía si volvería... —me dijo en tono de disculpa.

—¡Ah!, okey, lo haré en mi cuarto entonces.

El día iba de mal en peor. Primero Maximiliano, luego Laura, ahora los muebles, antes de terminar el mes tendría una preciosa úlcera, cortesía mía y solo mía. Al subir quise morir, ¡ah no!, eso sí que no. Marqué el número de Maximiliano, al segundo tono contestó.

—¿Qué mierda hiciste con la puerta de mi habitación, Maximiliano? Eres un loco, imbécil, retorcido, psicópata. —Ya no tenía más calificativos para decirle y él no me interrumpía, solo me escuchaba. Cuando vi subir a Esther, me callé.

—¿Terminaste de insultarme, estás más tranquila ahora? —me preguntó parsimonioso.

—Si —resoplé—, ¿te das cuenta de la estupidez que hiciste?

—No es ninguna estupidez, te pedí que abrieras para... conversar, sabes que no soy un hombre de ruegos, Josefina, y tampoco tengo paciencia. Estoy ocupado, ¿quieres algo más?

¿¡Me estaba cortando...!?

—Sí, dile a tu noviecita que deje de molestarme.

—Yo no tengo novias —bufó—. Tengo esposa.

—Entonces dile a tu amante, Laura, para que no la confundas con otra, que no me moleste.

Silencio... respiración acelerada... tuuuuuuuuuuuuuut.

Maldición, el infeliz me cortó, volví a llamar y me mandaba directo al buzón de voz, maldije.

Me senté en el único sillón de la casa, frente al televisor. Después fui a nadar, al menos así me tranquilizaba. La casa se veía enorme, vacía. Lamenté la pérdida de las cosas, me encantaban y no pensaba comprar otras. Que lo hiciera él, además yo no las había regalado. De tanto ejercicio estaba agotada, cené algo liviano y me acosté. Después de hablar con Clemente me dormí, su dulce voz me tranquilizaba.

A las nueve estaba desayunando, sola nuevamente. ¿Para qué me tenía que levantar tan temprano si ni siquiera desayunaba con Maximiliano? El día fue como los otros, sin ninguna novedad, no sabía de mi marido y, aunque moría de curiosidad, no lo llamaba ni preguntaba por él.

Miércoles y jueves sucedió lo mismo. Sabía por Esther que estaba trabajando hasta muy tarde, porque lo veía cansado y pensativo en las mañanas. «Trabajando se llama ahora», con alguien revolcándose quise decirle, pero callé, no dije nada. En la noche estaba feliz, al otro día a primera hora vería a mi amorcito y a Margarita.

Desperté muy temprano, me puse unos pantalones y una camiseta rosada con un angelito blanco, no llevaba nada más. En mi casa sería yo, no la señora de nadie. Me despedí de Esther, quien estaba haciendo el desayuno. Eso me indicó que el señor aún estaba en casa, pero si él no había tenido la deferencia de hablar conmigo en tres días, yo tampoco lo haría. Me fui directa al aeropuerto, tenía su tarjeta y en eso sí que no me dolía gastarla. Es más, dejé varios pasajes reservados con anterioridad. Por último, así no le gastaba tanto dinero, tampoco me quería aprovechar; al sentarme en el avión, me reí al pensar en la cara de Maximiliano. Seguro me llamaría por teléfono y este sonaría en mi habitación.

Después de un cómodo viaje de hora y media, llegué. Tuve que tomar un bus, así que por fin antes de las doce estaba en mi casa. Ahí estaba mi hijo, la cosita más linda del mundo, ambos gritamos al vernos, yo traía muchos regalos para él, Margarita nos miraba desde un rincón.

La tarde fue maravillosa, encontré más grande a Clemente. Definitivo, me estaba volviendo loca. En la tarde salimos los tres a tomar helados, fuimos al parque de diversiones e hice todo lo que mi pequeño tirano me ordenó solapadamente. En eso él era igual a su padre, no lo podía negar, pero a esta tiranía me sometía feliz una y mil veces.

En la noche, con el tan característico té de Margarita, conversamos hasta tarde, le conté todo con lujo de detalle. Solo omití mis insinuaciones a Greg. En referencia al beso, me dijo que tuviera cuidado, que si mi corazón volvía a palpitar debía perdonar. Yo sabía que podía latir, de hecho a veces ya lo hacía, pero

perdonar sería imposible y ese era un gran *pero*, sin mencionar por supuesto que existía mi pequeño osito... mío y solo mío.

Hacía mucho que no dormía tan placenteramente. Al otro día me costó separarme, lo hice lo más tarde posible, coordiné los horarios para pasar el mayor tiempo en casa, llegaría igual como la Cenicienta, justo antes de las doce de la noche y comenzaría mi semana cincuenta y uno... y bajando.

A Clemente le hice un calendario en donde le enseñé los días que estaríamos juntos, mi hijo era tan noble que aceptó sin decir nada. Yo también me lleve uno, pero con un lindo dibujo, para cualquiera eran simples rayas, para mí éramos él y yo. Ese sería el único cuadro que tendría en mi dormitorio. Esta vez llevaba una pequeña maleta con algunas cosas, básicamente ropa.

Llegué a la cárcel de cristal exactamente a las once treinta y cinco, aún era libre, me quedaban algunos minutos. El salón seguía vacío. Sabía que mi carcelero estaba, pues estaba su auto y todo encendido. Al subir lo quise matar, no estaba solo. No, estaba con alguien, una mujer rubia, tan clara que solo podía ser natural, imposible artificial, sus ojos azules, no, celestes muy brillantes y unas piernas largas que se notaban por debajo de la falda blanca que llevaba. Me observaba fijamente, estaba claro, ella era todo lo que yo no era ni sería jamás: sofisticada, muy sofisticada.

Mentiría si dijera que estaban haciendo algo, cada uno estaba en su espacio, pero yo le demostraría al *imbécil* que podía seguir su juego y que no me molestaba en absoluto, aunque en realidad estaba hirviendo y a punto de explotar, pero ¿por qué me molestaba tanto?

—Disculpen que los moleste, ustedes sigan en lo suyo, yo no los quiero interrumpir —les dije mientras pasaba por detrás del sillón para entrar en mi habitación. Justo cuando iba llegando entró Maximiliano con el ceño fruncido y mirada glacial.

—Te llamé mil veces, Josefina, para eso es el teléfono.

—¡Ah!, disculpa, si quieres me voy para que continúes en lo que estabas, por mí no te cortes.

—Te estoy hablando de ayer.

—Alto ahí, aún estoy en mis días libres, ocho/dos, ¿recuerdas? A las doce, o sea en diez minutos más, vuelvo a ser de tu propiedad y responderé a tu teléfono. Ahora deja de perder el tiempo conmigo, no seas maleducado, vuelve con tu invitada.

—No es mi invitada, es mi secretaria, hemos trabajado el día entero —me informó entre dientes. Pero ¿para qué mentía? ¿Por qué no asumía y ya? Eso sí que me cabreaba, la mentira. O peor aún, tratar de hacerme pasar por tonta.

—Bueno, secretaria, enfermera, colegiala, da lo mismo, cada uno con su fantasía, a mí ahora me apetece un inglés, no *yankee* por si acaso.

Eso sí era información de más. Maximiliano cerró los ojos y tensó la mandíbula, no sé si estaba recordando sus palabras o le molestaban las mías, esperaba salir lo mejor posible del lío en el que yo solita me había metido.

Justo y gracias al de arriba, que a veces se acordaba que existía, la rubia lo llamó y la descarada lo trató incluso de usted, poco faltó para que le dijera señor y nos ofreciera un café. Maximiliano estaba muy contenido, entre dientes y amable le respondió que ya iba. Yo entré en el baño, necesitaba refrescarme, estaba hirviendo, la rabia me corroía, sentí como bajaban y ella se despedía de mí, eran los reyes del descaro. Cerré con pestillo, que por lo menos eso sí tenía, y largué la ducha. Quería borrarle, los dos días habían sido tan maravillosos y llegar acá era un infierno. No sé cuánto estuve bajo el agua caliente. Sentí como caía una lágrima, no quise analizar de qué, sabía perfectamente a que correspondía.

Me puse un pijama que había traído de mi casa, este aún olía a Clemente. Eso me calmaría un poco, apagué la luz y me acosté.

—¿Podemos hablar? —preguntó calmado Maximiliano.

—No, estoy cansada, no sé cómo tú no te cansas.

—Josefina —bufó—, no sigas.

—Sal entonces y déjame dormir, y te aviso de inmediato que mañana el desayuno será muy tarde, estoy A... GO... TA... DA, necesito dormir.

—Mañana viajamos temprano a Santiago, tengo reuniones.

—¿¡Qué! —exclamé levantándome de improviso, dejando mi pijama de Hello Kitty al descubierto—. Yo no voy, olvídale.

Noté la sonrisa en los labios de Maximiliano, sabía perfectamente lo que estaba mirando, ¡Dios! ¿Por qué me desarmaba tanto ese hombre? Pero no tardé en recordar a *miss sofisticación* y volver con mi enfado—. Deja de mirarme, pervertido.

—No soy pervertido, no te miro con lujuria, pequeña, únicamente veo al gato en tu camiseta, no sabía que eras fan de ese *mono*.

«No soy fan, idiota, me lo regaló Clemente cuando fuimos a comprar pijamas. Él lo eligió, yo odio los gatos», pensé.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, y sí, soy muy fan de la Kitty, y si te gusta tanto, cómprale uno a tu *secretaria* y se lo ves a ella —pronuncié su ocupación cargando mucho las letras.

Él se rio a carcajadas de mi comentario y eso me molestó. Tomé el cojín y se lo lancé, quería que se callara, que se fuera.

Levantó las manos en señal de paz y se retiró diciendo:

—Mañana a la una de la tarde salimos, pequeña.

—¡Yo no voy! —grité de vuelta, pero él salió por la puerta y me dejó hablando sola, eso si no se lo permitiría. Salí como posesa de la cama y atravesé la habitación para entrar a la suya y seguir discutiendo.

Él estaba desnudo de la cintura para arriba y no pude evitar mirarlo, no..., devorarlo con mis ojos, era tal como lo recordaba y, para peor, tal cual como lo soñaba, esos pensamientos lascivos fueron los que invadieron mi mente. Maximiliano rápidamente se acercó hasta mí, tomó mi mano y la apretó contra su torso desnudo, justo en el lado de su corazón, sentí cómo los vellos de su pecho atrapaban mi mano y él cerró los ojos como si le doliera mi contacto.

Mientras Maximiliano tenía los ojos cerrados, aproveché para mirarlo, recorrerlo, cada centímetro de su cuerpo era como antes, siempre me había gustado todo de él.

Cuando abrió los ojos emitían fuego, me quemaban, su mirada era tan intensa, su respiración agitada. Me estremecí bajo su mirada.

Solo quería besarlo, pero había algo en mí que me lo impedía. Bajé la mirada, ya no lo podía soportar, pero justo en ese instante Maximiliano me levantó el mentón y me obligó a mirarlo, mi respiración se detuvo por una fracción de segundos. Ahí estaba Maximiliano, el hombre que me hacía suspirar, Max, mi Max.

—Déjame besarte, pequeña —me pidió acariciando mi mejilla.

Sus palabras traspasaron todos mis escudos, mi corazón me traicionó y comenzó a latir con deseo, auténtica pasión era lo que sentía. Los músculos de la parte más íntima de mi ser despertaron sin ser tocados, solo con su simple súplica. Dios, este hombre no necesitaba tocarme para hacerme sentir.

—Pequeña, por favor —volvió a pedirme.

Luché con todas mis fuerzas para responder. Cerré los ojos porque no fui capaz de mirarlo, esos lindos ojos de color cielo me llevaban a él.

—Suéltame, por favor, Maximiliano.

Creo que eso fue un iceberg para él. Me soltó como si yo fuera un hielo y se le escurriera de las manos, sentí cómo se apartó de mí, abandonó la habitación y me dejó completamente sola. Cuando me sentí segura, lentamente comencé a caminar de vuelta a mi cama. Toda la casa estaba en silencio y en completa oscuridad. Sentí la puerta de entrada abrirse, luego el sonido del motor de su auto. Me dolió, se fue, y me dejó...

Mi conciencia no tardó en juzgarme y recordarme que seguro terminaría lo que yo no le había dado en los brazos de otra: Susana, Laura, su secretaria, quizás quién sería esta vez. Empuñé mis manos y sentí cómo se clavaban mis uñas sobre mis heridas que, poco a poco, comenzaban a sanar. Era tanta mi ira que no sentí ningún dolor, solo minutos después sentí cómo un hilito de sangre recorría la palma de mi mano. Maldije para mí... yo nunca aprendería la lección.

Sabía que la mañana estaba comenzando, pues la luz se colaba por mi ventana. No quería abrir los ojos, hoy no tenía esperanzas, me sentía devastada, ojalá pudiera quedarme el día entero en la habitación. La casa estaba en un maravilloso silencio, solo el sonido de algunas aves se escuchaba. Pedí al cielo que Maximiliano no se encontrara y hubiera viajado... completamente solo.

—El desayuno está servido. ¿Bajas o lo tomó acá contigo?

En ese momento reaccioné y recordé sus palabras, Maximiliano era capaz de eso y mucho más.

—No tengo hambre, es domingo y quiero dormir —respondí, sin siquiera mirarlo.

—Salimos en una hora, Josefina, estás advertida.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer, te dije que no iba y no lo haré, no puedes obligarme, no quiero.

—Deja de comportarte como una niña mimada Josefina, eres mi mujer y me acompañarás, no hay discusión.

—No soy tu mujer, *imbécil* —bufé con rabia.

No encontraba ninguna forma de zafarme de aquel viaje y sabía que Maximiliano no me dejaría quedarme. ¿Por qué siempre tenía que resignarme a mi suerte? «Solo por un año, Jose», me recordó mi conciencia, ¡vaya, qué gentil había amanecido hoy! Si hasta yo misma me estaba subiendo la autoestima.

—Sal para cambiarme —le ordené muy tranquila, ya estaba resignada—. ¿Cuántos días serán? Recuerda que el próximo domingo vuelvo a ser libre.

Él no hizo ningún comentario, solo me respondió que estaríamos fuera tres días, bueno, por lo menos en la capital podría aprovechar a pasear.

Llegué junto a Maximiliano y me extrañó verlo un día de domingo con pantalón de tela y camisa. No llevaba corbata, pero iba vestido como para trabajar. Yo, en cambio, me había puesto unos *jeans* con una polera negra, más mis tan cómodas zapatillas. Maximiliano me examinó sin decir nada, sé por su gesto que reprobaba mi atuendo, pero tuvo la gentileza de guardar silencio.

A las doce del día, llegó una camioneta de la empresa a buscarnos. Maximiliano se dirigió al chofer muy amablemente y me presentó como lo que realmente era... su esposa. Me intrigó saber por qué no nos dirigíamos al aeropuerto de la ciudad, en cambio lo hacíamos en dirección opuesta, tampoco pregunté, hasta que sola me di cuenta a dónde íbamos. Era un aeródromo particular. Cuando la camioneta se acercó lo suficiente hasta la pista entendí todo, sí, íbamos a viajar, solo que no esperaba que fuera en un avión privado y... con ella, ahí estaba la supuesta secretaria, ¡qué mujer más linda! Ahora se veía muy ejecutiva de traje azul marino, que resaltaba aún más sus ojos; junto a ella, tres caballeros de traje y corbata, todos poseían carpetas en las manos. Maximiliano cogió la suya antes de bajarse, bueno, hizo eso y tomó mi mano fuertemente. Al bajar me sentí el patito feo del cuento, no es que yo me preocupara por la ropa, pero tampoco me gustaba hacer el ridículo y junto a tremenda mujer con facha de modelo internacional, yo me veía pésimo.

—Buenas tardes, disculpen la demora, tuvimos un contratiempo antes de salir. Caballeros, mi señora —me presentó, ellos esbozaron una sonrisa y muy amablemente me saludaron. Sí que estaba en desventaja, todos ellos vestidos perfectamente de ejecutivos y yo con *jeans* y zapatillas, «solo te falta el globo y la paleta», me recriminó mi conciencia, «y esta vez el bendito te lo advirtió».

—Buenos días —respondí amablemente. La rubia se acercó hasta mí y tuvo la desfachatez de presentarse.

—Gretel —anunció estirando su mano con sus largos y refinados dedos—. Anoche no tuvimos el placer de presentarnos, soy asistente de Maximiliano y sobrina de Alfred.

Sentí morir, ella era amable y además disfrutaba con mi desconcierto. «Bueno, pero que fueran primos no impedía que igual tuvieran algo», me recordó mi conciencia.

Yo, para no ser menos, le respondí con igual cordialidad, pues modales tenía, no se me habían olvidado.

—Encantada de conocerte, Gretel, es que anoche estaba realmente agotada.

—No te preocupes. Disculpa por la invasión ayer en tu casa, pero como sabrás, el trato con estos inversionistas es muy importante para la región, dará muchos nuevos empleos y nos permitirá expandirnos. Lo que más siento, es que no puedan disfrutar de una luna de miel. Me imagino que es el sueño de toda mujer.

«Vieras», pensé.

—No hay problema, como dice mi padre, trabajo es trabajo, y por lo de anoche, no te preocupes.

De pronto sentí que conversaba con la rubia como si fuéramos grandes amigas.

El vuelo a la capital no duró demasiado. Maximiliano habló de negocios en todo momento, Gretel lo apoyaba con estadísticas y los extranjeros muy atentos lo escuchaban. Me sentía tan fuera de lugar, pero me sentía extrañamente orgullosa por lo que pretendía hacer Maximiliano. Lo que hablaban, o sea exactamente del proyecto no me parecía desconocido, se lo había escuchado muchas veces comentar..., antes cuando era algo más que una simple cláusula. Iba mirando por la ventana cuando escuché esa palabra: “cláusulas del contrato”. En ese momento me di la vuelta y Maximiliano esbozó una sexy sonrisa que me removió las hormonas, no dije nada y seguí en lo mío.

—Me puedes soltar la mano, no soy una niña pequeña y sé caminar. Por lo demás ya estamos en la recepción del hotel, no me voy a perder —murmuré bajito, solo quería que él notara mi molestia. Él en cambio se agachó y me susurró, muy cerca de mis labios:

—Para mí eres y serás siempre mi pequeña... siempre.

Necesitaba un iceberg, meterme en él y no salir nunca más. Nos dirigimos todos juntos al ascensor y quedamos en vernos para almorzar. Cuando Maximiliano pasó por la ranura la tarjeta, ya tenía preparado todo lo que le iba a decir. No pensaba dormir con él en la misma cama y se lo haría saber apenas entráramos, pero me tuve que comer cada una de mis palabras. En la habitación había dos camas *queen size*.

—¿Y? ¿No me vas a decir nada? —preguntó Maximiliano, lo conocía tanto que sabía perfectamente que se estaba burlando.

—No esperarás que te dé las gracias, es lo que corresponde. Pero sí podrías haberme avisado que viajaríamos con más gente, así al menos hubiese estado preparada.

—Te dije que veníamos a reuniones por negocios, pero tú escuchas y no entiendes.

¿Dónde había escuchado esa frase antes? Greg, solo que en él tenía otro significado, sonaba a lujuria y a placer. Eso era lo que yo necesitaba, morbo y diversión, sin involucrar sentimientos.

«No eres un robot», apostilló de inmediato mi conciencia y yo reí, la parte cuerda de mi mente siempre tenía la razón.

—Pequeña, me voy a dar una ducha. Comeremos todos en la terraza, luego tendremos la tarde libre. Te pediría que me acompañes, pero sé tu respuesta.

«Encantada te vuelvo a ver desnudo y me baño contigo», respondió mi conciencia.

—Entonces no preguntes idioteces, apúrate, yo también me quiero duchar.

Me senté en el escritorio y prendí el computador, estaba leyendo un libro en PDF y eso me relajaría un poco. Yo no tenía *facebook*, no porque no lo supiera ocupar, pero cuando mi vida cambió me deshice del que tenía. Dentro de todo, Andrés sí tenía razón, yo había arrancado y con eso borraba todas las huellas de mi pasado. Llevaba mucho tiempo leyendo, además la historia me atrapaba, nunca había leído *La divina comedia* y ahora, por un libro en donde se hacía alusión a ella, estaba totalmente enganchada aprendiendo. De eso sí era fan, las historias románticas y sacrificios por amor, me reí de mí misma... si hasta en eso era masoquista, pero yo prefería llamarme como lo hacía la dulce de Margarita: “Una romántica empedernida”. Al menos sonaba más bonito.

Al sentir que la puerta se cerraba me di la vuelta, era mi turno.

Maximiliano apareció delante de la puerta con el torso desnudo y mojado, únicamente con la toalla blanca del hotel. La luz del sol que entraba por la ventana hacía que para mí su cuerpo brillara, sentí cómo mi boca se abrió en una perfecta O, y mis hormonas se revolucionaron en cosa de segundos.

Nuestros ojos no tardaron en encontrarse, verde absorbido por celeste, su mirada era impasible, comenzó a acercarse lentamente. Sabía que tenía que reaccionar, alejarme de él, desde la noche anterior mi corazón me había traicionado. En un acto reflejo empuñé las manos de nervios y eso fue lo que bastó para recordar, yo estaba ahí con él y no con Clemente como debería ser.

—¿Tú pretendes pasearte por la habitación semidesnudo todo el día? — Fue lo único que se me ocurrió decir, qué idiota me ponía ese hombre.

—¿Te molesta? —preguntó con una sonrisa satisfecha de sí mismo que odié en el acto.

—Por supuesto, por lo menos podrías respetar mi espacio y no dar un espectáculo, para eso están tus amigas. Seguro Laurita estaría feliz —respondí sarcástica.

—¿Por qué siempre tienes que arruinarlo todo? —masculló malhumorado.

—¡Ah no, eso sí que no te lo voy a permitir!, acá yo no arruiné nada, ¡fuiste tú y solo tú, *imbécil!* —grité.

—¡Entonces déjame explicarte, por la mierda! ¡Escúchame de una vez por todas! —me dijo frustrado elevando el tono de voz.

—No quiero saber, no me interesa. ¿Qué me vas a explicar? ¿Qué no te diste cuenta? ¿Qué lo necesitabas? ¿Qué no te bastaba conmigo? No, Maximiliano, no me valen tus explicaciones, si no era Susana era otra, deja de engañarme, deja de ser algo que no eres y no me...

—¿No me qué, Josefina? —me interrogó acercándose más. En ese momento casi estaba chocando con la pared, me estaba encerrando yo misma.

—Anda, sé valiente, responde... pequeña, ¿no me qué? —repitió casi en un susurro de súplica.

«No me confundas más», pensé.

—No me molestes más y deja de hacer el ridículo —le respondí y pasé rauda por su lado hasta llegar al baño, cerré la puerta y me relajé.

Todo se me escapaba de las manos y ahora esto, aún no llegaba la noche, no quería dormir con él tan cerca. ¿O sí? «No, claro que no», agradecí a la aguda de mi conciencia. Terminé de bañarme y logré quitarme un poco el calor y por fin tranquilizar a mis hormonas. Yo no quería tentar a mi suerte, pero no había llevado nada al baño, me puse el albornoz del hotel y lo até fuertemente a mi cintura.

Como si eso sirviera de algo, me dije. Al salir vi a Maximiliano vestido, gracias a Dios, sentado donde yo había estado antes, leyendo.

—¿Qué no te enseñaron a no ver lo que no es tuyo? ¡Ah, no, perdón!, disculpa, tú tienes problemas con esa definición —le atacé haciendo alusión a Susana y él claro lo entendió.

—¿Por qué lees desde el computador? —me preguntó sorprendido.

—Porque como los libros los regalan y están botados en las esquinas —respondí con sarcasmo—. ¿Por qué crees, *imbécil?*

—Deja de insultarme, no te queda bien.

—¿Ahora me das lecciones de moral?

Solo me observó sin decir nada, ni siquiera con lujuria. Bueno, el albornoz era casi tres tallas más grande que yo, un oso polar blanco era lo que en realidad parecía y no pude evitar sentir un poco de decepción, realmente era idiota y además de todo me estaba volviendo bipolar.

Salimos al jardín y nos encontramos todos para comer. En la tarde Maximiliano se reunió con Gretel y yo me quedé absolutamente libre..., aburrída. No quería encerrarme en la habitación, el día era precioso, los jardines del hotel eran agradables. Deambulé sin rumbo, sabía que la cena sería a las ocho, nada más, y fue justo cuando recordé que no tenía nada presentable y no quedaría en ridículo de nuevo. Salí del hotel y fui a recorrer algunas tiendas, hasta que lo vi. Era el vestido perfecto para mí, negro, corto, sin tanto escote pero me haría ver

una mujer medianamente sofisticada, eso y un poco de maquillaje... quedaría perfecta.

Al llegar, la habitación estaba sola. Eso me dio la ventaja de poder arreglarme con tranquilidad. Al final el resultado era óptimo, me veía bien, no muy yo, pero bien. Volví a leer, pues realmente estaba interesada en este libro, ¿Dante o Abelardo?, así estaba.

«Y qué coincidencia», me gritó mi conciencia, ¿Maximiliano o Gregory? Ninguno, respondí riendo, ¡Dios, qué imaginación poseía a veces!

Maximiliano, al entrar, se quedó parado bajo el umbral de la puerta. Solo me observó, esa detención tan abrupta me alertó, no sabía qué pensaba, si era bueno o malo, ¿por qué no hablaba? Si reprobaba algo prefería que me lo dijera. Él estaba listo, no sé cómo ni cuándo pero estaba listo para la cena, por supuesto soberbio como siempre, lo único que me extrañó fue ver su pelo mojado. Eso bastó para imaginarme el resto y mi humor cambió.

—¿Te vas a quedar parado toda la noche en la puerta o vas a entrar?

—Te ves preciosa, pequeña —me habló aclarándose la voz.

—Nadie te preguntó, puedes guardarte tus comentarios.

—Toma —me dijo estirando la mano y entregándome un paquete.

—Yo no te he pedido nada, no me interesa.

—Por favor, te gustará. Si no es así, lo puedes tirar.

—Está bien —respondí recibiendo el paquete, comencé a abrirlo y morí, era mi libro. *La divina comedia* en su mejor versión, tapa dura y de felpa azul, qué preciosidad de libro, automáticamente lo abrí y el olor a hojas me hizo suspirar.

—Sabía que te gustaría. Eso es mejor que leer del computador, lo puedes llevar a donde quieras.

—No te lo pedí, Maximiliano, fui muy clara contigo cuando te dije que no quería nada tuyo. —«Y Clemente será del lechero», apostilló mi conciencia.

—Únicamente di “gracias”. Vamos, es tarde.

Cuando entramos al ascensor, sentí el aire frío climatizado y me estremecí, Maximiliano se puso a mi lado y pasó su mano sobre mis hombros. En el momento en que iba a protestar se unieron los inversionistas que me miraron detenidamente, claro, esta que tenían enfrente no tenía nada que ver con la de minutos anteriores, pero nadie dijo nada.

La cena fue igual que el almuerzo, aburrida para mí. De vuelta en la habitación, antes de entrar, Gretel llamó a Maximiliano. Me pareció demasiado familiar su contacto, pero después de todo, ellos eran primos y realmente no me preocupé, entré en la habitación y antes de que llegara mi marido corrí al baño. Gran error mío fue no poner pestillo. Él entró justo cuando ya me había sacado el vestido, únicamente estaba con bragas y sujetador.

Maximiliano volvió su mirada ardiente y vi cómo en cosa de segundos sus ojos se oscurecieron. Yo no fui capaz de taparme, él se acercó y me rodeó con sus brazos entregándome el calor que mi cuerpo necesitaba y deseaba, besó mi

frente, tomó mi mano y volvió a besármela, esta vez cada una de mis heridas, las miró y me observó.

—No quiero que te hagas daño, pequeña, no vale la pena.

—Te dije que fue un accidente —mascullé mientras sentía cómo la sangre que me recorría por dentro me quemaba.

—Te deseo tanto..., si me dieras solo una oportunidad —susurró. ¡Ay Dios!, ahora esto, sacó su lengua y comenzó a pasarla por mi mano. Su lengua era tan cálida que creía que ardía sintiendo cada puntada directa bajo mis bragas, mis hormonas comenzaban a vivir de nuevo despertando de su letargo una a una y cada vez con más deseos de vivir—. Déjame hacerte el amor. Quiero cuidarte, protegerte, deja que te recuerde por qué vale la pena intentarlo, pequeña, por favor.

Al igual como se revienta un globo con una espina, se reventó mi burbuja. “Recordar”, eso era lo que menos quería, eso para mí hizo que lo viera de nuevo acostado con Susana y lo peor, fue recordar cómo sus ojos me vieron a mí, él ni siquiera me llamó o me detuvo, solo me dejó ir.

—Déjame, no vuelvas a tocarme —le dije con desprecio en cada una de mis palabras, me separé de él y lo miré directamente a los ojos—. Lo único que recuerdo cuando estoy contigo es a Susana sobre ti, desnuda... y tus manos sobre ella, eso sí lo recuerdo, lo demás, Maximiliano, se olvidó, lo borró el dolor que me hiciste sentir.

—¿Nunca me vas a perdonar? —preguntó entre dientes, dejándome libre. Su cara estaba pálida, su mandíbula apretada y creo haber visto cómo su cuerpo turgente tiritaba bajo su ropa.

—No puedo.

Esa fue mi única respuesta, saqué mi pijama de gato y me acosté. No quería mirarlo, tampoco podía, iba a llorar y sabía que las lágrimas no tardarían en llegar, Maximiliano salió de la habitación en completo silencio.

Después de un rato me dormí. Mi mente se apiadó regalándome un hermoso sueño, estaba en un prado muy verde y mi niño corría feliz por entre las flores silvestres blancas, estiraba sus manos y pasaba sobre ellas. Yo lo miraba feliz, lo veía correr y el sonido de su risa inundaba mi corazón, el lago estaba tranquilo y el sol se reflejaba en él, pero de repente todo cambió. Un sonido nos alertó, corrí hasta mi hijo y no lo podía alcanzar, él corría hacia el lago, no lo podía agarrar, comencé a gritarle desesperada, el pelo me tapaba los ojos y el viento comenzaba a soplar, ¡Dios, qué angustia! Clemente entraba al lago y movía su mano, cada vez el ruido era más ensordecedor, hasta que ya no podía ver.

Me desperté por fin. El ruido provenía del teléfono, maldito aparato. Aún estaba ahogada, mi corazón estaba demasiado acelerado y el teléfono me estaba partiendo la cabeza, como pude me estiré y contesté:

—¿Qué? ¿Qué pasa, quién es?

—¿Señora Von Kryler?

Eso me choquéó y me devolvió abruptamente a la realidad.

—Sí, sí soy yo, ¿qué pasa?

—Disculpe que la moleste a esta hora. Sé que son las cuatro de la mañana, pero el señor Von Kryler está en muy malas condiciones en el bar y bueno, nosotros tenemos que cerrar, ¿podría venir por él, por favor?

Esto era lo último que me faltaba, hacer de niñera de Maximiliano, por mí que se quedara solo y se perdiera, pero antes de que mi conciencia me recriminara por mentirosa, respondí:

—Sí, claro, ahora voy, ¿dónde está el bar?

—Piso 19, señora.

Maldije y salí de la habitación, ¿por qué a mí me tenían que pasar siempre estas cosas? Esperaba que el bar estuviera vacío, salí tan rápido que no me di ni cuenta que caminaba con mi lindo pijama morado de gata. Para dormir estaba perfecto, unos *shorts* y una polera eran maravillosos, pero no para estar en uno de los hoteles más elegantes y exclusivos de la ciudad.

Capítulo 8

Por fin llegué hasta el bar, esperaba de verdad que nadie me reconociera ni se riera de mí. «Te voy a matar Maximiliano, borracho de mierda» mi mente me recordó que nunca lo había visto borracho. Eso me alegró, así por lo menos podría torturarlo, yo ya no sabía quién era, no me costó encontrarlo, él estaba sentado en la barra del bar y una chica le estaba proporcionando la mejor de las vistas. No me puedo mentir, él solo tenía ojos para un vaso, creo que de *whisky* en la mano, lo sé porque la botella casi vacía estaba a su lado, la morena le hablaba y él ni siquiera la miraba. Me acerqué hasta que llegué, el *barman* me miró y esbozó una alegre sonrisa, claramente yo no estaba vestida para un lugar como ese, ni siquiera llevaba zapatos, estaba descalza.

Maldición, ahí estaba esa sonrisa que tanto me gustaba, si hasta ebrio se veía guapo, me puse a su lado y le hablé como si fuera un niño.

—Maximiliano —le dije quitándole el vaso.

—Pequeña, ¡viniste! Deja que te presente a... bueno, no importa. Esta es mi esposa, la que te conté, ella no me quiere y yo lo único que quiero es poder...

—Ya, cállate, por favor, no sigas —le pedí. Maximiliano se había aferrado a mi cuerpo como si tuviera pegamento, no me soltaba, como era más alto, al sujetarse de mí había levantado mi polera y me estaba aplastando. Su brazo pasaba por sobre mis senos y ya comenzaban a dolerme, no de placer, en absoluto. Traté de levantarlo, pero era imposible.

—Vamos, por favor párate.

Maximiliano tomó mi cara, por lo menos me soltó un poco.

—Viniste a buscarme, pequeña, gracias, te necesito tanto —expresó sin soltarme, sus ojos se veían perdidos. No parecía ebrio, o sea sí lo estaba, pero su aspecto seguía siendo impecable.

—Sí, sí, ya está bien, pero vámonos. —No quería seguir dando más espectáculo. La chica junto a mí se paró y se retiró al ver que Maximiliano ya no le sería útil, lo abandonó. Qué consideradas somos las mujeres a veces.

—Ayúdame, por favor, no te puedo, vamos a la habitación para que te acuestes.

En ese momento por fin se levantó, descalza le llegaba al hombro, y de pronto no se movió más.

Le tiraba y nada, era como una estatua o una piedra porque no lograba moverlo ni medio centímetro, él tomó mi mano y la atrajo hacia él.

—¿Vas a hacer el amor conmigo, pequeña?

Esas palabras causaban estragos en mí, pero esta vez milagrosamente mis hormonas se estaban comportando, por lo menos no eran tan alocadas.

—Sí, Maximiliano, sí, pero vamos —mentí, el espectáculo ya no era solo para nosotros dos. Se nos había unido además del *barman*, un cliente.

—¿Yo también puedo participar? —preguntó este último.

En ese momento Maximiliano se giró raudo hacia el tipo de nuestro lado, como si estuviera totalmente bueno y sano y bufó:

—No te permito que le hables así a mi mujer.

—¡Wow! Lo siento, disculpa, amigo, todo bien.

—Ya, vamos —le apremié—, ¿ves lo que consigues?

—Disculpa, pequeña tienes razón, pero no me castigues más... por favor — me rogó.

—¿Cuándo te he castigado yo? ¿Qué dices? Deja de hablar incoherencias.

—Lo haces, Josefina, cada vez que me desprecias, ya sé que me equivoqué, no hay día en la vida que no me arrepienta, pero yo te...

—¡Cállate!, Maximiliano, no empeores más las cosas —le corté. Esas palabras me dolían demasiado y no quería volver a escucharlas, menos de un ebrio.

Como pude llegamos al ascensor y él de inmediato se apegó a mí, me acorraló contra una esquina, yo estaba bajo su cuerpo, levantaba la cabeza para mirarlo, pero al ver sus ojos arder decidí mirar al suelo, era más seguro, al menos por ahora. Por fin las puertas se abrieron en nuestro piso, lo tomé por la cintura y caminamos juntos. Al llegar a nuestra habitación, lo dejé apoyado en la pared junto a la puerta mientras abría. Él se apegó a mi espalda abrazándome, otra vez a la altura de mis senos; sé, fehacientemente, que él no se daba cuenta. Era la altura precisa en que enroscaba sus brazos, pero no me dejaba moverme y abrir.

—Déjame abrir, puede pasar alguien.

—¿Y qué? Tú eres mi esposa... —Se quedó pensando y luego siguió—. No mi mujer.

Ahora puso su frente en mi espalda y soltó un poco mis brazos para yo poder deslizar la tarjeta por la ranura... ¡Por fin!

De repente, sentí cómo tiraba de mi pantalón y me levantaba un poco la polera.

—Josefina Zarmientos —me regañó, ahora sí que muy claro—, tienes un tatuaje en la espalda.

Rápidamente, traté de bajarme la polera y subirme el pantalón. No es que me lo hubiera bajado completamente, pero sí para poder ver perfectamente mis *caballitos de mar*.

—Ya déjame y sí, es un tatuaje, no tengo porque contarte nada más.

En ese momento mágicamente la luz verde de la ranura se encendió y la puerta se abrió, entramos no sé cómo y al cerrarla yo quedé de frente a ella y Maximiliano pegado a mi espalda con las manos en mis caderas.

—Max, suéltame —pedí.

Él no me escuchó o no quiso enterarse de lo que le solicitaba, sin importarle nada, se arrodilló tras de mí y sin ningún pudor bajo mis *shorts*, este

quedó literalmente en mitad de mi trasero. ¡Qué posición más embarazosa! No me estaba tocando nada, excepto que recorría con su dedo como dibujando sobre el tatuaje, yo me quedé muy quieta disfrutando del momento.

—Pequeña. ¿Sabes que ellos son inseparables?

«Claro que lo sé, por eso están ahí, son Clemente y yo», pensé.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué uno es más pequeño? —quiso saber—. ¿Somos nosotros?

Me puse a reír en ese momento, no sé si de nervios o con verdaderas ganas, ¡qué manera de ser egocéntrico!

¡Ah no!, ahora lo besaba con devoción. Si me giraba la posición sería más delicada aún, debajo de los *shorts* no llevaba nada, Max no había hecho ninguna referencia. Lentamente subí mi pantalón chocando con su barbilla que tardó unos segundos en apartarse, pero al fin lo conseguí, me di la vuelta y le di la mano para ayudarlo a levantarse.

—Por ti haría cualquier cosa, Josefina.

—Bueno, párate entonces, ven a la cama.

—¿Vas a hacer el amor conmigo?

—Por favor, Max, no me lo hagas más difícil. Levántate.

—Eres muy dulce, pequeña. Tan inocente, siento que fui una verdadera mierda.

Apreté los dientes tanto que me llegó a doler. ¿Por qué ahora estaba siendo tan condescendiente?

—Me gusta tu gato, pero me agrada más lo que hay debajo de él. Tu cuerpo esta distinto, pequeña, lo vi.

—Ya por favor, deja de decir estupideces, claro que está distinto, han pasado cuatro años.

—Cuatro años, seis meses y nueve días.

¡Oh Dios, con eso me mató! ¿Por qué todo tenía que ser tan cruel? Ahora sí que quería besarlo, solo por recordar tan bonito detalle. Yo sabía lo de los meses, pero así tan exacto como él por supuesto que no.

—Cállate, por favor, no digas nada —exigí, cerré los ojos y respiré hondo, muy hondo, necesitaba tranquilizarme, si no...

—Eres una gatita traviesa, pequeña, mi gata y exclusivamente mía, Josefina.

—Por favor, cállate —le contesté riendo, esa frase era muy ridícula, gatita traviesa sonaba a porno barato y lo de la pertenencia era pasado, pero cierto.

—¿A dónde me llevas? —me interrogó, abriendo exageradamente los ojos y deteniéndose... otra vez.

—A tu cama. ¿Dónde más?

—No. Quiero dormir contigo, me lo debes. Lo prometiste.

Suspiré, sabía que si no le respondía con una respuesta positiva seguiríamos así una hora más.

—Está bien, ven —le dije llevándolo a mi cama... yo dormiría en la de él.

Por fin llegamos a la cama, lo senté y desabroché sus zapatos. No pensaba quitarle la ropa, por mí que durmiera vestido, así menos tentación.

—¿De qué te ríes, Maximiliano?

—Me estás acostando y no me has sacado la ropa. ¿Por qué? ¿No te atreves?

—Por favor, a ver, levántate —ordené, desabroché el botón de su pantalón y muy protocolarmente los bajé. Notoriamente él no podía hacerlo, ahora sentado se desequilibraba si no apoyaba sus manos una a cada lado.

—Al fin acostado —le susurré tapándolo, la camisa y sus *bóxer* era lo único que llevaba.

—No te puedes acostar —me dijo en un murmullo ronco—, no te has despedido como corresponde. ¿Y mi beso de buenas noches?

—Buenas noches, Max —dije tirándole un beso con la mano.

—Así no —respondió sentándose en la cama.

La situación dentro de todo era cómica.

—¡Ah no!, borracho y porfiado, eso sí que no.

—Dámelo entonces.

Suspiré, no sé qué número de vez en esa noche y me acerqué a darle un beso. En ese momento Maximiliano se veía bastante lúcido. Ahí estaba esa sonrisa triunfal de hombre satisfecho, la que a mí me gustaba tanto.

Levantó sus manos y me atrapó, caí directo encima de él, me rodeó con sus brazos, me acostó a su lado y antes de darme la oportunidad de protestar, estaba sobre mí. Ahora perfectamente equilibrado.

Me estaba mirando con esa mirada abrasadora, quemándome, su aliento estaba tan cerca que podía sentir su aroma a *whisky*. No me desagradaba, respiraba su aliento y mi pulso comenzaba a acelerarse, no dejaba de mirarme y su vista se detuvo justo a la altura de mi corazón, exactamente en mis senos que se movían de arriba abajo, sobre todo ahora.

Estaba atrapada y Maximiliano se acercó aún más.

Me asusté, él me estaba acechando como un lobo hambriento.

—Max... por favor... no... quiero... sufrir... más.

Vi en su cara desconcierto por mis palabras, frunció el ceño y respondió:

—Nunca.

En ese momento me besó, yo de inmediato acepté ese contacto, perdí toda capacidad de razonar, me entregué a su olor, a su pasión y al fervor del momento. Ese beso me estaba devorando, me exigía más, mucho más, aunque traté de mover mis manos era imposible, quería sentirlo y no podía. Maximiliano seguía devorándome, pero con suavidad, sabía perfectamente cuanta fuerza poner en aquel tan agradable tormento. Era tan suave y delicado, mis vellos se erizaron desde la cabeza hasta los pies, mi alma soltó un gemido que su boca atrapó, abrí los ojos y lo vi. Él tenía los suyos cerrados y disfrutaba verdaderamente con cada uno de nuestros contactos, cuando nuestras lenguas se tocaban. Él tiritaba sobre mí y mi cuerpo respondía de igual manera.

Algo cambió en ese momento, él cambió como si se reprochara su actuar.

—Lo siento, Josefina, yo no...

Cómo lo odié en ese momento, yo no quería un “lo siento”, quería más, pero él no me lo dio, simplemente yo no era suficiente para él, lo sentía, era solo una calentura. Producto de una borrachera.

—No vuelvas a besarme, Maximiliano —espeté molesta, tratando de levantarme, toda yo temblaba y él además de humillarme con sus palabras me ayudaba a levantarme.

Me fui hasta su cama, apagué la luz y me acosté de espaldas, sentía cómo me miraba, me había tapado hasta la cabeza. Como si eso sirviera, el silencio perpetuo permitía escuchar nuestras respiraciones, cerré los ojos y traté de tranquilizarme.

—Josefina. Yo no quiero que las cosas ocurran así, no te lo mereces, pequeña.

«¿Y cómo quieres que sucedan *imbécil?* »

—Por favor, hálame.

No le dije nada, no podía, solo tenía un nudo de sentimientos en la garganta que no me dejaba hablar, ¿cómo podía soportar más tiempo? Esto era una tortura. Transcurrió mucho tiempo y al ver que no hablaba se durmió, me atreví a girarme y lo vi, dormía profundamente, tan sereno, tan tranquilo que me dormí escuchándolo respirar, hace tanto que no lo miraba detenidamente. Mi pequeño tenía tanto de él, la misma forma de la cara, solo los colores eran míos, el resto, aunque lo quisiera negar, eran de su padre... de Maximiliano.

Un sonido me despertó en la mañana, el teléfono de Maximiliano no dejaba de sonar. Me levanté para apagarlo pero algo llamó mi atención, un mensaje que no dejaba de parpadear. Lo abrí y leí.

Llego en tres días y espero no levantarme de tu cama en una semana... ojalá me desees tanto como yo a ti.

Roberta.

¿Quién era esta imbecil? Mi humor se oscureció de inmediato, borré el mensaje y le tiré el teléfono en la cama.

—Contesta de una vez por todas. No puedo dormir.

Maximiliano despertó sobresaltado, bueno quién no. Aún no era consciente de la situación, me miró y al ver mi cara de enfado menos comprendió, vio el reloj y maldijo, sabía que era tarde y tenía una reunión. Se levantó rápidamente al baño, pero antes de que llegara, yo ya estaba dentro, le dio un golpe a la puerta y sentí cómo maldecía.

Yo no pensaba levantarme. Solo quería molestarlo, enfadarlo, así como estaba yo en ese momento.

—Josefina, apúrate por favor, estoy atrasado —me pidió. No, me exigió y eso me irritó aún más.

—No es mi problema, si no te hubieras emborrachado anoche ya estarías listo.

—No seas niña, Josefina. Es importante —me rogaba y mientras más lo hacía yo más me demoraba, llevaba veinte minutos sentada mirando a la puerta. ¡Cómo lo estaba disfrutando! De pronto sentí un portazo y salí. Volví a la cama y seguí durmiendo.

«Objetivo conseguido», me felicitó mi conciencia.

Al medio día bajé, sabía que estaría sola todo el día. Ellos habían venido a trabajar, vi la inmensa piscina del hotel y supe que hacer.

Me senté en una tumbona a la orilla y comencé a leer, el sol me estaba quemando, veía cómo mi pálida piel se ponía roja bajo el calor. A mi lado había un grupo de jóvenes, en todo momento ellos reían, me daba la impresión que eran de alguna delegación de deporte, ya que sus camisetas decían sus nombres. Por su acento deduje que debían ser argentinos, eso y los cancheros que eran. A cada momento que una chica se lanzaba a la piscina o pasaba por su lado, ellos hacían algún comentario. Los había escuchado durante toda la tarde, me daba un poco de vergüenza pasar frente a ellos, pues sabía algo me dirían. Yo no era una belleza, pero me defendía y sobre todo con mi trasero; esa era herencia de mi madre absolutamente. Eso y claro, todas las comidas chatarras que disfrutaba de vez en cuando.

Ya no aguantaba más, ¿me quedaba bajo el sol, me achicharraba o me lanzaba a la piscina? Me levanté y me arreglé lo mejor que pude el diminuto traje de baño que me había comprado en una de las tiendas del hotel, siempre me pasaba lo mismo, todos me quedaban más pequeños en la parte inferior y este encontraba que aun más.

Caminé directo al agua hasta que escuché:

—¡Qué suerte tienen los caballos de tu culo, lindura! Yo re feliz te montaba —dijo alguien y luego percibí risas y murmullos. Ellos llevaban así toda la tarde, chica que pasaba chica que se burlaban, pero yo no me quedé en silencio. Me di la vuelta y con mucha chulería me aparté el pelo de la cara, me paré erguida y espeté:

—¿Tú y cuántos más? ¿No sabes que acá en Chile hay un dicho que dice: “perro que ladra no muerde”?

Los chicos se quedaron en silencio, no esperaban que nadie los enfrentara y menos de esa manera, por lo que seguí interpeándolos.

—¡Ah bueno!, ¿qué ahora les comieron la lengua los ratones? Bien machitos resultaron ser, parece.

En ese momento uno se acercó hasta mí. Yo ni siquiera me amilané, todo lo contrario, lo miré a los ojos hasta que estuvo en frente.

—Chilena, desde hoy eres nuestra diosa, nada que decir, nos tapaste la boca, lindura —me dijo y luego estiró la mano para presentarse—. Federico.

Sabía que con esto me los terminaría de ganar, era como estar con muchos Andrés a la vez. Mi hermano me había enseñado mucho de su género,

sobre todo de su comportamiento en *manada*, así que me acerqué y le di un par de besos, y lo dejé con la mano estirada.

—¡Ídola!

—¡Diosa!

—¡Grande!

Sentí que decían y luego comenzaron a pararse todos para saludarme. ¡Qué básicos eran los hombres!, y sobre todo los más jóvenes, estos no tenían más de veinticinco años.

En ese momento todos nos pusimos a conversar parados a la orilla de la piscina. Supe que eran jugadores de *rugby* y por eso estaban aquí, por un campeonato latinoamericano que se realizaría en nuestro país. Yo no sabía mucho de eso y ellos amablemente comenzaron a explicarme, Lucas era el más audaz de todos.

—Anda, diosa, date una vuelta y nos *mostrás* los caballos —me pidió.

Yo encantada me giré y los chicos comenzaron a aplaudir.

—¿Dónde estuviste toda mi vida, ídola?

—Vamos, ya dejen de decir estupideces y dejen de molestar a la gente, acá se viene a disfrutar y ustedes se han burlado de todos.

—¡Ah!, bueno *che*, pero nos *podés* castigar, si *querés* —dijo uno de los chicos, acercándose y poniendo su trasero frente a mí.

Solo me reí, qué más podía hacer, esos chicos eran incorregibles y yo no era su madre ni pretendía serlo.

Así que solo me divertí, como si fuera una chica osada de veintitrés años, cosa que rotundamente no era. Me permití pegarle en su duro trasero, luego me di la vuelta entre sus vítores y les hice una reverencia, caminé hasta la piscina y me lancé. Eso era lo que necesitaba, refrescarme, no me había podido sacar el mensaje de Maximiliano de la cabeza, todo lo que hacía ese hombre me importaba demasiado. Luego se unieron los chicos, quedó fuera Federico. Era el más tranquilo del grupo, en total eran seis. Se pusieron a jugar con una pelota igual como si fueran niños, eso hizo que mi nado se viera truncado, nadé hasta la orilla para salirme y fue Federico quien llegó hasta mí con su toalla.

—Uy gracias, que amable.

—Con una nena como *vos* es difícil no serlo.

Me reí ante su comentario y comencé a secarme.

—¿Me prestas bloqueador? —pedí.

Antes de terminar él ya estaba con la botella, poniéndose en las manos.

—¡Ah no!, gracias, si yo puedo solita —le aclaré.

—¿Y en la espalda, *listilla*?

—Ah... buen punto —respondí dándome la vuelta.

Él comenzó a aplicármelo por toda la espalda y de pronto vi cómo Maximiliano venía hacia nosotros, más que enojado, indignado, estaba ridículo atravesando por el lado de la piscina con terno y corbata. Se veía guapísimo, pero

absolutamente fuera de lugar, aquí todos estábamos con traje de baño, hasta los mozos llevaban ropa *sport*.

No hice ningún esfuerzo por moverme y luego fue peor, del agua salió Lucas.

—Diosa, yo también quiero. Fede, dame a mí ahora.

—No, gracias —alcancé a decir, pero creo que Maximiliano no escuchó. Me tomó del brazo pasando por entremedio de todos y me saludó con un gran beso en la boca.

—¡Wow!

Me estremecí al sentir la intensidad de su ofensiva, ese beso no tenía nada que ver al de la noche anterior, pasó la mano por mi espalda y la bajó justo hasta donde comenzaba mi trasero.

—Te estaba buscando, pequeña, vamos a comer algo —me dijo. Sus ojos estaban cargados, apenas se veía el azul del cielo en ellos.

Sentí cómo las mejillas se me encendían en el acto y mis labios temblaban, tanta intensidad hacía que la adrenalina corriera por mis venas, no sabía si golpearlo o besarlo de nuevo, no me moví ni un poco, no sé por qué, solo lo estaba mirando a él. Estaba tan cerca, con su mano caliente sobre el tatuaje que significaba tanto para mí, aspiré su aroma, erótico, tan excitante, me pasé la lengua por los labios, aún disfrutaba de su humedad. Maximiliano se apegó más y volvió a besarme, esta vez más tranquilo, pero igual de exigente que segundos anteriores, yo subí mis manos hasta su pelo y comencé a acariciarlo, mientras él recorría mi espalda encremada y yo me arrimaba más a su cuerpo, sentía cómo lo mojaba. Maximiliano subió las manos hasta mi pelo mojado y pasó sus dedos por él, sentí un pequeño tirón que me hizo estremecer y nos devolvió al momento.

—Chicos, váyanse a su habitación —bromeó Lucas al vernos tan fogosos.

—Y yo que pensé que la diosa sería nuestra —dijo otro de los muchachos.

Para salvar la bochornosa situación en que me encontraba traté de bromear, pero con Maximiliano a mi lado y mirándome de esa manera, mi mente se bloqueaba.

—Lo siento, chicos, un placer conocerlos, nos vemos mañana en el mismo lugar y la misma hora —les solté para alivianar un poco mi situación, sentí cómo Maximiliano me apretaba la mano. Mi comentario no le agradó.

Caminé hasta la tumbona para recoger mi libro y mi toalla.

—Póntela, ya diste suficiente espectáculo, Josefina.

Sentí cómo una daga se clavaba en mi corazón y se retorció. Maximiliano ahora me estaba hablando en un tono frío y autoritario, ya no veía en sus ojos nada más que desprecio, ¿por qué este hombre volvía a romperme el corazón en mil pedazos? Mi conciencia me estaba martirizando, sentía cómo me repetía miles de veces: «te lo dije». Nuevamente mi corazón había muerto antes de nacer. Me puse la polera y me envolví con mi toalla, me sentí desnuda y no lo estaba, la mirada inquisidora de Maximiliano me estaba haciendo tanto daño y él ni siquiera parecía notarlo.

—Vamos. Sube a la habitación, yo no he terminado todavía —espetó con los dientes apretados.

En ese momento colocó su mano en mi espalda, para que yo me apresurara y sentí que me ardía hasta el alma, me di la vuelta como energúmeno y siseé no muy fuerte solo para él.

—La próxima vez que me beses te juro por lo más sagrado que tengo en la vida que te vas a acordar de mí, *imbécil*. Ahora suéltame, no me toques. Yo puedo hacer lo que quiera en la vida, no soy de tu propiedad, solo estábamos conversando, no soy una puta como las que te gustan a ti, Maximiliano.

Eso fue todo lo que dije y caminé muy rápido, pasé por el lado de los inversionistas y de Gretel. Al ver que me saludaban les hice un gesto con la mano y seguí mi camino. Maximiliano me seguía muy de cerca sin decirme ni media palabra, esto se acabaría aquí y ahora, yo no seguiría con Maximiliano en la misma habitación.

Antes de subir me acerqué a la recepción ante la atenta mirada de él.

—Necesito una habitación —solicité a la recepcionista.

—Por supuesto. Deme su tarjeta, señorita.

—Señora —corrigió Maximiliano.

—Dásela —le ordené.

—No.

—No voy a dormir contigo, Maximiliano —le esclarecí.

—No lo haces, pequeña. Es mejor que subas.

Ver la cara de suficiencia de Maximiliano era lo que más me fastidiaba en ese minuto. Yo no tenía cómo pagar la habitación, no traía la tarjeta en ese momento.

—Perfecto. No me la quieres dar, la buscaré —le dije con soberbia.

—No lo hagas, pequeña.

—Deja de decirme así, *imbécil*. Y además es mía, haré lo que quiera con ella, ¿ese no era tu objetivo?

—Sé que es tuya, pero no la usarás para esto.

—¿Ah no? —le dije retándolo mientras caminaba hacia los ascensores para buscar el plástico que estaba en nuestra habitación.

—Josefina —me habló mientras caminaba—, antes de que regreses, estará bloqueada. No pierdas el tiempo.

Lo miré enfurecida, hasta en eso Maximiliano podía controlar mi vida. No podía hacer nada, subí como un huracán hasta la habitación y cerré de golpe la puerta justo en el momento en que Maximiliano venía detrás. Pero qué buenos reflejos tenía el condenado, hasta en eso me ganó.

—¿Estás contento ahora? Además de todo tengo que ser tu prisionera, no te entiendo y tus cambios de actitud me están volviendo loca.

—No exageres. Acá el que tiene un comportamiento indebido no soy yo, Josefina. ¿Qué crees que piensa la gente si te ve con un grupo de hombres, comportándote como una adolescente?

Así que ese era su problema, la gente y mi comportamiento.

—Llevo trabajando mucho tiempo en este proyecto, Josefina, no es un capricho, beneficiará a la región y dará empleos, con eso, el crecimiento ayudará a que todos los nuevos empleados tengan una mejor calidad de vida y, por supuesto, ayudará al desempleo. No puedo permitir que tú, por una simple rabieta, lo arruine. ¿O qué crees que pensarían los inversionistas si te vieran así? ¿Por qué no dejas de pensar en ti y miras a tu alrededor aunque sea un momento?

A cada palabra me sentía más humillada por él. Claro que entendía de lo que se trataba el proyecto. Era su comportamiento el reprochable, no el mío y por supuesto que pienso en el resto del mundo.

—Tú quieres que yo sea algo que no soy, Maximiliano, y si te avergüenza mi comportamiento, ¿para qué me trajiste? ¡Yo no te lo pedí!

—Eso es a lo que me refiero, a esa actitud.

—Y tú crees que es muy bonito tenerme obligada. Y además quieres que haga todo con la cara llena de risa. A mí no se me olvida que me compraste, Maximiliano, como si fuera una...

—No te compré, Josefina, no seas melodramática. Ese es tu problema — me cortó antes de que yo pudiera terminar la frase. Él estaba tranquilo, sus manos cruzadas a la altura del pecho lo hacían parecer muy seguro de sí mismo, estaba volteando la situación y yo estaba quedando como la culpable y claro que no era.

—Si no me compraste, ¿serías tan gentil de explicarme que es lo que estoy haciendo aquí casada, cuando yo tenía una vida y no era precisamente contigo?

—Así es la vida, asúmelo o sufre, tú no quieres explicaciones y yo me cansé de ofrecerlas, es así de simple.

—¡Te odio! ¡Me cagaste la vida! —grité de corazón, eso era prácticamente cierto.

Maximiliano resopló y cuando pensé que me diría algo, no lo hizo y me dejó. La pena me invadió en cosa de segundos, me lancé a la cama y comencé a llorar, yo no quería esto, no lo merecía. ¿Qué tan malo había hecho yo aparte de enamorarme como una tonta cuando tenía dieciséis años? Muchas de las cosas que me dijo eran ciertas, pero yo no quería aceptarlas, ahora sí estaba decidida a sacar de una vez por todas a Maximiliano de mi corazón, pensaría en mí y solo en mí, y si para eso necesitaba ayuda de Greg, no dudaría en pedírsela.

En la noche, al ver que no me buscó ni nada, decidí acostarme. Salí al balcón y llamé a Margarita, debía hablar con alguien, ella me calmaba con sus palabras y sus consejos, le di las buenas noches a Clemente y me tranquilicé muchísimo. Decidí llevar mi condena de la mejor manera posible. Ya no trataría de confrontar a Maximiliano, ni siquiera de molestarlo, él podría hacer su vida y yo la mía.

Al día siguiente, casi no nos hablamos, nuestra única conversación fue para informarme horarios de actividades, almuerzo, cena y salida, todo muy protocolar. No puedo negar que me molestó, pero bueno, nada se podía hacer.

El retorno a la región fue de lo más tranquilo, incluso regresé sola a casa. Maximiliano fue directo a la oficina, yo veía la alegría en sus ojos, eso quería decir que el proyecto funcionaba, él no me decía nada y por supuesto yo no preguntaba.

La casa estaba desocupada, me daba un poco de pena verla tan vacía, sé que dije que no me preocuparía de alhazarla nuevamente, pero yo había cometido el error y demostraría que podía actuar normal, justo como lo hacía antes de ser solo una cláusula.

El jueves en el desayuno casi no cruzamos palabra. No aguantaba tanto silencio, pero no tenía nada que decir y Maximiliano no me lo hacía nada fácil.

—¿Puedo comprar muebles para la casa? —pregunté con tanta sutileza que me llegué a asombrar y creo que Maximiliano también.

—Tienes la tarjeta, puedes hacer lo que quieras con ella y lo sabes.

—No puedo hacer lo que quiera —respondí, pero en ese preciso momento sentí un tirón de pelo de mi conciencia. Bueno, quería cambiar, pero no era mágico. Maximiliano levantó su vista del periódico que estaba leyendo y solo me miró, suspiró y siguió con lo que estaba. ¡Qué mal me sentí! Todo estaba volviéndose en mi contra. No, no y no, esto no es justo para mí.

Tal como lo había dicho, me fui de compras, ¿qué tan difícil podía ser? Era un comedor y sillones para el salón, algún que otro adorno para que la casa pareciera un hogar y no lo que era... una cárcel para mí.

Realmente estaba agotada, eran las siete de la tarde y aún no terminaba. Saqué el teléfono para avisarle a Maximiliano, con tan mala suerte que este estaba descargado. Traté de hacer todo lo más rápido posible, pero fue imposible. Terminé justo cuando la tienda estaba cerrando, exactamente a las nueve de la noche.

La música que provenía del interior era espantosa, clásica pero muy extraña, entré con cuidado. Si ese sonido era el estado de ánimo de mi marido, sería de temer y me esperaría seguro una larga reprimenda... como si fuera una niña... otra vez.

—Siento llegar tarde, intenté hacer las cosas más rápido pero me fue imposible —le dije apenas lo vi, para justificar mi retraso.

—¿El celular lo tienes de adorno, Josefina?

Uno... dos... tres... quince.

—Lo siento, ya te lo dije.

Fue lo único que hablé, ¿qué más daba?, él se enfadaría de todas formas.

—¿A dónde vas ahora?

—A mi habitación.

—Vamos a cenar ahora, te espero en la terraza.

Maximiliano estaba soberbio, esa era la palabra, no lo podía negar, los pantalones de tela beige y la camisa desabotonada hasta la mitad hacían que pudiera ver perfectamente algunos de sus vellos, esos que tanto me gustaba tocar, me imaginé pasando la mano por ellos y disfrutando de su contacto, sentí incluso cómo él pasaba su suave mano por mi espalda y me erizaba, todo esto

acompañado de la música que sonaba de fondo, que ya no me parecía espantosa, sino una muy sugerente para el momento.

—Josefina, ¿me escuchaste? —consultó sacándome de mi ensoñación y volviéndome de golpe a la realidad.

—Sí, sí, voy.

Miré al lago en todo momento. Si lo miraba, me sonrojaría y él sabría seguro el porqué. La cena fue bastante agradable, le comuniqué que las cosas llegarían en un par de días. Hablamos un poco de su proyecto, cada vez que me contaba algo se le iluminaban sus ojos, estaba tan feliz que me alegré por él, habían sido muchos años de sacrificio y esfuerzo, luego ambos subimos a nuestras habitaciones. Al cerrar su puerta yo deseé estar con él, me estaba volviendo loca con su indiferencia.

Me acosté y después de unos minutos él salió. Sabía dónde iba, o al menos lo creía, alcancé a ver cuando salía que ya no estaba con la misma ropa, ahora sí que se veía guapo, simple, muy simple... perfecto para mí.

«¡Por fin hoy es el último día, mañana es domingo y me voy a mi casa!». Así me despertó mi conciencia, hasta ganas de correr tenía. Para variar, Maximiliano no estaba. La curiosidad pudo conmigo y entré en su habitación. La cama estaba intacta, eso significaba que había dormido en brazos de otra; decepción, pena, rabia, y agonía, eso fue lo que sentí.

Corrí muy fuerte, necesitaba desfogarme y quitarme todas las sensaciones que embargaban a mi cuerpo y a mi mente, Maximiliano de nuevo se había metido bajo mi piel. Llegué al muelle, en donde comenzaba nuevamente la civilización, era el lugar de la costanera donde se encontraban todos los restorán y cafecitos, estaba lejos del café de Greg y esta vez de verdad no tenía ganas de verlo. Creo que el estar callada tanto tiempo me traicionaría y quizás qué cosas le podría contestar, por lo demás, solo deseaba que el día pasara rápido para dormirme agotada y despertar feliz, vería a Clemente y eso era todo para mí.

Agotada, me afirmé en la baranda. El sudor corría por mi cara, sentía la espalda completamente mojada y sopesaba seriamente refrescarme en el lago. Seguro el agua estaría congelada, justo como me gustaba.

—¿Qué pretendes hacer, pecosa? —Sentí que alguien me decía mientras me quitaba las zapatillas, levanté la vista y recorrí lentamente esas piernas desnudas... mojadas, seguí subiendo y lo vi. ¡Por Dios! ¿Quién se bañaba con sunga en Chile? Nadie, solo este inglés que estaba frente a mí. Si tenía alguna duda de sus músculos, ahora ya no. Su cuerpo estaba perfectamente esculpido, se notaba que él debía trabajar en su cuerpo, pues la madre naturaleza era buena, pero no magnánima como para regalarnos tan perfecto adonis.

—Greg —saludé. Me temblaron un poco las piernas, no por el cansancio, sino porque me sentía absolutamente devorada por esa mirada, yo tenía una rodilla en el suelo y desde abajo me sentía definitivamente mínima.

Él me entregó su mano para ayudarme a levantarme, este hombre era todo un caballero inglés, hasta para eso se veía elegante y educado.

Se acercó y rozó su prominente nariz, que por supuesto a él le quedaba perfecta, hacia mi mejilla, yo ni siquiera fui capaz de moverme.

—Hueles delicioso, pecosa —comentó con una sonrisa muy sugerente.

—Mentiroso. Seguro le dices eso a todas Greg, pero conmigo no hace falta, no soy una de tus conquistas —le respondí entrecortado, sentía que me faltaba la respiración, el ejercicio y yo aún no éramos buenos compañeros.

—Pecosa, para conquistar no necesito ningún esfuerzo y tú para mí eres más que eso. Una hazaña, eso es lo que eres.

Entrecerré los ojos con ironía.

—Ay, inglés, qué fácil hubiera sido todo si nos hubiéramos conocido antes —le solté sin pensar mis palabras.

—Pero está el ahora, pecosa. Nunca es tarde.

—Para mí, sí —le respondí suspirando—. Lo que yo quiero es imposible.

—¿Sabes lo que yo quiero, pecosa? —aclaró poniendo una mano caliente, muy caliente, en mi espalda y con maestría me acercó hasta él, provocándome un desequilibrio absoluto en mi cuerpo, que no tardó en arreglar poniendo su otro brazo en mi cadera.

—Eh... —Me corría fuego por las venas, me quemaba, pero mis hormonas no despertaban como con Maximiliano. Parecían cansadas al igual que yo.

—Quiero tenerte en mis brazos, cansada, jadeando así como estás ahora, sudada y no por el deporte precisamente —susurró, ahora tocándome el labio inferior con su pulgar para luego meterlo en su boca y chuparlo.

Estaba anonadada mirándolo.

«Ese hombre seguro sería el dios del sexo, el maestro de los maestros y me quiere a mí», pensé.

—¿En qué piensas pecosa?

Me faltaba el aliento, mi pulso estaba acelerado, su mirada era demasiado ardiente y sus palabras provocadoras, la cercanía no me dejaba responder con claridad y de verdad, de corazón esperaba que mis hormonas se revolucionaran, pero Greg no era Maximiliano y no olía como él.

—Gregory —murmuré confundida por la situación.

Él solo me miró y apretó su boca contra la mía. Dios, es ahora o nunca, me dije y apreté mis delgados labios contra los fuertes y carnosos de él, perdí la noción del tiempo y olvidé el lugar en donde me encontraba y quién era yo. Pero él, como notando mi inseguridad y adivinando mis pensamientos, me giró hacia el lado. Nadie así podía notar quién estaba entre sus brazos, me sentí segura y tomé su cabeza, introduje mis dedos por su oscura y sedosa cabellera y le devolví el beso, Greg emitió un sonido desde el fondo de su ser y yo me dejé besar, pero no podía entregarme por completo. Los ojos azules de Maximiliano me observaban desde algún lugar de mi mente, ahora yo lo estaba viendo a él, me perdí en sus ojos un momento y comencé a besarlo con verdadera pasión, mi lengua recorrió

su boca como si fuera suya, exigiendo más y mucho más. Cuando sentí que ya no me quedaba aliento me separé un poco y lo miré, no era Max el que estaba en frente, era Greg, mi autentico caballero inglés.

Decepción, desengaño, chasco fue lo que sentí en ese momento, vergüenza de mí misma por mi actuar, ahora sí había engañado a Maximiliano. ¿Pero no era eso lo que yo quería conseguir?

—¿Estás bien, pecosa? ¿Pasa algo?

—Greg, esto no debió pasar, disculpa, yo...

—No te disculpes, pecosa, lo que sucedió fue lo que fue, no busques más explicaciones.

—Pero no está bien, yo estoy...

—Shhh. Ya está, vete, es tarde y te estarán buscando, siempre puedes venir a buscarme cuando lo necesites.

—Pero no está bien, Greg, no es correcto.

—Lo correcto, pecosa, no siempre es mejor. Por eso lo prohibido es tan excitante, por eso expulsaron a Adán y Eva del paraíso, porque no se debe. Nosotros tenemos que hablar, dime cuando. No quiero presionarte a nada.

—Ahora no puedo, te prometo que cuando vuelva hablaremos —le dije en tanto comenzaba a caminar en dirección hacia la casa.

—¿Cuándo, pecosa? —Me atajó el brazo antes de que pudiera seguir, su mirada exigía una respuesta y yo se la debía.

—El miércoles nos vemos en el cañón, está al final del lago —le indiqué y me soltó.

—Te espero al medio día, pecosa.

Eso fue lo último que nos dijimos y yo volví a correr. Llegué completamente agotada, esta vez sí que sentía que mi cuerpo ya no daba más, no fui capaz de entrar a casa, me acosté en el césped que te invitaba a estar en él. Levanté una pierna porque sentía que el calambre era inminente y comencé a ejercitarla. En eso estaba, pensando en lo que había hecho, cuando como un ángel con destello y todo producido por el reflejo del sol, apareció Maximiliano, sonriente, iluminándome con esos ojos azules que me miraban con cariño, no con lujuria, esa que había visto en minutos anteriores en los ojos de Greg. ¿Por qué todo tenía que ser así?

Maximiliano traía en su mano una botella de agua y me la entregó.

—Bebe, pequeña. Estás agotada —me dijo mirándome con ternura, luego se puso en frente de mí, cogió mi pierna con mucha delicadeza, tomó mi zapatilla y desabrochó el cordón. Yo me quedé realmente embobada mirándolo y al primer contacto de sus dedos con mi piel mis hormonas despertaron, cómo las odié, sinceramente las detesté.

Reaccioné cuando me estaba quitando el calcetín y traté de recoger mi pierna.

—Suéltame, Maximiliano, ¿qué haces?

—Deja que te dé un masaje, pequeña, lo necesitas.

—No, así no, Maximiliano, acabo de recorrer más de diez kilómetros. ¡Hombre por Dios!

Él solo se encogió de hombros y siguió en lo que estaba. Yo me dejé acariciar por esos dedos que sentí como si me recorrieran justo ahí, ese era un éxtasis maravilloso. Maximiliano era como una droga para mí, dañina a más no poder, pero adictiva, y yo me estaba haciendo una adicta.

Sentí incluso un gemido desde el fondo de mi ser, abrí los ojos y vi la sonrisa de Maximiliano. Era de suficiencia, como si ese hubiera sido su objetivo.

Quitó el pie apresuradamente. Aunque Maximiliano trató de impedirlo, mi fuerza y rapidez no se lo permitió.

—¿Qué te pasa? —me preguntó con desfachatez, ahora su ceño estaba fruncido.

—Que se acabó, si tienes ganas de tocar a alguien anda a hacerlo con la misma persona que estuviste anoche —le solté, mi lengua viperina ya había vuelto y tenía vida propia, ni siquiera mi conciencia me recriminó.

—Estuve trabajando, Josefina —espetó serio.

—¡Ah bueno!, trabajando, follando, llámale como quieras, a mí no me importa.

Eso fue lo último que hablamos en todo el día, cenamos en completo silencio. Yo preparé mis cosas y me dormí, al otro día por fin me iba a mi casa.

Llegué temprano como ya lo había hecho anteriormente, esta vez mi hijo y Margarita me esperaban en el terminal de buses. Después de muchos besos y abrazos nos dirigimos a mi hogar, en ese lugar sí que me sentía plena y con la gente que realmente me quería. Clemente cada día hablaba mejor, lo encontraba gigante, no podía separarme de él, mi osito se sentía incómodo con tanto beso. Lo notaba en su mirada, exactamente igual a la de su padre, en este tiempo junto a Maximiliano había notado muchas similitudes en ellos, más de las que yo quisiera.

Al otro día, desperté muy temprano y me quedé mimando a Clemente, parecía que el tiempo estaba detenido, sin ningún reloj que contara las caricias que le estaba dando, mi niño dormía plácidamente junto a mí, una lágrima rodó por mi mejilla. Esta no era de pena, era del más puro amor. Ese que solo podía profesar una madre a su hijo, me sentía tan orgullosa de todo lo que había conseguido en la vida y lo mejor de todo era ver a mi hijo feliz.

—¿Por qué lloras, mami?

—No lloro, mi amor, es que se me metió una basurita al ojo.

—Si lloras te puedo prestar mi pañuelo para que te cuide cuando estés triste —dijo abrazándome.

—Bueno mi amor, pero no estoy llorando —le repetí. Mi hijo era único, se le ponía algo en la cabeza y no se lo sacaba nadie. «¿A quién se parecerá?», me preguntó mi conciencia.

Capítulo 9

Ahora estaba volando de vuelta a mi cárcel con el pañuelo del Hombre Araña en mis manos. Me reía sola mientras lo olía, tenía el aroma característico de mi hijo, a dulce, a tranquilidad. Me bajé distraídamente. No llevaba bolso, solo mi maleta de mano así que fue muy rápida mi salida, no me pude resistir a un carro de algodón de azúcar que estaba justo en frente de la puerta.

Parecía una niña pequeña; en una mano un gran algodón de azúcar rosado y en la otra el pañuelo del Hombre Araña, caminé hacia la salida hasta que lo vi. El aire a mi alrededor cambió de repente, sentí un calor sofocante y el vello de la piel se me erizó en cosa de segundos.

Maximiliano estaba parado, apoyado en la pared con un traje oscuro con unas delgadas líneas blancas y chaleco, solo él podía llevarlo en esta época y verse maravilloso. Comenzó a caminar hacia mí, a cada paso que daba desplegaba elegancia y seguridad, mi boca estaba seca, el algodón de azúcar ya no se derretía, la bola se había hecho dura y dulce.

—Buenas noches, pequeña, te extrañé —me saludó deteniéndose a mi lado, tomando mi maleta de mano.

Subí la cabeza para mirarlo y el corazón se me aceleró, me golpeó con tanta fuerza que sentí que me mareaba. Menos mal que estaba con zapatillas, la impresión de verlo ahí por mí me estaba matando y las hormonas también.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Si decía que venía por mí, me lanzaba a sus brazos aquí mismo. «Mentirosa», me dijo mi conciencia.

—Vine por ti, es tarde, pequeña, no me gusta que estés sola a esta hora.

Esto era pura preocupación y cortesía, ni siquiera deseo por mí, me dije y mi lengua se defendió.

—Gracias, papá —respondí con desgano, Maximiliano me llevaba del éxtasis del momento al precipicio y me dejaba lanzarme en picada cosa de segundos. Era como un salto en *bungee* para mí.

Se puso en frente de mí, tomó mi mano y la besó.

—No pretendo ser tu padre, Josefina, tú sabes quién soy —me aclaró levantando la comisura de sus labios. ¡Dios, esa sonrisa era de ensueño! Cuando ya creía que la tenía olvidada, él se encargaba de recordármela. ¿Qué diablos me estaba pasando? ¿Qué nunca podría olvidar a este hombre?

Recién comenzaba una nueva semana y ya me estaba derritiendo por él. Josefina compórtate como una mujer, no como adolescente.

—Las damas primero —me dice abriéndome la puerta.

¿Quién dice que la caballerosidad ha muerto? Se estaba comportando como... como lo que siempre ha sido, me respondí.

—Gracias —balbuceé como una idiota y seguí.

—¿Te parece si vamos a comer algo?

—Ya estoy comiendo —me apresuré a contestar, esta vez las palabras las pronunciaba enteritas.

—Vamos a cenar algo de verdad y así me cuentas que hiciste.

«Estuve con tu hijo».

—Estuve con Margarita.

—¿Está mejor?

—Sí, Maximiliano, está bien, gracias por preocuparte.

—Quiero que viajemos, Josefina.

Eso me alertó. ¡Solos los dos! ¿Dónde? ¿Cuánto tiempo? Eso no sonaba nada fácil ni controlable para mí.

—No gracias, estoy bien, no quiero.

—A ver, pequeña. Te debo una luna de miel. Ya todo está funcionando perfectamente en la empresa y no me vendrían nada mal unas vacaciones con mi mujer.

—No soy tu mujer.

—Bueno, con mi esposa entonces, únicamente serán un par de semanas.

—¡Estás loco! Yo no puedo, te dejé muy claro que solo estaría contigo ocho días. Por favor, no me hagas esto.

Maximiliano se volteó hacia mí. Con su mano giró mi cara para que lo mirara directo a sus ojos, menos mal que estaba oscuro y él no podía verme bien, si no, desesperación sería todo lo que vería.

—No te entiendo, Josefina. Dices una cosa, pero tus ojos quieren otra.

—No, Maximiliano, no es así, lo que sucede es que tú te comportas de manera extraña, no te entiendo, no sé a dónde quieres llegar con todo esto, ni siquiera sé qué esperas de mí. Un día estás, al otro no me hablas. ¿Qué quieres que piense? Eres la persona más voluble del mundo.

Ahora no dice nada, siempre era lo mismo, cada vez que decía algo y Maximiliano no quería contestar, omitía o cambiaba de tema, ¡Dios, si no era Clemente con el que estaba hablando! Este era un hombre hecho y derecho de veintiocho años. Suspiré y resoplé.

Llegamos a la puerta del restorán. Era una pizzería italiana tradicional con manteles a cuadritos rojos y blancos, sus mesas eran de estilo provenzal, no era mi favorito, pero se veían bien. La sorpresa fue ver dentro a Amber y a mi hermano, quien rápidamente se paró y llegó hasta nosotros.

—¡Zancudo! Ahora que vives acá cada vez te veo menos —me saludó besándome las mejillas y el pelo—. Buenas noches, Maximiliano —le dijo a él, ofreciéndole la mano.

Los cuatro nos sentamos juntos en la mesa que ellos ocupaban, Amber y yo de inmediato nos pusimos a conversar.

—Yo quiero beber lo mismo que tú, Amber, me encanta la cerveza con jugo de limón y picante.

—¿Y de cuando bebes, pequeña? —me preguntó extrañado.

No es que fuera bebedora pero *la michelada*, como se llamaba ese trago, me gustaba, era muy refrescante.

—Josefina —le recordé bajito—. Desde hace mucho y claro que no lo sabías.

Maximiliano puso los ojos en blanco, se estaba exasperando y yo me divertía con eso. Él y mi hermano nunca habían sido amigos, Maximiliano era más cercano a Sebastián, pero yo estaba feliz con ellos y allí me quedaría.

Todos conversábamos alegres. Andrés, un perfecto anfitrión, llevaba las riendas en todo momento, luego ellos se enfrascaron en el tema del turismo y no sé cómo llegaron hasta el *póker*. Parece que eso era cosa de hombres, pues ahí sí que se entendieron perfectamente, hablaban el mismo idioma, nosotras nos reíamos y comentábamos cosas de mujeres sin importancia. Cuando el camarero nos trajo una segunda ronda todos brindamos, el buen humor se podía respirar entre nosotros, a los hombres poco les faltaba para sacar una baraja de cartas y ponerse a jugar en la pizzería. Y en ese momento aparece el guapísimo caballero inglés entrando por la puerta y nada más y nada menos que acompañado por una belleza de mujer.

Greg venía conversando feliz, eso me dio tiempo para observarlo sin ser descubierta. Pero ¿por qué no sentía celos? La joven rubia y alta se giró para besarlo y él le devolvió el beso, no con mucha intensidad según mi parecer, pero bueno, ¿qué sabía yo?

Amber, al verlo, le indicó a Greg dónde estábamos y él cambió su sonrisa por una cara más seria, clavó sus ojos en mí y comenzó a avanzar. Traté de avisarle con la mirada que estaba con Maximiliano, pero en cuanto se dio cuenta de lo que pedía, dejó de mirarme. Saludó a Andrés con un abrazo y a Maximiliano le extendió la mano, el ambiente se tensó en ese instante, era azul contra negro en la contienda. Greg se acercó a mí y como si no le importara nada ni nadie me saludó.

—Pecosa, te extrañé estos días, la costanera por las mañanas no es lo mismo sin ti.

«Trágame tierra, entiérrame y déjame ahí», pensé.

—Hola Greg —lo saludé protocolarmente, pero no, él tenía que acercarse y besarme.

Maximiliano hervía, lo sé, lo conozco, pero me alegré, él estaba probando de su propia medicina, así me sentía yo cuando estábamos con Susana. Maximiliano se irguió en ese momento, su mandíbula apretada dejaba ver sus músculos y la vena del cuello comenzaba a asomársele. Andrés, quien no era idiota, se dio cuenta de la situación y rápidamente se hizo cargo.

—¿Quién es tu acompañante, *brother*?

—Esta belleza que ven acá es Tammy, está de vacaciones en la región y que mejor que un buen guía para mostrarle los alrededores, ¿no creen?

Se sentaron junto a nosotros y Greg no encontró nada mejor que acomodar una silla junto a la mía, estaba entre Maximiliano y él. ¡Qué situación más incómoda la mía! Y lo peor era que él parecía disfrutarla.

Maximiliano pasó un brazo por encima de mis hombros, claro, ahora marcaba su territorio, esto ya lo había hecho antes... en la piscina del hotel, era como una guerra de testosterona desatada, así que como presintiendo la situación mis hormonas no se molestaron en despertar. Cosa que agradecí.

Tras las presentaciones y ya todos acomodados, empezamos a hablar. Cuando se acercó el camarero le pedí una nueva cerveza, todo el efecto de las anteriores ya se me había borrado y ahora sí que la necesitaba.

Como Tammy no se integraba a la conversación, me dio lástima por ella y la integré.

—¿Por cuánto te quedarás en la zona? —le pregunté para hacerla partícipe.

—Un par de semanas, estamos con unas amigas. Pensamos seguir hasta las “Torres del Paine”, pero parece que yo me quedaré acá. Greg ha sido muy amable y creo que será más interesante que caminar durante horas.

—Eso sí que te lo aseguro —le respondí de corazón, llevándome una reprobatoria mirada de mi marido. ¡Ah, que se joda!, yo también me lo tengo que bancar.

Pero no me esperaba la pregunta de él, de Maximiliano.

—¿Por qué lo dices, pequeña? ¿Tan interesante crees que es Greg o lo dices a título personal?

Mierda, para esto sí que no estaba preparada, tenía a mí alrededor a tres hombres que sabían jugar muy bien y yo no sabía cómo, miré a Andrés pero él estaba embelesado mirando a su chica y Greg, por supuesto, no me ayudaría.

—Lo conozco tanto como tú, Maximiliano, pero un *yankee*, para mostrar un país que no es el propio, me parece perfecto.

Toma, yo también puedo.

—¡Ah, pecosa! ¿Cuándo aprenderás que no soy *yankee*? Pero viéndolo así, tú podrías mostrarnos la ciudad, sobre todo el lugar del cañón, dicen que es hermoso.

«No, tú no, por favor».

La plática ya no era interesante y menos mal que Andrés se apiadó y cambió el rumbo de la conversación, nosotras seguimos en lo nuestro.

Después de un rato la cerveza actuó en mí, me pare para ir al baño y los dos caballeros se pusieron de pie. Si tuvieran espadas, ya estarían en un duelo; dentro de todo era cómica la situación, pero como todo en mi vida, nada me salía fácil, se me cayó el pañuelo de Hombre Araña y Maximiliano lo recogió.

—¿Y esto?

—Es mío, dámelo —le pedí. No sé por qué no quería que lo tocara, como si con eso pudiese descubrir algo.

Lo acercó a su cara y lo olfateó.

—Mmm huele a ti, pequeña.

—Max, dámelo —volví a rogar, pero esta vez traté de atajarlo y no me lo permitió.

Entrecerró los ojos y puso una cara de chico juguetón.

—Bésame y te lo regreso.

—Max...

—Estoy esperando pequeña y sabes que no soy un hombre con paciencia —habló comenzando a arrugar mi pañuelo, ¡claro qué quería besarlo! Siempre me apetecía, pero no así y menos en frente de la inquisidora mirada de Greg. Maximiliano no dejaba de observarme con su mirada retadora, los segundos parecían eternos hasta que sin querer alargar más la situación me acerqué y lo besé rápidamente en la frente, dejándolo absolutamente sin palabras, ¡bien, yo había ganado esa pequeña batalla! Su molestia era palpable, pero se lo merecía.

—No especificaste, *querido*, y yo cumplí. Ahora cumple tu palabra y entrégame mi pañuelo —le ordené con una sonrisa triunfal en los labios. Si pudiera besarme, yo misma lo haría.

Maximiliano negó con la cabeza, no le convencía lo que le decía, pero yo seguía parada con decisión frente a él. Con mi mano temblorosa cogí mi pañuelo, quitándoselo bruscamente. Ahora su expresión cambió, su gesto era serio y molesto me habló:

—Nos vamos, es tarde.

—Yo no me quiero ir aún.

—Yo sí —sentenció. Dicho esto se puso de pie, esbozó una sonrisa digna de comercial y se despidió.

Al darnos la vuelta para salir y caminar hacia la puerta, sentí cómo Maximiliano ponía la mano en mi espalda. Sabía que Greg estaba mirándonos, pues lo sentía, y fue ahí cuando comenzó a bajar la mano lentamente.

—Ni se te ocurra —gruñí.

Maximiliano giró su cabeza y con su tan característica sonrisa, me observó un par de segundos y... me tocó.

Humillación... vergüenza... ofensa fue lo que sentí. Seguí caminando sin decir ni media palabra, no haría un escándalo, sería digna hasta el final, no sé si soñé, pero escuché el rechinar de una silla. Como no sucedió nada, lo olvidé.

Noté cuando miré de soslayo que Maximiliano estaba molesto, tenía tan afirmado el manubrio del vehículo que sus nudillos estaban completamente blancos, parecía agobiado con él mismo, su mandíbula cuadrada lo delataba, el silencio estaba sobre nosotros, ni música sonaba. Llegamos y rápidamente se bajó para abrirme la puerta, yo estaba lenta, mis acciones tardaban en ejecutarse, por eso creo que me demoré en bajar, no tenía ganas de discutir, mi ánimo estaba en estado de ultratumba, solo el pañuelo que llevaba empuñado en mi mano me daba energías para caminar.

Encendí la luz de mi habitación y marqué mi calendario, el próximo miércoles volvería a viajar.

—Josefina, lo siento, no debí actuar así —murmuró arrepentido Maximiliano, pidiéndome disculpas por lo acontecido.

—Déjalo, ya está. —Fue mi más sincera respuesta.

—Por favor dime algo, lo que sea. No me dejes así —me pidió, sus palabras eran sinceras, se notaba dolido, pero no me ablandé, no podía, mi corazón estaba dañado.

—Maximiliano, eres lo suficientemente inteligente como para darte cuenta de lo que me sucede. Cuando decidas pensar un poquito en mí, de verdad, de corazón creo que estaremos preparados para hablar, pero ahora solo quiero dormir. ¿Puedo?

—Discúlpame... por todo —susurró.

Estaba tan deseosa de abrazarlo, de sentirlo y de creer en él, que me sentía vulnerable. Di un paso hacia adelante pero Maximiliano me frenó con su mirada. Nada que hacer, no me quería cerca, maldito seas una y mil veces. Esperé y esperé, el tiempo entre nosotros avanzaba lentamente y él ahora ni siquiera me miraba, sentí que me estaba desesperando, ya no podía más, necesitaba huir. Pero ¿a dónde?!

En mi cara debía haber tal desesperación que Maximiliano se apiadó y se fue, por fin logré respirar, ni cuenta me di que contenía la respiración, pero ya no más. No podía seguir humillándome por alguien que ni siquiera sentía lo mismo que yo. No se trataba de masoquismo o de tortura, era más que eso, él simplemente no me quería como yo.

Creo que me estaba volviendo una mujer bipolar. Por la mañana mi ánimo era maravilloso, al igual que el día, tenía ánimos, fuerzas y ganas de correr... ¡Huy, correr! A las doce me vería con Greg en el cañón.

Bajé a tomar el desayuno, esta vez abandoné a Kitty y me traje a Minnie. Este pijama era rojo con puntitos blancos, más la cara de la ratona en la polera y *shorts* grises con vuelos en las piernas, sexy, muy sexy, me reí para mí.

Esther ya tenía todo listo para desayunar, me senté en la terraza y comencé a comer, Maximiliano ya había desayunado, pues su taza estaba a medio terminar, eso me pareció genial, tenía tanta hambre que mezclé toda la fruta que había con yogurt. Mientras lo movía se me quitó el hambre, frente a mí estaba mi marido. Ahora deportista.

Lo miré sin entender nada, ¿qué hacía vestido así, con *shorts* negro y sudadera del mismo color?

—¿Es miércoles o me estoy volviendo loca? —Fue lo único que dije con la cuchara detenida frente a mi boca.

—Es miércoles. Apúrate para que salgamos a correr —me ordenó, ¿que acaso este hombre no conocía las palabras mágicas “por favor y gracias”?

—¿Y tú desde cuándo corres?

—Desde que a mi mujer se le ocurrió ser la atracción de otros —me respondió serio, elongando delante de mí. No había probado bocado y mi estómago ya estaba revuelto.

—Punto uno —dije tragando saliva—, yo no soy atracción de nadie y punto dos, me gusta correr sola.

—Me da igual lo que te guste. Si vas a correr lo hacemos juntos, fin de la discusión.

«Si yo soy bipolar, Maximiliano seguro es el rey de los volubles», pensé.

Aquí no tenía mucho que pensar, era claro que si quería correr debía ser con él.

—Está bien —suspiré—. Voy a cambiarme entonces, pero que sepas que no te voy a esperar si no eres capaz de seguir mi ritmo.

Maximiliano levantó una ceja y me regaló media sonrisa de suficiencia. Al levantarme se quedó pegado observando mi pijama.

—¿Tienes alguna fijación con los pijamas de monitos? ¿No sabes que las mujeres usan camisolas u otro tipo de cosas?

«No, *imbécil*. Pero si yo no uso de monitos, Clemente prefiere dormir sin ropa». «Es testarudo ese niño», respondió mi conciencia. Parece que ese era su punto débil, mi hijo.

—Seguro las mujeres con que sueles acostarte usan camisolas y cosas sexis, por suerte yo no soy como ellas y uso esto. Si te gusta bien, si no...

—Josefina —gruñó.

No dije nada más y subí a mi habitación a cambiarme. Generalmente habría salido con calzas y una polera, pero esta vez quería verme igual de sexy que Maximiliano, la sudadera que llevaba puesta me permitió observar en un par de segundos lo perfectamente bien delineados de sus bíceps y las gruesas venas que le recorrían todo el brazo. Dios, qué sexy se veía ese hombre, me costaba pensar en él como si no me importara.

Si él podía verse sexy, yo también. Saqué algo que nunca había usado, justamente por cómo me quedaba, pero esta vez sería perfecto.

—¿A dónde crees que vas así? —preguntó visiblemente enojado.

—A correr —respondí sin más.

—Parece que estuvieras desnuda, Josefina.

—Y dime que no te gusta —le solté de improviso. Ese pequeño comentario me indicaba que mi plan estaba funcionando. La parte superior consistía en un peto tipo sujetador con tirantes cruzados en color fucsia y unas mallas muy cortitas negras con líneas del mismo color del peto. La parte superior estaba diseñada especialmente para mujeres con abundante busto. Eso era perfecto para mí, porque al correr no se me movía nada, siempre usaba esta prenda, pero jamás sola como la estaba llevando ahora.

—Me gusta solo para mí —murmuró entre dientes—. No para que te vea todo el mundo.

—Pues a mí me gusta. Vamos —le hablé, acomodé mis audífonos y comencé a correr, Maximiliano pronunció palabras de grueso calibre pero que no me importaron.

Cuando llegué al camino que rodeaba el lago aligeré el paso, ya no trotaba, corría, pero Maximiliano me seguía muy de cerca. Sentía su respiración casi rozándome y a pesar de lo hosca que estaba siendo con él, parecía no importarle. Cuarenta y cinco minutos después mi corazón estaba demasiado acelerado, cuando corría sola manejaba el ritmo, pero esto parecía más una carrera que otra cosa. La música que escuchaba me ayudaba a acelerar aún más mis pasos hasta que de pronto vi a Tammy corriendo justo delante de nosotros, ella si parecía ir desnuda, llevaba unos pantaloncitos muy cortos y la parte de arriba de su bikini. Cada paso que daba se movía todo en ella. Maximiliano se giró a mirarla cuando pasó por nuestro lado. Que Greg la besara me daba lo mismo, pero que Maximiliano se la devorara con la mirada, me enfurecía.

—Si quieres, te puedes ir a correr con ella —le dije con la respiración entrecortada, apenas podía hablar.

—¿Celosa, pequeña? —me preguntó perfectamente bien. Dios, que este hombre no se cansaba... Claro que estaba celosa, sí. ¡Muy celosa!

—De ti en absoluto.

Ya no podía más, necesitaba parar o desfallecería, aminoré el paso y me tiré en la hierba que estaba junto al camino, un calambre no tardó en visitarme.

—¡Uy, mierda! —chillé estirando el pie tratando de pararme. Maximiliano, que estaba de espaldas, se dio cuenta y llegó hasta mí.

—Déjame ver, pequeña, no te muevas —me habló tomando mi zapatilla para comenzar a moverla. En ese momento un gemido de auténtico placer se escapó de mis labios y, al abrir los ojos, vi cómo me observaba Maximiliano. Su mirada ya no era tranquila y transparente, ahora estaba ardiente, me sentía completamente desnuda frente a él, mi corazón se aceleró aún más cuando con la palma de la mano recorrió mi pantorrilla hasta llegar a mi muslo, la piel se me erizó en cosa de segundos.

—Terminemos con esto. —Cogió mi mano y como si fuera una pluma me puso a su lado—. ¿Te duele aún, pequeña?

—No, estoy bien, pero yo no he terminado de correr —conseguí decir.

Como si no me hubiera escuchado siguió caminando, tomó mi mano y comenzamos a andar de vuelta a casa.

Ya en casa pensé que me soltaría, pero no fue así, subimos en silencio hasta la salita que dividía las habitaciones.

Algo había en su mirada y me estremecí al notarlo, su mano sujetaba fuertemente la mía y ante la posibilidad de lo que viniera me asusté.

—Dúchate conmigo, pequeña —susurró, para luego acariciar mi rostro, cerré los ojos por cobarde, esas simples palabras conllevaban mucho más, era entregarme por completo y Maximiliano no me había demostrado nada de lo que

yo necesitaba. Para mí el sexo tenía que ser con amor, al menos con él y sobre todo de su parte, no por una simple calentura del momento.

—No puedo, no ahora —murmuré con un nudo en el estómago.

—¿Prefieres ducharte con él? —me interrogó muy bajo, con la mirada oscurecida por la ira.

Lo miré y me inmovilizó su mirada firme. El corazón se me detuvo, para Maximiliano el no querer tener “algo” es porque lo tenía con Greg. Eso me hirió profundamente, me sonrojé por vergüenza de algo que ni siquiera había hecho.

Pero lo que en realidad me dolía es que pensara así... de mí.

—Yo no soy como tú, ¿cuándo lo vas a entender, *imbécil*? —contesté con desdén.

—Ten cuidado, Josefina, te lo advierto.

Esto era demasiado, ¿pero quién se creía que era?

«Tu marido», gritó mi conciencia.

—Yo puedo hacer lo que quiera con mi vida, así como tú lo haces con la tuya. ¿Quién te has creído que eres? Y ojalá me estuviera acostando con Greg. Pero no te preocupes, que pronto lo voy a hacer.

—Cállate, Josefina —me ordenó con su mirada abrasadora tensando su mandíbula.

—No he terminado... —chillé

—Pero yo sí —sentenció, dándose la vuelta.

—¡Mira, maldito *imbécil*! —le grité poniéndome en frente tapándole el paso a su habitación—. Yo puedo ir y acostarme con quien quiera, al igual como lo haces tú, es mi vida y mi problema, no tengo por qué guardarte algún respeto, a ti menos que a nadie.

—Cierra la maldita boca. —Me agarró tan fuerte por los codos que me dejó sin aliento—. Cállate y deja de hablar.

Con un bufido, Maximiliano me atrajo hacia su cuerpo y pegó sus labios a los míos, con tanta fuerza que pensé que me haría daño. Tomó mi cabeza por el moño con brusquedad, pero sin causarme ningún dolor, no podía mover la cara y eso estaba comenzando a desesperarme. Apreté los dientes para que su lengua no entrara, pero en ese momento Maximiliano tiró de mi pelo y al chillar la introdujo. La rabia tomó posesión de mí y lo mordí para que retrocediera. Cuando sentí el sabor de su sangre me sentí fatal, pero a él no parecía importarle, con mis manos luché para separarlo. Me besaba como si necesitara algo de mí. Me gustaba su aliento, su olor, todo para mí era familiar, mi corazón comenzó a latir y en un momento, al ver que yo no respondía al beso, Maximiliano bajó la intensidad, cosa que yo aproveché para separarme.

Le di una bofetada tan fuerte que debí haberle movido la cara.

—Te dije que no volvieras a tocarme. ¡Suéltame!

Salí disparada hacia mi habitación, ¡Dios, cómo lo deseaba!, mis ansias no habían desaparecido en ningún momento, mi sexo lo necesitaba y estaba

dolorosamente vacío. Este hombre tenía el completo control de mi cuerpo. Entré al baño y me relajé bajo el cálido chorro de agua tibia.

Algo me sobresaltó, unos golpecitos en la puerta.

—Josefina. Lo siento. No te enojés. No puedo soportarlo.

Cerré los ojos, esto era más de lo que podía soportar.

—Vete Maximiliano. Déjame en paz... por favor.

—Pequeña...

Eso fue lo último que escuché.

Todo me tenía terriblemente confundida, no entendía el comportamiento de Maximiliano, sentía que únicamente estaba jugando conmigo y yo siempre estaba ahí para él, pero ahora ya estaba decidida.

Faltaban diez minutos para las doce del día y yo daba vueltas por el cañón como si fuera su guardián.

—Si fueras soldado ya te hubiera emboscado, pecosa, y ya habrías perdido el fuerte —me saludó Greg tomándome por sorpresa.

—Hola, creo que hasta ni para eso sirvo —le respondí besándole la mejilla.

—¿Tuviste problemas anoche? Pensé que me deleitarías hoy en la mañana.

—No, todo bien, no te preocupes —mentí. Una cosa era contarle y otra muy distinta involucrarlo en mis complicaciones.

—No te creo. Pero yo me contarás, siempre estaré acá para ti.

—Así como para todas —le dije cerrándole un ojo. ¡Oh no!, ya le estaba coqueteando, ¡pero qué manía la mía!

—¿Celosa?

La misma pregunta dos veces en la misma mañana, pero esta vez respondería con la pura verdad.

—En absoluto, de hecho vi a tu chica hoy mientras corría. ¡Qué mujer que te sacaste! —le conté de corazón, dándome cuenta de mi error.

Greg levantó una ceja y me miró como esperando una explicación.

—Ya vale. Sí, fui a correr, pero con la grata compañía de mi adorado marido.

—¿Me vas a contar qué sucede?, si fuera el marido ideal no tendrías esa carita, pecosa.

—Escúchame bien y por favor no me interrumpas hasta que termine, si no, no te podré contar, pero antes debes prometerme que jamás dirás nada. Al contarte yo violaré una cláusula y muchas cosas dependen de esto... sobre todo para mí.

—Pecosa, habla, que me estás asustando.

Nos sentamos en el prado mirando al lago y sin mirarlo comencé a contarle toda la historia, no omití ningún detalle, partí desde cómo conocí a Maximiliano hasta el desafortunado encuentro de horas anteriores, no sé por qué

me resultó todo tan fácil. Sé que cuando le hablé de Clemente se asombró, pues sus ojos cambiaron de expresión.

—Eres toda una caja de Pandora, pecosa. Me tienes anonadado. Creo que eres una mujer muy valiente, Maximiliano no sabe lo que se pierde. Pero aunque no te guste lo que te voy a decir, creo que él tiene derecho a saber de la existencia de su hijo. Una cosa es el amor de pareja y otra muy distinta el amor filial, estás siendo egoísta y eso no está bien, te estás dañando a ti misma —me dijo abrazándome con cariño. Yo apoyé mi cabeza sobre su hombro sopesando sus palabras, creo que en algunas cosas tenía toda la razón, sí, admito que soy egoísta, pero no puedo hacer nada.

—Yo no puedo decirle a Maximiliano sobre Clemente, él no se merece estar en su vida, llevo luchando demasiado tiempo por mi hijo, además, ¿qué le voy a decir? Hijo, omití un pequeño detalle, este es tu papá —le comenté en forma irónica.

—¿Y qué le dirás cuándo pregunte? ¿O cuándo sea adolescente? ¿Qué lo trajo la cigüeña?, creo que como digno hijo de su madre no te creará nada, pecosa, y será peor para ti.

—No sé, para eso falta mucho. Lo siento, no voy a cambiar de idea —respondí tajante.

—Bueno, tú sabrás, y respecto a mí, ¿qué quieres hacer? —me interrogó como si fuera lo más natural del mundo.

Me atraganté con el agua que estaba bebiendo, no podía haber hombre más directo que Greg. En ese momento pasó sus manos por mi espalda levantándome, sentándome sobre sus piernas. Ahora la anonadada era yo.

—¿Qué haces? —inquirí alarmada.

—Nada que tú no quieras.

—¡Wow! ¿Ahora me lees la mente? —dije sarcástica.

Greg ahora se ve repentinamente determinado a saber qué quiero con él, no puedo leer ninguna expresión en su cara. Por supuesto, él era un experto jugador de *póker* y esta parecía ser su partida personal.

—Déjame preguntarte algo primero.

Tragué saliva y parpadeé varias veces, esto se estaba volviendo peligrosamente serio. Escuché atentamente su pregunta.

—Tú quieres tener sexo para olvidar a Maximiliano, ¿verdad?

Se me cayó la mandíbula. Visto así sonaba atroz, como si lo estuviera utilizando para mi satisfacción personal.

«Eso es», chilló mi conciencia.

Esto sí que no me podía estar sucediendo a mí, ahora Greg tomaba mi barbilla abierta y me juntaba la boca, con una sonrisa desquiciadamente enloquecedora.

—Y, pecosa, ¿qué me dices?

—No puedo creer lo que me estás diciendo —le digo nerviosa mirando para todos lados, como si alguien nos estuviera escuchando.

—Bueno, ya está. Respóndeme la pregunta —habla calmadamente.

Ahora siento que toda la gama del color rojo está en mi rostro. Mi conciencia está sentada en primera fila esperando mi respuesta... junto con Greg.

—Contigo me siento distinta... ese día en tu oficina sentí cosas que no había sentido jamás, me gustó y necesito olvidar a Maximiliano. Cuando estoy con él mi cuerpo no me responde, no soy yo... por eso creo que...

—Conmigo podrías olvidar —terminó la frase por mí y cuánto se lo agradecí.

Asentí con la cabeza, las palabras no parecían existir en ese momento.

De repente su mirada cambió, apretó sus labios y me examinó detenidamente el cuerpo.

—¿Estás segura, pecosa?

Tragué saliva y con una afirmación de parte de mi cabeza respondí.

Sonrió con malicia, tomó mi cara con su mano y con la otra comenzó a rozar mi brazo, bajando en dirección a mis muslos.

—¿Ahora? ¿Aquí? —susurré con la boca seca. Sabía que estábamos solos, pero tal osadía y yo no pegábamos muy bien. Mi cuerpo, en reacción a tal contacto, se estremeció de nervios. Ya había tomado una decisión y no echaría pie atrás, necesitaba olvidar y si era así de una vez por todas sería mejor, así no tendría tiempo para pensar. Cerré los ojos y me dejé llevar suplicándole a mis hormonas que despertaran. Mi respiración estaba entrecortada pero no por jadeos de placer, eran de súplica... De pronto sentí a Greg inhalar el olor de mi piel y en el oído me susurró:

—Si no me importaras, pecosa —expresó suspirando—, todo sería muy fácil. El día que estemos juntos, que pierdas la cabeza como dices tú, será en un lugar solo para nosotros, sin nadie que nos apesure. Aunque el sexo prohibido es más excitante, quiero disfrutar lo que más pueda junto a ti y esta no será la ocasión —dijo en tono serio, podría jurar que con una mezcla de amargura en cada una de sus palabras.

—O sea, ahora te ríes de mí —respondí molesta por la situación. ¿Por qué siempre tenía que quedar en desventaja?

—Nunca, pecosa. Pero las cosas deben hacerse bien. ¿No crees?

Después de eso caminamos de vuelta a la ciudad, parecíamos dos grandes amigos, nadie que nos viera pensaría que estábamos hablando de sexo.

El día era maravilloso y mi humor estaba igual, creo que por haber encontrado en Greg un buen amigo en quien confiar.

Luego se nos unió Andrés, quien se extrañó al vernos juntos, pero no dijo nada, solo enarcó una ceja en el momento en que su *brother*, como le decía él, fue en busca de Tammy, su chica del momento.

En la noche, al llegar a casa, cené sola. Ya se me estaba haciendo costumbre, ¿para qué quería una esposa Maximiliano si casi todo el tiempo estaba sola?

Muy entrada la noche sentí llegar el auto de mi marido. El sonido era inconfundible al menos para mí y cuál fue mi asombro al escuchar que no venía solo, sino todo lo contrario, venía con varios amigos y no había que ser muy inteligente para saber que estaban celebrando, pero... ¿quiénes eran? ¿Por qué los traía? Y lo más importante, ¿qué estaban celebrando?

Se trasladaron todos al jardín trasero, el que daba justo a mi ventana, eso me permitió observarlos detenidamente, hasta que de pronto mi estómago se apretó cuando divisé a Laura. ¿Qué demonios tenía que hacer ella en mi casa? Maximiliano se estaba pasando, intenté controlarme contando hasta mil pero no lograba conseguirlo y el colmo fue cuando uno de los chicos llegó con una botella de champaña en las manos. Pero eso no fue lo que hizo que mi volcán interior estallara, parecía como si yo echara chispas con los ojos, ¿y eso por qué? Porque la víbora de Laurita abrazaba por la espalda a Maximiliano y él..., se dejaba. Eso sí que me dolió, y más de lo que esperaba. Hasta que de pronto como si tuviéramos una conexión él se volteó, así nos quedamos mirando por un largo tiempo mientras yo me fijaba que estaba diferente, no lucía la misma ropa con que había salido, en la mañana se había ido a trabajar de traje y corbata y ahora..., ahora estaba con un pantalón de algodón y una polera blanca de cuello V, pero lo que más me llamó la atención fue notar su cabello, estaba totalmente mojado. De inmediato mis ojos se dirigieron a la víbora que para mi desgracia se veía excelente con una falda cortísima y una polera apegada al cuerpo, y su pelo, ¡Dios! Su pelo estaba igual de mojado que el del maldito de mi marido ¿Qué mierda estaba pasando? ¿De dónde venían? ¿Qué habían hecho? Miles de preguntas rondaban por mi cabeza y cada vez entendía menos la situación, ¿acaso todos le celebraban la amante a Maximiliano? Para mí ya era demasiado, el descaro estaba personificado en la terraza de mi casa. En todo eso estaba pensando cuando lo vi entrar, para luego sentir sus pasos subir por la escalera.

Mi corazón se aceleró junto con mi respiración. Sentí la tensión del momento, era como si mi habitación se cargara de electricidad cuando lo vi aparecer. Se quedó parado bajo el umbral de la puerta, sus ojos azules impenetrables me observaban sin decir nada, hasta que muy despacio avanzó hacia mí, y yo, la estúpida, lo miraba embelesada.

—¿Quieres bajar, pequeña? —me preguntó con voz suave. Música para mis oídos.

Sacó de la cajonera una bata y me extendió la mano para entregármela, sin tocarme en ningún momento.

¡Oh Dios!, me sentía tan indefensa ante él. En la mañana lo odiaba, pero ahora en la oscuridad de la noche el sentimiento había cambiado. Mis pensamientos hicieron que me ruborizara. ¿Por qué no lo podía odiar cuando estaba cerca?

De pronto algo en mí hizo cortocircuito, la electricidad de la habitación se desvaneció en cuanto escuché la voz de Laura llamarlo.

—Sal de aquí, Maximiliano —le exigí—. Es mi habitación.

Silencio, ni una sola palabra salió por su boca, solo me miró, me observó, me analizó.

Sus ojos chispeantes de minutos anteriores ahora estaban fríos, dos témpanos de hielo de un glaciar brillando en medio de la oscuridad, ante eso me aparté, no podía tenerlo tan cerca. Me desesperaba, pero más lo hacia la voz chillona de Laura que insistía en gritarle.

Así que como una loca, que era en lo que me estaba convirtiendo, grité:

—¿Qué crees qué es esta casa? ¿Con qué derecho traes a tu noviecita? Esta es mi casa también y si tú no la respetas, yo seré la primera en ser inmoral metiendo a cuanto hombre se me dé la gana mientras tú no estés.

—¿¡Qué estás diciendo!?

—Lo que oíste, *imbécil* —insistí, mientras en su cara veía confusión—. A mí me respetas aunque solo seamos un matrimonio de palabra. No te voy a permitir que traigas mujeres acá, primero Gretel, ahora Laura, esto no es un motel, ¿o pretendes hacer una orgía? ¿O un trío también con ella y conmigo? No te bastó... con lo que ya hiciste —le recordé, y vi cómo con su mirada gélida recorría mi rostro. Yo trataba de entender su reacción, buscando enfado por mis palabras, pero en vez de eso solo me miraba a los ojos, solo las aletas de su nariz lo delataban y aunque apretó sus puños y tenía la respiración acelerada no me dirigió ni media palabra, ni para defenderse ni para culparse. Quería que saliera ahora mismo de mi habitación, no soportaba su indiferencia, como si nada de lo que le dijera importara, después de un rato en que siguió en silencio, se fue, se marchó dejándome sola y con toda una cantidad de cosas por decirle, ¡cómo quisiera dar un portazo! Claro, si tuviera puerta.

—¡Ni eso puedo hacer en esta casa! —grité sola en mi habitación.

Entré al único lugar en que tenía privacidad, cerré la puerta del baño y lloré... amargamente por un largo tiempo sin poder parar.

Capítulo 10

«¡Dios mío, pero qué cara que llevo hoy!».

«La que te mereces por llorar y no afrontar la vida como mujer y hacerlo como una niña», respondió mi amiga y compañera, conciencia.

Despejé la idea de mi cabeza, aún no me sacaba la imagen de Laura y Maximiliano, y sin saber por qué, la buena de mi conciencia me recordó a Roberta. Ella sí que era completamente desconocida para mí, seguro sería alta, sexy, elegante y con un cuerpo de infarto, eso me quedaba claro y, por supuesto, muy experimentada en el sexo, justo lo opuesto a mí.

En todos estos años la única respuesta a mi gran pregunta de por qué Maximiliano me había... bueno, se había acostado con la innombrable, había sido por mi inexperiencia, pero claro, imposible ser experta, si el único hombre siempre fue él y solamente él.

«Hasta hoy», apostilló mi interior, soy patética, ni eso he conseguido en tantos años, me podría haber postulado a monja si no fuera por Clemente. ¡Ah no!, ahora sí que me estoy desquiciando, ¿cuánta tontera puede decir alguien en el aburrimiento?

Ya sabía perfectamente lo que haría este día. Iría a ver a mi madre, podría estar todo el día con ella, comencé a ducharme y me perdí bajo la calidez del agua. Canté sin pensar en nada, ni en nadie.

—Pequeña —dijo Maximiliano aclarándose la voz, cosa que me sobresaltó.

¿De cuándo estaba ahí? ¿Qué hacía? ¿Qué había visto? Esas eran las preguntas que me invadieron antes de poder responder. Solo nos separaban los cristales empañados, pero podía notar perfectamente su forma de mirarme y él podía hacer lo mismo.

«Cómo me gustaría que entraras a la ducha y me besaras recorriendo con tus manos mi cuerpo y así lograras que por fin me perdiera entre tus encantos», pensé sonrojándome de mi propia desfachatez.

—Josefina, ¿me escuchas? —volvió a repetir, despertándome de mi ensoñación.

—Dame un minuto de paz, Maximiliano, estoy en la ducha, haz el favor de respetar mi intimidad.

—Son las nueve y veinticinco, estás retrasada, te espero abajo. Ahora.

—Maldita la regla del desayuno. ¡No voy al colegio! —chillé con fuerza, pero sé que no me escuchó, porque antes de terminar sentí como la puerta del baño se cerraba, maldije. No quería verlo, no con la cara hinchada, no me gustaba que la gente se compadeciera y menos quería que Maximiliano me dijera algo. Salí rauda de la ducha, me vestí con unos pantalones de tela negros y una blusa de

gasa roja, que normalmente usaría con alguna camiseta de tirantes abajo, pero esta vez no. Me maquillé, cosa que rara vez hacía, y en exactamente veinte minutos, bajé.

Maximiliano estaba de espaldas y no me podía ver, caminaba de un lado a otro y miraba su reloj. Seguro estaría atrasado, pero no, eso no fue lo que me llamó la atención, él estaba vestido con *shorts* grises y una sudadera negra, claro, pensaba ir a correr, en ese mismo instante me invadió una gran sonrisa de suficiencia.

Salí del salón y Maximiliano no pudo ocultar su asombro, detuvo su mirada justo donde yo quería que lo hiciera.

—¿Dónde piensas que vas así? —espetó.

—¿Así, cómo? —pregunté haciéndome la inocente.

—Así... tan arreglada con esa ropa, transparente, donde se te ve todo.

—¡Ah!, tú dices por la blusa —le comenté con arrogancia—. Eh... no tengo que darte explicaciones, tú no lo haces.

Me senté con elegancia poniendo la servilleta sobre mis pantalones, tomé una frutilla deliciosa y como si fuera la mujer más sexy del mundo la introduje en mi boca, estaba ácida, la mordí a la mitad y un hilo de jugo cayó por mi barbilla hacia mi cuello. Maximiliano, con unos reflejos increíbles, pasó su dedo índice lentamente por la delgada línea líquida. Cuando llegó hasta mi boca introdujo el dedo, mi corazón me traicionó al sentir aquel contacto, cerré los ojos, suspiré y chupé como si su dedo fuera el mejor de los manjares mientras Maximiliano no dejaba de mirarme y así pude notar, e incluso sentir cómo su dedo temblaba dentro de mi boca.

Abrí los ojos y lo vi. Su mirada era intensa, penetrante, con una gracia increíble tiró de mi silla y me acercó hasta él, no dejó de mirarme en ningún momento, pero ¿por qué me costaba tanto dejar de mirarlo? Bajó su mano hasta tomar la servilleta de mis piernas. Cuando me tocó sentí que la electricidad recorría todo mi cuerpo, para chocar justo ahí.

A duras penas logré poner en funcionamiento una oración, pero en el momento que iba a hablar, Maximiliano puso un dedo en mis labios haciéndome callar.

Me enfadé conmigo misma por sentirme tan vulnerable. En cambio él se veía seguro de sí mismo y arrogante, como si todo esto fuera un juego de ajedrez y él moviera las piezas a su antojo, y claro yo era simplemente un peón más.

Me pasé la lengua por los labios, los sentía tan secos que tiraban mi piel, luego haciendo acopio de todas mis fuerzas hablé:

—Gracias, pero existen las servilletas —dije poniéndome de pie, ya había desconcertado a Maximiliano—. Lamento no poder acompañarte a correr, nos vemos en la noche.

Antes de salir, él tomó mi mano y nuevamente sentí esa mirada llena de lujuria, sus ojos estaban oscurecidos y penetrantes.

—No me has dicho dónde vas.

—No te preocupes, sé cuidarme sola y, por lo demás, sé lo que significa la palabra respeto —respondí atacándolo, para ver si así al menos dejaba de tocarme.

—Josefina. —Fue todo lo que oí, tomé mi bolso y salí como alma que lleva el diablo, incluso me costó poner las llaves en el contacto del auto, estaba claro que Maximiliano me controlaba como a un títere.

Llamé a Andrés para ver si quería acompañarme, él encantado aceptó, lo pasé a buscar a su casa. Juntos y felices llegamos hasta el psiquiátrico. Ahí estaba mi madre, linda como siempre, con su mirada perdida. Las enfermeras nos informaron que estaba igual, pero que algunos días estaba más alegre. Para mala suerte nuestra, este no era uno de esos. La peiné, la besé y aproveché cada minuto con ella. Le enseñé mi ritual a mi hermano y asombrosamente cuando él se agachó ella tocó su cabeza, Andrés lloró a ese contacto, hacía mucho que nosotros ya la habíamos perdido.

Su enfermedad nos sorprendió a todos. Si bien es cierto que ella siempre fue... distinta, por decirlo de algún modo, un día no se levantó más. Ninguno de nosotros entendió nada, éramos pequeños y no preguntamos, luego con el pasar de los años nos dimos cuenta que mi madre tenía una depresión tan grande que apagó su luz y sus ganas de vivir. Aprendimos a quererla así, en su nueva forma, no tengo recuerdos de una madre feliz pasando tardes enteras jugando con nosotros, pero sí los tengo de ella peinando mi cabello y diciéndome lo lindo que era. Por eso cada vez que la veía me arrodillaba para que pudiera tocarlo, así al menos sabía que me recordaba.

Una auxiliar se acercó hasta nosotros para decirnos que ya era la hora de retirarse, con pesar nos fuimos, pero antes hablamos con la enfermera jefe para pedirle permiso para celebrar su cumpleaños. Ella nos dijo que consultaría, pero que no veía inconvenientes.

Recién a las seis de la tarde paramos frente al lago, nos sentamos a comer algo, mi estómago rugía de hambre y por supuesto el de mi hermano también.

—¿Cómo va la vida de casada, zancudo? Te vi bien el otro día con Maximiliano —me dijo mientras trataba de acomodarse entre sus dedos el sándwich que se había pedido.

Lo observé pensativa, en tanto pensaba qué le respondía. La verdad, no, mentirle ¿para qué? ¿Pero entonces?

—Sí, creo que lo llevamos bien, en tanto yo tengo mis dos días libres y él sale con Laura, con Roberta y quizás quién más.

Al escuchar el último nombre mi hermano se atragantó con lo que estaba masticando, tomó el vaso de bebida y como pudo con la boca llena de comida preguntó:

—¿Con Roberta Merquer? ¿Esa Roberta?

Ahora la que casi se atragantaba era yo.

Tosí un par de veces hasta que por fin pregunté:

—¿Quién es Roberta? ¿Por qué reaccionas así? Dime.

—¡Uff!, Roberta es una mujer hermosa. No, qué digo, es un mujerón, camina expeliendo sensualidad, el sueño de cualquiera.

—¡Vaya! Creí que estabas enamorado de Amber, pero por como hablas de esta... Roberta.

—Jose, es que ella es el sueño de cualquier hombre.

Ahora ya el botón de curiosidad mezclado por la rabia de recordar su frase, *espero no levantarme de tu cama en una semana*, me estaba taladrando. Intenté no sonar tan ansiosa, pero creo que fue imposible.

—¿Alta o baja? ¿Rubia o morena? ¿Gorda o flaca? ¿Color de ojos? Ya pues dime qué tanto piensas. ¡Hombre por Dios!

Tomé bebida para disimular mis nervios, ¿pero a quién engañaba? Esos eran celos y de los peores.

—Alta, morena, ni flaca ni gorda, pero con unas curvas que quisiera recorrer sin frenos.

—¡Andrés! —chillé por lo que me decía. Él me regaló una sonrisa y continuó:

—Ojos oscuros, no sé, negros, no le miro los ojos precisamente cuando la veo, Jose. De mundo, con clase, extraña combinación, pero sí, sexy, una pantera de tomo y lomo, envidio a mi cuñadito, hermana.

En ese momento mi edad neuronal cayó en caída libre, ahora era una niña de doce años, tomé la servilleta y se la tiré en la cara. Andrés comenzó a reír a carcajadas, claro que era por mi reacción, yo a cada momento me enojaba más.

—Deja de reír, pareces idiota —le corté de mala gana.

—¿Estás preocupada por algo o de alguien? Habla, Josefina Zarmientos, antes de que saque mis propias conclusiones.

Ya no seguiría mintiendo, Andrés me conocía demasiado y sería peor.

—Maximiliano estuvo con ella la semana pasada, yo estaba en mi casa con Clemente, lo sé porque cuando estuvimos en Santiago ella le avisó que estaría acá y que no quería levantarse de su cama en no sé cuántos días.

Mi hermano abrió los ojos como si se le fueran a salir. Creo que esperaba cualquier cosa, menos esa pequeña confesión de mi parte.

—Jose, ¿aún amas a Maximiliano?

—¡No...! qué dices, ¿estás loco?

—A ver Jose, entendámonos, no me digas que no te interesa, porque te conozco, basta ver cómo te pones. Yo no te voy a juzgar, es tu decisión. Pero sé que si estamos hablando de la misma Roberta, no estuvo con Maximiliano. Eso te lo puedo asegurar yo. Ahora escúchame y por favor no creas que estoy de su lado, pero tú te fuiste y él hizo su vida como lo hubiera hecho cualquiera, como debiste hacerlo tú también. No me mires así, sé que no lo hiciste y entiendo las razones, pero no puedes culpar a Maximiliano de todo.

—No lo culpo por eso, solo por lo de Susana.

—Pero... ¿lo dejaste explicarse? ¿Lo escuchaste?

—¡Ah no! ¡Eso sí qué no! ¿Qué crees que me va a decir? *Jose, lo siento, viste mal.* ¡No y no!, no me interesa y no quiero explicaciones, él eligió y yo tomé una decisión, punto y final.

—Eres muy testaruda, además te comportas como niña y no lo eres.

Lo fulminé con la mirada, para ser alguien que no juzgaba lo estaba haciendo ahora.

—Mira, Andrés, yo estoy obligada sacrificándome por todos ustedes: por mi papá, por mamá, por ti, por la empresa. No es justo lo que me dices, tú menos que nadie.

—A ver Josefina. Perdóname que te diga, aquí nadie te puso la pistola al pecho para que te casaras y...

No lo dejé terminar. Sus palabras me lastimaban, se clavaban en mi dolorido corazón, y como histérica grité:

—¿¿Cómo qué no?! —exclamé demasiado fuerte—. Susana me obligó, tú sabes cómo son las cosas, Andrés, ¡no tenía opción!

—Lo siento, Jose, pero si tenías opción, hablar, contar la verdad. Deja de mentirte a ti misma, algún día todo se descubrirá, ¿o qué piensas? ¿Qué Maximiliano nunca va a saber de la existencia de Clemente? ¿Cuánto tiempo crees que Susana se va a callar? Si no es esto será otra cosa, ella te utiliza y tú por cobarde y egoísta te quedas callada.

—¡¡Qué!!

—Sí, Jose, cobarde por no hablar y egoísta por no decir la verdad, tu hijo tiene un padre y tú se lo estás negando porque lo quieres solo para ti, no te enojas, solo piensa lo que te digo, hermanita.

—¿Y tú crees que lo que me diga un drogadicto ludópata cuenta?

En ese momento sentí cómo algo se rompía en mil pedazos dentro de mí y de Andrés, yo le había gritado a la cara todos sus defectos sin ningún pudor, vi cómo su cara se transformó en cosa de segundos, sus ojos se entristecieron y su semblante cambió, me sentí atacada y atacué, era lo peor de lo peor.

—Andrés yo...

—Ese es tu problema, Josefina, no ves más allá de tu ombligo, crees que solo importas tú y no es así, ¡crece de una vez por todas! —me gritó por primera vez mi hermano—. ¿No crees que ya te han pasado demasiadas cosas como para que sigas siendo una pendeja malcriada que se enoja cuando no tiene el mundo a sus pies?

Sus palabras me atravesaron. No fui capaz de hablar, ni siquiera de retenerlo, se levantó del lugar en que estaba y desapareció detrás de la puerta. Yo me quedé sentada, compadeciéndome, muchas de las cosas eran ciertas, pero no podía hacer nada, ya estaban las cartas echadas y yo no daría pie atrás. No sé cuánto rato me quedé girando la bombilla dentro del vaso sin líquido, mi cabeza pensaba tantas cosas y mi conciencia me recriminaba tantas otras, estaba en un absoluto limbo, mis pensamientos no eran escuchados por mí, sentía que todo

giraba a mi alrededor y yo no era partícipe de nada, mis ojos miraban, pero no veían nada. Solo giraba la pajilla, una y otra... y otra vez.

Sentí el teléfono sonar muchas veces, si no se encendía, vibraba. No era capaz de cogerlo y contestar, no porque no supiera, no podía, nada de mí respondía, solo giraba. Se acercó una chica, no sé qué le contesté pero se alejó, me debatía entre mis propios pensamientos. ¿Me había vuelto a enamorar y no lo quería aceptar? ¿Tenía un hijo y no lo quería contar? ¿Necesitaba una explicación y no la quería escuchar? ¿Quería huir y no lo podía hacer? Ese era mi problema, “quería”. Esa palabra con tan solo seis letras tenía mi vida en un caos, quería poder responderles a todos y no podía.

Nuevamente se acercó la chica hasta mí. Me pidió abandonar el lugar, no sé cómo accedí, salí y en la calle no supe que hacer, me sentía desorientada y con frío, mucho frío. Caminé hacia el lago y me senté en la arena, abracé mis piernas y comencé a tiritar, miraba las ondas que causaba el viento sobre el lago y reía cada vez que un pájaro se tiraba en picada a cazar algún pez, pensé en sirenas y me reí, podría estar en el mar pero seguro tendría los mismos problemas. Mi celular comenzó a sonar de nuevo, me tenía desesperada, el ruido me molestaba, lo tomé y lo apagué. Antes alcancé a ver el nombre de mi carcelero, claro ¿quién más podría ser? ¿A quién más podía importarle? Mi hermano me odiaba, para mi padre era una transacción, para mi madrastra era una salida, para Maximiliano era una cláusula y para Greg no era nada, ni eso había conseguido. Pensé en Margarita, la dulce de Margarita y me alegré, no habría nadie mejor para Clemente que ella, mi niño, mi sueño, mi vida, mi motor, mi razón de vivir, esa era la luz de esperanza que necesitaba, lo sabía, pero ¿por qué mi conciencia no conectaba con la razón ni con mi cerebro? Era como estar comenzando a mover el engranaje, pero este no reaccionaba, mis piernas estaban pegadas a mi pecho y mis manos las abrazaban, sentía el suelo y por ahí se colaba un frío intenso que me llegaba hasta los huesos. La noche ya había caído sobre mí, estaba triste al igual que yo, ni estrellas había en el firmamento, tal vez sí, pero yo no las veía y ellas tampoco a mí, sentí lo pesado de mis párpados cerrarse y albergar la oscuridad, una que me invitaba a su tranquilidad, una profunda, muy profunda, me dormí sin saber de mí.

A lo lejos sentí mi nombre, como si alguien me llamara y me sacara de la nube en que me encontraba... una muy helada.

—Jose, Jose. —Me zarandeaba alguien. Esa voz, su dulce voz.

Sentí que me tomaban y me levantaban del suelo, mi cabeza no fue capaz de afirmarse y cayó abruptamente hacia atrás, todo era oscuridad... silencio.

Solo veía oscuridad. Escuchaba en el silencio cómo apenas latía mi corazón, frío, eso es lo que sentía, quemándome, respiraba y sentía que los pulmones me dolían. ¿Dónde estaba?

Escuchaba murmullos, trataba de abrir los ojos pero no podía, quería hablar y tampoco era capaz, y antes de que el sueño me volviera a invadir escuché:

—¿Cuándo va a despertar doctor?

¿Doctor? ¿Qué doctor? ¿Dónde estaba? Nada. Silencio y oscuridad, pero los ojos de mi niño me acompañaban y yo los seguía feliz...

Un tiempo después un nuevo ruego me sacaba de mi ensoñación.

—Zancudo, perdona, yo no quise...

¿No quise qué, Andrés? Yo estaba bien, intentaba tocarlo y no podía moverme, mis brazos estaban inmovilizados por algo y cuando volvía a ser consciente, el sueño me ganaba invadiéndome de nuevo... haciéndome dormir.

Sin sentido del tiempo y sin saber dónde estaba ni con quién me sentía, mis brazos antes aprisionados ya estaban libres. Aunque creía que algo clavaba mi muñeca y un pitido constante me estaba partiendo la cabeza. De a poco intentaba abrir los ojos, pero ellos no respondían, lo único que sí hacía era escuchar voces que ni siquiera sabía de dónde provenían.

—Su temperatura corporal es normal, sus signos son estables, comenzaremos a bajar la dosis de sedantes y podremos saber cómo se encuentra cuando despierte.

—¿Pero usted está seguro que no le pasó nada? —Maximiliano estaba enfadado, lo sentía por el tono de su voz, incluso sin verlo podía imaginar su mandíbula apretada y su vena del cuello sobresaliendo.

—No sabemos qué causó el estado de *shock*, pero no tiene nada físico, señor, eso se lo podemos asegurar.

¿Estado de qué...? No, otra vez no, los ojos de Clemente de nuevo venían junto a mí y no podía hacer otra cosa que entregarme.

Un rayito de sol se colaba por la ventana y daba justo en mis ojos, sentí cómo al fin mi cerebro se comunicaba con mi cuerpo y en un acto reflejo arrugué la frente y, pero en cosa de segundos, escuché entre murmullos:

—Pequeña, mi niña, mi vida, despierta, yo no quería que esto fuera así, perdóname por todo, tengo tanto que explicarte, tanto por lo que disculparme, yo no te compré, era la única forma de tenerte de nuevo a mi lado, pequeña, por favor —suplicaba entre sollozos—, no te compré, no te compré...

Moví mis dedos para cerciorarme que estaban todos ahí, pies, manos, todo correcto. Abrí lentamente los ojos y vi a Maximiliano sentado, inclinado con un brazo doblado y con el otro rodeando mi cintura, me aplastaba con su brazo, y con dificultad me concentré en lo que decía y seguía repitiendo:

—No te compré, pequeña...

—Sí, me compraste —hablé con la voz ronca, seca, me dolía cada palabra y sentía mi lengua como una lija.

—¡Jose! ¡Mi Jose! —exclamó levantándose rápidamente, su voz estaba apagada, se lanzó sobre mí besándome con efusividad en los labios, en las

mejillas, en la frente, él estaba áspero, no se había afeitado, eso es lo que me pinchaba y me dolía.

—¿Qué pasó, Maximiliano? —logré preguntar en un susurro ahogado.

Me miró sin entender nada, movió la cabeza y me volvió a mirar.

—¿Cómo qué pasó, Jose? Eso es lo que tú nos tienes que contar. ¿Qué te pasó? ¿Qué te hicieron? Pequeña, dímelo por favor.

El ver la cara de desesperación de Maximiliano me asustó, a mí no me había pasado nada, ¿o sí? Comencé a recordar y entendí todo, pero ¿qué le decía?, ¿cómo le explicaba?, «como solo tú sabes hacerlo», gritó mi conciencia, que también despertó junto conmigo.

—No me hicieron nada...

En ese momento, mientras trataba de explicarle, entró un hombre de delantal blanco junto a una enfermera.

—Señora Von Kryler, despertó, bienvenida al mundo de los vivos.

Lo miré extrañada por unos momentos, claro esa era yo con ese apellido, el médico me miró a mí primero y le hizo una seña a la enfermera.

—¿Sabe quién es? —me interrogó apuntándome directo a las pupilas con una linternita metálica que casi me deja ciega por la intensidad. ¡Claro que sabía quién era!, solo que mis neuronas aún no habían terminado de reaccionar.

—Por supuesto que lo sé.

—Dígame su nombre y qué día es hoy —me pidió claramente, este tipo, de cortesía, no sabía nada, ni siquiera un ¿cómo se siente?

—Josefina Zarmientos, no estamos en la Edad Media. —En ese momento sentí la risa de Maximiliano y eso me tranquilizó, al menos no estaba sola—. Y... creo que es jueves o viernes —respondí sacando cálculos, sabía que había ido a ver a mi madre con Andrés pero qué día era, no lo sabía exactamente.

—Mmm.

Fue lo único que escuché.

—¿Doctor, está bien? —preguntó preocupado Maximiliano.

—Le haremos unas pruebas ahora, le tomarán un escáner y veremos que arroja, señor Von Kryler. Tenemos que tomar en cuenta los antecedentes familiares —dijo más bajito, creyendo que yo no lo escuchaba.

¡Qué! ¿Un escáner? ¿Antecedentes familiares? ¡Oh no!, creían que estaba loca, chalada, orate, de patio.

—¡Max! —grité, y él no tardó nada en llegar a mi lado.

—Tranquila, pequeña, estoy aquí —me dijo tocando mi pelo.

—Max, no estoy loca te lo juro, estoy bien. —Comencé a decirle, me estaba desesperando, el hombre de delantal blanco no dejaba de observarme y anotaba algo en su libreta. Mientras le rogaba a Maximiliano que me creyera escuché cómo el médico le decía algo así como que Susanita se lo comentó y que la madre estaba loca, eso me encolerizó.

—*Imbécil*, yo no estoy loca, la loca es ella. Maximiliano, dile, habla por favor —le decía tratando de levantarme, no podía estar acostada mirando todo desde una posición en desventaja.

—Pequeña, quédate quieta.

—¡No me toques! Habla, dile que no estoy loca —grité sin control, en un movimiento estúpido de mi parte, me puse de pie sobre la cama. No para escapar, si no para ver qué tanto sucedía, pero con tan mala suerte que al levantarme me llevé junto a mí el suero que colgaba y pasé a llevar la mesa botando todo lo que estaba en ella.

—¡Llame a los enfermeros, traigan los sedantes, la paciente está fuera de control!

—¡¡No!! Max estoy bien, suéltense —pedía, rogaba, suplicaba.

Maximiliano no sabía qué hacer, en tanto yo le gritaba cobarde y no sé cuántas cosas más. Llegaron unos enfermeros vestidos de celeste y no tardaron nada en inmovilizarme, me pincharon directo a la vena y sentí cómo en cosa de segundos mis ojos se cerraban y venían hacia mí los ojos de Clemente, que con su sonrisa me tranquilizaba y me hacía olvidar... Oscuridad... tranquilidad y dulce paz.

Ahora estaba perdida completamente, no sé si era de noche o de día, solo había oscuridad. Abrí los ojos y no veía nada, ya no estaba en la misma habitación. Esta era asquerosamente blanca, mis tripas se revolvían de pronto al solo imaginar en dónde podía estar, me giré porque ya no aguantaba más las ganas de vomitar, y al hacerlo, sentí cómo mi mano no alcanzaba a despegarse, ¡estaba amarrada! ¡Dios mío! Amarrada como si fuera loca, traté de girar al menos mi cabeza. Estaba completamente sola, no alcancé a gritar cuando comencé a vomitar, en eso llegó un enfermero, muy profesional, nada de amable.

—Calma, calma, ya está, te voy a soltar para que te puedas sentar y estés más tranquila, ¿estás de acuerdo?

Con la cabeza asentí, estaba absolutamente vomitada, y el olor me estaba mareando. Cuando me soltó, rápidamente me senté y llevé mi mano a la boca, ¡oh no!, de nuevo la sensación de náuseas. No sé qué pensó el enfermero, pero me sujetó fuertemente con sus brazos y no me permitió volver a moverme.

—Quieta o te vuelvo a amarrar —me dijo muy serio, ni siquiera una sonrisa tranquilizadora salía de esa boca.

—Por favor, agua, deme agua. —Fue todo lo que pedí, las convulsiones me tenían agotadas.

—Espera un poco, ahora te vamos a bañar, luego te daré agua.

A la voz de bañar, me alerté.

—¿Cómo a bañar? —balbuceé como pude.

—Estás con vómito por todo el cuerpo, no puedes quedarte así.

—Sí, sí puedo —dije. No quería que nadie me tocara, pero después lo pensé mejor y replanteé la pregunta, debía comportarme lo más normal posible y

no dar a pensar nada erróneo. Aún no podía pensar con claridad, pero tonta no era, mucho menos loca.

—O sea, por favor, deje que me bañe sola, se lo ruego, no quiero que... nadie me toque.

En ese momento sentí un alivio, el hombre se apiadó de mí y me regaló una sonrisa, no de las grandes, pero sonrisa al fin.

—Está bien, pero si intentas algo, esta será la última conversación que tendremos.

—Está bien, se lo prometo señor, yo estoy bien, esto es un malentendido.

—Todos dicen lo mismo, *chiquitita*.

«¡Pero yo no, *imbécil!* », gritó mi conciencia y eso quería gritar yo, pero sabía que nada ganaría. Opté por callar.

Me desabroché la otra amarra y me tendió la mano. Caminamos hasta el baño y cuando traté de cerrar la puerta, no me lo permitió, un suspiro fue lo único que se me escapó.

—¿Puede darse la vuelta... por favor? —rogué.

Se dio la vuelta y lo más rápido que pude me metí en la ducha, grité al contacto con el agua, estaba hirviendo, pero saqué la mano para tranquilizarlo. Yo ahora debía ser la paz personificada. Casi el mismísimo Dalai Lama si fuese necesario.

—Josefina, voy a avisarle a la enfermera para que vengan a asear este lugar, no te muevas.

«¡A dónde voy a ir desnuda!», grité en mi interior.

—Sí, señor.

—Freddy es mi nombre, el Señor está en el cielo —me informó cariñosamente antes de salir.

Me relajé un poco bajo el agua, eso siempre me servía, comencé a jabonarme para sacarme el olor a putrefacción que tenía. ¡Dios mío!, fue lo que dije cuando vi las palmas de mis manos. Mis heridas se habían vuelto a abrir, pero esta vez las laceraciones eran tremendas. Ya no eran cuatro, era una sola, todas unidas, lo mismo en mis dos manos, Me toqué el labio, que con el contacto del agua me dolió, y sentí morir, estaba hinchadísimo y podía tocar algunos hilos. ¡Puntos! ¡Tenía puntos! ¿Pero qué mierda me había pasado? Comencé a tiritar de solo imaginarme lo que había sucedido, miles de imágenes invadieron mi cuerpo de repente, empecé a estremecerme, no lo podía evitar, mi cuerpo no me respondía.

—No, otra vez no, por favor —gemí. En ese momento entró Freddy, no sé qué vio o qué escuchó, pero con una toalla me rodeó el cuerpo sacándome de la ducha, yo seguía tiritando y mi boca no se movía, no articulaba palabra.

—Calma, Josefina, es solo una crisis, ya pasará.

¡Crisis! ¿Qué crisis? Yo seguía vibrando y esa palabra me producía pánico, para mí crisis era sinónimo de locura, y locura sinónimo de psiquiátrico, y psiquiátrico sinónimo de mi madre.

—¡No! Freddy, tengo que salir de aquí, no estoy loca, Clemente me necesita —dije sin pensar.

«Cierra la boca, loca de patio», me gritó mi conciencia. «Quédate quieta o nos irá peor». Era cierto, no podía perder la calma. Los brazos de Freddy me acunaban y contenían con suavidad. Cuando estuve más tranquila me miró con sus dulces ojos café y me dijo:

—¿Estás bien?

—Sí, de verdad que sí, no estoy loca.

Él esbozó una sonrisa, nada más.

—Vendrá una enfermera para vestirte, luego el doctor Michelson vendrá para hablar contigo, ¿entiendes lo que digo?

—Freddy, de verdad no estoy loca, entiendo lo que me dices.

—Nadie ha dicho que lo estés, pero te estás comportando un poco extraño, eso es todo, acá todos queremos ayudarte, no sé por qué la gente piensa que los malos de la película siempre somos nosotros.

—Porque así los pintan, no es culpa de los telespectadores —respondí, tratando de buscar palabras un poco más rebuscadas de lo normal, para que por fin creyera en mí.

Solo me miró y me tendió la mano, luego entró una enfermera y Freddy se quedó en la puerta. Ella me entregó una bata de lo más incómodo, las mangas eran larguísimas, y yo sabía perfectamente por qué, mi semblante cambió de inmediato y ella lo notó.

—Esto es solo por tu seguridad —comentó amablemente.

Una lágrima involuntaria rodó por mi mejilla, ni una palabra salió por mi boca, lo que me había puesto era una camisa de fuerza. Más elegante quizás, pero camisa al fin.

—¿Quieres comer algo?

—No puedo, tengo náuseas.

—Son los medicamentos, llevas días sin comer, si no te alimentas lo haremos por sonda.

—¡Qué! ¡¿Días?! —exclamé, pero al darme cuenta de mi error, rápidamente bajé el tono—. ¿Hace cuánto que estoy aquí?

—Aquí con nosotros dos días pero estuviste tres en el hospital, eso quiere decir...

—Que llevo cinco días loca —terminé la frase yo por ella.

—¿Pero, cómo? Todo el tiempo le has dicho a Freddy que no estás loca y ahora me dices que sí.

—¿Cómo sabe...? —quise saber. Ella no estaba cuando yo hablaba con el enfermero, pero si me decía que sí, no había nada que hacer, yo alucinaba y sí estaba loca.

—Todas las habitaciones tienen cámaras y micrófonos, por eso sabemos todo lo que sucede, luego el médico revisa las imágenes para ver tu comportamiento, ¿entiendes?

Asentí con la cabeza. Ella me ayudó a secar mi pelo y me sentó con cuidado en la cama.

—Te traeré una jalea, para que partamos con eso, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias. —Qué más podía decir, ahora era una niña y para ellos... loca.

Después de comerme toda la jalea, que por cierto aborrecía, pues para mí era comida de enfermo y yo no lo estaba aún, me quedé pensando muy tranquila en mi situación.

Esperaba poder hablar con el médico y explicarle que todo esto era un gran malentendido que estaba bien y bueno...

En ese momento alguien abrió la puerta. Era un señor canoso, medianamente alto, robusto, con una sonrisa más que tranquilizadora, de esas que te dicen que todo estará bien, pero en realidad no lo estaba.

—Buenas tardes, Josefina, soy el doctor Michelson —se presentó estirando su mano. Dudé unos segundos, pues cualquier movimiento que hiciera podría ser malinterpretado, pero lo mejor y más educadamente posible lo saludé.

—Buenas tardes.

Él observo unos papeles que llevaba en la mano por unos segundos, que se me hicieron eternos, luego se sentó cruzando una pierna sobre otra con una pasividad que me desesperaba.

—Bueno, Josefina, vamos a ver. ¿Sabes por qué estás aquí?

—Sí, señor —respondí muy tranquila, aunque en realidad no lo estaba.

—Cuéntame, entonces.

Respiré hondo, tomé aire, pestañeé un par de veces y comencé:

—El jueves... creo, no porque no sepa dónde estoy parada, sino porque no recuerdo bien el día, algo sucedió —si callo pensará que estoy loca, mejor le digo lo que ocurrió ¿pero cómo?—. Eh... tuve una discusión con mi hermano Andrés y bueno, me bloqueé. Luego me quedé sentada y ahora estoy acá.

—¿Y eso es todo, Josefina? —me interrogó levantando una ceja.

¿Qué más le decía?

—Sí señor, yo estoy bien, por favor créame, yo no tengo que estar acá.

—Tuviste un ataque psicótico en la clínica, atacaste a Maximiliano.

—¿Qué?! ¡No! Solo no quería estar acostada, nadie me escucha —respondí tratando de tranquilizarme, porque cuando me alteraba algo anotaba en su libreta.

—Josefina, ¿desde cuándo te autoflagelas?

—¿Qué! ¿Qué yo qué...? ¿Cómo se le ocurre? —chillé, ahora sí visiblemente alterada.

—Si no te calmas, dejaremos esta conversación hasta acá.

—Pero es que usted me está diciendo algo que no es verdad.

—Perfecto, entonces ¿cómo me explicas las heridas en las palmas de tus manos, Josefina?

Cada vez que pronunciaba mi nombre, sentía que me juzgaba y además ahora esto, ¿cómo se lo explico si ni yo misma lo sé?

—Mire, yo no me autoflagelo. Cuando estoy nerviosa empuño las manos, hace unas semanas lo hice por primera vez, no sé cómo mis uñas atravesaron la piel. Después, en otra ocasión, volvió a suceder y bueno, ahora esto, pero esto no quiere decir que tenga algún problema psicológico, es... es estrés, solo eso.

—¿Estás segura que hace unas semanas fue la primera vez? —insistió.

Rápidamente pensé la respuesta, y claro, no era la primera vez, pero hace mucho que no sucedía, y ahí comencé a entender.

—Usted sabe que mi madre está en el psiquiátrico y cree que yo puedo tener rasgos psicopáticos, ¿verdad? —pregunté sin mucho ánimo.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Segura que esa fue la primera vez?

—Usted tampoco responde a las mías.

—A ver, Josefina, si tú no quieres ayudarte yo tampoco lo puedo hacer. Por tercera y última vez te preguntaré, ¿es esa la primera vez?

«O respondes lo que te pregunta o nos quedamos aquí para siempre, poco pilla», me recriminó mi conciencia.

—La primera vez tenía trece años, y fue el día que mi madre salió para siempre de mi casa y de mi vida. Caminé hasta el lago, me senté frente a él y no supe nada más hasta despertar en mi cama, en mi pieza. Tenía las manos con sangre, y... y fue Susana quien me explicó lo sucedido, ella era la enfermera de mi madre. Después, cuando tenía diecinueve años, pasó un episodio complicado en mi vida y se repitió la situación... En total han sido cinco veces, esa es toda la verdad, pero no estoy desequilibrada, se lo aseguro.

—Ya está bueno por hoy, Josefina, descansa, mañana nos veremos de nuevo.

—Pero... pero yo me tengo que ir, no puedo seguir aquí.

—De eso hablaremos después —me respondió serio. ¿Pero este tipo pensará que yo me voy a quedar acá encerrada para siempre?

—¿Cuándo podré ver a Maximiliano?

—Mañana en la mañana hablaré con él, luego pasará a verte, ahora descansa.

Sola, me quedé nuevamente sola y encerrada, me levanté y comencé a caminar por la habitación, miré por la ventana. Necesitaba el lago, mi lago para tranquilizarme, pero no estaba, solo se veían jardines, si esto no era un psiquiátrico era muy parecido. Necesitaba hablar con Andrés para que le avisara a Margarita, ella me estaría esperando preocupada. Esto era tan irreal, aún no lo podía creer, tenía rabia, por un momento pensé gritar, chillar, correr, huir, pero sería peor. Mi visión se perdía en la inmensidad de la noche, y mis pensamientos vagaban por mi mente, lo primero que hice fue poner mis manos sobre la ventana, no quería por la razón que fuese volver a hacerme daño.

¿Pero y si el médico tenía razón? ¿Y yo sí me dañaba? ¿O si en verdad la realidad me superó? Dios, no, la incertidumbre me estaba volviendo loca... y de verdad.

Me fui hasta la cama, no tenía intención de dormir, pero lentamente comencé a ver los ojos de mi niño y dormí profundamente hasta el otro día.

—Buenos días, *bella durmiente* —me despertó un amable Freddy.

Abrí los ojos y los volví a cerrar, pensando en que esto podría ser una horrible pesadilla, pero no, era mi nueva realidad. Mi triste y patética verdad.

—Hola, Freddy. ¿Me podrías decir qué día es hoy?

Él lo pensó un poco antes de responderme, no porque no supiera, si no que estaba dubitativo si decirme o no.

—Miércoles —respondió finalmente.

—¡Mierda! —exclamé—. Clemente y Margarita me deben estar esperando en el terminal —conté en voz alta, Freddy solo me observó y tuvo la gentileza de no decir nada.

—Te voy a dar un consejo —comenzó a decirme, acercándose bastante a mí—, recuerda que las paredes oyen y ven, quédate tranquila, si tienes razón, todo se solucionará y esto será un gran malentendido.

Asentí con la cabeza y recibí un par de pastillas que me entregó. Hice el ademán de tomármelas, pero luego sin que él alcanzara a reaccionar me tiré de nuevo en la cama, subí las sábanas y en ese instante las boté y las escondí, luego resoplé para disimular y me quedé perfectamente bien acostada, ahora tenía que estar de lo más cuerda para enfrentar esta pesadilla de la mejor manera posible.

—Muy bien, Josefina, te traerán el desayuno y luego pasará a verte el doctor.

—Gracias.

Después sucedió exactamente todo como me lo había dicho, en ese mismo orden, ahora solo me restaba esperar... y esperar.

Capítulo 11

Calculo que estuve esperando casi toda la mañana. Confiaba en que Margarita le inventara algo creíble a Clemente y que ella se quedara tranquila, ya vería más tarde cómo podía avisarle y salvar la situación.

Por fin se abrió la puerta y con esto aparecía un impecable Maximiliano, pero al fijarme bien, su cara denotaba preocupación y cansancio, sus ojos estaban apagados y poseía unas ojeras que jamás había visto.

—Pequeña —me dijo al verme, apresurándose hasta llegar a mi lado.

—Max —saludé con alegría, él era mi pase a la libertad, por lo menos salía de una cárcel de concreto para encerrarme en otra un poco más flexible.

—¿Estás bien, Jose? —me dijo mientras me tomaba la cara con ambas manos y me examinaba. Eso me molestó, odio la compasión y más aún si es infundada.

—Maximiliano, tenemos que hablar, escúchame por favor.

—Sí, pero ahora no, debes estar tranquila, ya habrá tiempo, pequeña.

Eso me sulfuró, justo eso era lo que yo no tenía, me acerqué hasta él raudamente tomándolo por el cuello para que solo él me escuchara.

—Mira *imbécil*, yo estoy perfectamente bien, todo esto que me está sucediendo es por tu culpa, ¿qué quieres que le diga al médico cuando me pregunte qué me pasa? Que estoy así porque mi marido me compró, que yo salí de aquí corriendo hace cuatro años porque tú estabas con mi madrastra acostado el día antes de la boda, piensa idiota, si les digo pensarán que estoy loca de verdad. ¡Solúcionalo! —murmuré chillando directo en su oído.

—Jose, pero tus manos, yo quiero que estés bien.

Dios, este hombre no me escuchaba y mi paciencia estaba llegando a su límite.

—Esto no se trata de lo que tú quieres, Maximiliano, por una vez en la vida piensa en mí, en lo que yo necesito. Es miércoles, mi día libre, por el amor de Dios. ¡Sácame de aquí! —expresé más fuerte, su pasividad me sulfuraba.

—Josefina, entiende, lo que pasó no está bien, te hiciste daño, te borraste del mundo por muchas horas, no reaccionaste...

No lo dejé terminar y grité:

—Porque no quiero seguir en esta vida, déjame ser libre otra vez, me estás matando.

En ese momento dejé de gritar, abrió la puerta el doctor y junto a él venía Freddy y otro enfermero, mi conciencia rápidamente me hizo cerrar la boca.

—Ya, ya sé, me extralimité, disculpen, no volverá a suceder —les dije levantando las manos en señal de paz. Luego miré a Maximiliano para que hiciera algo.

—Está bien, doctor Michelson, únicamente estamos hablando —respondió por fin el imbécil.

—Esto no parece una conversación tranquila, Maximiliano, no es bueno que la paciente se altere.

—Doctor, por favor, dígame, ¿cuándo podré salir de aquí?

—Debo hacerte algunas evaluaciones primero, y si salen normales te podrás ir y tomar terapia en forma particular.

«¿Terapia? Yo no la necesito, lo que me falta es libertad», pensé.

—¿Y qué espera para comenzar a hacerme las evaluaciones? —pregunté con mucho respeto.

—Estuve hablando con Maximiliano y le hice algunas preguntas sobre tu comportamiento. —En ese minuto giré la cabeza como la niña del exorcista para mirar a mi esposo—. Todo lo que me contaste de tus laceraciones es verdad.

«Claro que es verdad, *imbécil*», aseveró mi conciencia.

—¿Y? —pregunté con verdadera curiosidad. Yo no era médico, pero sabía que había algo más.

—Bueno, también hablé con Susana. Corroboró las ocasiones anteriores y me comentó un poco tu comportamiento habitual.

Ahora sí estaba perdida, ella terminaría de hundirme.

—Para ella soy un impedimento en su vida, doctor, seguro no le dijo nada bueno de mí, pero le juro que no es verdad —le comenté suspirando.

—Todo lo contrario, Josefina, me habló maravillas de ti, no entiendo, ¿por qué tienes esa percepción de la señora Susana?

Me mordí la lengua para no responder, esta arpía me la estaba jugando y yo solita caía en su trampa.

—Disculpe —le dije por decir algo, tenía que aprender el juego de la innumerable rápidamente.

—Las percepciones de la gente son personales, Josefina, lamento que sea errada, pero bueno, quisiera saber que has hecho de tu vida en este tiempo —me dijo y me observó sobre sus lentes, para hacerme la siguiente pregunta—. ¿Qué tal los estudios?

Tic/tac... tic/tac... ¿Qué le contestaba?: mire tengo un hijo y soy camarera en un café, por eso no estudio, ¡ah y se me olvidaba!, no vivo en la ciudad, vivo en un pueblo donde todo el mundo se conoce y vive de las cosechas agrícolas.

—Vivo con Margarita. —Eso sí era cierto—. Estudio y trabajo medio tiempo —mentí, no, omití algunas cosas, pero lo que me llamó la atención fue la cara de Maximiliano. ¿Por qué veía dolor en su mirada?

—¿Te drogas, Josefina?

—¡No! ¡Cómo se le ocurre! —chillé. Ese es Andrés, pero no se lo dije.

—Cálmate, sino no podremos continuar.

—Disculpe, pero es que su pregunta...

—Lo que sucede, Josefina, es que estás faltando a la verdad y para poder ayudarte, necesito que seas honesta.

—Pero ya se lo conté —hablé desesperada, todo eran preguntas soslayadas que ocultaban las verdaderas intenciones, ¿por qué sentía que había más y no me lo estaban diciendo?

—Pequeña, ya sé que hace años que no estás estudiando.

—¿Qué haces con el dinero, Josefina? —prosiguió el doctor.

Esto era el colmo, mi fin, ¿qué hacía metiéndose un psiquiatra en mis finanzas? Y como si me leyera el pensamiento me respondió:

—No intento analizar tu situación económica, esa no es mi intención, tampoco juzgarte, pero el tema acá es qué has hecho dentro de todos estos años, Maximiliano y tu padre no saben nada de ti, y has mentido. Ese es el punto.

Suspiré y me tiré a la cama, necesitaba pensar y no sabía si podía confiar en el doctor Michelson.

—Es verdad, no estudio, sí trabajo y vivo con Margarita, pero no entiendo qué tiene que ver esto con que esté acá y usted me esté tratando como si fuera loca.

—Jamás he dicho que usted esté loca, nos preocupa la autoflagelación y su tendencia a la mitomanía.

Dios, visto así, sí estaba de patio.

—Doctor Michelson, escuche, no me autoflagelo, sí sucedió, pero en contadas ocasiones y ya le di los motivos. Sí, mentí, bueno, es mi vida y puedo hacer lo que quiera con ella. Creo que a veces la realidad supera a la ficción, créame que yo lo sé, pero ese no es motivo suficiente para que me tenga aquí con camisa de fuerza y sedantes incluidos.

—Nos preocupa tu salud y con los antecedentes familiares que tienes debemos ser cuidadosos.

Maximiliano no decía nada, lo odiaba, pero a la vez sentía pena por él. Su cara estaba descompuesta, denotaba aflicción, bueno, dentro de todo, él si era el culpable de todo lo que me pasaba.

«No, mentirosa, la culpable eres solo tú», respondió mi conciencia.

—Está bien, ¿qué más puedo decirle?, eso no se lo puedo negar, hágame los exámenes.

—Bien, Josefina, me retiro, luego pasaré a verte, mañana nos volveremos a reunir, esto será lo más rápido posible. Tu escáner está normal y quiero escuchar la opinión del psicólogo que te verá en la tarde, mañana temprano pasaré por acá. Adiós Josefina, y créame, mi intención es ayudarte no perjudicarte.

—Claro, seguro —suspiré, pero me disculpé de inmediato, mi lengua como siempre me había traicionado.

—Maximiliano, ¿podría hablar con Andrés? —pedí.

Se demoró en responder y eso me alertó, Maximiliano no era un hombre indeciso sino todo lo contrario, siempre tomaba decisiones y era muy rápido en reaccionar.

—Andrés no está bien...

—¿Qué? ¿Cómo que no está bien? —le corté—. ¿Qué pasó? Dime, habla.

—Ahora está con la chica esa con la que vive, pero lleva varios días borracho y quizás qué más.

Esto es por mí, claro, se sintió culpable por mi estado y por lo que me dijo, lo más probable es que estuviera drogado, él era el único que me podría ayudar.

—Necesito hablar con Greg, por favor, Maximiliano, dile que venga —rogué pidiendo clemencia, solo él podría ayudarme. Pero al ver la cara de Maximiliano, algo cambió en su mirada. Ya no era dulce, todo lo contrario, sus ojos color cielo se nublaron, su respiración cambió y cuando pasó sus manos una y otra vez por su pelo me di cuenta de su molestia.

—No, olvídale, si necesitas algo me lo pides a mí o a tu padre, pero no llamaré a Greg —siseó entre dientes.

Antes de que pudiera decirle algo, su teléfono comenzó a sonar. No sé si agradecerlo o maldecir por su salida.

Unos segundos después entró mi padre, qué feliz me sentí, ¿tan falta de cariño estaba?

—¡Papá!

—Princesa, ¿cómo estás, hija?

—Estoy bien, de verdad, pero no quiero estar acá, no puedo.

—Hija, ¿desde cuándo te dañan?

¡Oh no!, otra vez la perorata de la autoflagelación. Me armé de paciencia y se lo expliqué lo mejor posible, pero a cada palabra que le decía veía pena, tristeza, angustia en sus ojos, traté de hacerlo muy simple, después de todo, él era un hombre enfermo y si le pasaba algo, eso sí que jamás me lo perdonaría.

—Ya está, papá, no volverá a suceder.

—Hija, yo jamás pensé que te afectara tanto lo de Maximiliano. Él es un buen hombre y sé que te ama, me lo ha dicho, princesa, está verdaderamente preocupado. Sé que fui un egoísta y pensé en la empresa, pero jamás haría algo en tu contra, perdóname por favor —me pidió poniéndose a llorar, eso me destrozó el corazón, no podía ver a mi padre así, tan deprimido.

—¡Epa!, yo estoy bien, ahora tienes que preocuparte de Andrés, por favor, papá, no le dejes solo, te necesita, habla con él y hazle saber que tú estás ahí para él.

—Mi niña, eres igual que tu madre. —Oh, oh, no sé si ser igual a ella era lo mejor en este momento para mí—. Ella siempre se preocupaba del resto, antes de ella. Y cada día te pareces más, princesa.

En ese lindo y mágico momento de padre e hija estábamos cuando entró la innombrable, y detrás de ella un cabizbajo Maximiliano. Me partía el alma verlo así.

«Pero basta, Josefina, por Dios, deja de pensar en el resto. Tú estás aquí, ellos afuera», me dijo mi adorada y voluble conciencia, a ella sí deberían analizarla y retenerla.

—Josefina, linda, estamos tan preocupados por ti —dijo cínicamente acercándose a mí para saludarme, me estremecí al solo pensar en su contacto, corrí la cara y ella entendió.

Mi padre se levantó de mi lado y se puso a conversar con Maximiliano, ambos se veían preocupados y enfrascados en alguna conversación. No sé leer los labios, pero entendía que Maximiliano le decía que ya no podía más.

«Él no podía más ¿y yo qué?», pensé.

En ese descuido estaba cuando la víbora me susurró:

—Gracias por hacerme esto más fácil, estás en mis manos, nada me costará apartar al bastardo de tu lado ahora que tiene una madre loca, te podría encerrar aquí de por vida declarándote interdicta y criar a tu bastardo con Maximiliano. Mi Max, loca desquiciada.

Mientras la escuchaba, me costó reaccionar, sentía cómo la sangre comenzaba a hervir dentro de mí y me quemaba en tanto recorría el camino por mis venas, hasta que de pronto toda la cordura volvió a mí. Perdí toda la razón y, antes de que ella pudiera reaccionar, me lancé hacia ella cogiéndola por el cuello al igual como lo haría una leona para proteger a su cachorro del veneno de la víbora. Me descontrolé completamente.

—¡Cállate, *imbécil!* Si te atreves a hacer algo te juro por mi vida que te mato.

Susana se puso pálida, jamás esperó mi reacción. Estaba horrorizada y como la cobarde que era se puso a gritar como si le estuviera pegando.

—¡Suéltame, me duele! ¡Me haces daño! ¡No me pegues!

Ahora la asombrada era yo, Susana sí que estaba realmente loca.

«No, idiota, está fingiendo y tú estás cayendo redondita en su trampa», se apresuró a decir mi conciencia.

Mientras la tenía del cuello, vi como Maximiliano venía hacia mí y mi padre salía. Todo esto en fracción de segundos. Yo esperaba que Maximiliano la protegiera a ella, pero me abrazó muy fuerte por la espalda impidiendo que siguiera sujetándola.

—Calma, mi vida, ya está, pequeña —me decía para tranquilizarme, pero de solo verla frente a mí esbozando esa maldita sonrisa triunfal me volvía loca, pero de ira.

—¡Sal de aquí, vete! —grité descontrolada.

—Sal de aquí, Susana —gruñó Maximiliano y, por primera vez, vi temor en esos ojitos de piscina—. Jose, calma por favor, ya no está, mi vida, tranquilízate, por favor, esto no te hace bien —me repetía y de pronto sentí cómo sus manos llegaban hasta mis puños y lentamente separaba mis dedos apretados de mis palmas. Yo al darme cuenta, me derrumbé, comencé a llorar, Dios mío, sí me hacía daño, sí me autoflagelaba... y no me daba cuenta.

Maximiliano, al sentir mi llanto, me giró hacia él. Yo lo abracé y me aferré a su cuerpo, a sus brazos, como si fuera mi única tabla de salvación, tenía las compuertas de las Cataratas del Niágara abiertas, no podía dejar de sollozar.

Al sentir su calor, su contacto, sentí su sufrimiento y su corazón acelerado, sentí que estábamos realmente conectados. Me separé unos segundos y con los ojos completamente nublados le di unos golpes en el pecho y mis verdaderos sentimientos, los que había guardado por tantos años, afloraron a la luz hablando entre llantos.

—¿Por qué, Maximiliano? ¿Por qué te acostaste con ella? ¿Por qué me hiciste esto? ¿Por qué con Susana? ¿Por qué? —repetía sin cesar.

Maximiliano me miró con los ojos brillantes y apenados.

—No sé, pequeña, lo siento, lo siento tanto.

—Tú... me mataste, te odio tanto, Maximiliano.

—Yo te amo con mi vida, Jose, eres mi sangre, mi droga, mi vicio, nunca te he podido sacar de mi corazón. Déjame demostrarte que soy tuyo, que contigo quiero vivir, aparta tus dudas, perdóname, por favor.

Eran las palabras más lindas que nunca había escuchado, pero no era el momento ni el lugar.

—Sácame de aquí por favor, es lo único que te pido.

Nada más pude decir porque en ese momento sentí cómo algo me pinchaba en el brazo, y rápidamente mis párpados pesaban demasiado, Maximiliano no me soltaba y algo le decía al enfermero, pero era tarde, mis ojos se cerraban y con eso llegaba la oscuridad... otra vez.

Abrí los ojos y junto a mí vi a Freddy, por lo menos una cara amable.

—¿Qué pasó? —pregunté con voz ronca, tenía tanta sed, mi boca estaba seca, y me costaba tragar.

—Te sedaron, *bella durmiente*, tuviste otra crisis.

Puse los ojos en blanco y miré al cielo, todo para ellos era una crisis.

—Solo me alteré, no tuve una crisis, Freddy.

—Nada más te estoy contando lo que me dijeron, debes descansar, es tarde, duerme.

—¿Dormir? He dormido todo el día, es lo único que hago.

—A pasear no podemos ir, son las tres de la mañana.

—He vuelto a dormir todo el día, después de esto no dormiré nunca más para recuperar el tiempo perdido.

Freddy sonrió, eso me tranquilizó, él era un hombre un tanto inexpresivo y ese gesto significaba mucho para mí.

—¿Qué te parece si mañana damos un paseo por los jardines?

—¿En serio, puedo salir?

—No estás prisionera, Josefina, esto no es una cárcel. Además, tu marido ordenó que fuera yo tu enfermero.

—¿En serio?

—No tengo motivos para mentirte. Duerme, así yo también lo haré y mañana te prometo salir a dar un paseo.

—No tengo sueño, no quiero dormir, no puedo.

—Piensa en lo que más te gusta, sueña con lo que tanto añoras.

Ese fue el mejor bálsamo para mí, rápidamente me dormí y fui feliz junto a Clemente. Si todo salía como esperaba, según lo dicho por el doctor, saldría de este lugar.

Las palabras de Maximiliano daban vueltas en mi cabeza, todo lo que había dicho, no sabía si creerle o no, pero sonaban tan ciertas, tan de corazón.

Desperté sola, eso lo agradecí, me levanté con cuidado y llegué hasta el baño. Abrí la ducha, necesitaba sentir el agua corriendo por mi piel, eso me relajaba, ya estaba más tranquila.

Al salir me encontré con una enfermera nueva, no la conocía, pero muy amable me indicó que encima de la cama me había dejado ropa nueva. Por fin me sacaba esa maldita camisa de fuerza, ahora vestía un cómodo pantalón de algodón gris de gimnasia y una camiseta blanca, pero lo que realmente agradecí fueron las zapatillas. Me ofreció ayuda para peinarme, pero la denegué, eso sí podía hacerlo sola.

Estaba realmente pálida y ojerosa, pero bueno, esto no era precisamente una pasarela ni yo una modelo de alta costura.

—¿Lista para el paseo, *bella durmiente*? —me saludó Freddy quien venía entrando con una maravillosa sonrisa.

—Listísima, pero tengo un poco de hambre.

—Lo sé, lo solucionaremos en este momento.

Me tendió el brazo y por primera vez en muchos días, salí de esa habitación. Caminamos por unos largos pasillos hasta que llegamos a un salón, era un comedor muy pulcro. En él había muchas otras personas, se veían normales como yo, pero por algo estaban ahí, sus caras eran tristes, pero resignadas, no quería analizar nada, ni menos juzgar o comparar, no, eso sí que no.

Nos sentamos y me mofé cuando Freddy me entregó el desayuno. No porque estuviera malo, sino porque todo venía perfectamente cortado y además, para comer, solo me entregó una cuchara.

—¿Crees que me puedo matar si me entregas un tenedor de plástico? —me burlé, poniendo en alto el servicio.

—Tú no, *bella durmiente*, pero créeme que lo he visto.

Silencio sepulcral por su comentario y mi inapropiada burla.

Desayunamos juntos y luego fuimos al jardín. Esto era claramente un psiquiátrico, era igual al de mi madre. Yo caminaba observando todo, con las manos en los bolsillos, no quería que nadie me mirara las manos que ahora tenía vendadas. Por suerte el labio ya estaba más deshinchado y los puntos casi no se notaban.

—Te ves bien hoy.

—Siempre lo he estado Freddy. Yo no estoy enferma, te lo dije.

—¿Y cómo explicas lo de tus manos?

Suspiré y respondí con toda la sinceridad que podía.

—No sé, no tengo una explicación, pero créeme que tengo un par de problemas en este momento de mi vida.

Freddy me rodeó con su brazo y movió su mano por mi hombro, en un gesto amable.

—Debes ser fuerte y estar tranquila, eso es lo único importante. Tus exámenes están bien pero debes evitar los escándalos, sobre todo como el de ayer, no puedes ir por la vida diciéndole a la gente que la vas a matar.

—Pero eso no es verdad, ¿cómo crees? No soy asesina.

—Yo lo sé, pero créeme que esas reacciones acá tienen otra lectura. Llevo más de veinte años en esto y creo en ti, por eso te estoy diciendo todo esto.

—No sé por qué me hago estas marcas —reconocí.

—Yo no soy psicólogo, ni psiquiatra, pero sí sé una cosa.

—¿Qué? —quise saber.

—Tú estás bien. Demuéstralo. Ahora iremos a la consulta del doctor Ferrer, tu psicólogo, es un buen tipo, puedes confiar en él.

Asentí con la cabeza, ¿qué más podía decirle?, a esas alturas creía que para salir de ahí tenía que ser poco menos que la Madre Teresa.

Nos sentamos a esperar en la antesala de la consulta, solo estábamos los dos, conversando de nada interesante cuando abrieron la puerta y de la oficina salió el doctor, delgado, alto, crespo y mayor. Si tuviera que decir la edad diría que era como mi padre, sesenta o sesenta y cinco. En cuanto me vio le tendió la mano a Freddy y a mí me saludó con un cálido beso en la mejilla.

—Adelante, Josefina, *alias la bella durmiente* de Freddy.

Ese comentario me hizo sonrojar, pero por alguna razón le quitó tensión a la situación.

Su oficina me encantó, no tenía escritorio ni nada, había un gran sillón en forma de L y a un costado una butaca. Él se sentó en él y yo en el sillón, me ofreció un chocolate y después de presentarse muy caballerosamente me dijo:

—¿Por qué estás acá, Josefina? Quiero escuchar tu versión, eso es lo que me importa a mí.

—¿Puedo hacerle una pregunta antes de responder todo lo que usted quiera saber?

—Dime.

—¿Todo lo que conversemos acá será confidencial?

—Por supuesto que sí. Yo haré un informe, pero no contaré nada de lo que tú me cuentes.

—Eso me deja tranquila, secreto médico/paciente, ¿verdad?

—Sí, hija, esto será como un secreto de confesión, solo que yo no te haré penitencia ni te mandaré a rezar el Ave María.

«Ahora o nunca», pensé.

—Discutí con mi hermano, él me dijo algunas cosas que son verdad y bueno, el resto yo lo sabe.

Me miró con el entrecejo arrugado y habló:

—¿Ahora me podrías contar la historia no resumida?, aún no soy adivino.

—¿Desde cuándo quiere que comience? —respondí con desgana y resignada a abrirle mi corazón a un completo desconocido, solo esperaba que sirviera de algo.

—Desde donde se origina este problema. Mientras más sincera seas, más acertado seré yo y podré sacar una conclusión para ayudarte. Si no será imposible y más tiempo permanecerás con nosotros y tengo la sensación que tú no quieres eso.

—Esto es como chantaje doctor —me atreví a decir.

—No —rio—. En absoluto, pero necesito entenderte y no tengo poderes especiales para eso.

Suspiré un par de veces, y me comí todo el chocolate mientras sopesaba la situación, “contarle, no contarle”.

«Si no eres Shakespeare», me dijo mi conciencia, «habla de una vez y vámonos de acá, hazlo por nuestro osito».

Ante las recriminaciones de mi propia conciencia comencé a contarle toda la historia de mi vida, desde que me di cuenta que mi mamá no era como las de mis amigas, que siempre estaba callada y en su mundo. Luego le conté sobre la aparición de Susana cuando ella ya estaba mal, y de lo mucho que yo como niña me aferré a ella. La sentía más que a una simple enfermera, con ella crecí y viví gran parte de mi juventud, era el referente de madre que había en mi casa. Le conté también la primera vez que vi a Maximiliano, lo que sentí cuando lo vi y la química inmediata que nació entre nosotros, fue verlo y amarlo sin importar el qué dirán. También, con un poco de vergüenza, le conté la etapa rebelde de mi vida, en donde era una chica voluntariosa y hacía todo a mi modo. Lo que yo decía en mi casa para mi padre era como una ley, y claro, yo me aprovechaba de eso sin ningún pudor, aunque ahora que lo veo, simplemente eran arranques de una nena que quería ser amada en su hogar. En ese tiempo mi padre solo tenía ojos para Susana, y lo que nos pasará a nosotros creo que le daba un poco lo mismo, es más, nos dejaba al criterio de su voluntad, que no siempre era de los mejores. Hasta ahí todo era medianamente corriente en la vida de cualquiera, incluso un matrimonio a temprana edad era entendible, pero cuando le relaté lo peor vi en sus ojos sorpresa. Le conté sin pelos en la lengua cómo y cuándo había encontrado a Maximiliano acostado con la innombrable y lo mal que me había sentido, era un sentimiento nuevo para mí, ese día conocía el peor de los males: la traición. Nada en la vida me había dolido tanto como esa palabra de ocho letras, pero claro, hasta ahí podía ser todo medianamente trágico pero normal. Aún faltaba otra parte y la más importante para mí, hablarle sobre Clemente y en ese mismo segundo su cara cambió de tranquila e inexpresiva a sorprendida y alucinada. Con eso todo lo que vino después fue fácil de narrar, era incluso hasta entendible por

qué había mentido y dejado la universidad. Le expliqué detalladamente por qué prefería ser madre y no estudiar. El doctor ya no era impasible, sino todo lo contrario, ahora él también comía chocolate. Luego miré hacia la ventana, le contaría los últimos acontecimientos, lo que le iba a reproducir no era lo más digno de mi vida, pero era parte importante de mí. Partí contándole el incidente del primer día de vuelta a la región, le describí lo de Greg y me sentí como una mujer ligera de cascos, «fácil», me corrigió mi conciencia, nadie conocía a un hombre y a la primera se dejaba tocar por él, al menos yo no. Volví a tomar aire y esta vez cerré los ojos para contarle la verdadera razón de mi matrimonio, que todo era un arreglo únicamente de negocios, que yo era una cláusula más. En ese momento sí cambió su semblante, ahora estaba preocupado y me miraba con esa cara que yo tanto odiaba. Compasión.

—No me mire así, que no me he muerto —le dije para seguir describiéndole la historia de mi vida. No dijo nada, solo silencio, así que proseguí contándole los últimos episodios de mi historia. Ni siquiera omití el incidente del hotel, y de que cada vez que estaba cerca de Maximiliano él controlaba de alguna forma mis sentimientos, me avergoncé un poco al contarle lo que pretendía hacer con Greg, no le estaba mintiendo en nada, también le dejé ver mi preocupación por Clemente y le expliqué a mi manera la verdadera razón de por qué quería que Clemente fuera solo mío. Silencio, embarazoso silencio, hasta que por fin el doctor, aclarándose la voz, me habló:

—¿Quieres llamar a Margarita?

¡Sí!, Dios eso era todo lo que yo necesitaba en ese momento. Me levanté precipitadamente del sillón y lo abracé con verdadero agradecimiento que él sorprendido aceptó.

—Gracias, gracias, se lo agradezco —repetí innumerables veces.

—Vamos, llámala ahora —me dijo un tanto afectado por todo lo que había escuchado.

Me acerqué al librero donde estaba el teléfono y marqué, al segundo tono mi Margarita contestó.

—¡Margarita! —chillé por el auricular, mi alegría era evidente.

—Josefina, mi niña, me tenías preocupada, ¿qué pasó? ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

A la cantidad de preguntas que me hacía ella sin detenerse ni un momento, medité la respuesta y pensé en fracción de segundos antes de contestar.

—Calma, Margarita bonita, estoy muy bien, tuve unos inconvenientes y no pude avisarte, pero tranquila, iré lo más pronto posible. —Le cerré un ojo al doctor que me miraba asombrado—. Déjame hablar con Clemente por favor —supliqué.

—¡Mamiiii!

En ese momento tuve que cubrir mi boca para no dejar escapar mis emociones, tanto añoré esa voz y ahora que la escuchaba no podía hablar, las lágrimas corrían desbordadas por mis mejillas.

—¿Mami, estás ahí? —preguntó mi niño muy serio, podía incluso imaginarme su carita con el ceño fruncido, mi osito odiaba esperar.

—Sí, mi bebé, estoy aquí, te amo precioso, te adoro.

—Ya te dije que no soy tu bebé mami, yo cuido a Margarita —resopló por el otro lado del auricular.

«Dios, qué manera de parecerse», me recordó mi conciencia que hasta ahora no había hablado.

—Sí, sí, perdón, tienes razón —dije arrugando la nariz y limpiándomela, ahora no solo por mis ojos caía líquido sino que de mi nariz también.

—¿Estás llorando, mami?

—No —mentí—. Es que estoy resfriada, por eso no pude ir, pero en unos días estaremos juntos. ¿Bueno?

En ese momento el doctor Ferrer se acercó hasta mí, colocó la mano en mi hombro y me entregó un pañuelo desechable.

—Ya, mami, Margarita quiere hablar.

Terminé de hablar con Margarita prometiéndole que la llamaría más tranquila luego y asegurándole que estaba bien, corté y dirigí mi vista al doctor.

—¿Ve que no estoy loca? —le aseguré para quitarle tensión a la situación, él me miraba de una manera especial y no me gustaba nada.

—Es la primera vez en treinta años de carrera que escucho algo así. Eres una mujer muy valiente, Josefina. Quédate tranquila, no estás loca y no tienes ningún desequilibrio mental, pero...

—Pero ¿qué? No me diga que va a contar algo de esto, usted me lo prometió, es secreto médico/paciente —le recordé como ametralladora.

—Calma, déjame terminar, por favor. —Yo me silencié automáticamente—. Tú no eres superhéroe, Josefina, y las marcas en tus manos me preocupan, entiendo perfectamente la razón y el porqué, pero no podemos dejarlo así. Haré el informe en este momento y se lo haré llegar al doctor Michelson de inmediato, estarás fuera de aquí hoy mismo, pero... —Levantó una ceja y yo sabía que debía callar—. Irás a mi consulta particular y comenzaremos una terapia lo antes posible. Ahora quiero que estés tranquila sobre todas las cosas.

—Doctor... de verdad no estoy loca... ¿por lo de mis manos...?

—¿Loca?! No, hija, nada de eso, eres una mujer impresionantemente resiliente, sana y normal, ¿qué esperabas? De alguna forma tu cuerpo tiene que reaccionar y sí, es verdad que no lo hizo de la mejor forma, pero loca no, Josefina —me aseguró para que me sintiera verdaderamente en paz—, tranquila, quiero que tengas esto, es mi número personal. Me puedes llamar en cualquier momento y a la hora que sea si sientes que necesitas hablar.

—Gracias —dije tomando la tarjeta.

—¿Segura que estás bien y puedes volver a tu casa?

—Si —reí—. Maximiliano no es un depravado, doctor. No es un santo, eso sí que no, pero no es el demonio. A usted no le puedo mentir, no sé qué va a pasar ahora o en lo que queda de año, o qué le contaré, pero la verdad, no.

—Eso lo trabajaremos, no todo está en tus manos, para eso estoy yo, te veo en la semana y por favor no dejes de llamar, si no, me tendrás en la puerta de tu casa.

—No, por favor, le prometí que tomaría la terapia, quiero ser una buena madre y hacer las cosas lo mejor posible.

—Eres una buena madre, Josefina, pero no puedes sacrificarte por todos y menos inmolarte por los demás. Ahora vete y descansa, redactaré el informe de inmediato, no quiero verte más aquí, este sitio no es para ti.

Me lancé a sus brazos y lo abracé con ternura. Ese hombre era ahora, además de mi confidente, mi pase a la libertad. Me había sacado una gran mochila imaginaria de encima, me sentí increíblemente más liviana y con fuerzas para enfrentar mi vida, no es que tuviera resuelto todo, pero ya era hora de escuchar explicaciones, sobre todo de Maximiliano.

—Si me hubiera traído un libro lo habría leído completo, estuvieron más de dos horas en la consulta —nos dijo Freddy con cariño cuando me vio salir sonriente.

—Tenías razón, es un buen hombre y creo que hoy me iré, ¡por fin!

Caminamos por los mismos pasillos que habíamos recorrido anteriormente, pero para mí estos ahora eran luminosos y llenos de esperanza, sentía la sonrisa en mi cara, no la podía borrar. Incluso tenía ganas de cantar, claro, no lo hice, si no seguro pensarían que era loca y terminaría quedándome por mucho tiempo más. El hablar con Clemente me revitalizó enormemente, era mi batería, mi gasolina, mi motor, mi vida, mi cielo... mi todo.

Al entrar en la habitación, vi a Maximiliano mirando por la ventana. Estaba pensativo y con el pelo muy desordenado, caminé en silencio hasta él, debió estar sumido en sus propios pensamientos porque no se percató de mi presencia hasta que llegué a su lado, me puse de puntillas y le susurré:

—Hoy vuelvo a tu casa.

Se dio la vuelta y me abrazó, yo me dejé rodear por sus cálidos brazos sin oponer resistencia. Me embebí de su olor, ese que tanto me gustaba, no era el olor a perfume o a gel de ducha, era su olor, olor a él, era casi tan embriagador como el de Clemente, solo que este me nublaba el alma y el corazón.

—Vuelves a tu casa, pequeña —me corrigió aún en sus brazos.

—Como sea, la cosa es que salgo de aquí. ¡No estoy loca! —exclamé feliz.

—Yo jamás lo he dudado, pequeña.

—¿Ah no? ¿Y por qué no me sacaste?

—Jose, ¿de verdad quieres que te explique todo ahora? —comentó mirando a la cámara, para que yo entendiera.

—Me debes una explicación, Maximiliano Von Kryler y esta vez quiero escucharla con todos los detalles.

—¿En serio, pequeña? ¿Me escucharás? —preguntó emocionado, como si le hubiera dicho algo realmente valioso.

Asentí con la cabeza y me separé de él como si me doliera su contacto. Cuando Maximiliano me miraba de esa forma, turbaba mis pensamientos y eso era lo último que quería, necesitaba estar tranquila.

—¿Te duelen las manos?

—No, en absoluto. No sé por qué las aprieto a veces, pero tomaré una terapia con el doctor Ferrer, tengo su tarjeta —le confesé mostrándole el papel.

—¿Qué quieres hacer en la tarde? El día está maravilloso. ¿Podríamos ir a navegar por el lago? Antes te gustaba, ¿recuerdas?

Claro que me gustaba navegar, la sensación del viento sobre mi cara desordenándome el pelo era increíble y sobre todo lo que siempre sucedía después...

—Eh... creo que no es buena idea. Prefiero pasar.

—¿Por qué, Josefina? —preguntó inquisitivamente, sabía perfectamente por qué, y no me lo estaba poniendo nada fácil.

Justo cuando iba a responder, me salvó la campana y entró el doctor Michelson con unos papeles en la mano.

—Josefina, Maximiliano —nos saludó protocolarmente—. Me alegra verte tan bien.

—Estoy bien, siempre lo he estado —recalqué con respeto.

—Tengo los informes del doctor Ferrer y los resultados de los exámenes.

—¿Y? —quise saber interrumpiéndolo, Maximiliano tomó mi mano en señal de silencio y yo obedecí.

—Tuviste una crisis producida por algún episodio traumático en tu vida. TEPT (Trastorno de estrés postraumático). Se caracteriza básicamente por haber vivido algún incidente estresante o emocionalmente complicado. Tus defensas mentales bloquean la capacidad de pensar, por eso no reaccionaste a nada el jueves pasado, luego te desorientaste y reaccionaste atacando.

Al escuchar lo último iba a reprochar, pero Maximiliano sabiamente apretó mi mano para que no dijera nada y el doctor prosiguió diciendo:

—Los calmantes administrados te ayudaron a poner en orden tus pensamientos. Lo que sí nos preocupa y por eso te derivaré al especialista, son las autoflagelaciones que te provocas inconscientemente. Buscas una vía de escape y, como callas y no expresas tus emociones, sucede lo de tus manos.

«Vaya, diez años en la universidad para descifrar algo de lo que ya me había dado cuenta y ya les había gritado innumerables veces», pensé, pero obvio, callé.

—¿Entiendes lo que te expliqué, Josefina?

«Claro, no soy idiota», «loca exactamente», me recordó mi conciencia.

—Sí, doctor, entiendo y ya hablé con el doctor Ferrer, iniciaré una terapia con él, no se preocupe.

—Maximiliano —habló el doctor como si todo lo que yo le dije no hubiera existido—, debes asegurarte de que Josefina esté tranquila y su vida sea lo más normal posible, eso impedirá futuros episodios. Le recetaré algunos medicamentos.

—No se preocupe, yo me encargo doctor —contestó Maximiliano, quien aún no dejaba mi mano.

—¿Estamos claros, Josefina?

—Sí, muy claros —respondí en un tono un tanto burlón, ya me lo había explicado demasiadas veces—. Solo paz y amor.

El doctor se rio tras mi comentario y yo me sonrojé, mi lengua siempre me traicionaba y eso significaba que nuevamente comenzaba a ser yo.

Después de que entregó las recetas a Maximiliano y se despidió de mí, recordándome una próxima visita con él, Maximiliano preguntó:

—Doctor, ¿usted cree que es recomendable unas vacaciones?

Lo mato yo misma y con mis propias manos.

—Claro, es una excelente idea, pero primero debe comenzar con la terapia. Luego será muy recomendable.

En ese momento, solté el aire que ni siquiera sabía que tenía contenido y me alegré, ya no sería asesina, ya vería más adelante cómo me zafaba de esa situación.

—Entonces, comenzaremos por ir a navegar —sentenció Maximiliano.

—Excelente idea, me parece perfecto —apostilló el doctor, feliz por la idea.

Maximiliano parecía pavo real, fue como que hubiera enseñado todas sus plumas junto con esa sonrisa tan típica suya de satisfacción.

Rapidísimo, ordené las pocas cosas que tenía y me alisté. Me negué rotundamente a salir en silla de ruedas, me daba lo mismo que fuera el protocolo del lugar, yo estaba perfecta y saldría por mis propios pies. Freddy y Maximiliano se miraron haciéndose un gesto como de derrota. Yo, con la frente muy en alto, salí por la puerta de cristal, le di un caluroso abrazo a Freddy y le prometí verlo en algún momento. A ese hombre le había tomado cariño, fue muy gentil conmigo.

Nos dirigimos al todoterreno de Maximiliano en completo silencio. Descansé verdaderamente cuando salimos por fin del hospital, ¡ah no, perdón!, era una especie de casa, estilo hospital, para sanar problemas emocionales, para mí, lo mismo que un hospital o que un psiquiátrico.

—¿Tienes hambre, pequeña?

—Sí, me podría comer cualquier cosa que me pusieran por delante.

Ups, no fue muy acertada la respuesta, Maximiliano me miró de lado y sonrió.

—Entendiste perfectamente, no me mires así.

—Yo no he dicho nada.

Maximiliano manejó directo hacia el club de yates de la región, a medida que nos íbamos acercando aparecían las embarcaciones, desde lejos se podían ver sus mástiles. Como hacía un día precioso, muchas lanchas y yates habían salido de paseo. Era algo muy común por la región, todos trataban de aprovechar el lago lo mejor posible y por lo que recuerdo Maximiliano era un excelente marinero... entre otras cosas.

Él iba feliz, yo nerviosa. No quería estar en un espacio tan reducido junto a él. Quería escuchar sus explicaciones, pero también quería tener la posibilidad de salir huyendo si lo necesitaba, cualquier cosa, pero en su lancha eso no sería posible. Finalmente, nos estacionamos frente al lago, él iba vestido perfectamente para entrar al club, pantalones de lino azules y camisa blanca, le faltaba la gorra y parecería capitán. «Tu capitán», soltó mi conciencia. En cambio yo llevaba la misma ropa que estaba usando en el hospital.

—¡Cuánto tiempo que no venía! Está tan cambiado —murmuré impresionada. El lugar estaba muy distinto, mucho más moderno, creo que hasta el edificio era nuevo, las vistas de las velas al viento y los sonidos que se formaban cuando el barco se sumergía y luego reflataban del agua me encantaban, la brisa ponía lo suyo y ayudaba también con su propia entonación, era música para mis oídos, una de relajación y mucha paz.

El viento me hizo estremecer, Maximiliano rápidamente pasó su brazo sobre mis hombros y me apegó a él.

—¿Tienes frío?

—No, es solo el viento, esto está tan lindo Max.

—¿Lindo? Tú eres linda, pequeña, esto es únicamente un montón de embarcaciones amarradas sin disfrutar, por eso hemos venido. A disfrutar, pero primero almorzarás. Estás muy delgada, y estos días casi no comiste —me recordó preocupado.

—¿Comer? Pero si pasaba sedada, ahora espero no cerrar los ojos en mucho tiempo.

Ambos nos reímos con ganas, como hacía tiempo no sucedía.

Nos sentamos en el club mirando al lago, un joven no tardó en llegar para atendernos.

—Señor Von Kryler, hace mucho que no venía por acá.

—Es que no tenía motivos, Ismael, navegar solo nunca me ha gustado.

—¿Quiere que avise para que preparen su embarcación?

—Sí, gracias.

Vaya, en este lugar la cordialidad y las buenas costumbres eran primordiales y por supuesto la forma de vestir. Aquí todos estaban vestidos como si esto fuera una fiesta, nadie con buzo, ni siquiera los niños, yo hubiera traído a Clemente con *shorts* y zapatillas, jamás con pantalones, en eso estaba pensando cuando...

—¿Quieres comer acá o navegando?

—Eh... no sé, como quieras.

—No es lo que yo quiera, es lo que tú prefieras.

—Es que no tengo hambre ahora.

—Bueno, pero después tendrás, dime qué te apetece comer.

Pensé por un momento y lo que en realidad quería comer era helado.

—Un helado de chocolate con crema encima.

—Eres una niña. ¿Lo sabías? —me dijo riendo, mirándome con ternura.

No sé si me molestó su comentario o qué, pero mi lengua se defendió de la mejor manera por mí.

—Pero igual te gusto, ¿o no?

¡Dios mío!, pero qué dije, no contestes, no hables, olvida lo que dije, rogué, pero obvio, no resultó. Se levantó un poco del asiento, con sus manos tomó mi cara y siseó:

—No me gustas pequeña... te adoro, te...

—Basta, no sigas por favor —le corté, no quería escuchar lo que venía a continuación, no estaba preparada para eso.

Se retiró a su puesto con los ojos cerrados. Después de un momento me pidió que lo esperara y él caminó hacia la barra donde estaba Ismael, no sé qué hablaron ni nada. Luego se acercó a mí, me tendió la mano y salimos del club en dirección al embarcadero, pero antes de salir, Ismael llegó con un cono de helado de chocolate y crema.

—Esto es para mi pequeña, no, niña Josefina. Nótese la diferencia.

Esos gestos de Maximiliano me dejaban atontada, ¿cómo podía ser un hombre así? Tan romántico y a la vez tan frío y pragmático en ocasiones.

Caminamos conversando felices, muy juntos pero sin tocarnos. Yo moría de ganas de que me tocara, pero no lo hizo, en cambio disfrutaba de mi helado lamiéndolo por todos lados.

—¿No me darás?

—¿Qué?

—Helado.

—No puedo creer que me estés pidiendo. ¿Por qué no te compraste uno?

—Quiero probar el tuyo, ese me gusta.

Dios, esto sonaba a doble sentido.

«No, sácate la idea de la cabeza, recuerda de dónde vienes saliendo», me sugirió mi conciencia.

Le pasé el helado, pues no soy egoísta.

«Como que no, si quieres a Clemente para ti sola», volvió a la carga mi conciencia.

Maximiliano se detuvo y comenzó a lamerlo mirándome a los ojos, lo hizo de tal manera que sentí como si fuegos artificiales comenzaran a estallar bajo mi vientre y cuando me lo devolvió morí.

—¿Quieres chuparlo... tú, ahora?

Me atraganté con mi propia saliva, tosí un par de veces y por fin pude responder:

—No, te lo regalo, ya no me apetece comer más.
Solo me miró.

Capítulo 12

Seguimos caminando hasta que se detuvo frente a una impresionante embarcación, la cual yo miraba alucinada.

—Llegamos, pequeña. —Sonrió derritiendo los polos, orgulloso.

—¿Dónde está tu lancha? Esta no es la que yo conozco.

—No, esa ya no existe, ahora navego en esta, es un *Sun Odyssey*, posee un diseño más avanzado y atemporal. Eso quiere decir que conserva el diseño original, mejora la navegabilidad y tiene una comodidad excepcional, además me permite adaptar distintos tipos de vela para distintas ocasiones.

¡Wow! Era inmensa, debía tener como diez metros, totalmente blanca, su diseño era moderno, pero tal como Max había dicho mantenía el diseño original, eso sí era verdad. De alto creo que tenía como cinco metros. Pero lo más impresionante era la vela, realmente grande y flameaba recia contra el viento.

—No me des tanta información, que no seré capaz de retenerla, recuerda que ahora estás casado con una enferma de la cabeza.

Me tomó por sorpresa cogiéndome del brazo para que lo mirara.

—Josefina, no quiero que vuelvas a hablar así de ti, no tienes ningún problema mental. ¿Estamos de acuerdo?

—Solo era una broma, disculpa —dije y cambiando el tema pregunté—. ¿Y cómo se llama?

—*Josefina II*, mira —me indicó apuntando su nombre, eso me llegó al corazón. No tenía que preguntar por qué dos, porque su lancha anterior era *Josefina I*—. ¿No me dirás nada?

Negué con la cabeza, prefería guardar silencio.

—Solo existe ese nombre en mi vida, pequeña, te lo dije, siempre en mi corazón.

Antes de que yo cayera desmayada ahí mismo ante esas palabras, salió desde la cabina un chico que miraba el yate igual de anonadado que yo.

—Don Maximiliano ya está todo listo, tal cual lo pidió Ismael.

Yo giré la cabeza sin entender nada, ¿cuándo había hablado con Ismael y qué quería hacer?

—Vamos, es un estupendo día para navegar.

—No quiero, te dije.

—Serán un par de horas, pequeña, antes del atardecer estaremos en casa, además debes acostarte temprano, mañana vuelas a primera hora.

—¿Qué?! —chillé horrorizada, ¿a dónde iba ahora?

—Lo que oíste, mañana viajas a tu casa. Seguro que Margarita estará preocupada, la hubiera llamado, créeme, pero no tengo su número telefónico.

Cómo no tirarme sobre él y besarlo hasta cansarme. ¿Por qué me hace esto? ¿Por qué ahora?

—Max, no sé qué decirte —mentí.

Sabía pero no podía.

—Dime que sí, y vamos a navegar.

Lo miré entrecerrando los ojos, pero al ver su insistencia, no me quedó otra opción.

—Por supuesto, siempre y cuando llegemos al atardecer.

Después de mi respuesta lucía completamente feliz, agarró mi mano y me condujo por el puente que llevaba directo hasta el velero; de inmediato, bajamos a cubierta. Todo era enchapado en madera, a un lado, una mesa rodeada por un sillón de cuero color marfil en forma de U que la rodea por completo, en frente una especie de mesa más pequeña con monitores para poner las cartas de navegación, y más adelante una pequeña cocina con horno incluido, delante, dos cabinas. Sabía perfectamente lo que eran, no deseaba preguntar, pero al ver que no decía nada, tomó mi mano, movió la puerta corredera y me enseñó la habitación. Lindísima, no puedo decir otra cosa, poseía una cama para dos personas todo en color blanco, el cubrecama de plumas poseía solo una J en medio, cada cojín tenía la misma letra. No quería mirar a Maximiliano, no podía, si lo hacía sabría perfectamente lo que estaba pensando, salimos y me llevó a la otra habitación. Esta poseía un camarote doble, todo era exactamente igual. Inevitablemente pensé en Clemente, «no, por favor no, ahora no», le pedí a mi mente, no esos remordimientos.

—¿Te gusta?

—Es precioso, me encanta. ¿Vienes mucho?

—No tanto como quisiera.

—Tus amigos lo deben pasar fenomenal acá —le dije, aunque en realidad no pensé exactamente en la palabra *amigos*, si no *amigas*.

—Eres la primera persona a parte de mí que viene, pequeña, tú me conoces y sabes cómo me gusta navegar.

«Con el amor de mi vida», respondió mi conciencia, así era como le gustaba, esa era su frase.

Subimos a la cubierta, a la parte de atrás donde se encontraba el timón.

—Siéntate pequeña, vamos a salir ahora.

Sabía perfectamente lo que tenía que hacer, esto era como andar en bicicleta, nunca se olvida.

—¿Quieres que suelte las amarras? —pregunté. No podía solo sentarme y esperar, esa no sería yo.

—¿Quieres ayudar, Jose? —Me miró como si le hubiera dicho que encontré un tesoro.

—Pago mi pasaje, nada más.

Eso fue todo lo que nos dijimos. Caminé a desamarrar la cuerda, luego subí el ancla. Nada más había que apretar un botón, esto sí era moderno, ambos nos

miramos y dimos el pequeño impulso y el velero comenzó a moverse. Una vez que nos alejamos lo suficiente, me senté y Maximiliano se puso detrás del timón, movió la palanca hacia adelante y comenzamos a navegar, yo estaba extasiada, esto me encantaba. Una vez que nos alejamos de las demás embarcaciones, comenzó a pilotar con mayor intensidad.

—Vamos, ¿qué haces acá sentada?, ve a la proa y suéltate el pelo, luego te alcanzo.

Era increíble cómo Maximiliano recordaba todo lo que me gustaba, el pelo al viento era la sensación más agradable que podía tener. Sin dudarlo me levanté y caminé afirmándome del pasamanos hasta llegar a la parte delantera del velero, me solté el pelo y, como si fuera Kate Winslet, la protagonista de *Titanic*, estiré mis brazos para sentir el viento rozar mi cara y enmarañar mi pelo, la única diferencia era que yo no tenía a Di Caprio detrás de mí. «Solo porque tú no quieres», me recriminó mi amiga interior.

No sé cuánto tiempo estuve así, disfrutando del momento, luego lo sentí en mi espalda.

—Pequeña... —susurró en mi oído.

Yo me sobresalté, no esperaba tenerlo tan cerca. Al darme la vuelta me sonrojé, su mirada era ardiente. Me tiró hacia él, luego me abrazó y me besó con los ojos cerrados en la frente.

Ambos nos quedamos mirando en silencio.

—Es hora de hablar, Jose.

Asentí con la cabeza. Desplegamos la mesa que se encontraba cerca de nosotros para sentarnos uno frente al otro. Maximiliano bajó a la cabina y regresó con una botella de champaña y dos copas.

—¿Qué se supone que vamos a celebrar, Maximiliano? —pregunté intrigada.

—Un nuevo comienzo, pequeña, las verdades no contadas y las disculpas no entregadas.

Ahora era poeta, esto era lo último que me faltaba, yo no contaría nada, solo escucharía, si él quería contarme su verdad, era una cosa. Otra muy distinta era que lo hiciera yo.

—Solo te voy a escuchar, no tengo nada que decirte —advertí antes de que empezara a hablar.

Sirvió las copas mirándome a los ojos y me la entregó.

—¿Estás seguro que puedes estar acá tan tranquilo mientras esta cosa se mueve?

—Estamos navegando, el viento nos dirige, debemos ir a unos diez nudos.

—Me estás hablando en chino, no tengo ni idea de cuánto es eso.

Max cogió mi mano y sonrió.

—Diez kilómetros por hora, pequeña, con rumbo recto en piloto automático.

—Es muy veloz entonces tu juguete nuevo —me burlé.

—Después te mostraré lo que puede hacer mi juguetito, pequeña, y no dirás lo mismo.

—Veremos, capitán.

—Estás preciosa pequeña, te ves relajada y eso me encanta... te ves como antes.

—¿Antes? Eso no sucederá, Maximiliano, el pasado ya fue, y nosotros desperdiciamos la oportunidad.

—Jose, ese día que fuiste a mi casa y yo...

—Puedes omitir los detalles, créeme que lo recuerdo como si fuera ayer.

—Esa fue la única vez que estuve con Susana, te lo prometo por lo más sagrado que tengo, y no hay día que no me arrepienta.

—¿Por qué, Maximiliano?

—No lo sé Jose, créeme que no lo sé —me dijo totalmente apesadumbrado—, ese día había salido a celebrar con mis amigos a un bar. No me estoy justificando, solo te estoy contando todo lo que sucedió esa maldita noche. Cuando llegué a casa Susana me llamó e insistió que tenía que hablar algo urgente conmigo. Como había bebido le dije que fuera a mi casa, seguimos bebiendo y luego no sé cómo una cosa nos llevó a la otra y terminamos como ya sabes.

Tantos años esperando por esa explicación y ahora que por fin la escuchaba no la podía comprender.

—No entiendo, no te creo, nadie ve a alguien y se acuesta con ella solo porque sí y de la nada.

—Pero es la verdad, nunca la miré con otros ojos Josefina, sé que es difícil de creer —dijo perdiendo la poca paciencia que tenía, ¿pero qué creía, que con eso bastaría y borraría todo lo que yo ya sufrí?

—¿No pensaste en mi padre? ¿En mí? ¿No se supone que estabas tan enamorado?

—¡Claro que estaba enamorado! —exclamó alterado—, lo estoy Josefina, pero no me dejaste explicarte, te fuiste, sin decirme nada.

—¡Ah no, eso sí que no te lo permito!, ¿qué querías que hiciera?, si tú me estabas engañando, ¡yo te vi y tú no hiciste nada! ¡Te quedaste mirándome! —chillé un poco fuera de control.

—Salí a buscarte para explicarte y tú ya no estabas, fui a tu casa y tampoco te encontré... Luego de eso simplemente desapareciste Josefina y yo... te odié —me dijo con dolor en su mirada, como rememorando todo lo que sucedió después.

—¿Sabes lo que no me puedo sacar de la mente?

Él negó con la cabeza.

—La expresión de tus ojos cuando abrí la puerta de tu habitación y vi a Susana sobre ti. Por un momento pensé que era un error, pero cuando ella se giró y me sonrió supe que todo era verdad. Salí corriendo hasta perderme, esa fue la segunda vez que herí mis manos, no sé qué sucedió, llegué a mi casa y Margarita me cobijó. Le conté todo, no sabía qué hacer, solo quería huir, no podía mirar a mi padre, menos quería hacerlo con Susana. Al otro día Susana me dijo que ustedes

dos... hacía mucho que estaban juntos, no sabía qué hacer Maximiliano, estaba sola guardando ese asqueroso secreto, tomé la decisión de irme y Margarita me acompañó. —Su mandíbula se cuadró, podía ver perfectamente la vena hinchada de su cuello—. Max, gracias por contármelo, muchas veces me pregunté la razón de tu traición, pero ya no importa, sé que tenías una relación con Susana, lo que no entiendo es por qué.

—¡Por la mierda, Josefina! Te estoy diciendo que no, que solo fue esa vez, esto se tiene que acabar ahora, vamos a volver y hablaremos con Susana de inmediato para que de una vez por todas se acabe todo esto.

«¡No!», gritó mi conciencia, eso sería nuestra perdición, Susana se sentiría acorralada y le contaría todo a Maximiliano.

Respiré un par de veces para tranquilizarme antes de responder:

—No vale la pena, no voy a dañar a mi padre, Maximiliano, él es un hombre enfermo, ya está, deja todo así como está, ya me contaste tu verdad y..., te creo.

—No, Josefina, no lo voy a dejar, te quiero, lo tengo que hacer por nosotros.

Era ahora o nunca, decir la verdad o mentir, hablar o callar, compartir o seguir siendo egoísta.

—No hay nosotros —dije mirando al horizonte. No podía mirarlo a él, no era tan buena actriz—. No te quiero, Maximiliano —mentí, silencé... y seguí siendo la mujer egoísta en que me había convertido.

—¡Mentira!, no te creo, dímelo a la cara como mujer, mírame a los ojos, Josefina. ¡Repítelo! —espetó desesperado, pasándose las manos por el pelo.

Lo miré directo a esos ojos donde ansiaba perderme en su cielo y respondí:

—No puedo decirte que no te quiero, sería mentira. Te quiero como amigo, como lo que fuiste, pero como hombre, Maximiliano... ya no. Desde hace mucho otra persona ocupa mi corazón.

Desesperación, tristeza, desilusión, rabia, dolor, era lo que leía en sus ojos, mientras le hablaba mi corazón se estaba trizando por dentro, mis emociones giraban desatadas, mi conciencia me recriminaba todo mi actuar, mis sentimientos estaban quedando subyugados para siempre por mí. Sabía lo que tenía que decir para terminar de sepultar mi felicidad de una vez por todas, pero al menos podría vivir tranquila con Clemente.

—Olvidé tu traición en brazos de otro, sus besos borraron los tuyos, sus caricias...

«¡Cómo te estás pasando, mentirosa de mierda!», gritaba mi conciencia.

—¿Es Gregory ese hombre? —me preguntó interrumpiéndome con amargura, como si el solo hecho de pronunciar ese nombre le quemara.

—Greg es solo una diversión, un escape... un juego. La noche que fuiste a su oficina yo había estado con él, por eso sé que lo llamaste *yankee*, lo siento Maximiliano, ya no soy una niña.

Cada palabra que salía de mis labios me dolía tanto a mí como a él, pero era lo mejor, nos quedaban muchas semanas juntos y no podía permitir que él se alimentara de ilusiones, lo quería demasiado para esperanzarlo. Los últimos días había visto amor, ese amor que una vez me tuvo, pero ya era tarde, yo no daría pie atrás, Clemente era lo único importante para mí y yo había comprobado que nunca olvidaría su engaño, aunque sus palabras fueran verdad, Susana me tenía en sus manos y no me arriesgaría... otra vez.

—¿Clemente es el hombre que ocupa tu corazón?

—¡¿Qué?! ¿Cómo sabes de Clemente? —me asusté y grité.

Esto no era la tranquilidad que me había recetado el doctor precisamente, esto era más que caos, mentiras respirables.

—Lo llamaste en sueños Jose, estuve contigo todo el tiempo que me permitieron y siempre lo nombraste a él.

—Sí. —Fue lo único que dije y con eso firmé mi sentencia final.

—¿Lo amas?

—Sí.

—¿Te hace reír como yo?

—Más. —Eso era verdad, todas mis respuestas estaban siendo sinceras con respecto a este punto, solo que el amor era distinto. Era filial. ¡Era mi hijo! ¡Era su hijo!

—¿Eso representa el tatuaje? —pronunció tan bajo la pregunta que tuve que esforzarme para escucharlo, su tono era de derrota.

—Sí, Maximiliano, pero no sigas, no te tortures más. Vivamos en paz, cada uno en lo suyo, vive tu vida con Roberta, con Laura o con quien quieras, pero déjame a un lado a mí. Esto no tiene sentido.

—No —siseó entre dientes. Ahora estaba furioso, lo sentía. Nuevamente cambiábamos de rumbo.

—Me da igual que ames a Clemente, eres mía ahora, ¡un año, Josefina!, yo quería que esto funcionara —bufó levantándose de la mesa, ahora caminaba molesto por la proa de un lado a otro como analizando la situación—. Me vas a respetar igual como lo he hecho yo.

—¡Mentira, Maximiliano! Tú has estado con Roberta, con Laura.

—No, maldita sea. ¡No! Laura fue, Josefina, tú no estabas, y Roberta también fue. Desde que volviste no he podido sacarte más de mi cabeza. Yo estaba resignado, pero apareciste y vi la oportunidad. La tomé. ¡Sí!, suena horrible, no me veas así, quiero estar contigo, te quiero, te amo, y si la única forma es pagando para estar contigo no me arrepiento, siéntete como quieras, pero te juro, Josefina Zarmientos, que antes que termine el año me vas a querer otra vez —gruñó, sorprendiéndome.

«Te quiero», pensé en silencio.

—Estás loco, no escuchaste nada de lo que te dije —me quejé. Si Maximiliano no me lo ponía fácil, yo jamás sería capaz de aguantarme. De alejarme. De olvidarlo.

—Nadie te conoce mejor que yo, Josefina, nadie, ni Clemente, ni Greg, ¡nadie!, no es soberbia, lo nuestro fue demasiado importante para que lo hayas olvidado. Lo siento, tu cuerpo, tus ojos, me lo dicen y eso, pequeña, hace que no me arrepienta ni por un segundo de mi decisión, si tuviera que repetirlo lo volvería a hacer. Fui un imbécil, lo sé, pero te quiero y si tengo que luchar por ti contra Clemente lo voy a hacer. A mi modo, pero lo haré.

Esto no me puede estar sucediendo a mí, por favor, no puedo, no quiero, Clemente no se merece la inmadura madre que tiene. «No eres inmadura, eres orgullosa e idiota», me recriminaba mi conciencia.

Agaché mi cabeza y la cubrí con mis manos. Esto me superaba, me sobrepasaba, daría cualquier cosa por salir corriendo, pero mis opciones eran tirarme al lago o afrontar.

—¿Podemos dejarlo ya? Estoy cansada, Maximiliano.

—Disculpa, pequeña, me excedí —respondió apenado al verme así—, ¿quieres comer algo?

¿Comer? Yo ni siquiera podía tragar mi propia saliva, esto me sobrepasaba, mi cabeza estaba confusa y Max tenía hambre, ¡Dios mío, no podía estar en una situación más hilarante!

—¿Ahora, aquí?

Eso fue todo, sabía que estaba dando por terminada la conversación, él ya había dicho la última palabra y yo lo había escuchado, para Maximiliano era punto y final. ¿Pero para mí?

—Dame un minuto y te sorprenderé —me dijo ahora con una sonrisa radiante, Maximiliano debería estar en un psiquiátrico por bipolar, parecía feliz y contento.

Caminé con cuidado hasta la parte delantera del velero y me recosté en el asiento. Un poco de sol no me vendría nada mal y por lo demás, me ayudaría a despejar un poco mi cabeza que tenía tan revuelta como un remolino.

Max salió del interior trayendo una bandeja con distintas variedades de queso. Eso era mi perdición, adoraba el queso, ¿habrá algo que Maximiliano no recuerde de mí?

—Ya, mi pequeño ratón, esto seguro te gustará.

Además de tener distintos tipos de queso tales como: *brie*, *camembert*, *edam*, *queso fresco* y *philadelphia*, todo estaba perfectamente decorado y acompañado por galletas y algunos tipos de panes.

—Esto se ve delicioso.

—Lo sé, lo recuerdo pequeña, eras mi ratoncito de laboratorio por...

—Lo blanca que soy.

—Hay cosas que nunca cambian, pequeña, aún te sigue gustando el queso y sigues teniendo el mismo color de piel.

Le hice un mohín con los labios, no podía contradecir eso, era verdad.

Después de comer y charlar amablemente de cualquier cosa, menos de lo que yo realmente quería, Maximiliano encalló el velero en medio del lago. El

viento recién comenzaba a arreciar y las velas flameaban en todo su esplendor, el espectáculo era magnánimo, el sonido era ensordecedor y en ocasiones teníamos que levantar la voz para entendernos. Luego cuando el aire amainó, Maximiliano se paró delante de mí y con su maravillosa sonrisa me dijo:

—Vamos al agua.

Me encogí de hombros y le enseñé los parches de mis manos en señal de negativa. Sabía que no podía mojarlos aunque era lo que más me apetecía en ese momento, nadar en medio del lago sabiendo que no tocaría fondo era una sensación absolutamente liberadora, solo sería yo y el lago envolviéndome la piel.

—No puedo.

—Yo lo haré por ti.

Maximiliano, frente a mí y sin quitar la vista de mis ojos, comenzó a desabotonarse lentamente la camisa de lino blanca. Los vellos que sobresalían brillaban con el sol. La dejó caer dejando al descubierto su pecho firme y bien marcado, y su piel dorada me secó la boca en cosa de segundos. Mi conciencia estaba con la boca abierta admirando lo que tanto nos gustaba, sus ojos tenían un brillo especial causado por el reflejo del agua. Siguió con los zapatos y los calcetines, antes de desabrocharse el botón del pantalón.

—Mentira que te vas a bañar en *bóxer* —le dije horrorizada, porque sé lo que va a hacer.

—Solo estamos tú y yo, pequeña, si no quieres mirar te puedes voltear.

—No te estoy mirando.

—Mentirosa.

Fue todo lo que me dijo antes de dejar caer su pantalón, pasar por mi lado con garbo, tomar mi cara entre sus manos y literalmente, robarme un beso.

—Es para la buena suerte, pequeña.

Se lanzó al lago en un piquero digno de competición, su cuerpo estilizado cayó al lago apenas salpicando agua, tuve que juntar mi mandíbula después de un rato. Ver a Maximiliano era todo un espectáculo para mis ojos, él lo sabía y yo lo disfrutaba.

Después de una hora en que se refrescó y yo lo odié, decidió salir del agua. Antes de que nadara de regreso bajé en busca de una toalla y se la entregué. Cuando subió, él con una encantadora sonrisa me agradeció. Si fuera un cubo de hielo, estaría convertida en líquido desde hace mucho.

—Vamos, pequeña, es tarde, regresemos, pero antes quiero que navegues y sientas el poder de mi juguete.

«Yo podría sentir eso y mucho más», pensé.

«Compórtate como mujer decente, descerebrada, es solo Maximiliano, parece que necesitas kilos de sexo, babeas por él», recordó mi conciencia de mala manera.

Caminamos juntos hacia la popa y al llegar Maximiliano se puso en tono capitán y comenzó a ordenarme.

—Suba el ancla, marinero.

Yo lo miré anonada, pero si él quería jugar yo también podía.

—Como ordene, capitán... pero debería vestirse, por si se enferma, digo. — Verlo semidesnudo me perturbaba, lo prefería vestido y ojalá con ropa para la nieve.

—No se preocupe, tengo enfermera por si eso sucede.

Entrecerré los ojos por su comentario e hice como si no lo escuchara.

Una vez más me deslumbraba la habilidad y la seguridad de Maximiliano para hacer las cosas, siempre se veía tan seguro de lo que hacía. Llamó al club y dio las coordenadas de donde nos encontrábamos y anunció su arribo, sé que esto lo hace para que esté todo preparado para nuestra llegada, era una norma, el embarcadero no es muy grande y uno debía esperar autorización para atracar.

Maximiliano me miró de reojo y me cerró uno.

—Vamos a dar un paseo hasta que recibamos autorización, marinero — me informó girando su cara—. Acércate.

Me tendió su mano como si yo no pudiera llegar sola hasta él, la acepté y me acerqué.

—Toma el timón —me ordenó.

—Sí, capitán —le respondí en tono de burla. Había manejado lanchas, motos de agua, pero un velero jamás, no es lo mismo un auto a un camión y este era uno muy pesado.

Me situé delante de él y me aprisionó, estaba atrapada entre ambas piernas de Maximiliano, puse las manos sobre el timón y él como si nada puso las suyas sobre las mías. Apretó unos botones y el motor comenzó a rugir, luego con suavidad deslizó una palanca hacia delante y el *Josefina II* avanzó lentamente. Una vez que la luz verde se encendió, subió más la palanca, la fuerza del motor me tiró hacia el cuerpo de Maximiliano, pegándome completamente. La velocidad empezó a subir en cosa de segundos, el marcador estaba a cincuenta nudos, unos noventa kilómetros por hora, calculé mentalmente, Maximiliano ya me había explicado lo de los nudos.

—¿A cuánto vamos, marinero? —susurró en mi oído.

—A noventa, capitán.

—Bien, marinero, aprende rápido, la voy a ascender.

—Si sigo así, podré ser capitán entonces —le respondí burlándome.

—Lo que quieras, pequeña, en tanto me dejes navegar junto a ti.

De pronto sacó las manos y me dejó sola con el timón, yo sin querer lo moví un poco y el velero giró rápidamente a la izquierda. Retiré las manos espantada por lo sucedido, eso realmente me asustó.

—No puedes sacar las manos, marinero, tú marcas el rumbo.

—No puedo, Max, no sé, me asusta.

—Shhh —susurró en mi oído haciéndome temblar—. Pon las manos. —Lo hice lentamente y con temor—. Ahora mantenlo derecho, eso es. Es realmente fácil, solo mira hacia la orilla.

Asentí con la cabeza, no quería mirarlo y desconcentrarme, este aparato era muy sensible y, dentro de todo, no era un juego. Después de unos minutos me dio un beso en la coronilla y se bajó de la silla del capitán dejándome completamente al mando.

—¿Qué haces? ¿Dónde vas? —chillé histérica.

—¡Epa!, yo no le hablaría así al capitán, marinero.

—Max, por favor, no me dejes.

—Nunca te he dejado —me dijo observándome con cariño.

Maldición, eso sonaba a respuesta en doble sentido.

—Cuando te avise aprieta el botón negro, eso recogerá las velas y subirá la velocidad.

—¡Qué! No, no puedo.

—Sí puedes, es fácil.

Solo me dijo eso y él caminó hacia delante, algo estaba haciendo con las amarras, yo no podía ver bien qué era exactamente. Lo que es a mí, las manos me sudaban y el corazón se me aceleraba, no quería vivir ninguna emoción más. ¡No podía!

El sol estaba a nuestras espaldas y podía ver las tonalidades anaranjadas sobre las nubes, los destellos eran de diferentes colores, el paisaje hermoso, estaba feliz, el viento desordenaba mi pelo y me sentía, a pesar de todo..., tranquila.

—¡Ahora, marinero! —gritó desde el otro lado.

Apreté el botón y como si tuviéramos propulsión la aguja del marcador subió de cincuenta a sesenta y subiendo.

—Max —grité—. Esto sigue subiendo.

—Tranquila, se detendrá en sesenta y cinco nudos, comenzará solo a navegar.

Eso me tranquilizó. La orilla apenas se veía, por lo menos no me estrellaría.

Me entretuve viendo a Maximiliano ordenar algunas cosas, estirar la vela, desatar nudos. Trataba con tanta suavidad la tela, que no pude dejar de imaginarme como si en vez de la vela me estuviera tocando a mí, un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo y desperté cuando dejé de ver a Max, lo seguí y divisé que se estaba vistiendo. Ahora volvía a tener ropa, gracias a Dios.

—Permiso concedido para atracar *Josefina II* —indicó una voz proveniente de un parlante.

¿Qué hago, qué digo?

—*Josefina II*, me escucha? —repitió la voz.

—Responda, marinero, a usted le hablan —me ordenó Maximiliano que ya estaba cerca.

Con inseguridad respondí por el intercomunicador: —Copiado.

—Bien, marinero, ahora apague motores. Estamos cerca.

—Capitán, ¿qué tal si lo hace usted y me enseña? —Eso fue lo único que se me ocurrió decir, esto me ponía nerviosa y ya habían comenzado a aparecer varias embarcaciones.

Maximiliano llegó hasta mí, no me permitió moverme, se puso justo detrás y comenzó a maniobrar perfectamente, apagó los motores y el velero comenzó a detenerse. Lentamente, avanzamos.

—Permiso para abarloar.

—Concedido, *Josefina II*.

Miré a Maximiliano y él, como leyéndome el pensamiento, respondió:

—Cuando una embarcación se pone en medio de otras, eso es “abarloado” marineramente, acuérdate.

Todo salió perfecto, como si él fuera el mejor de los maestros. En este caso, un muy buen capitán.

Un par de chicos recibieron el velero y hablaron con Maximiliano, no tenía idea de qué hablaban, solo sé que se hicieron cargo de todo. Caminamos de vuelta hasta el auto, ambos estábamos realmente felices, la tarde había sido maravillosa.

Estaba agotada, me desplomé al entrar al auto.

Antes de llegar a casa, nos detuvimos en una farmacia.

—¿Qué te duele? —pregunté intrigada.

—A mí nada, pequeña, pero tú tienes que tomar algunos medicamentos.

Eso me alertó, yo no quería tomar nada, pretendía seguir así.

—No estoy loca, Maximiliano.

—Yo no he dicho eso, Josefina, pero esto te recetaron y los tomarás.

—No.

—Entonces me encargaré personalmente de que los tomes y no podrás viajar mañana.

—¿Qué? ¿Pero estás loco? Claro que me voy mañana.

—¿Entonces? —me dijo levantando una ceja.

—Vale ya, me los tomo. ¿No te basta con que siga la terapia?

—No, eso es un complemento, quiero que estés bien. Estos son relajantes, Josefina, nada más.

Eso fue el fin de la discusión, cuando Maximiliano se ponía así nadie le cambiaba su parecer, no tentaría a mi suerte llevándole la contraria, le diría que sí, aunque no me los tomara después.

Llegamos a la casa y maldije en voz alta, el auto de mi padre estaba estacionado frente a nosotros.

—¿Qué sucede, pequeña?

—No quiero ver a nadie.

—¿Tampoco a Óscar?

—A él sí, pero...

—No te preocupes, Susana no volverá a molestarte nunca más. Después de lo que sucedió en el hospital hablé con ella.

—¿Qué? No, Max, por favor, no quiero que...

—Cálmate, Josefina, no soy un niño, sé cómo manejar la situación.

«No, Max, no entiendes, tú no manejas nada, ella lo hace y yo solo puedo obedecer».

—Vieras. —Fue lo único que me salió del alma.

—Espérame. Te abro.

—Yo puedo.

—Abriré tu puerta, Josefina —me repitió en un tono en el que es mejor que obedezca, no es que no me guste la galantería, pero puedo hacerlo yo misma, es más, ¡quiero hacerlo!

Entramos en la casa y me llevé la grata sorpresa de ver a mi padre, Sebastián y Andrés.

—¡Zancudo! —me dijo mi hermano apenas me vio, abrazándome como si no nos hubiéramos visto en meses—. Perdóname, Jose, por todo lo que te dije.

—¿Qué me dijiste? Ya ni lo recuerdo —le dije. En sus ojos veía verdadera preocupación, y también sabía que él no estaba de lo mejor.

—Tenemos que hablar, zancudo.

—No, por favor, te prometo que no puedo, todos quieren hablar, dame unos días, por favor —le pedí y más bajito para que solo él me escuchara le susurré en el oído—. Mañana me voy con Clemente, hablé con el doctor y ya sabe todo, después te cuento.

Mi hermano me miró asombrado sin entender nada, sí, es verdad, tampoco debí soltarle todo así de sopetón, pero es que esa era mi forma. Luego me abrazó mi padre, su cara denotaba tristeza, no quería que nadie se sintiera mal por mí, ninguno tenía la culpa, solo la innombrable. O yo por no querer hablar.

—Papá, estoy bien, en serio.

—Princesa, voy a hablar con Maximiliano, esto se tiene que acabar, este es el peor error que he cometido en mi vida, no me lo perdonaré jamás, hablé con Sebastián y él también está de acuerdo.

Rápidamente el engranaje de mi mente comenzó a funcionar. Esto estaba mal, muy mal, Susana me había advertido muy bien qué sucedería si yo no aceptaba y me lo había recordado ahora en el hospital. Yo podía ganar mi libertad, pero perder a Clemente... no, no podía ser. ¿Todo el universo confabularía contra mí? Hace menos de doce horas que salí de una pesadilla y ahora el cielo se acordaba que existía, tarde, muy tarde. ¿Todos se habían puesto de acuerdo para pedir perdón? ¿Para dar explicaciones? ¿Para arrepentirse? Esto debía sentir un enfermo antes de morir, compasión, y yo la odiaba, ya era tarde para esto.

—Papá, yo...

—Silencio, princesita —me acalló mi padre anulándome con su tono autoritario de voz.

Sebastián llegó hasta mí, me saludó con un caluroso abrazo, también se veía afectado, al menos tuvo la delicadeza de no decirme nada, pero daba igual, en

su beso estaba expresando mucho más que con mil palabras. Me sentía aturdida, confundida, complicada.

No podía culpar a la pastilla que Maximiliano me había obligado a tomar minutos antes, pues me imaginaba que el efecto no sería inmediato, si no, sería milagrosa. Observé la situación desde otro plano, no como si no estuviera, no, lo que sucedía es que necesitaba analizar la situación lo mejor posible.

—Maximiliano —habló mi padre—. Necesitamos discutir algunas cosas.

—Dígame, Óscar. Usted dirá.

—¿Podríamos hacerlo en privado? —pidió Sebastián.

Mierda, no, eso no.

—Si van a hablar de mí, es justo que yo esté presente —dije en un hilo de voz, pero perfectamente escuchable.

Todos me miraron, fue como que clavarán puñales sobre mí, ¡hombres!, ¿quién los entiende?, podía ser buena como carne de cañón, pero no para estar presente en su conversación.

Pasamos en silencio al comedor, todos estaban serios. Maximiliano dejó de ser el capitán, el hombre amable y protector para convertirse en un hombre serio y de negocios, su expresión era sombría y calculadora, noté que se fijaba en todos los movimientos de los demás. Él se sentó en la cabecera de la mesa muy erguido, cuadró su mandíbula y creció exponencialmente dando una imagen de fiereza en todos los sentidos. Sebastián, que adoptó la misma posición, se amilanó un poco al sentirse observado por él. Mi padre fue el que más me entristeció, él parecía ser el cebo de la negociación, estaba completamente abatido. Andrés era el mismo de siempre, pero tenía puesta su cara de *póker*, por ende no podía descifrar absolutamente nada en él.

Comenzó la batalla cuando Maximiliano inició la ofensiva.

—Óscar, no quisiera ser grosero, pero Josefina debe descansar.

—De ella quiero hablar —remarcó mi padre.

—Es por eso que estamos acá, todos como familia —apostilló Sebastián, apelando a los sentimientos de Maximiliano.

—Escucho —dijo Maximiliano cruzándose de brazos, dejándolos a la altura del pecho.

—Cometimos un error, Josefina jamás debió ser parte del trato —sentenció mi padre.

—Siento decirles que pierden el tiempo si de eso quieren hablar, ya está todo firmado y no me voy a retractar.

Ahora sí que me sentía mercancía, valiosa, pero mercancía al fin y al cabo.

—Estoy dispuesto a ceder todas mis acciones a tu nombre, Maximiliano, si dejamos el trato sin efecto.

—¡Papá! —exclamé con la boca abierta, eso sí que no me lo esperaba ni en mis mejores sueños.

—Cállate, Josefina —recalcó Sebastián—. Tú sabes que lo que se firmó no es legal Maximiliano, podemos impugnarlo ante la ley.

Maximiliano puso sus manos aún cruzadas sobre la mesa y, con una calma espeluznante los miró uno a uno, incluso a mí.

—Aun sabiendo y entendiendo su preocupación, no voy a cambiar de parecer y permíteme recordarte, Sebastián, que no hay forma de que ustedes puedan impugnar el trato. Puesto que yo con ustedes no he firmado nada en referencia a Josefina.

—¿Cómo? —preguntó mi padre, incrédulo por lo que escuchaba.

—Así como lo oyes. Hice un trato con Josefina directamente, no con ustedes —aclaró Maximiliano, ahora viéndome a mí.

—Entonces Josefina lo impugnaré —afirmó mi padre.

Ahora todas las miradas se dirigían a mí, solo yo y nadie más que yo podría solucionar este problema, nuevamente toda la responsabilidad recaía en mí.

«Podría tener un aparatito para parar el tiempo y llamar al doctor Ferrer». «Pero no lo tienes y esto es la vida real, tonta», recordó mi conciencia.

—Josefina y yo estamos bien, Óscar, no es necesario que tú pierdas nada. Al cabo de un año, todo volverá a ser como antes.

—¡No lo voy a permitir! —exclamó mi padre—. Dile ahora a Maximiliano que esto se acabó, Josefina.

—Papá —titubeé en mis palabras—, no es necesario que hagas esto, no te preocupes yo estoy bien, cumpliré mi parte del trato y luego todo será como antes. Yo recuperaré mi vida y tú la empresa —recalqué con convicción en mis palabras, pero mis emociones me traicionaron y un hilo muy fino cayó por mi mejilla. Maximiliano, al notar lo, cambió su expresión, sentí como si ese pequeño gesto involuntario lo derrocaba, lo derrotaba por dentro. Juro por Clemente que no fue con ninguna intención, yo tenía muy claro mi parte del trato, Susana me lo recordaba constantemente.

—Pequeña —me habló directo a mí y solo a mí, como si no hubiera nadie más en la mesa—, ¿quieres marcharte?

«Sí, por Dios, claro que sí».

—No, Maximiliano, te di mi palabra y la voy a cumplir.

«Tonta, idiota, masoquista, egoísta», chillaba descontrolada mi conciencia.

—Josefina, esta será la última vez que te lo preguntaré. ¿Quieres irte? Yo no voy a impugnar el trato ni tomaré represalias si decides marcharte.

«Esa es la solución, te adoro, Maximiliano, somos libres», reconoció mi conciencia, pero esto era demasiado arriesgado. Yo no sabía cuáles eran las verdaderas intenciones de Susana, no comprendía su actuar, si ella se veía mínimamente atacada desbordaría todo su veneno sobre Clemente, sobre mí, incluso sobre mi padre.

—No, Maximiliano, ya tomé una decisión, trescientos sesenta y cinco días, ni uno más. Ahora caballeros, realmente estoy cansada, necesito descansar.

Todos comenzaron a hablar alterados, unos contra otros, de si la forma había sido la correcta o la propuesta bien planteada, era como si de pronto el

comedor de la casa se hubiera convertido en la Torre de Babel, pero yo no era Dios para arreglarlo, pero sí podía apaciguarlos... con mentiras. ¿O verdades solapadas?

—Papá, escúchame. Tú me dijiste el día de mi matrimonio que Max era bueno, y que tal vez esta era una oportunidad para mí, déjame aprovecharla, déjame ver si puedo algo más. Sé que estás preocupado... por mi salud, pero créeme, esto, aunque influye, no lo es todo. Esto viene desde que mamá nos dejó, mi cuerpo se defendió y encontró esta vía de escape, pero ya no más, tomaré una terapia y estaré bien, yo no soy como ella —les dije tomando las manos de Sebastián y de mi padre, Andrés había volteado la cara para no mirarme—. Quiero pedirles disculpas. Les mentí con lo de mis estudios, pero es que de verdad no podía, siento si te decepcioné papá, sé que te sentías orgulloso de mí, iba a ser abogada, pero ya está, no pude, quizás algún día, o en otra vida, pero créeme que soy feliz, tengo motivos para serlo... ya llegará el momento, por favor.

Las caras de todos eran excesivamente fúnebres, parecía como si me estuviera despidiendo de ellos para siempre, como si fuera mi propio funeral, eso no lo podía permitir, y como siempre hacía en situaciones difíciles, me puse el traje de bufón.

—Vamos, cambien la cara, todo seguirá igual, no me casé con el jorobado de Notre Dame. Es Maximiliano, lo conocen de toda la vida, tú, Sebastián, incluso eres su amigo y tú, papá, lo encuentras un buen hombre, un bendito, sin decir que es un buen partido. De ti no hablo, Andrés, porque siempre he sabido lo que piensas, pero ahora por favor, necesito descansar. Todo esto es extraño, la situación es por decirlo menos, irreal, pero estoy bien. Papá, preocúpate de Andrés, él te necesita más que yo.

—Zancudo, no te atrevas —me recriminó mi hermano.

—Vamos, Andrés, hazlo por mí, salgan de aquí, vayan a un bar y hablen, no perdamos nuestra esencia. Hablen, por Dios, somos los Zarmientos, demuestren lo que nos enseñó mamá. Pero ahora déjenme descansar —les imploré, ya no podía tenerlos más ahí, me estaba muriendo por dentro y no sabía cuánto más podría seguir actuando, solo me daba fuerza pensar en Clemente.

Maximiliano no daba crédito a mis palabras. Mirarlo bastaba para saber que estaba totalmente desconcertado, claro, solo yo que lo conocía tan bien me podía dar cuenta.

Después de un rato por fin nos despedimos. Quedamos en juntarnos todos, como hace mucho tiempo no hacíamos. Por la puerta de la casa ahora salían tres de los cinco hombres más importantes de mi vida, y lo hacían en paz, con la conciencia tranquila, eso era todo para mí.

«Debí ser hombre», pensé.

Cuando cerré la puerta, suspiré. Max llegó hasta mí muy serio, tomó de mi mano y subimos por la escalera, se detuvo en la sala que dividía nuestras habitaciones y me dijo:

—Cada día te admiro más, Josefina Zarmientos, eres una gran mujer, y me siento a tu lado como el peor de los idiotas. No habrá día que no luche contra el imbécil de Clemente por recuperarte, pequeña, me da igual si tengo que luchar contra el inglés o quien sea, tú fuiste mía y siempre lo serás —aseguró cerrando su declaración con un gran beso en la frente.

Gelatina, así era como me sentía. Definitivamente Maximiliano era un romántico, mi Dante Alighieri y mi perdición.

Me separé para poder tener mi espacio, caminé hacia mi habitación y terminé de derrumbarme. Frente a mí, estaba mi puerta.

Maximiliano estaba de espaldas, abriendo en ese instante la puerta de su habitación, corrí hacia él y lo abracé por la espalda.

—Gracias, Max.

—¿Por qué, pequeña? —quiso saber.

—Por la puerta —susurré.

—Pequeña, si por la puerta me das un abrazo así, mañana pongo un aserradero a tus pies.

—Sabes porque te lo digo Max —respondí con sarcasmo.

—Lo sé, mi vida, lo sé —dijo y suspiró.

Capítulo 13

Volver a dormir en mi cama o en la que ahora usaba como mi habitación, fue una de las sensaciones más placenteras del último tiempo para mí. Despertar con la vista sobre el lago fue mejor que cualquier pastilla tranquilizante, bueno, eso y que en pocas horas estaría en mi verdadero hogar.

Maximiliano insistió en dejarme en el aeropuerto. Al igual que una niña pequeña tuve que prometerle que me tomaría los medicamentos y por supuesto, tomarme uno frente a él.

Al llegar a mi adorado pueblo, después de un largo trayecto, primero en avión y luego en bus, me sentí plena. Tenía que celebrar mi pequeña libertad, pensé en sorprender a Margarita y a Clemente de la mejor forma posible, toqué la puerta de entrada de mi casa y, por supuesto, el hombrecito de la casa abrió.

—¡¡Mamá!! —gritó la luz de mis ojos.

Margarita corrió al escuchar el grito y luego los tres nos abrazamos como si hiciera muchos años que no nos hubiéramos visto, cuando en realidad solo habían transcurrido casi doce días.

Amor, ternura, paz, era lo que en esa casa se respiraba. La sencillez del lugar era lo que más me gustaba, pero creo que la verdadera acogida de la gente que realmente se ama puede ser la cura para cualquier enfermedad. En casa me sentía yo, una mujer fuerte y el pilar fundamental para mi familia. Mi hijo me consideraba su héroe, su mami, como me llamaba tan cariñosamente, y yo por él me sacrificaba y si la vida tuviera que dar, también la daría.

Las horas pasaban como segundos incontrolables de detener. Con la tarde llegó la noche, y con ella la mañana, se acercaba mi vuelta y yo sentía que no había estado nada en casa. Clemente no reclamaba, pero sus ojitos me lo decían todo, su contacto era todo para mí y yo sentí que me perdía sin él. Margarita me daba ánimos y me instaba a seguir, sabía que luego todo acabaría, pero me sentía demasiado plena junto a ellos. Luego de muchos besos y abrazos logré separarme, con pesar en mi corazón, de las personas que tanto amaba, con la promesa de volver en ocho días más. Esta vez sabía que se me haría más difícil y eterna la espera, todo lo que me había sucedido lo guardé para mí. Margarita no lo entendería, la única explicación que tuve que darle fue por mis manos. Sé que no me creyó en absoluto, pero tuvo el buen tino de no preguntar más allá, en cambio mi osito me regaló dos pañuelos para cubrir los parches. Ahora volaba de vuelta a casa de Maximiliano con un pañuelo de Superman y otro de Batman.

Al llegar al aeropuerto me encontré con Tammy. Cordialmente fui a saludarla, pero cuando la estaba abrazando, sentí que alguien me tomaba por la cintura.

—¡Pecosa! —me dijo Greg, tomándome la mano y apartándome rápidamente de su acompañante—. ¿Cómo estás?

Sopesé la situación y la respuesta a su pregunta. No sabía si Greg estaba al tanto de lo sucedido. Esperaba que no, porque no es algo de lo que quiera dar explicaciones, no es algo muy decoroso en mi vida.

—Bien, muy bien —mentí.

Algo cambió en su mirada. Sus ojos ya no tenían ese brillo lujurioso, ahora se estaban apagando rápidamente.

—¿Qué te pasó en el labio, pecosa? —me preguntó preocupado.

—Me mordí —solté como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Segura? —quiso saber.

¿Acaso tenía algo en la frente que decía “mentira”?

—Sí, Greg, pero cuéntame tú cómo estás, que haces acá y con Tammy.

Él entrecerró los ojos, no creía ni una palabra de lo que le había dicho. Sin darme cuenta fijó sus ojos en mis manos, las tomó y al no saber lo de mis puntos, al contacto con sus dedos, chillé. Eso lo alertó y, sin poder controlarlo ni manejarlo rápidamente, desató el nudo y vio mis parches.

—Dime ahora qué sucedió. ¿Fue Maximiliano?

—¡No! —reconocí exaltada—. Cómo crees, es solo un accidente.

En ese momento Tammy, que se había mantenido en un segundo plano, se acercó hasta nosotros con cara de incertidumbre.

—¿Pasa algo?

—No —respondió seco—. Espérame un momento, debo hablar con Josefina —terminó de decirle sin siquiera mirarla. Ni un por favor, menos un gracias.

—Greg, no seas exagerado, no tengo nada, en serio.

—¡Nada! A esto le llamas “nada”, llevo llamándote toda la semana, le pregunto a *Andy* por ti y no me responde. O me dices tú o le pregunto a Maximiliano.

—Es tarde, ahora no puedo. Mañana voy a la cafetería y te cuento, pero ahora no puedo, no quiero problemas.

—Pecosa, ¿estás bien? Solo dímelo y yo soluciono el problema, pero si el *imbécil* te ha tocado...

En ese momento vi cómo mi agradable encuentro fortuito se convertía en un muy mal momento.

—¿Quién se supone que es ese *imbécil*? —preguntó Maximiliano que, al verme conversando con Greg, cruzó las mamparas que separaban a los pasajeros que venían llegando de los que esperaban para dar la bienvenida.

Greg se giró lentamente. Era como ver a dos titanes listos para la contienda y sin amilanarse ni un poquito respondió:

—Tú.

Maximiliano abrió con fuerzas las aletas de su nariz y vi cómo sus nudillos se pusieron blancos en cosa de segundos. Él no era un hombre violento, pero

sabía que se estaba controlando, lo notaba, sus ojos estaban tan oscuros como la noche.

—No te metas conmigo, *yankee* —le dijo peyorativamente—. Y deja tranquilo lo que es mío.

—¡Epa! Basta los dos, se acabó, estamos en un lugar público —les dije con seguridad en cada una de mis palabras, poniéndome entre ellos—. Greg, mañana nos vemos en el café y tú, Maximiliano, por favor, deja de comportarte como un niño, solo estamos conversando.

—Cuido lo que es mío, Josefina.

—Ella no es de tu propiedad —respondió Greg mirándolo fijamente. Negro contra azul y ninguno bajaba la mirada.

—Es mi mujer —siseó entre dientes Maximiliano, yo apenas les llegaba a los hombros pero para ellos parecía que no existía.

—¿Mujer? Permíteme dudarlo. Tu esposa podrá ser, pero de eso a tu mujer...

Esto se ponía peor a cada segundo, ellos se retaban con la mirada y con las palabras, ninguno de los dos quería dar por terminada la batalla y el motivo de la disputa era yo.

«Haz algo», gritó mi conciencia. ¿Pero qué?

Antes de que Maximiliano contestara, no sé cómo le tomé la mano y lo tiré para que saliera de ahí. En un principio se resistió, pero creo que al ver la súplica en mis ojos me tomó con cuidado por la mano y comenzamos a caminar. Solo estábamos a unos pasos cuando se giró y volvió hasta Greg, dejándome absolutamente paralizada.

Estiró su mano y, sin que Greg pudiese reaccionar, le quitó el pañuelo de Batman que tenía en sus manos.

—Esto no te pertenece —gruñó cual toro listo para la embestida.

—A ti tampoco, cobarde —respondió con altanería Greg.

Definitivo, estos no eran dos hombres, eran dos machos alfa tratando de marcar su territorio y luchando por la misma hembra. En cualquier otro momento me hubiera sentido la mujer más afortunada del mundo, pero no, me sentía casi una presa.

«Cláusula», eso es lo que eres, me recordó mi conciencia.

Volví corriendo hasta ellos, pero esta vez me dirigí a Greg para pedirle a él calma y prudencia. Él como todo un caballero obedeció, pero claro, no todo podía ser perfecto, no podía quedarse solo en silencio, tenía que decir la última palabra.

—Pecosa, mañana te espero en el café —gritó en tanto yo casi ya atravesaba la puerta con Maximiliano.

Hice como que no lo escuchaba y seguí caminando, si no, seguro ellos terminarían trenzados a golpes.

Nuevamente el silencio me mataba. Maximiliano ni siquiera me miraba, conducía como si sus labios estuvieran pegados. Al llegar a casa subimos en

silencio, pero antes de entrar a mi habitación se acercó hasta mí. Cerré los ojos, pues sabía lo que venía.

—Pequeña, bienvenida a tu casa. —Eso fue todo lo que me dijo. Hubiera preferido mil veces que me hubiera regañado o cualquier cosa, pero eso... solo me desarmaba.

Entré en mi habitación con el corazón latiendo a mil, ¿siempre será así? ¿Acaso nunca podré controlarme? Si tan solo hubiera sentido celos por Tammy, todo sería tan fácil...

Marqué mi calendario y me alegré al ver que quedaban menos semanas de condena. Me dormí tranquilamente pensando en Greg y deseando que entrara un poco en mi acorazado corazón, sentía cómo mi conciencia se reía de mí sin compasión alguna.

Muy temprano, Maximiliano tocó a mi puerta. Lo primero que hice fue ver la hora, ¡rayos, nueve y veinte! Estaba atrasada, rápidamente le abrí.

—Lo siento, me dormí, bajo a desayunar enseguida.

—Jose, no vengo por eso, solo quería saber si estabas bien, voy tarde, nos vemos en la noche. Esther te traerá el desayuno.

—¿¡Qué?! ¿No desayunaremos juntos? —pregunté decepcionada.

Él esbozó una maravillosa sonrisa, la cual me llegó al alma, me besó en la frente y bajó.

Lo vi por unos segundos, luego agradecí la situación, nuevamente comenzaba un largo día para mí.

Después del extraordinario desayuno de Esther, me vestí. Iría a hablar con Greg, al menos con él me distraía un poco. Había perdido mi antiguo celular, hice los trámites en la compañía de teléfonos para recuperar mi antiguo número. Todo me estaba resultando relativamente bien, llamé a mi casa, hablé con Clemente como siempre y me reconfortó. Ya mi pequeño contaba los días para el próximo viernes, ese día nuevamente estaríamos juntos.

Para ser un jueves, día de semana, el café del inglés estaba bastante concurrido, y veía a Amber muy complicada atendiendo todas las mesas.

—Hola, Jose, qué gusto me da verte tan bien.

—Gracias —respondí con sinceridad.

—Jose, lo siento, hoy no podremos conversar. Paola, mi compañera, está enferma. Estoy sola y el lugar está lleno —me explicó compungida.

La vi tan complicada que le ofrecí ayuda, ella encantada aceptó, me llevó adentro, me entregó un delantal negro y comencé a ayudarla. Ya me había enterado de que Greg no estaba y nadie sabía si iría ese día. Amber creía que no, por la hora, y como habría torneo, de seguro estaría en el club.

Recordé de inmediato los gajes de ser mesera, era algo muy fácil y por lo demás, el contacto con la gente me encantaba, todo nos resultó muy bien y expedito, incluso César, el chico encargado, me preguntó si quería trabajar un par de días reemplazando a la mesera faltante. Al ver la insistencia de Amber acepté encantada, no creía que eso le fuera a molestar a Greg, después de todo lo estaría

ayudando y de paso lo hacía por mí. No estaba acostumbrada a no hacer nada, me aburría enormemente, ya había leído todos los libros que tenía.

Llegué a casa casi junto con Maximiliano. Omití comentarle lo de mi nuevo trabajo, sabía que no le gustaría. Él estaba tan alegre comentándome los últimos detalles del proyecto para la región que me uní a su alegría, me comentó que el sábado sería la fiesta de su empresa y que yo en calidad de su esposa debía acompañarlo. Acepté, no es que tampoco tuviera más opciones, pero no me desagradaba la idea.

Maximiliano se había quedado con la empresa de su familia. Desde siempre trabajó con ellos y cuando su padre decidió retirarse y gozar de la vida, se la dejó a su único hijo, que por lo demás se desvivía por ella; la salmonera era muy rentable y lo convertía en el mayor exportador del país. Hace años, el virus ISA (Anemia infecciosa del salmón) afectó a casi todos los productores de salmones de la zona. Eso le permitió a Maximiliano comprar las pequeñas empresas y dejar que sus dueños y trabajadores siguieran administrándolas. La única condición había sido la exclusividad de los productos, eso hacía que no tuviera competencia, solo las salmoneras extranjeras podían competir con él, pero ni así lograban afectarle. En los negocios, Maximiliano se maneja estupendamente y en la vida... a veces también.

El viernes Greg no apareció por la cafetería y el día realmente se me pasó muy rápido. Trabajar era algo perfecto para mí, me mantenía ocupada el día entero. Todos conmigo eran muy amables y, cuando se enteraron que era hermana de *póker*, pasé automáticamente a ser una más.

En la noche, Maximiliano, con los preparativos de la fiesta más la llegada de sus padres, llegó muy tarde. Apenas cruzamos palabras, yo esperaba cenar con él y conversar pero no se dio la oportunidad, él estaba molesto por algo y yo ni siquiera pregunté. Trabajó hasta tarde en el estudio. Yo no tenía sueño, decidí ver televisión. Al pasar por los canales me quedé pegada viendo los dibujos animados favoritos de Clemente, yo los odiaba, no entendía cómo dos hermanos podían inventar tantas tonteras y la pobre hermana, cada vez que los acusaba con su madre, terminaba pidiendo disculpas, jamás los podía pillar. Era como el correcaminos pero en versión moderna.

—¿Desde cuándo te gusta ver dibujos animados, pequeña? —preguntó desde atrás asombrado.

—Los odio pero me recuerdan a Cle... —Me mordí la lengua para no seguir, por suerte me di cuenta de mi error, pero ya era muy tarde.

—Puedes terminar la frase, Josefina, no hace falta que lo ocultes —me respondió molesto y entró en su habitación dando un gran portazo.

Esto era increíble, mi pequeño hacía lo mismo cuando estaba molesto.

El sábado a mediodía ya estaba lista para la fiesta. Pasamos a recoger a sus padres y juntos, los cuatro, llegamos a las dependencias de la empresa. Todo estaba exactamente como lo recordaba, nada había cambiado, me encantó darme cuenta de que no me sentía perdida, al menos conocía todo. Los trabajadores

saludaban a Maximiliano como si fueran amigos de toda la vida, le presentaban a sus esposas e hijos y Maximiliano se daba el tiempo de saludarlos a todos. El padre de Max lo miraba con orgullo y para qué decir su madre. Él era todo para ella, así como Clemente lo era para mí.

—Josefina —me dijo mi suegra tomándome del brazo para que comenzáramos a caminar—. ¿Han pensado en darme nietos? Nosotros ya estamos mayores y nada me alegraría más.

Eso me alertó, nietos ya tenía... pero ella no lo sabía.

—No, no hemos pensado, yo soy muy joven aún, no es algo que me interese —aclaré mintiendo descaradamente.

—Josefina, yo sé que eres una mujer joven. Pero un hijo no te impedirá vivir la vida, es una bendición de Dios. Nosotros solo pudimos tener a Maxito, y ya ves lo feliz que hemos sido.

¿Cómo le podía decir a esa dulce mujer que yo sabía perfectamente lo que me estaba diciendo? Y que mi hijo era lo mejor que me había sucedido en la vida.

—Me imagino, algún día, Clara, no se preocupe, usted es muy joven también.

—Sí, hija, pero la vida es necia a veces.

Eso me alarmó, Clara era una mujer mayor pero no era anciana. Aún le quedaban como mínimo treinta años por vivir.

—Pero no debe preocuparse —le dije, lo único que quería era cambiar de tema.

—Josefina —me habló ahora deteniéndose y tomándome de las manos— Alfred y yo estamos verdaderamente felices. Ver de nuevo a Maxito alegre es algo que nunca pensamos que sucedería. Sufrió tanto hija... sé que se lo merecía, y jamás pensé que tú lo perdonarías, te admiro, tienes un gran corazón, Jose.

¿Qué sabía Clara y de qué estaba hablando?

—No le entiendo —respondí con respeto.

—Maximiliano me contó todo lo que sucedió hace años.

—Todo, ¿todo? —dije alarmada. ¿Qué tanto sabía ella?

—Sí, hija, me contó que tú lo viste con otra mujer y por eso lo dejaste.

—Clara, yo...

—Hija, me imagino lo que viviste, debe haber sido atroz. Sé también que Maximiliano cometió un error, jamás se lo perdonará. No lo justifico y él lo sabe, pero la vida les dio una nueva oportunidad, eso es lo que vale, el pasado, pasado está.

No podía decirle a esta mujer la verdad. Ella era ajena a todo, pero tampoco quería que creyera que tenía un corazón tan noble. Eso era demasiado para mí.

—Solo soy una mujer, no me eleve a ninguna categoría, por favor.

—Un nieto, Josefina, es lo único que pido.

—Lo siento, Clara, pero no está en mis planes y creo que en los de Maximiliano tampoco.

—Él siempre ha querido hijos, Josefina, lo conozco.

«Ya sé de donde viene la terquedad en esa familia», pensé.

—Algún día —suspiré.

—Hija... yo no tengo tiempo.

—¿Cómo? —pregunté asombrada.

—Sí, hija, estoy enferma desde hace muchos años, por eso Alfred decidió dejar la empresa en manos de Maxito, nuestro hijo no sabe nada, él se ve una persona resuelta, seguro de sí mismo, pero es un niño. Soy su madre, y ahora que está contigo, me puedo morir en paz —me confesó mirándome directamente a los ojos, yo casi podía verme en ellos.

—No, pero usted no puede —respondí atropellándome con las palabras, como si fuera una niña pequeña que con suplicas podía parar la muerte de una persona.

—Por eso, Josefina, estoy pidiéndote con tanto fervor, sé que ya no me queda mucho, mis fuerzas se agotan, y nada me haría más feliz que ver a mi nieto.

No, esto era lo último que me podía pasar, cómo le decía que esto solo duraría un año y que ella ya tenía un nieto. La vida era cruel y se ensañaba cada vez más conmigo. Era imposible no sentirme miserable.

—Lo siento, Clara, yo no sé cuánto tiempo duraré con Maximiliano, estamos recién comenzando.

—Hija, si ese es tu problema, te aseguro que Maximiliano jamás volverá a cometer de nuevo el mismo error. Lo conozco, vi su sufrimiento. Con esto no quiero decir que tú no hayas sufrido, pero soy su madre y sé lo que siente, tú algún día me entenderás.

—La entiendo —le dije suspirando, y esto era lo más cierto que le decía en la tarde.

Nuestra conversación se quedó en eso, llegó hasta nosotras Alfred y yo aproveché para escabullirme lo más rápido posible de su lado.

Los niños jugaban a la pesca milagrosa y no pude evitar acercarme, la risa de esos pequeñitos me traía imborrables recuerdos y extrañamente me hacía muy bien.

Desenrollando sus cañas estaba cuando llegó junto a mí Maximiliano.

—Serías una excelente madre, pequeña, los niños te adoran.

¿Complot? ¿Maquinación? Así sonaba todo.

—No digas tonterías, Maximiliano.

Él solo se encogió de hombros, tomó mi mano, que no alcancé a quitar, y caminamos de regreso al grupo, donde estaba el resto de la gente.

—¿Qué hablabas con mi madre? —preguntó intrigado.

—Nada importante, cosas de mujeres.

—Jose, no le habrás...

—¿Cómo se te ocurre! ¿Crees qué estoy loca? —Maximiliano abrió sus ojos—. No respondas —le corté.

—No estás loca y lo sabes, pero no quiero que mi madre se preocupe por nada. Está enferma.

—¿Qué?! ¿Lo sabes? —pregunté.

En ese momento se detuvo.

—Ahora dime. ¿Qué te dijo? —me ordenó serio. Y al ver que no contestaba prosiguió—. Ella tiene cáncer, Jose. Había estado controlado, pero hace algunos años le volvió. El médico le dijo a mi padre que ya no le quedaba mucho tiempo, un año, a lo sumo dos, está ramificado, ya no hay nada que hacer. Ella no quiere que lo sepa —me relató con pena en sus palabras, podría haber jurado ver sus ojos acuosos.

—Me lo contó —murmuré avergonzada, no sé por qué.

—Pequeña, ¿qué te dijo? Cuéntamelo por favor. Quiero hacer todo lo que ella quiera, esta fiesta es por ella. Nosotros celebramos el aniversario de la empresa en noviembre, y no sé si ella estará... Por eso con mi padre decidimos adelantarlo, él está destruido, ella es todo para él, no sé qué sucederá cuando no esté entre nosotros.

Culpable, egoísta, miserable, así me sentía.

«Desgraciada es lo que eres».

—No puedes hacer nada —dije en un hilo de voz tragando saliva, un nudo estaba instalado en mi garganta.

—¿Por?

—Quiere un nieto —dije encogiéndome de hombros.

Maximiliano me abrazó en ese momento como si la afectada fuera yo.

—Lo siento, pequeña, siento lo que te dijo, pero no puedo contarle, ella no entendería y creería que su hijo es un...

—Shhh, nada, su hijo es su tesoro y así seguirá siendo, para una madre un hijo lo es todo, lo que ella está haciendo es lo más normal del mundo, solo quiere verte feliz y completo, con tu propia familia.

«¿Te estás escuchando?», recriminó mi conciencia, «ahora te estás creyendo las mentiras».

—Eso será imposible —suspiró.

La daga se enterró un poco más en mi corazón y se retorció en él.

Zanjamos el tema con un abrazo cariñoso. Yo no podía ayudarlo, y además no quería, esa era la cruda verdad.

Ya entrada la noche fuimos todos hasta el hotel. Cenamos juntos como una gran familia. Del tema no se habló más, fue como si la conversación nunca hubiera existido.

El domingo inevitablemente comimos en el club de yates con los padres de Maximiliano, mi padre, la innombrable, Sebastián, Andrés y Amber.

—Maximiliano —preguntó Andrés—, ¿te molesta si Josefina se va conmigo al club ahora?

La cara de Maximiliano se descompuso en ese momento, solo yo lo noté.

—¿Para qué? —inquirió huraño.

—Mañana es mi cumpleaños y lo celebraremos en el club, me gustaría que nos ayudara con los preparativos —respondió.

—Me parece bien —dijo la madre de Max—, así te puedes quedar con nosotros un tiempo más en el hotel.

A esas dulces palabras Maximiliano no se pudo negar, yo en realidad me mantuve en completo silencio, me tomó tan de sorpresa la proposición que ni siquiera alcancé a pensar.

Después del almuerzo nos retiramos con Andrés y Amber, le di un caluroso abrazo a Clara. Ella realmente era una buena persona, seguro nos veríamos pronto, ella se encargó amablemente de recordarme lo del nieto. No dije ni hice nada.

El club de día se veía absolutamente distinto, por fuera, parecía una fachada más y la gran puerta de metal se veía realmente imponente. Por dentro estaba iluminado, las cortinas estaban abiertas y el aire que se colaba por el lugar le daba una sensación muy agradable. Por los parlantes se escuchaba música. A pesar de que l conservaba un ambiente bohemio, se veía muy diferente, todos los detalles estaban muy bien cuidados.

Al entrar divisé inmediatamente a Greg. Estaba con una chica en la barra del bar. Ella se veía entusiasmadísima con él, en cambio Greg parecía aburrido, tenía las manos en su cintura, pero su gesto era como si estuviera sosteniendo un jarrón, claramente no era Tammy. Definitivo Greg era un *playboy*, bueno, cualquiera con esa pinta, semejante adonis no estaba para el celibato.

Amber comenzó a contarme qué tenían ganas de hacer en la celebración, y yo atentamente la escuchaba, en eso estaba cuando escuché:

—¡Pecosa!

Y antes de poder darme la vuelta Greg ya estaba sobre mí.

—Hola, desaparecido, te extrañé el jueves, fui hasta el café y me dejaste —le dije haciéndole un puchero.

—Pecosa, no me pongas esos labios que no respondo.

Qué fácil me resultaba jugar con Greg, me acerqué mimosa y con los labios aún en puchero le besé el mentón.

Greg me sostuvo por la cintura y susurró casi rozándome los labios:

—Si juegas con fuego, te puedes quemar.

—Ve donde tu amiga, que nos mira y no quiero más enemigas.

—Ahora solo me interesas tú, pecosa.

—Greg...

—Súbeme un vodka seco.

—¿Qué? —pregunté sin entender nada.

—Amber me dijo que trabajas en el café. Eso significa que lo haces para mí, este es mi club, por ende tú estás a mis servicios.

Abrí tanto los ojos que sentí cómo mi frente se arrugaba, Greg pasó su largo dedo por las arruguitas de mi frente masajeándolas para que volvieran a la normalidad.

—En el bar encontrarás todo, te espero en mi oficina —ronroneó. Luego caminó raudo hacia la escalera, pasó por el lado de la chica diciéndole algo y no esperó siquiera a que ella le contestara. Cuando la joven caminó a la puerta, me preparé para escuchar algo. Pero nada. ¿Tan liberal podían ser aquí o yo era de otra época?

Amber y Andrés se besaban, no, perdón, se devoraban, envidia me daba mirarlos. Me dirigí al bar e hice lo que Greg me pidió, claramente él quería jugar y yo necesitaba hacerlo. La cercanía con Maximiliano me anulaba, en cambio con Greg podía jugar y tratar de olvidar.

La puerta estaba abierta, Greg estaba sentado detrás de su escritorio con las manos apoyadas en él y sus dedos cruzados. Era como si analizara la situación. Creo que con esa mirada oscura y peligrosa sería difícil para cualquier mujer resistirse a él, seguro este inglés siempre conseguía lo que quería y por supuesto no pedía disculpas cuando las dejaba.

—¿Qué le dijiste a la chica que estaba contigo? —le pregunté entregándole la copa y dejando la bandeja a un lado.

—Nada, solo que mi caja de Pandora había llegado y eso es razón suficiente para abandonar cualquier cosa para mí.

—Mmm, y esa soy yo.

—Nadie más que tú, pecosa. Cuéntame qué sucedió.

Bajo esa mirada era difícil negarse a algo. Aunque no tenía ganas de contarlo, terminé haciéndolo sin omitir detalle. Greg se acercó hasta mí y se sentó delante, encima del escritorio. Diminuta me sentía mirándolo hacia arriba, decidí ponerme de pie, pues la inferioridad nunca me había gustado, menos con un hombre como Greg. Él, al pararme, me atrapó entre sus piernas y me rodeó con sus brazos.

—¿Cómo estás pecosa? —me preguntó preocupado.

—Te acabo de contar todo. ¿Qué no me oíste?

Asintió con la cabeza y pegó su frente a la mía.

—Esto no puede seguir así, no está bien, te estás haciendo daño. No quiero.

Traté de separarme pero fue imposible, qué daría por sentir algo en ese momento: mariposas, libélulas, lo que fuera, o fuegos artificiales entre mis piernas... pero nada.

Suspiré antes de responder:

—Iré a terapia, pero no me compadezcas... por favor Greg, no es lo que yo necesito.

—¿Que necesitas, pecosa?

Ahora estábamos frente a frente, a centímetros de tocarnos. Casi me podía ver en el reflejo de sus oscuros ojos negros.

Cerré los ojos y respondí con total sinceridad.

—Olvidar. —Eso era verdad, la cercanía de los últimos días con Max me estaba haciendo olvidar todo lo sucedido demasiado rápido y yo no estaba dispuesta ni preparada para albergar de nuevo tantas emociones.

—¿Estás segura, pecosa?

Traté de separarme, pero Greg tomó mi cara y no me lo permitió.

—Sabes lo que siento mejor que nadie, jamás te lo he ocultado, Greg.

Estaba tan complicada con la situación, sabía lo que tenía que hacer, me conocía, nunca olvidaría ni perdonaría, y con Greg veía una salida, quería sentirlo, pero sabía que me sentiría lo peor de lo peor después. ¿Cómo podría mirar a Maximiliano a la cara posteriormente?

«Con la misma que él te ve», me habló mi conciencia.

—Jose. Dame la oportunidad de hacer esto bien, como corresponde, ese día en el cañón no había nada que deseara más que sentirte. Pero no así, no te lo mereces, eres especial para mí, quiero que te pierdas en mis besos, en mis caricias, pero no quiero que te reproches nada después, sería tan fácil recordar lo que vivimos aquí cuando te conocí.

—Greg, yo solo quiero olvidar, no quiero una relación, después de que termine el año me iré. No me quedaré, no quiero, voy a recuperar mi vida y eso no va a cambiar.

—Pecosa —murmuró—. Eres toda una contradicción, no eres una mujer liberal, tú jamás te entregarías a nadie sin sentimientos, no eres como...

Ahora sí sentí que Greg me juzgaba, yo podía ser tan liberal como sus amigas y no necesitaba nada más, me hirvió la sangre en cosa de segundos, desde hace mucho me había jurado que ningún hombre me haría sentir menos y eso sí se lo podía demostrar.

«¿Pero quién te hace sentir menos, idiota?», chilló mi conciencia, que sabía claramente lo que iba a hacer. Pero yo por supuesto no la escuché.

Tomé su cara con mis manos, me acerqué más, él frunció el ceño y antes de que pudiera protestar pegué mis labios a los suyos y lo besé, introduje mi lengua chocando con sus dientes. Luego de un ligero tirón en su pelo, soltó un gruñido de satisfacción y yo me aproveché. Ahora me acercó, me apegó más a él, ambas lenguas se entrelazaron, se consumían la una a la otra, en mis pensamientos no veía nada más que sus lindos ojos negros y me permití perderme en ellos.

De pronto se apartó. Comenzamos a respirar agitadamente, con dificultad, y entre jadeos Greg me habló:

—¿Qué quieres demostrar con esto, pecosa?

—Que puedo ser como cualquiera de tus amigas —respondí entre jadeos, este beso me había dejado sin aliento y con las piernas temblando como gelatina.

Estaba totalmente asombrada de mi reacción.

—Ven acá, pecosa —me dijo tirando de mí para abrazarme. Sentí cómo su corazón latía desorbitado dentro de su pecho, eso fue como música para mi alma y me gustó.

Al ver que no decía nada, me preocupé.

—¿Estás enojado? —susurré confundida, separándome para mirarlo fijamente, fuese cual fuese su respuesta la aceptaría estoica.

—Josefina, tú produces cosas en mí que jamás pensé que sentiría. Eso me desconcierta... me molesta.

Ahora me miraba con lujuria y asombro. Me gustaba lo que veía, al menos no le era indiferente, su confusión penetró en mi piel y un nudo de emociones se comenzó a formar en mi estómago.

Lentamente comenzó a bajar su mano por mi espalda mientras yo sentía que me quemaba, me atrajo aún más hacia él, y en un acto impensado para mí cogió mi mano y la puso entre sus piernas, en donde claramente pude notar su erección. ¡Dios mío!

—¿Estás, estás así por el beso? —pregunté con cautela y un tanto alucinada. Claramente la erección de Greg me impactó, jamás fue mi intención y, por lo demás, nunca había tocado a alguien que no fuera Maximiliano y de eso ya hace muchos años.

—Estoy así porque me gustas, porque te deseo más que nada desde hace mucho. Estoy así porque no puedo hacer lo que quiero, no contigo, no ahora, no así.

Sus ojos eran tenebrosamente oscuros, llenos de sensualidad y excitación, sentí que me quemaba. Iba a decir algo pero él puso su dedo sobre mis labios como si ahora le doliera ese pequeño contacto y murmuró entre dientes:

—Te deseo ahora. Aquí. Quisiera tenerte en el sillón, hacerte el amor y sentir cómo tiembles... otra vez. Pero por mí, pensando en mí.

Bajó la mano que tenía en mi espalda llegando hasta mi trasero, poniendo las dos manos sobre él. Escuché un gemido desde el fondo de su ser. Apoyó su cabeza bajo la mía y me ordenó:

—Vete, Josefina, sal de aquí ahora.

Eso me confundió, hace un minuto quería que fuera suya y ahora me echaba. ¿Acaso todos estaban locos? ¿Y yo incluida?

—Pero no puedo. Andrés...

No me dejó terminar, y como si nada hubiera sucedido, movió la cabeza de un lado a otro, saltó del escritorio, me dio un casto beso en la frente y salió de su propia oficina, dejándome absolutamente aturdida sin entender nada.

Después de unos minutos en que traté de ordenar mis ideas, ingresó Amber a buscarme. Omití lo que sucedió, estaba segura que ella lo sabía por la forma en que me miraba.

—Greg se ha ido, no volverá hasta mañana, puedes estar tranquila, Jose.

¿Tranquila? ¿Se fue? Ahora sí que no entendía nada.

Andrés nos esperaba abajo con una linda y tranquilizadora sonrisa, me tendió la mano y como si fuera todo un caballero, besó mis palmas. Ya no usaba parches y las líneas estaban cada día más delgadas, casi no se notaban. Pero si se sentían.

Amber subió la música y nos pusimos a bailar como si no existiera nada más que nosotras, yo quería olvidar. Andrés refunfuñó un rato, pues se supone que le ayudaríamos, pero tener la pista para nosotras solas era ideal. Claramente a las dos nos gustaba la música. Comenzamos a hacer coreografías como adolescentes, en tanto mi hermano trabajaba, después de unas cuantas canciones y risas terminamos ayudándole. Cuando quedó todo decorado, nos sentamos en una de las mesas. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero ahora estaba todo oscuro. Solo las luces del bar y algunas de la pared nos alumbraban.

Me informaron que la fiesta sería de disfraces. Pero no de cualquiera, sino de personajes de Hollywood. Lo encontré sensacional, pero al mismo tiempo caí en la cuenta de que no tenía nada.

Al ver mi cara Amber me habló:

—Jose, tengo el disfraz perfecto para ti. Era para mí en un principio, pero a tu hermano se le ocurrió que fuéramos Bonnie and Clyde. Así que encantada te lo presto.

—¡Uy!, hermanita, a más de alguno matarás con ese vestido, te quedará perfecto con el color de tu pelo. Pobre de mi cuñado. Porque vendrá, ¿verdad?

Qué buena pregunta. Estaba claro que yo vendría, pero ¿Maximiliano disfrazado? ¿Y en territorio de Greg?

—Realmente no lo sé.

De pronto la puerta comenzó a sonar, todos nos miramos, nadie esperaba a nadie. Andrés fue a abrir y al volver regresaba con un sonriente Maximiliano.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron al verlo y recordaron de inmediato lo ocurrido en la oficina. Remordimiento, arrepentimiento, culpa... Nada de nada, sentí.

«Te estás volviendo una descarada», reprochó mi conciencia.

—Vine por ti, Josefina —dijo saludándome y mirando disimuladamente por el lugar, sé lo que buscaba y por supuesto no lo encontraría.

—Siéntate con nosotros —le invitó Andrés—, estamos hablando de la fiesta y viendo los disfraces que usaremos.

—¿Disfraces? —preguntó sorprendido.

—Sí, será una fiesta de disfraces de personajes —se apresuró a responder Amber, no sé por qué yo estaba poco comunicativa. Miedo no le tenía a Maximiliano, eso sí que no.

—Te infartarás al ver el disfraz de mi hermana, cuñado, mañana tendrás que estar con escopeta —le dijo Andrés. Maximiliano levantó una ceja y curvó la mitad de su labio observándome de soslayo, sabía perfectamente lo que pasaba por su cabeza.

Después de un rato nos retiramos, era tarde y al otro día todos trabajábamos.

Maximiliano estaba afligido, lo veía en sus ojos, sabía la respuesta y no quería preguntar por qué.

Al llegar a la casa él subió a la habitación en silencio, no me dijo nada, cerró su puerta y supongo que se acostó. Yo tenía mucho en que pensar, pero tampoco podía dejarlo deprimido, no... yo no era así.

Toqué a la puerta y al ver que no me contestaba, abrí. Maximiliano estaba sentado en la orilla de la cama, con los codos en las rodillas, agarrándose la cabeza con ambas manos. Era desolador verlo de esa manera, al menos para mí.

En ese momento le hice la pregunta más estúpida del mundo.

—¿Estás bien, Maximiliano?

Levantó lentamente su cabeza, sus ojos estaban colorados y el azul de ellos ahora era de un celeste acuoso que nunca había visto en mi vida.

—Mi madre se va a morir, pequeña —afirmó afligido—. Se muere y yo no puedo hacer nada.

Eso me partió el corazón. Su mirada perdida, triste y de niño desamparado me estaba matando a mí también. Me acerqué y lo abracé.

—Tú no sabes eso, Max, no puedes saber cuándo.

—Lo sé, Jose, mi padre me lo dijo.

—¿Cu...cuánto? —pregunté balbuceando.

—Dos meses, máximo tres, ella no lo sabe.

Fue lo único que dijo y se quebró completamente en un sollozo que partió mi corazón, mi alma y mi compasión.

Lo abracé con verdadera ternura y devoción. Maximiliano se aferró a mí y lloró, igual como lo hacía mi niño, mi hijo, mi Clemente.

No tenía nada para decirle, solo dejarlo que se desahogara, pensé que si me pasara a mí lloraría por horas. Pero para Maximiliano fueron solo unos minutos. Luego, como si controlar los sentimientos fuera tan fácil, dejó de llorar, se pasó la mano por los ojos y volvió a su lugar, suspiró un par de veces y dijo:

—Gracias, Jose. No te preocupes, ya pasó. Estoy bien. Siento lo que viste.

—¿Siento lo que viste? —pregunté irritada por su comentario—, ¿qué crees que estás diciendo Maximiliano? Entiendo tu dolor, se supone que...

—¿Qué, Josefina? —me dijo cuando me callé y no terminé la frase.

—Se supone que debemos apoyarnos —susurré muy bajito.

—Sí, pequeña, lo sé. Pero yo debo ser fuerte para ti, no al revés.

—¡Por Dios Maximiliano! Qué machista, troglodita y de las cavernas hombre, estamos en el siglo xxi. Por lo demás es tu madre, no tu vecina la que se está muriendo —aclaré sin pensar esa última frase. Pensé que Maximiliano se molestaría, pero no, rio con mi comentario y eso me tranquilizó.

—Jose, Jose, Jose. Nunca cambiarás, pequeña.

—Maximiliano, yo...

—Buenas noches, Josefina.

—Buenas noches, Maximiliano.

Así me fui de regreso a mi habitación y me dormí, aturdida y agotada, tenía en mi cabeza un nudo de emociones. Las palabras de Maximiliano y de Clara invadieron mi mente, no me dejaban razonar, por un lado estaba lo que ella quería y existía, por otro lo que yo le podía dar y de verdad por primera vez en mi vida no sabía qué hacer, no ahora, no apurada y no antes de tiempo.

Capítulo 14

El sol aparecía otra vez. Una luz intensa traspasaba mis párpados aún cerrados. Intenté seguir durmiendo, pero nada, terminé girando de un lado a otro sin sentido. Había pasado una de las peores noches desde que estaba en la casa de Maximiliano. Cada vez que cerraba los ojos veía la súplica de Clara pidiéndome un nieto. Si no era eso, veía los ojos de Greg, y como si fuera poco, sentía el dolor de Maximiliano. Lo estaba haciendo todo mal, mis propias convicciones estaban acabando conmigo más rápido de lo previsto, no sabía qué hacer. Por un lado tenía la respuesta pero apenas esta aparecía, yo quitaba la idea de mi cabeza e intentaba pensar en otra cosa, ¿pero qué pasaba? Ahí aparecía él y lo que por primera vez había visto en sus ojos. Por primera vez yo había besado a Greg, me había perdido en su beso y para colmo había sentido. No eran mariposas como con Maximiliano pero algo eran y tampoco lograba descubrir qué. Con Greg me estaba sucediendo algo inexplicable, con él además de comportarme como otra mujer, no lograba entender lo que pasaba por su mente y eso me confundía, ¡Dios mío si hasta lo había tocado!

No es que tuviera el corazón dividido, no, ni eso el inglés me había permitido. Yo me había presentado ante él dispuesta a lo que fuese, pero él no tenía intención de ir más allá. Eso sí que no lograba entenderlo. Ya lo había visto antes con Tammy, con la chica del club. Pero ¿por qué conmigo no? ¿Tan poca cosa me encontraba? No, eso no podía ser, lo había descontrolado y creído de alguna u otra forma en sus palabras.

Abrí un ojo y el rayo de sol no tardó en golpearme directamente. La mañana estaba hermosa, sería perfecta para correr, pero no sabía si tenía ganas, vi de reojo el reloj y me sorprendí de lo temprano que era. Siete y veinte de la mañana, eso para mí, en mi nueva rutina, era madrugar. Sobre todo porque anoche me había acostado pasadas las dos de la madrugada y no dormí casi nada.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando me invadieron los ojos de súplica de mi suegra, pero en ese mismo instante decidí tomar una decisión.

Saqué la tarjeta del doctor Ferrer y sin importar la hora, pues es médico y debía levantarse muy temprano, decidí llamarlo.

—Diga.

—Doctor Ferrer, habla Josefina Zarmientos.

—¿Quién?

—*Bella durmiente* —le recordé para que supiera quién era.

—¿Hija, estás bien? —me preguntó ahora sobresaltado.

—Sí, sí, pero necesito verlo, ¿podría ser?

—Claro, hija, te espero a las diez en mi consulta, anota la dirección.

Eso fue todo lo que necesité para cargarme de energía, al fin podría hablar con alguien y saber qué hacer. Al menos tenía una idea, pero por descabellada que pareciera, necesitaba consultarla con alguien antes de ejecutarla. No podía hacerlo con Margarita, porque sabía lo que pensaría, y de alguna u otra manera terminaría haciéndole caso y eso sí que no quería.

Rápidamente me duché y bajé. En el mismo momento en que Esther abría la puerta, yo ponía la mesa para desayunar. Ella se asombró, juntas preparamos las cosas y, cuando estuvo listo, subí a avisarle a Maximiliano.

Él ya estaba listo hablando por teléfono en su dormitorio, como tenía la puerta abierta, entré. Vestía pantalones grises, camisa blanca y corbata negra. Su pelo estaba mojado por la ducha, eso despertó algunos de mis pensamientos más lujuriosos. Pero al detenerme en su expresión noté que era triste, sus ojos no irradiaban luz.

—No me importa, hoy no viajaré, entiéndelo Gretel, si no puedes cambiar la reunión para mañana, no asistiré. Hoy es imposible para mí volar a la ciudad, tengo un compromiso. Solúcionalo —dejó de hablar como esperando algo, miró al techo. Estaba ofuscado, lo noté en sus hombros, yo me mantenía en completo silencio—. Perfecto. Gracias Gretel. ¿A qué hora tengo la reunión...? —De pronto me vio parada en la puerta. Su sexy sonrisa me escaneó lentamente y yo lo sentí directo en mis entrañas. Sin lugar a dudas, Maximiliano era el hombre que despertaba mis hormonas.

—Gretel, espera —dijo tapando el teléfono con una mano para preguntarme—. ¿Qué sucede pequeña? ¿Por qué estás vestida?

—Tengo cita con el doctor Ferrer a las diez.

No hizo ningún gesto y retomó su conversación.

—No iré ahora a la oficina, cancela mis reuniones de la mañana y traspásalas para la tarde. Gracias Gretel —se despidió y colgó.

—Buenos días, Maximiliano —le saludé con la mano tímidamente, pero él se acercó besándome en la mejilla.

—Buenos días, pequeña. Vamos, no quiero que lleguemos tarde.

—¿A dónde vamos a llegar tarde? —quiero saber, “vamos” es más de uno.

—Te acompañaré a la terapia. Recuerda, pequeña, en la salud y en la enfermedad.

Solo le hice un mohín de burla. Él no dijo nada, suspiró, me tomó la mano y bajamos.

Luego del desayuno, ambos fuimos a la consulta del doctor. Tuve la precaución de poner mis palmas sobre mis piernas y golpeteaba los dedos alternadamente. Maximiliano, al ver lo que hacía, puso su mano sobre las mías y eso me tranquilizó. No quería volver a hacerme daño.

Maximiliano tomó mi mano en todo momento, entramos en la consulta y fuimos recibidos por una mujer joven que miró a mi marido como si fuera una estrella de televisión. Yo no la culpo, pero tampoco me encantó su atrevimiento, aunque, a decir verdad, Maximiliano ni siquiera se percató.

—Buenos días —me anuncié molesta—. Tengo una cita con el doctor Ferrer.

—¿Josefina Zarmientos? —preguntó la joven, mirándome directamente a mí ahora.

—Von Kryler —aclaró Maximiliano, llevándose una mirada de desaprobación de mi parte.

La chica nos miró sin entender nada y esbozó una ligera sonrisa.

—Le aviso, tomen asiento por favor.

Nos sentamos y fue insostenible de mi parte no decirle una pesadez a Maximiliano. Si no lo hacía, no era yo.

—Ya sabes, cuando quieras que alguien te consuele puedes venir. Ella— indiqué a la recepcionista—, estará feliz de ayudarte.

Silencio. Mudez. Nada más.

—Adelante —nos dijo apenas colgó el teléfono, Maximiliano se puso de pie junto conmigo.

—¿A dónde crees que vas? Yo entraré sola —le advertí sin dar ni un paso más.

—Lo sé, pequeña. Pero quiero conocer al hombre que sabrá todos tus secretos.

Yo solo me encogí de hombros. El poder que le había conferido yo misma al doctor Ferrer me podía destruir en cualquier momento, pero confiaba en él y sabía que no lo haría jamás.

Entramos. La habitación era muy acogedora, esperaba que fuera como la del hospital. Pero no, esta era de color azul cielo y en las paredes, además de haber una gran cantidad de títulos universitarios que asombrarían a cualquiera, poseía fotografías de flores, todas en tonos azules, a pesar de ser flores, le daban un aspecto masculino a la consulta; en el fondo, un escritorio de vidrio pulcramente ordenado, un sofá bastante grande donde por lo menos cabrían tres personas sentadas cómodamente frente al otro sillón más pequeño; en medio, una mesita con una cajita con clínex, dos vasos de agua y, por supuesto y lo que más me agradó, una barra de chocolate.

En tanto avanzamos, el doctor se levantó y sonrió amablemente.

—*Bella durmiente* —me saludó y me sorprendió a mí y a Maximiliano dándome un afectuoso abrazo.

—Buenos días, doctor. Él es Maximiliano —le informé cerrándole un ojo, sabía que él me entendería perfectamente.

Max le tendió la mano respetuosamente.

—Un gusto, Maximiliano, al fin tengo el placer de conocerte. Por favor, tomen asiento.

—Yo únicamente quería conocerlo, doctor.

—Muy bien, por favor, siéntate un momento con nosotros, te explicaré en qué consiste la terapia, en algún momento también nos reuniremos.

Eso sí que no me gustó, la terapia era solo mía, ¿qué tenía que hacer Maximiliano ahí? ¿Y con mi doctor?

Después de haberle explicado todo el doctor a Maximiliano, se levantó y por fin se fue. En ese momento descansé, pero me sonrojé cuando delante de él me dice:

—Descuida, pequeña, todo saldrá bien.

Recién cuando lo vi salir por la puerta me tranquilicé y pude respirar en paz. Ahora éramos nuevamente solo el doctor y yo, y como no tenía tiempo que perder, apenas se sentó le ataqué con mi problema.

—Doctor, he venido especialmente hoy porque tengo un nuevo problema.

—Josefina, tendrás que disculparme, pero debemos comenzar desde un principio. Si no será imposible poder ayudarte.

Lo miré nerviosa, si empezaba desde cero seguro no terminaba en una sola sesión.

—Lo sé doctor, pero esto es como un capítulo nuevo e inesperado en la historia que le conté.

La cara de doctor Ferrer mostró sorpresa, parpadeó un par de veces y suspirando resignado me dio la venia para comenzar a hablar.

—Cuéntame.

Por fin, suspiré, tomé aire y comencé. No era fácil y era hasta un poco descabellado, pero era eso o nada.

—La madre de Maximiliano se está muriendo, está enferma, no le queda mucho tiempo, máximo dos meses, no lo sabe y lo único que quiere es que le dé un nieto.

Frunció el ceño. Abrió la boca para decir algo, pero al ver que iba a seguir la cerró, se puso de pie, cogió un pedazo de chocolate, me lo entregó y se sentó junto a mí. Me tomó de la mano para que continuara. Ese acto me dio fuerzas para seguir.

—Le dije que era imposible, pero cuando Max me comentó que ya no le queda tiempo... pensé en contarle sobre Clemente. Claro, por supuesto le pediría que guardara el secreto, al menos por un tiempo.

—Y ese pequeño tiempo como tú dices, ¿será real?

—¡No! Después ella no estará. Usted sabe lo que yo pienso de contarle la verdad a Maximiliano.

—¿Y crees que puedes confiar en ella? —preguntó, como sopesando la situación.

—¿Eso quiere decir que usted aprueba lo que quiero hacer? —dije ansiosa por saber su respuesta.

—No, Josefina, no me parece, pero sé que con eso tú estarás tranquila. Yo soy partidario de la verdad, en eso trabajaremos, necesitas sacar tus temores para ser feliz. No debes olvidar el pasado, únicamente aceptarlo. Cuando lo hagas, estarás en paz contigo misma y podrás seguir adelante.

«Como si eso fuera tan fácil», pensé.

—Pero dígame, ¿cree que resultará?

—Lo primero que haremos hoy será comenzar por el principio, luego te daré mi opinión. ¿Estamos de acuerdo?

Miré hacia abajo, hacia los nudillos de mis dedos, y comencé desde el principio. Él me hizo algunas preguntas y analizamos juntos las respuestas. No es que hayamos avanzado gran cantidad de tiempo en mi relato, pero sentí que por primera vez tenía algunos puntos muy claros. Nos centramos en mis frustraciones con respecto a mi madre, pero increíblemente me sentí bien contándole lo que me molestaba, esas cosas no se las había comentado jamás a nadie, y hablarlas me relajó. No me sentía culpable de nada, ni siquiera por odiarle en algún minuto de mi vida.

Ya había pasado más de una hora de sesión y realmente había sido increíble, me resultó todo demasiado fácil y muy claro. El doctor Ferrer jamás miró la hora, era como si solo existiera yo para él.

—Bien, Josefina, creo que vamos muy bien. ¿Cómo te sientes ahora?

—Increíble. —Fue lo único que dije, y era verdad.

Entré con muchas dudas y salía mucho más clara, y solo había sido la primera de muchas sesiones.

—Bueno. Ahora te diré lo que pienso respecto a lo de tu suegra. Si confías en ella, cuéntaselo. No es ortodoxo lo que te estoy diciendo, pero tú eres mi paciente y para mí lo más importante ahora es tu tranquilidad y, si consiste en revelar parte de tu secreto, por mí está bien.

Eso era todo lo que yo necesitaba, nada más, un poco de apoyo y saber que lo que pretendía no era tan descabellado.

Nos despedimos con otro caluroso abrazo. Sentir su amabilidad y comprensión significaba mucho para mí, sobre todo porque al terminar me dijo que yo no estaba loca y que dentro de todo era muy normal lo de mis marcas. Mi cuerpo se expresaba, claro, no de la mejor manera, pero lo hacía.

Maximiliano estaba sentado, pensativo, al verme se levantó de inmediato y llegó hasta mí. Me rodeó con sus brazos en forma posesiva y miró al doctor.

—¿Todo bien en la sesión? —preguntó a mi confidente. Su preocupación era obvia, me molestó. Mierda... no debería haber hecho esa pregunta. Moví la cabeza en un gesto de reprobación, pero pareció no importarle.

—Perfectamente, Maximiliano. Nos hemos demorado lo que tenía que ser, cada paciente es único y para mí Josefina es especial.

Maximiliano asintió, no muy convencido, pero luego de un par de segundos todos nos despedimos cordialmente.

En el auto me preguntó ansioso:

—¿Cómo te fue? ¿Quieres contarme?

—Eh... bien, fue más fácil de lo que esperaba. Gracias por acompañarme.

—Pequeña —me dijo deteniéndose de pronto—. Siempre que quieras estaré para ti.

Cambié el tema de la conversación a algo menos importante y que no se centrara en mí, pues yo tenía claro lo que haría y cuándo lo ejecutaría. Maximiliano me dejó en casa y, cuando se fue, tomé el auto y me fui a mi nuevo trabajo.

Hablé con Clemente y Margarita por el camino. Le conté cómo me había ido y le relaté parte de mi plan, que lo ejecutaría el día que fuera a visitarlos. Sé que Margarita no entendió mucho, pero confiaba en mí y no preguntó nada más.

La tarde pasó tranquila. Amber y yo cada vez nos llevábamos mejor, me contó lo ilusionada que estaba con la fiesta. Pero cuando al final del día me entregó el disfraz, casi morí. Esto era mucho más de lo que yo pensaba, claramente no sería yo y, por supuesto, a Maximiliano le daría un ataque, claro, si antes no me lo daba a mí.

Llegué a casa poco antes de las siete, casi junto con él. Le conté que venía de buscar el disfraz de casa de Amber y él, sonriente, me mostró un colgador donde traía el suyo. Pregunté por curiosidad de qué iría. A mí me hubiera encantado verlo de superhéroe, ojalá de Superman, pero era demasiado formal para eso. Su respuesta fue:

—Ya lo veras, pequeña. Pero creo que vestiré de villano, tal como lo que tú crees que soy.

No le dije nada, en parte era verdad, a mí no se me olvidaba jamás por qué estaba en su casa.

Como era temprano, disfrutamos de un trago y de unas aceitunas en la terraza.

—Si dependiera de mí, no irías al club —me dijo serio mientras me terminaba de acomodar en el sillón frente a él.

—Exacto, si dependiera de ti, pero como no es así iré. Tú puedes quedarte, no es tu obligación asistir —respondí con seguridad mirándolo a los ojos.

Maximiliano obvió la respuesta y levantó su copa hacia la mía.

—¿Brindamos?

—¿Por? —pregunté curiosa, eso sí me tomaba por sorpresa.

—Porque sea una noche tranquila, pequeña, sin contratiempos. —Eso se podía leer entre líneas como: *porque te portes bien y el inglés no se entrometa en mi camino.*

Chocamos nuestras copas y yo le sonreí estúpidamente. No lo puedo creer, para Maximiliano esta noche es más que solo el cumpleaños de Andrés. Es como presentar un trofeo, da lo mismo el resto de la gente, a él solo le importaba Greg, y demostrar que tiene algo que él desea. No sé si sentirme halagada o enojada. Prefiero no analizar la situación, puesto que si lo hago la única que saldrá perdiendo como siempre... sería yo.

Una vez en mi habitación bajé el zíper de la bolsa que contenía el vestido y suspiré. Esto era realmente mucho para mí, pero ya estaba en esto, me dije, «no seas cobarde y tómallo como un juego», Amber me dijo que lo llevara sin bragas, pero eso sí era imposible. Puedo no llevar corsé, pero eso sería todo. Busqué el

maquillaje en la computadora, trataría de hacerlo lo más parecido posible. Al terminar el resultado fue asombroso, claro que mi pelo ayudaba. Ahora estaba distinto, partido a un costado, casi tapándome un ojo. Me puse el vestido, que era brillante de lentejuelas rojas muy ceñido al cuerpo, sin tirantes, se afirmaba al busto en forma de corazón, además poseía un tajo al costado de mi pierna que empezaba justo en la parte del muslo y, por último, unos guantes de satén morados que llegaban hasta la parte superior del brazo.

Estaba entrando en el universo paralelo de los dibujos animados. Dejé de ser Josefina Zarmientos, la simple mujer pelirroja, para convertirme en la voluptuosa, sensual, coqueta y llamativa... Jessica Rabbit.

Sacudí mi cabeza para alejar los pensamientos y las palabras que mi conciencia me estaba gritando. Incluso ya podía ver la cara de Maximiliano, juro que esta vez no lo estaba haciendo con alevosía, aunque al verme así, tipo *femme fatale*, me consideraba linda, no, que va, sexy, deseable, como hace mucho tiempo no me sentía.

Busqué algo para ponerme encima, y lo único que encontré fue una especie de tapado negro. Me quedó pésimo, así que pasé de él y bajé preparada para la batalla.

Maximiliano estaba mirando al lago, yo podía ver su reflejo a través del cristal. ¡Dios mío! Se veía impresionante, se me secó la boca y mi corazón se aceleró. Estaba vestido con un traje negro con líneas blancas, camisa negra, corbata blanca, en el bolsillo de la chaqueta un pañuelo blanco y por supuesto sombrero negro. Todo lo malo y perverso que le gustaría a cualquier mujer. Incluso a mí.

Cuando me vio a través del reflejo, su expresión fue de asombro, se giró y caminó elegante hacia mí.

—Josefina, te ves impresionante... —dijo aclarándose la voz.

Sentí que ahora estaba del mismo color que el vestido.

—Gracias —murmuré bajito, yo me había esperado otra reacción y claro, nuevamente había prejuzgado.

—Si hubiese sabido que vestirías de Jessica Rabbit, me hubiese disfrazado de Roger.

—No lo sabía, el traje es de Amber —respondí con sinceridad.

En ese momento, su expresión cambió, entornó los ojos dejándolos en una delgada línea.

—¿Y por qué ella no lo usará? —curioseó en tono de desaprobación. Entendí perfectamente por dónde iba el comentario, pero no entraría en su juego, conté hasta diez y respondí con tranquilidad, la noche aún no comenzaba y yo necesitaba paz, sosiego y calma. Eso no era mucho pedir. ¿O sí?

—Porque a mi hermano se le ocurrió ir como la pareja de Bonnie and Clyde.

—Ojalá sea solo eso —me dijo. Se acercó a mí y me dio un beso en el pelo—. Aunque me... encanta verte así, prefiero a mi pequeña.

Cerré los ojos al contacto de sus labios con mi piel y me rendí brevemente ante la sensación que me produjo su cercanía, la sentí directo en mi traicionero corazón.

Cuando abrí los ojos él aún me estaba mirando, ahora intensamente. Mi chico travieso, justo como lo que “no” me recetó el doctor, pero es que se veía tan apetecible vestido de gánster...

«Lindo, lujurioso, lascivo y mujeriego», me recordó mi conciencia.

Al llegar al club había una fila de autos antes de nosotros. Maximiliano maldijo, le molestaba esperar y yo no pude evitar reírme de él y recordar a Clemente. Eran exactos, a mi pequeño ni siquiera le gusta hacer la fila para los juegos.

Todos estaban disfrazados y se tomaron muy en serio la regla de personajes, era muy fácil descifrar quién es quién o a qué representaban, me reí al ver a Batman y Robin. Nos bajamos después de mucho tiempo detenidos, Maximiliano abrió mi puerta y sé que desde ese momento cambió su actitud, su sonrisa es triunfal. Al pasar vimos a unos chicos que me gritaron algo, ninguno de los dos escuchó bien qué, pero no importó, Maximiliano los miró con cara de pocos amigos y apresuró el paso.

La fila para entrar casi llegaba hasta la esquina, pero como el portero ya me conocía nos dejó pasar de inmediato. La música estaba altísima, se escuchaban guitarras eléctricas y baterías, estaba claro que la fiesta sería todo un éxito, la decoración era estilo *hollywoodense*, muchos afiches de películas colgaban en las paredes, incluso el mío.

Nos acercamos al bar. Maximiliano pidió un *whisky*, en cambio yo mi tradicional bebida. No podía estar quieta, esto era una fiesta y yo deseaba disfrutarla como tal, pero Maximiliano era otra cosa. Nunca habíamos bailado en discotecas y claro, ahora ya más mayor, menos.

De pronto se acercó hasta nosotros un hombre disfrazado de pirata, un amigo de Max, ese fue el minuto que yo aproveché para caminar por el lugar. Necesitaba moverme. Me encontré con Javiera y, como siempre, comenzamos a conversar, esa fue mi oportunidad para bailar. Eduardo era un experto bailarín y tuvo la gentileza de bailar con las dos. En un minuto Maximiliano me divisó, pero sabía perfectamente con quienes estaba, supe por su forma de mirarme que se había tranquilizado. Con la mirada buscaba a Greg, pero ni rastro de él, no sé por qué lo quería ver, me intrigaba verdaderamente ver de quién vestía.

Las chicas *miss látex* se paseaban por entre la gente, ofreciéndoles cócteles.

—Vamos, toma uno —me gritó Javiera fuerte para que la escuchara—. Solo un poco Jose, es una fiesta.

Javiera cogió un vaso pequeño con tequila, me dio uno y dijo:

—Vamos, a la cuenta de tres chupas el limón y al seco.

Abrí los ojos como platos, no era mucho, pero uno con limón y sal, eso era otra cosa.

No me dejó pensar y comenzó a contar.

—Uno... dos... tres... ¡ahora, ya!

Me estremecí cuando el tequila pasó por mi garganta, me quemó completamente, sentí un calor dentro de mí que nunca había sentido, me tomó de la mano y dejamos a Eduardo atrás. Ahora solo estábamos ella y yo bailando en medio de la pista, entre cuerpos voluptuosos masculinos, me llevé varias miradas y bromas por mi traje. Javiera estaba disfrazada de Marilyn Monroe, incluso le pidieron que cantara el *Happy Birthday*. Encantada, y un poco pasada de copas, ella lo aceptó. Me dejé llevar por la música y el sonido estridente que provenía desde los parlantes. El ambiente era propicio para eso, bailar y olvidar. De pronto, la cara de Greg apareció en mis pensamientos y los recuerdos del beso de la noche anterior se hicieron presentes. Ese beso, que había comenzado para demostrar que yo podía más, se transformó verdaderamente en algo más.

Levanté las manos y comencé a menear mis caderas, ahora sí que me llevaba varias miradas, me estaba liberando de tanta tensión acumulada. Llegó hasta nosotros Eduardo y yo comencé a bailar con William Wallace. Me encantaban los hombres que se atrevían y, claramente, mi pareja de baile lo hacía, no era menor estar bailando con falda.

—Te ves guapísima —me exclamó al oído—. Tu novio debe estar feliz.

—Gracias. —Sabía que me preguntaba lo del novio para ver qué oportunidades tenía conmigo, así que rápidamente lo saqué de su error.

—No tengo novio —reí y esboqué una traviesa sonrisa—. Tengo marido y sí, está muy feliz.

Ahora su sonrisa se desvanecía en cosa de segundos y yo comenzaba a reír. En eso estaba cuando *miss látex* se acercó hasta mí y me entregó una tarjeta.

—¿Puerta 6? —le pregunté a *miss látex*, ella me cerró el ojo y me dio a entender que la siguiera.

Yo, obediente, la seguí. Al final de la pista, a un costado de la escalera que llevaba a la oficina de Greg, estaba la puerta seis. Me dejó y se marchó con una extraña sonrisa.

Toqué tímidamente la puerta. Incluso llegué a pensar que debería hacerlo de nuevo, pero no, después de sentir un *click*, se abrió de inmediato.

La habitación era enorme, las paredes enchapadas en madera; varias mesas de juego, por lo menos diez de *póker* se encontraban en el lugar; a un costado, una imponente mesa de *pool*; en el fondo, un bar y en él, inclinado sobre la barra, bebiendo una copa de vodka, estaba Greg.

Vestía un impresionante traje negro estilo frac, corbata de lazo oscura, camisa blanca y su tan típica mirada seductora. Su pelo estaba desordenado, como si se hubiera pasado muchas veces la mano sobre él. Un escalofrío me recorrió ante su mirada, me quedé viéndolo unos segundos antes de avanzar. Creo que estaba asombrado mirándome, incluso podría decir que nervioso, porque se quedó inmóvil, no dijo nada. Pestañeó y esbozó una sexy sonrisa, me dejó sin palabras. Greg, al caminar, exudaba halos de sexo morboso y lujurioso.

No sé qué me pasó, no era la primera vez que lo veía, pero sentía que iba hacia él como una polilla va hacia la luz, directo a quemarse y lo peor es que me quería achicharrar. Por fin llegó hasta mí, nos separaba solo una mesa.

—Estás impresionante, pecosa, te ves toda una mujer —murmuró tendiéndome la mano para que rodera la mesa hasta llegar a él. Su comentario me ofendió y mi lengua se defendió.

—Siempre he sido una mujer, Greg. Que no vaya por el mundo como feme fatal, así como tus amigas, no quiere decir que no lo sea —respondí un tanto molesta.

Esbozó una ligera sonrisa y sin importar nada de lo que le dije me apretó contra su cuerpo.

—Disculpa. Me expresé mal, pecosa, nadie mejor que yo sabe que eres una mujer. —Segundos de silencio me estaban poniendo nerviosa, su mirada no dejaba de escanearme—. Y a la que más quiero cuidar.

Sus palabras se estrellaron en mi corazón, pero como si fuera un juego de tenis, una raqueta las atajó y le devolvió el saque.

Yo no quería precisamente que me cuidara, yo solo quería utilizarlo para olvidar.

—¿De qué vas disfrazado? —pregunté para cambiar el foco de la conversación.

Él levantó una de sus oscuras cejas y como si fuera un “pimponero”, me preguntó:

—¿Quién toma Martini seco, pecosa?

Sabía perfectamente la respuesta, pero yo había preguntado, no quería adivinar.

—No sé, dímelo tú.

Este juego me ponía nerviosa, aun con tacos quedaba bajo su barbilla, además no quería problemas, así que me arrepentí como siempre y respondí:

—Ya vale, 007, Bond, tu nombre es James Bond, no muy original para ser inglés —le dije mofándome.

Me apegó aún más a él y me susurró entre el cuello y el oído:

—¿Prefieres al escocés de Wallace?

¿Cómo sabía eso? Yo no lo había visto, pero claro mi conciencia me recordó que el lugar estaba lleno de cámaras.

—O sea, me espías. ¿Sabes?, no te entiendo. Ayer me echaste después de besarme, luego te vas tú y ahora me mandas llamar, así y todo, a la que terminan acusando de desórdenes mentales es a mí.

Arrugó la frente, pensé que me iba a dar una explicación, incluso abrió la boca... pero no, no dijo nada.

—Greg, no está bien que esté acá, Maximiliano está fuera, no quiero problemas —le pedí con un puchero absolutamente involuntario.

Sus ojos se fueron directo a mis labios, me rozó la oreja, descendió por mi cuello y me dio un camino de besos hasta llegar al hombro. Besos muy tiernos y suaves.

Su respiración se alteró en cosa de segundos, era apresurada y sé que estaba llena de deseos contenidos. Puse mi mano en su pelo, le afirmé la cabeza y detuve su actuar.

—No Greg, aquí no —susurré.

Me encogí levemente de hombros, como disculpándome.

Él cerró los ojos, frustrado, se pasó la mano un par de veces por el pelo y me dijo:

—Disculpa, pecosa, no debí haberte besado así.

—No, está bien —le tranquilicé, ahora me sentía pésimo—. Es mejor que me vaya... Maximiliano me estará buscando.

Greg me soltó y se alejó de mí, como si ahora le doliera mi contacto. Estábamos a menos de dos pasos uno frente al otro, yo caminé hacia atrás sin dejar de mirarlo, la angustia en sus ojos me llegó directo al corazón y ahora no había raqueta que la devolviera. Sus ojos brillaban con intensidad y su boca estaba apretada, dejando ver una delgada línea en sus labios.

—No quiero que te vayas —susurró entre dientes, como si estuviera luchando internamente con sus palabras.

—No puedo quedarme. Lo sabes. Yo nunca te he mentado, Greg.

Dio un paso adelante y quedó justo frente a mí. Yo estiré la mano para que no siguiera avanzando y no me tocara, él se detuvo de inmediato.

—¿No puedes? ¿O no quieres? —preguntó anhelante.

—No lo sé... —Eso es lo más sincero que le podía contestar.

—Adiós, Josefina —me dijo muy bajo, su aspecto era de derrota, cansancio. Y solo habíamos estado a lo sumo quince minutos juntos.

—Hasta luego, Greg. Nos vemos —me despedí, no quería perderlo y ese adiós sonó demasiado crudo.

Pulsó el botón y escuché el *click* de la puerta. En cosa de segundos me devolvió a la realidad, el ruido era ensordecedor, incluso me molestaba y me irritaba ver a tanta gente. Dios, ¿qué me pasaba? ¿Me estaba volviendo irracional también? Me estaba comportando como una cualquiera, estaba haciendo exactamente lo que no quería que me hicieran. Pero no entendí, ¿no era eso lo que yo quería? Olvidar, sentir, gozar y sacar a Maximiliano de una vez por todas de mi cabeza. Si estaba con él, mis hormonas se revolucionaban.

«¡Ah no!, Josefina», se despertó mi conciencia, «la culpa es tuya y solo tuya, no de las hormonas. Tú eres una completa cobarde que prefiere vivir de los recuerdos del pasado, sin darse siquiera una oportunidad para saber exactamente lo que siente».

Tal vez eso era cierto. Tal vez yo no quería darme esa oportunidad por miedo a perdonar, a sentirme vulnerable... otra vez.

Gracias a Dios, llegó Maximiliano y me alejó de todos mis pensamientos.

—Pequeña, te estaba buscando.

—Estaba bailando con Javiera —mentí y él creyó en mí.

Mentirosa, embustera, farsante, así me sentía ahora... Nada me salía bien, yo quería controlar mis sentimientos y no era capaz de entender que ellos no se controlaban.

Nos sentamos con unos amigos de Maximiliano, hasta que de pronto se apagaron las luces y comenzó a sonar la voz de Serge Gainsbourg con *Bonnie and Clyde*. Ahora hacían su entrada triunfal disfrazados de los personajes de la canción. Amber vestía una falda tubo hasta la rodilla en tonos café y una polera con cuello alto, más la tan característica boina, se mimetizaba perfectamente con Bonnie. Andrés lucía un traje oscuro, sombrero y una metralleta en sus manos, comenzó a disparar al aire y desde el techo comenzaron a caer miles de papelitos de colores. Ahora todo era algarabía, todos se volcaron a abrazarlo. Mi hermano estaba radiante, transmitía felicidad, de pronto llegó hasta él su gran amigo Greg. Me enterneció ver aquel cálido y fraterno abrazo. Andrés estaba contento. Me fije también que Greg ya no estaba solo, con él estaba la chica Bond, con un vestido negro, de verdadero infarto.

«Qué manera de lloverle mujeres a ese hombre», pensé.

Y por primera vez sentí un deje de envidia, me los imaginé en la cama desatando todas sus pasiones. Aparté rápidamente la idea de mi cabeza y me imbuí en aplausos, pero no pude dejar de notar que, aunque la chica se desvivía por halagar a Greg, este le era casi indiferente.

—No pierde el tiempo tu amigo —me indicó Maximiliano tomándome por sorpresa. Hice como que no me importaba en lo más mínimo y evité responder, me centré nuevamente en la conversación.

Luego llegó Andrés hasta nosotros, nos abrazamos y besamos como si no nos hubiéramos visto hace mucho, pero de eso nada más habían transcurrido menos de veinticuatro horas.

—Cuñado, ¿te molesta si bailo con mi hermana?

—No podría negarle ese privilegio al festejado —respondió feliz Maximiliano.

—¡Zancudo! Estás impresionante, seguro estás causando conmoción y tu marido está que hierve de rabia. Se le nota.

—No me importa, yo no lo invité —dije en tono despectivo.

—Chica mala —contestó sonriendo. Se veía tan lindo, su pelo rubio arenoso le hacía parecer un chico malo. Ambos nos acoplábamos a la perfección para bailar, nos conocíamos demasiado y Andrés siempre hacía de cierta forma lo que yo quería, nos cuidábamos mutuamente, estuvimos bailando así, despreocupados del mundo alrededor de cuatro o cinco canciones, hasta que tuve la sensación de que Greg estaba cerca, era como una descarga eléctrica que cargaba el lugar.

De repente la música cambió, era más alta, comenzó a sonar *Hold On* de Michael Bublé. No sé por qué sonreí, cerré los ojos y seguí bailando. Cuando los

abrí, vi que como una flecha venía hacia nosotros el señor y señora Bond, se pusieron a nuestro lado y Greg le gritó a Andrés:

—*Brother*, esta canción no es para bailarla con la hermana. Te libraré del bochorno esta vez. Baila con Karen —le dijo cerrándole un ojo, como si ese fuera un código entre ellos, entre hombres, cualquiera querría bailar con Karen. Era casi igual a Megan Fox, pero con más curvas y más voluptuosa.

—¡Epa! —les dije—. ¿Y Amber? —hablé mirando a Andrés.

—Está por ahí, zancudo, no seas aguafiestas. Corazón que no ve, corazón que no siente —me dijo, eso me cayó pésimo. Ese maldito dicho entre hombres era una burla, sobre todo para mí, y sin importar nada ni nadie apostillé con artillería pesada.

—Gracias por recordármelo, hermano, así mismo debe haberle dicho Maximiliano a Susana.

Silencio entre los dos, eso fue lo único que se vio entre nosotros en ese momento, era verde contra verde fulminándose con las miradas.

—Vamos, chicos, es desafortunado el comentario de *póker*, pero de igual modo, esta no es una canción para bailar con la hermana —comentó Greg para salvar la situación. No me dio tiempo a responder, cuando él ya me tenía fuertemente entre sus brazos.

—Esta canción es para ti, solo la podría bailar contigo.

—Yo no sé inglés —le dije encogiéndome de hombros. La canción podría esconder algo importante tras su traducción y yo no lo sabría.

—Nada mejor para amansar a las bestias que la música —me susurró al oído. Yo traté de separarme para responderle que no era una bestia, pero no me lo permitió. No me dejaría vencer tan fácilmente, me puse en puntillas y le hablé, así casi le llegaba a medio rostro.

—Yo no soy una bestia —le aclaré haciéndole el puchero que sabía que tanto le gustaba. Sí, era cierto, estaba jugando con fuego y tentando a la suerte, pero sabía que al lado de Andrés, Greg no haría ni intentaría nada.

—Estás jugando con fuego, pecosa.

—Sí, lo sé —respondí coqueta. Ahora Greg se estaba comportando como el de siempre, como el hombre que le gustaba jugar.

—Las chicas malas no van al cielo —me recordó mirando al techo y haciendo un gesto con la mano.

—Lo sé, van al infierno y lo pasan mejor —reconocí haciendo un gesto con el dedo, que apuntaba directo a su oficina.

Greg gruñó enfadado, lo sé, no le gustó mi juego. Esperó que terminara la canción y tomó posesivamente por la cintura a Karen, le cerró un ojo a mi hermano y le preguntó fuerte a su chica para que yo lo escuchara:

—¿Te quieres ir al infierno, chica Bond? —Luego la besó apasionadamente, en un beso que cualquier mujer desearía experimentar... incluso yo.

—Zancudo, ¿cuándo te vas a tu casa? —me preguntó Andrés, desviándome de mis pensamientos.

—En un par de días. ¿Por qué? —quise saber.

—Me voy contigo, quiero conocer a mi sobrino.

—¡¡Ah...!! —grité de emoción, me encantó la idea, me lancé a sus brazos y comenzó a girarme. En la turbulencia estaba cuando vi aproximarse a Maximiliano. Su semblante era relajado, incluso podría decir divertido por la situación. Llegó hasta mí y me sorprendió tomándome de las manos para bailar, apoyé mi cabeza sobre su pecho. Ahora cantaba Carla Bruni y la canción era de lo más romántica, muchas parejas comenzaron a besarse, Andrés fue en busca de Amber. Me sentí incomoda, fuera de lugar, y por primera vez en mucho tiempo, no quise besar al guapo y atractivo hombre que bailaba conmigo.

La noche pasó y con eso la fiesta comenzó a llegar a su fin. Todos comenzaron a retirarse y yo, después de bailar con Greg, nunca más lo volví a ver. No había que ser adivino para saber dónde estaba y con quién.

Al otro día creo que a ambos nos costó levantarnos, de hecho, llegué primero que Maximiliano a tomar el desayuno y, al ver que no bajaba, decidí buscarlo. Él estaba tumbado boca abajo en su cama, dormía plácidamente y me dio lástima despertarlo, no sabía si tenía reuniones, él siempre estaba ocupado. Justo antes de salir de su habitación, la pantalla de su móvil se iluminó, la curiosidad pudo conmigo, cogí el teléfono esperando ver algún mensaje de alguna de sus conquistas para así poder darme motivos para odiarlo. Pero no, nada que ver, tenía siete llamadas perdidas de su oficina y una de su madre. Anoté rápidamente en mi memoria el número de Clara, pues ahora lo necesitaría, corrí a mi habitación y lo escribí, luego volví junto a Maximiliano y lo desperté cuidadosamente.

—Max, es tarde, despierta —le dije entre susurros.

Max gruñó desde sus entrañas, estiró sus brazos y como si fuera un niño pequeño me dijo:

—Estoy agotado. Déjame dormir.

—Max, es que te han llamado de tu oficina. —Nada, le dio lo mismo, probaría otra táctica—. Tu madre también llamó.

Eso sí funcionó, se levantó rápidamente y abrió los ojos de par en par, cogió el teléfono y marcó.

—¿¡Mamá!?! ¿Estás bien? —Algo le contestó y el soltó el aire contenido—. Está bien, le preguntaré, pero no te aseguro nada. —Otro silencio, solo escuchaba y ponía los ojos en blanco, sabía que algo le estaba pidiendo Clara y él no quería realizarlo, pero la escuchaba con paciencia y no la contradecía en ningún momento. Después de un rato habló: —Está bien mamá, te quiero mucho.

Ese final me llegó al alma, qué maravilla era el amor de un hijo a su madre, era como ver a Clemente en grande. Estaba pensando en eso justo cuando

Maximiliano se levantó, solo llevaba puesto sus *bóxer* negros, no pude evitar mirarlo, su cuerpo perfectamente desnudo estaba frente a mis ojos.

—¿Y tú no tienes pijama? —pregunté anonadada por lo que veía.

—No, me molestan, no me gustan —afirmó rotundo.

«De tal palo...», me recordó mi mente.

—Te espero abajo para desayunar —le dije y salí de su habitación.

Luego del desayuno me fui al café como ya era mi rutina en los últimos días. Echaba de menos la rutina de correr, pero trabajar me mantenía ocupada, la mañana no estuvo muy movida y eso nos dio tiempo a Amber y a mí para conversar sobre la fiesta.

—Estuvo movida la noche para el jefe ayer —le dije refiriéndome a Greg.

—Así parece, pero no terminó nada bien.

—No, ¿por qué? —quise saber, ahora estaba intrigada.

—Karen salió del club indignada, dijo cosas horribles de Greg y él no volvió a salir de su oficina.

Esa información me agradó y como mujer y un tanto curiosa, seguí preguntando.

—¿Y?

—Ellos se ven siempre. Pero Greg no tiene pareja estable desde Cloe.

—¿Cloe? ¿Quién es Cloe? —Ahora sí que estaba curiosa e intrigada.

—Si Greg o Andrés saben que te conté, me matan. Nosotros nos contamos todo —dijo como disculpándose—. Cloe fue mujer de Greg, él se vino a Chile a refugiarse con Andrés hace un par de años..., después de su muerte.

Mi boca se abrió en una perfecta O y Amber continuó la historia.

—Greg me contó que ella murió de una sobredosis de drogas, pero según Andrés ella no era drogadicta. Yo no lo puedo creer, nadie muere de una sobredosis si no es drogadicta. Greg se sintió culpable durante mucho tiempo. Cloe trabajaba en el casino de los padres de Greg, los tres eran muy amigos.

Ahora mi cara tenía más sorpresa.

—¿Qué casino?

—Los padres de Greg son dueños de un casino en Montecarlo, por eso Greg es tan buen jugador de *póker*, se crio en ese mundo desde pequeño. Cloe era *crupier*, se conocieron, se enamoraron y se casaron. Greg montó un club en Londres, según Andrés, le iba fabuloso. Ella se metió en el mundo de las drogas, y Greg no fue capaz de sacarla, estuvo internada muchas veces. Pero al final Greg prefirió cuidarla, en su estado, él creyó que era lo mejor.

—¿Qué estado? —exclamé. Esta era una historia de terror.

—Cloe estaba embarazada de cinco meses cuando murió, no pudieron hacer nada por salvar al bebé. Greg tiene un tatuaje en su pecho, en el lado del corazón, es un angelito que dice: “Siempre te recordaré”. Por eso se enfada cuando Andrés recae en las drogas.

Me quedé estupefacta, la historia era realmente trágica, Greg había perdido a su hijo, a su mujer, y así... y así yo quería jugar con él... yo era lo peor de

lo peor, y así me compadecía de mi misma. Claro que tenía problemas, pero siempre había tenido la solución en mis manos, en cambio él...

—Jose, ¿estás bien?

—Sí, sí, es que me impactó lo que me contaste, jamás lo imaginé.

—No te preocupes, nadie lo sabe. Esa es la razón por la cual Greg no está con ninguna mujer, dice que su corazón está cerrado y la llave perdida en el mar. Pero ha estado actuando extraño últimamente. Está melancólico. Ni siquiera ha estado en los últimos torneos y cuando vino Roberta, ni siquiera quiso estar con ella. Aunque suene extraño yo creo que está en abstinencia, lo sé por la cara de sus amigas cuando salen de la oficina.

¿Roberta? Mi engranaje comenzó a funcionar y a sacar conclusiones rápidamente.

—¿Roberta Merquer?

—Sí, esa misma. ¿La conoces?

—No, o sea sé quién es, le mandó un mensaje a Maximiliano para verse, pero según Andrés no sucedió nada.

—Puede ser. Ella vino a buscar a Greg, pero él no la recibió. Eso sí es raro, Roberta es...

—Ya, no quiero saber cómo es, me queda claro que todos los hombres la aman.

—Sí —dijo bajito casi en un susurro—. Andrés también.

—¡No! ¿Mi Andrés? —pregunté asombrada—. ¿Pero esa mujer qué es?

—Es una mujer que no tiene miedo a nada, es la diosa del sexo, eso lo sé porque eso dicen de ella, es realmente guapa y con clase.

—Clase para follar —apostillé, y ambas comenzamos a reír.

—Jose —me dijo tomando mi brazo antes de que me levantara para marcharme.

—Dime.

—No dañes a Greg, es un buen hombre y cuando se entrega es para siempre.

Nada podía contestar, Amber era tan sincera, tan veraz en sus palabras que preferí callar.

Camino a casa me puse a pensar en lo egoísta que era en general. Yo creía que el mundo giraba siempre en torno a mí, que solo yo lo pasaba mal en la vida, que las tragedias únicamente me sucedían a mí, pero jamás me había detenido a pensar en las vidas de los demás ni en sus dramas. Yo quería jugar con un hombre y jamás me había planteado que él podía tener sentimientos o una historia, un pasado, nada. Con Maximiliano pasaba lo mismo, yo estaba con él por su voluntad, pero a pesar de su error, yo jamás me planteé darle alguna explicación, enfrentarlo, no, para mí había sido más fácil simplemente huir y llevar en mis entrañas lo más maravilloso que me podía haber pasado. Y para rematarla, ahora Clara estaba enferma. Por lo menos a ella podía revelarle mi gran secreto, pero sabía que con eso también le obligaría a callar, literalmente hasta la tumba.

No me sentía bien con mi actuar, pero me consolaba saber que al menos sabría que tiene un nieto, un hijo de Max. Por el momento, no podía hacer más.

Esa noche me costó dormir, mi cabeza era una licuadora que revolvía todos los problemas, lo único bueno era que al otro día vería a Clemente y Andrés vería a Margarita, además de conversar, por fin, con Clara.

La llamé y le dije que nos juntáramos en la ciudad, en el centro comercial, a Margarita le había pedido que me esperara en el aeropuerto. Tendría que distribuir lo mejor posible mi tiempo y mi estadía y, según mi parecer, había hecho una logística digna de un ingeniero.

Maximiliano me dejó en el aeropuerto, donde nos encontramos con Andrés. Juntos abordamos el avión y después de un par de horas, que se me hicieron eternas, al fin llegamos.

Desde lejos vi a mi colorín favorito, estaba con la polera del Hombre Araña, me imaginé de inmediato la cara de Margarita, seguro se le había metido en la cabeza salir disfrazado, y cuando algo se proponía, no había quien lo sacara de ahí.

Caminamos lento hacia las puertas de salida. Ninguno de los dos llevaba equipaje más que el de mano, así que salimos rápidamente.

—¡Mami! —gritó Clemente en cuanto me vio.

Corrí hacia él y como siempre, me lo comí a besos.

—Ya mami, no más, la gente nos mira.

—Dios, cómo te quiero pequeño gruñón —le dije sin dejarlo aún en el suelo.

Vi de soslayo a Margarita y cómo le caían algunas lágrimas al ver a su niño adorado. Andrés siempre había sido su preferido, jamás me molestó y verlos así, abrazados tan cariñosamente, me lleno el alma y el corazón.

Al bajar a Clemente, él arrugo la frente y cruzó los brazos como si fuera un niño grande, analizando esta situación.

—Mami, ¿quién está abrazando a mi Margarita? —preguntó en desapruebo a lo que veía.

¡Mierda! ¿Qué le decía? No podía decirle de golpe que era mi hermano. Yo jamás hablé de mi familia con él, bueno él jamás preguntó. ¿Qué le decía? ¿Sería el momento de comenzar a hablarle con la verdad? ¿Me traería eso consecuencias negativas?

«¡Pero serás inmadura!», me habló mi conciencia, «¿no le vas a mostrar a Clara ahora? ¿Qué le dirás? ¿Qué es la vecina?», apostilló.

Tenía toda la razón, yo no había pensado tanto, es más, había reaccionado impulsivamente como siempre, no, no quería mentirle a Clemente, al menos no tanto.

—Él se llama Andrés —le indiqué con el dedo—, y Margarita lo cuidó, igual como me cuidó a mí y como lo hace ahora contigo.

Clemente pensó un momento analizando la situación, se puso la mano en la barbilla y dijo:

—Ah... es tu hermano entonces.

Mi conciencia, que estaba sentada tomando palco para ver cómo salía de esta situación, se levantó rápidamente y comenzó a aplaudir. «¡Ese es mi niño! El más inteligente del mundo mundial».

Yo, como madre, me sentí orgullosa y pasmada a la vez. No había tenido que explicar nada y él solito había deducido la situación. Mi hijo era más inteligente y lógico de lo que yo creía.

Andrés, al despegarse de Margarita, se agachó para quedar a la altura de mi pequeño.

—Hola, Hombre Araña —lo saludó estirando su mano.

Clemente lo miró un par de segundos y dijo:

—Hola, soy Clemente, no el Hombre Araña. —Y le tendió la mano.

Andrés ante su respuesta quedó asombrado, no se pudo reprimir y lo cogió en brazos haciéndolo volar como a él tanto le gustaba por los aires, y al igual que yo, comenzó a besarlo. Mirar la cara de mi hijo era un poema, odiaba los besos, pero le encantaba girar en el aire. Tenía cara de contradicción.

—Basta, Andresito —le dijo Margarita, sabía tan bien como yo lo que sentía Clemente.

—Eres precioso, Clemente, y un niño muy fuerte también —le indicó mi hermano.

—Yo quiero ser como Superman —le confesó en referencia como si nada—. Pero mi mami me regaló esta —terminó de contarle encogiéndose de hombros.

—¿Y te gustaría tener una polera de Superman?

—¡Siii!

—Entonces te la regalo yo. ¿Qué te parece?

Clemente se volvió hacia nosotras y nos preguntó:

—Mami, ¿tu hermano me puede regalar otro disfraz?

—¿Y cómo sabes que soy su hermano? —preguntó asombrado Andrés, casi con la boca abierta.

—Porque si Margarita te cuidó a ti y a mi mami, son hermanos —respondió poniendo los ojos en blanco como si fuera la pregunta más obvia y estúpida del mundo.

Andrés y yo nos miramos, sabía perfectamente lo que me quería decir. Clemente era calcado a su padre, eso yo ya lo sabía, solo sus colores eran distintos, Maximiliano tenía el pelo castaño oscuro y ojos azules y Clemente pelo rojizo y ojos del color de la miel. Dorados y brillantes.

Andrés en ese momento se convirtió en un chico más, ahora jugaba con Clemente como si tuviera la misma edad, pasamos por donde vendían globos y le compró uno con cada foto de superhéroe. Ahora salíamos con cinco globos

normales y uno gigante de corazón, que mi niño había elegido para mí. ¿Cómo no sentirme enamorada de él?

Todos fuimos al centro comercial. Margarita y Andrés se quedarían conversando y contándose las vidas en un restorán, ahí nos esperarían. En tanto yo iría a otro lado donde había juegos, que sabía a Clemente le encantarían. Le dije que hoy conocería a una amiga mía a la que quería mucho, que debía ser gentil con ella. Él me miró sin entender mucho, pero como siempre y con lo noble que era, me dio a entender que se portaría lo mejor posible.

Capítulo 15

Al llegar a la zona de juegos, a mi hijo se le iluminaron los ojos. El lugar era precioso, todo estaba en colores pasteles, había camas saltarinas en el suelo, resbalines y toboganes que caían directo a una piscina de pelotas de múltiples colores. En otro lugar había una especie de jaula llena de globos que se elevaban con aire que provenía del suelo. Pero lo que más le gustó, lo sé porque cuando lo vio no dejó de mirarlo, era una especie de carrusel con bolas colgantes, donde los niños tenían que trepar y con eso daban vueltas como si fueran Tarzán. Le di un par de besos y le dije que lo estaría mirando, de inmediato congenió con un chico de su edad. Él, por supuesto, dominó la situación desde el primer momento y como si conociera desde siempre el lugar, guio a su nuevo amigo hasta las pelotas giratorias. Yo me entretuve un rato mirándolo, luego me senté.

Estaba nerviosa, ya era la hora de que Clara apareciera, me retorció las manos por debajo de la mesa de vez en cuando, tontamente me las miraba para ver que no había apretado mis uñas, y me tranquilizaba saber que no. De pronto la divisé, tan elegante como siempre, solo Clara podía verse tan bien cuando en realidad tanto ella como yo estábamos nerviosas, lo sabía porque, cuando la llamé por segunda vez para confirmar nuestra cita, me lo había comentado.

—¡Clara! —le exclamé haciéndole una señal con la mano para que me viera, ella sonrió y se dirigió hasta mí.

Nos saludamos y nos sentamos, pedimos un café para cada una. Cuando lo trajeron, ya tranquilas porque nadie nos molestaría, comenzamos a hablar en serio.

—Hija, cuéntame por favor, estoy muy intrigada.

—Lo sé, Clara —dije tomando sus manos—. Lo que te voy a contar, debe quedar entre nosotras... por favor —rogué.

Los ojos de Clara se abrieron como platos ante mi futura confesión.

—Ahora sí me asustas, Josefina.

—No, no es nada malo, solo escucha —pedí—. Voy a comenzar por el principio. ¿Bueno?

Ella asintió con la cabeza, dándome su permiso para hablar.

Tomé aire y comencé:

—Clara, tú sabes que vi a Maximiliano con otra mujer un día antes de nuestro matrimonio. —Ella cerró los ojos con amargura y asintió—. Yo conocía a esa mujer, por eso me duele tanto.

—¿Pero tú perdonaste a Maximiliano, verdad? Por eso están juntos de nuevo —quiso saber ahora con anhelo y nerviosismo.

—Sí, sí, Clara —mentí descaradamente, ella adoraba a Maximiliano y yo no le revelaría el tema de la cláusula por nada del mundo, no haría sufrir a una madre por el comportamiento erróneo de su hijo—. Bueno, ese día él estaba con Susana, mi madrastra. —Ahora su cara era de angustia y dolor, ella sabía lo sucedido, pero no con quien—. Maximiliano me juró que solo había sido esa vez... y yo le creo. —Tomé un sorbo de mi café para poder continuar—. Tú me pediste nietos en la fiesta de la empresa y yo te dije que no sabía, tú crees que por tu enfermedad a lo mejor no podrás conocerlo y ese es tu anhelo ¿verdad? —Nuevamente asintió con la cabeza, pero ahora sus ojos eran brillantes—. Clara, no, tranquila, por favor, no llores. Ese día que fui a ver a Max, yo quería comentarle una noticia.

—¡¡Qué!! —expresó ahora desesperada, era mujer, por ende creo que intuía lo que venía.

—Le iba a contar que estaba embarazada.

—¿Cómo? ¿Y mi nieto dónde está? —quiso saber de inmediato.

Me preocupé, no quería que le fuera a dar algo, eso no me lo perdonaría nunca jamás.

—Escúchame, por favor, tranquilízate. —Ahora o nunca, ya estás aquí, volví a tomar aire y le solté:

—Tu nieto tiene casi cuatro años... se llama Clemente. Maximiliano no sabe que existe, sé que es una...

—Josefina, yo no te voy a juzgar por lo que haces o no haces, Maximiliano cometió un error tremendo, Susana fue como tu madre, yo no sé cómo lo perdonaste. Pero eso, hija, es exclusivamente tu problema, nadie debe opinar, llegará un momento en que él lo sepa y eso únicamente lo decidirás tú. Sé que será así, nadie se puede meter en eso, y me imagino que tú estás viendo ahora el mejor momento y la mejor forma para contárselo. Pero por favor, dime quién es.

Ahora sabía de dónde provenía la nobleza de Clemente, no era mía ni de Maximiliano, era de Clara, su abuela, quien no necesitó de ninguna explicación más. Ella confiaba en mí, el problema era que yo no.

—Ven —le dije llevándola hacia los cristales, la tomé de su mano temblorosa y juntas nos pusimos a mirar.

Luego de unos segundos rodaron varias lágrimas por sus mejillas, sus ojos se iluminaron como nunca los había visto, se irguió en su sitio y ahora ya no era la menuda mujer que había llegado, esta era otra, tenía una fuerza adquirida en cosa de segundos... Era increíble, Clara era otra.

—Clemente es el niño con la polera roja y pantalones azules —me indicó segurísima de lo que decía. De entre muchos niños, ella lo señalaba a él.

—Sí... —tartamudeé asombrada.

En ese momento me abrazó de improviso, haciéndome llorar a mí también.

—¿Puedes llamarlo, Josefina...? Por favor.

—Por supuesto, para eso estamos aquí, ¡es tu nieto! —exclamé—,no le...

—No le diré nada, Josefina, no te preocupes.

Asentí con la cabeza y caminé hasta el joven de la entrada para que lo llamara. Clemente se acercó obediente, me tomó la mano, juntos caminamos hacia ella, su sonrisa iluminaba su rostro, ninguna lágrima caía por su mejilla, estaba estoica y yo asombrada.

—Clemente, ella es la amiga de la que te hablé —le informé frente a Clara, ella se agachó y quedó a su altura.

—Hola, jovencito. ¿Te puedo dar un beso? —preguntó con un ligero temblor en su voz.

Clemente me miró como pidiéndome permiso, yo asentí con la cabeza y como entendiéndome más que nosotras mismas, se acercó y, en vez de poner su carita para recibir el beso, se lanzó a sus brazos como si la conociera de toda la vida.

Clara y yo parecíamos dos Magdalenas, lloriqueábamos como dos nenas sin control, la escena era tan enternecedora que yo no podía controlar mis lágrimas. Mi hijo era un sol, se estaba dejando querer sin pedir nada a cambio.

—¿Por qué lloras? —le preguntó a Clara, sorprendiéndola al pasarle la manga de su polera por la cara para limpiarle las lágrimas que aún caían por su rostro.

—De felicidad —respondió abrazándolo nuevamente—. Eres un niño precioso.

—No soy un niño, soy el hombre de la casa cuando mi mami no está, pero cuando está... también —le dijo cerrándole uno de sus lindos ojitos.

Después de una fluida conversación entre ellos, Clemente pidió volver a los juegos. Yo lo hubiera dejado ahí con su abuela por otro rato, pero fue ella quien le dijo que fuera y disfrutara, demostrando una vez más su nobleza... esa de la que tanto carecía yo.

Volvimos a la mesa y conversamos todo nuevamente, pero ahora más calmadamente, logré explicarle mi punto de vista a Clara, el porqué de mi actuar. Ella me entendió, era mi decisión y ella no se interpondría ni le comunicaría nada a Maximiliano, no me había equivocado, en ella podía confiar, aunque en mi interior me recriminaba que ahora la convertía en mi "cómplice".

Nos despedimos después de casi tres horas de conversación y regaloneos para Clemente, incluso lo llevó hasta una juguetería cercana para que eligiera un regalo. Rio al ver que lo único que pedía Clemente era un auto de Batman, él era un niño austero, no pedía grandes cosas, así lo habíamos enseñado y así estaba criado.

Le indiqué a Clara que podía verlo cuantas veces quisiera, solo le pedía tiempo para que me dejara guardar mi secreto, lo que ella no sabía era que yo no pretendía contarle, me dolió un poco cuando me dijo que se llevaría el secreto hasta la tumba. Eso me devolvió a su realidad. Ella se pondría de acuerdo con Margarita, para que no tuviera que viajar hasta mi casa. Yo vivía a casi dos horas

de la ciudad, era más fácil que ellos viajaran. Despedirse fue difícil para todos, pero ahora Clara estaba feliz.

—Hija, me has dado el regalo más lindo del mundo, has alegrado mis últimos días. Mi hijo fue un tonto al perderte y se arrepentirá todos los días de su vida. Te admiro, hija, tu corazón es muy noble al perdonar, yo no sé si hubiera sido capaz. Gracias.

Esas últimas palabras me llegaron al corazón y se clavaron como dagas en él, yo no había perdonado. No había sido completamente sincera con ella, ni siquiera lo era conmigo misma.

Ahora llegábamos a casa cargados con muchas cosas. Andrés había comprado muchos regalos para Clemente, él no pedía nada, pero de igual forma Andrés le decía que eran los presentes que le debía por sus cumpleaños. Margarita jamás regañaba a su niño preferido y esa no sería la ocasión, lo dejaba hacer todo como siempre.

Finalmente, llegamos al anochecer. Clemente estaba agotado y yo lo único que quería era acostarme a su lado, dormir embebida de su olor, de su tranquilidad, de sus dulces caricias, exactamente así fue, en esa habitación, en esa pequeña casa solo se respiraba cariño, amor y ternura.

Al otro día nos costó a todos despedirnos, nos habíamos cargado de tanto amor que era difícil dejarlo, mi hijo jamás me recriminaba nada, se despidió de mí con un gran beso y juntos marcamos en nuestro calendario improvisado los días que quedaban para mi regreso.

El vuelo fue silencioso. Sabía que Andrés sopesaba muchas de las emociones vividas en estos días, incluso estaba un poco melancólico, él quería a Margarita como si fuera su madre, y claro, en parte lo era, y ahora que la volvía a recuperar sentía que la perdía. Tomé su mano para darle confianza y hacerle entender que yo estaba ahí para él, que no estaba solo. Sé que lo entendió, pues apretó mi mano y me regaló una media sonrisa.

Miré mi globo en forma de corazón durante todo el vuelo, como si así estuviera mirando a Clemente.

Al llegar al aeropuerto, solo llevaba mi globo, Andrés traía la pequeña bolsa con mis cosas. A lo lejos divisé a Maximiliano esperándome, apoyado contra la pared, su ceño estaba fruncido y su mandíbula apretada, no entendía por qué.

—Podrías ser menos descarada y no traer regalos de tu amante a mi casa —espetó en cuanto llegó hasta mí.

Claramente se refería al corazón que decía “Te amo”. Antes de contestar, Andrés lo hizo por mí, creo que para poner paños fríos a la situación.

—Si lo dices por el globo, cuñado, siento decirte que se lo regalé yo —mintió para protegerme.

—No es necesario que mientas, Andrés, sé perfectamente que no fuiste tú.

—Exacto, querido, pero déjame aclararte, que el globo no es de mi amante, porque tú y yo no tenemos nada y lo de descarada creo que no va para mí —

inquirí molesta, aunque en mi interior sabía que era yo misma la que me metía en líos por omisión.

—Eres mi esposa, mi mujer, te guste o no —sentenció con la mirada pétrea.

—Esposa sí, mujer jamás, eso será de otro —gruñí, pero él lo hizo más fuerte, ganándome la batalla.

Andrés se despidió de nosotros en cuanto vio a su novia acercarse, eso era lo mejor, entre nosotros el aire ya estaba viciado y nada bueno saldría de allí.

En la casa, él se fue directo al estudio y yo hacia mi habitación. Ya estaba triste, sentía desazón en mi espíritu, pena por haber perdido tanto, por tener que soportar tanto, en estas últimas horas había descubierto tantas cosas sobre las personas que más quería, que reconocerlo en mi corazón y cuestionar mi actuar, me dejaban hecha polvo. Ya no quería más mentiras, pero no podía claudicar, ya no, mi corazón seguía herido y no me deja ver la realidad, era mi propio escudo ante una defensa que yo misma me había autoimpuesto.

Para mí ocultar la verdad era mi motor y eso me daba fuerzas para continuar. Pensaba en el día que saliera del lado de Maximiliano y volviera a mi hogar, junto con los míos, con mi niño y eso me desesperaba.

Como todo en la vida, el tiempo transcurrió. Alrededor de tres meses habían pasado desde nuestro viaje con Andrés y a mí me parecía como si hubiese sido ayer. En mi vida habían pasado nuevos acontecimientos que, gracias a la terapia que tomaba religiosamente con mi amigo y doctor Eugenio Ferrer, me ayudaban a sobrellevar y a entender mi vida de mejor manera. Ya no me cuestionaba tanto mi actuar y día a día sentía que la hora de la verdad se acercaba a pasos agigantados. Cada vez que volvía de mi casa traía algo de Clemente y me impregnaba de su olor. Yo seguía trabajando en el café de Greg, pero no era mucho lo que lo veía. Él trataba de evitarme y yo, como abeja que perseguía la miel, siempre lo buscaba, no sé explicar bien por qué, pero a su lado me sentía perfecta, incluso hasta una mujer deseada, no era que con Maximiliano no fuese así, pero me estaban comenzando a pasar cosas. Con mi marido la situación seguía igual, él siempre era respetuoso, aunque a veces me hubiera gustado que no lo fuera, ese magnetismo entre los dos seguía vivo. Pero al menos mis hormonas habían aprendido a controlarse, lo más asombroso fue que al verlo desnudo, por casualidad, ya no sentía la necesidad imperiosa de lanzarme a sus brazos.

Muchos fines de semana que me quedaba con él salíamos a navegar, esa sensación era liberadora para mí. Creo que todos mis avances eran gracias a la terapia, el doctor me había dicho que todo iría mejorando con el tiempo y así estaba ocurriendo. Andrés y Amber seguían como siempre en su relación y yo cada día sentía que ella se convertía en mi amiga del alma, incluso habíamos ido a

ver juntas a mi madre. De mi padre sabía poco, no era muy habitual vernos, pero sí hablábamos telefónicamente un par de veces a la semana. A la que no había visto y por supuesto eso me encantaba, era a la innumerable.

Ahora estaba agotada, veníamos llegando del funeral de Clara. Tal como le habían dicho los médicos a ella, no le quedaban más de tres meses. Sentí su pérdida en el corazón, ella siempre fue buena conmigo y me comprendió sin juzgar ninguno de mis actos, creo que por lo menos tuvo la dicha de conocer a su nieto. Lo veía casi todas las semanas y realizaba el papel de abuela, nos comunicábamos a menudo, hasta que su llanita de vida se apagó de pronto, sin avisarle a nadie.

En dos días viajaba a mi casa y le explicaría de la mejor manera a mi hijo que Clara ya no volvería, él se había encariñado mucho con ella y cómo no, esa mujer era un magnetismo de dulzura y cariño.

Maximiliano tocó la puerta y entró. Sus ojos azul cielo estaban ahora muy colorados, tenía venas rojas por todo el alrededor, se había comportado estoicamente, sin derramar ninguna lágrima, apoyó a su padre que estaba destrozado en todo momento. Si yo estaba cansada, él lo estaba más. La noche anterior habíamos dormido juntos en la casa de sus padres y en ningún momento se acercó a mí, incluso me pidió disculpas pero no quería dormir en un hotel en tanto su padre no asimilara completamente la pérdida de la única mujer que él había amado en su vida.

—¿Necesitas algo? —le dije con dulzura, verlo en ese estado me partía el corazón.

—Mi padre me entregó una carta que dejó mi madre para ti —me dijo estirando su mano con un sobre celeste en ella. Mi corazón se aceleró al instante, no sabía qué contenía ni si Maximiliano la había leído.

Con la mano temblorosa la cogí y la guardé junto a mi cama, la leería luego tranquila y sola.

—Gracias. ¿Quieres algo?

Maximiliano pasó por mi lado y se sentó en mi cama, después de mirarme se tumbó en ella ocupando todo el lugar, se puso un brazo en su cara, dejando solo sus labios descubiertos y me habló:

—No quiero estar solo.

—No estás solo, Max —le dije poniéndome a su lado—. Estamos aquí, los dos.

—No quiero dormir solo. ¿Puedo dormir aquí?

—¡¿Aquí?! No, Max no, no podemos.

—Pequeña, solo quiero dormir —me pidió y yo con el corazón encogido, acepté.

—Anoche dormí tan tranquilo a tu lado... Tú me das paz.

—Con una condición —le advertí, él levanto una ceja para que le dijera—. Duermes con pijama.

—No tengo —respondió disculpándose.

—Te pones unos *shorts* y una polera entonces —le indiqué con seguridad en mis palabras.

—Está bien. ¿Prefieres mi cama o la tuya?

—Tú quieres dormir conmigo, no yo —le recalqué levantando una ceja para que entendiera que sería en mi habitación, en mi territorio.

Después de un rato, Maximiliano se levantó a ponerse algo para dormir, ya era muy tarde, pasaban de las doce, el viento arreciaba y amenazaba con comenzar a llover.

Rápidamente, me puse un pijama blanco con corazones rosados, por supuesto cortesía de Clemente. Jamás me sentía ridícula con mis pijamas de monitos, pero para dormir con Maximiliano me sentía fuera de lugar.

No era necesario que nos tocáramos, pues la cama era lo suficientemente ancha para que cada uno utilizara su propio espacio.

Maximiliano llegó vestido completamente de negro, miró mi pijama sonriendo.

—¿Alguna vez te veré con una camisola, pequeña?

—No para dormir contigo —le corté y me metí en la cama.

—Ese es mi lado —me dijo poniéndose frente a mí.

—¡Epa!, esta mi cama, si tú quieres dormir aquí, duermes a ese lado, si no, ya sabes dónde ir.

Apagué la luz para dormirnos. Después de un par de vueltas de Maximiliano, quien parecía incómodo, se sentó y como si nada se sacó la polera quedando solo con sus *shorts* negros, cuando iba a protestar me aclaró:

—Lo siento, no puedo dormir vestido, al menos lo intenté.

Resoplé, estaba tan cansada que a esa altura únicamente quería cerrar los ojos, me di la vuelta y mirando al lago, me dormí.

Algo golpeaba contra mi ventana, era un ruido constante, no me dejaba dormir, abrí los ojos, el cansancio aún podía conmigo. Era una rama que colgaba a punto de quebrarse del árbol. Maximiliano dormía profundamente a mi lado, no quise despertarlo, se veía tan tranquilo que decidí omitir la ramita y concentrarme en dormir.

El ruido era persistente, me tenía desvelada, mis ojos no querían abrirse, incluso soñaba bajando a sacar la rama. Luego, cuando volvía a sonar, me daba cuenta de que todo era producto de mi imaginación. Ya no aguantaba más, me levanté rauda de la cama y como no quería despertar a Max bajé descalza. No encontré nada que ponerme, afuera llovía a cántaros y el viento arreciaba, lo notaba en la forma de los árboles al moverse, parecían verdaderas hojas inclinándose de un costado a otro. Las aguas del lago estaban inquietas, pequeñas olas llegaban a la orilla y eso hacía que las embarcaciones chocaran contra los muelles, nosotros no teníamos bote ni nada acuático pero la luna que iluminaba todo me permitía ver la de los vecinos, cuando sucedía esta clase de evento meteorológico, al otro día se respiraba un olor a naturaleza que se impregnaba en toda la región.

Abrí el ventanal, pues ya sabía de dónde venía el maldito ruido que no me dejaba dormir, y en ese momento ya no solo vi el viento que arreciaba, sino que lo sentí. Cerré rápidamente la ventana, y me afirmé de las paredes para caminar, no es que me fuera a volar pero sí el viento me desestabilizaba. El pelo se me enmarañaba alrededor de la cara y la lluvia, que en ese momento caía de lado, me estaba dejando empapada en cosa de segundos. Caminé hasta que por fin llegué a la rama que golpeaba en mi habitación, el viento y la lluvia me estaban congelando. Apreté los dientes y seguí en mi cometido, no alcancé la rama, y fui a buscar el tubo con el que se limpia la piscina y traté de alcanzar la maldita rama. Ahora sí que odiaba a Maximiliano, él, durmiendo calentito y yo ahí afuera muerta de frío y congelándome.

«Tú solita bajaste», me recordó mi interior. El frío se coló por mis huesos, me froté las manos, acerqué una silla con cuidado y me subí. Por fin alcancé la rama, la atrapé y me empiné para cogerla de una vez por todas. Una vez que alcancé sus hojas, la sujeté bien con mi mano empuñada y cuando creí que la tenía salté de la silla para terminar de quebrarla. El crujido de la rama fue estruendoso, pero no me importó, ¡por fin la rama ya no tocaría mi ventana!

Ahora estaba hecha un desastre, mojada completamente, el pelo enredado en mi cara y congelada. Cuando estaba a punto de entrar, se encendió la luz del salón y apareció la imagen del hombre que tantas noches me había quitado el sueño, solo con *shorts*, cara de sueño y su pelo completamente revuelto. ¡Dios, si hasta así somnoliento se veía apetecible! Niño con cara de bueno, hombre con piel de demonio.

No podía abrir la ventana, se debió cerrar desde adentro y al ver que Maximiliano no me veía, le grité:

—¡Abre la ventana! ¡Me estoy congelando!

Maximiliano corrió a abrirme, ahora estaba completamente despierto, algo dijo mientras se dirigía hacia mí, pero con tanto viento, por supuesto que no lo escuché. Cuando abrió la ventana me preguntó:

—¿Estás loca?! ¿Qué haces afuera?

—Juego a mojar me —le respondí burlándome, Maximiliano me miraba y no me dejaba pasar.

Maximiliano me fulminó con su mirada azul cielo, ahora tan oscura como la noche.

—Contrario a lo que tú piensas, no soy idiota, Josefina. La pregunta es ¿qué hacías afuera, mojándote?

Rápidamente me erguí para quedar un poco más a su altura, descalza parecía indefensa y no lo era.

—Había una rama que estaba golpeando la ventana —le comenté indicándole la rama ahora caída en el suelo—. Solo vine a sacarla. ¡Tuve que hacerlo!

Maximiliano rechinó sus dientes, produciéndome un escalofrío y no precisamente de frío.

—¡Ese es tu problema, Josefina! Haces las cosas como *tú crees* que son correctas, no pides ayuda ni preguntas nada, simplemente como tú crees que es lo mejor.

Todo lo que decía Maximiliano sonaba a quejas solapadas y creía férreamente que se refería a mi actuar de hace cuatro años atrás.

—¡Ah no, eso sí que no!, no trates de voltear esto sobre mí como si yo hubiera pecado.

Maximiliano miró hacia el techo y soltó un gemido de frustración.

—Josefina, eres tú la que hace cosas irracionales, tú estás afuera en una noche de tormentas, porque eres impulsiva y no piensas las cosas, luego lo único que haces es seguir adelante porque tú y únicamente tú crees que está bien. ¿Por qué no puedes aceptar las cosas como son?

Me paré en puntillas, tomé de su cuello para impulsarme y quedé frente a su cara, gracias a que él agachó un poco su cabeza.

—Lo intenté, pero no puedo, y tú actúas como irracional, no olvido que me compraste —le dije con toda la calma y sinceridad que me proporcionaba el momento.

Maximiliano pegó su frente junto a la mía y suspiró. Al exhalar su aliento, ese que yo tanto adoré una vez, me envolvió completamente.

—Pequeña —me habló abriendo los ojos—, no te aferres al pasado, a mis errores o a tus pesadillas. No abras una herida que se está cicatrizando lentamente. No revivas sufrimientos dolorosos... antiguos. Lo que pasó, pasó... De ahora en adelante pongamos nuestras fuerzas en construir una vida nueva, juntos, los dos, aprendiendo de nuestros errores, caminemos de frente sin mirar atrás. Sé mi sol que nace a cada amanecer, pequeña, sin pensar en la noche que pasó.

—No puedo.

—Podrás.

—No sé cómo.

—¿No sabes cómo? ¿De verdad no sabes cómo? —Sus dedos sujetaron mis brazos fuertemente, pero sin dañarme, sus ojos comenzaron a escrutarme lascivamente. Sabía a dónde se dirigía su mirada ahora, con el frío y el agua mis pezones estaban erguidos completamente, se me notaba mucho más de lo que yo quisiera enseñar. Ya no tenía cara de niño lindo, si no de demonio enceguecido.

Maximiliano aprovechó mi incertidumbre y apegó sus labios contra los míos, mis palabras se apagaron en mi garganta. Sus dedos comenzaron a desabrochar mi camisa, la conmoción me mantuvo inmóvil, no es que no estuviera sintiendo, porque sí lo estaba, pero no sabía cómo reaccionar, era un mar de contradicciones. Sus manos calientes llegaron hasta mi pecho haciéndome suspirar y fue ese momento el que aprovechó para introducir su lengua en mi boca, entró... Entró en todos los recovecos que yo pudiera tener, me absorbió con sus labios y yo le permití todo, su lengua clamaba por más y yo estaba dispuesta a dar, quería probar con esa misma intensidad.

Maximiliano caminó conmigo entre sus brazos hasta llegar al sofá, me tumbó con delicadeza sobre él, sacándome antes la blusa, dejándola tirada no sé en qué lugar. Ahora estaba acostada, ofreciéndole casi toda mi desnudez, un sonido gutural provenía de su interior. Sus manos comenzaron a bajarme el pantalón y este, sin ningún problema, le ayudaba hasta llegar a mis pies. Maximiliano me contemplaba con lujuria, sus ojos recorrían mi cuerpo de arriba abajo, se puso sobre mí y sus manos ahora estaban sobre mis senos, los acariciaba con pasión. Me sentía en otra dimensión, mis emociones estaban tan conmocionadas que no sabía cómo reaccionar, sentía cada una de sus caricias, me estaban nublando la razón, acercó su boca a mis pezones y sentí morir, esa sensación era demasiado agradable, me succionaba y mi espalda se arqueaba pidiendo más. Siguió bajando regando de besos mi cuerpo, besó mi ombligo e introdujo su lengua como queriendo poseerlo, cuando siguió bajando me tensé.

—Max, yo...

—No me pidas que me detenga, pequeña.

Él me miró y sus ojos me decían lo que vendría a continuación, mi cabeza daba vueltas, ¿esto era lo que esperaba? ¿Sería este el momento de mi verdad? ¿Podría ser la misma, después de hacer el amor con Maximiliano? ¿Podría volver a olvidarlo? Era ahora o nunca, yo no era cobarde y por fin saldría de mis propias dudas, levanté mis caderas para facilitarle el trabajo, él hizo un gemido de placer y bajó mis braguitas. Estaba excitada, cerré mis ojos y me entregué.

Me besó la parte interna de los muslos, yo temblé ante su contacto, acarició mis piernas y me las dobló, apreté aún más los ojos, imaginando claramente la posición en que estaba y me avergoncé, estaba totalmente expuesta a Maximiliano. Sentí sus dedos pasar por mi vagina y rodearla completamente, me mordí el labio inferior, porque sabía que si no lo hacía, iba a gemir, clamar y gritar. Con la única persona que había estado en la vida, era Maximiliano.

«Y con Greg», recordó mi conciencia e inevitablemente pensé en el inglés, en esos ojos oscuros en los que me perdía y podía ser yo. Cuando estuve con él, gemí con el alma, pero no pensaba en él, pensaba en Max. Y ahora estaba justamente con él... pensando en Greg. No, eso no podía ser.

Abrí los ojos y preferí mirarlo.

—Pequeña, me encantas —susurró.

Lo miré fijamente, ¡oh Dios!, ahora sentía sus dedos alrededor de mi vagina. Eso volvió a estremecerme, acercó su boca y comenzó a besarme como si fueran mis labios, sentí cómo se abrieron mis piernas, su lengua fue directa a mi clítoris. Lo rodeó, lo estimuló, ya no podía más, en ese momento solté un gemido gutural desde el fondo de mi ser.

—¿Te gusta, pequeña? —lo oí decirme.

¿Qué le digo? ¿Qué sí? ¿Qué me encanta? ¿Qué me siento excitada? ¿Qué quiero más? ¿Qué lo anhelo? ¿Qué lo soñé tantas veces? ¿Qué me toqué pensando en él? No. No puedo.

Él no dejaba de succionarme cada vez más y yo no podía dejar de pensar, no lograba apagar cada centímetro de mi cerebro para poder entregarme completamente a Max.

Comencé a sentir un calor que subía por mi estómago hasta mi cabeza, conocía esa sensación perfectamente, era igual a como si me estuviera estimulando yo misma, gruñí y Maximiliano creyó que era por él. Pero en realidad fue de frustración, esa sensación abrasadora que me estaba invadiendo ni siquiera se parecía al orgasmo arrollador que había tenido con Greg... pensando en Max.

Y cuando sentí que el calor me invadió y llegó hasta mi cabeza, estallé en un gemido de emoción, intenté cerrar las piernas pero Maximiliano no me lo permitió, mi respiración era agitada, arqueé mi espalda y sentí que ya no podía más.

Maximiliano se puso sobre mí, completamente desnudo, no supe cuando se deshizo de los *shorts*, ni se lo iba a preguntar, su erección estaba sobre mi cuerpo. Lo miré fijamente, sus ojos tenían tanto brillo que lograba iluminarnos a los dos y eso sí lo agradecí, acababa de tener un orgasmo y no era ni remotamente lo que yo me esperaba.

Maximiliano comenzó a besarme y yo deseé perderme en sus besos, le respondí con las mismas ansias que él lo hacía. Sin mediar palabras solo con nuestras miradas.

—Deja de besarme así, pequeña, o no podré aguantar mucho más, quiero que disfrutemos los dos, quiero que lo hagas tanto como yo.

«¿Yo lo estaba besando? Vaya, juraba que era al revés», pensé.

No quería seguir pensando en nada, quería alargar esa sensación y sabía cómo hacerlo, no era experta, pero Max era hombre y yo mujer.

—Quiero sentirte dentro... ahora.

¿Yo había dicho eso? «Sí, tú», me respondió mi conciencia, quien tomaba palco con mirada desaprobatoria a todo lo que yo estaba haciendo.

—Pequeña, ¿estás tomando algún tipo de anticonceptivo? —preguntó serio.

Lindo. Si hasta de eso se preocupaba. ¡Mierda! Yo desde hace mucho no tomaba nada, ni me cuidaba con nada. Él debió leer mis pensamientos.

—Tranquila, Jose, no pasará nada.

«Nada», gritó mi conciencia que ya estaba levantada fulminándome con su mirada. «Nada se llama Clemente, *imbécil*».

—No, Max, así no... no puedo.

—Jose... —me suplicó.

Pero no, no me arriesgaría, otro hijo, soltera, no. «Casada, Josefina», me recordó mi amiga interior. «Pero nada que pensaste en pastillas con el inglés». Ese fue un golpe bajo, eso era cierto y con eso volvía a imaginarlo en mi mente.

—Lo siento, Max —respondí poniendo mi mano en su pecho para que se levantara. Él era un caballero, hubiera preferido escucharlo regañar, maldecir, lo que fuera.

—Está bien, pequeña, mañana compraré preservativos.

—No será necesario, Max, no habrá un mañana para nosotros —le aclaré.

—¿Por qué no, pequeña? —insistió en saber— Recordaste a...

No lo dejé terminar. Sabía a lo que se refería, a la innombrable, lo bueno era que ni siquiera la recordé, lo malo es que recordé a Greg, a sus ojos, a sus manos. «Cállate», sentí y obedecí.

—No, Max, no es eso, pero ya te he dicho mucho que no habrá un mañana. Sube por favor, no quiero que me veas.

Maximiliano hizo un gesto contradictorio y lo entendí perfectamente, había llegado a un orgasmo en su boca, me había tocado completamente y ahora no quería que me viera, pero obedeció, subió recogiendo sus *shorts* y yo me quedé en la oscuridad de la noche, esperé unos segundos y subí a mi habitación, saqué del cajón un pijama y me metí en la cama.

Maximiliano salió desde mi baño, directo a mi cama.

—¿Qué haces? —pregunté ahora yo asombrada.

—Me acuesto a dormir —me dijo relajado.

—Esta es mi cama, mi habitación, por si no te habías dado cuenta —le expliqué.

—Lo sé, pequeña, pero tú me dejaste dormir a tu lado.

Resoplé, soy dueña de lo que callo y esclava de mis palabras.

Me volví a la pared y sentí cómo Maximiliano me rodeaba con su brazo, un nudo de emociones me embargó y como pude espeté:

—Max...

—Tranquila, pequeña, duerme, no te preocupes.

¡Duerme! No podía, mi mente estaba a mil por hora, no dejaba de pensar en lo que había sucedido minutos anteriores, me sentía ahogada a su lado, asfixiada, presa, cautiva, pero sobre todo, confundida.

Amaneció por fin y con eso me levanté. Max hizo lo mismo, él tenía trabajo atrasado y sabía que ese día saldría temprano y regresaría muy tarde. Desayunamos antes de las ocho de la mañana, él estaba muy comunicativo y yo pensativa.

Una vez que se hubo ido, subí a mi habitación, tenía que sacarme toda la tensión y pensar. Para eso nada mejor que correr, sobre todo un día después de la tormenta, así me sentía yo, arrasada por mi propia tormenta, me puse unas calzas largas y un polerón. Vestía de gris, igual que el día, igual que mi estado. Gris.

Antes de salir cogí un par de naranjas, una para cada mano, no quería hacerme daño y como sabía que apenas comenzara a correr empezaría a cuestionarme, mejor prevenía.

Con los auriculares puestos y la música fuerte comencé a correr, para botar tensiones, canté más fuerte algunas estrofas y sobre todo una canción, *I love*

it. Así era como me sentía, quería lanzarme de un puente, la gente que pasaba a mi alrededor debió pensar que estaba loca y hasta yo misma lo pensé, me había entregado a Maximiliano pensando en Greg. ¿Pero qué mierda significaba eso? Yo a él lo veía como un amigo, es más, no sentía tantas cosas con él, claro, era un hombre guapo, sentía lo que cualquiera con un hombre como esos, pero el saber que él estaba ahí para mí, si es que lo necesitaba, me reconfortaba. No nos veíamos a menudo, a pesar de que yo trabajaba para él, a veces creía que me evitaba, pero no había razón para eso. Sí tenía que reconocer que me molestaba un poco verlo siempre con alguna chica distinta, siempre guapas y esbeltas, nada que ver conmigo, cada chica que llevaba al local era una bomba sexy y sexual, bueno y como no, si él debía ser lo mismo y yo sí lo había podido comprobar. Cuando sentí el olor a naranja, supe que la estaba aplastando con mis dedos. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al imaginar qué hubiera pasado si no hubieran estado allí, apresuré el paso y corrí aún más fuerte.

Veía los ojos de Maximiliano cuando estaba a punto de meterse entre mis piernas, me sentí de lo peor, sucia, cobarde y como una cualquiera. Me entregué pensando encontrar algo, eso que tanto ansié, y por fin cuando me atreví a probar, a amar, no sentí, era de lo peor. Lo único bueno era que al menos sabía que no deseaba a Maximiliano, al menos no como hombre, o eso esperaba.

Unas gotitas comenzaron a caer y miré al cielo abriendo mis brazos para expiar mis pecados, como si el agua fuera bendita y purificara mi alma, no sé cuánto corrí, pero debió ser más de una hora, pues llegué hasta el final del lago, donde se encontraba el cañón.

Me cobijé bajo el tubo negro y comencé a mirar hacia el lago, ese que tanto me tranquilizaba, miré mis naranjas y una estaba más aplastada que la otra. Una sonrisa esbozó de mis labios, eso era una pequeña victoria para mí, un paso en mi terapia, saqué el teléfono y llamé a mi doctor favorito. Él cogió el teléfono y rápidamente me contestó, me felicitó por mi logro, pero como su tono denotaba preocupación, le informé que en tres días nos veríamos. Sé que eso lo dejó más tranquilo, hace más de dos meses que lo veía sagradamente dos veces a la semana, él se había convertido en mi confidente, en una especie de padre que no poseía.

Luego llamé a Clemente, me contó que su tía Clara le había regalado una bicicleta. Eso me entristeció, pues debió ser justo antes de que muriera, no me encantaba la idea de mi hijo aprendiendo a andar en esa máquina con dos ruedas, pues sabía que Margarita no estaba para correr detrás de él. No dije nada, pero como en dos días iría a casa, lo solucionaría, le enseñaría a andar y así de paso me quedaba tranquila. Al despedirnos me ordenó, porque eso fue exactamente lo que hizo, que le cantara la canción de Barney, su favorita.

Te quiero yo y tú a mí, somos una familia feliz, con un fuerte abrazo y un beso te diré, mi cariño es para tiiiiiiii.

—Te amo, precioso —le dije al despedirme—, mi cariño es para ti.

—Realmente eres una caja de Pandora, pecosa. ¡Además cantas!

Al escuchar su ronca voz, me tensé, los músculos se me contrajeron en cosa de segundos, parecía una adolescente que no controlaba emociones, el inglés era la última persona a quien quería ver, menos ahora, en ese momento.

Él, parado, parecía un gigante, estaba con unos *shorts* muy apretados que dejaban poco a la imaginación, además de una sudadera negra. Parecía un lobo feroz, pero en realidad era una linda oveja. ¿O no?

—Buenos... días, Greg —le saludé levantándome para quedar más o menos a su altura.

No me respondió nada, me rodeó con sus fuertes brazos, inspiró mi olor, me besó en la cabeza, en ambas mejillas y por fin me saludó.

—No me huelas, acabo de correr la maratón —le conté riendo, Greg siempre me olía.

—Siempre hueles a ti, pecosa, me encanta. ¿Qué haces tan temprano por acá? —Y mirando mis naranjas un poco aplastadas, preguntó:— ¿Estás de día de campo?

Me reí con ganas.

—“Pic-nic”, inglés, se dice así. —Mi risa no iluminó ni un poquito mi alma acongojada.

—Como digas, ven, vamos a sentarnos, esta es mi segunda vuelta y estoy agotado.

—¿Tu segunda vuelta? —Lo miré asombrada, eso significaba que estaba corriendo hace más de dos horas.

Él, con gallardía me respondió:

—Segunda, eso me permite comer todo lo que quiera, cuando desee.

Greg tenía el don de hacer que las palabras tuvieran otro significado, ese que siempre iba implícito o de la mano con el sexo, apasionado, alucinante y acalorado. Ese que había probado y que quería experimentar hacía tiempo.

Cogió mi brazo y nos sentamos en una banca, Greg se sentó a horcajadas, en cambio yo me senté como correspondía, pero de igual manera quedábamos rozándonos.

—¿Quieres agua? —me ofreció pasándome su botella. Negué con la cabeza y con lo educada que era le ofrecí una naranja.

Comenzó a pelarla sin desperdiciar ninguna gota de jugo, la partió en cuatro y metió una parte en mi boca.

—Mmm está deliciosa —le informé aún con la boca llena.

Me miró y en un susurro respondió:

—No tanto como tú, pecosa.

—Al final tuvieron un buen final —le dije refiriéndome a nuestra comida y omitiendo su comentario anterior.

—¿Por qué? —preguntó intrigado, pero al ver mis manos teñidas de naranja supo a lo que me refería, cambió de actitud juguetona a una más protectora—. ¿Qué sucedió ahora?

No sé por qué, pero me sentía a gusto conversando con él, y además, tenía los sentimientos atragantados, necesitaba hablar, él era mi amigo y para hablar con el doctor faltaba mucho todavía.

—Salí a correr, necesitaba pensar, sacarme la tensión del cuerpo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar en un tono tan envolvente que mi lengua cayó rendida a sus pies.

—Anoche no fui capaz de resistirme, hice el amor con Maximiliano —le conté mirando al lago, pero luego me giré para verlo a él.

Estaba blanco como papel, como si le hubiera contado un pecado, en sus ojos veía terror, miedo, angustia y entendí por qué, tal vez me había expresado mal y Greg creyó que había sido forzado, tenía que sacarlo de su error, además su mutismo me estaba poniendo nerviosa.

—Yo quise, Greg, él no me obligó —le aclaré, pero fue peor, ahora sí que no entendía nada, la botella que tenía en la mano explotó y el agua saltó mojándonos a los dos, eso lo sacó de su ensoñación.

—¿Greg, estás bien? ¿Has oído lo que te he dicho? —pregunté cuando se levantó.

Él asintió con la cabeza y la mirada perdida.

—Sí, Josefina, es tarde, debo irme —me dijo dándose la vuelta y comenzando a correr como si fuera perseguido por el mismísimo diablo. Creo haber escuchado una palabrota proveniente desde donde se encontraba Greg, pero no escuché, ni sé si era él realmente.

No entendía qué le había sucedido, de verdad, no lo comprendía, no podía ser por mí, yo siempre había sido sincera con él, y por lo demás él jamás me había declarado nada abiertamente. Tanto para mí como para él esto no era nada más que un flirteo, al menos así lo creía yo, Greg siempre estaba con bellas mujeres. Esto tenía que aclararlo, no me quedaría con la duda, pero claro, no correría tras él. No ahora.

Pero ¿y si yo estaba equivocada? No, aparté esa idea rápidamente de mi cabeza, eso no podía ser.

Volví caminando hasta mi casa. Me duché y me cambié para ir a trabajar, al menos ahí lo vería y le podría preguntar más tranquila lo que sucedía, pero lo cierto es que a mí sí me habían pasado cosas con él, mis músculos se tensaron de inmediato frente a su presencia, no eran las hormonas que parecía que tenía dormidas desde hace bastante. Pero si era algo, no quería darle más vueltas al asunto, yo ahora por fin empezaba a ser una mujer libre de sentimientos hacia el sexo opuesto. ¿O no?

La cafetería estaba muy tranquila. En esta época del año no había veraneantes, solo la gente de los alrededores. Había tenido suerte, no me había encontrado con nadie conocido, y la vez que me había encontrado nuevamente

con Laura me senté como si fuera un cliente más. Con tanta mentira en mi vida, me merecía un premio de la academia.

The winner is Josefina Zarmientos, the best actress.

Amber y yo nos sentamos al final del local, no había nadie para atender, así que las dos disfrutamos de un delicioso chocolate caliente con crema y galletas, en tanto le contaba todo respecto al funeral de Clara. Lo mejor de todo era que mañana nos íbamos los tres a mi casa: Andrés, Amber y yo.

No aguanté la curiosidad y le pregunté por Greg.

—Vino temprano, pero se fue, creo que va a subir a la nieve con una de sus chicas, ojalá sea con Patty, me cae bien ella.

—¿Patty? ¿Cuál es esa? —pregunté y sentí un poco de envidia de la tal Patty, eso debía reconocerlo, pero lo que me dejó tranquila era que todos mis pensamientos estaban errados, Greg seguía su vida y yo debía continuar con la mía.

Se incorporó a nuestra conversación el payaso de mi hermano, estaba feliz, incluso traía un regalo para Clemente. No me quería contar de qué se trataba y yo con respecto a eso no era curiosa, todo lo que fuera para mi niño, bienvenido sea. Sonó el teléfono, era Maximiliano para avisarme que hoy llegaría tarde, que no lo esperara. En honor a la verdad eso lo agradecí, no sabía cómo mirarlo, en otro momento hubiera pensado que se iría a los brazos de otra a terminar lo que no pudo finalizar conmigo anoche, pero no, esboqué una sonrisa y me abracé a mí misma por eso.

Tomé el celular y le mandé un mensaje, quería dejar las cosas claras.

**Hoy duermes en tu cama.*

Jose.

—¿Qué haces con cara de pilla, hermanita? ¿Con quién te mensajeas? —preguntó mi hermano curioso.

—Nada, no seas cotilla.

Dejé el teléfono encima de la mesa, pero con tan mala suerte que se encendió la pantalla, con un mensaje entrante.

**Me gusta el salón, compré preservativos.*

Maximiliano.

La cara de Andrés fue de completa sorpresa, pestañeó un par de veces y esbozó su típica sonrisa de niño travieso, levantó el celular para que yo no alcanzara y me dice:

—¿De qué me estoy perdiendo? Habla, Josefina, a ver si así nos incorporamos a la orgía.

En ese momento apareció Greg, con la que supongo era la tal Patty, linda como todas las otras, pero esta al menos tenía cara de simpática. Al ver a Amber le hizo un gesto con la mano, y ambos se acercaron hasta nosotros a saludarnos.

Greg, al verme, relajó su frente. Él siempre tenía esa actitud cuando traía a una chica, serio y con cara de ogro, no sé cómo todas lo aguantaban, había visto muchas veces como él simplemente las dejaba.

—*Brother*, mira, a ver si te unes a la orgia —le dijo Andrés a Greg lanzándole el teléfono.

Ni yo ni Amber comprendíamos nada, ninguna había visto el mensaje, pero sabía que Maximiliano jamás en su vida hablaría de orgias, él no, jamás, era un hombre serio y recto, por eso me costaba entender la broma.

La cara de Greg al leer se volvió tensa, tosca y volvió a arrugar la frente. Nuevamente sonó el pitito de mensaje y se encendió el teléfono, pero ahora lo leía Greg antes que yo.

Eso me molestó, eran mis mensajes, mi teléfono, mi vida.

—Entrégame el teléfono, es mío —ordené, su cara de soberbia me estaba irritando.

Caminó como pantera hasta mí, tomó mi mano, estiró mis dedos y siseó entre dientes:

—Realmente, eres una caja de Pandora —me habló ahora sulfurándome con la mirada, se dio la vuelta tomando a su chica y juntos entraron a la oficina.

Al ver el mensaje me sentí morir, esto era algo nuevo e impensado, no es que fuera grave lo que decía, es más, yo entendía perfectamente por qué Maximiliano escribía el primer mensaje y por supuesto el segundo.

**Me da igual que uses pijamas de corazones si se te traslucen como el de anoche.*

Maximiliano.

Nuevamente, Andrés se acercó hasta mí, pero esta vez fui más rápida y guardé el teléfono, con la duda de por qué Greg se había enfadado tanto, si él un monje tibetano precisamente no era.

—Creo que me debes explicaciones, zancudo, ¿hablas o ruedo mi imaginación?

—Nada, nada. ¿Te pregunto yo de tu vida privada con Amber?

—No es necesario, Amber es una máquina sexual.

—*Póker!* —exclamó Amber poniéndose colorada por el comentario, cosa que a mí me divirtió, ellos se veían muy compenetrados y felices, y si mi hermano estaba feliz, yo también lo estaba.

—Ya basta, pongámonos serios, ¿mañana nos encontramos en el aeropuerto o paso por ustedes?

—¿Con el señor preservativo? —preguntó mi hermano, aún riendo.

—Sí, con él —le corté de inmediato.

—No, zancudo, nos juntamos allá.

Alabado el cielo y todos los ángeles que llegó gente al local, Andrés entró en la oficina sin ningún disimulo haciendo salir a Patty que, algo apenada, sin

despedirse de nadie, se fue. Yo me puse a trabajar, así pasó mi tarde muy rápido, sin pensar en nada, solo me mantenía ocupada.

En la casa, cenar sola no me gustaba nada, encendí el computador y comencé a leer, tenía tantos libros que era como mi pequeño tesoro. Si bien es cierto ahora los podía comprar, yo prefería guardar el dinero para después, cuando volviera a mi vida.

Me dormí en mi cama soñando con Highlander y tierras lejanas, donde existían clanes y castillos: Grecia, Escocia e Inglaterra, esa era la tierra con que soñaba y, por supuesto, me encantaría conocer. Si hasta en mis sueños aparecía el inglés. Desperté por el peso del computador creo, o por el sonido de la puerta de entrada, lo apagué y me di la vuelta para seguir durmiendo, en eso estaba cuando un nuevo mensaje iluminó mi teléfono.

**Estoy en casa, pequeña.
Maximiliano.*

Quería contestarle “¿Y?” pero no, yo no era así, al menos cuando estaba de buen genio y con Max lo estaba, creo que anoche me había liberado de mis propios miedos y temores, saliendo victoriosa. Ahora sabía a ciencia cierta que no estaba enamorada, eso es lo que siempre me atormentó, ya no lo haría más, eso inexplicablemente hacía todo más fácil para mí.

**Que duermas bien. Mañana me llevas al aeropuerto, voy a MI casa.
Jose.*

Dos segundos después, la respuesta.

**Esta es tu casa, pero estoy encantado en llevarte hasta donde tú quieras. No he dejado de sonreír pensando en ti, en...
Maximiliano.*

Dios mío, esto se me estaba saliendo de control, ¿qué hacía un hombre serio como Maximiliano mensajeándome como si fuéramos adolescentes?
Otro mensaje del adolescente.

**En mi cama sobra espacio. ¿Puedo ver qué pijama llevas esta noche?
Maximiliano.*

No pude contener una risa ridícula, esto no lo había visto nunca, ni cuando éramos... bueno lo que fuimos.

**Max. Deja de comportarte como un adolescente, lo que pasó anoche fue un descontrol del momento, un error. No volverá a pasar.
Jose.*

Esperaba que con esto se le acabara cualquier esperanza y me dejara dormir, pero... no, error, otro mensaje.

**Ven y dímelo a la cara.*

Maximiliano.

Las manos me estaban picando y mi lengua se estaba preparando para la batalla. Se volvió a encender el teléfono.

**Cobarde.*

Maximiliano.

Eso sí que no, solo yo me podía llamar cobarde. Salí hecha una furia de mi cama, atravesé la salita y abrí la puerta sin siquiera tocar.

—¡Mira, Maximiliano! —le dije con las manos puestas en mi cintura, él estaba encima de la cama solo con unos *bóxer*, no pude dejar de mirarlo, sobre todo imaginar lo que había debajo de él. ¡Dios! Pero si era patética y ahora no podía ser por falta de sexo.

—¿Me puedes mirar a la cara para decirme las cosas, pequeña?

—Exhibicionista —gruñí.

—Es mi habitación —contraatacó. Era cierto, punto para él.

—Bueno, Max, el punto es que lo que sucedió anoche no volverá a suceder, ya te lo dije, no pierdas el tiempo.

Él se incorporó y seriamente me dijo con convicción:

—Lo que vi en tus ojos, lo que sentí en tu cuerpo y lo que probé de ti mientras te abandonabas al placer, me decía lo contrario.

Entrecerré los ojos, qué poco caballero estaba siendo Maximiliano, pero no me estaba insultando ni yo me sentía así, pero debía terminar con esto de una vez por todas, por mi bien, por el suyo y por el nuestro.

—Puede que tengas razón, pero no eran tus ojos ni tus manos las que sentí anoche —le respondí con altanería, incluso a mí me habían dolido esas palabras.

«Bruja», recalcó mi conciencia, causándome una puntadita de dolor. Merecida por cierto.

La cara de Maximiliano se endureció, su mandíbula se tensó y se pasó la mano por su pelo, pero claro, hombre macho alfa no se podía quedar en silencio.

—Eran los ojos de Clemente los que veías mientras te corrías con mi lengua —apostilló fulminándome con sus ojos.

Dios, nunca había visto ni escuchado a Maximiliano hablar de esa manera y menos con ese tipo de palabras tan bajas para él, pero normales para mucha gente, incluso para mí. Lo único fuera de lugar en la oración, era nombrar a Clemente y que los ojos eran los del inglés, pero si eso era necesario para zanzar el tema, lo haría.

Respondería como la víbora que no era, pero en la que sí me estaba convirtiendo por mentirosa y egoísta.

—Sí, Max, eran sus ojos los únicos que vi.

Ya no podía seguir mirándolo, ni respondiendo a sus preguntas. Su cara era contenida, sé que se estaba mordiendo la lengua para no responderme. Hoy había herido a dos personas, dos hombres importantes para mí, pero los había dañado igualmente. Definitivo, cada vez estaba más cerca de ser una víbora profesional.

Capítulo 16

Todos felices y contentos nos bajamos del avión y nos subimos al bus. Margarita y Clemente nos esperaban en la estación, mi niño corrió a mis brazos y yo feliz lo recibí, lo primero que hizo fue mostrarme su primera herida de guerra, que por supuesto se había hecho en la bicicleta, gentileza de su abuela. No dije nada, ya arreglaría ese asunto comprándole toda clase de protecciones. Los besos de Margarita y Andrés eran eternos.

Ya en casa, todo era jolgorio y alegría, Margarita de inmediato amó a la novia de su niño favorito, y como no, Amber era un dulce, un caramelo, si hasta como *miss látex* se veía tierna.

Odié a Andrés cuando le entregó el regalo a Clemente, una patineta de Batman, con eso ya no se la quitaba nadie. Con la mirada le di a entender que lo mataría y lo dejaría sufrir antes de entregarlo vivo a los leones, pero por supuesto él, como gran jugador que era, tenía una cartita bajo la manga.

—No me mires así, zancudo, que seguro que a Margarita le encantaría saber qué hace su niña en el salón de su casa.

—¡Andrés! —gritamos al unísono Amber y yo, sabíamos que él era capaz de eso y más.

Él levantó las manos y los hombros, como diciendo que solo dependía de mí.

—¿Qué hizo mi mami en el salón, tío Andrés?

Fucsia, roja, colorada, morada, esos eran los colores que tenía mi cara en ese momento, Andrés me miró a mí y luego a Clemente para responderle:

—Nada campeón, solo envolvió la patineta que te acabo de entregar.

—¿Seguro, mami? —Dios, si mi hijo no tenía ni un pelo de tonto.

—Sí, Clemente, es eso.

Dicho esto, tomó de la mano a su adorado tío para salir a la calle, antes de que desapareciera por la puerta de salida, le dije:

—Esta me la pagas *póker*, la venganza en plato frío sabe mejor.

—Y servida en el salón también —me gritó de vuelta.

En honor a la verdad, esos dos días perdí a mi hijo, él solo estaba interesado en su patineta y bicicleta. De vez en cuando, como para dejarme feliz, entraba, me besaba y me decía que me amaba, este niño sería un peligro para las féminas cuando creciera, sabía perfectamente qué hacer para dejarnos contentas, además, claro, de ser un imán para la gente. Todo el mundo apenas lo conocía lo adoraba, no tardaba ni un minuto en encantarlos y ponerlos a su merced, era único.

«Digno hijo de su padre», me recordó mi conciencia.

En la noche, mi osito dulce como la miel, era todo mío, tal como a mí me gustaba, le cantaba hasta que se dormía y luego, abrazada a su cuerpo, embebida de su olor, me dormía profundamente.

Obvio, le compré toda clase de protecciones, hasta las rueditas traseras para la bicicleta, pero que por supuesto, no aceptó que se las pusieran, su negativa fue sin lágrimas, ni pataletas, solo dijo no y con convicción.

—Mami, si las pones, yo nunca me subiré y fue un regalo de mi abuela Clara.

—¿¡Abuela!?! —pregunté exaltada.

Él con la cabeza asintió.

—Me dijo que quería ser mi abue, que no tenía nietos y que se sentiría orgullosa si yo aceptaba.

Mi niño, además de todo, hablaba perfecto, jamás confundía las palabras, muchas veces dudaban de su edad, pero Margarita se encargaba de enseñarle todo y más, incluso sabía sumar y aprendía rápidamente a leer, no era superdotado ni mucho menos, era un niño que tenía toda la dedicación de su Margarita.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que sí, porque como yo no tengo abuelita.

—¿Cómo que no? ¿Y Margarita? —preguntó Andrés asombrado por todo lo que oía.

—Margarita no es mi abuela, es mi *mamá dos*.

Margarita se acercó a él y lo besó, luego yo y así todos sucesivamente, definitivo, él sabía meterse a todas las mujeres al bolsillo.

La tarde llegó y con eso nuestra despedida. No fui capaz de decirle que su abuelita ya no estaría, no ahora que la conocía y la perdía al mismo tiempo, eso me dejó pensativa.

Todo el trayecto de vuelta, mientras mi hermano se besaba descaradamente, yo pensaba en lo egoísta y en el daño que le estaba haciendo a mi hijo, creo que finalmente él tenía razón, no podía ocultar a Clemente para siempre y privarlo de la gente que lo quería, él se merecía tener un padre, abuelos y tíos. Era yo la que no lo podía asumir.

Ni siquiera me di cuenta cuando llegamos, parecía un zombi caminando. Maximiliano estaba como siempre esperándome. Andrés y Amber lo saludaron y se fueron por su cuenta.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Nada, nada, es que cada vez se me hace más difícil volver.

—Pues no viajes más. Dile a Margarita que se mude.

—Como si fuera tan fácil —dije suspirando.

—¿Es por Clemente que estás así? —me preguntó apesadumbrado.

¡Dios!, cómo me molestaba que utilizara el nombre de Clemente así, como si fuera lo que no era, pero por el momento era mejor así, después ya vería que hacer.

—Mejor no te respondo.

—¿Te acostaste con él? —preguntó en tono violento y fuerte.

Vaya, este rumbo de la conversación no me lo esperaba, y claro, no me gustaba.

«Claro que se acostó con él y durmió con él», me defendió mi conciencia.

—Desubicado.

Maximiliano gruñó y con eso me dio a entender que creía que mi respuesta era positiva. Siempre o casi siempre mi llegada era así, era la ocasión en que casi siempre discutíamos; los otros días, la convivencia era normal y pareja. No entendía por qué, con todo lo que ya había pasado entre nosotros, no me había echado, arrojado de su lado, no encontraba ninguna otra explicación que no fuera por masoquista y el rey de ellos, como hombre ya lo había insultado y herido hasta decir basta.

—¿Tienes hambre, quieres cenar? —me preguntó para que firmáramos un tratado de paz.

—Sí, muero de hambre.

—Cenamos y vamos a casa entonces.

La cena fue amena, nunca nos faltaba tema para hablar, en realidad éramos como dos amigos que siempre se acoplaban de maravilla, siempre y cuando ambos quisieran, el dilema era que uno quería más y el otro no estaba dispuesto a dar.

—¿Han sido muy terribles estos casi seis meses, Jose?

—En un principio fue terrible —le dije con verdad—, pero después creo que se me ha hecho más fácil, al menos ya no me aburro. —Ups, me debí morder la lengua.

Maximiliano esbozó una media sonrisa, maligna por supuesto, sabía que algo me diría a continuación, esa era su sonrisa triunfal, y vaya que la conocía, era cuando decía: “Jaque Mate”.

—Tú sabes que todo se sabe en la vida, ¿verdad, pequeña? —me dijo levantando una ceja, eso me alertó, el todo involucraba muchas cosas, tragué saliva y continúe como si nada.

—Supongo, pero el que nada hace, nada teme —contesté sosteniendo mi tenedor para no mirarlo a él. Qué actriz que era, ni globo de oro ni nada, el Óscar me merecía... Lamentablemente yo, que antes nunca había mentado, ni de niña, ahora lo hacía y con creces y por todas mis vidas futuras.

—¿Y tú no tienes nada que temer?

Me encogí de hombros, como si no me importaran sus preguntas, me estaba acorralando y además me estaba preocupando.

—¿Y cuándo piensas decirme qué haces todos los días de doce a seis de la tarde?

Mierda, ese era justo mi horario de trabajo, estaba claro que ya lo sabía, no tenía sentido seguir ocultárselo.

«Mintiendo», escuché desde mi interior.

—¿Desde cuándo lo sabes? —murmuré bajito, al igual que un mentiroso cuando lo desenmascaran.

—¿Desde cuándo sé qué Josefina?

Listo, “Josefina”, la última prueba de que sí estaba molesto, jamás me llamaba por mi nombre.

—Ya está bien, te mentí, lo siento, pero es que contigo jamás sé cómo reaccionar.

—¿Crees que soy un ogro?

—No, pero...

—¿Pero qué?

—Bueno, déjame terminar entonces, no me interrumpas —lo reté, no me lo hacía fácil, y claro, no tenía por qué tampoco.

Bajé las manos y retorcí mis dedos, nerviosa, tantas preguntas me hacían sentirme en el banquillo de los acusados. Solo me faltaba la luz.

—Te escucho, ¿pero tendrías la gentileza de decirme la verdad?

—Tú no la tuviste —solté de pronto, mi lengua además de ponerme en problemas me defendía.

Entrecerró los ojos, ahora sí parecía ogro y no un *troll* con mohicano rosa, sino negro, con llamas en los ojos.

—No te informé, porque no lo busqué, un día fui a ver a Amber, ella estaba sola y comencé a ayudarla, luego una cosa llevo a la otra y me quedé, no te informé no porque me des miedo, ni porque seas un ogro, pero como el café es de Greg, pensé que tú no me dejarías trabajar.

—¿Y me habrías obedecido? —preguntó realmente interesado.

—Bueno estoy aquí ¿no?, siempre termino haciendo lo que dices.

—¿Hay algo más de lo que me deba enterar? Josefina, ¿me ocultas algo más?

Tragué saliva, Maximiliano podría haber sido agente del FBI sin ningún problema, no necesitaba armas ni nada para intimidarme, sus ojos y esa pasividad abismante lo hacían perfectamente.

—No —respondí en un hilo de voz, casi inteligible.

«MENTIROSA», retumbaba en mi mente.

—Eso espero, pequeña. Eso espero.

Solté el aire contenido y Max volvió a la carga sin darme tregua.

—Para mí, Greg no es competencia, el tipo tiene fama de muchas cosas que sé que a ti no te gustan, pero Clemente debe ser un santo para tenerte así como estás.

Abrí los ojos. ¿Qué era Greg que no me gustaría? ¿Qué tanto más que yo sabía Max? Pero como eso no se lo preguntaría y tenía que responder, lo hice con la lengua venenosa que a veces se apoderaba de mí.

—Sí, es un santo y de los buenos. —Eso era lo más sincero que había dicho durante toda la velada.

Silencio sepulcral e incómodo hasta el final de la cena, caballerosamente corrió mi silla y nos retiramos a su casa, nos acostamos cada uno en su respectiva habitación, no hubo mensaje ni nada, cosa que agradecí.

El día estaba oscuro, el viento ya se había apoderado de la ciudad, no muchos transeúntes pululaban por la orilla del lago, eso significaba que el café estaba relativamente vacío. En las tardes eso cambiaba, después del trabajo muchos se relajaban con las delicias que siempre tenía como novedades el inglés. Claro, yo por supuesto que no trabajaba a esa hora, no, a esa hora yo fingía ser esposa.

Durante la cena Maximiliano me observaba como queriendo preguntarme algo, sus ojos no dejaban de mirar los míos, me tenía nerviosa, parecía como si me estuviera enjuiciando y de verdad no sabía por qué. De pronto abrió la boca para decir algo y luego la cerró, esa fue la gota que rebalsó el vaso, ya no aguanté más y le pregunté:

—¿Qué, Maximiliano? ¿Qué me quieres preguntar? —insistí.

—Sé que me escondes algo. Por alguna razón no puedo confiar en ti —respondió serio con mirada inquisidora.

—No te escondo nada —dije moviendo los hombros—. Ya sabes que trabajo en el café, que no estudié, que no vivo en la ciudad, que... bueno todo —mentí.

Ahora frunció el entrecejo y me observó.

—Te conozco pequeña, y sé que hay algo más.

Eso me puso nerviosa.

—No hay nada, Maximiliano, ya basta.

—¿Sabes qué sucede, pequeña? Por mucho que tú hayas salido huyendo, porque eso hiciste —puntualizó—, no eres una mujer que abandona sus sueños.

—Ya déjalo —le dije para cerrar el tema.

—Está bien, pequeña, ya te advertí, no quiero sorpresas ni quejas después.

Eso me alarmó, ¿qué sabía Maximiliano y por qué teníamos esta conversación ahora?, ¿le habría dicho algo Susana?, no creo, de eso sí que ya me hubiera enterado, ¿estará sensible por la muerte de su madre? La carta de mi suegra solo tenía agradecimientos para mí, además de pedirme que cuide a su hijo para siempre, sí, eso debe ser, pero no puedo fiarme de él. Desde que le dije que Clemente significaba mucho para mí, su actitud era más hosca, y bueno, no lo podía negar, eso era lo mejor, ya que entre nosotros, por fin se había aclarado todo, al menos yo lo había hecho. Mi gran temor de sucumbir a los brazos de Maximiliano ya no estaba, y lamentablemente la prueba fue de lo más íntima, lo que sí no acababa de comprender es qué tenían que ver esos ojos negros que había visto mientras llegaba al punto máximo de mi placer, lo atribuí a que él era el único amigo que tenía, y claro, con él había vivido un orgasmo arrebatador meses atrás.

Me pasaban cosas extrañas con Greg, siempre pensaba en él o veía sus ojos y, últimamente, al verlo con sus esculturales amigas, me molestaba, incluso llegué a soñar con él en la nieve.

Creo que lo mejor que puedo hacer, para no seguir complicándome la vida, es renunciar al café, he jugado con fuego y no me quiero quemar, si mi lema era huir, eso haría, me quedaba la mitad de mi condena y por fin estaba empezando a relajarme con Maximiliano, había tenido mi prueba de fuego y la había superado estoicamente.

Toqué la puerta de Maximiliano para avisarle que ya estaba todo listo para el desayuno. Con esa rutina comenzábamos siempre el día, Esther estaba enferma y a mí no me molestaba hacer las cosas de la casa, por lo demás, eso me entretenía.

La calefacción estuvo encendida toda la noche, la temperatura era agradable y el piso estaba temperado, por ende al bajar lo hice descalza, aún no me acostumbraba a la maravillosa sensación de meter los dedos entre los pelos de las alfombras, era maravilloso.

Estaba en la cocina sacando un par de tazas cuando vi a Maximiliano apoyado, con una linda sonrisa capaz de derretir a cualquiera, bajo el umbral de la puerta.

—Me hubiera encantado verte con una de mis camisas y embarazada de nuestro hijo, pequeña, serías una madre maravillosa.

En ese momento me quedé petrificada, las tazas se resbalaron por entre mis dedos y cayeron al suelo, estallando en varios pedazos.

Maximiliano se acercó hasta mí y me cogió en sus brazos para sacarme de la cocina, yo no tenía habla, esas palabras hicieron estragos en mi interior y me transportaron al pasado y a la realidad. La palabra embarazada significaba Clemente y Clemente era su hijo, el círculo completo.

—¿Estás bien, pequeña? —me preguntó por segunda vez.

—Sí, no sé qué paso.

—Parece que hubieras visto a un fantasma, estás pálida. ¿Quieres ir al médico?

—No, no, estoy bien, es que la lluvia y el viento de anoche no me dejaron dormir.

—¿Por qué no cruzaste a mi habitación? Mi cama es lo suficientemente grande para los dos.

—Max... por favor, no sigas.

Me miró, luego se inclinó a mi frente y me besó con un casto beso.

—Anda, sube a ponerte zapatos, yo limpiaré, no quiero que te hagas daño.

Asentí con la cabeza, ahora era yo la que estaba en otra dimensión, lo que Max había dicho me descolocó totalmente, ahora me sentía nerviosa, tenía un nudo en mi garganta. No sé cómo me calcé los zapatos, bebí la taza de café escuchando lo que Maximiliano me decía sin poner atención, mi cabeza volaba a miles de kilómetros de ahí, algo entendí de una reunión importante, pero la

verdad no retuve mucho, era algo con los inversionistas, pero detalles no escuché. Al levantarse de la mesa, Max me habló:

—Pequeña, disculpa lo que te dije en la cocina, fue una necesidad, pero tal vez un hijo nos hubiera unido para siempre.

Dagas, puñales, cuchillos me estaban hiriendo el corazón, haciendo una carnicería con mis sentimientos. ¿Por qué ahora? ¿Por qué a mí? Todos los porqués se venían a mi mente, la situación se me estaba saliendo de las manos, estaba volviéndose en mi contra. Maximiliano estaba, inconscientemente, dando con las teclas justas para desbaratar mi vida.

—Un hijo no es la solución a nada. Los hijos no se traen al mundo para parchar relaciones, se traen por amor. Ese que nos faltó —recalqué, ya no sabía ni lo que decía, mi cabeza daba vueltas.

—Nunca vas a perdonar mi error.

—¿Sabes? Creo que perdonar no puedo, tal vez si no hubiese sido Susana sería más fácil, sé que fue un error y de verdad te creo, pero al igual que las tazas que se cayeron, que ni con pegamento volverán a ser las mismas, mi corazón tampoco —le dije muy tranquila.

—¿Nunca, Jose? ¿Siempre me vas a guardar rencor?

Esta vez me acerqué a él, Maximiliano era un buen hombre, con métodos poco ortodoxos para hacer algunas cosas, pero bueno, al fin. Puse mi mano temblorosa en su rostro y le hablé con el alma encogida.

—No te guardo rencor, hasta hace muy poco pensé que eras el hombre de mi vida. Mi temor era seguir amándote como lo hice una vez, pero la vida pasa y las historias también. Siempre estarás en mi corazón, Maximiliano, no te odio por lo que pasó, ni por estar viviendo aquí en tu casa, cada uno tiene formas distintas de actuar, esta es la tuya y lo acepto. Pero no hay nosotros, no hay futuro ni lo habrá, la culpa no es solo tuya ni de Susana, también es mía, fui una niña jugando a ser grande, y tú un hombre amando a una niña. Susana —dije tragando saliva, el solo hecho de pronunciar su nombre aún me dolía, más en esa situación—, era una mujer hecha y derecha, sabía perfectamente lo que hacía, te sedujo y lo consiguió... y mi padre es su títere, lo ha sido siempre. No hay familias perfectas. Lo nuestro se hubiera destrozado tarde o temprano. Si no era ella, sería otra.

—Jose, yo...

Puse un dedo en sus labios para que no me interrumpiera, no ahora en este momento, donde estaba hablando con la verdad... a medias.

—No pienses más, Maximiliano, en lo que fue o en lo que pudo ser, no recuerdes el pasado, sana tu herida, terminemos esto en paz.

—No, pequeña, no me voy a rendir.

—Max, no seas soberbio, yo no te...

—Lo sé, no necesito que me lo repitas. Pero no te voy a mentir, Josefina, te deseo como mujer, no como amiga, entiendo que tú no sientas lo mismo. Este es mi tiempo y pretendo aprovecharlo, no es una advertencia, pequeña, es la verdad.

Soy egoísta y lo asumo. Te di la oportunidad de marcharte y no lo hiciste, ya no hay vuelta atrás.

La conversación había llegado a punto muerto, Maximiliano ya había dicho su última palabra y nadie lo sacaría de ahí, yo tampoco tenía opción para negociar, y claro como no podía decir el porqué, él tenía todo el derecho de pensar que tenía una oportunidad y terminó por corroborármelo.

—Si te quedaste, pequeña, es por algo, tuviste la llave de tu libertad y me la devolviste, ahora ya no la tendrás de nuevo.

Asentí con la cabeza y tragué saliva, yo estaba en lo cierto, Maximiliano no perdía las esperanzas.

—Bueno, Maximiliano, ve a trabajar. ¿No tenías reuniones importantes hoy?

—Esto no se acaba aquí, pequeña, de momento estás salvada —me advirtió levantándose para salir a trabajar.

Por fin se fue, necesitaba que se fuera. Quería estar sola, a pesar que la casa era grande, ahora, en ese minuto con él, me sentía ahogada. Cuando oí que la puerta se cerraba, me llevé la mano a la boca y sin poder aguantar más, comencé a llorar. Odiaba hacerlo, me sentía vulnerable, frágil y esa sensación la detestaba.

Veinte minutos después de autocompadecerme, subí, me duché y salí.

El día estaba igual que yo, lloraba intermitentemente, llamé al doctor y no me contestó, maldije por mi suerte.

Pero estaba decidida a hablar con Greg y dejar de trabajar para él. No me podía seguir haciendo más daño. Apenas veía el camino, la lluvia caía copiosamente, me sentía extraña desde la mañana, tenía una sensación de opresión en mi pecho, a veces se aceleraba y luego volvía a la normalidad, todo me salía mal, llamé a Margarita y no me respondía.

—¿¡Por qué mierda no usa celular!?! —grité sola dentro del auto.

Para colmo de males, estaba sudando. Bajé el vidrio un poco para sentir aire y ahora tiritaba. Hasta mi cuerpo estaba bipolar, por la cresta, ningún estacionamiento disponible, maldije para quitarme la rabia y ahora seguro parecía una verdadera loca golpeando el volante.

Uno... dos... diez... veinte.

Corrí después de estacionarme para no quedar tan mojada, al menos no estaba empapada. Amber, al verme, se acercó a mí, me pidió la chaqueta y me llevó a los vestidores, me entregó amablemente una de sus camisetitas, con una inscripción en ella.

“Soy una chica mala”, la miré y ella con su angelical sonrisa, levantando los hombros, me contó:

—Me la regaló Andrés, él tiene la misma pero dice: “Me gusta la chica mala”. También se la puso hoy.

Eso me hizo reír, eran un par de niños a pesar de su edad.

Pregunté por Greg y Amber me indicó que estaba en su oficina, que estaba de mal humor y que mejor no lo molestara. Cosa que omití, no todo me podía salir mal ese día... ¿o sí?

—Estoy ocupado. ¿Tan difícil es eso de entender? —gruñó cuando toqué la puerta.

Asomé la cabeza con prudencia.

Su oficina era muy pulcra, todo absolutamente negro, el escritorio era de cristal oscuro, no parecía en absoluto un despacho para un café, muchas carpetas y libros en el estante que estaba a sus espaldas. Él miraba por la ventana, levantó una mano para que lo esperara un momento, Greg no me veía, por ende, no sabía que era yo.

—Lo quiero esta noche. Arréglalo tú y no quiero problemas con clientes desconformes, solo con invitación. Esta es la última etapa del torneo. Anótame en una mesa, no con *póker*, no voy a competir contra mi *brother*. ¿Entendido?

No me gustaría ser el receptor de su llamada, faltaba poco para que gruñera por el auricular, por favor y gracias no estaban en su vocabulario. Eso era extraño, Greg era un hombre amable y caballeroso. ¿Tendrá esto algo que ver con lo que dice Maximiliano?

Se giró tan seguro de sí mismo, se veía tan guapo con su *sweater* negro de cuello alto y pantalones oscuros. Colgó el teléfono, levantó la vista y me miró.

Sonrió con una ceja levantada y dirigió sus ojos al logo de mi polera. Lo miré irritada.

—¿No sabes que a la gente se le mira a los ojos y no a...?

—¿Así que ahora eres una chica mala? —preguntó omitiendo mi comentario—. Ven acá, siéntate.

Se echó hacia atrás, como si estuviera tomando el sol entrelazando sus manos bajo su nuca. Su boca me ordenó sutilmente que me sentara y yo como boba obedecí.

—Además de maleducado, no sabes decir por favor y gracias.

—¿A quién? —preguntó como si no entendiera.

—A la persona que le hablabas, a mí para sentarme.

—Pecosa, ¡ah no perdón!, chica mala... Mi chica mala —susurró más bajito—. Gracias por sentarte, es todo un honor para mí, aunque de pie tenía mejor vista. Por favor no tengo que pedir, hablaba con alguien del club, estaba haciendo su trabajo, no es un favor es su deber, el no decir esas palabras no me convierten en maleducado, únicamente guardo las distancias —respondió parsimonioso.

—Bueno, como digas, venía a hablar contigo.

—Todo suyo *my lady*, estoy para lo que necesite —me dijo taladrándome con esos oscuros ojos suyos que me hicieron arder en cosa de segundos—. Pero antes quiero saciar mi curiosidad.

Cada momento que pasaba me sentía más acalorada, la opresión en el pecho me estaba matando, agarré por el escote la polera con mis dedos y la sacudí para sentir un poco de aire.

Greg me miró extrañado, el día era frío, no para tener calor.

—Pecosa, ¿estás bien? —quiso saber, realmente preocupado.

—No sé, desde la mañana me siento extraña, todo me ha salido mal hoy.

—¿Por qué? ¿Quieres contarme? —dijo tomando el control del aire acondicionado para ponerlo en frío, cosa que agradecí.

Se me hacía tan fácil contarle mis cosas. Asentí con la cabeza, pero antes de comenzar, sentí que alguien entraba, era Amber.

—¿Me llamabas, Greg?

—Tráele un té helado a Josefina —y mirándome risueño añade—. Por favor.

—¿Cuándo la llamaste? —pregunté intrigada.

—Mi cajita de Pandora es curiosa también —esbozó una media sonrisa, ya no estaba molesto, pero tampoco tenía su sonrisa lasciva de siempre—. Con un botón que está bajo el escritorio —me explicó.

—Gracias. Bueno dime. ¿Qué quieres saber?

Antes de que me preguntara, entró Amber con una copa de té helado para mí y una para Greg. Al pasármela arrugó la frente.

—No me digas que Clemente va a tener un hermanito.

El té que estaba bebiendo salió escupido de mis labios, la cara de Greg ahora era seria, de sus ojos salían chispas de ira, dirigidas directamente a mí.

—¡Estás loca! —contesté y con toda tranquilidad agregué—. Sería la Virgen María si fuera así.

Amber me cerró un ojo en complicidad y salió.

Greg me estudiaba detenidamente, no hablaba, ¡ah no!, otra vez esto, miradas que significaban palabras no pronunciadas, eso sí que no.

Tragué saliva, sus ojos nuevamente me estaban penetrando.

—Dime de una vez qué quieres saber.

—¿Has vuelto a estar con Maximiliano?

—Estoy con él todos los días —respondí sabiendo claramente a lo que se refería.

—Contesta mi pregunta —volvió a decir. Ahora sonrió levantando más un lado que el otro, pasando sus dedos por su perilla, como si estuviera dispuesto a analizar mi respuesta.

—Si tú crees que porque somos amigos tú... tienes derecho a saber sobre mi vida sexual...

—Dime —me cortó antes de terminar la frase, levantándose con gracia y ahora empujando mi silla hacia atrás para sentarse frente a mí sobre el escritorio.

—Es complicado —balbuceé, me sentía intimidada bajo su mirada.

—¿Sí o no? —me desafió.

—No sé cómo responder a eso, me estás avergonzando Greg, basta... por favor.

—No. Necesito entender —habló con su voz ronca aterciopelada pasándose la mano por el pelo.

Si no le daba una respuesta clara no cesaría, yo no quería seguir en esa incómoda situación, su cara era muy difícil de descifrar. No tenía idea de lo que estaba pensando.

Cerré los ojos como la cobarde que era. Greg resopló molesto como si supiera lo que iba a responder, tomé aire y comencé a cantar como el mejor de los tenores.

—No he vuelto a estar con Maximiliano de la forma que tú crees... en el salón de su casa nos besamos, una cosa llevo a la otra. —Mientras le relataba el episodio lo más claro posible, sentí el rechinar de sus dientes, yo no era capaz de mirarlo—. Me sacó la ropa que tenía mojada y comenzó a besarme por todo el cuerpo... luego cuando terminó, me besó y... cuando me iba a penetrar yo... yo le dije que no, no pude.

Más detalles que esos no podía darle, seguro mi cara sería un arcoíris en tonos rojos.

—¿¡Por qué me dijiste que habían hecho el amor, Josefina!? —me exigió la respuesta con un tono preocupado y ansioso.

—¡Porque así fue Greg! Llegué al clímax cuando Maximiliano estaba entre mis piernas —exclamé exaltada, ya no podía seguir relatándole mi encuentro sexual, no a él, cuando había sido precisamente a él al que había visto mientras me corría en su boca. Mierda, yo había ido para darme de baja del trabajo, no para ser interrogada sobre mi vida sexual.

Cuando levanté la vista para mirarlo, vi cómo su labio inferior temblaba. Me cogió por los hombros y me empujó hacia él, hacia arriba desde la silla, puso las dos manos alrededor de mi cara y me besó, lentamente, en la frente, haciéndome estremecer.

Me pasó los dedos por el pelo y pegó su frente a la mía.

—Disculpa, pecosa, soy un bruto.

Ahora era yo la que no entendía. ¿De qué lo tenía que disculpar? ¿Por el beso?

—No tengo nada que disculparte, Greg —respondí enredada por sus propias suplicas.

—Nunca dejarás de sorprenderme, pecosa. Me vuelves loco, irracional, eres una niña inocente aunque tú creas que eres una mujer. Solo una niña aprendiendo a ser grande, eres un bebé —suspiró como si se hubiera sacado un gran peso de encima.

Ahora se bajaba del escritorio y se sentaba frente a mí en la silla de junto, yo necesitaba cambiar el tema o comenzar a decirle a lo que realmente había ido, no quería darle más explicaciones, si esto fuera un gráfico yo estaba casi al cuarenta por ciento controlada... o más.

—Dime, ¿cuál era tu curiosidad? —pregunté y en ese momento una puntada se clavó en mi corazón, me llevé la mano al pecho para acariciarme, pero esta era por dentro.

—Nada, zancudo, ya no necesito nada más.

—Decídete, zancudo, pecosa o caja de Pandora, elije uno, por Dios, parezco mujer con personalidad múltiple.

Greg se puso a reír con ganas, retumbaba por toda la oficina, me hubiera encantado contagiarme con su risa, pero no enganchaba. De pronto se enmudeció y nuevamente me observó, algo me iba a preguntar... nuevamente a la carga.

—¿Por qué le dijiste que no a Maximiliano?

—¡Epa!, tú no contestas ninguna de mis preguntas, yo tampoco responderé a las tuyas.

—Pecosa, así te llamaré siempre, zancudo te llama *póker* y siempre serás para mí una caja de Pandora. ¿Contenta? Respóndeme.

Nuevamente tragué saliva, su mirada traspasaba todas mis defensas, necesitaba pensar rápido qué decirle... pero justo en ese momento me salvó la campana, mi celular sonó dándome un tiempo extra para pensar.

—¿Josefina?

—Sí ¿Con quién hablo?

—Con Sara, tu vecina.

—Hola —titubeé, mis oídos comenzaron a zumbar y el dolor del pecho que había tenido desde la mañana comenzó a acrecentarse.

—Hija... —me dijo vacilante en sus palabras. Eso me asustó, no la dejé continuar y me adelanté a sus palabras.

—¿Clemente y Margarita están bien? —exclamé exaltada.

—Josefina, hija cálmate...

—Dígame, Sara, por favor. —La oficina de Greg comenzó a girar a mi alrededor, tuve que sostenerme del escritorio para no caer.

—Atropellaron a Clemente.

Pavor, pánico, espanto comencé a sentir, mi corazón se aceleró y mis piernas se convirtieron en gelatina.

—¿Está bien? —pregunté conteniendo las lágrimas, el miedo, la incertidumbre y la inseguridad se habían apropiado de mí.

—Está vivo, hija —me respondió, pero eso era tan ambiguo que solo me permitió respirar—. Margarita está con él, lo están trasladando ahora a la capital, allá tienen el equipamiento necesario, todo saldrá bien.

Esto no me estaba pasando a mí, no podía ser, mi hijo no, me repetía en mi interior, equipos médicos... atropello... auto...

—¿Dónde? —Fue lo único que dije.

—Hospital Central.

—Voy para allá ahora. Gracias, Sara.

De un segundo a otro mi cabeza comenzó a reaccionar de la mejor manera dejando el temor de lado, tenía que volar a la capital, la adrenalina comenzó a

recorrer mi cuerpo, sentí náuseas de solo pensar en lo que podía suceder, Sara no me había dicho nada claro. Colgué el teléfono temblando. Greg, que había escuchado todo y hasta el minuto se había mantenido al margen y en silencio, habló:

—Vamos.

Yo asentí con la cabeza. Mi objetivo ahora era el aeropuerto, yo debía viajar a Santiago... ya.

—Calma, todo estará bien —me dijo Greg tomándome fuertemente de la mano.

Al salir le avisé a Amber para que le contara a mi hermano, mis palabras eran demasiado altas, la excitación me mantenía despierta, pero mi cabeza no dejaba de pensar.

En tiempo récord, llegamos al aeropuerto. Greg, no sé cómo, consiguió un par de pasajes. Yo tenía un plan B, si no conseguíamos boletos, alquilaría una avioneta para llegar a mi destino.

Mientras esperábamos para embarcar, recordé y llamé a Maximiliano.

—Max —hablé con voz temblorosa y ansiosa a la vez.

—¿Pequeña, estás bien?

—No, Max. Margarita tuvo un accidente, me voy ahora. Adiós. —Fue todo lo que informé y corté el teléfono, no podía pensar en nada más.

Me daba igual lo que él pensara, mi hijo, el centro de mi universo, me necesitaba y yo no había estado ahí para él.

Greg me envolvió en sus cálidos brazos y una sensación de amargura me invadió el corazón, cerré los ojos y lo vi... vi el temor en los ojos de Clemente, era como si pudiera ver acercarse el auto hacia mí.

—Mierda, fue en bicicleta —chillé.

—¿Qué sucede? Tranquila, Jose —murmuró Greg, tomando mis manos, mis puños estaban cerrados pero no haciéndome daño.

Estaba luchando conmigo misma para no llorar, ahora debía ser fuerte, y agradecía enormemente la compañía de Greg.

—Estaba en la bicicleta. —Fue lo único que dije.

Como si me transportara sin saber de mí entré al avión, los segundos se me hacían eternos, veía cómo la gente reía o conversaban entre ellos y los odiaba en silencio, no quería ver a nadie, solo necesitaba que las puertas se cerraran y las horas pasaran lo más rápido posible para llegar.

Cuando el avión despegó, sentí que me ahogaba, las paredes se me vinieron encima, escuché un zumbido terrible en mis oídos, me llevé las manos a ellos y abrí la boca, intenté respirar con tranquilidad, pero la angustia me estaba matando, el mensaje había sido tan escueto que no sabía que pensar. Cuando al fin me pude controlar conteniendo las lágrimas que luchaban por salir me dirigí a Greg, quien en todo momento estuvo a mi lado observándome, él se debatía en sus propios pensamientos de acercarse o dejarme en mi espacio.

—Abrazame —le rogué con los ojos vidriosos.

—Es lo que más deseo, pecosa —me respondió levantando el separador que había entre los dos. Me acercó hasta él y me tendió en su regazo. Una azafata que pasaba por nuestro lado dijo algo, no sé bien qué, pero la respuesta de Greg fue dura y todo siguió igual, él no dejaba de decirme que todo estaría bien, que confiara.

—Por lo que más quieras, Clara, cuídame a Clemente, que esté bien, ayúdalo —pedía en un susurro ahogado como si mi suegra estuviese conmigo.

De pronto mi estómago se revolvió, una nueva sensación de náusea me invadió, esta vez no pude contenerla, me levanté rápidamente para tomar la bolsa de la parte trasera del asiento, la abrí y una arcada se apoderó de mí. Nada era lo que salía desde dentro de mi ser.

—Jose, tranquilízate, por favor, así no sacarás nada, necesitas ser fuerte en este momento por Clemente.

Sus palabras me tranquilizaban aunque yo lo único que quería en ese momento era llegar. Greg me acunó en sus brazos, sentí cómo latía su corazón, y el cariño constante de sus caricias en mi pelo me durmieron, en tanto yo repetía una especie de mantra:

Que esté bien, por favor, que esté bien, por favor.

Un ruido me sacó de mi letargo y al abrir los ojos vi cómo, dulcemente, Greg me estaba contemplando, él seguía acariciándome.

Por fin habíamos llegado, corrimos apenas las puertas del avión se abrieron. Un auto nos esperaba a las afueras del aeropuerto Arturo Merino Benítez. No sé de dónde había salido, pero ahí estaba un hombre joven con la puerta abierta para que entráramos, saludó con amabilidad a Greg, creo que era inglés.

—En quince minutos llegaremos, señorita.

Yo asentí con la cabeza y miré a Greg.

—Tranquila —murmuró—, si Nick dice que en quince minutos llegaremos, así será, pecosa. Confía en mí.

Exactamente en quince minutos llegamos al hospital, Greg se bajó rápidamente y me abrió la puerta, no es que yo lo estuviera esperando, pero mis piernas se movían lentamente, mi corazón comenzó a latir de nuevo en forma frenética.

Greg volvió a tomar mi mano y ahora caminábamos enérgicamente por la sala atestada de gente dirigiéndonos directamente a la ventanilla de información.

—Clemente Zarmientos —pregunté entre jadeos.

Luego de unos segundos que se me hicieron eternos, donde hubiese deseado buscar yo misma la información, ella con una linda sonrisa no dirigida a mí precisamente nos contestó:

—Tercer piso señor, está en pabellón.

—Gracias —respondió Greg.

Ya no podía pensar en nada más que no sea la palabra pabellón, que es igual a operación. Corrimos hacia los ascensores, pero antes de llegar, vimos que

mucha gente esperaba por el único que existía, nos dirigimos a la escalera y subimos rápidamente por ellas.

Cuando por fin llegamos, nos topamos con otra sala de recepción, esta vez Greg dio el nombre de mi pequeño y ahora una enfermera mayor tipió su nombre en la computadora y nosotros tuvimos que esperar.

—Lo están preparando para una intervención. Lo siento, no se admiten visitas.

Esas palabras retumbaron en mis oídos y me hicieron estallar.

—¡No soy visita! ¡Soy su madre!

La enfermera abrió sus ojos desorbitados por mi falta de tino y por no respetar el lugar en que estaba. Me dio lo mismo, solo necesitaba saber a dónde dirigirme.

Ni siquiera oí bien a Greg cuando me pidió calma.

—Está usted en un hospital, señora —me indicó levantando su dedo para que yo cayera en cuenta de mi error.

Afirmé con la cabeza, con una media sonrisa sin una gota de arrepentimiento, esta mujer me estaba colmando la paciencia.

—¿Me puede dar alguna información? Necesito saber cómo está Clemente —le rogué.

—Tendrá que esperar que un médico le de esa información. La sala de espera está allí —indicó apuntando un pasillo completamente blanco e inhóspito.

Seguimos la línea blanca del suelo que nos guio directamente hasta unas puertas dobles blancas. Sobre estas, un cartel con letras azules mal pintadas que decía:

“Sala de espera”

Quería gritarle a esa impávida mujer que no deseaba esperar a nadie, requería una respuesta, “ahora”, “ya”.

Abrí la puerta y nos recibió un lúgubre espacio blanco con algunas sillas pegadas en las paredes, que por cierto estaban con la pintura descascarada.

Margarita y Sara se encontraban en un rincón de la sala abrazadas, mi madre putativa estaba llorando, eso me alarmó, pero al verme exclamó:

—¡Jose! ¡Mi niña!

Corrí hacia ella y la abracé fuertemente, sus ojos estaban enrojecidos y su blusa manchada de rojo. Mi corazón se paralizó al notarlo y la sangre de mis venas se congeló.

—¿Margarita, que pasó? —sollocé en su hombro.

—Mi niña, lo siento, lo siento tanto.

«¡Dios mío, no, por favor, no!», pensé.

—Margarita —pedí casi sin voz, sintiendo que me iba a morir ante su respuesta.

—Mi niña, no sé cómo sucedió, Clemente no se detuvo al cruzar la calle... y el auto no lo vio, yo no pude...

Cerré los ojos ante esa confesión, la angustia de Margarita me devastaba.

—¿Mi niño está... vivo? —pregunté tragando el nudo de emociones que tenía en mi garganta.

—Sí, hija —me respondió como si le hubiera preguntado una aberración, pero Dios, yo no sabía qué mierda estaba pasando con Clemente.

—Pero ¿dónde está? —quise saber urgiendo por la respuesta.

—Detrás de esas mamparas —me indicó Sara.

Eso era todo lo que yo necesitaba saber, como si no existiera nada más en mi camino me dirigí a las mamparas, entré sin que nadie me pudiera detener, no me importaba nada de lo que me dijeran, yo quería una explicación y eso obtendría.

Una enfermera se acercó hasta mí.

—No puede estar aquí —me dijo en tono hosco.

—Por favor —rogué—, mi hijo está acá, no sé nada, no sé cómo está, dígame, por favor —hablé con lágrimas en mis ojos.

—¿Su hijo? —preguntó extrañada—. ¿Cuál es su nombre?

—Cle... Clemente Zarmientos.

En ese momento su cara me regaló una pequeña sonrisa, eso aplacó un poco a mi corazón que latía como queriendo salir.

—Lo están preparando para una intervención quirúrgica, su brazo está quebrado en dos partes. —Mis ojos se abrieron casi saliéndose de sus cavidades—. No está astillado, es un quiebre limpio —ahora me hablaba en otro idioma—. Su fractura es expuesta, está sedado. Durmiendo, pero sin dolor —me aclaró para que no me preocupara. Aunque eso era prácticamente imposible.

—¿Puedo verlo? —susurré.

—Solo unos minutos. Ahora entrará al quirófano.

Asentí con la cabeza, quería verlo, besarlo, abrazarlo... y llevármelo de ahí, lo antes posible.

Entré en un *box*. Al correr la cortina, lo vi... Casi morí, mi hijo, mi bebé, mi osito, se veía tan pequeño en esa enorme cama. Respiraba a través de una máscara de oxígeno, su pecho estaba conectado a unos cables que lo llevaban a una máquina que no dejaba de marcar los latidos de su corazón, se veía dormido sin ningún dolor. En la frente tenía un tajo, que partía su ceja en dos partes, su ojo izquierdo estaba hinchado con un rasguño que lo cruzaba, pero su brazo derecho era lo que más herido tenía, no pude ver cómo estaba exactamente, pero la radiografía que colgaba sobre la pared me lo decía todo, estaba partido en el antebrazo en dos partes y se podía apreciar perfectamente cómo el hueso sobresalía hacia la piel. No sabía cómo acercarme a besarlo, necesitaba tocarlo y que él sintiera que yo estaba ahí.

Me acerqué con cuidado por entre los cables, y como pude lo besé, estaba tan frío que me partió el alma y el corazón, pero el solo hecho de sentirlo junto a mí, de escucharlo respirar, me tranquilizaba bastante.

—Te quiero, te adoro, mi niño —susurré mientras lo besaba—, nunca más te dejaré solo, nunca más, perdóname, perdóname.

—Señora, le dije que no podía acercarse —me regañó con cariño—. Lo vendrán a buscar para llevarlo al pabellón. Debe salir ahora —me solicitó en tono firme.

—Lo siento —me disculpé—. Pero no podía tan solo verlo.

—Está bien, su hijo estará bien. Debe salir ahora.

Lo volví a besar, no podía dejar de hacerlo.

Al salir y volver a la sala de espera, por primera vez en la vida, me sentí impotente, no podía hacer nada y me quebré totalmente, mi cuerpo se estremeció y comencé a llorar por mi niño. Me sentí la peor de las madres, yo había abandonado a mi hijo por mi egoísmo, por mi cobardía y lo peor, por ser una idiota llevada a sus ideas.

Margarita se apresuró para llegar hasta mí, ahora debía tranquilizarla, su cara estaba demacrada y cansada, se sentía culpable y eso sí no lo podía permitir, la culpa era mía y solo mía.

—Margarita, tranquila, nuestro osito estará bien. Ahora le volverán a poner su huesito en su lugar y antes de lo que imaginas estará corriendo de nuevo. Pero lo que sí te digo, es que en su vida volverá a subirse a una bicicleta.

Luego de mis palabras, lloramos juntas. Greg se mantenía en segundo plano, pero muy cerca de mí. Estuvimos unos minutos abrazadas, hasta que ella se tranquilizó. Nos sentamos en las incómodas sillas y les expliqué en qué consistía la operación lo más claro posible para que ella y Sara comprendieran.

Greg se excusó unos segundos saliendo de la sala de espera, no sé dónde iba ni me lo dijo, además yo no tenía derecho a preguntar. Estaba mucho más tranquila, el poder ver a Clemente realmente me ayudó, él no estaba grave, ni en peligro de muerte, pero sí delicado y ahora nos restaba esperar para obtener resultados de la operación.

Sara, nuestra vecina y el periódico parlante del pueblo, nos hizo más de algún comentario sobre mi acompañante inglés, incluso Margarita levantó su canosa ceja para pedirme algún tipo de explicación, claramente él ya se le había colado por la piel, y cómo no, era imposible no hacerlo. No sé si porque era inglés o por su forma tan gentil y misteriosa de actuar, Greg, independientemente de todo lo sexual que podía exudar a cada paso que daba, también era un hombre para confiar, de esos que sabes que te van a cuidar.

El tema es que yo no necesitaba que me cuidaran, era lo suficientemente adulta como para hacerlo sola, pero no podía negar que el estar con él me ayudaba demasiado, tomó decisiones rápidas y claras, eso nos había ayudado a llegar lo más rápido posible.

Me levanté de la incómoda silla y me dirigí a la ventana. El panorama que me ofrecía no era el más alentador, el patio que se encontraba rodeado por los pasillos del hospital estaba mal cuidado, el pasto crecía a su antojo, incluso algunas sillas rotas estaban en él, realmente era deprimente. No quería que mi hijo estuviera en un lugar como ese, no dudaba de su calidad como hospital, pero si ahora podía pagar por algo mejor, ¿por qué no hacerlo? Sabía que mi

comentario era banal, pero quería lo mejor para Clemente, en eso estaba pensando con la cabeza pegada al cristal cuando vi el reflejo de un hombre alto, muy seguro de sí mismo, con una media sonrisa saludando a una señora que estaba al costado de la puerta.

Greg entraba con una bandeja con cuatro vasos, nos traía café a todos, pero además en su mano izquierda traía una bolsa.

—Señora Margarita. Esto es para usted —dijo entregándole la bolsa blanca.

Margarita abrió los ojos sin entender nada y miró el contenido de la bolsa, luego a él.

—No tenía que molestarlo joven, esto no es necesario —respondió agradecida. ¿Pero de qué? Me preguntaba yo aún pegada en la ventana.

—Por supuesto que sí. No querrá que su angelito la vea con su blusa manchada.

—Gracias, joven —le dijo abrazándole.

Se me encogió el corazón al escuchar el nombre de mi niño, de solo imaginármelo en la sala de operaciones, me volvía el remordimiento, comencé a temblar incontrolablemente y las lágrimas de culpa regresaron a mí con más fuerza.

Greg, le hizo un gesto a Margarita y ella junto a Sara se fueron a cambiar, él caminó hacia mí y me rodeó con sus fuertes brazos.

—Pecosa, calma, todo saldrá bien —susurró en mi oído.

—Es mi culpa, Greg —le comenté entre sollozos—, yo debí cuidarlo. Si no fuera por mi egoísmo esto no hubiera sucedido, solo he pensado en mí, en mí, y en mí. Dios me está castigando por mentirosa —susurré entre hipidos que apenas me dejaban hablar.

Él puso un dedo en mi barbilla y me obligó a mirarlo.

—Josefina, primero que nada, Dios no es un ser castigador y, por lo demás, las cosas suceden cuando tienen que ocurrir. —Yo negué con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas—. Sí, pecosa, sé que ahora no lo ves así, pero todos alguna vez nos hemos caído en bicicleta.

—Pero yo no estaba ahí, con él, para él —le respondí en un murmullo.

—Pecosa —me habló ahora deteniéndome por los hombros—, ¿podrías haber corrido para alcanzarlo antes de que cruzara? ¿Crees que Margarita no lo estaba vigilando?

—No —farfullé.

—Entonces, pecosa, deja de culparte por los acontecimientos. Tu hijo está vivo... y cuando salga querrá ver a la madre valiente, a esa que se lo come a besos, no a esta que se siente culpable, derrotada, mientras él lucha allí adentro para salir bien y volver a estar en tus brazos. Tú le debes eso a Clemente, Josefina —sentenció con los ojos brillantes.

Sus palabras me llegaron directo al corazón, pensé en todo lo que me había contado Amber sobre Cloe y su hijo y me sentí miserable, dentro de todo

Greg tenía razón, aunque no pudiese quitarme la culpa de un momento a otro, yo tenía a mi hijo vivo a unos pocos metros, él tenía al suyo en el cielo.

Me apegué a él para abrazarlo, él suspiró en mi cabello, oliéndolo como siempre hacía, sentir su respiración me hizo tiritar involuntariamente.

—¿Me dejarás cobijarte, pecosa? —me susurró y yo lo sentí como si sus palabras encerraran, más que una pregunta, una declaración de profundos sentimientos.

Yo no podía responder ni pensar en nada en ese momento, solo veía a mi pequeño magullado y, aunque no lo dijera, la culpa me estaba comiendo hasta el alma. Tenía que buscar la forma para contar la verdad a Maximiliano, porque ya no volvería a dejar a mi pequeño solo nunca más. Estos casi seis meses habían sido demasiado y las consecuencias de mis actos las estaba pagando de una u otra forma la persona a la que yo creía que estaba protegiendo, ni él ni Margarita se merecían vivir escondidos por mi culpa, por darme en el gusto y seguir mis caprichos.

Encontraría la forma de hablar con Maximiliano con ayuda del doctor Ferrer, para hacerle el menos daño posible, él tampoco se merecía que lo hiciera, esperaba que me comprendiera... Solo eso le podría pedir. Max había cometido un error, pero como siempre me dijo Clara, también tenía derecho a saberlo, él no haría nada para quedarse con Clemente, eso me lo había repetido una y mil veces su madre y ahora esperaba que me comprendiera.

Capítulo 17

Me había tomado el tercer té calentito que me había traído Greg y aun así tiritaba, no sé si era de frío, de nervios o una mezcla de ambos, pero sentía hasta los huesos congelados. Mi barbilla no dejaba de temblar, me sentaba, me paraba, caminaba por la sala y no era solo yo la que estaba en esa condición de incertidumbre, había más familias que estaban igual que yo, ninguna obtenía información.

De pronto, se abrió la mampara y me quedé atenta para ver a quién se dirigirá, el médico habló y llamó al familiar de un señor, le hizo algún tipo de comentario y la mujer rompió el silencio absoluto con un llanto desgarrador que se coló por mis oídos hasta llegar directo a mi corazón. Necesité apoyarme en la pared al ver la cara de aflicción y de dolor de esa pobre mujer, ella esperaba noticias de su marido y al parecer fueron catastróficas.

—Que esté bien, que esté bien —comencé a murmurar. En ese momento llegó hasta mí Greg que, sin importar nada ni nadie, me tomó en sus brazos y me llevó hasta la silla, sentándome sobre su regazo, se sacó su chaleco con cuello alto y me lo puso como si yo fuera una nena pequeña.

Vi en la cara de Margarita una total incertidumbre y para qué decir lo que expresaban los ojos de Sara, pero a Greg no le importó, ahora yo lucía un cómodo *sweater* por lo menos tres o cuatro tallas más grandes que yo y estaba arrullada entre sus brazos, en tanto él ahora se quedaba con sus pantalones cargo oscuros y una camiseta ajustada del mismo color... se veía soberbio, no solo yo lo noté, sino todos en la sala también.

—Pecosa, Clemente está bien —me aseguró con convicción en sus palabras—, siéntelo aquí —habló tocando con su mano la zona de mi corazón. Ninguna incomodidad pasó por mi cuerpo, él estaba haciendo aquel movimiento sin ninguna mala intención.

Me quedé acurrucada ahí no sé cuánto tiempo, mis nervios ya se habían apoderado de mí. ¿Por qué no salía el médico? ¿Habría salido algo mal? ¿Estará todo bien con Clemente? Me acerqué más a Greg y me rodeó como adivinando mis pensamientos para tranquilizarme.

De pronto, la puerta de entrada se abrió, todos los presentes dirigimos la mirada hacia allí, cada vez que una puerta se abría todos mirábamos, era como un acuerdo tácito entre nosotros.

Pero lo que vi, no lo esperé jamás, mi estómago se revolvió y mi corazón se aceleró en cosa de décimas de segundos.

Esto no podía ser cierto, «ahora no Dios. Ahora no».

Margarita puso su mano sobre mi pierna para que yo me diera cuenta de quién había entrado, pero yo ya lo había notado.

Maximiliano, con su garbo de siempre y aún sin verme, avanzó hacia dentro y cuando me vio sobre Greg su rostro cambió instantáneamente y se volvió serio y oscuro.

—¡Maximiliano! —jadeé sorprendida, levantándome de inmediato de Greg, pero él no soltó mi mano del todo. Max avanzó hacia mí y al ver a Margarita a mi lado, su rostro cambió a completa confusión.

¿Por qué a mí? ¿Por qué todo tiene que sucederme a mí ahora... justo ahora?

Miré nerviosa a Maximiliano que veía con rabia a Greg. Pero este no se amilanó ante él y se levantó con toda la calma del mundo.

Dos gigantes se enfrentaban únicamente con sus miradas y yo era testigo ocular del encuentro.

Si existe la reencarnación, seguro yo fui Cleopatra en otra vida y estaba pagando en esta sus pecados.

—¿Cómo... cómo me encontraste? —pregunté balbuceando en un hilo de voz.

—Tu teléfono tiene una aplicación de GPS, desde la última vez que te perdiste en el lago decidí tomar precauciones —me informó a modo de explicación sin sentir ninguna culpa, refiriéndose únicamente a mí, sin mirar a nadie más.

—Ah... —Solo eso me salió del cuerpo, no sabía qué decir, no podía pensar, y para peor, las arcadas estaban volviendo a mi estómago.

—¡Esto es un milagro! —exclamó Maximiliano exageradamente fuerte—. Veo a Margarita perfectamente recuperada —bufó entre dientes con la irritación instalada en su rostro.

Tragué saliva antes de contestar, pero él me interrumpió con otra pregunta.

—¿Hasta cuándo me vas a mentir, por la mierda? —siseó apretando los labios, respirando ruidosamente.

Greg se interpuso entre nosotros, pero ahora Maximiliano lo interpeló a él:

—Estás haciendo el ridículo, *yankee*, Josefina únicamente está jugando contigo —gruñó fulminándolo con la mirada y, dirigiéndose a mí, le siguió hablando a Greg—. ¿O no le has dicho que el tal Clemente es tu amante?

Solo quería desaparecer en ese momento, la cara de Greg se transformó en cosa de segundos en una rabia contenida, Margarita soltó un suspiro lastimero y Sara, que no se podía quedar en silencio, exclamó algo que no logré escuchar bien.

Pero en ese momento, como si todo sucediera en cámara lenta, vi cómo se abrían las mamparas y salía un doctor vestido completamente de verde mirando una hoja.

Levantó la cara y llamó:

—La madre de Clemente Zarmientos.

Mi corazón se paralizó, mi alma ascendió a los cielos y la sangre dejó de circular por mis venas, las caras de todos se dirigieron a mí en ese instante, mi hijo por fin había salido de la operación.

Pasé por entremedio de los dos titanes y llegué hasta el médico, sentía las miradas de todos en mi espalda, sobre todo las que me daba Maximiliano, las sentía como dagas, las dagas de la traición que yo misma le había hecho.

—Soy, soy yo doctor —me presenté—. ¿Mi hijo está bien?

—Sí, señorita.

—Señora —le corrigió Maximiliano que no sé en qué momento había llegado hasta mí.

El doctor lo miró con displicencia, como diciéndole que la aclaración no venía al caso.

—¿Mi hijo está bien?

—La operación fue un éxito, el hueso ha vuelto a su lugar.

—¿Puedo verlo? —pedí.

—Solo unos minutos, hasta que despierte de la anestesia —respondió guiándome hacia la puerta, no miré a nadie, no podía y respiré cuando el doctor volvió a hablar:

—Exclusivamente usted, señora Zarmientos.

Sentí un bufido gutural proveniente de la garganta de Maximiliano. Pero lo que me tranquilizó y ayudó un poco fue escuchar la voz de Greg.

—Respira, pecosa, y recuerda, el angelito se merece a la madre de siempre.

Sonreí, él tenía razón, Clemente se merecía lo mejor de mí.

—Doctor, dígame, por favor, ¿cómo está? —le pregunté antes de entrar.

—Le repito, su hijo está bien, su lesión más grave es la fractura expuesta de su brazo, ahora sus huesos están alineados y afirmados por un par de pernos de titanio. —En ese momento me llevé la mano a la boca para no emitir sonido—. Lo bueno es que fue una fractura limpia, sin astillas de las que debemos preocuparnos, eso significa que cicatrizará perfectamente. Estará con yeso unas cuantas semanas, se recuperará totalmente, tiene puntos en su antebrazo y en la ceja, pero no se preocupe, el escáner no mostró ninguna anomalía.

—Gracias, doctor —dije con verdadero entusiasmo, mi pequeño estaba bien—. ¿Cuándo me lo puedo llevar?

El doctor levantó una ceja y respondió divertido:

—Tan feo encuentra este lugar que ya se quiere llevar a mi paciente.

«Feo es poco, es horrible», pensé.

—No, no es eso, pero me gustaría tenerlo en casa.

—No se preocupe, entendí perfectamente. Mientras se recupera de la anestesia estará aquí con nosotros, luego pasará a la sala de tratamientos intensivos y después a una habitación.

—¿Me podrá quedar con él? —quise saber.

—Unos minutos hasta que despierte y se recupere de la anestesia, luego lo sedaremos para que el paso de las horas no sea tan traumático para el niño.

Mi niño estaba en una sala grande junto con más pacientes, era el más pequeño de todos. El lugar era un semicírculo donde las separaciones eran unas delgadas cortinas, todas permanecían abiertas, frente a las camas se encontraba una estación de trabajo, donde se localizaba una enfermera jefe y varias auxiliares, todo estaba silencioso, solo el sonido de los distintos monitores se podía percibir. Clemente tenía una máscara de oxígeno en su boca, la mano libre estaba conectada a un suero y le goteaba intermitentemente un líquido, una pinza afirmaba su dedo gordo del pie. No sé por qué no estaba en su mano, sé que eso monitorea las pulsaciones del corazón, en su frente relucían ahora unas pequeñas venditas que debían ser los puntos. Pero lo que más me impactó fue ver su brazo completamente hinchado y morado, debía tener como diez o doce puntos, notoriamente el médico y yo teníamos percepciones diferentes de lo que significaba “poco”, para mí son muchos los puntos de su brazo. Mi bebé se encontraba completamente destapado, un paño cubría sus partes íntimas, y una risa se me escapó, seguro él estaría feliz durmiendo así, sin ropa.

Me acerqué lentamente hasta su carita, me empecé a pasar mi cuerpo entre las barandas que lo rodean para que no fuera a caerse, con cuidado le besé la frente y no pude evitar olerlo, ese olor que siempre me ha cargado de energía, olía tan maravilloso, olía a él.

—No puede tocarlo —me reprendió una enfermera con el ceño fruncido.

Me levanté rápidamente.

—Disculpe —susurré.

—Es por los cables, si los pasa a llevar le puede hacer daño.

Me aparté, pero me quedé junto a él.

—Puede hablarle si quiere, eso hará que su despertar sea más tranquilo.

—Gracias —le respondí a la enfermera, que llevaba por nombre Elsa Bazaure.

—Solo tendrá unos segundos, en cuanto despierte debo sedarlo.

Asentí con la cabeza y me acerqué con sumo cuidado hasta él.

—Hola, mi niño grande, ¿cómo está el superhéroe de la mamá? —le pregunté tomando su pequeña manito—. Qué niño más valiente eres, te amo tanto mi amor, perdóname, Clemente, nunca más nos vamos a separar —le informé y sin querer una lágrima se me escapó y cayó directamente en su manito.

Levanté la cara al oírlo decir:

—Mami, quiero un yeso azul, como Superman.

Mi corazón dio un vuelco de felicidad en ese momento, mi hijo está bien despierto, ¡me hablaba!

—Mami, la bicicleta de la abuela Clara...

—No pasa nada, mi vida, la arreglaremos, te lo prometo, estoy aquí mi amor, contigo.

En ese momento llegó nuevamente la enfermera y algo le inyectó al suero, Clemente bostezó regalándome una maravillosa sonrisa y se volvió a dormir.

Estuve hasta que me lo permitieron, no quería dejarlo, pero sabía que debía hacerlo. A regañadientes, salí, lo que me dejó más tranquila fue saber que la enfermera me permitiría verlo en un par de horas más, antes de su cambio de turno.

Ahora caminaba como si fuera al patíbulo, me encontraría de frente con mi celador y verdugo, ya no podía escapar y debía enfrentar la verdad que había ocultado por cuatro largos años, pero ya se lo había prometido a mi hijo, no lo volvería a dejar, no más, nunca más.

Se abrieron las mamparas y lo primero que vi fue a Margarita, quien corrió hacia mí para saber de su niño.

Después de tranquilizarla y prometerle que estaba bien, se acercó hasta mí la única persona a la que quería ver... Greg.

—¿Estás bien, pecosa? —preguntó preocupado.

—Tranquila con Clemente, la operación salió bien y él quiere volver a andar en bicicleta —le conté suspirando—, pero en cuanto a Maximiliano, no sé qué hacer.

—Sí lo sabes, pecosa, él está esperándote en la cafetería ahora, le dije que tú irías y así podrían conversar. Llegó el momento, Jose, ahora se acabará tu secreto y podrás vivir tranquila, te sentirás mejor y yo estaré acá para lo que sea.

—Pero Margarita... —dije como excusa frente al pánico que sentía por encontrarme con Maximiliano.

—Yo me ocuparé, reservé un hotel para todos, hablé con Nick, él vendrá por ellas y luego veremos qué sucede. ¿Estás de acuerdo?

—Gracias, Greg, pero no tenías por qué hacer esto.

—Todo lo que haga por ti, es poco para mí.

—¿Cómo? No entiendo lo que dices, yo no...

—Shhh. Ve, luego habrá tiempo para hablar, ahora solo importas tú y tu hijo.

—Quiere un yeso azul —le conté de pronto para sacarle tensión a la situación.

—Pues lo tendrá entonces, se lo conseguiremos —me dijo cerrándome un ojo y besándome en la frente.

Miré a Margarita y ella, con la mano, me indicó que fuera, tomé aire y me dirigí a la cafetería, pregunté dónde era y lamentablemente era más cerca de lo que me hubiera gustado. El corto trayecto lo hice con una opresión en el pecho, no como la de la mañana, pero con dolor, no sabía cómo empezar a contar mi historia, las emociones me embargaban.

Dios, por favor, que no esté, «¿me puedes hacer este único favor en la vida?». «No, no puede, afronta de una vez por todas la realidad y seamos libres para nuestro niño», habló mi conciencia, quien había estado ausente por todo este tiempo.

Maximiliano estaba sentado en una mesa alejada del resto, jugando con una lata de bebida, le daba vueltas y no dejaba de mirarla, estaba pensativo con el rictus encogido, creo ver preocupación, pero cuando me acerqué más, supe que era peor de lo que parecía. Su mandíbula estaba tensa, la vena del cuello estaba a punto de explotar y cuando me vio, se sentó correctamente, cuadrando sus hombros, mirándome con odio. Yo, en cosa de segundos, me encogí mientras caminaba en su dirección, miré mis opciones para arrancar, pero él levantó la mano y supe que no tenía ninguna posibilidad.

Cuando llegué por fin, en unos segundos que se me hicieron eternos, pero deseé que hubiesen sido interminables, Maximiliano se puso de pie sin hablarme ni media palabra, corrió la silla hacia atrás y quedé literalmente acorralada entre la ventana y su cuerpo, no tenía escapatoria, mis manos comenzaron a sudar y mi corazón reapareció en mi pecho.

—Te escucho —dijo con voz de ultratumba, que no denotaba ningún sentimiento en ella.

—¿Qué quieres saber? —pregunté tragando saliva, solo quería ganar tiempo.

Maximiliano giró la cabeza como la niña del exorcista y realmente, por primera vez en mi vida, le temí.

—¿Tanto me odias, Josefina?

—No, Maximiliano, ¡no te odio! —exclamé un poco fuerte.

—Entonces —dijo mirándome fijamente—. ¿Me estás castigando?

—Escúchame —pedí en un hilo de voz—. El día que fui a tu casa antes de la boda, era para contarte que estaba embarazada —relaté tragando saliva, sentía la boca seca y muy amarga, instintivamente miré mis manos y me tranquilizó comprobar que estaban bien—. Pero como tú estabas con Susana...

Maximiliano se pasó la mano por el pelo y me miró en silencio unos segundos, calibrando lo que iba a decirme.

—Ese es el problema, Josefina, tú sola tomas decisiones, como si nadie más existiera en el mundo, ¿qué derecho tenías tú para ocultarme una cosa así? ¡Ninguno!, ¿entiendes? Un hijo es superior a los conflictos de pareja. ¿Cómo es posible que no seas capaz de verlo? Por supuesto que no lo ves, ¡solo piensas en ti!

—¡No es así! —exclamé molesta por el rumbo que estaba tomando esta conversación.

—¡Ah no! —me dijo exaltado—. Claro que sí. ¿Pensaste en cómo me podría sentir yo? No. ¿Pensaste en qué le dirías a tu hijo cuando fuera mayor y preguntara por su padre? No. ¿Pensaste en tu familia cuando te fuiste y no volviste más? No. ¿Pensaste en mi madre, que se estaba muriendo? No. ¿Pensaste en mí cuando sentí odio por Clemente, por tu hijo? No. ¿Pensaste en alguien que no fueras tú? No. ¡Claro que no! Solo pensaste en ti, ni siquiera me dejaste explicarte, Josefina, te fuiste, como si la gente se pudiera borrar de un día para otro. Eres la persona más egoísta que he conocido en mi vida. Yo me equivoqué, lo

sé, pero tú ni siquiera eres capaz de reconocer tu error. ¡Quizás cuántas veces te has reído de mí con Greg!

Con todo lo que me estaba diciendo me estaba matando lentamente, yo esperaba tener una conversación civilizada, pero estaba lejos de eso, la tranquilidad que siempre Maximiliano desprendía ahora no existía, era como tener a otra persona frente a mí. Los “pensaste” eran bombas atómicas para mi corazón y lo estaban destruyendo todo y, por supuesto, dejarían secuelas.

—Ahora no vas a hablar —me dijo entre dientes.

—Tu madre conoció a Clemente. —Fue lo único que se me ocurrió decirle.

—¡Fantástico! —vociferó poniéndose de pie atrayendo todas las miradas—. ¡Bravo, Josefina! Envolviste en tus mentiras a la persona más noble que existía. ¿No pensaste en lo que ella podía estar sintiendo al engañar a su propia familia? ¿A su marido? ¿A mí, a su único hijo? ¿¡Qué tienes en la cabeza!? Ella estaba enferma, muriéndose y la obligaste a mentir.

Esa era la última daga que entró en mi corazón, era cierto y yo nunca lo pensé, las compuertas de mis lágrimas se abrieron nuevamente, no tenía nada que decir.

—No llores ahora, por alguna vez en tu vida afronta los problemas con la frente en alto, como la mujer que eres, no como un ser egoísta —me dijo tranquilo.

—No te preocupes, no me volverás a ver más, te puedes quedar tranquilo —murmuré.

—¿¡Estás loca!? Realmente estás mal si piensas que ahora que sé que tengo un hijo desaparecerás de mi vida.

Eso me alarmó y mi lengua tomó posesión de mí.

—¡Clemente, es mi hijo! —chillé levantándome también, ahora sentía la necesidad de llegar a su lado.

—¡Nuestro hijo, Josefina! Él es tan hijo tuyo como mío.

—¡No!

—Perfecto, pequeña, será a tu manera entonces.

—¿Qué? —pregunté sin entender nada horrorizada por el cambio de rumbo que estaba tomando esta conversación, esa mirada en los ojos de Maximiliano ya la había visto antes, ahora dejaba de ser el de siempre para convertirse en...

—ADN, Josefina, o prueba de paternidad para que entiendas mejor, no puede haber mejor lugar para esto, da la casualidad que estamos en un hospital —me indicó comenzando a caminar de nuevo dentro del hospital.

—¡Max! Para, por favor —rogué—, este no es el momento, ni el lugar para que actúes así, piensa en...

—¿En quién, Josefina? —me interrogó.

—En mí —respondí con cautela.

—Respuesta equivocada —contestó y siguió caminando. ¡Dios, esto estaba mal, muy mal! ¿Por qué se me hacía tan difícil responderle correctamente?

—En Clemente —susurré agobiada y con una tremenda batalla interior. Maximiliano se paró en el acto, se dio la vuelta y caminó de vuelta hacia mí.

—Quiero saber cómo está ¿Me lo dices tú o pregunto al doctor? Nuevamente había cambiado de actitud, esta no era ni mejor ni peor, solo diferente.

—Tuvo un accidente en bicicleta, lo atropelló un auto, se quebró el antebrazo, estará enyesado unas semanas. Pero está bien.

Sentí un sonido desde su interior en tanto le contaba.

—¿Qué pasó con el auto que lo atropelló?

—¡Qué sé yo! No sé. ¿Qué importa eso ahora?

Maximiliano dio una mirada reprobatoria a mi comentario y caminó en dirección a la sala de espera, sin hablarme en ninguna ocasión. A estas alturas no sabía si me entendía, me odiaba o qué sentía realmente.

Al entrar, todos se levantaron de sus asientos y él se dirigió directamente a Margarita.

—Disculpe, ¿me podría decir qué pasó con el conductor que manejaba el auto que atropelló a Clemente? —dijo con amargura en sus palabras.

Margarita me miró para ver mi reacción, pero fue el periódico parlante quien le dio la información.

—Mijito, Luis, mi marido, tiene los datos del joven, él nos prestó la primera ayuda y llevó a Clementito al hospital.

—¿Me da el número de Luis?

Después de anotarlo, salió para llamarlo, no sé qué le estaría diciendo, pero me sentía tranquila sin su presencia. Margarita se acercó a mí para ver como estaba, le dije que bien y que todo había salido perfecto, no podía decirle la verdad, porque en realidad no lo sabía y tampoco quería involucrar a nadie más en mis problemas. Eso la tranquilizó, e incluso me dijo que Maximiliano, a pesar de todo, era un buen niño.

Pero Greg era otra cosa, su mirada seria me decía que él sabía que eso no era así, me cogió por el brazo y me llevó hasta un rincón. A estas alturas, la gente que esperaba miraba todos los acontecimientos como si le estuviéramos dando un espectáculo gratuito, y lo mejor, en vivo y en directo.

—¿Cómo estás tú, pecosa?

Me encogí de hombros, no sabía bien cómo responder.

—Todo va a estar bien, confía, ya pasó lo peor —me dijo acariciando mi mejilla. Yo, al sentir su calor, me sentí de vuelta en la realidad, tranquila junto a él. Pero eso no era justo, no podía causarle más daño a Maximiliano.

—Greg, creo que es mejor que te vayas ahora.

—No, pecosa, no te voy a dejar ahora.

—Pero...

—Pero nada, somos adultos, no lo olvides. Responsables de nuestros actos.

En ese momento entró Maximiliano nuevamente, se dirigió a una enfermera que pasaba justo por ahí y, dedicándole una cautivadora sonrisa, le pidió algo. Yo me acerqué rápidamente a él. ¿Qué pensaba hacer? ¿Quería ver a mi hijo?

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Quiero hablar con el médico —respondió tranquilo.

—Pero yo ya lo hice —le comenté nerviosa.

—Pero yo no.

Y con eso, al igual que mi hijo, dio por zanjado el tema.

—¿Señor Zarmientos? —preguntó el mismo doctor que ya me había informado a mí todo lo referente a la operación.

—Von Kryler es mi apellido doctor —le aclaró con altanería.

En ese momento lo quería matar, ¿qué importaba el apellido?

—Me informó la enfermera que desea trasladar a Clemente a una clínica.

—Exacto —respondió con frialdad.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre? —le dije y en respuesta él me dio una mirada espeluznante.

—Ahora no se puede, pero gestionaré los papeles para que lo pueda hacer mañana, una vez que esté completamente estable.

—¡¡No!! Tú no puedes hacer eso —sentenció delante del médico.

—A ver, señores —habló el doctor—, arreglen sus problemas domésticos y cuando estén de acuerdo me informan, yo no tengo tiempo para esto —espetó dándose la vuelta y entrando nuevamente por la mampara.

—¿Ves lo que hiciste? ¿Crees que él está jugando? —le recriminé molesta.

—No, en absoluto, pero no quiero que *mi hijo* —dijo recalcando el último vocablo— esté aquí, donde ni siquiera tú puedes quedarte con él. ¿O qué crees? ¿Qué podrás pasar la noche junto a Clemente? Deja de pensar en ti una sola vez y piensa en el bienestar de él. ¿Tan difícil te resulta? —murmuró ofuscado.

Suspiré, en eso tenía razón y minutos antes yo también quería trasladarlo, pero estaba acostumbrada a tomar decisiones sola respecto a Clemente, no a consultarlas.

—Está bien —respondí a regañadientes—. Tienes razón.

Margarita se acercó hasta mí.

—Hija, ya es tarde, nosotros nos vamos, Sarita volverá a su casa, yo me iré con Greg. ¿Tú dormirás con nosotros en el hotel?

—Sí, claro, Margarita.

—No —aclaró Maximiliano—. Lo siento Margarita, Josefina es mi esposa y se irá conmigo a la casa de mis padres, creo que le debe una explicación.

—Pero...

—Pero nada —me cortó. Y en ese momento llegó a nosotros mi caballero, el hombre con quien yo quería estar. Y por supuesto el que quería que me rescatara.

—¿Algún problema?

—Ninguno —respondió cortésmente Maximiliano.

—Disculpa, pero le hablo a Josefina —le explicó mirándome directamente a mí.

—No, no Greg, ningún problema —le contesté nerviosa, toda la situación me tenía complicada, ahora parecían dos alfas marcando territorio.

—¿Segura? —quiso saber levantando una ceja.

—¿No la escuchaste bien, *yankee*?

Greg suspiró haciendo caso omiso al comentario de Maximiliano, sé que se estaba controlando y era por mí.

—Iré a dejar a Margarita al hotel. ¿Deseas que vuelva?

«Sí, por favor, claro que sí, te necesito».

—No, Greg, gracias, no es necesario. Pero mañana temprano nos vemos, ¿verdad?

La cara de Greg cambió de normal a ligeramente irritado. Pero al mismo tiempo, vi en sus ojos una esperanza.

Justo cuando nos estábamos despidiendo y yo le iba a decir algo, salió por las mamparas la enfermera que me había prometido despedirme de Clemente.

—Tiene un par de minutos para despedirse de su hijo.

Maximiliano tomó mi mano para ir juntos a verlo. La enfermera puso mala cara, ella solo me estaba hablando a mí, pero él con una voz hipnotizante, la hizo entrar en razón, y de ser la formal enfermera se transformó en una coqueta y humilde mujer.

No quería estar de la mano con Maximiliano, quería caminar sola, pero él tenía mi mano firmemente agarrada. Caminé lento por el pasillo, esto estaba siendo demasiado para mí, traté de respirar tranquilamente, pero no lo conseguía, mi corazón estaba tan acelerado que el aire no llegaba a mis pulmones.

Cuando estuve frente a la puerta de la sala de cuidados intensivos, sentí cómo mis piernas se convertían en gelatina, tirité y necesité afirmarme de la pared para no caer.

—¿Quieres entrar sola? —me preguntó con voz aterciopelada que fue música para mis oídos.

Quería contestarle con la verdad, no quería seguir mintiéndole, es más, me hubiese gustado sentir otra cosa, quería cambiar, pero no era fácil.

—¿Qué le digo si está despierto? —le respondí incómoda y con la voz temblando.

—Pequeña —me dijo acariciándome el pelo—. ¿Tú crees que podría ser tan insensato como para decirle quién soy?

Tragué saliva, sí lo creía, estaba dubitativa.

Él suspiró.

—No lo soy, pequeña, me duele que pienses así.

En ese momento se abrieron las puertas y salió un enfermero que, en otro momento, lo hubiera encontrado atractivo.

—Señores, tenemos un paciente vulnerable. Para entrar deben ponerse esto —nos informó pasándonos unas batas azules, esterilizadas, junto con unas pantuflas del mismo color.

Ahora ambos parecíamos médicos.

Cruzamos la sala y notaba las ansias de Maximiliano, sentía los ojos de él fijos en mí, pero yo no me atrevía a mirarlo. Puse la vista fija en la cama sin notar nada más.

Como no me preguntó nada, lo cual era normal en su carácter, deduje que estaba tan nervioso como yo.

Al lado de Clemente había otro pequeño con la misma cantidad de tubos que mi hijo. La vida era caprichosa y la situación bien podría haber sido una elección, pero no hizo falta, Maximiliano se adelantó y se dirigió justo a la cama de su hijo.

Se quedó en estado de *shock*, parado a los pies de la cama contemplándolo, era como ver una estatua de mármol, estaba tan pálido como las sábanas de la cama, a mí se me encogió el corazón ver cómo contemplaba a su hijo por primera vez en su vida. Contuve la respiración al ver un brillo increíble en sus ojos, era de adoración, de devoción. Unas lágrimas comenzaron a caer en silencio por sus mejillas y curvó sus labios en una delicada sonrisa.

Cuando Maximiliano lo estaba mirando, su rostro no denotaba ningún sentimiento de rabia, enfado o incertidumbre. Estaba fascinado.

Me asaltó una sensación de temor que se asentó justo en mi estómago, ante todo lo que iba a suceder, necesitaría usar todo mi autocontrol y llevar la situación de mejor manera posible.

—Puedes tocarlo, Maximiliano —murmuré, deslizando su mano a la pierna de Clemente.

Me entregó su mano, que en ese momento era una pluma, su respiración acelerada se convirtió en un jadeo, frunció el ceño, como si algo le doliera, hasta que al fin lo tocó.

Cerró los ojos y aun así sus lágrimas no terminaban de emerger.

Me acerqué a Clemente, yo necesitaba besarlo y, como en un momento mágico, él abrió los ojos.

Maximiliano seguía paralizado, pero al escuchar su voz, despertó de su propia ensoñación y lo miró fijamente.

—Mami —murmuró en un susurro.

—Aquí estoy, mi vida. Aquí estoy.

—¿No vas a ir a trabajar, mami? ¿Te quedarás conmigo?

Esas palabras partieron tanto mi corazón como el de Maximiliano, lo sé, lo vi incluso cuando noté cómo apretaba la mano libre sobre el tubo de la cama de mi niño.

—No, bebé, te dije que ahora volveríamos a estar juntos, te lo prometí.

Mi pequeño cerró los ojos otra vez.

—Mami, ya no soy tu bebé, recuerda.

Con lágrimas en los ojos le respondí:

—Tienes razón, Clemente.

Él abrió los ojos nuevamente para regalarme la última de sus sonrisas y seguir durmiendo profundamente.

Lo besé en la frente, al mismo tiempo que la enfermera se paseaba mimosa delante de Maximiliano para ponerle un sedante. Él ni siquiera la miró, solo tenía ojos para su hijo.

—Vamos, tenemos que salir —susurré haciendo caso a las indicaciones de la enfermera. Ahora la mano de Maximiliano pesaba toneladas, era como si no se quisiera despegar de la cama.

Al salir de la habitación, me despedí amablemente de todos los enfermeros y auxiliares, pidiéndoles encarecidamente que cuidaran a mi pequeño.

Fuera del hospital tomamos un taxi. Maximiliano estaba en ese silencio que tanto odiaba, pero que tenía que respetar, él debía procesar tantas cosas como lo estaba haciendo yo. Para él seguro sería más difícil, sabía que se estaba cuestionando muchas cosas, sobre todo muchas de las cosas que sintió sobre Clemente, cuando no sabía quién era realmente, de eso también me sentía culpable y no lo culparía si en realidad Maximiliano me odiase en ese momento.

Me extrañó ver que no nos dirigíamos a la casa de su padre, sino al mismo hotel de la vez anterior. La habitación era tal como la recordaba.

Maximiliano se quitó la chaqueta y la dejó perfectamente doblada sobre la silla del escritorio, yo me senté en la cama y luego me acosté con la vista perdida en el techo.

—¿Quieres darte un baño, Josefina?

Sacudí la cabeza, no tenía ganas de hablar.

—¿Quieres hablar con tu doctor?

Me levanté lentamente de la cama, tratando de guardar la calma.

—No soy loca, Maximiliano, puedo afrontar situaciones complicadas, esta no es la primera vez que lo hago.

—Lo sé, Josefina, y no lo dudo, pero esto no debe ser fácil para ti, así como tampoco lo es para mí —me aclaró.

—Un baño es lo que quiero ahora, estoy cansada, luego quiero tratar de dormir.

—Lo siento, mi padre viene a cenar con nosotros, no quiero más mentiras y supongo que esta será la última.

—No te mentí, te oculté información que es distinto, Maximiliano.

—Como quieras, Josefina.

—Deja de decirme Josefina, me molesta la forma en que usas mi nombre.

—Realmente eres complicada.

—No soy complicada, pero dices mi nombre con rabia, Jose me puedes decir.

—¿Cómo te sentirías tú si descubres que tienes un hijo de cuatro años en el hospital?

—Vale, entiendo lo que me dices.

—Responde —me ordenó.

—Ya, está bien, mal, te lo dije todo en la cafetería. ¿Qué más quieres que te diga, Maximiliano?

—Que estás arrepentida, que lo sientes. ¡No sé! ¡Qué sé yo! Pero algo, una explicación coherente.

—No la tengo, no puedo decirte que lo siento porque no es así, te lo iba a decir.

—¿Cuándo?!

—No sé cuándo, pero te lo iba a decir, te lo prometo. —Eso sí era verdad.

—No entiendo cómo pudiste dejarlo, Josefina, cómo pudiste abandonarlo durante ocho días.

—¿¡Qué!?! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Tú me obligaste! —grité.

—Te podrías haber negado a mi propuesta, Josefina.

—No, no podía.

—¡Claro que podías! Te ofrecí romper el trato cuando volviste del hospital. ¿Y tú qué hiciste?

Ahora sí había llegado el momento de toda la verdad, ya no tenía nada más que perder.

—Susana me obligó a estar contigo, ella siempre supo de la existencia de Clemente, si yo no aceptaba, te contaría toda la verdad. Por eso acepté tu propuesta.

Maximiliano gruñó, protestó y le dio un fuerte golpe a la mesa.

—¡Esto no puede ser verdad, por la mierda!

—Te juro que es la verdad, yo fui al cumpleaños de mi padre porque Sebastián me dijo que si no lo hacía, no seguiría pagando mis estudios. Con ese dinero, más lo que ganaba en el café, mantenía a Clemente y a Margarita, por eso volví, y bueno, luego pasó todo entre nosotros. Susana siempre supo todo y esa vez en el hospital cuando... cuando me lancé a su cuello, me dijo que me quitaría a Clemente por loca... para quedarse contigo.

—¡Por la mierda! Te conté todo cuando saliste del hospital. Yo solo he estado una vez, esa vez, con Susana y aún me arrepiento. ¿Qué más?

—Esa es toda la verdad, Maximiliano, te lo juro por lo más sagrado que tengo en la vida, Clemente es lo más importante que tengo, no quería que supieras nada, yo estaba dolida, no sabía qué hacer, un hijo no es fácil y menos sola.

—¿Por qué no confiaste en mí?

—Susana me dijo que era tu pareja —murmuré sentándome de nuevo en la cama.

—Lo siento, Josefina, Óscar tiene que saberlo.

—¡No! —chillé—. Mi padre está enfermo.

—¿Y me puedes decir qué piensas decirle sobre Clemente? Porque cuando salga del hospital nos iremos los tres a nuestra casa, si quieres puede venir Margarita, pero si piensas que todo va a seguir como antes, olvídale.

—¿¡Qué!?

—Lo que oíste.

—Tú no puedes obligarme, Maximiliano, ya no tengo nada que perder. No lo haré.

—Pues bien, Josefina, no cumples tu parte del trato, la cláusula, como le llamas tú, y tu familia pierde todo, así de simple.

—No podemos seguir viviendo juntos, Maximiliano, entiende. ¿Qué le vamos a decir a Clemente?, no podemos jugar con sus sentimientos, no puedes estar en su vida por unos meses y luego desaparecer. ¡Es un niño, por Dios!

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo voy a desaparecer de su vida, Josefina? Un hijo es para toda la vida, para siempre.

—Entonces, ¿qué mierda le vas a decir en enero cuando nos vayamos? —grité desesperada.

—¡No sé! —me gritó de vuelta saliendo de la habitación, dando un portazo que estremeció todo el lugar, dejándome completamente sola.

Ahora sí que no sabía qué hacer, estaba pagando muy caro mi error, y aún no me enfrentaba a la única persona que me podía juzgar, Clemente... mi hijo.

La situación ya se había salido completamente de control, era cosa de horas para que todo el mundo supiera la verdad. El resto de la gente me daba igual, podían comentar lo que quisieran, pero sabía que los reproches más duros vendrían de parte de mi padre y Sebastián. Siempre supe que mi hermano mayor me veía como la vergüenza de la familia y, en cierto modo, ahora se lo demostraría, no solo por tener un hijo, sino por haberlo ocultado. Pero ya no había nada más que hacer, por lo menos Susana pagaría por sus actos, ya no me podría extorsionar nunca más.

Espero de todo corazón que mi padre tomé la traición de Susana lo mejor posible, aunque sé que será imposible, una traición jamás dejara de serlo, Maximiliano se caerá desde el pedestal en que lo tienen y, justo o no, pasará a ser el malo de la película. No sé, ni me imagino qué podrá suceder con Susana, dónde irá o con quién vivirá. Lo único que sé, es que no tiene familia y, desde que se convirtió en la enfermera de mi madre y luego la esposa de mi padre, nunca más salió de la casa y de eso hace ya más de diez años.

Para Sebastián seré la vergüenza y seguro defenderá a Susana sobre todo, Maximiliano será un embaucador y así Susanita saldrá libre de todo. Andrés estará feliz por mí, él ya sabe toda la verdad y no le oculto nada, pero lo que en realidad me importa es Clemente, ¿cómo decirle de un día para otro que tiene una familia: abuelos, tíos y... padre?

Realmente mi cabeza parecía una licuadora llena de emociones y sentimientos encontrados, ya ni siquiera valía la pena lamentarme de mi vida, solo debía mirar adelante.

Finalmente me metí a la ducha y, al salir, encontré a Maximiliano frente al computador, supongo que trabajando, y un par de bolsas sobre mi cama.

—Dentro de las bolsas hay ropa para ti —me indicó sin voltearse, parecía concentrado en lo que estaba haciendo.

—Gracias —balbuceé.

Él pasó por mi lado sin siquiera mirarme, cogió otra bolsa y se metió al baño.

Por supuesto, no tengo idea de lo que está pensando, hoy he visto más cambios de humor en él que en toda mi vida, bueno, no lo culpo, pero a ratos lo odio y precisamente ahora no sé qué sentir. Lo que sí me molesta, es lo mucho que me conoce, siempre sabe exactamente lo que necesito.

Abrí la bolsa. Y me asombré. ¿Dónde compró todo esto? ¿En qué momento? Dentro de la bolsa encontré: dos pantalones, uno negro y unos *jeans* azules, una polera de manga larga negra con un pequeño bordado gris a un costado, una blusa verde, un chaleco negro, dos pares de calcetines, zapatillas. ¡Dios mío! En la bolsa pequeña hay un par de braguitas que yo no me compraría en mi vida. Su marca me lo dice todo, son exactamente las que para mí siempre han estado prohibidas por su precio, los sujetadores son a juego, pero lo que llama mi atención y desbarajusta mi pensamiento es el pijama, nada más y nada menos que de la gata, como la llama él. Una sudadera negra y ribetes fucsias, junto con un pantalón negro y la cara de la gata del mismo color de los ribetes.

Me vestí rápidamente antes de que saliera del baño, poniéndome los pantalones negros y la blusa verde, me sequé el pelo con la toalla y me hice una cola alta como la que siempre usaba para hacer deporte.

Respiré profundamente para tranquilizarme, sé que las preguntas no han acabado y ahora debo enfrentarme al señor Von Kryler y, por supuesto, sin mi aliada Clara.

Maximiliano salió del baño impecable, con una camisa celeste que hacía que sus ojos se vieran aún más claros y unos pantalones grises.

—Sécate el pelo —me ordena.

—Max, gracias por la ropa.

—No pretendo que te quedes con un chaleco que no es tuyo —me habló en referencia al de Greg. Quería protestar por el comentario, pero en realidad, mejor no hacerlo.

—¿Sabes por qué uso pijamas de dibujos?

Maximiliano se giró hacia mí como si le fuera a hacer una gran confesión, levantó una ceja y esperó a que yo hablara.

—Clemente odia dormir vestido, por eso le dejo escoger mis pijamas, así yo escojo los suyos y él no duerme desnudo.

—Lógico —dice pensativo con una sonrisa en los labios.

—¿Qué es lógico? —pregunté extrañada.

—A mí tampoco me gusta dormir con pijama. Solo lo hago por ti —respondió riendo y luego de unos segundos, ambos lo estábamos.

Capítulo 18

Nerviosa esperaba sentada con las piernas cruzadas por debajo de la silla en un tatami, que es una especie de salón privado, donde fácilmente cabrían seis personas, pero esta vez seríamos solo tres. En otro momento de mi vida estaría feliz, se supone que este es uno de los mejores restaurantes de la capital y a mí el sushi en particular me fascina, pero, claramente, hoy no podría ni probar bocado, una cosa había sido enfrentarse a Maximiliano, pero otra muy distinta era hacerlo al circunspecto de Alfred Von Kryler, que por lo demás solo le entregaba una sonrisa amable a su mujer, Clara, jamás lo había visto hacerlo con otra persona.

—Josefina, relájate, creo que tienes una percepción errada de los hombres de mi familia, ser alemanes no significa que torturemos a la gente —me dijo tomando mis manos, que estaban en mi regazo—. Aunque a ti un poco de disciplina alemana no te hubiera venido nada mal —murmuró un tanto más bajo.

—Si crees que con eso me estás ayudando, siento desilusionarte, Maximiliano —le respondí molesta por su último comentario.

En ese momento, justo cuando Max me iba a responder, abrió la puerta corrediza del tatami un abatido Alfred. Tragué saliva, pues ahora sí comenzaría a contar mi verdad y, por supuesto, sería juzgada, sobre todo por obligar a mentir a su dulce mujer.

Nuestro primer contacto fue un cariñoso abrazo y una linda sonrisa para mí, cosa que me extrañó, en cambio para Maximiliano, un beso en la mejilla y un apretón de manos.

Nos sentamos juntos frente a él y el silencio inundó el pequeño salón, solo se rompió cuando el camarero llegó hasta nosotros para tomar nuestra orden.

Con sensatez y monotonía en cada una de sus palabras, los hombres hablaron, ningún atisbo de amabilidad en sus oraciones, sí muy educados, pero completamente faltos de chispa hasta que Maximiliano terminó pidiendo una botella del mejor champaña. Llegaba el momento.

—Padre —comenzó Maximiliano una vez que nos quedamos solos—, te hemos citado acá porque queríamos comentarte una noticia que espero tomes de la mejor forma —comunicó sereno.

La expresión de Alfred cambió en ese instante, desde la amabilidad a la sospecha.

—¿Buenas o malas noticias? —espetó mi suegro mirándome directamente a mí.

—Para mí son las mejores, espero que para ti también lo sean, aunque te sentirás un poco vulnerado.

Miré a Maximiliano directo a los ojos, como diciéndole: “No me ayudes tanto”, con una fingida sonrisa, de la cual él ni se inmutó.

Me eché hacia atrás pegando la espalda a la silla, preparándome para la embestida o contraataque de mi suegro, no podía seguir aguantando esta tortura más tiempo.

—Alfred, yo...

—¿Estás embarazada?! —saltó Alfred sin dejarme terminar—. ¿Es eso?

—Más o menos papá —intervino Maximiliano al ver mi cara de espanto.

En ese momento sentí la necesidad imperiosa de huir, mi suegro me miraba de una forma extraña, no podría definir bien cómo.

La pausa que se estaba tomando Maximiliano era demasiado larga y cada segundo me explotaba en la cara, así que decidí seguir con mi confesión de la única forma que se me ocurría en ese momento.

—No estoy embarazada Alfred, pero sí lo estuve. —Cerré los ojos, no por vergüenza, sino porque así me infundiría el valor para terminar—. Tengo, eh... tenemos un hijo de cuatro años.

—¡Eres abuelo! —exclamó Maximiliano, creo que para sacar de la ensoñación a su padre.

Alfred se levantó ágilmente de la mesa y no sé bien cómo llegó hasta mí, me ayudó a levantarme y me abrazó.

—Por fin se lo contaste, hija, me alegro tanto.

Me aparté un poco de Alfred y capté el brillo de sus ojos clavados en mí. Pero ¿qué sabía él? ¿Clara no había guardado mi secreto?

Maximiliano estaba impresionado, procesando esta nueva información.

—¿Cómo dices, papá? —preguntó rechinando los dientes, ahora estaba sintiéndose engañado. Y muy vulnerable.

Con la misma tranquilidad que se levantó mi suegro regresó a su asiento, tomó mi mano, la de Maximiliano y, como buen orador que era, comenzó a hablar mirándome directamente a mí.

—Josefina, por favor no juzgues mal a mi mujer. —En ese momento sus ojos se pusieron vidriosos, haciendo que su tono azul brillara aún más—. Estuvimos casados por más de treinta y cinco años, entre nosotros no hubieron secretos, excepto en el final de su enfermedad —dijo aclarándose la voz, creo que las lágrimas invisibles se le atragantaban en la garganta—. Para Clara, el haber conocido a Clemente fue uno de los mejores regalos que le pudiste dar, por eso voy a estar eternamente agradecido contigo. Por lo demás nuestro nieto es encantador, es igual a Maximiliano cuando era pequeño.

—¿Lo conoce? —le pregunté sin dejar pasar ni un solo segundo más.

—Así es, Josefina, pero no te preocupes, no le dije nada, solo que era el marido de Clara, y él, te lo juro por mi mujer que está en el cielo, me preguntó si me podía decir abuelo. —Ahora Alfred hablaba con orgullo en sus palabras—. Clara, el último tiempo, no podía estar sola, por eso la acompañé, mi nieto es un superhéroe como dice él, es tan noble como lo era mi mujer.

Yo en ese momento me limpiaba las lágrimas que caían silenciosas por mis mejillas. La adoración con la que Alfred hablaba de mi hijo me llenaba el alma y, por otro lado, me decía cuán equivocada estuve al privarlo de tanto cariño por mi egoísmo.

—Me... engañaron —pronunció Maximiliano con pesar en sus palabras. No me atreví a mirarlo, me sentía parte de un complot en su contra.

—Hijo —le explicó ahora mirándolo solo a él, sin soltar mi mano y apretando la de Maximiliano—. Al igual como tu madre me contó lo de Clemente, me relató las razones de Josefina para ocultarte a mi nieto. Lo que hiciste no tiene nombre. —Eso me dolió tanto a mí como a Maximiliano, que cuadró su mandíbula y se puso rígido como una piedra—. Eso más que un engaño fue una traición, no justifico el actuar de Josefina al ocultar a su hijo, pero no la juzgo, creo que su reacción es incluso lógica —comentó un tanto más alto—. De tu actuar hablaremos solos, como hombres, no con tu mujer presente, ella no se lo merece, de ahora en adelante ustedes comenzaran un nuevo camino juntos con Clemente, es eso lo único importante. —Ahora Alfred juntó nuestras manos al centro de la mesa y, mirándonos intercaladamente, nos aclaró—. Esto no es por ustedes, es por Clemente, su hijo, fruto de su amor. ¿Están dispuestos a dejar el pasado atrás y forjar juntos un futuro? ¿Perdonándose?

Todo era irreal: la escena, la conversación, la propuesta, todo para mí era sacado de otra dimensión. Yo había sido egoísta tanto tiempo y estaba pagando muy caro por mi error. Pero la pregunta era otra: ¿Podría dejar el pasado atrás? ¿Darle una familia a Clemente como se la merecía? ¿O nuevamente interpondría mi felicidad y sacrificaría la de mi hijo?

—Si Josefina me lo permite, estoy dispuesto a todo por ella y por mi hijo —afirmó Maximiliano.

—Lo intentaré —respondí. Ahora sí firmando mi sentencia a la condena más larga de toda mi vida... la infelicidad.

Comprendía que Maximiliano era un buen hombre, pero desde algunos días también sabía que el hombre que me quitaba el sueño era Greg. Era con él con quien quería estar, con quien quería dormir, con quien quería abandonarme al placer, al último que quería besar al anochecer y al primero que quería observar al amanecer. Pero ya era tarde para eso, mi hijo se merecía ser feliz junto a un padre y a una madre que lo amaran y que lo cuidaran, ambos, unidos, casados y viviendo el tan cliché cuento de hadas: “Y vivieron juntos felices para siempre”, sin el “felices” en este caso.

Como adivinando el tenso momento, la puerta se abrió y nuestra comida llegó, junto con eso la botella de la celebración. Los ojos de Maximiliano expresaban felicidad absoluta, sabía que el haberme escuchado decir “lo intentaré”, era sincero, porque aunque me doliera, así lo era, era la pura y cruda verdad para mí.

Brindamos con las copas en alto, mirándonos a los ojos, sin mentiras, sin tabúes y sin prejuicios, solo nosotros estábamos ahora, no importaba Alfred ni el

lugar, no habían más secretos entre los dos, mi alma y mi cuerpo estaban descubiertos ante él y yo se lo estaba permitiendo, nadie me estaba obligando, era mi y solo mi decisión.

—¿Estás segura, pequeña? —me preguntó ansioso, atreviéndome a decir que nunca lo había visto tan nervioso esperando una respuesta—. ¿Me darás una oportunidad? ¿Serás el sol de mis amaneceres? ¿Serás..., serás mi mujer?

La última frase fue la más difícil para mí, la que más sacrificios encerraba en su conjunto.

—Sí, Max, estoy segura. Quiero que Clemente..., nuestro hijo crezca feliz, seguro, en una familia como la que tú tuviste —le contesté con sinceridad, eso era lo que de verdad mi hijo se merecía, y si estaba en mí entregárselo, yo se lo entregaría.

«Cambia la cara», dijo mi conciencia, quitándose las lágrimas. «No te entregas al fantasma de la ópera, este hombre te quitó el sueño toda la vida y amará a nuestro niño con su vida».

Una sonrisa salió desde el fondo de mi alma, mi conciencia tenía razón, Max había sido el hombre de mi vida, el primero en todo sentido.

Esta vez, Maximiliano se acercó con una mirada velada por el deseo y me observó con detención. Se quedó en silencio y cuando se inclinó, retiró un poco el pelo de mi cuello para darme un beso húmedo sobre la piel, pero lleno de deseos y esperanzas. Esas a las que yo tanto necesitaba aferrarme.

Abrí los ojos al momento de sentir una tosecita proveniente del padre de Maximiliano, que nos indicaba que no estábamos solos, devolviéndonos de golpe a la realidad.

—Me parece excelente que se den esta oportunidad, pero ahora quiero saber cómo está mi nieto —nos dijo mi suegro volviendo a ser el hombre serio de siempre, reventando el momento que yo tanto deseaba tener.

Ambos nos miramos nerviosos, esto tampoco sería fácil de responder. Pero fue Maximiliano, tomando mi mano para darme seguridad, el que habló:

—Clemente está en el hospital.

—¿Qué?! —exclamó Alfred, perdiendo visiblemente la cordura.

—Cálmese —le pedí, mirando a Maximiliano reprobando su brusquedad, si yo tenía poco tino a veces, él simplemente ahora lo había perdido—. Clemente está bien, tuvo un pequeño accidente en bicicleta.

—¡Dios mío! —lamentó Alfred llevándose las manos a la boca—. Nosotros se la regalamos, es nuestra culpa.

«¡Sí!», quería gritarle, pero en realidad era mi culpa, yo debía estar ahí cuidándolo.

—No, Alfred, fue un accidente, nada se podía hacer, lo importante es que él está bien ahora, la operación fue un éxito. Mañana Maximiliano hará los papeles para trasladarlo a otro lugar, para que todos lo podamos ver, pero está bien de verdad.

Esas palabras lo relajaron un poco y le devolvieron el color a su cara, eso me tranquilizó a mí también.

La cena siguió con más confesiones de parte de Alfred hacia nosotros, mayormente nos relató algunos encuentros con Clemente y cómo a Clara se le había iluminado la vida.

Después de terminar, les pedí permiso para retirarme, ellos aún debían aclarar algunas cosas, yo estaba cansada y además, por mi parte, tenía muchas cosas que sopesar. Ambos se pusieron de pie, me despedí de ellos y subí hasta mi habitación.

Me acosté recordando todo lo que había sucedido en el día, pensar en Greg me dolía, ahora debía olvidar todo lo que podría haber sido entre nosotros, mi vida siempre era una contradicción y esta no sería la excepción, la felicidad no estaba hecha para mí, eso estaba claro.

Trataría de llevar esta nueva etapa de mi vida lo mejor posible. Agradecí a Dios por primera vez en mi vida la distancia que siempre había puesto Greg entre nosotros a pesar de lo insistente que fui.

A él le debía una explicación y se la daría, no se merecía por nada del mundo que yo fuera una víbora, arpía o bruja con él.

Si bien es cierto, no podía decir que lo quería o que lo amaba pero sí podía asegurar que lo necesitaba, y sobre todo las últimas horas me lo habían demostrado, pero también sabía que Greg volvería a ser el de siempre, estaría en cosa de días con mujeres rodeándolo y seguiría siendo feliz. Si alguna vez sintió algo por mí sería fácil de olvidar, él jamás había sido claro con sus sentimientos y claramente célibe tampoco era.

Por otro lado estaba mi familia, estaba decidida a enfrentarlos lo más rápido posible, no pasarían más días para hablar con mi padre, yo solo le hablaría de Clemente, Susana era problema de Maximiliano.

Me dormí lamentablemente pensando en las palabras de Greg. “Déjame cobijarte, pecosa”, esas que seguro nunca podría olvidar porque se habían clavado en mi corazón en el momento justo y lugar indicado, no era una promesa de amor, pero implícito conllevaba mucho más.

—Pequeña —susurró en mi oído Maximiliano en medio de la noche, despertándome.

—Mmm. —Fue lo único que dije, aún me encontraba en mi letargo.

—Gracias por no decirle nada a mi padre sobre la cláusula, gracias por hacer feliz a mi madre, gracias por tener a Clemente, gracias por esta oportunidad.

En ese momento me di la vuelta para mirarlo, tanto agradecimiento me estaba afectando, estaba lejos de ser la Madre Teresa o la Virgen María.

—Max —le dije tocando su mejilla, que estaba helada como una piedra—. No me agradezcas nada, no soy un ogro —le recordé haciendo alusión a sus propias palabras. Él me regaló una media sonrisa.

—Lo sé, pequeña, el ogro es mi padre —respondió riendo.

—¿Discutieron?

—No sé si eso es discutir, pero no me regañaba así desde que era pequeño, creo que te quiere más a ti que a mí en este momento —contó encogiéndose de hombros.

Me senté en la cama lentamente, no quería verlo tan abatido, él ya había tenido demasiadas emociones en un día y algo tenía que hacer para calmarlo.

—¿Te parece si te hago una proposición? —le dije amparándome en la oscuridad de la noche, lo que pensaba decirle jamás lo hubiera podido hacer a plena luz, ni de día ni artificial.

—Si es una proposición indecorosa, feliz la acepto.

—¡No! —chillé entretenida.

Maximiliano hizo un puchero, cosa que me divirtió mucho.

—Dime —me apresuró ansioso.

Tomé aire y comencé:

—No puedo imaginar que no sucedió nada entre Susana y tú, pero te propongo que olvidemos todo, comencemos desde cero y le mostremos una familia unida a Clemente, él jamás me ha preguntado por ti y yo tampoco le he comentado nada. Él es demasiado inteligente, Maximiliano, si nos ve unidos te aceptará como padre, hablemos juntos con el doctor Ferrer y veamos la mejor manera de contarle que eres su padre, pero unidos, Max. —Hice una pausa para respirar, ya tenía ganas de apretar mis manos—. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero si hablas con mi padre y le cuentas lo de Susana, llevaremos de alguna u otra manera a Clemente hacia una tormenta, hagamos que su vida sea feliz, ella no tiene por qué entrar en nuestras vidas... otra vez. Por favor.

El silencio llegó en respuesta a mi propuesta, no sé cuántos segundos pasaron, solo veía los ojos azules de Maximiliano brillar. Comencé a levantarme porque su silencio sepulcral me estaba volviendo loca, no estaba segura de lo que en ese instante pasaba por su cabeza, ni lo que pensaba.

De pronto frunció los labios y la frente, esa expresión no podía ser otra, se estaba debatiendo en sus propios pensamientos.

—Está bien, Josefina, lo haremos a tu manera. No hablaré con Óscar y ella jamás volverá a entrar en nuestras vidas.

En ese momento exhalé el aire que tenía contenido y, en agradecimiento, lo abracé con todo el afecto que le podía entregar.

—Gracias —susurré.

—No tan rápido, pequeña, esto te costará.

—¿Qué?! —pregunté alarmada. Maximiliano se rio de mí en mi cara al ver mi sorpresa.

—Tú nunca cambiarás, pequeña. Crees que sería capaz de aprovecharme de ti, ¿verdad?

No quería mentirle más, así que daría mi respuesta más sincera.

—¿No quieres nada a cambio de mi propuesta?

—Oh, claro que quiero.

—¿Entonces?

—Quiero que me cuentes todo, absolutamente todo de Clemente, desde cuanto estuvo en tu vientre —dijo tocándome—, hasta hoy.

—¿Ahora? —pregunté alarmada, eran más de las dos de la mañana.

—Ahora, señorita.

—Señora —corregí instintivamente y Max me abrazó con fervor.

Terminé de relatarle toda la vida de Clemente casi justo en el momento en que amanecía. Maximiliano escuchó con paciencia cada una de mis palabras, me hizo un sinnúmero de preguntas y contra preguntas. Yo realmente estaba agotada, acostados en la misma cama, pero sin tocarnos, nos rendimos a Morfeo al amanecer.

Después de varios años por fin dormía con la conciencia completamente en paz, no tenía secretos ni demonios que exorcizar.

Desperté con el sonido de la ducha, me estiré en la cama y llamé de inmediato al hospital. Por supuesto, me entregaron una escueta información, cosa que odié, resoplé y me calmé al pensar que en un rato estaría de nuevo con mi hijo.

Maximiliano salió del baño vestido completamente de negro, peinado, afeitado e increíblemente descansado, en cambio yo me sentía absolutamente abatida.

—Buenos días, pequeña —me saludó feliz—. ¿Tomarás el desayuno ahora o después?

—No, me tomo algo en el camino, no quiero demorar más, me quiero ir al hospital lo antes posible.

Me duché en tiempo récord y qué injusta era la vida conmigo, de tantas lágrimas derramadas la noche anterior, mi cara estaba hinchada y mis ojos enrojecidos, me vestí con los *jeans* y la polera, pero esta vez dejé mi pelo suelto, al menos así no resaltaba tanto mis facciones.

Cuando llegamos al hospital lo primero que vi fue a Margarita, se veía descansada y eso se lo debía agradecer a Greg, el solo hecho de pensar en él, me estremeció.

Cuando estaba abrazándola, llegó hasta nosotras Amber.

—¡Jose! ¿Cómo estás? ¿Cómo está mi príncipe? —me preguntó muy amable.

—Bien. ¿Cuándo llegaron? ¿Dónde está mi hermano?

—Llegamos hoy en la mañana, y Andrés está en la cafetería con Greg —me dijo cerrándome un ojo.

¡Oh no! Ahora no, pedí en silencio, ahora Greg estaría fuera de mi vida.

—Le voy a dar una oportunidad a Maximiliano —le conté para que me entendiera y así no me preguntara nada más. Ella se asombró ante mi confesión.

—Esto me lo explicas, cuñada.

—Sí, pero ahora no puedo.

Asintió con la cabeza y yo caminé a donde estaba Maximiliano.

—Pequeña, puedes pasar ahora.

¿Cómo lo conseguí? No lo sé, pero tampoco me importó. Entré y vi a mi precioso angelito despierto con el ceño fruncido mirando por la ventana, ya no estaba con máscara para respirar y tampoco sedado.

—¡Mi niño! —le saludé apenas lo vi.

—Mami —me dice serio—, me avergüenzas, ya no soy un niño.

—Perdón —le digo riendo, sabía que estaba molesto—, ¿te duele algo, precioso?

—No mami. Estoy aburrido.

—Lo sé Clemente, ya nos iremos.

En ese momento apareció ante nosotros un conmocionado Maximiliano con una sonrisa triunfal.

—Hola, campeón —lo saludó nervioso.

Clemente lo observó detenidamente sin decirle nada, eso nos puso nerviosos a todos, su forma de mirarlo era como si lo estuviera escrutando.

—Hola —saludó finalmente y yo respiré tranquila.

—Ahora lo trasladarán a una clínica, pequeña —me informó triunfador, pero en ese momento supe que algo andaba mal, Clemente lo miró irritado.

—¿Por qué te dice pequeña, mami?

¡Mierda! ¿Qué le digo? Miré a Maximiliano nerviosa y precisamente fue él quien salvó la situación.

—¿Te quieres ir de aquí? —preguntó para desviar la interrogativa de mi hijo.

—Sí, me quiero ir con mi mami —aseguró estirando su pequeño brazo hacia mí, yo lo cogí de inmediato haciéndolo feliz.

—Nos vamos a ir a otro lugar mi vida, a una clínica, luego a casa —le expliqué para que supiera lo que sucedería.

—¿Y mi yeso azul? —preguntó haciendo un puchero.

—Conseguiremos uno —le respondió Maximiliano, a lo que Clemente le regaló una media sonrisa.

Yo ya no aguantaba más, necesitaba sentirlo, me acerqué entre los cables y, con cuidado, comencé a besarlo.

—Ya mami, ya..., soy grande.

Sentí una mano en mi hombro, parecía como que Max y Clemente se hubieran puesto de acuerdo.

—Jose, Clemente es grande, es un superhéroe.

Lo miré de reojo, sabía lo que Maximiliano estaba haciendo y por suerte le resultó.

—Sí mami, es cierto, soy grande —repitió bostezando.

En ese momento llegó hasta nosotros una enfermera. Nos dijo que el traslado sería en un momento, pero que ahora lo mejor sería que Clemente volviera a dormir, eso haría más fáciles las cosas. Yo no entendía por qué debía

quedarse si el médico había dicho que todo estaba bien, pero no contradiría ninguna orden.

En cosa de segundos, Clemente se durmió y nosotros salimos de la habitación en espera del traslado.

Andrés, Amber, Margarita y Greg nos esperaban afuera, mi hermano se acercó hasta mí dándome un gran abrazo, lo agradecí en el alma, luego se acercó el hombre que tanto quería sentir.

Nos abrazamos fuertemente, es más, no quería soltarlo, pero debía hacerlo, Maximiliano estaba con nosotros y por lo demás yo había hecho una promesa.

—¿Cómo estás, pecosa?

—Su nombre es Josefina —apostilló desde atrás Maximiliano. Increíble, realmente increíble, Maximiliano y Clemente eran tan parecidos.

—Max, por favor —pedí, para que todo se calmara.

—Señor —dijo una enfermera refiriéndose a Maximiliano, ignorando a todos los presentes, aunque a Greg lo miró con una cálida sonrisa—, debe acompañarme y firmar los papeles del traslado.

Esos segundos a solas con Greg eran los que yo necesitaba para hablar con mi inglés. En cuanto Maximiliano entró de nuevo por la mampara, tomé a Greg de la mano y lo llevé al pasillo. Andrés me vio con extrañeza, pero fue la cara de Amber la que me dolió más, ella me vio con tristeza.

—Necesitamos hablar —le dije muy bajito sin mirarlo directamente.

Greg se puso tenso de inmediato, como si supiera lo que iba a decirle. Miró hacia mí y me buscó con la mirada, hasta que no me quedó más opción que mirarlo.

Ambos permanecemos en silencio durante unos momentos, no sabía cómo comenzar.

—Gracias por estar aquí, Greg, significa mucho para mí.

—Lo sé, pecosa, estoy aquí porque soy tu amigo —me dijo cerrándome un ojo—. Un muy buen amigo y estaré siempre que quieras y para lo que quieras —susurró más despacio, solo para que yo lo escuchara.

Me moví un poco incómoda, sabía a lo que se refería perfectamente.

—Eso no sucederá, Greg, hablé con Maximiliano y le voy a dar una oportunidad, voy a luchar por lo nuestro, como... como su esposa y madre de su hijo.

—¿Si? —dijo levantado una ceja—. ¿Y cómo lo harás? ¿Jugarás a ser la esposa perfecta? Qué gracioso, pecosa, porque eso ya lo eres.

—No, Greg, no voy a jugar a nada, voy a ser su mujer como corresponde —repliqué un tanto ofuscada.

—¿¡Qué!? —gruñó—. ¿Qué dijiste? ¿Estás loca? ¿Qué pretendes? ¿Jugar a la familia feliz? ¿Mostrarle una mentira a Clemente? ¿Y qué pasará después del maldito año?

—No pasará nada después del año. Me quedaré con Maximiliano, no como un juego, como su mujer, como lo que debió haber sido hace cuatro años y no fue —le solté de pronto.

Me tomó por los brazos y sus manos se aferraron a mis hombros.

—¡Josefina! ¿Has perdido la razón? Tú no amas a Maximiliano, me lo dijiste, no puedes sacrificar tu felicidad por él. Dime que es una broma.

—Vete, Greg, por favor —pedí, no podía seguir mirándolo a la cara, él se estaba colando demasiado rápido bajo mi piel y yo no necesitaba eso, no ahora que ya había tomado una decisión.

Ahora sus manos, que estaban apretadas como aferrándose a mí, comenzaron a temblar.

—No puedes Josefina, ahora eres libre de tus secretos, no puedes ser tan tonta... otra vez.

Eso me dolió en el alma, él no entendía mi sacrificio.

—¿Acaso tú no harías lo mismo por tu hijo? ¿No le darías una familia aunque no amaras a su madre? ¿No cuidarías de él de la mejor forma posible?

Eso le llegó al corazón, lo sé, lo vi en sus ojos, me soltó como si le quemara estar tocando mi piel y me miró como hacía siempre que estaba molesto, me vio con ira instalada en sus oscuros ojos negros.

—Es lo que tú quieres, ¿verdad?

—Sí. Correcto —respondí con palabras temblorosas.

Greg cerró los ojos y sacudió su cabeza como si fuera un gran error todo lo que habíamos hablado. Cuando los abrió de nuevo, tenía un brillo extraño y una mirada con resolución.

—Entonces sonrío, pecosa, y disfruta de tu amarga condena —me dijo dándose la vuelta para marcharse, dejando un tremendo vacío en mi corazón.

Sentí cómo mi corazón se volvía a desgarrar una vez más, yo que había jurado que jamás volvería a sufrir por amor, estaba de nuevo lamentándome por ese sentimiento. Quería correr tras él, decirle lo que en realidad sentía, pero para mí ya era tarde, había tomado una decisión y esta era por el bien de mi hijo, un sacrificio que estaba dispuesta a asumir para resarcir el gran error que había cometido, ocultando a la única persona en el mundo por la que valía la pena intentarlo... todo, aunque en el intento me perdiera a mí misma.

—¡Zancudo! —me llamó mi hermano—. Ya está todo listo, se va la ambulancia.

Eso fue todo lo que necesité para volver de golpe a la realidad y dejar de autocompadecerme.

El traslado en ambulancia fue muy cómodo y rápido, Clemente estaba absolutamente dormido y no se dio cuenta de nada.

Ahora estaba en una habitación solo para él, iluminada, decorada con figuras para niños y por supuesto, muy moderna; a un costado, un gran sillón y cerca de la cama, un sofá, que por las noches se podía convertir en cama.

Todos estábamos en la habitación, era realmente espaciosa. Clemente dio un salto, Margarita y yo corrimos de inmediato hasta su lado, en cambio Maximiliano salió raudo de la habitación.

—¿Qué pasa, mi vida?

—Me duele, mami —sollozó casi llorando mi hijo.

En ese momento la puerta se abrió y junto a Max, entraba un doctor.

Nos pidió espacio y lo examinó exhaustivamente, luego le administró un medicamento por vía intravenosa. Rápidamente la cara de mi pequeño se relajó, devolviéndonos el alma al cuerpo a Margarita y a mí.

—Ya pasó, Jose —me dijo acariciando mi espalda Maximiliano.

—Ya no me duele, mami —me contestó Clemente—. ¿Ves que soy valiente?

—Muy valiente, hijo.

Nuevamente se abrió la puerta y Clemente fue el primero que gritó, dejando a todos perplejos.

—¡Abuelo! —dijo refiriéndose al padre de Maximiliano.

—¿Cómo está mi superhéroe? —saludó Alfred, abrazando con ternura a su nieto.

—Bien, pero la bicicleta que me regaló mi abue se rompió —relató con lágrimas en los ojos.

—No importa, compraremos otra y esta vez podrá ser la anterior que te gustó. ¿Recuerdas?

—¿Y mi abue? ¿Dónde está? —preguntó buscándola detrás de su abuelo, en ese instante todos nos miramos preocupados.

—Tu abuela no está Clemente, ella está de viaje, por eso he venido yo.

Clemente asintió con la cabeza, como si comprendiera la situación.

—Veo que estás muy acompañado.

—Sí, él es hermano de mi mami, ella su novia y él es un amigo, parece —comentó refiriéndose a todos. Alfred entendió de inmediato que nosotros aún no le habíamos dicho nada.

—¿Y cómo te cae? —quiso saber. Max ahora estaba pálido, como si dependiera de la respuesta de su propio hijo para respirar.

—Le dice pequeña a mi mami —dijo burlándose.

La habitación estalló entre risas, incluso mi pequeño rio.

Por la noche solo estábamos los tres, como la familia que éramos, padre madre e hijo y debíamos enfrentarnos como tal.

En la televisión estaban dando los dibujos animados preferidos de Clemente, esos de los hermanos que yo tanto odiaba. Maximiliano y su hijo estaban tan concentrados que me daba envidia ver cómo ellos desconectaban de todo, en tanto yo no dejaba de pensar en las últimas palabras de Greg: “Disfruta tu condena”.

—¿Tú eres cómo Jeremy para mi mami? —habló Clemente refiriéndose al novio de la niña de la televisión. Eso me exaltó, ninguno de nosotros esperábamos una pregunta como esa.

—¿Te gustaría que fuera así? —preguntó con cautela Maximiliano a Clemente.

—Max —dije para que no continuara con el tema, pero ambos me ignoraron.

—¿Te gusta jugar a los superhéroes? —contra preguntó mi hijo.

—Me encanta —afirmó Maximiliano aclarándose la voz.

—¿Y te gusta andar en bicicleta?

—Sí —volvió a responder, ahora con una pequeña sonrisa triunfal.

—Mami.

—Dime, hijo —contesté ansiosa.

—¿Tú quieres que él sea tu Jeremy?

—Si tú quieres... —respondí, ¡Dios!, los hombres de la familia Von Kryler podrían ser todos del FBI.

Clemente hizo un movimiento de hombros, como si no le importara mi decisión, ya que él ya lo había aprobado por mí. Ambos soltamos el aire contenido y nos miramos con una cómplice sonrisa.

Tal como lo habíamos previsto, yo dormiría con Clemente. Al otro día muy temprano llegaron todos de nuevo, la habitación de Clemente parecía una fiesta, todo lleno de colores y regalos. Andrés había traído globos de todos los superhéroes y Maximiliano había colaborado con gran parte de los juegos. Increíblemente, padre e hijo se habían acoplado muy bien, como si siempre hubieran estado unidos, yo me alegraba por eso y eso permitía que mi decisión de a poco se me hiciera más acertada.

Durante el día Margarita habló conmigo, ella me conocía y además se merecía saber la verdad, yo le relaté todo lo conversado con Maximiliano y le dije además que lo intentaría por Clemente, que él se merecía tener una familia de verdad y ser como cualquier otro niño. Cuando me preguntó por Greg, ese joven que le había caído tan bien, le tuve que contar que solo éramos amigos, que aunque a mí me gustaba, yo no coartaría a Clemente de una familia.

—Josefina, hija, tú sabes que yo siempre te he apoyado. Cuando decidiste tener a Clemente fui la primera en estar de tu lado, compartí contigo las noches mientras llorabas y sufrías por Maximiliano, estuve durante todo el tiempo que sacabas adelante a tu hijo, fui testigo de tu trabajo y de tu esfuerzo por él y por mí. Y no me parece que sea justo y necesario que ahora sacrifiques tu felicidad. Nadie dice que lo prives de su padre, hija, pero tú no tienes por qué estar con él, Clemente no será el único hijo de padres separados. Piensa hija, por favor, si tu corazón ya no late por Maximiliano serás infeliz. No te niegues a la felicidad, no es justo para ti ni para tu hijo. Tú mereces ser feliz, con Greg o con quien sea.

—Margarita...

—No, escúchame tú, Josefina Zarmientos, yo no seré testigo de tu desdicha. Tú te mereces más.

—¿Me dejarás sola? —pregunté con temor a escuchar la respuesta.

—No, hija, jamás te dejaría sola. Yo me considero como tu madre, aunque no lo sea, pero no me pidas que viva contigo y vea cómo día a día te marchitas, no quiero ver cómo te apagas al igual que tu madre...

—Pero no entiendo, si no me dejarás sola, ¿a dónde irás?

—Me iré con Andrés, nos veremos siempre, mi niña, pero no me pidas que me vaya a vivir a tu casa.

—No me hagas esto... —pedí con lágrimas en los ojos.

—No, mi vida, no llores, no te abandono, ni a ti ni a mi niño, tú debes seguir trabajando y yo seguiré cuidando a Clemente, esa es mi vida, ustedes lo son, Jose. Pero no puedo estar en tu casa, menos ahora que empezará una nueva vida, serás una mujer casada, es tu casa, tú debes disponer de ella como mejor te parezca.

—¿Pero cómo? Andrés...

Margarita rio amablemente.

—Hija, Andrés podrá ser mayor que tú, pero es un niño y Amber es un dulce. No me voy a China, nos veremos a diario.

Nada podía hacer, Margarita ya había tomado su decisión y yo no la podría cambiar. A mi regreso estaría sola con mi hijo y Maximiliano.

De vuelta en la habitación, me regocijé mirando a los dos hombres que ocupaban mi vida. Verlos así tan entregados se merecía una oportunidad de mi parte.

—¿Clemente?

—Sí, mami.

—Margarita quiere quedarse contigo esta noche. ¿Tú quieres?

—¡¡Siii!!

Eso fue todo. Ahora yo volvía con Maximiliano al hotel.

—Mañana por fin volvemos a casa, pequeña.

—Sí —respondí suspirando—, comienza una vida nueva para Clemente. Debemos buscar sus cosas.

—Pequeña, ya me encargué de eso, todas sus cosas están en casa.

—¡Qué! ¿Cómo?

—Andrés y Amber se encargaron de todo. ¿No estás feliz?

—Margarita no se irá conmigo, se quedará con Andrés.

—Ven acá, pequeña —me dijo acunándome en sus brazos. Yo me dejé amar, necesitaba perderme en él, en su olor, en la pasión para olvidar.

—No podemos dormir juntos, Maximiliano, no sabría qué decirle a Clemente.

—Lo sé, pequeña —aclaró con pesar en sus palabras—. Todo a su tiempo. Tú seguirás en tu habitación, yo arreglé la oficina como dormitorio, y Clemente usará mi cuarto.

—¿Tú hiciste eso?

Maximiliano rio con ganas.

—Técnicamente no, pero di la orden. ¿Eso cuenta?

—Vale, si tú lo dices.

Esa noche fue otra noche más con mi corazón vacío, un corazón que cada día se acorazaba un poco más. En las noches me dormía pensando en Greg y despertaba viendo a Maximiliano. Mi vida era un completo vaivén de contradicciones, seguro Shakespeare pensó en mí cuando escribió “Ser o no ser”.

Realmente Maximiliano había hecho un trabajo estupendo decorando la habitación de Clemente, era un sueño de dormitorio, todo estaba decorado con superhéroes. Mi..., bueno, nuestro hijo estaba feliz, hacía una semana que habíamos llegado y ellos conectaban divinamente, parecía como si fuéramos una familia feliz, así como decía la canción de Barney.

Clemente, por supuesto, había conseguido su yeso azul y Andrés le había dibujado el símbolo que tanto le gustaba, por otro lado, Maximiliano estaba trabajando solo por las mañanas y, a decir verdad, nos dedicaba todo el tiempo que podía. Él, tal como me había dicho Clara, se enamoró de su hijo en el momento en que lo vio, era como si en realidad hubiera sido hecho para ser padre. Eso era lo único que aplacaba un poco mi estado de culpa, yo me había equivocado rotundamente al haber ocultado a Clemente y haberlo privado del cariño de un padre, de una familia y de tanta gente que estaba dispuesta a quererlo, a cuidarlo sin dejar de ser mío.

Con Sebastián no me había equivocado. Para él, yo siempre había sido una descerebrada y con la llegada de Clemente y mi intempestiva huida se lo había reafirmado, él incluso revalidaba con más ahínco la decisión del matrimonio por parte de Maximiliano. Para él, que sea una cláusula más en el contrato había sido absolutamente necesario. Era cierto, mi hermano jamás iba a cambiar su percepción respecto a mí. Óscar increíblemente aceptaba a Clemente sin ninguna objeción, claro, porque ahora estaba dentro del seno de una familia, según él absolutamente normal. No sé si yo seré de otro planeta, o ellos tienen un concepto de realidad totalmente diferente a la mía, pero familia para mí no necesariamente se componía de madre, padre e hijo, también era una familia madre e hijo, pero así era mi familia y yo no era quién para cambiarla.

Por lo único que ellos se habían quejado era por la negativa de Maximiliano y mía de que la innumerable no entraría a nuestra casa de nuevo. Dios, cómo sonaba eso... “nuestra casa”. Sí, eso es lo que era ahora y lo que yo había prometido intentar y, aunque de corazón lo estaba queriendo y me esforzaba por ello, el aire que aspiraba por las mañanas, ese que se colaba por mi nariz después de las noches de tormenta, no llegaba a mis pulmones. Me faltaba algo, ¿o alguien?

Tenía un vacío en mi pecho, y una grieta desgarradora se había abierto en mi blindado corazón. Intentaba no pensar en Greg o en lo que estaría haciendo, o peor aún, con quién lo estaría haciendo. Pero me era casi imposible.

Pensar en él me causaba daño y rápidamente mis lágrimas comenzaban a salir. La parte racional de mi cabeza me decía que esto era única y exclusivamente porque no lo tenía, después de todo, jamás hubo mucho más entre nosotros que una... íntima amistad, pero mi conciencia se ocupaba de recordarme que el amor no es racional, que él era el hombre a quien yo deseaba, aunque Maximiliano era un hombre que se esforzaba a diario por dármelo todo.

«Se acabó, no puedo seguir lamentándome de mi existencia, no es justo, no lo merezco», pensé tomando la decisión de vivir.

«Tratar de vivir», me recordó mi conciencia.

Los desayunos, desde que había llegado Clemente, eran muy alegres, todo era risas y alegrías. Realmente un niño podía cambiar el ambiente de una casa, y eso entre nosotros ya había quedado demostrado.

—Mami, ¿podemos ir a navegar? Max dijo que sí. Por fa, por fa —me insistió mi hijo haciendo un puchero exactamente igual al mío.

Miré a Maximiliano, en realidad no sabía si eso era posible, pero él con una sonrisa de suficiencia nos respondió:

—Por fa, mami.

Eso me hizo reír con ganas, los dos hombres que tenía en frente tenían exactamente la misma expresión en sus rostros.

—Bueno, bueno, vale.

Así terminó nuestro desayuno, con la promesa de ir a navegar.

Yo hubiera preferido quedarme acostada, no sé de dónde ellos sacaban energías. La noche anterior casi no habíamos dormido, al menos Maximiliano y yo.

Capítulo 19

Clemente tenía futuro en esto de la navegación, no solo a él se le había ocurrido que sería un excelente día para disfrutar sobre el lago. Casi todos los dueños de embarcaciones habían pensado lo mismo, el lugar estaba muy concurrido. Maximiliano, orgulloso, sin que Clemente lo escuchara, presentaba a su hijo a cuanta persona se le acercaba a saludarlo, y eso me llenaba el corazón, que tan vacío se encontraba. Ahora caminábamos por el muelle felices, Maximiliano me llevaba abrazada por la cintura y Clemente como siempre, corría delante de nosotros.

—¿Puedo comer un helado? —preguntó mirando a Maximiliano, tenía muy claro que con él conseguía todo lo que quería, y desde luego, el padre orgulloso, no le negaba nada.

—¿Quieres que te acompañe adentro a pedirlo? —le preguntó refiriéndose a seguirlo dentro del club, donde por supuesto él ya había presentado a su hijo, eso significaba que Clemente tendría carta blanca para pedir lo que quisiera.

—Yo soy grande, tú puedes cuidar a mi mami —contestó serio Clemente.

Eso me hizo reír, y en cuanto Clemente entró, seguro de sí mismo al igual que su padre, me giré y quedé frente a Maximiliano.

—¿Cuál es la manía que tienen ustedes de cuidarme? —me mofé.

—Tú siempre serás mi pequeña y bueno, Clemente es digno hijo de su padre, así que creo que para él siempre necesitarás ser cuidada —afirmó con un casto beso en mi frente.

Yo resoplé ante su comentario, eso era completamente cierto.

Fuera del club había algunas personas disfrutando de la tarde, un par de conocidos y un tipo con el diario levantado, seguramente leyéndolo.

—No sé cómo tienes fuerza para esto, yo estoy realmente cansada —le dije cuando un bostezo involuntario se apoderó de mi cuerpo.

—Pequeña, puedes dormir en el velero, así recuperarás fuerzas. Porque hoy quiero repetición, esto de la maratón me encantó.

—No, hoy no, estoy agotada —reclamé horrorizada por lo que quería repetir.

—Lo siento, pequeña, me debes cuatro años y pienso cobrarlos con intereses reajustados —sentenció riendo tan fuerte que la gente de alrededor se volteó para mirarnos.

—Ya basta, cállate. ¿Qué van a pensar? —le indiqué apuntando disimuladamente alrededor.

—Lo que es, pequeña. Ya sabes, esta noche tenemos una cita tú y yo, nuevamente en el sillón, porque sé que en la habitación te dormirás.

—Esta noche volveré a ser tu esclava, pero mañana suplicarás por misericordia Maximiliano y para torturarte, será en mi habitación.

Sabía cómo lo haría pagar, llevaba una noche entera viendo los capítulos de la serie de dibujos animados favoritos de Clemente, ese de los hermanos, que para mi mala suerte, a Maximiliano le había encantado, pero ahora yo lo torturaría con episodios de “Candy Candy”, que eran exactamente 115 capítulos.

—Entonces esta noche me desquito, Clemente llegará exhausto y yo comenzaré apenas mi hijo se duerma. Prepárate, Josefina Von Kryler, hoy la maratón iniciará temprano.

Miré al cielo y suspiré, me esperaba una larga noche. Si mi hijo era testarudo, Maximiliano era el doble.

En ese momento, sentí un gruñido, no alcancé a darle importancia porque en ese mismo instante escuché:

—¡Max! ¡Pero qué sorpresa más agradable!

La mujer que caminaba hacia nosotros no era una mujer normal, era una diosa. Alta, voluptuosa y, ¡cómo no!, poseía un par de razones para creerse la dueña del lugar, sus ojos grandes e intensos la hacían verse con una seguridad abismal, tenía unos labios que cualquiera quisiera besar, daba lo mismo el género. Definitivo, ella era el símil de mi adonis personal que exudaba sexo al caminar y ella una diva esparciendo feromonas al pasar.

Si... no podía ser otra más que...

—Roberta. ¿Cómo estás? —saludó cortésmente Maximiliano. Muy cínico para mi gusto, sobre todo ya que ellos habían mantenido no precisamente una reunión de negocios.

—Estupenda, como siempre. ¿No tienes la misma opinión? —respondió con una sonrisa de infarto.

En ese instante, Maximiliano me acercó posesivamente a él.

—Josefina. Roberta, una amiga —nos presentó, yo no me achicaría ante ella, así que gentilmente la saludé.

—Un gusto, Roberta, es un placer conocerte al fin.

—Qué extraño, *chiquitita* —me dijo peyorativamente—. En cambio yo de ti no sé nada.

Ahora la diosa del sexo me miraba con desprecio y como no, ella vestía pantalones atigrados con una blusa negra transparente luciendo un delicado sujetador del mismo color sin dejar nada a la imaginación, en cambio yo, vestía unos jeans azules con una chaqueta negra. Pero desde luego, mi lengua viperina me defendería, ella ya se había puesto en posición de batalla desde que la había visto acercarse.

—No te preocupes, Roberta, soy una simple mortal común y corriente, lo que en tu caso es todo lo contrario, sobre todo para el sexo opuesto.

—Exacto, *chiquitita*, sobre todo para el sexo opuesto. ¿Verdad Max?

Maximiliano, que se había mantenido en silencio con el ceño fruncido, habló:

—Tu comentario es de mal gusto, Roberta. Adiós, tengo cosas más interesantes que hacer ahora con mi esposa.

En ese momento algo cambió en la cara de Roberta, ahora ya no me observaba con desprecio, sino con desdén.

—Así que tú eres el famoso insecto. ¿Qué contrariedad la vida no? Y así dicen que las calladitas no son las peores.

Cuando iba a abrir la boca para defenderme, vi a Clemente acercarse con un helado que era casi tan grande como él.

—¡Mami, Max!;Mira lo que me dieron!

—¡Wow! Es enorme —comenté alejándome de ella, ya no podía seguir con mi batalla, no con mi hijo presente, eso la convertía automáticamente en vencedora. Maximiliano caminó detrás de mí, ambos sabíamos que esto había llegado a su fin, con Clemente presente, éramos otros. Pero ella no se dio por vencida.

—Josefina, zancudo, pecosa, pequeña, realmente eres una caja de Pandora. ¡Y qué bien sabes engatusar a los hombres! Zorra deberían llamarte si con el mocoso atrapaste por fin a Maximiliano.

En ese momento la cordura me abandonó totalmente, de mí, podía decir lo que quisiera, entendía cada uno de los apodos por los cuales me había llamado, pero con mi hijo no, eso sí que no, solo yo escuché lo que me dijo, ya que Maximiliano estaba conversando de su helado con Clemente. Me di la vuelta y, como una leona enfurecida, caminé hacia ella.

—Yo no atrapé a nadie, Roberta, lástima que tus horas de sexo no sean lo suficientemente cautivantes para que los hombres caigan rendidos a tus pies, en cambio yo, querida, necesito mucho menos que eso —bufé entre dientes.

Sus ojos se abrieron tanto que pensé que se le salían, pero antes de que pudiese contestar, el sonido del rechinar de una silla la asustó, lo sé, porque vino directo hacia ella, yo no pretendía mostrar piedad. No me giré a mirar, pero tampoco fue necesario, sentí cómo alguien golpeaba algo contra la mesa y venía directo hacia nosotras. El ambiente se cargó de energía y mi corazón se alteró, nadie más causaba ese estado en mí que no fuera él, y aún ni siquiera lo veía.

—Roberta —regañó Greg—. Basta, es suficiente. Nos vamos.

—Pero *sweetie* —dijo ahora apenada la muy...

—Josefina, no te molestaremos, disculpa a Roberta —comentó ahora tomándola por la cintura. Ella tenía una sonrisa triunfal sobre mí, se sabía la ganadora de la contienda—. Descansa para que esta noche puedas resarcir a tu marido, ya que él cobra con intereses... en el sillón —espetó entre dientes, con la cara llena de ira y rencor.

Me encogí tanto ante sus palabras, él se había hecho una idea completamente errada de lo que era en realidad, no podía dejarlo así, debía explicarle.

—Greg, escucha, yo...

—Nada, Josefina, no deseo escuchar, pero creo que me equivoqué, para ti no es una amarga condena —me recordó dándose la vuelta con Roberta. Cómo ansié que sus manos rodearan mi cintura y acariciaran mi espalda en ese momento, como él lo estaba haciendo ahora con ella.

—¿Pasa algo, pequeña? —susurró en mi oído Maximiliano, yo ni siquiera lo había sentido acercarse.

—Nada, Maximiliano, solo que no es agradable encontrarse con tus amiguitas.

—Lo siento, pequeña, de verdad lo siento —dijo apenado.

En ese momento, la tarde se nubló para mí, el día ya había concluido, Greg estaba ahora con Roberta y visiblemente su vida seguía su curso. Era yo la tenía que hacer lo mismo, solo que me costaba demasiado, sobre todo ahora, se veía tan guapo, su pelo estaba un poco más largo, desordenado y tenía barba de varios días, realmente ese hombre se había apoderado de mi corazón.

La tarde fue casi fantástica, mis chicos se divertían como marineros y ver a Clemente disfrutar de ello me llenaba un poco el alma. El lago estaba tranquilo, pero yo ni siquiera deseaba pararme en la popa y sentir el pelo al viento, sentía que mi alma estaba gris, Maximiliano también lo sabía, me conocía, pero no preguntaba nada y yo agradecía.

Como si hubiera sido adivino, Clemente llegó rendido, lo bañé y se durmió de inmediato, y con eso empezaba la maratón de dibujos animados, que consistía en ver muchos capítulos seguidos. Esta vez no me aguanté, creo que me dormí al sexto episodio, Maximiliano me acurrucó entre sus brazos, yo solo me dejé querer, aunque no eran esos brazos en los que quería estar, eran los que yo había elegido.

En la madrugada, Maximiliano me llevó a la cama, me abrigó y luego se fue. Creo que deseé que se quedara a mi lado, la soledad me embargaba, sobre todo en las noches.

La relación con Maximiliano era cada día más fácil para mí, y como no, si yo lo quería como un gran amigo y padre de mi hijo.

Faltaban pocos días para el cumpleaños número cuatro de mi hijo. Maximiliano le estaba organizando una fiesta de cumpleaños que sería, además, la presentación en sociedad de su hijo. Había invitado a los hijos de sus trabajadores, Clemente tendría una celebración inolvidable, incluso sería de disfraces, no lo podía creer, pero estaba ansiosa por ver.

Estaba sentada mirando cómo ellos jugaban a algo, no sé muy bien a qué, ambos corrían tras una pelota y luego se la volvían a entregar, yo jamás había jugado así con Clemente y él parecía disfrutarlo.

Por fin tenía una familia normal, una familia feliz, yo debía estar allí con ellos, en cambio los observaba tras el cristal mientras padre e hijo reían sin cesar, y yo... yo solo pensaba en el inglés.

Clemente cayó y Maximiliano corrió hasta él, yo me alerté, salí también para ver que era, pero pocos metros antes de llegar, nuevamente sentí risas, eso me tranquilizó.

—Ven, mami, ven a jugar con nosotros.

—Yo soy niña, no juego a la pelota —les dije para zafarme.

Ambos se miraron el uno al otro y luego dijeron divertidos:

—¡No sabe! ¡No sabe...!

En ese momento, me acerqué lento hacia ellos y cuando estuve lo bastante cerca, les pateé la pelota, ahora los tres perseguíamos el balón. Estaba disfrutando de lo lindo hasta que Clemente pidió ir al baño.

—Ve al mío —indicó Maximiliano—, así te demoras menos, campeón.

—¿Te acompaño? —pregunté.

—¡¡No!! —Fue todo lo que me respondió, ahora molesto, mi hijo por mi pregunta.

Max me lanzó la pelota y esta se pasó por entre medio de mis piernas.

—¿Sabes qué significa eso, pequeña? —me preguntó con una pícara sonrisa.

Asentí con la cabeza, era mujer pero sabía lo que significaba.

—Ni se te ocurra Maximiliano, olvídalo.

Max levantó las cejas y comenzó a acercarse, yo me alejé y comencé a correr por el jardín. De pronto, con un par de zancadas más largas llegó hasta mí, me rodeó con sus brazos y me miró.

—¿Puedo?

Cerré los ojos y asentí con la cabeza, no sé si quería pero sí lo necesitaba.

Entonces me dio un beso tierno y dulce en la mejilla y otro en la nariz, dejándome con ganas de más.

—Distinto será después, pequeña —me susurró Maximiliano en el oído, ese “después” involucraba muchas cosas, y no sé si estaba deseosa de saberlo.

—¿Max? —nos interrumpió muy serio Clemente, con la frente arrugada, como si estuviera preocupado por algo.

Al sentir su vocecita, nos separamos de inmediato para ponerle atención.

—Dime campeón.

—¿Por qué tienes una foto con mi abuela Clara y mi abuelo Alfred en tu habitación?

El silencio se apoderó de nosotros, ninguno esperaba esa pregunta, y menos en ese momento. Max me miró y con sus ojos me pidió calma, me dio a entender que él respondería, pero como mi hijo era impaciente al igual que su padre, se nos adelantó con otra pregunta.

—¿Clara es tu mamá?

Dios, esto era demasiado, no podía permitir que Maximiliano negara a su madre, eso sí que no correspondía.

—Clemente, hijo...

—¿Sí o no, mami?

Tragué saliva ante la premura de la respuesta, mi hijo era un bebé para mí, pero de los más inteligentes en ocasiones.

—Sí, Clemente, Clara es mi madre y Alfred mi padre.

Luego de unos segundos, que se nos hicieron eternos, habló:

—Entonces...¿Tú eres mi papá? —apostilló con una nueva pregunta. En ese minuto los colores de mi cara ya me habían abandonado, estaba pálida como una hoja de papel.

El momento de la verdad había llegado, nadie lo buscó, llegó de pronto y de la forma más inusual, sería ahora o ahora, solos los tres, en nuestra casa frente al lago.

—Sí, mi amor... Maximiliano es tu papá.

—¿Y tengo que decirte papá? —quiso saber, aún sopesando lo que le había confesado.

—Solo si tú quieres, hijo —respondió Maximiliano, agachándose junto a él y tomando mi mano. Agradezco que lo haya hecho, sentía que lo necesitaba.

Clemente se encogió de hombros y se acercó a mí, lo cogí en brazos y lo puse en mi cadera. Mirándolo tiernamente le hablé como la madre que era, como su madre.

—Mi vida, Maximiliano es tu papá y ahora y siempre estará contigo, así como lo estoy yo, pero si tú no quieres decirle papá todavía, está bien —le dije dándole un beso en la mejilla y de pasadita cogía fuerzas para lo que seguiría preguntando.

—Bájame, mami —me pidió incómodo.

Al llegar al suelo Maximiliano seguía en la misma posición, yo me uní a ellos y ahora los tres estábamos a la misma altura, agachados.

—¿Tú quieres ser mi papi? —le preguntó muy serio, era increíble, parecía como si fuera tan mayor y solo era un niño que cumpliría cuatro años.

«Pero no tonto», me recordó mi conciencia con orgullo en sus palabras.

—Más que nada en el mundo, Clemente. ¿Me dejarías? —consultó con la voz quebrada.

Clemente asintió con la cabeza y abrazó a su padre, cuando estuvo en sus brazos le dijo:

—Sí, papi, yo quiero ser igual que los otros niños que tienen papá y mamá.

¡Dios mío! ¿Cuánto daño le había causado a mi propio hijo? Él se sentía diferente al resto y yo jamás siquiera lo imaginé, ¿cuánto daño le había causado a mi hijo ocultándole la verdad? Y todo por pensar únicamente en mí y querer solo mi bienestar, era la persona más egoísta del mundo. Sentí que terminaba de quebrarme y las culpas volvían a mí, había dañado de una forma impensada al único ser inocente en esta historia, y lo había hecho por soberbia.

Maximiliano abrazaba a su hijo con gruesas lágrimas en sus ojos, la escena me partía en dos, me sentía de lo peor, había dañado por tanto tiempo al ser más importante de mi vida y todo por no querer escuchar razones ni explicaciones de

nadie y aun así mi hijo me tendía su manito para que me uniera a su abrazo. La nobleza de Clemente no tenía límites.

Por él haría lo que fuera, él hacía que todo valiera la pena, mi hijo nunca me había pedido nada y había sufrido en silencio por mucho tiempo por creerse diferente.

—No llores, mami, ahora está mi papá para cuidarnos —murmuró Clemente.

«Dios mío por favor, nunca te he pedido nada, ayúdame a enamórame de nuevo de Maximiliano, disfrutar de su compañía, de su amabilidad. Ayúdame a olvidar algo que ni siquiera he tenido», supliqué en mis pensamientos mientras me aferraba a los brazos de Maximiliano para que me protegieran de mí misma. Pero ¿a quién quería engañar?! No podría disfrutar de Maximiliano porque no lo amaba a él. No lo deseaba a él, no eran sus brazos los que quería tener recorriendo mi piel.

—Sí, mi vida, tienes razón, ahora está Maximiliano para cuidarte.

—Para cuidarnos, mami —repitió mi hijo limpiando mis lágrimas.

—Ya, vamos, par de hombrecitos —hablé levantándome, no podía seguir así—. ¿Quién llega primero a la pelota?

Clemente fue el primero en salir disparado hacia esa dirección, Maximiliano tomó mi mano y no me dejó moverme.

—Gracias, pequeña, gracias de verdad —susurró con su frente pegada a la mía—. Ahora anda, vamos mujer, no hagas esperar a mi hijo —dijo con orgullo en cada una de sus palabras.

Exactamente eso hice, no lo haría esperar más, no sé cuánto tiempo estuvimos jugando así. Nos entramos cuando el viento comenzó a arreciar, a Clemente le encantaba esa sensación, decía que volaba, pero una cosa era lo que le gustara y otra muy distinta que se enfermara, ya bastante trabajo me costaba hacerlo entender que su brazo debía estar siempre en alto, no, a él le daba lo mismo y en eso Maximiliano no colaboraba demasiado.

Maximiliano, por primera vez en su vida, se acercó al baño mientras bañaba a Clemente, ese era un momento único y yo disfruté realmente con verlo bañar a su hijo. Me quedé ahí para supervisarlos, pero en realidad no hacía falta, él siempre se las arreglaba muy bien, luego fue Clemente quien le pidió que le contara un cuento para dormir. Yo encantada, acepté. Mi tarea por el día ya estaba realmente hecha, respiraba tranquila, sin secretos ocultos para mi hijo, él ya sabía quién era su padre y lo había aceptado de maravilla.

Sentada en el sillón estaba cuando sonó mi celular.

—¿Diga?

—Hola, Jose —me saludó Amber, a estas alturas, mi gran amiga.

—Hola, cuéntame, ¿qué pasa?

—Nada, solo quería que supieras que mañana llegaremos un poco más tarde al cumpleaños de Clemente.

—¿Por qué? —pregunté curiosa.

—Eh... —Sentí un momento que Amber dudaba de su respuesta, pero luego de unos segundos de silencio, que se me hicieron interminables, ella finalmente habló—. Iremos a dejar a Greg al aeropuerto, Jose. Se marcha.

—¿Qué?! —chillé, eso no me lo esperaba, una cosa era que no estuviéramos cerca y otra que se fuera, no, no quería, pero sabía que sería lo mejor.

—Sí, Jose, se va de viaje con Roberta, vuelve a Inglaterra.

—Para siempre —dije casi en un hilo de voz.

—No, Jose, ¿cómo se te ocurre?, pero no sé por cuánto tiempo... Greg está extraño.

—¡Ja!, extraño —comenté con rabia, qué manera de cambiar estados de ánimo en un mismo segundo—. Si está con Roberta, la diosa del sexo, cansado es lo que debe estar.

—No sé, Jose, está distinto, Greg no bebe jamás y ahora no deja de hacerlo por las noches, fue *póker* quien le sugirió que fuera a ver a sus padres.

—Mmm. Bueno, entonces nos vemos mañana, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Debo confesarte que muero por saber de qué se disfrazará Maximiliano.

—Estamos igual, no me ha comentado nada.

Después de un rato de charla, corté el teléfono y me quedé pensando en lo que Greg hacía y en lo que yo me negaba a hacer. Vivir. Seguir adelante. Si él tenía con quién, yo también tendría, no por despecho, ni por resentimiento, simplemente porque debía seguir adelante con mi vida... con mi decisión.

—Amo a mi hijo, pequeña, pero a esta hora ya tengo la espalda en las manos —me dijo acariciando mi pelo entre sus dedos.

—Y eso que tú llevas solo unos días, yo llevo así cuatro años.

—Lo sé —respondió con amargura en sus palabras.

—Disculpa, Max, yo no...

—Shhh, no serías tú, Jose, si no respondieras así.

—Gracias —me disculpé avergonzada.

—Gracias a ti, pequeña, por darme el mejor regalo de la vida —me dijo, se sentó a mi lado, tiró de mi mano y sin darme cuenta ya estaba sobre él, en su regazo, me rodeó con sus brazos y hundió su cabeza en mi cuello—. Te quiero Jose, te necesito tanto —susurró frente a mis labios

Ahora me sentía vulnerable, quería poner cierta distancia, pero Maximiliano no me dejaba, me acercó más a él y me miró fijamente, sus ojos ya no eran azules, estaban ardientes de deseo, pegué mi frente en la de él y por un segundo me permití soñar en lo bien que me haría olvidar... Su aroma fue durante tanto tiempo mi favorito, que creo que en honor a esos recuerdos y a lo que yo misma me había prometido, cerré los ojos, indicándole que ahora estaba dispuesta para él. Con ese pequeño gesto me estaba entregando por completa en cuerpo y alma.

—¿Quieres que te bese, pequeña? —susurró muy despacio en mi oído, haciéndome temblar.

—Sí... —respondí muy bajo.

Esa frase salió casi como una súplica para pedir olvido al recuerdo. No escuché ninguna respuesta, nos quedamos mirando fijamente el uno al otro impregnándonos solo con nuestras miradas. Con mis manos algo temblorosas, acaricié su pelo y el ambiente se fue cargando, no necesité escuchar a Maximiliano para saber lo que deseaba. Mordí mi labio para que no se diera cuenta de lo nerviosa que me sentía, podía verme en su enorme pupila y ver la cara de espanto que yo poseía, no por no saber lo que venía, sino porque no sabía si sería capaz de aguantarlo.

De pronto, me agarró firmemente por las caderas, se levantó y yo instintivamente me agarré de su cuello para no caer. Su lengua encontró la mía, él jadeó de satisfacción en mi boca y yo acepté sin poner oposición, su mano se enredó en mi pelo y como si fuera una muñeca de trapo me levantó, caminó conmigo hacia su habitación, cerrando la puerta al entrar.

—¿Estás segura, pequeña? —jadeó aún conmigo en brazos.

—Segura —respondí mirándolo.

Me dejó a los pies de la cama, apoyé mis manos sobre sus brazos, no quería perder el contacto, no podía hacerlo. Lentamente comencé a desabrochar los botones de su camisa. Cuando terminé, él levantó mi polera y me la sacó con mucho cuidado, me dejó desnuda de la cintura hacia arriba, solo mi sujetador me cubría. Ahora desabrochó el botón de mi pantalón y luego bajó el cierre.

Yo imité su actuar, solo que mis manos temblaban al tocarlo, en cambio las de él parecían como si fueran muy seguras de sí mismas.

Sus ojos brillaban como estrellas centelleantes en la oscuridad, separó sus labios y respiró entrecortado. Sé que estaba nervioso, al igual como lo estaba yo.

—Bésame —le pedí en un susurro ahogado, como si eso fuera lo que necesitara para seguir adelante.

Comenzó un camino de besos, lentos y torturadores, desde mi frente hasta mi cuello, no tocó mis labios al pasar por ellos, solo la comisura, eso me hizo jadear, pidiéndole más.

—Mis pantalones, pequeña, bájalos —me ordenó con cariño.

Obedecí un poco aturdida por la orden, él con gracia se los quitó y me ayudó a mí con los míos, ahora ambos estábamos desnudos solo con nuestra ropa interior. Me dio la vuelta y quedé de espaldas a él, se arrodilló en mi espalda y trazó lentamente un círculo alrededor de mi tatuaje.

—Clemente y tú, pequeña —ronroneó besando los *caballitos* de mi espalda.

—Sí —respondí con la voz ahogada. Me dio la vuelta y quedó frente a mi vientre. Eso me puso aún más nerviosa, verlo arrodillado me complicaba y me abrumaba a partes iguales.

Lentamente, comenzó a besarme y a recorrer mis muslos con sus dedos, él sonrió y yo cerré los ojos, me tomó por la cintura, juntos caímos despacio a la cama. Nuevamente empezó a besarme calmadamente, partió en mi cuello bajando por él, pasando por mis senos, deteniéndose en cada uno de ellos, Dios, la sensación me estaba nublando los sentidos, no me dejaba pensar... y en realidad es lo que necesitaba. Entregarme.

—Max, por favor, no más, no así —supliqué para que se detuviera, no quería que llegara a donde sabía que se dirigía, pero mis palabras parecían sordas para sus oídos, siguió haciendo lo que estaba, pero aún más despacio. Una dulce tortura, pero tortura al fin y al cabo.

Bajó mis braguitas con sus dedos, como si se deslizaran por aceite, sin oponer ninguna resistencia. Eso era tan erótico y enloquecedor.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Y bien, qué? —pregunté con ansias de más—. ¿Por qué te detienes? —tartamudeé conmocionada por el deseo.

—¿Quieres más?

—¡Claro que quiero más! Lo necesito —contesté con verdad en mis palabras.

Maximiliano rio dejándome perpleja, tenerlo desnudo frente a mí es un regalo que cualquier mujer querría tener. Intentaba razonar con mis hormonas para que despertaran y me hicieran quedar sin juicio, pero parece que hoy lo que reinaba en mí, era el razonamiento. No me importó, estaba decidida a seguir adelante, en un ágil movimiento digno de una gimnasta, que incluso me asombró a mí misma, quedé sentada a horcajadas sobre mi marido, su cara ahora es de auténtica sorpresa y satisfacción.

—Quítate el sujetador, Josefina.

Yo abrí los ojos al escuchar mi nombre, Maximiliano sonrió ante mi asombro.

—No podría decirte pequeña en este momento, Jose, eres toda una mujer. Eres hermosa.

Eso me hizo sonreír, enaltecer mi orgullo, eso no lo podría negar jamás.

En recompensa al cumplido, me moví provocativamente sobre él.

—Josefina Von Kryler —me indicó—. Estás tentando a tu suerte.

—Sí. ¿Qué pretendes hacer al respecto? —lo reté con la mirada, poniendo mi pelo sobre su cara, ahora parecía que estamos solo él y yo, mi pelo largo nos enjaulaba y aun en la oscuridad pude ver sus ojos brillar con deseo. Sentí su erección atrapada por sus *bóxer* bajo mis piernas.

Maximiliano se movió conmigo sobre él y sacó del cajón de la mesita de junto un paquetito plateado. Me levantó con delicadeza, y ahora yo quedaba por debajo de él.

Sacó sus *bóxer* rápidamente y volvió a estar sobre mí, completamente desnudo. Ambos lo estábamos.

Besó mis senos y jugó con mis pezones, alternándolos, yo comencé a jadear debajo de Max, él no se detuvo y mi espalda se arqueó para exigir más.

«¡Quiero más! ¡Deseo más! ¡Necesito más!».

«¿Puedes más?», preguntó mi conciencia. Yo aparté la idea, no necesitaba la cordura en ese momento.

—Por favor, Max.

—¿Por favor qué, Josefina? —preguntó mirándome entre medio de mis senos.

—Déjame sentirte dentro.

—¿Segura?

—Por favor —supliqué.

Sin dejar de sonreír ni mirarme, separó mis piernas con sus manos y se movió hasta quedar completamente suspendido sobre mí. Me sentí atrapada por él y la sensación no me agradó, quería ser yo la que dominase la situación y no al revés.

—No, así no, Max.

Él se detuvo al instante y, al ver confusión y temor en sus ojos, le aclaré.

—Quiero estar sobre ti, es solo eso.

«Mentira», me gritó mi conciencia. «No es solo eso, no quieres estar así, no te sientes atrapada, ¡te sientes cautiva!».

Moví la cabeza para no escuchar nada más, parecería loca si le respondía, aunque en verdad quería hacerlo.

Maximiliano se movió a un lado de la cama y yo por fin me pude acomodar sobre él, yo dominaría la situación y sería dueña de ella.

Puse una mano a cada lado de su cara, lo besé en los labios con no tan auténtica pasión, él me devolvió el beso con fervor, rodeándome con sus manos, como si con ellas pudiese embeberse de mí.

Cerré los ojos para poder deleitarme y concentrarme absolutamente en lo que iba a hacer. En ese momento Maximiliano me penetró suavemente, yo no vi nada, no me atrevía a mirarlo, solo lo sentí y lo acepté gustosa, y lentamente reclamé lo que creía que en ese momento me pertenecía.

Maximiliano gimió de placer al primer contacto.

Dios mío, esa sensación de él dentro de mí era tan... placentera, me sentía completamente inundada por Max. Me quejé levemente, no era virgen, claro estaba, pero era como si lo fuera, mis músculos se contrajeron automáticamente como si pidieran misericordia por la embestida. Maximiliano puso sus manos en mis caderas y comenzó a moverme de arriba abajo, empujándose gradualmente cada vez más dentro de mí. ¡Oh! Era tan...

«Patético», dijo la voz desde mi interior.

—Josefina, eres increíble —susurró Maximiliano, ahora sentándose para besarme apasionadamente, luego volvió a su posición original sin despegar las manos de mis caderas. Marcó el ritmo paulatinamente, pero yo no necesitaba eso, necesitaba más.

Puse mis dos manos sobre su pecho y comencé a moverme bajo mi propio ritmo, con verdad, esa que quería olvidar, mi movimiento era implacable, despiadado, severo..., ¡oh Dios! Cómo sentía cada vez que llegaba hasta el fondo. Maximiliano gimió con su mandíbula tensa, sabía que se estaba conteniendo, vi que tenía sus ojos cerrados cuando por un momento abrí los míos, y yo seguí aún más rápido, mis movimientos eran castigadores y lo único que lograba visualizar en mi mente eran los ojos de Greg. Me odié y lo odié con cada embestida que le di a Maximiliano. De pronto, mis piernas se tensaron.

—Vamos, Jose —gruñó resistiéndose—. Entrégate.

Esas palabras fueron el detonante, mi motor, y comencé a perder el control, si esto fuera como una carrera, sería como estar a punto de llegar rendida por el esfuerzo, pero cuando estaba a punto de cruzar la meta, esta se alejó y supe en ese mismo instante que no iba a ser capaz de llegar, no ahora... no con Max.

—¡Josefina! —jadeó—. ¡Mierda, pequeña, lo siento!

Y supe que, con esas palabras, Maximiliano había cruzado la meta, caí rendida en su pecho y hundí mi cabeza en su cuello. Mientras él acariciaba con su pulgar mi espalda, una solitaria lágrima rodó por mi mejilla.

Después de recuperar el aliento me levanté lentamente y vi que Maximiliano me estaba mirando con verdadera adoración. Él, el hombre que tanto una vez amé, me veía como si fuera su gran amor y yo no era capaz de devolverle el mismo amor. Mis manos recorrieron su rostro y él cerró sus ojos, besé en agradecimiento cada uno de ellos y me volví a acostar sobre él.

—¿Estás bien, pequeña?

—Si Max, mejor que nunca —mentí... otra vez.

Estaba acostada desnuda junto con Max observando el lago, el hombre que sabía que me amaba acariciaba mi espalda, mientras yo me sentía miserable, repugnante y una oportunista. Había utilizado a Maximiliano para mi propio beneficio y lo único que había conseguido había sido acercar más mi recuerdo de Greg. Era un alto precio el que estaba pagando para olvidar.

El recuerdo de Roberta y el desprecio con que me había mirado en el muelle me habían destrozado y yo quería borrar esos recuerdos con sexo, porque eso es lo que había sido, al menos para mí.

El silencio estaba entre nosotros, hasta que para mí llegó el momento de salir, necesitaba limpiarme, me sentía sucia, no como una prostituta sino peor, me sentía ruin. Egoísta, egoísta... otra vez.

—¿Dónde vas? —preguntó cauteloso Maximiliano cuando me levantaba de la cama.

—A mi habitación —respondí presurosa.

—Pero yo pensé que...

—Todo bien, Max, pero no sé qué le tendríamos que contestar a Clemente cuando mañana nos vea despertar juntos, ese pequeño es más inteligente que tú y yo.

—Es verdad, aunque me encantaría que durmieras junto a mí, hoy, mañana y siempre.

—Lo sé, Max, créeme que lo sé —le dije besándolo castamente en los labios—. Pero mañana será un gran día y muero por saber de qué te disfrazarás.

Con eso Maximiliano se quedó tranquilo, al menos eso esperaba, en cambio yo, al llegar a mi habitación, lloré, lloré por lo que había hecho, lloré por lo que había perdido. Nuevamente me había entregado a Maximiliano, ese hombre siempre conseguía todo conmigo, pero esta vez no podía ser tan injusta, yo se lo había permitido y yo me había entregado. Maldije a Greg por meterse en mi piel, en mi corazón, pero más me maldije a mí misma por ser una cobarde.

No podía dormir y sabía perfectamente lo que tenía que hacer, me metí en la ducha para olvidar, para sacarme el olor de Maximiliano, el olor a sexo por conveniencia.

Lo único que esperaba era no despertar a nadie, pero eso con mi suerte era imposible. Al salir envuelta en la toalla, Clemente estaba esperándome en la cama, como si mi osito supiera lo que yo necesitaba para olvidar.

En la mañana, Maximiliano apareció con una sonrisa en su cara, una realmente maravillosa. Eso me destrozó, sabía por qué era y claro, me recordaba a mí misma lo zorra que me había comportado.

—¿Dónde está el cumpleañosero?

—¡Aquí, papi! ¡Aquí! —chilló Clemente levantándose rápidamente para llegar a los brazos de su padre, quien lo cogió y caminó hasta mí.

—¿Cómo dormiste, pequeña? —se burló sonriente.

—Maravillosamente —volví a mentir. Si fuera Pinocho, mi nariz estaría a punto de llegar al polo—. Espérenme acá —les pedí cerrándole un ojo a Max, él sabía lo que yo iba a hacer, pues ya lo habíamos conversado.

Clemente invitó a su padre a mi cama, pero Max solo se sentó, ese hombre me conocía demasiado... y no sé si eso era bueno o malo.

Subí con una bandeja y en ella una torta con cuatro velitas. Junto a Maximiliano, cantamos el cumpleaños feliz y mi hijo pidió tres deseos.

Lo abrazamos, besamos y yo, como siempre, necesitaba comérmelo a besos. Luego, entre la ansiedad de Maximiliano por entregarle su regalo y la curiosidad de Clemente por saber qué era, bajamos rápidamente.

La cara de Clemente era un verdadero poema, miles de emociones expresaba su linda carita: conmoción, alegría, sorpresa, todo eso y más. Se acercó con cautela y, antes de llegar a su regalo, nos abrazó, primero a mí y luego a su padre.

—¿Te gusta el auto, mi vida?

—¡Mami! No es un auto, es el Batimóvil —me corrigió mi hijo, enojado porque había insultado su regalo.

—Has cometido un pecado capital, pequeña, ¿cómo insultas el auto de Batman?

—¡Sii! Yo soy Batman, mami, ¿cómo no sabes?

Me reí disimuladamente, si no, seguro Clemente se enojaría aún más.

—Sí, mi vida, claro que lo sé —respondí para arreglar mi error.

—¿Quieres probarlo, Batman?

—¡Si! Sí quiero, papi.

Ahora, padre e hijo, jugaban como dos niños sobre el césped. Maximiliano había escogido el regalo perfecto, un auto con forma de Batimóvil para ser manejado por niños, con eso, Clemente terminó de creerse el superhéroe de sus sueños.

La mañana avanzó y comenzamos con los preparativos de la fiesta, nos estaba quedando todo realmente hermoso, incluso el día. Para ser una tarde de invierno, no estaba tan fría, ahora en el patio lucía un tobogán gigante del Hombre Araña. Margarita estaba desde muy temprano conmigo, ayudándonos.

—Hija, ¿por qué tienes esa carita? —me interrogó en un momento en que yo estaba en la cocina poniendo galletas en una fuente.

—¿Qué cara, Margarita? Son ideas tuyas.

—No, mi niña, te conozco demasiado.

Yo suspiré, a esa dulce mujer no podía mentirle.

—Soy un desastre Margarita, quería tanto olvidar a Maximiliano que en el camino lo logré —contesté con pesar en mis palabras.

—¿Y...?

—Me enamoré de Greg.

Margarita dejó caer el tenedor que tenía en las manos, haciendo retumbar todo el lugar.

—¡Lo sabía, Josefina!, te conozco.

—Ya, por favor, no digas nada, no aquí.

—No, hija, ahora me vas a escuchar. ¿Hasta cuándo tendrás que esperar para ser feliz? Ese hombre te quiere, lo vi en sus ojos, vi cómo estuvo contigo incondicionalmente.

—No, Margarita, solo somos amigos.

—¡Josefina, por Dios! Yo te creía más inteligente, hija.

Yo abrí los ojos como platos, incluso sentí que me dolían, Margarita me decía idiota y, en parte, sí lo era.

—No, Margarita, yo le voy a dar una familia a Clemente, se lo merece.

—Él se merece ser feliz y lo es, Josefina, ¿cómo no te das cuenta? Míralo, hija —me dijo tomándome de la mano para que lo viera, mi hijo reía, mientras Maximiliano lo atajaba cuando se tiraba por el tobogán.

—Me doy cuenta, Margarita, y ahora que lo veo reafirmo mi teoría.

Era verdad, mi hijo era feliz, lo notaba en su mirada.

Margarita tomó mis hombros, nunca la había visto tan seria en toda mi vida.

—Mira, Josefina Zarmientos. —Ups, esto es grave, ella jamás me llamaba así—. Si tú crees que por no estar junto a Maximiliano Clemente no va a ser feliz, estás muy equivocada. No he terminado jovencita, no hables. —Cerré la boca de

inmediato—. Tu marido nunca ha sido santo de mi devoción, pero sí debo reconocerle una cosa, es un hombre responsable, sí, cometió un error imperdonable, pero una cosa es el hombre y otra muy distinta el padre, y él, hija mía, está hecho para serlo, nunca dejará de lado a su hijo o lo querrá menos, no, mi niña, él es buen hombre y sabe separar los amores.

—Margarita, Clemente me dijo que se sentía un niño normal ahora que tenía un padre —le comenté con lágrimas. Dios, ahora lloraba por todo, me estaba volviendo una bola de sentimientos revueltos.

—¡Claro que se siente normal! ¡Todos los niños tienen padres y madres! Él por fin sabe quién es el suyo, pero no por eso se merece tener una madre infeliz, no perderá a su padre porque tu no estés con Maximiliano, hija. ¿Hasta cuándo, Josefina? ¡Hasta cuándo! No repitas el sufrimiento de tu madre.

Eso me desconcertó.

—¿Qué dices? ¿Qué sufrimiento?

—Nada hija, olvídalo —me pidió Margarita, visiblemente complicada por su intempestiva confesión.

—No, Margarita, dímelo ahora —le exigí saber.

Margarita cerró los ojos con dolor y yo sé que la estaba obligando a confesar algo importante, un secreto que le dolía más de lo que ella quería admitir.

«Dios, que esto no sea lo que yo creo, mi vida no puede ser una novela», pensé. «Quiero ser normal, no la reencarnación de Cleopatra».

Como no hablaba, mi lengua se adelantó a preguntar.

—¿No soy hija de Óscar?

—¡Sí, hija, por Dios, qué imaginación! —exclamó Margarita.

Solté el aire contenido y volví a respirar, sé que ahora venía la revelación completa.

—Los tres son hijos de Óscar y Mercedes.

—¿Y? —la apresuré, su calma me estaba impacientando.

—Hubo un tiempo en que tus padres estaban muy mal, don Óscar se refugió en el trabajo y la señora Mercedes en un amigo. Ellos se enamoraron, hija, ninguno de los dos lo buscó, pero así sucedió y ella jamás quiso dejar a tu padre para darles un hogar estable y normal como dices tú, y ya ves cómo terminó mi señora. Yo creo que las cosas hubieran sido muy distintas si ella hubiese comenzado otra vida.

No creía lo que estaba escuchando, no podía ser, los recuerdos de mi madre siempre fueron con ella en casa, en su habitación o contemplando las flores de su jardín. ¿Pero enamorada? ¿O saliendo para encontrarse con alguien? ¡Oh no!, por favor, que yo no fuera la causante de esto.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté en un susurro—. ¿Yo ya existía? —interrogué con cautela, mi corazón estaba a punto de salir desbordado de mi pecho.

—Sí, hija, por supuesto que sí, tú llegaste al mundo porque fuiste la oportunidad de tu madre para volver a amar a tu padre, fuiste un regalo para ella.

—Pero no lo logró, ¿verdad? —dije sin aliento.

—Es por eso que quiero que vivas, hija, que seas feliz, no quiero saber que después quedarás embarazada pensando que con eso arreglarás las cosas, no hija, eso no sucederá, se ama o no se ama en esta vida, eso es todo. Eres joven, linda, tienes el mundo a tus pies, no quiero ver cómo se apaga la llama de tu vida... igual como se apagó la vida de mi señora. El dolor le ganó, Josefina, y yo no...

—No, Margarita, no digas más, yo no soy Mercedes, soy Josefina, sé lo que quiero y lo que debo hacer.

—¿Entonces, hija? ¿Te permitirás ser feliz?

—Sí, Margarita.

—¿Dejarás a Max y te permitirás amar? —me preguntó con esperanza en su mirada.

Abracé a Margarita en ese momento, viéndola a la cara, jamás podría.

—No, Margarita bonita, yo le daré un hogar a Clemente, él se lo merece, yo ya viví la vida loca sin pensar en nadie. Ahora está él, pero no te preocupes, yo no me apagaré, te lo prometo, además sé que tú no me lo permitirás jamás. Confío en ti.

Margarita suspiró con dolor y luego la seguí con el suspiro.

Tenía tanto que procesar ahora, esa nueva información me había dejado descolocada. Ahora entendía muchas cosas de mi madre, la pena negra en sus ojos, su soledad, sus silencios prolongados, ella lo había intentado por nosotros y yo haría que su sacrificio valiera la pena. Viviría por ella, pero necesitaba decírselo.

Me sequé las lágrimas y corrí donde estaba Maximiliano, ante la atenta mirada de Margarita que no entendía nada.

—Max —jadeé.

—Dime, pequeña, ¿qué sucede?

—Escucha, tengo que ir a ver a mi madre, lo necesito, estaré acá antes de que la celebración comience, por favor.

—¿Estás bien, Jose? ¿Estás segura?

—Nunca he estado tan segura en mi vida de algo como ahora. ¿Confías en mí?

—Sí, pequeña, confío en ti —me expresó con admiración en los ojos, pero no sé de qué.

Lo abracé y le di un beso en los labios, luego fui donde Clemente y le lancé un beso, él no se había bajado del tobogán.

Tenía todo fríamente calculado, si me iba ahora, llegaría de regreso antes de las cuatro. Esto era importante, necesitaba que mi madre supiera que su esfuerzo había valido la pena, quería que supiera que no la culpaba, que la quería y, lo más importante, que le agradecía todo lo que ella había hecho por nosotros. Aunque ella estuviera en una realidad paralela, se merecía saber que yo la

entendía, yo era su hija y en cierta forma estaba haciendo lo mismo, los sacrificios por amor eran los más importantes y los más dolorosos a la vez.

Sé que lo lógico sería que corriera al aeropuerto en vez de al psiquiátrico, detuviera a Greg y me quedara con él, pero esto no era un cuento de hadas y yo no era la princesa de ningún cuento, esta era la vida, la realidad y lo que yo necesitaba era hacer las cosas bien. Ojalá Greg fuera feliz, si bien mi madre estaba enamorada y su amigo también acá no sucedía lo mismo, yo podía atraerle mucho al inglés, pero ¿amor? No. Él jamás había pronunciado la palabra amor.

«¿Por qué no nos haces un favor y aprovechas de internarte tú también en el psiquiátrico?», me recriminaba mi voz interior, mi pepe grillo, mi amiga la conciencia.

Capítulo 20

Cuando llegué la vi, mi madre estaba como siempre, sentada frente a un rosal acariciando su muñeca. Era una escena muy familiar para mí y, por extraño que pareciera, me daba paz, ella estaba en su propio mundo, sin problemas, viviendo nada más.

—Mamá —le dije en cuanto llegué hasta ella, la abracé y la besé. Me arrodillé ante ella y coloqué su mano sobre mi cabeza, ella no la movía, era como si aún no me reconociera. A veces, ella movía su mano, otras veces la quitaba, pero esta vez solo la apoyaba, sabía que me escucharía. Aunque estaba sumida en su mundo, no era sorda, no sabía si me podría comprender, pero no me importaba, yo había ido a decirle lo que sentía, y debía hacerlo mirándola a los ojos.

Me acomodé hincada frente a ella, tomé su mano y mirándola con admiración, porque eso es lo que sentía, comencé:

—Mamá, vine hoy para contarte que tu nieto Clemente cumple cuatro años, que es un niño maravilloso, pero lo más importante es que he venido a agradecerte todo lo abnegada que fuiste por nosotros, por tus hijos, por mí. Sacrificaste tu vida para hacernos feliz y lo lograste, Sebastián es un hombre trabajador y preocupado, apoya a papá en todo, le inculciste el sentido de la responsabilidad y lo lograste. Andrés es un soñador, vive la vida con pasión, mamá, vive cada día como si fuera el último, está enamorado de la vida y eso es gracias a ti, le enseñaste el concepto de la vida y créeme que él sabe vivir. Yo mamá... tengo una familia, ¡mi propia familia!, un hijo maravilloso y un marido que me ama, me enseñaste a valorar los regalos que la vida nos da, me enseñaste a mirar las flores como un tesoro de la naturaleza, me enseñaste que lo más importante es la familia, que por ellos vale la pena vivir y luchar, y eso hago, Mercedes, gracias mamá. Ahora entiendo todo lo que diste por nosotros, por tus hijos, lo que dejaste para que fuéramos felices y lo lograste —hablé cada una de las palabras con verdadera devoción, reconocimiento, contemplación, mi madre merecía eso y mucho más, debía saber que su sacrificio no había sido en vano, que no estaba olvidada, que no se había sacrificado por nada y eso estaba haciendo yo allí, hincada frente a ella, reconociendo su abnegación—. Gracias, mamá, por darme una familia... mi familia.

En ese momento sucedió lo más maravilloso del mundo para mí, mi madre de *motu proprio*, levantó su mano y acarició mi mejilla, una lágrima rodó por su mejilla y yo creí estar tocando el cielo, caminando sobre las nubes blancas de algodón, pero aún la vida me deparaba el mejor de los regalos.

—Gracias, princesa —me respondió en un murmullo ahogado, no sé si lo soñé o realmente lo escuché, pero mi madre, después de muchos años de silencio, me había hablado, me había agradecido. Eso ya era bastante para mí, con eso yo sabía que me había entendido y que su esfuerzo había valido la pena.

Me levanté y la besé en la cara, por todos lados, ahora yo también lloraba y mi madre había vuelto al lugar de tranquilidad en que se encontraba, pero ya no me importaba, me había regalado un instante de su vida y eso era lo más importante para mí. Me sentía plena, completa y entendida, Mercedes era una mujer que se había inmolado por sus hijos y yo tenía el deber de honrarla, así como mis hermanos también debían hacerlo, y yo, Josefina Zarmientos, me encargaría de eso.

Volví en completa calma a mi casa, sentía que mi sacrificio valía la pena, que tenía un propósito, si Clemente era feliz y normal, como decía mi pequeño, yo estaría pagada.

Llegué justo a tiempo, solo algunos autos se encontraban en la propiedad, entré en silencio y sin ser vista, aún debía disfrazarme para la fiesta y esta vez no sería una mujer sexy, o *femme fatale*, ahora me convertiría en una princesa salida de un cuento de hadas. Sería Giselle, de la película “Encantada”.

Me encantó ver el jardín rodeado de niños, princesas, hadas, mariposas, vaqueros, piratas, pistoleros y por supuesto, superhéroes. De inmediato, divisé a Clemente, él era Batman, no podía ser de otra manera, si hasta Batimóvil tenía.

—¡Cuñada! —me dijo Amber vestida de Campanita, con su traje verde y brillos en su cara.

—Amber, te ves preciosa —comenté con alegría, esto de que todos se disfrazaran para la fiesta de mi hijo me regocijaba enormemente.

—Tú también te ves hermosa, Jose, eres toda una princesa, solo te falta el príncipe que suba a la torre a rescatarte —me dijo cerrándome un ojo. Yo sabía a lo que se refería, éramos demasiado amigas y, aunque yo jamás le había contado mis sentimientos, ella era mujer y no necesitaba ser más explícita para que pudiera adivinarlos.

—Sí —suspiré—, pero ese caballero se fue con la bruja mala y ahora irán a divertirse al infierno. —Reí con pesar ante mi analogía del cuento con mi propia realidad.

—Pero yo no estaría tan molesta si tuviera a Superman para salvarme.

—¡No te lo puedo creer! —exclamé con sorpresa, no lo podía imaginar, necesitaba ver al serio de mi marido disfrazado.

Salí muy deprisa para verlo y casi morí, ahí estaba Maximiliano con el típico traje azul ajustado, cinturón rojo y la letra “S” en su pecho, ¡si estaba con capa y todo!, su pelo peinado hacia atrás y sus ojos azules hacían perfecta combinación con su traje.

Se me secó la boca en cosa de segundos, jamás en la vida pensé verlo así y todo gracias a Clemente, si me lo hubiesen contado, jamás lo hubiese creído. En cuanto me vio, caminó hacia mí.

—¡Wow! Este traje me gusta mucho más, pequeña, es más tú. La princesa de la casa, de mi vida —acotó dándome un casto beso en los labios—. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Necesitaba hablar con mi madre, gracias por hacerte cargo.

—Pequeña, no me hago cargo, es lo que me corresponde.

—Déjame decirte que de Superman te ves muy bien.

—Te puedo salvar de la bruja mala de tu cuento —me dijo cerrándome un ojo.

—¡Zancudo! —gritó Andrés llegando hasta nosotros vestido como Peter Pan—. Pensé que serías un ángel, ¿o con un poquito menos de ropa? —se mofó por el largo traje que llevaba puesto.

—Es una fiesta infantil, ridículo, no tu celebración de cumpleaños. —Mi hermano me hizo un mohín e ignoró mi comentario.

—Este otro año le podría regalar la Batimoto a mi sobrino.

—Olvídalo, sobre mi cadáver —le advertí.

—Vamos, Max, ¿tú qué opinas?

—Lo siento Andrés, yo acato lo que diga mi princesa, me costó convencerla del auto no te imaginas cuánto.

La charla siguió muy amena, se unió a nosotros Alfred, Amber y un par de amigos de Max. Todo funcionaba sobre ruedas, todos se divertían y el cumpleaños resultaba a la perfección.

Caminé para buscar refrescos, pero de pronto me detuve en seco.

Oscar venía entrando del brazo con la innombrable. Susana tenía en su rostro una mirada altiva, caminaba serena al lado de mi padre. Y él frunció el ceño al ver mi reacción.

¡Mierda! Quería voltear para que Maximiliano solucionara la embarazosa situación, pero sabía que estaba ahora en el tobogán recibiendo a los niños.

Reuní todas mis fuerzas para no hacer un escándalo y echarla de mi casa, por alguna extraña razón sentí que Clemente quedaba desprotegido con esa arpía en mi propio terreno, sentí cómo la sangre me abandonó y esa mujer me anuló con su penetrante mirada.

—Prefiero pensar que olvidaste mandarnos la invitación al cumpleaños de Clemente. —Fue lo primero que mi padre me habló en tono hosco.

¿Por qué siempre con mi padre me sentía una niña pequeña que había cometido alguna travesura? ¿Por qué no podía enfrentarme a él y decirle realmente lo que sentía?

—Pasa, tú siempre serás bienvenido en esta casa.

Susana pasó por mi lado haciéndome un gesto de desprecio.

¿Por qué esta mujer me aterraba? Si ya no tenía nada que esconder.

—Te debería felicitar por todo lo que has conseguido querida, has atrapado a Maximiliano con el más bajo de los recursos —espetó muy despacio al pasar por mi lado, solo para que yo la escuchara.

Tuve que morderme la lengua para no responderle, no podía hacer un escándalo justo hoy en el cumpleaños de mi hijo. Caminé al baño, necesitaba tomar aire, sabía que con Maximiliano, Clemente estaba seguro, pero ¿por qué mierda yo no me sentía así?

Al volver, ella, como siempre, se había convertido en la reina del lugar, su carisma era asombroso, tenía una facilidad para ser amada que cualquiera la quisiera, no es que sintiera envidia de ella, pero no podía ser cínica con lo que claramente saltaba a la vista.

Antes de volver, me acerqué a los juegos para hablar con Max.

—¿Qué sucede, pequeña? ¿Te sientes mal? Estás pálida —me dijo Max asustando a Margarita, que estaba junto a él.

—Llegó Susana —comenté en un hilo de voz.

Maximiliano bufó guturalmente, apretó su mandíbula y se cuadró como si se preparara para la batalla.

—No, Max —pedí nerviosa, conocía las expresiones de mi marido—. Es tu primer cumpleaños con Clemente, no puedes arruinárselo.

¡Dios mío! ¡Qué increíble lo que uno podía llegar a hacer por un hijo! Parecía como si yo la estuviera defendiendo.

—No te preocupes, pequeña, sé muy bien lo que tengo que hacer —bufó serio caminando en dirección a donde se encontraban ellos.

—Margarita —pedí asustada—. Quédate acá con Clemente, no dejes que se acerque.

La zorra de Susana sabía muy bien cómo actuar, al ver a Maximiliano se tomó más fuerte del brazo de mi padre y, poniendo su mejor cara, saludó.

—Maximiliano, que gusto verte de nuevo —inquirió Susana con sorna.

—Buenas tardes, Óscar —saludó Maximiliano, ignorando a Susana.

Eso fue un punto para mí, la cara de Susana se había desencajado al ser ignorada.

Alfred se sentía incómodo también, lo podía notar, en realidad todos lo estábamos, esa mujer producía repelencia en todos los que sabíamos la verdad, no es que dejáramos de culpar a Maximiliano, era que la desfachatez de ella era increíble.

—Josefina, hija —me dijo mi padre—, ¿dónde está mi nieto?

—Con Margarita —respondí como si ella fuera la mejor de mis guerreras para defender a mi pequeño.

—¿Margarita está aquí? —preguntó asombrado mi padre.

—Sí, Óscar —respondió Maximiliano—, está en el tobogán.

Con eso ahora todos comenzaron a caminar hacia donde estaba Clemente, escoltados por Maximiliano. Justo en el momento en que Susana comenzaba a caminar, la sujeté fuertemente del brazo.

—¿A dónde crees que vas tú? —siseé entre dientes sin soltarla.

Ella levantó una ceja. Quedó impresionada por mi atrevimiento, lo sé, lo vi en sus ojos.

—Suéltame —bufó—. No me vuelvas a poner una mano encima, o si no...

—¿O si no qué? —gruñí—. Ya no tienes nada con que intimidarme, cuando vuelva mi padre te irás y no volverás a acercarte nunca más. ¿Entendiste?

Susana comenzó a reír como si se divertiera con mis palabras.

—Realmente tu padre te subestima, Josefina, jamás pensé en ti como una digna adversaria, pero creo que me equivoqué.

—Exacto, ahora vete de mi casa, ya no tengo nada que temer. Maximiliano sabe que Clemente es su hijo y para tu desdicha estamos muy bien juntos, es más, creo que debería agradecerte por volver a juntarme con él.

A cada palabra que decía veía cómo su cara se desfiguraba un poco más y yo estaba comenzando a disfrutar de la batalla, lo que yo no sabía era lo que ella fraguaba en su interior, en tanto, yo seguiría poniendo un poco más de veneno.

—No tan rápido, mocosa —me dijo ahora tomándome ella del brazo, yo no le había hecho ningún daño, en cambio ella sí me lo estaba haciendo a mí—. ¿Tú crees que Maximiliano puede ser feliz con una mujer tan insulsa como tú? ¿Cuánto crees que se demorará en buscar lo que no encuentra en ti en brazos de otra?

Me reí con arrogancia. Esas palabras que en otro momento me hubieran destrozado, ahora ni siquiera me alcanzaban a dañar.

—Puede que tengas razón Susanita, pero mientras tú solo puedes cobijarte entre los brazos cansados de un hombre mayor como mi padre, yo puedo hacerlo en los fuertes brazos de un hombre joven, como Maximiliano. ¡Ah pero qué ingenua soy!, si tú sabes perfectamente cómo es esa sensación, Maximiliano es todo un semental, ¿verdad?

«Si Margarita me escuchara hablar así seguro, además de lavarme la boca con agua y con jabón, me daría una medalla», pensé.

—Tú nunca serás mujer suficiente para él ni para nadie, Josefina —espetó con desprecio en forma glacial, apuntándome con su dedo perfectamente cuidado.

—Pero ese es mi problema, querida, no el tuyo, te agradezco enormemente que te preocupes por mi vida sexual. Claro, seguro es más interesante que la tuya, pero no te preocupes tanto por mí, hombres en la vida que me amen no me han faltado nunca y no hablo sexualmente, Susana. A pesar de todo lo que tú has hecho para indisponerme ante mi padre, Sebastián, Andrés y Maximiliano, sé que me aman. ¿En cambio a ti?

—¡Cállate! —gritó desesperada ante mis palabras.

—Eres patética, solo sexo es lo que sabes dar y ni siquiera del bueno, si no, no estarías con un hombre mayor como mi padre. Ni siquiera un hijo le pudiste dar —vociferé. Ahora remataría como la víbora que no era—. Estás seca por dentro, Susana.

Eso me había dolido tanto a mí como a ella, no me vanagloriaba por lo que había dicho, pero necesitaba herirla y sabía que ese era su punto débil.

Me miró boquiabierta, golpeada por el horror de mis certeras palabras. Como una fiera se abalanzó hacia delante, levantó la mano furiosa y justo cuando la iba a bajar, sentimos:

—¡Susana! —habló la voz ronca de mi padre.

Ella se giró como si fuera la víctima de la situación.

—No sabes lo que me dijo Josefina, mi amor —susurró en el hombro de mi padre.

Él me miró enojado y, como siempre, le dio la razón a Susanita.

—Papá, yo...

—Silencio, Josefina, esto es lo último que me esperaba de ti. Nos vamos.

Uno... dos... tres... diez.

—Adiós, papá, pero creo que tenemos que hablar —le dije seriamente—. Creo que hay muchas cosas que tienes que saber, este no es el momento ni el lugar, pero yo no siempre tengo la culpa de las cosas.

—Lo sé, Josefina, estaré esperando tu llamada —manifestó con voz queda, sin expresión alguna—. Me debes una explicación.

Antes de que mi padre y la innombrable se retiraran, ella susurró en mi cara.

—Esta me las pagas Josefina, disfruta de tu cuento de hadas, princesita. Mientras puedas.

Eso me dio escalofrío, esa era una amenaza en toda regla. ¿Pero de qué?

Inhalé y exhalé un par de veces antes de reincorporarme a la fiesta, ese día era muy especial para echarlo a perder por culpa de terceras personas, yo tenía motivos suficientes para estar feliz.

—Esta es la última vez que te hago caso, Josefina, no habrá una próxima vez. No importa que tu padre este enfermo, Susana...

—Shhh —silencié a Maximiliano con un dedo sobre sus labios—. No la nombres, ya pasó, gracias por llevarte a mi padre. Yo me las arreglé muy bien acá.

Max entrecerró los ojos y apretó sus labios quedando en una delgada línea, casi blanca por la rabia, él se demoró un poco más en llegar porque Clemente quería que él lo lanzara por los aires. Eso lo había retrasado, por eso no había llegado junto con mi padre y en realidad lo agradecía, si no, seguro la historia hubiera acabado de forma muy distinta.

La tarde siguió en completa normalidad, ya casi todos se habían ido, Maximiliano y Andrés cuidaban a Clemente que, por supuesto, ahora manejaba su auto. Amber y yo estábamos sentadas en la terraza mirando el espectáculo, riéndonos en realidad de las tonteras que Clemente les hacía hacer. Eran dos hombres adultos comportándose como niños de cuatro años, si incluso Andrés se había tirado un par de veces por el tobogán, y estaba segura que si Clemente le insistía un poco más a su padre, él lo haría también.

—Andrés será un excelente padre algún día.

—Sí, verdad —suspiró Amber con una sonrisa radiante.

En ese momento, sobre el cielo, paso un avión, yo no pude evitar mirarlo y un deje de tristeza se apoderó de mi rostro.

—¿Por qué no te diste una oportunidad con Greg, Jose? —me preguntó directamente y sin rodeos Amber.

—Uf, es complicado de entender, pero principalmente porque quiero una familia normal para Clemente, y además Greg jamás fue claro conmigo, tal vez si hubiese sido diferente... —respondí suspirando.

Amber terminó de beber de su vaso de color negro con la letra “B” de Batman y, como si se debatiera en sus propios pensamientos, finalmente habló:

—Jose, no sé por qué te voy a contar esto, Greg es mi amigo, incluso lo quiero como a un hermano, yo lo conozco desde antes que a Andrés.

Mis ojos se abrieron demasiado, eso sí era una sorpresa para mí.

—¿Cómo? —curioseé.

—Un día Greg llegó al club donde yo trabajaba, yo me había inyectado heroína y estaba como loca, por las nubes. Él podría haberse aprovechado de mí y yo, aunque me avergüence decírtelo, me hubiera entregado a él sin objeciones, incluso me insinué. Pero al contrario de lo que yo pensaba, me llevó a su casa, me ayudó a pasar esas horas, luego me internó un par de meses para que me sanara de mi adicción. Cuando estuve bien, me dio trabajo y casa, ambos nos contamos nuestras penas, nos apoyamos en el difícil momento que estábamos atravesando. Lo quiero como a un hermano, Jose, y porque lo conozco, siento que lo estoy traicionando ahora.

—Amber —dije poniendo mis manos sobre las de ella—. No es necesario que me cuentes nada.

—Sí lo es, Jose, Greg sufrió demasiado por Cloe, no la pudo salvar y menos pudo hacer algo para salvar la vida de su hijo, ese bebé nació y murió a las pocas horas. Cuando tú le dijiste que lo intentarías por Clemente, él se hizo a un lado.

—¿Qué? —Estaba conmocionada.

—La primera vez que fuiste al club, yo los atendí. ¿Recuerdas? —Yo asentí con la cabeza—. Ese día estábamos en su oficina y te vio por los monitores, nunca dejó de observarte, me dijo que había aparecido una bruja con cara de ángel en su vida, yo no sabía de quién hablaba hasta que te conocí como la hermana de Andrés. Luego, cuando fueron a mi casa a buscar a *póker*, él me contó que se habían besado y que ese beso había sido lo más maravilloso que le había pasado. Después, bueno, no me contó detalles, pero sé que sucedió algo. Cuando Greg supo que te casabas no lo podía creer, habló con Andrés, pero tu hermano no le dijo nada, no reveló tu secreto. Cuando Greg supo la verdad, estaba dispuesto a todo, a esperarte hasta que llegara el fin del año que ustedes habían firmado, incluso a que tú estuvieras con él solo para olvidar a Max. Pero al pasar lo de Clemente, en el hospital, cuando tú le dijiste que lo intentarías por tu hijo, él se rindió, no lucharía contra Maximiliano, no en contra de tu decisión, para él, un hijo es superior a todo, una bendición, Greg te admira por lo valiente que has sido en tu vida, por lo que entregas por tu familia y por tu hijo.

—Pero él siempre está...

Amber rio sin ganas.

—Jose, yo conozco a Greg, cada chica que conociste terminaba marchándose indignada, llegabas tú y él se olvidaba de todo. Tammy era un amor, lo invitó a todas partes, Patty hizo lo mismo, no comparto su actuar, creo que con las mujeres no se juega, pero como lo conozco, sé que con esas chicas no pasó nada, incluso Andrés lo molesta diciéndole que perdió su “don”.

—Pero ¿y Roberta?

—Ahora sí que seré una muy mala hermana revelándote esto. Algo sucedió el domingo cuando fue al muelle, llegó y me pidió que le buscara un pasaje a Londres, viajaría a ver a su familia. Roberta estaba con él en el club, insistió tanto que Greg, a regañadientes, aceptó ir con ella, pero hoy apareció solo en el aeropuerto, no sé por qué decidió irse así, tan rápido. Él jamás toma decisiones apresuradas, parece como si no pensara y fuera como una veleta, pero es el hombre más serio y programado que conozco, es como si llevara un patrón, una agenda con su vida.

—Yo sé por qué se fue —contesté apenada, con un nudo de emociones, yo había estado muy, muy equivocada, Greg sí sentía algo por mí, ¿quizás tan fuerte como yo?

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque creyó que entre Maximiliano y yo había habido una maratón de sexo.

Amber escupió el jugo que estaba bebiendo.

—¡¡No!! —exclamó aterrada—. Me preguntó a mí qué era una maratón para nosotros los chilenos y yo le dije que mucho de algo. Pero tú ¿cuándo tuviste una maratón de sexo con Maximiliano?

—¡Nunca! No era una maratón de sexo, era una maratón de dibujos animados, Greg estaba escuchando y, por supuesto, entendió mal, yo estaba en el muelle ese día cuando él estaba con Roberta.

—Jose, pero...

—Pero nada, Amber, tu secreto está guardado y a salvo conmigo, las cosas seguirán como están, yo no puedo cambiar esto —indicé con el dedo justo en el momento en que Max abrazaba a Clemente—. Greg se merece ser feliz con alguna mujer que no tenga tantos problemas como yo. Por favor, no me juzgues.

—Jamás podría, amiga.

Con eso cerramos la conversación dándonos un fraternal abrazo, sabía que no la dejaba muy convencida, pero también sabía que respetaría mi decisión, por algo éramos tan amigas. Yo, por salud mental, necesitaba dejar de pensar, muchas emociones habían transcurrido en el mismo día, menos mal que al otro día vería al doctor Ferrer, eso siempre me ayudaba y más ahora que mi cabeza parecía un remolino de verdades descubiertas.

La noche cayó sobre nosotros, todos estábamos rendidos, después de dejar todo medianamente ordenado, por fin nos sentamos en el cómodo sillón.

Nuestro angelito dormía feliz, yo vestía mi lindo pijama de la gata rosada y Maximiliano usaba uno de Los Simpson.

—Creo que dos contra uno es suficiente para romper la regla de los pijamas, pequeña. Me veo ridículo vestido así —contó mostrándome su camisa azul con figuritas de un mono amarillo.

—Lo siento, no permitiré que Clemente duerma desnudo.

—No es desnudo, pequeña, es con *bóxer*, pobre de nosotros, nos da calor.

En ese momento, Maximiliano me tomó desprevenida y comenzó a hacerme cosquillas, yo no me podía controlar, ese era mi talón de Aquiles. Luego paró de repente, me miró fijamente.

—Te quiero, Josefina.

Yo no podía responder, no me salían las palabras, por más que trataba no podía, no había caso, era uno de los momentos más incómodos que podían existir.

Solo lo abracé poniéndome a horcajadas sobre él, necesitaba sentir su olor, calmar mi ansiedad, pero no quería mentirle, no más.

—Max, dame tiempo, por favor. Lo estoy intentando.

—Sí, pequeña, lo sé —me expresó abrazándome más fuerte.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, sin movernos, creo que nunca nos habíamos dicho más cosas en toda la vida, era el idioma de las palabras no profesadas, de los silencios con verdades dolorosas, era el dialecto de los que no se atrevían a mirarse a la cara... era mi lenguaje personal, mi código de cobardía.

—Vamos, pequeña, mañana es otro día, un paso más a un nuevo amanecer.

—Debiste ser poeta, Max —me burlé con cariño.

—Solo contigo, pequeña, las palabras me nacen del alma.

Dios, ya no quería lamentarme más, este hombre era un sol y yo el extintor que lo quería apagar.

Creo que amaneció más temprano para mí, Clemente despertó cargadísimo de energía, solo quería jugar. Maximiliano se había ido temprano, tenía varias reuniones y solo estaba yo para jugar.

Bajamos y, como siempre, nos recibió una sonriente Esther, que obvio mi hijo ya se había ganado, ¿y cómo no?, si este angelito le regalaba abrazos y dibujos todos los días.

La semana comenzaba con un muy mal pronóstico meteorológico, llovería todos los días la semana, eso significaba que tendríamos que estar dentro de casa. Clemente no estaba tan acostumbrado a eso, a él le gustaba correr, pero acá en el sur, la lluvia era de lo más normal.

Llamé a mi padre para hablar con él, necesitaba contarle algunas cosas, no le contaría lo descarada que era Susana, pues pretendía hacerle el menor daño posible, pero sí quería que él supiera que ella no era la santa que creía, al contrario, se alejaba bastante de eso. Sin embargo, él se excusó conmigo diciéndome que tenía demasiado trabajo y que recién el viernes si podría hacer un tiempo para mí.

Realmente mi padre era un ser muy especial, creo que prefería no saber los problemas para así no tener que preocuparse por ellos, en él se daba perfecto el refrán que yo tanto odiaba.

“Ojos que no ven, corazón que no siente”, solo que en este caso se aplicaba así: “Mente que no sabe, cabeza que no se preocupa” o “Si no sé, no sucede”.

Con la paciencia que yo no tenía y que me costaba tanto reunir, solo me quedaba esperar a que llegara el viernes para poder, al fin, reunirme con mi padre. Maximiliano incluso me había ofrecido ayuda, le diría que tenían que reunirse urgente, así yo podría hablar tranquilamente, pero no quería más mentiras, quería hacer las cosas bien. Alguna vez en la vida, quería hacer las cosas bien.

El hecho de decirle a Maximiliano que lo estaba intentando también me liberaba un poco de la presión, no le estaba mintiendo, sí lo estaba intentando y cada día un poquito más y, como decía él, me acercaba al amanecer, solo que muy en mi interior al cerrar los ojos para dormir, aparecían esos lindos ojos negros que me invitaban a la lujuria del placer.

Con Maximiliano, además de un par de besos un poco más subidos de tono, no había sucedido nada, él no me había vuelto a tocar, respetaba mis tiempos como el caballero que era.

Por otro lado, cuando le conté todo a mi amigo y confidente el doctor Ferrer, me había escuchado, más que como mi terapeuta, como mi amigo, habíamos avanzado mucho en nuestra terapia, él sabía todos mis temores y mis verdades, incluso ya se había reunido con Maximiliano, hasta lo apreciaba y cómo no, si él nunca ha sido un mal tipo, solo que no el indicado ahora para mí.

Incluso Margarita le estaba tomando cariño nuevamente y eso sí era demasiado, Margarita sabía querer y cuando lo hacía, lo lograba de corazón, de adentro, desde el fondo de su ser.

Maximiliano seguía trabajando por las mañanas y en las tardes llegaba a casa, siempre con alguna idea nueva para hacer. Él y Clemente eran una fábrica inagotable de acontecimientos, me costaba seguirles el ritmo, a veces yo solo quería leer y cuando me veían hacerlo, era como si miraran a una mujer con dos cabezas.

El miércoles, Maximiliano llegó más temprano de lo normal, le había prometido a Clemente llevarlo a la piscina temperada. Por más que traté de zafarme, ninguno de los dos me lo permitió.

Una vez que llegamos al lugar, los ojos de mi hijo brillaron con alegría. La piscina era olímpica, unas pocas personas se estaban bañando; otras, practicando unos clavados espectaculares, yo cuando veía a los bañistas tirarse desde lo alto del trampolín quedaba impactada.

«¿A qué loco se le podría ocurrir una cosa así?».

Clemente los miraba con admiración, mi hijo era una suerte de chico sin temor, era como si no le tuviera miedo a nada, por eso era tan arriesgado.

Una vez dentro, Clemente insistió en bañarse, Max se quitó la ropa quedando solo con su traje de baño. Unas chicas que pasaron junto a nosotros se quedaron literalmente pegadas mirándolo, algo se dijeron entre ellas, obvio no supe qué, seguro en otro momento eso hubiera sido para mí un caldero lleno de ideas, pero no ahora, era una etapa muy bien superada.

Con gracia, Maximiliano se lanzó al agua. Eso no era novedad para mí, Maximiliano era nadador, por eso su espalda era tan ancha y su cintura angosta. Hubo un tiempo en que lo acompañaba a las competencias y me sentía orgullosa de cada medalla que ganaba.

—Mamá, ven con nosotros, el agua está calentita —me decía Clemente en brazos de Maximiliano.

Todo el mundo que pasaba saludaba a Maximiliano como si fuera el rey del lugar, no me molestaba, pero sí me intrigaba.

Ante la insistencia de mi familia, me quité la ropa y me quedé con mi lindo bikini rojo, sé, por la cara de Maximiliano, que no le agradó. Las chicas que estaban en la piscina tenían trajes de baño enteros, de una sola pieza, pero claro, era obvio, estaban practicando nado, en cambio yo venía a disfrutar.

Ambos nos miramos retándonos con la mirada, verde contra azul, hasta que al final claudiqué y fui la primera en hablar.

—No me digas que te vas a enojar por esto —dije señalando mi traje de baño.

De pronto su cara cambió y una sonrisa traviesa apareció en ella, me tendió la mano en señal de paz y yo, inocente, me agaché para sellar nuestro trato. En ese momento, Max cogió mi brazo y me lanzó directo al agua. Cuando salí a la superficie, después de haber tragado casi el agua completa de la piscina, los vi a ambos sonreír, Maximiliano y Clemente tenían una cofradía muy especial y eso me encantaba.

Sus risas terminaron por contagiarme y me uní a ellos. Aproveché un descuido de Maximiliano, me aseguré de que Clemente estuviera sobre su flotador y me lancé para hundir al hombre que minutos antes me había engañado ofreciéndome la paz.

—Eres una chica mala, Jose, pagarás por esto.

Clemente nos alentaba a jugar, todos reímos felices durante un buen rato.

Los amigos de Max aparecieron y comenzaron a subir al trampolín, Clemente y yo los mirábamos asombrados.

—¿Qué me das si me lanzo desde el más alto, pequeña? —ronroneó en mi oído cuando uno de sus amigos estaba a punto de lanzarse.

—Las felicitaciones —le respondí alegre e incrédula por lo que me decía.

—¡Un beso, mami, un beso! —nos animó Clemente.

—Pequeño traidor —susurré bajito para que solo Max me oyera.

Él se rio y empezó a nadar, Clemente comenzó a mover sus brazos imitando a su padre, me maravilló ver que se podía mover como si estuviera nadando. Juntos llegamos hasta quedar muy cerca para ver mejor, pero no

éramos solo nosotros, cuando Maximiliano subió por la escalera todos tomaron palco para observar. Murmuraban cosas que yo no entendía. De pronto la vi, ahí estaba ella con un gorro azul, al igual que su traje de baño, Laura también se acomodaba para ver a Max.

Una vez arriba, Maximiliano se estiró, llegó a la punta del trampolín y desde lo alto nos hizo una seña, eso llevó las miradas de todos los presentes hacia nosotros.

Miró al frente como indicando algo y unos filtros desde los lados de la piscina comenzaron a funcionar enturbiando el agua.

Al sonido de algo que parecía como una bocina, Maximiliano se lanzó desde doce metros. Antes de tocar el agua, se dio dos vueltas en el aire y cayó derecho en el agua, ni siquiera salpicó una gota. Todos los presentes vitorearon el piquero de Maximiliano, incluso Clemente aplaudía, yo no lo podía creer, tenía la boca abierta, completamente.

Una vez que Maximiliano emergió del agua, hizo una seña a los presentes en agradecimiento y cual *tritón* nadó hasta nosotros, Clemente también llegó hasta él.

—Otra vez, papá.

Maximiliano sonrió con arrogancia y llegó hasta mí.

—Paga, pequeña, no seas mala perdedora.

—Sí, mami, un beso —chilló Clemente.

Nerviosa, no sabía qué hacer, lo miré a él y a Maximiliano, me mordí el labio cuando sentí que comenzó a temblar. Finalmente, lo besé en los labios y mi hijo, junto con el público presente, nos aplaudió, sentí que ahora estaba del mismo color que mi traje de baño.

—Esto es injusto. ¿Desde cuándo te lanzas así?

—De alguna manera debía canalizar mis emociones y como me gusta nadar... —dijo encogiéndose de hombros como si fuera lo más natural de hacer—. Tengo varias medallas.

Por supuesto, se volvió a lanzar pero ya no había besos míos como recompensa, sí de Clemente. Preferí retirarme de la piscina antes de que el juego inocente se volviera en mi contra.

Pero daba lo mismo, en el instante en que me salí del agua, Laura se lanzó un clavado casi perfecto, llegando hasta Maximiliano y Clemente.

No sentí nada, sabía que Laura tenía sentimientos por Maximiliano y sabía que si yo no existiera en la vida de él, ella sería una buena compañera para Max.

Subieron juntos con Clemente al trampolín más bajo. Aunque en realidad no lo era, para mí tres metros era bastante y mi hijo, sin achicarse nada, se lanzó en brazos de su padre. Cuando salieron y llegaron a la orilla, lo recibí besándolo con admiración durante un rato.

—Que injusta es la vida... —rezongó Maximiliano, dejando en mí un halo amargo por su comentario.

Una vez en casa, cenamos como hacía mucho tiempo, en completo silencio, algo se había roto entre nosotros y ni el mejor pegamento lo podría arreglar.

Por fin llegó el viernes. Cuando llamé para confirmar la reunión con mi padre, él se excusó diciéndome que estaba muy ocupado, eso sí me molestó de sobremanera, mi padre me estaba evitando, no le daría más oportunidades. Esto no pasaría del lunes, si no, pediría ayuda a mi marido.

Cuando Maximiliano llegó a buscar a Clemente para ir nuevamente a la piscina, pues mi hijo había quedado fascinado, aproveché para contarle lo de mi padre. Él se molestó, sabía que Óscar estaba aplazando la reunión para no enterarse de nada y seguir viviendo tranquilo.

Aunque me costó un poco, lo convencí de que me diera X plazo hasta el lunes, si no, encantada aceptaría su ayuda.

Esta vez se les uniría Andrés, ya que después de comentarle a mi hermano lo del piquero de mi marido y lo impresionado que había quedado Clemente, él no quería ser menos y ahora, los tres hombres, irían juntos a jugar como niños al agua.

Yo después, en la noche, me uniría a ellos en la casa de Amber, cenaríamos los cinco como amigos, como familia.

Me parecía perfecto tener la casa para mí sola. Cuando estaba a punto de meterme en la cama para leer un libro y escuchar música, escuché el teléfono del salón. Pensé en dejarlo sonar, pero luego me arrepentí, podía ser Alfred o incluso albergué la esperanza de que fuera mi padre. ¡Y claro!, qué equivocada estaba. Era para Maximiliano, lo llamaba un hombre, insistía en hablar con él, que era algo importante de la oficina. Ante la premura de su requerimiento le indiqué que lo llamara al celular, incluso le di el número, pero me insistió en que no le contestaba, y era lógico, al estar en la piscina no podría llevar teléfono, finalmente y ante la insistencia le pedí que lo llamara más tarde, en la noche, le informé que estaba sola y que no lo podía ayudar. Cuando le iba a preguntar por el nombre, el tipo cortó la comunicación.

Maldije con rabia, me había dejado hablando sola y ahora, además de todo, tenía frío, sentía que la calefacción no estaba funcionando correctamente, pero no saldría a revisarla, me acostaría calentita y tapada hasta el cuello.

¿Sería posible que el día que tenía la casa completamente para mí pudiese leer tranquila?

Afuera, la lluvia era torrencial, el viento arreciaba incluso durante la tarde, se habían cubierto los ventanales con tapas de maderas para que no se fueran a quebrar, esto dejaba la casa muy oscura, parecía como si fuera de noche a pesar de ser solo las tres de la tarde.

Llamé a Amber para confirmar la cena de esa noche, pensé en cancelarla, pero cuando me comentó que le había preparado a Clemente algo especial no me pude negar. Era increíble, con Amber nunca nos faltaba tema, estuvimos hablando durante largo rato hasta que nos despedimos para que ella pudiera terminar sus cosas y así por fin yo poder leer.

Justo cuando iba a cambiar de capítulo en mi libro, comenzó a sonar la misma canción que había bailado con Greg en la fiesta de mi hermano, esa que me había dicho que solo bailarían conmigo. Rápidamente encendí el computador, quería saber qué era lo que decía la famosa letra, si hubiera puesto un poco más de atención en clases sabría por lo menos de qué hablaba, pero no... esa no hubiera sido yo.

Cuando al fin la encontré, comencé a leer los subtítulos. Las lágrimas, inexorablemente, comenzaron a caer como cascada sobre mis mejillas. La canción hablaba de lo afortunado que uno había sido, que cuando estuviera deprimido podría recurrir a él, a un amigo fiel, que él siempre estaría ahí para mí, que éramos fuertes juntos, que no era mi culpa, y de tantas otras cosas más, realmente podría haber sido nuestra canción... siempre y cuando estuviéramos juntos.

Estaba hecha un mar de lágrimas, una Magdalena en toda la extensión, no podía seguir así, seguro mi cara me delataría, así que decidí dejar de escuchar canciones trágicas, *rock* era lo que necesitaba. Justo cuando sintonicé una estación del dial, la luz comenzó a parpadear, esa era mi suerte, lo más probable era que con el viento la luz se apagara.

En ese momento sonó el citófono. Definitivo, no podría leer, no esperaba a nadie y me asombré cuando, al contestar, escuché una voz que me decía que traía urgente un paquete de la oficina para Maximiliano.

Sin más remedio bajé y apreté el botón para que la reja se abriera, era el mismo sujeto con quien ya había hablado, y cuando llegó a mi entrada le abrí.

—Disculpe que la moleste, ¿está el señor Von Kryler? —preguntó ansioso.

—Lo siento, fui yo quien habló con usted, le dije que él no llegaría hasta la noche —me disculpé apenada. El hombre estaba mojado y hacía frío.

—¿Le puedo dejar esto? —me dijo entregándome un paquete muy pesado.

—Sí, claro.

—Debe firmar aquí señora. ¿Tiene un lápiz?

«Pero si ese es su trabajo», pensé.

—Espéreme un momento —pedí. Subí rápidamente a buscar un lápiz. Cuando estaba en eso, sentí ruidos, bajé curiosa, pero nada, él estaba parado detrás del paquete que estaba sobre la mesa.

—¿Dónde firmo?

—Aquí, por favor —respondió poniéndose detrás de mí.

Justo cuando estaba agachada a punto de poner el lápiz sobre el papel, sentí cómo sus brazos me rodearon firmemente por la espalda.

—¿Qué hace?! ¡Suéltame! —grité desconcertada, sus fuertes brazos no me permitían moverme.

—No te muevas o será peor —gruñó apretándome aún más, casi no me dejaba respirar, estaba atrapada entre la mesa y su cuerpo. El sujeto era mucho más alto que yo y me triplicaba en el peso.

Mientras seguía luchando para zafarme, escuché una voz conocida para mí.

—Se acabó tu cuento de hadas, *princesita*.

En ese momento, mi corazón se paralizó en cosa de milésimas de segundos y la sangre dejó de circular por mis venas, comencé a respirar con dificultad, un progresivo y gélido miedo invadió mi cuerpo, y supe que en realidad sería inútil luchar.

El hombre me giró lentamente y la vi. Ella estaba parada delante de la puerta de la casa con algo entre las manos.

Mi respiración se quedó atajada en mi garganta, el miedo se adueñó de mí y supe que estaba perdida.

—¿Creíste que me olvidaría de ti, Josefina?

—¡Suéltame, imbécil! —chillé horrorizada.

Susana comenzó a reír. Caminó hacia mí con calma, arrogancia y odio en su mirada.

El mundo comenzó a abrirse bajo mis pies, estaba a merced de Susana y no sabía para qué. Sacó algo de su bolsillo y lo vació sobre el pañuelo, que ahora visiblemente podía distinguir que llevaba entre sus manos.

Parpadeé un par de veces y, después de una eternidad que me parecieron los segundos de silencio, Susana volvió a hablar:

—Primero lo primero, perra —dijo deteniéndose frente a mí, casi podía encogerme por la cólera con que me miraba. Levantó su mano y con una fuerza descomunal la dejó caer sobre mi cara. Abofeteándome. Si no me hubiesen tenido afirmada hubiera ido a dar directo al suelo—. Esto es lo que no alcancé a hacer en el cumpleaños de tu bastardo.

La adrenalina se apoderó de mí y la rabia comenzó a correr por mis venas, levanté mi cabeza y la escupí con sangre directamente en su cara.

—¡Eres una víbora, te vas a arrepentir! —bufé.

Susana se limpió la cara con desdén, sin responderme nada.

Con una mano sostuvo mi cara haciéndome daño y con la otra empujó el pañuelo hacia mi nariz, el olor era embriagante, muy fuerte. Luego de unos segundos siseó:

—Suéltala, Rubén.

Él hizo lo que le ordenó. En ese preciso momento, salí de sus brazos y comencé a correr a la puerta, esa era mi única salvación, ni siquiera intenté voltear a verlos, pero mis músculos estaban pesados, sentí que a cada segundo me costaba más moverlos. Susana y Rubén reían a mis espaldas con maldad, sentí también cómo mis pulsaciones cardíacas bajaban la frecuencia y ahora incluso me costaba respirar. A lo lejos vi la puerta y el camino se me hizo eterno, hasta que no sé cómo no pude seguir sosteniéndome en pie, mis piernas desaparecieron de mi cuerpo, luego mis brazos, y ahora ya no me podía mover.

A cada segundo que pasaba se me hacía más difícil respirar, sentí los pasos de Susana acercarse, me agarró por el pelo y levantó mi cabeza.

—¿Creíste qué podrías escapar, *princesita*? —preguntó con la voz fría como el hielo.

Yo estaba temblando por dentro, pero nada en mí se movía, Rubén me tomó por las axilas y me sentó apoyando mi espalda en la pared. Mi cabeza cayó hacia delante y yo ni siquiera la pude controlar. En ese instante la luz volvió a parpadear, era como si esto fuera una pesadilla de verdad.

—Rubén, llévala al baño —le ordenó.

El hombre me tomó como si fuera un saco y me subió a su hombro mientras Susana caminaba detrás, con una sonrisa triunfal en sus labios.

—Siéntala.

Él le obedeció y me sentó en la taza del baño, empujó mi cabeza hacia atrás sosteniéndome por el pelo con violencia, sentí cómo mi pelo se enredó en la pulsera de su reloj y él, con fuerza, agitó la mano para zafarse, arrancándome todos los cabellos que estaban atrapados. El cuero cabelludo me ardió, me dolió, grité en mi interior, pero nadie me escuchaba, estaba atrapada, prisionera dentro de mi propio ser.

Intenté no llorar por el miedo, necesitaba ver, mis ojos estaban acuosos y un sonido constante invadió mis oídos.

—Desvístela —mandó apoyada en el umbral de la puerta.

¡Dios mío, por favor, ayúdame!, comencé a rezar, suplicando a algún ser supremo que viniera en mi auxilio, que interviniera y me sacara de ahí.

Rubén, con manos temblorosas, comenzó a desabrochar mi blusa, me la quitó con ímpetu; como no desabrochó los botones de las mangas, estas tardaron en salir, pero a él no le importó, tiró más fuerte. Mis brazos eran como hilos que volaban al viento, se movían como si fueran plumas impidiendo que su tarea resultara con éxito.

Sentí que se enfureció, en tanto Susana se reía de su torpeza, eso lo molestó todavía más. De pronto, tomó con su gran mano mi hombro, lo sujetó con una fuerza desmedida y tiró de la blusa con más potencia; el dolor que sentí con el roce de la tela al pasar apretada por mis manos me hizo gritar nuevamente... en el interior de mi cuerpo.

Ahora me miró con lujuria, se rio, tocó mis mejillas, bajó por mi cuello y llegó hasta mis senos que seguían cubiertos por el sujetador. No pude mirar, necesitaba cerrar los ojos, sentía cómo me tocaba y me apretaba, lágrimas amargas comenzaron a caer de mis ojos, pero a medida que mi corazón intentaba latir más rápido, más me costaba respirar, mis pulmones no respondían. Intenté calmarme, pero sentir sus asquerosas manos recorrer mi cuerpo, me lo impedía.

—Apresúrate, no tengo todo el tiempo. Ya tendrás tiempo para jugar, Rubén.

A regañadientes le obedeció, desabrochó el botón de mi pantalón, bajó el cierre. Cuando ya tenía su primera tarea hecha, me tomó por la cintura, me levantó y pasó las manos por debajo, tiró de mi pantalón junto con mis bragas y las bajó de un tirón. Cuando estaba terminando su tarea, susurró en mi oído:

—Nunca había tenido un cuerpo tan blanco entre mis manos, creo que lo voy a disfrutar más de lo que pensé.

Temblé, me estremecí, tirité, pero nada se veía reflejado en mi organismo, era como si ocupara un cuerpo sin conexión.

—Métela en la tina. Tienes un par de minutos con ella, vuelvo enseguida —dijo con su sonrisa y mirada de desprecio.

Rubén hizo lo que le ordenaron. Prácticamente me lanzó a la tina, mi cuerpo se golpeó, pero lo que más me dolió fue la cabeza, que se estrelló de lleno en la pared de azulejos.

Una vez que me hubo acomodado, me observó por unos segundos que a mí se me hicieron eternos, se pasó su asquerosa lengua por los labios y acercó su cara a la mía.

Me tomó por la mandíbula abriéndomela con fuerza, mi boca se quedó en esa posición sin poder cerrarse. En ese momento, sentí cómo metió su asquerosa lengua y comenzó a besarme, sus movimientos eran toscos, dolorosos, casi no me dejaba respirar. Al notar que mi pecho subía y bajaba, intentando tomar algo de oxígeno, se apartó y nuevamente comenzó a recorrer mi cuerpo con sus grandes y pesadas manos. No sabía por dónde comenzar, estaba apurado, sus movimientos eran descoordinados, pero fijó su vista en la parte baja de mi vientre, sonrió y yo no pude más, sabía lo que iba a hacer. Como no era capaz de mirar, cerré los ojos esperando lo peor.

—Eres completamente colorina, *princesita*. ¿Quién lo diría?

Para tranquilizarme, utilicé la única técnica que sabía, comencé a contar, uno... dos... tres... Antes de llegar al cuatro sentí sus manos, apreté más mis ojos y las lágrimas no tardaron en llegar, mi corazón ya se había acelerado todo lo que podía, me estaba mareando. Volví a rezarle a Dios, al Todopoderoso, al Salvador, pero nada, nadie me ayudaba ni me venía a salvar. Intenté no pensar en nada, traté de concentrarme en los ojos de Clemente. Justo cuando casi los estaba visualizando, oí decir:

—Se acabó tu tiempo, Rubén, vete, nos vemos más tarde donde quedamos ¿de acuerdo?

Abrí los ojos lentamente, no sabía si agradecida de la intervención de Susana u obligada por sus palabras que me gritaron:

—¡Abre los ojos!

Rubén, en el acto más repugnante del mundo, se llevó los dedos a su boca y los saboreó. Dios, náuseas era lo que sentía por dentro, asco, arcadas, mi cuerpo comenzó a convulsionar, sentí cómo subía líquido por mi garganta, intenté abrir la boca pero no podía, mierda, sentía que me iba a ahogar.

En un último vistazo, Rubén vio mis estertores y, como adivinando lo que me sucedería, abrió mi boca. Con eso, un líquido salió por ella, sacó un papel y me limpió, tuvo la gentileza de dejar mi boca entreabierta, eso increíblemente me permitió respirar un poco mejor. Lo seguí con la mirada, no con agradecimiento, pero lo seguí igual, de alguna u otra manera él podría haber dejado que me ahogara en mi propia bilis.

Susana se sentó en la orilla de la bañera, alargó su mano y llegó hasta mi cabello, empezó a acariciarlo mientras me miraba indescifrablemente.

—Mercedes amaba tu cabello, Josefina —murmuró como si recordara cosas—. Lo peinaba durante horas, tu padre dice que es hermoso, que te hace única. —Moví los ojos justo cuando ella movió su mano, sabía lo que tenía en sus manos y me negué a pensar en lo que quería hacer—. Todo el mundo envidia tu cabello, Josefina, incluso yo, pero ya no importará más —me dijo besando mi cabeza. Yo, al contacto, sentí que me estremecía, luego me volvió a mirar—. Lo voy a guardar como un trofeo —susurró en mi oído y en ese momento sentí cómo tiraba de un mechón y lo cortaba, luego otro, otro y otro... Sus manos comenzaron a quedar completamente llenas de cabello rojo, mi cabeza picaba y me ardía. Ella reía como la loca que era, sin control.

De pronto, abruptamente, dejó de hacerlo, me miró muy seria y me ordenó:

—Parpadea una vez para un sí y dos veces para un no. ¿Estás de acuerdo?
Parpadeé una vez.

—Bien, así nos estamos entendiendo —respondió con una mueca de sonrisa, ahora se echó hacia atrás, bajó el tapón y abrió el agua.

Mis ojos se abrieron completamente, el agua estaba congelada, parecía hielo y, al contacto con mi piel desnuda, sentía que me quemaba.

—¿Está muy helada? —se mofó.

Pestañeeé una vez.

—Pues te aguantas. ¿Sabes por qué estás así y no te puedes mover?

Pestañeeé dos veces y ella volvió a reír.

—Midazolam, Josefina —me contó encogiéndose de hombros, como si nada—, esto te produce un adormecimiento de los músculos, tu ritmo cardíaco baja, tu presión sanguínea hace lo mismo y te cuesta respirar, es como una anestesia, si yo te inyectara un poco más morirías en el sueño.

Abrí mis ojos y parpadeé dos veces, suplicando compasión.

—No, *princesita* —dijo con asco—. No te preocupes, no te pincharé.

Eso me relajó un poco, pero seguía sin entender, sabía que era mi fin, pero no entendía qué estaba esperando.

—Incluso con el pelo corto te ves bien, Josefina, lástima que no escucharás a nadie decírtelo.

Dos veces parpadeé y ella, como la loca que era, se carcajeó.

—Te lo dije, los cuentos de hadas no existen. Yo también quería tener uno ¿sabes? Uno para mí. ¿Te gustan los cuentos de hadas, Josefina?

Pestañeeé una vez. Necesitaba ganar tiempo, pero sabía que eso no me serviría de nada, no llegaría nadie a buscarme y el agua helada seguía subiendo congelada por mi cuerpo, ya me llegaba al talón.

—Conocí a tu padre, con el tiempo me enamoré de él. Mercedes, la pobre de Mercedes —enunció suspirando—, los abandonó a todos, tu padre se refugió en mí y yo lo acepté, quería una linda familia, mi familia, pero no, ustedes nunca

me aceptaron como madre. ¿Cuántas veces te pedí que me dijeras mamá? ¡Nada te costaba hacerme feliz!

«Nunca imbécil, yo tengo madre y tú nunca fuiste como ella».

—Tu padre te adoraba, Josefina, me volvía loca, siempre hablándome de su niñita, de lo bueno o lo malo que hacías; tú eres igual a tu madre, vuelven locos a los hombres. Después apareció Maximiliano ¿y en quién se fijó? En la niñita consentida, nunca me miró a mí, siempre todo giró en torno a ti, maldita. ¿Sabes cuánto disfruté de tu cara cuando me viste con Max?

Dos veces más parpadeé.

—Mucho, *princesita*, pero tú tenías que volver y arruinarlo todo, solo era un año el que tenías que aguantar, pero no, tuviste que engatusarlo de nuevo y todo volvió a ser como antes, todo comenzó a girar en torno a ti y yo... ¡nada! No puedo permitir que me vuelvas a quitar el lugar que tantos años me ha costado tener, pero ya no importa, quedará en el pasado, Óscar nunca sabrá nada porque no habrá nadie para contarle.

De a poco la bañera estaba comenzando a llenarse, intentaba mover mis dedos pero no podía, nada se movía ni me obedecía. Me imaginé sobre Susana o saliendo rápidamente de ahí, pero solo era eso, mi imaginación.

Ya todo estaba perdido, no valía la pena luchar, nadie me rescataría, ni Dios ni el Salvador, ninguno llegaría a protegerme.

—¿Me quieres, Josefina?

Intentando traspasar todo el desprecio que sentía a través de una mirada, pestañeé dos veces. Eso hizo que Susana se descolocara, se levantó rápidamente y me agarró de la barbilla, sin darse cuenta que así me levantaba un poco.

—No me importa, imbécil —siseó entre dientes—. En pocos minutos tú no existirás, Clemente se quedará sin madre, Maximiliano y Óscar sufrirán por ti y ahí estaré yo para contenerlos. —Parpadeé muchas veces, suplicando, pero nada, ella siguió hablando—. Pensarán que te suicidaste y tu bastardo creerá que nunca lo quisiste lo suficiente como para luchar por él porque eres una cobarde. Por fin yo seré la única mujer en la vida de tu padre. ¡La única mujer! Y si ya una vez logré estar con Maximiliano, nadie me lo volverá a impedir.

En ese momento, tomó el cuchillo que estaba sobre la tapa del baño, agarró mi mano, abrió mis palmas y con la punta filosa dibujó una línea cargada sobre ella. Rápidamente mi cicatriz se abrió, quemándome, ardiendo, sentía cómo la sangre caliente comenzaba a salir, repitió el proceso con la otra mano y las tiró salpicando todo sobre el agua helada.

—Se acabó tu tiempo, Josefina Zarmientos.

El agua ya casi me llegaba al cuello. Mi piel estaba roja, estaba quemada por el agua congelada, tiritaba incesantemente, pero ahí fue cuando sentí cómo uno de mis dedos se movió. No dejé de mirar a Susana para que no se diera cuenta, sacó algo de su bolsillo, un frasco de pastillas. Esa mujer estaba preparada para todo, vertió el frasco en su mano. Muchas tabletas cayeron sobre ella, con su mano libre sujetó mi cabeza levantándola para que yo mirara hacia arriba, tomó

agua de la bañera y la introdujo en mi boca completamente abierta, luego lanzó las pastillas y más agua entró por mi tráquea. Sentí cómo pasaron las cápsulas, todas juntas, sin oponer resistencia.

Me sentía ahogada, no podía escupir. Cerró mi boca por si las arcadas que estaba sintiendo ahora amenazaban con devolverlas, yo traté de tranquilizarme y respirar. No quería morir ahogada, prefería hacerlo en el sueño.

—Adiós querida, dulces sueños —se despidió besando mi frente.

Cuando salió del baño, como anticipando mi muerte, el viento cortó la luz, todo quedó oscuro, ya no podía hacer nada, ya era muy tarde para mí, mi tiempo estaba expirando. Intenté mover el dedo del pie con todas mis fuerzas, no tenía sentido del tacto. Creo que logré agarrar el cordel que sostenía el tapón, pero no podía estar segura, ni siquiera podía mirar, intenté levantarme, pero mi cuerpo pesaba demasiado, aspiré a levantar mi mano y, como si estuviera subiendo un yunque, lo logré. Mi corazón volvió a latir y un poco de esperanza se apoderó de mi ser. Con un esfuerzo sobrehumano levanté un dedo tembloroso. La sangre que caía por mi palma seguía su camino por mi brazo en un río rojo manchando todo a su haber. Como pude, dibujé una S, una U y otra S. Si moría, quería que supieran por qué o por quién, aunque fuera lo último que hiciera en la vida, mi vida, mi propio cuento de hadas, con madrastra y caballeros incluidos.

Mi mano cayó cansada sobre el agua, ya no podía sostenerla más tiempo, el peso tomó posesión de mis párpados cerrándolos dolorosamente como si me clavaran vidrios en los ojos. Ese era el efecto de las pastillas, debían ser somníferos, eso terminaría de matarme, moriría en el sueño y ahogada.

Cuando cerré los ojos pensé en Clemente, en mi osito, en mi hijo. En ese momento, daría todo por sus ojos. Por sus lindos ojos color miel.

Pensé en que viviría sin madre. Crecería sin mí. En lo mucho que sufriría... pero me consolé pensando que Maximiliano sería todo para él, que sería un buen padre, que lo protegería de todos. Supliqué al cielo para que lo resguardara también de Susana, suspiré internamente al recordar. Margarita, mi dulce madre, su dulce abuela, también estaría ahí para él, para mi niño adorado. Sentí miedo por ellos, no por mí. Por mi padre, por Sebastián; pensé en Andrés y pedí porque no sufriera con mi partida, nosotros siempre habíamos estado muy unidos; pensé en Maximiliano y en cuánto sufriría mi ausencia.

Pero ya no podía más, mi alma me estaba abandonando rápidamente, me entregué al suave camino de oscuridad. La pena era parte de mí, pero lo que me dolió en el final de mi viaje fue pensar en Greg, él creería que me había suicidado, y que no había podido salvarme. De todos los seres en que podía pensar y por los que podía sufrir, él sería el más solo. Ya no tenía lágrimas, no porque no quisiera llorar, solo que ya no estaban ahí para mí.

Me imaginé tomando con una mano a Clemente y con la otra a Greg, así me abandoné a mi suerte, una puerta esperaba por mí.

Besé a mi hijo en los labios con el alma encogida, toqué la cara de Greg y me entregué...

Me abandoné a mi suerte, esa que nunca me acompañaba.
Ahora solo había oscuridad, solo oscuridad.
Y paz...

Capítulo 21

Sentí cómo me ardían las fosas nasales, también aprecié aire que me quemaba la garganta, estaba un poco desconcertada. No podía entender mucho, ni deducía lo que ocurría.

Mi cuerpo se encontraba en completa oscuridad, una parte de mí se debatía por un camino junto a los ojos de Clemente y otro, que esperaba que fuera la realidad, eran ruidos y voces preocupadas que me hablaban pidiéndome que reaccionara.

Intenté separar esas dos realidades, pero creía que el camino que recorría con los ojos de Clemente me llevaría hacia un lugar de calma y paz, en cambio en el otro solo existía el caos.

La garganta me ardía, sentía que algo introducían por ella como queriendo excavar. Me estaba haciendo pedazos, rasgándome, cortándome...

Volví a concentrarme en los ojos de Clemente, lo miré detenidamente y ya no era mi hijo, pero estaba increíblemente tranquila.

Ahora algo me ahogaba, no sabía si estaba respirando, pero ahora no podía pensar. De pronto, un aire entró a raudales por mi cuerpo, despertando mis sentidos.

—¡Sácalo ahora! Respira —alguien chilló, intenté abrir los ojos pero no pude. La parte racional de mi mente me decía que estaba bien, ¡viva!, pero la otra parte no lo entendía, no era dueña ni de mi cuerpo ni de mi ser.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Horas? ¿Minutos? ¿Segundos? Ya no sentía dolor alguno, bueno, en realidad ahora ya no sentía nada y los murmullos se desvanecían rápidamente.

Un sonido desagradable, como si fueran gorgoritos, era lo que estaba sintiendo ahora. Lentamente, traté de enfocar en algo mis sentidos, lo primero que se me agudizó fue el oído, escuchaba perfectamente un ruido constante proveniente de mi rostro, específicamente de mi nariz.

Continué sintiéndome un poco más fuerte. ¡Estaba viva! Mis pensamientos comenzaron a aclararse. Percibí nuevos ruidos, podía escuchar.

Me concentré en mis pies, ¡los moví! Ahora era dueña de mis extremidades, hice un chequeo rápido de pies y manos, todo me respondía correctamente, lentamente abrí los ojos.

Todo era absolutamente blanco: el techo, las paredes, hasta la luz brillante que se colaba por la ventana.

¿Estaba muerta? ¿Estaba viva? ¿Dónde estaba?

De pronto un movimiento involuntario me alarmó, intenté suspirar y no pude, un tubo estaba dentro de mi boca. Me asusté, traté de respirar por mis

propios medios y me fue imposible. En cosa de segundos, mi corazón se aceleró, comencé a jadear, sentía que me estaba ahogando, intenté chillar y nuevamente no pude, pero en ese momento un pitido infernal comenzó a sonar.

Escuché como, rápidamente, unos pasos se acercaron hasta mí.

—Doctor, está despertando —dijo una mujer con cara de ángel, acariciándome el pelo, pero yo no quería eso, me estaba ahogando, el aire no entraba por mis pulmones.

—Calma, Josefina, no intentes respirar —habló la dulce mujer.

¡Qué! Grité con mis ojos desorbitados, cómo no intentarlo, moriría si no lo hacía.

—Estás conectada a un tubo, se llama intubación endotraqueal, es para ayudarte a respirar. Calma y lo sacaremos, pero debes relajarte, estás respirando, Josefina.

«¡Un tubo! ¿Cómo me tranquilizaba ahora?».

Cerré los ojos para tratar de encontrar la paz que me pedía, al menos estaba viva y eso era lo importante. El médico habló a su ayudante, algo le entregó y con mucho cuidado sacó el tubo que entraba por mi nariz. El retroceso del plástico me quemó por dentro, una vez que estuvo fuera, escuché:

—¡Bienvenida a la vida, Josefina!

En ese momento comencé a toser, los pulmones y el pecho me dolían. La enfermera me ayudó a levantarme, en tanto el doctor, con cuidado, sostenía mi mano.

Tomé aire llenando mis pulmones, que luchaban por conseguir más, la bocanada me dolió y la sentí avanzar rápidamente por mi garganta hasta llegar finalmente a los órganos que me permiten respirar. Mi cabeza empezó a girar y la habitación se movía en círculos, sentía que perdía el equilibrio y una mano cálida me sujetó por la espalda.

—Josefina, despacio —me indicó el hombre vestido de blanco—. Eso es, inhala y exhala lentamente.

Una vez que mi corazón se tranquilizó y fui capaz de respirar por mis propios medios, analicé en la situación en que me encontraba. No estaba muerta, estaba en una habitación completamente aséptica, blanca, donde la luz brillaba en cada rincón, esto no podía ser otra cosa que un hospital. Rápidamente la amargura se apoderó de mí, en ese instante caí en cuenta, todos debían pensar en que me había tratado de suicidar, eso como resultado no podía ser otra cosa más que definitivamente pensarán que tenía problemas mentales, ahora nada ni nadie me creería.

Susana no me había matado, pero sí había logrado sacarme de las pistas, no lo podía permitir, no ahora que sabía cómo era ella en realidad. Yo tendría que hablar lo más calmada posible y suplicar que me escucharan.

El doctor me miraba fijamente, como si me estuviera analizando. Dio la vuelta lentamente y se puso en el otro costado, lo observé con calma y su cara de pasividad me relajó.

—¿Qué sucedió? —pregunté con voz ronca en un murmullo ahogado.

—¿No sabes lo que ocurrió? —me respondió en un tono muy bajo, calmado, aunque visiblemente preocupado.

No pude contestar de inmediato, aún me sentía un poco perdida, de mi respuesta pendía prácticamente mi vida y mi libertad.

—Josefina, sé que estás un poco desorientada, es normal, pero debes intentar recordar, luego todo irá mejor.

¿Todo? El engranaje de mi mente comenzó a girar y pensar en todo lo que me había ocurrido en las últimas horas, sentí nuevamente cómo unos fuertes brazos no me dejaban moverme, luego cómo él me... tocaba y después me salvaba la vida, abriéndome la boca para respirar. Una lágrima amenazó con desbordarse sin control, pero luego la rabia se apoderó de mí. Cuando empecé a recordar a Susana, el odio que sentía contra mí... ¡Dios! Recordé el dolor de mi cabeza, subí mis manos que se encontraban vendadas por el corte que ella me había hecho, llegué hasta mi pelo e, inevitablemente, la lágrima se abrió paso entre mis párpados cerrados. Mi pelo estaba pegado a mi cabeza, cortado, unos mechones más largos que otros me transportaron automáticamente a ese momento, la ira que tenían sus ojos mientras me cortaba a cuchillazos el pelo se transformó en una expresión de triunfo.

—Yo no intenté... —Me costaba demasiado decir la palabra en voz alta, no por el dolor que me producía hablar, si no por lo que significaba.

En ese momento, se escucharon voces provenientes desde fuera de la habitación, el doctor se giró rápidamente y la puerta se abrió.

Era Maximiliano con la cara desencajada, la preocupación lo tenía embargado, se zafó de los brazos de la enfermera y llegó directamente hasta donde me encontraba yo. Tomó mi cara entre sus manos y acercó la suya a la mía, con la lentitud suficiente como para transmitirme toda la confianza del mundo. Me besó con suavidad en los labios, pero luego, dejándome sin aliento, me apretó contra su pecho.

—¿Pequeña, estás bien? Dime que estás bien —susurró desesperado, en tanto me tenía atrapada entre sus brazos. De pronto, esa sensación de sentirse apresada me golpeó fuertemente en mis recuerdos, me aparté con la mirada desorbitada.

—¡Suéltame! —chillé clavando mis ojos en los suyos.

Ahora era yo la que miraba con cara de horror a Maximiliano, esa proximidad me había embargado sin ninguna razón coherente, sabía que él no era... Rubén.

—Josefina —me habló claro el doctor—. Cálmate. Ahora estás en el hospital, estás bien.

Respiré hondo un par de veces para tranquilizar a Maximiliano, que me veía ahora con cara de espanto y eso me partía más el corazón a mí que a él.

—Sí, sí —asentí con la cabeza—, estoy bien, solo necesito espacio, lo siento, Max —me disculpé, mirándolo un poco avergonzada.

—¿Tú estás bien, pequeña? —me preguntó con cautela mirándome a mí y luego al doctor—. Dígame, ¿cómo está?

—Si no hubiera entrado arrastrando a todo mi personal en su camino, ya lo sabría —le respondió con cara de enfado.

Ya no podía seguir aguardando más la calma, confiaría en Maximiliano y me aventuraría a decir mi verdad.

—Max —espeté afirmándolo por la solapa de la chaqueta—. Fue Susana, yo no hice nada, te lo prometo, te lo juro —manifesté con ansiedad.

—Tranquila, Jose, ahora solo importas tú.

—No, Max, por favor, escúchame.

—Josefina, debes tranquilizarte, no es bueno que te alteres en tu estado —pronunció con calma el médico.

—¡Qué estado! —exclamé un tanto sobrepasada por la situación.

—Acabas de sufrir una intoxicación con somníferos y alguna droga que estamos investigando.

—Max, yo...

—Calma, pequeña, lo sé, ahora lo importante eres tú.

—¡Susana trató de matarme, Maximiliano! —grité por la pasividad con que él me hablaba, me estaba desesperando. Yo quería ir por ella, atraparla, no sé, ¡algo! Pero no podía quedarme en paz.

—Ahora la están buscando.

—¡Mierda! ¿Dónde está Clemente? —volví a chillar.

—Él está bien, está con Margarita y Andrés. Cálmate por favor.

—No, no puedo, Max, por favor, entiéndeme —pedí irritada.

En ese momento, sentí como si las palabras pronunciadas por mi boca se fueran apagando, la garganta me dolía demasiado y cada palabra que salía por ella sonaba aún más despacio. Esto era lo último que me faltaba, me estaba quedando sin voz. ¡Era muda!

Puse los ojos en blanco y, por primera vez desde que había abierto los ojos, el doctor esbozó una pequeña sonrisa. A decir verdad, más lo odié.

—Te dije que te tranquilizaras. Ahora estarás sin voz un par de días, pero relájate, tú estás bien y...

Y de pronto dejé de escuchar al doctor para concentrarme en la mejor de las imágenes. Mi corazón volvió a latir como desde hacía mucho no lo hacía, Greg cruzaba el umbral de la puerta, sin importarle que Maximiliano aún me tuviera tomada de las manos y el doctor estuviera de pie a mi lado. Se hizo espacio para quedar ahora él frente a mí.

Me miró fijamente y me abrazó con fuerza, despegando mi mano de la de Max, yo lo abracé con igual fervor. Con él no tenía ningún temor, ningún recuerdo se colaba por mi mente, luego tomó mi cara con ambas manos y acercó sus labios cálidos a los míos. Era como si lo besara por primera vez, como si nunca antes me hubiera besado, y la verdad es que nunca me había besado así. Ese beso era con amor, con preocupación, con devoción.

Me hizo sentir culpable, pero no podía apartarme de él, no quería, esos eran los brazos donde yo quería estar, el olor que yo quería respirar, pero él no era lo que yo necesitaba para vivir, no era mi elección, no era mi destino.

Estaba rompiendo la cláusula más importante de mi propio acuerdo, pero tampoco se suponía que Greg estuviera así para mí y por mí.

Mi respiración se aceleró tanto como cuando me costaba respirar, pero esta vez la sensación era distinta. Yo me perdía en sus labios y solo en ellos. Sentí como a lo lejos alguien carraspeaba y yo, en ese momento, desperté abruptamente hacia la realidad, a Max, a mi esposo y padre de mi hijo.

Avergonzada por la situación, me retiré hacia atrás con un movimiento instantáneo, miré a Maximiliano de inmediato y vi algo en sus ojos, no era rabia ni molestia, era peor... era dolor.

—Lo siento, Max —susurré con la poca voz que me quedaba, realmente abrumada.

Antes de que Maximiliano pudiese siquiera dar a conocer su respuesta, fue el doctor quien habló:

—Se acabó, salgan los dos. Yo así no puedo trabajar. Señores, ya saben dónde está la puerta.

La cara del doctor era seria, no sé si estaba molesto o le divertía la situación, cosa que a mí me ponía cada vez más nerviosa.

Una vez que Greg y Max se hubieron ido, creo que comencé a respirar más tranquila. En algún momento tendría que enfrentar a Maximiliano, pedirle disculpas, y por otro, tendría que hablar con Greg y preguntarle ¿por qué? Además, yo creía que él estaba de viaje.

No, mi vida era realmente una complicación.

—Josefina, ahora que por fin estamos tranquilos —dijo suspirando el doctor—, ¿podrías contarme cómo sucedieron los hechos?

Comencé a relatarle con todos los detalles al doctor lo que me había sucedido, ni siquiera omití el incidente con Rubén, no tenía sentido. Pregunté por Susana, pero él me dijo que no estaba al tanto de nada, que la policía hablaría conmigo luego.

Estuve relatándole los hechos por más de cuarenta y cinco minutos, donde apenas se escuchaba mi voz. Luego me obligó a permanecer tranquila y en silencio, si no cumplía, me restringiría las visitas. Así que ante eso, como la más obediente de las niñas, asentí con la cabeza.

Cuando el médico salió, me preparé para esperar la entrada de Maximiliano, esperé, esperé, y esperé.

Cuando los ojos casi ya se me cerraban de cansancio se abrió la puerta, era la única persona a la que no esperaba ver.

Sebastián ingresaba a mi habitación con ojeras y el pelo revuelto.

Lo primero que pensé fue en mi padre y en lo que le pudiese haber pasado, me senté rápidamente en la cama, incluso me mareé.

—¿Papá está bien? —pregunté asustada con la voz ronca en un sollozo apagado.

—Sí, Jose, ¿por qué siempre te preocupas por los demás? —preguntó abrazándome.

Esa sensación era muy extraña para mí, Sebastián no daba muchas muestras de afecto y menos a mí.

—Jose, no sé cómo pedirte disculpas, tú tantas veces trataste de hablar conmigo...

Esto sí no lo podía aguantar, Sebastián era un hombre fuerte, resuelto, no el niño asustado y culposo que ahora tenía enfrente.

—Ya pasó, Sebastián, estoy bien, tú sabes, mala hierba nunca muere —murmuré para hacerlo reír, pero no lo conseguí. Además, mi voz demostraba tanto dolor que incluso a mí me asustaba.

—No digas eso, Jose, yo te di la espalda, tú te fuiste y yo te juzgué, y todo por esa...

—Shhh, ya no importa. Ya fue, ahora dime, ¿cómo está papá? —pregunté curiosa, eso sí era importante y si no preguntaba ahora, no sabía cuándo más lo podría hacer, no sabía si la voz me acompañaría mucho tiempo más.

—Ahora está bien, Maximiliano le contó lo sucedido. Está herido como hombre, pero sobre todo, se siente culpable como padre.

—Ya, por favor paren con eso de las culpas. Estoy bien, todos estamos bien y por fin... Susana ya no está en nuestras vidas.

—Eres tan noble, Jose —susurró en un suspiro.

En ese momento, le tomé las manos con cariño.

—No, Sebastián, no soy noble, he sido una persona egoísta, esconder a Maximiliano la verdad sobre su hijo no es precisamente ser noble, ocultarle a mi padre lo de Susana no es ser noble, mentirles a ustedes durante tanto tiempo no es ser noble, yo soy una persona...

—¡Basta, Josefina! No te permito que hables así de ti —me ordenó en su tono habitual, ese que yo tanto conocía y al que tanto estaba acostumbrada.

Después de unos segundos, carraspeé y volví a hablar:

—Seba, ¿puedo hablar con mi papá?

—¡Claro! Es lo que él más quiere, hermanita. Está afuera ¿y a que no adivinas con quién?

—¿Con Margarita?

Sebastián se levantó de la cama y negó con su cabeza, ahora si me encontraba absolutamente perdida.

—Cierra los ojos, no los abras hasta que te diga.

—No soy una niña pequeña, Sebastián —dije aludiendo a que tenía que cerrar los ojos.

—Josefina, siempre serás mi hermana pequeña, ¿podrías obedecerme una vez en tu vida?

—Ok —rezongué, pero hice lo que me pidió.

Sentí murmullos en la habitación y, cuando Sebastián me indicó que abriera los ojos, parpadeé varias veces antes de poder creer lo que tenía en frente.

Andrés, Amber, Sebastián, Margarita, Clemente, mi padre y ¡mi madre! Todos reunidos como familia, después de muchos, muchos años.

Como pude, me levanté de la cama para llegar hasta ellos, pero fue mi pequeño quien me interceptó primero.

—¡Mami! ¡Mami! —chilló con lágrimas en los ojos, que rápidamente contagiaron a las mías.

—Mi niño hermoso —susurré apenas con la poca voz que me quedaba.

Todos se acercaron a la cama, nos abrazamos y besamos. Después de esa ronda de cariño, en que yo me sentía absolutamente feliz, vi cómo Maximiliano se quedaba separado del resto, eso me partió el corazón, yo aún le debía una disculpa por lo sucedido minutos anteriores, pero su cara no era la de siempre, eso era lo que más me preocupaba.

—¿Por qué tienes el pelo corto, mami? —preguntó mi Clemente volviéndome a la realidad y recordándome la pinta desastrosa que seguro tendría.

Pensé unos segundos antes de responder.

—¿Pero cómo? ¿No te gusta, mi amor? Y yo que lo encuentro tan bonito.

—Sí, mami, sí me gusta. Papi, ¿te gusta cómo se ve mi mami?

Al igual como si esta fuera la escena de una película, todos se voltearon a mirar al flamante padre, mi querido y dolido esposo Maximiliano.

—Sí, campeón, se ve hermosa, ella siempre se verá maravillosa para mi corazón.

Las caras ahora me miraban a mí, Dios, esto era como un juego de tenis y la pelota eran las palabras imaginarias.

—Gracias Max —respondí avergonzada, no me gustaba ser el centro de atención de nadie, menos de mi familia.

La tarde pasó entre risas y jolgorio, respiraba paz sin entender mucho y sin pedir mayores explicaciones. Antes de que todos se retiraran, mi padre se quedó un momento más junto a mí para hablar.

—Creo que tenemos que hablar, princesa —dijo muy serio—. Te debo una disculpa.

—Papá, te diré lo mismo que a Sebastián, no merezco ninguna disculpa, todos nos equivocamos, pero ya pasó, si tú me amas y quieres a Clemente, eso es todo lo que yo necesito, comencemos de nuevo y seamos la familia que nunca debimos dejar de ser —le propuse con toda la franqueza que tenía para ofrecerle. Pero era mi padre y no se quedaría solo con las palabras bonitas, no. Ahí estuvo él, durante largo rato diciéndome lo que le afectaba. Yo estaba para él, lo escuché atentamente, también tenía confesiones que hacerle y ya era hora de que nos sentáramos a hablar con franqueza, le contaría mi verdad.

Exactamente eso hice, el tiempo se nos pasó como si fueran segundos, cuando en realidad fueron horas. Por primera vez en mi vida hablaba con mi padre sin tapujos ni mentiras, relaté con detalles cada episodio de mi vida que él

quiso saber, aguanté estoicamente todo lo que mi padre me quiso preguntar sin derramar ninguna lágrima. Ya no existirían más secretos entre nosotros, era un nuevo comienzo para mí, para él... para nosotros.

En realidad, creo que subestimé a mi padre, yo siempre pensé que sería su fin cuando descubriera la verdad, pero en realidad, no fue así. Y claro... yo estaba equivocada.

Cuando nos despedimos, mi padre tenía lágrimas en los ojos, pero a pesar de eso, estaba tranquilo.

Después de un día agitado y lleno de emociones de todos los tipos conocidos, me quedé sola, en silencio, analizando en detalle todo lo sucedido. Decidí levantarme al baño, me sentí feliz al notar que mis piernas me obedecían, estaba mucho más estable, podía caminar sobre mis propios pies. Lentamente llegué hasta el baño y fue en ese momento cuando realmente entendí, no era yo la que se veía en el reflejo por el espejo, no, esa mujer que veía era una diferente, una que había luchado por vivir y lo había conseguido. Me merecía una oportunidad y alguien o algo me la había regalado. Para mí era un nuevo comienzo, sin secretos ni verdades a medias, era mi nueva vida y estaba dispuesta a luchar por ella. Era una sobreviviente.

Me sentía tan sucia de solo recordar cómo esas manos... Moví la cabeza para no atraer ningún recuerdo triste. Cuando al fin logré entrar en el agua, comencé a relajarme, mi cuerpo se desplomó contra la pared bajando lentamente hasta llegar al suelo, una vez que estuve así dejé que las gotas tibias de agua me limpiaran completamente, me sanaran y me hicieran olvidar.

—¡Josefina! —gritó Maximiliano.

—Estoy en el baño —chillé lo más fuerte que me permitía mi malograda voz para que supiera dónde me encontraba. Al abrir los ojos, lo vi parado, mirándome como un niño asustado.

Intenté taparme con la cortina plástica. Max, al ver mi actitud, rápidamente me entregó una toalla y me cubrió con ella.

—Ya, pequeña, estás bien, estás a salvo —me dijo acunándome entre sus brazos.

—Max, tenemos que hablar, lo que viste...

—Ya sé lo que vi —murmuró con palabras dulces—, no soy ciego, Jose.

Después de unos minutos de silencio, en donde él tomó un peine y comenzó a peinarme, nos sentamos en la cama.

—Te ves linda, pequeña, nunca dejarás de ser hermosa.

—Gracias, Max. Pero dime, ¿cómo me encontraste?

—Me preocupe cuando vi que no llegabas a casa de Amber, decidí ir a la casa y, cuando te vi en la bañera, temí lo peor.

—Estoy bien Max, tendrás que seguir aguantándome por mucho tiempo.

—Es un placer, pequeña, ahora debes dormir —me ordenó con cariño, besándome la frente.

Maximiliano se quedó a mi lado hasta que me dormí, no sé cuánto tiempo acarició mi corto cabello, pero estuvo todo el tiempo para mí.

Sí. Él se merecía todas las oportunidades de mi parte, él era un buen hombre y era yo la que no me estaba comportando a su altura.

Lo primero que vi al despertar fue un lindo ramo de girasoles frente a mi cama. Sonreí al pensar en Maximiliano, nadie más que él me lo podría haber dejado. Cuando entró la enfermera, le pedí que me acercara la tarjeta, pensé en el Maximiliano divertido y juguetón de los mensajes y, como ahora no tenía celular, lo hacía al estilo antiguo. Abrí la tarjeta sin muchas expectativas, no estaba preparada para volver a jugar a un juego, que lo más probable terminaría saliéndose de mis manos.

Pecosa, el verdadero amor no es otra cosa que el deseo inevitable de ayudar al otro para que sea feliz, lo único que yo quiero en esta vida es que tú lo seas. Una vez me preguntaste si yo haría lo mismo y la respuesta es "Sí". Te digo adiós, pecosa mía, tal vez en otra vida nos pertenezcamos. Siempre piensa que todo vale la pena por los ojos de Clemente.

Siempre mía en mi corazón.

Siempre tuyo en tus pensamientos.

Greg.

Cuando terminé de leer la tarjeta, mi mandíbula temblaba sin control, el pecho me dolía y mi corazón latía a toda prisa. Greg me quería tanto como yo a él, pero nuestro amor no era en esta vida, ambos sabíamos cuando luchar y cuando dejar de hacerlo. Este no era nuestro momento, todo lo que pudo ser... no fue. No sería. Ya estaba, no tenía nada más que pensar, la verdad era una sola y yo la albergaría en mi corazón para siempre, sería una de las razones nuevas que me dieran fuerza para vivir mi nueva vida, ya sin él.

Me limpié las lágrimas con la palma vendada de mi mano, hoy por fin me iría a mi casa y comenzaría un nuevo día. Una nueva vida. Mi segunda oportunidad.

Como si fuera la mejor de las actrices, cuando llegó Maximiliano a buscarme yo estaba feliz, o al menos lo intentaba, él no se merecía mi falta de amor.

—Pequeña, ¿sabes que los ojos son el espejo del alma? —susurró en mi oído cuando me ayudó a levantarme de la cama.

—Max —dije poniéndome lo más seria posible—, estoy cansada, estuvieron a punto de matarme, no esperes que mi alma esté precisamente en una fiesta.

Al llegar a casa, me recibió mi adorado hijo con una sonrisa que me llegó al alma, esos ojos se merecían todo, tal como ya lo había leído.

En la tarde, llegó Andrés con Amber, con ellos era imposible estar triste, mi hermano sabía exactamente qué tecla tocar para dar paso a la felicidad. Amber me arregló un poco el pelo y quedó realmente bien, ahora ya me veía un poco más yo.

Al quinto día de mi llegada, un policía nos comunicó la mejor de las noticias. A Susana la habían encontrado arrancando junto a Rubén, en unos días empezaría un juicio y ellos pagarían por lo que habían hecho. Yo jamás fui una persona vengativa y esta no sería la excepción, creía en las leyes y en sus castigos, así como también creía en los castigos de la vida, esos que yo estaba tan acostumbrada a recibir.

El saber que Susana no podría hacerme más daño, me permitió respirar en paz, podría volver a caminar tranquila.

Celebramos todos como la familia que éramos, pero yo, por más que lo intentaba, no podía sonreír desde el fondo de mi alma. En las noches me costaba conciliar el sueño por estar pensando en Greg, ni siquiera me había atrevido a preguntarle a Amber por él, ambos habíamos tomado una decisión y yo debía respetarla, así como él lo había hecho con la mía.

Días después, en la hora del desayuno, Maximiliano me había dicho muy serio que en la tarde tendríamos una reunión muy importante. Me pareció curioso y, por más que le pregunté de qué se trataba, él guardó el más completo de los silencios, de hecho era tan importante que Margarita se llevaría a Clemente a casa de Andrés.

Las horas pasaron lentamente, fui a dejar a mi pequeño a casa de mi hermano, y fue entonces cuando me enteré que ese día se celebraría una fiesta muy importante, Margarita no supo decirme bien de qué y no me sentía capaz de averiguar tampoco.

De vuelta a mi casa, lo único que podía pensar era que a Maximiliano se le había ocurrido tener una noche romántica. Esperaba de corazón que no fuera así, puesto que si esa era su idea, yo aceptaría, por el bien de los dos.

Cada noche, releía la carta de Greg y escuchaba la que yo había bautizado como mi canción: *Hold On*. Era una verdadera masoquista, pero de alguna manera, eso me daba fuerzas para seguir adelante día a día.

Hacía más de una semana que no sabía de él ni lo veía, y seguro hoy, esta noche, él estaría en otros brazos, haciendo lo mismo que yo pensaba hacer con Max. Suspiré amargamente.

Me sobresalté cuando Maximiliano subió a mi habitación para avisarme que me esperaba abajo. Estaba distinto, no sé bien por qué, pero diría que incluso estaba triste, pero a la vez tranquilo. Realmente yo cada día me explicaba menos.

Al bajar, vi sentado en la mesa al mismo hombre que meses atrás nos había casado, con la misma cara impertérrita que me miró la primera vez.

—Buenas noches —saludé sorprendida, para luego mirar a Maximiliano sin entender nada.

—Señora —me saludó el abogado con petulancia.

—Jose, siéntate acá, por favor —me pidió amablemente Maximiliano.

—¿Qué sucede, Max?

—Josefina —dijo el abogado entregándome unos papeles—, lo que te acabo de entregar son los papeles del divorcio, que ya están firmados por don Maximiliano.

—¡Qué! ¿Cómo? No entiendo, Max.

—Lo sé, pequeña —murmuró con una sonrisa que apenas se dibujaba en su rostro—. Esto será lo mejor para ti.

—No. ¿Cómo se te ocurre? Yo prometí intentarlo, Max, no me hagas esto, por favor —rogué de corazón.

—Juan Carlos. ¿Serías tan amable de esperarnos un momento en el salón? —le pidió al abogado, quien no muy convencido, se levantó y caminó al sillón.

—Maximiliano, si esto es por el beso del otro día, te prometo que no se volverá a repetir, por favor, dame una oportunidad. Te lo ruego.

—Pequeña —comenzó a decir sentándose a mi lado, ahora tomando mis manos—, cuando te conocí, hace ya ocho años atrás, supe que no habría otra mujer para mí, te veías tan linda con tu pelo al viento, tan segura de ti misma, siempre con la última palabra, siempre la dueña de la verdad, no había nadie en el mundo que te contradijera y te pudiera ganar. Me enamoré de ti siendo una niña y luego la mujer me cautivó, pagué un alto precio por mi error, lo acepto.

—Max, yo...

—Déjame terminar, Jose —me habló poniendo un dedo en mis labios, que sentí que me acallaban definitivamente.

—Esta será la última vez que lo conversemos, me has convertido en un hombre feliz, me has dado el mejor de los regalos, ¡un hijo, Jose! Eso es más de lo que alguna vez imaginé, es el fruto de nuestro amor, del amor que algún día nos profesamos el uno al otro, me entregaste tu inocencia, que es un tesoro que siempre llevaré en mi corazón. Durante toda la vida tú me has dado regalos y yo no he sido capaz de darte cuenta, pero ahora, mi pequeña Jose, quiero devolverte tu libertad. Vi la intensidad con la que mirabas a Greg, esa era la forma en que una vez me miraste a mí. Quiero que me prometas que serás feliz, que no estarás triste o insegura y, lo más importante, ¡que vivirás!, no tengas miedo de volver a enamorarte, prepárate para eso, para esa señal, para esa que únicamente tú sabrás reconocer. Yo siempre estaré a tu lado, tenemos un hijo. ¡Nuestro hijo, pequeña! No quiero que te preocupes por él, yo siempre lo cuidaré. Él será feliz si ve a su mamá contenta. Puede que sea Greg o cualquiera, pero ese hombre ya no soy yo.

Mientras Maximiliano hablaba, yo sentía lágrimas, él me estaba liberando porque sabía que ya no lo amaba, estaba haciendo el acto más hermoso por amor, él era capaz de entregar y de dar, ese era el mismo amor del que hablaba Greg. Esa era una forma en la que yo no sabía amar y que sí sabían hacer los dos hombres que yo había elegido para amar.

—No sé qué decirte, Max, de verdad quería intentarlo, quería que Clemente viviera en una familia normal, que tuviera lo que yo le negué durante toda su vida. Quería amarte... de nuevo.

—Lo sé, pequeña, y no sería justo para ti que siguieras a mi lado, sé que lo intentaste, te conozco, no quiero explicaciones, ya no más. Ahora firma y vete.

—¿Vete? ¿Adónde? ¿Me estás echando de tu casa?

—¡No! —respondió riendo—. Está siempre será tu casa y la de Clemente, te quedarás aquí, te dije que esto era tuyo la primera vez que entraste, pequeña. Yo me iré en unos días, cuando juntos hayamos hablado con nuestro hijo. Él es inteligente y sabrá entender.

—¿Y dónde quieres que me vaya ahora? —pregunté secándome las lágrimas con el dorso de mi brazo.

—No sé, Josefina, tendrás algo más interesante que hacer me imagino, ¿tal vez ir a ver a alguien? Por favor, pequeña, ¡usa tu imaginación!

Me levanté de la silla y abracé a Maximiliano con mucho cariño, lo besé en la frente y, mirándolo a los ojos, murmuré:

—No me arrepiento de nada de lo vivido junto a ti, Maximiliano, me diste lo más hermoso de la vida, siempre estaremos unidos, aunque no estemos juntos, estarás en mi corazón —le dije cerrando nuestro adiós con un cálido beso en los labios, en donde yo me liberaba para siempre del hombre que había sido mi primer amor, mi primer hombre, mi primer marido, del que durante tanto tiempo había sido el primero para mí. Ahora seríamos solo amigos y padres de nuestro osito. De nuestro hijo. De nuestro Clemente.

Después de firmar los documentos del abogado, volvería a ser dentro de un par de meses soltera otra vez, este para mí sería un regalo de Navidad, de cumpleaños, de todo y más.

Nerviosa, conduje por el camino iluminado solo por la luna, hacia el único lugar en donde quería estar... junto a él. Junto al inglés. Junto a Greg.

Como siempre, una fila de gente estaba en la puerta para entrar, y claro, ya sabía de qué iba la fiesta, todo el mundo llevaba sombreros: de copa, chupallas, jockey, boinas y algunos gorros mexicanos, nadie llevaba la cabeza descubierta. Me acerqué al portero que ya me conocía y me permitió entrar, pero antes me entregó el sombrero que él llevaba puesto. Era una Montera, una especie de gorro de torero, seguro me veía ridícula, parecería hombre, y más con el pelo corto que llevaba ahora, cortesía de la innumerable, pero no me importaba.

Una vez dentro no se me hizo difícil ubicar a mi hermano y a Amber, ellos estaban a un costado de la barra, ambos con sombreros de paja riendo y besándose. Me quedé a un costado, no quería que nadie me viera, hasta que de pronto miré en dirección a la escalera y lo vi, mi corazón comenzó a latir desbocado contra mi pecho, incluso podría decir que me dolía.

Greg bajaba con una rubia impresionante, linda la mujer, y como no, si él se veía como nunca lo había visto en mi vida. Era todo un caballero inglés con sombrero y todo, mi autoestima cayó rápidamente cuando él la tomó por la

cintura y comenzaron a bailar. Ella se veía feliz, en cambio Greg, estaba serio, incluso podría decir disgustado. Esperé durante largo tiempo pensando cual sería la mejor decisión, hasta que por fin el cerebro se me iluminó.

Justo cuando Greg caminaba hacia la barra, yo corrí hacia el DJ. Sabía perfectamente la canción que debía sonar, no podía ser otra que nuestro tema. Comencé a caminar entre la gente en tanto sonaba la música que tantas veces había escuchado. Mi corazón latía aún más aprisa y la ansiedad ya comenzaba a apoderarse de mí. Noté tensión en Greg, incluso vi su cara de disgusto. Cuando llegué, después de interminables segundos que para mí fueron horas, a su espalda le toqué el hombro.

Greg se volteó lentamente y se quedó mirándome realmente sorprendido, sin entender nada.

—Hola —le hablé con una sonrisa que ya no cabía en mi rostro, estirando mi mano para que la cogiera como si lo estuviera saludando—. Mi nombre es Josefina Zarmientos, tengo veintitrés años y un hijo de cuatro. He esperado demasiado tiempo para bailar contigo. ¿Bailamos?

Uno... dos... tres largos segundos pasaron hasta que habló aclarándose la voz:

—Gregory Collingwood, pero no espero precisamente bailar —dijo, me tomó por la cintura y comenzó a girar sin importar qué o quiénes nos miraran.

—¡Ya bájame! Me mareo, Greg.

En ese momento, me quedé mirando fijamente sus oscuros ojos negros, sintiendo cómo me perdía en ellos, era allí donde yo quería estar, ese era mi lugar...

La música dejó de sonar y la gente desapareció, era como si solo estuviéramos nosotros, mirándonos a los ojos el uno al otro, incluso podía respirar su aliento y oler su piel.

—Greg... ya no me tengo que ir, ya no más, firmé los papeles para el divorcio —susurré en sus labios. Eso bastó para que me bajara, puso las manos en mi cabeza tirando al suelo el ridículo sombrero que llevaba puesto, apegó sus labios exigentes a los míos, su lengua tocó la mía y yo exploté en un cúmulo de emociones que tenía contenidas. Una de sus manos bajo por mi espalda hasta llegar a mi cintura, me aprisionó un poco más a su cuerpo, en ese momento sentí su erección y gemí al solo contacto con él. Cuando intentó apartarse, retuve su labio suavemente con mis dientes y volvió a gemir. Apenas podía resistirme a las diferentes sensaciones que estaba teniendo. ¿O eran las hormonas? ¡Sí! Por fin pude sentir lo que tanto buscaba, subí las manos hasta su cara y solté sus labios.

—Greg. Te quiero, te adoro, quiero una vida a tu lado, sin mentiras, sin ocultarnos, quiero más, quiero perderme en tus brazos.

—Yo te quiero desde el primer momento que te vi, zancudo, y créeme que tenerte en mi cama es lo que más deseo, pecosa, ¡por fin eres mi pecosa! Mía, Josefina Zarmientos, solo mía. Pero esta vez haremos las cosas bien y cuando seas una mujer soltera...

Epílogo

Tres largos meses habían transcurrido desde que había firmado los papeles para mi divorcio, hoy por fin volvería a ser una mujer soltera y libre para comenzar una nueva vida.

La vida después de mucho tiempo me sonreía: Susana estaba fuera de la vida de todos, yo curaba mis heridas con ayuda del doctor Ferrer y cada día me apegaba más a mi padre y recuperaba al que en algún minuto de la vida había sido, incluso mi madre había ido a su casa y habíamos compartido todos juntos como la familia que nunca debimos dejar de ser.

Esta sí era la segunda oportunidad que la vida me había regalado y yo pensaba disfrutarla como tal, como el más bonito de los presentes.

Como nunca en la vida pensé, ahora me encontraba tomada del brazo de mi hermano mayor, Sebastián, esperando en la oficina de su abogado un certificado que era más que un simple papel para mí... que involucraba mucho más.

—Listo, vuelves a la soltería, Josefina —me indicó Cristóbal, el abogado, entregándome el tan ansiado papelito verde agua.

Sebastián me dio un largo abrazo y yo, feliz como una perdiz, salí de la oficina. El aire que respiraba incluso lo sentía distinto, olía diferente, para mí olía a flores, a perfume y, sobre todo, a promesas por cumplir.

—¿Dónde quieres que te deje, Jose? ¿Te llevo a tu casa?

—No, ¿me dejas en el centro comercial?

Mi hermano levantó una ceja y se rio, cuando hizo el ademán de preguntar, le hice un gesto negativo. Saber no era lo mejor para él.

Cuando me dejó en la puerta, al igual como si fuera una niña pequeña, me dijo:

—Cuídate, Jose, no quiero otro sobrino de mi hermana pequeña.

Eso me sonrojó, mi hermano nunca cambiaría, habíamos mejorado bastante nuestra relación, pero él jamás perdía el papel de hermano protector y un tanto inquisidor.

Después de hacer todo lo que tenía planeado, me encontraba tan o más nerviosa que una novia antes de su casamiento.

Al llegar a mi casa bailé, canté y celebré con Margarita, ella estaba tan feliz como yo, ahora volvía a ser su niña.

Clemente jugaba con su pelota, yo que odiaba ese juego, como estaba tan feliz, me uní a él. Nos la lanzábamos con los pies y corríamos tras ella, mi hijo ya no tenía yeso, estaba completamente sano.

Y lo más importante, era un niño feliz.

Cuando le comunicamos que ya no viviríamos juntos, él solo preguntó si seguiría viéndolo. Cuando mi ex, qué bien sonaba eso ahora, cuando Maximiliano le comentó que se verían todos los días y que también habría noches que dormiría con él, nos tomó de la mano y nos llevó directo a su habitación para que le hiciéramos un calendario. Eso fue exactamente lo que hicimos, pero esta vez, los tres dibujamos en él, Clemente nunca me dejaba de sorprender. Mi hijo era feliz.

«Y normal», me recordó mi conciencia.

—¡Papi! —gritó Clemente cuando Maximiliano se acercó hasta nosotros.

—Hola campeón —respondió alzándolo a sus brazos y luego me besó en la mejilla.

—Buenas tardes, señorita, hoy vuelves ser soltera, Jose.

No pude evitar sonreír, aunque Max trató de hacer lo mismo, sé que no era fácil para él.

—Y tú también, Max, vuelves a ser el soltero más codiciado de la región —comenté para sacarle tensión a la situación. Él solo se encogió de hombros.

—Así es la vida, pequeña. —Segundos de silencio—. Disculpa, Jose, es la costumbre.

—Max, te dije que no me molestaba, no te preocupes.

—Papi, ¿nos vamos? —preguntó nuestro hijo, cosa que agradecí. A pesar de que cada vez todo estaba mejor, sabía, por lo que veía en los ojos de Max, que él no me había podido olvidar. Lo único que esperaba era que encontrara a una mujer a quien amar.

—Sí, campeón, nos vamos, despídete de la mamá, este será un fin de semana de hombres, solo para nosotros, iremos a la casa de tu abuelo.

—¡Eh ehhhh! —chilló Clemente.

—Bueno, pásenlo bien y me traen recuerdos —les dije.

Nos despedimos y, antes de que salieran, les entregué una bolsa de papel. Maximiliano y Clemente me miraron extrañados y, cuando vieron lo que contenía, ambos comenzaron a reír.

—No, mami.

—Exacto, no, pequeña, olvídalo.

—Por favor, no es un pijama, son *shorts*, no les cuesta nada, además, cuando los vi pensé en ustedes, no me pude aguantar —les comuniqué y era verdad, yo había ido a una tienda de lencería y, justo cuando ya iba a pagar, había visto estos *bóxer* un poco más sueltos, así ellos dormirían con alguna especie de pijama, porque sabía que cuando mi... nuestro hijo se quedaba en casa de Max, ninguno de los dos lo usaba. Max me miró y supo el porqué de mi visita a esa tienda, no dijo nada, pero sus ojos dejaron de brillar y yo no pude evitar sentirme un poco culpable.

Cuando salieron, los nervios se volvieron a apoderar de mí, esa noche yo por fin dormiría con Greg. Bueno, esperaba no precisamente dormir, pero sí estaría con él, tal como me lo había dicho, esta vez, haríamos las cosas bien, no había sucedido nada entre nosotros durante estos tres meses. Yo había estado a

punto de claudicar muchas veces, pero en cambio, Greg, se mantenía estoico, cada vez que nos besábamos y nuestro encuentro subía de tono, él me apartaba, era una tortura, una de verdad, pero esta noche eso se acabaría. Mi caballero inglés pasaría por mí a las ocho de la noche y me devolvería a mi casa el domingo al terminar el día. Yo, por primera vez en mi vida, me había comprado una camisola para dormir, quería verme sexy para él y que se sintiera atraído por mí.

Después de bañarme, me vestí con un vestido azul, ceñido al cuerpo, que de verdad esperaba que me durara poco o nada puesto. Mi maquillaje fue sutil, no dejaría de ser yo.

—Hija, deja de dar vueltas, me estás mareando, Josefina, por favor —pidió Margarita.

—Es que estoy nerviosa, ¿qué quieres que haga?

En ese momento, sentí la puerta, salté como niña y corrí para abrirla.

Greg estaba impresionante, mi boca se secó al mirarlo, incluso mi conciencia sufrió un desmayo momentáneo.

—Pecosa, estás preciosa.

—Gracias, tú igual —sonreí, viendo hacia donde se dirigía su mirada, directo al escote de mi vestido.

Antes de que le dijera alguna otra palabra, ya estaba abrazándome como si no existiera nada más en el mundo que yo, su nariz estaba pegada a mi cuello, y su lengua con suavidad pasaba por mi oído, haciéndome temblar de antemano.

—Váyanse, no quiero escándalos en esta casa —rio Margarita bromeando con nosotros.

Me despedí de ella y, como una verdadera adolescente que va a la cita más importante de su vida, salí por la puerta de mi casa. Cuando me subí al auto, Greg me ordenó ponerme un pañuelo en los ojos.

—¿Esto es necesario? —protesté.

—Absolutamente, no confío en ti, pecosa —me dijo al momento de ponerme la venda negra sobre los ojos, luego me dio un casto beso en los labios, pero al subir la mano por mi muslo, mi corazón palpitó desbocado. Greg rio.

—Siempre ansiosa, Jose.

Después de varios minutos que se me hicieron interminables, detuvo el auto y, con mucho cuidado, me ayudó a bajar. Aunque reclamé por no poder ver, reconozco que la intriga me gustaba, le daba un toque más especial a nuestra noche... la gran noche.

La música que sonaba de fondo era nuestra canción, *Hold On*. Después de dar unos cuantos pasos, en realidad Greg lo daba porque me tenía cargada, me dejó parada y, susurrándome algunas estrofas en español, me quitó la venda.

—*Aférrate a mí esta noche, somos fuertes aquí juntos, no vuelvas a dejarme ir.*

Cada frase, cada palabra se clavaba en mi corazón, tenían un doble sentido, pero lo que emocionó fue ver el lugar.

Caminamos tomados de las manos por una especie de camino blanco, iluminado en los costados por antorchas, al final una pagoda blanca y en medio el objeto de mi deseo, una cama rodeada por diminutas velas blancas en el suelo. Al verla, creí estar en el cielo, todo era maravilloso, incluso la luna llena estaba en nuestro nidito de amor. Me detuve antes de llegar y me volví hacia Greg.

—Esto es...

—Es nada comparado con lo que tú te mereces, pecosa.

Me lancé a sus brazos y lo besé con fervor, quería sentirlo alrededor de mi cuerpo, sus manos comenzaron a bajar hasta que, una vez en mi cintura, me apegó aún más a él, puso sus manos en mi cara, y como si no existiera nada más comenzó a decir:

—Mi corazón estaba cerrado, fuiste tú la única que lo abrió, juré no creer en el amor para no sufrir más de lo que sufrí y tú hiciste que creyera en todo lo que jamás creí. He sentido sensaciones que nunca antes había sentido y no quiero perderlas, quiero mirar el cielo contigo y contar juntos las estrellas, quiero ser tu amigo, tu hombre, tu amante, quiero ser todo lo que necesites, quiero formar parte de tu vida y de la de Clemente, te quiero, Josefina Zarmientos y no podría vivir esa vida si no es junto a ti, si tú me faltaras yo...

Antes de que terminara las maravillosas frases de amor que me estaba diciendo, fui yo la que lo acalló con los labios, devorándolo con pasión, como si le estuviera haciendo el amor con mi lengua, con cada embestida le entregaba mi alma, mi corazón y mi ser, por fin solo podía pensar y sentir al hombre que amaba y había esperado durante tanto tiempo.

Mis hormonas estaban de fiesta y no pensaban abandonarme, ahora lo único que veía y sentía eran esos maravillosos ojos negros que tanto añoré, soñé y rememuré.

Me sentía nerviosa y mi cuerpo no sabía bien cómo reaccionar, sabía lo que quería, lo que anhelaba, y lo que esperé durante tres meses, pero ahora que estaba aquí, era como si fuera la primera vez.

«Es tu primera vez con Greg», me gritó mi conciencia.

—Calma pecosa, tenemos toda la noche por delante —murmuró separándose unos centímetros, caminamos hasta los pies de la cama y mi cuerpo tembló.

—Tranquila, amor mío.

Al escuchar tan hermosas palabras dejé de temblar, ahora lo miraba como si lo estuviera contemplando con toda la calma del mundo; Greg acarició mis brazos, luego volvió a subir hasta mis hombros, por mi cuello. Dibujó con su dedo todas las facciones de mi rostro, una a una, marcándolas con delicadeza. Pasó su mano por detrás de mi nuca y con maestría bajó la cremallera de mi vestido. Cuando estuvo completamente abierto, lo deslizó por mi cuerpo tan lentamente como si no quisiera perderse nada, con sus manos tomó mi pierna y la levantó, repitió la operación con la otra dejándome desnuda frente a él y a la luna que nos contemplaba con amor. Acerqué mis manos temblorosas a los botones de su

camisa y fueron sus manos sobre las mías las que me ayudaron a desabrocharlos uno a uno con lentitud, hasta que su camisa se deslizó por su espalda, cayendo al mismo lugar que descansaba mi vestido. Besé sus labios y luego su corazón, que latía tan aprisa como el mío, era como si estuvieran acompasados. Besé su tatuaje, y al hacerlo Greg suspiró, ese sonido invadió mi alma, era un comienzo nuevo para los dos, no importaba nada, ni nuestro pasado, ni nuestras vidas, solo existiría el presente y el futuro, ese que desde hoy comenzaríamos a caminar tomados de las manos para algún día, si los astros y las estrellas se alineaban, llegar a algo más, no quería nada más en la vida que a Greg.

Con cuidado me tendió en la cama, era como si fuera una muñeca de porcelana, sus movimientos eran suaves y pausados, comenzó a besar mis ojos. El tiempo estaba detenido en dos cuerpos desnudos amándose completamente, piel contra piel, nada nos separaba. Sus manos recorrían mi cuerpo como si lo estuviera moldeando, yo recorría su espalda y en ocasiones Greg temblaba sobre mí. En un movimiento ágil quedé sobre él y pude admirarlo en todo su esplendor, con sus manos capturó mi pecho, jugueteó con mi pezón y yo sentía que estaba en la gloria, miré al cielo para sentirlo mejor y la luna, que estaba sobre mí, era como si me sonriera, yo hice lo mismo... le sonreí.

—Eres hermosa, podría acariciarte el resto de mi vida —susurró mientras tomaba mis palmas y besaba la horrible cicatriz que me avergonzaba tanto. Aún tenía una línea gruesa en ella, ese era el recuerdo que jamás borraría, ni mi mente ni mi cuerpo. Cuando pasó sus cálidos labios, suspiré con los ojos apretados. Con pesar.

—Me gustas con tus marcas, pecosa. Las cicatrices son parte de nosotros, nos hacen fuertes y nos hacen recordar lo que somos, tú eres una sobreviviente de la vida, no lo olvides.

Volví a estar abajo, Greg me cubría con su cuerpo, besaba mis senos y apretaba mis pezones dándome un placer inimaginable, mi cuerpo se arqueaba cada vez que lo sentía, y las puntadas se alojaban directo en mi entrepierna.

Alcé mi cabeza para mirarlo y mi corazón se inundó de alegría, él me estaba amando con todo su ser. Un suspiro salió de mi alma y por mi mente pasaron recuerdos fugaces de cuánto lo añoré, una lágrima brotó y Greg al verme preguntó:

—¿Estás bien?

—Es solo que esto es como si fuera mi...

—Es nuestra primera vez, pecosa. Es la primera de muchas más.

Con un beso silenció mis palabras y olvidé mis pensamientos. Ahora solo podía sentir sus manos, levantó mis piernas y con amor me penetró, lento, muy lento.

—Mírame.

Le obedecí y fue ahí cuando nuestros cuerpos al unísono se comenzaron a mover, éramos uno solo. Vi tantas cosas en su mirada: amor, pasión, adoración, deseo, preocupación.

Me estaba haciendo el amor como si fuera la cosa más hermosa que estuviera sobre la tierra, era suya y él era mío.

Moví mis caderas hacia delante porque la dulce tortura me estaba desesperando, mi cuerpo no podría aguantar mucho más hasta abandonarse definitivamente al placer. Creo que Greg leyó la súplica en mis ojos, dejó de contenerse y, con movimientos profundos, oí cómo gruñía desde su interior y ambos nos entregamos al más maravilloso de los orgasmos.

—Te quiero Josefina Zarmientos, alias mi pecosa zancudo.

—Te amo Greg Collingwood, alias mi inglés.

Así nos quedamos y como si fuera un cuento de hadas, mi cuento de hadas, seríamos felices para siempre.

Fin.....